UN DARK ROMANCE DE HARÉN INVERSO

EVA FERREIRA



PLACERES SOMBRÍOS

DESTINADA A LOS HERMANOS ÍNCUBOS

UN DARK ROMANCE DE HARÉN INVERSO

PLACERES SOMBRÍOS

DESTINADA A LOS HERMANOS ÍNCUBOS

EVA FERREIRA

Todos los derechos reservados. © Eva Ferreira, 2026.

Este libro no puede ser reproducido, en todo o en parte, ni registrado en, ni transmitido por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor.

El contenido de este libro es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o son utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene responsabilidad sobre el uso que pueda hacerse de la información contenida en este libro. Las opiniones expresadas en el mismo son del autor y no reflejan necesariamente las del editor.

ACTO I
CAPÍTULO 1
Noticias falsas
CAPÍTULO 2
En el radar de los Scottfield
CAPÍTULO 3
Hambre oculta
CAPÍTULO 4
Obsesión oculta
CAPÍTULO 5
Intención oculta
CAPÍTULO 6
La noche de Halloween
CAPÍTULO 7
Los Guardianes de las Sombras
CAPÍTULO 8
El despertar en la oscuridad
CAPÍTULO 9
El hambre de Kyle
CAPÍTULO 10
La voracidad de Kellan
CAPÍTULO 11
El juego de Kendric
CAPÍTULO 12
El precio de la elección
CAPÍTULO 13
Placer doble
CAPÍTULO 14
Rendición en las aguas
CAPÍTULO 15

Un choque de realidad
CAPÍTULO 16
Renacimiento
CAPÍTULO 17
La sombra de la indiferencia
CAPÍTULO 18
Locura y protección
CAPÍTULO 19
Ruina y furia
CAPÍTULO 20
Angustia y ensoñaciones
CAPÍTULO 21
Punto de inflexión
CAPÍTULO 22
Verdades ocultas
CAPÍTULO 23
A la sombra de lo desconocido
CAPÍTULO 24
Punto de encuentro
CAPÍTULO 25
Una nueva primera vez
CAPÍTULO 26
Umbral de revelaciones macabras
CAPÍTULO 27
Adiós a mi Romeo
CAPÍTULO 28
Adiós a mi monstruo
CAPÍTULO 29
Un nuevo comienzo inevitable
CAPÍTULO 30

El declive de mi depredador
CAPÍTULO 31
El despertar de una bestia
CAPÍTULO 32
Duelo de depredadores
CAPÍTULO 33
Devorada por el destino
CAPÍTULO 34
TCC Demoníaco
CAPÍTULO 35
Guardianes de lo prohibido
ACTO II
CAPÍTULO 36
Entre la luz y la oscuridad
CAPÍTULO 37
Entre ataduras y placer
CAPÍTULO 38
Entre pasión y versos
CAPÍTULO 39
Entre el instinto y la devoción
CAPÍTULO 40
Entre sangre y sombras
CAPÍTULO 41
Entre sueños y promesas
CAPÍTULO 42
Entre palabras y rendición
CAPÍTULO 43
Entre pecados y redención
CAPÍTULO 44
Entre susurros y despertares

CAPÍTULO 45
Entre fuego y piel
CAPÍTULO 46
Entre lazos y descubrimientos
CAPÍTULO 47
Entre confesiones y amistades sinceras
CAPÍTULO 48
Entre sombras y fantasmas
CAPÍTULO 49
Entre el control y el éxtasis
CAPÍTULO 50
Entre límites y liberaciones
CAPÍTULO 51
Entre misterios y presagios
CAPÍTULO 52
Entre ensueños y convicciones
CAPÍTULO 53
Entre resoluciones y enigmas
CAPÍTULO 54
Entre ajustes de cuentas y secretos universales
CAPÍTULO 55
Entre miedos y entregas
CAPÍTULO 56
Entre nuevos comienzos y nuevas perspectivas
CAPÍTULO 57
Entre percepciones y certezas
CAPÍTULO 58
Entre ecos de la mente y miedos en el corazón
CAPÍTULO 59
Entre culpas que corroen y verdades furtivas

CAPÍTULO 60
Entre sombras que consumen y fuerzas que liberan
CAPÍTULO 61
Entre enfrentamientos necesarios y placer compartido
CAPÍTULO 62
Entre la gratitud genuina y la entrega incondicional
CAPÍTULO 63
Entre turbulencias internas y conflictos inevitables
CAPÍTULO 64
Entre cambios impredecibles y metamorfosis inevitables
CAPÍTULO 65
Entre resistencias rotas y verdades ineludibles
CAPÍTULO 66
Entre el borde del abismo y un refugio en el caos
CAPÍTULO 67
Entre el caos imparable y las decisiones definitivas
CAPÍTULO 68
Entre dolores expuestos y equilibrio absoluto
CAPÍTULO 69
Entre rivalidades épicas y presagios en la penumbra
CAPÍTULO 70
Entre truenos en el horizonte y choques inevitables
CAPÍTULO 71
Entre leyendas vivas y el mal encarnado
CAPÍTULO 72
Entre el dolor de la ausencia y los hilos de esperanza
CAPÍTULO 73
Entre limitaciones y posibilidades
CAPÍTULO 74

Entre el umbral de la desesperación y los destellos auspiciosos
CAPÍTULO 75
Entre cadenas invisibles y pruebas irrevocables
CAPÍTULO 76
Entre el yin y el yang y un futuro impredecible
EPÍLOGO
Unidad
DESCUBRE MÁS HISTORIAS DE ESTA AUTORA



ACTO I

¿Qué sucede cuando tres hermanos intensos y misteriosos eligen a la misma mujer como su obsesión? ¡Seducción, sumisión y una devoción oscura que roza la locura!

Vallery Hope siempre ha sido la chica invisible de la Universidad de Thornvale, pero eso cambia radicalmente cuando su nombre se vincula a una noticia falsa explosiva, acusando a los poderosos y enigmáticos hermanos Scottfield de prácticas macabras y rituales prohibidos con vírgenes inocentes.

Decidida a demostrar su inocencia, la estudiante de periodismo se ve arrastrada a un mundo donde la lujuria y lo sobrenatural se entrelazan de una manera intensa y prohibida. Quizás no todo era falso...

Atraída por un deseo visceral e incontrolable, se ve obligada a enfrentarse a los límites de su propia cordura, mientras los tres hermanos la consumen de formas inimaginables.

Cuanto más intenta resistirse, más inevitable es la rendición. Si sobrevive a esta obsesión será su elección, rendirse a ellos será su destino.



CAPÍTULO 1

Noticias falsas

Siempre fui una chica que prefería el anonimato. Quizás era la forma más segura de pasar por la vida universitaria. Mantenerme fuera del foco de atención, evitar escándalos y seguir la rutina como una estudiante de periodismo que solo quería graduarse con honores y, quién sabe, conseguir un trabajo de verdad en alguna redacción de renombre.

Ser invisible era mi fuerte y era exactamente así como me gustaba ser.

Así que, cuando me desperté esa mañana y vi que mi teléfono estaba repleto de notificaciones, sentí un escalofrío recorriendo mi espalda. Era un presagio de que algo terrible estaba a punto de suceder, un presentimiento que apenas podía explicar. Como si una sombra siniestra me estuviera observando, esperando el momento adecuado para atacar.

Aquello no era normal.

Apenas había abierto los ojos y ya podía ver el brillo de los mensajes acumulándose en la pantalla. En el grupo de la fraternidad Sigma Nyx, mi bandeja de entrada personal, incluso mi correo electrónico de la revista online donde hacía prácticas estaba repleto. Había algo opresivo en la cantidad de mensajes, cada un o de ellos representaba un paso más hacia un abismo que no estaba preparada para afrontar.

Por un segundo, sentí un nudo en el pecho, una sensación de asfixia, como si unas manos invisibles me apretaran.

—¿Qué está pasando?

Pero antes de que pudiera pensar demasiado, vi el apellido Scottfield mencionado en uno de los mensajes. Solo con leer ese nombre se me erizó la piel. Había algo irresistiblemente peligroso en ellos que siempre había intentado evitar, aunque mis pensamientos se vieran inevitablemente atraídos por sus miradas penetrantes y sus gestos dominantes.

Los tres hermanos herederos del imperio millonario de la familia Scottfield, forasteros que se establecieron en Thornvale hace dos años, justo cuando yo ingresé en la universidad. Eran una presencia constante e ineludible, como sombras que se movían sin ser vistas, y siempre los admiré y deseé en secreto, pero manteniendo una distancia segura de sus auras magnéticas y del misterio que los rodeaba. Era como si, de alguna manera, supiera que acercarme demasiado sería un punto sin retorno.

Demasiado curiosa para esperar a los procedimientos de higiene matutina y el desayuno, abrí el mensaje más reciente, enviado por Savannah, mi amiga de la fraternidad:

Savannah: *¡Dime que eso es mentira! ¿Estás loca?*

Mi corazón se aceleró mientras hacía clic en el enlace que dirigía a un artículo que ella había enviado adjunto a su texto, esperando que no fuera ningún virus o intento de estafa. Había un deseo inquietante dentro de mí que necesitaba saber lo que estaba por venir, por mucho que ya intuía que sería algo devastador.

Y cuando la página finalmente se cargó, allí estaba: el titular más absurdo que podía imaginar.

«LOS HERMANOS SCOTTFIELD: ¿HEREDEROS DE UNA SOCIEDAD SECRETA DE MULTIMILLONARIOS PAGANOS Y POLIGÁMICOS?».

Debajo del titular aparecía el crédito de autoría del artículo: *por Vallery Hope.*

¡Yo misma!



Los hermanos Scottfield, herederos de un imperio millonario, son supuestamente líderes de una secta oculta que realiza rituales de adoración a dioses antiguos. Según fuentes anónimas, las ceremonias se llevan a cabo bajo la luna llena, en lugares secretos dentro de la aislada mansión de la familia en Thornvale. Los rituales comienzan con una procesión sombría, en la que las vírgenes elegidas visten mantos blancos y son llevadas al salón principal, donde tiene lugar la ofrenda final: un acto de sacrificio sexual.

Las vírgenes son sometidas a orgías desenfrenadas y rituales polígamos, en los que participan no solo los tres hermanos, sino también otros miembros de la sociedad secreta. Descritos como hombres de belleza sobrenatural y poder innegable, los hermanos Scottfield son conocidos por inducir un estado de éxtasis y sumisión total en sus parejas, transformando el deseo en un acto de adoración.

Entre susurros de placer y gemidos ahogados, el ritual se intensifica cuando los hermanos, en sincronía, dominan a cada mujer con una mezcla de fuerza y seducción. La virgen sacrificada debe entregarse por completo, permitiendo que su pureza sea consumida para complacer a los dioses paganos. El acto es tan intenso que, según los informes, algunas mujeres llegan al éxtasis hasta el punto de desmayarse, como si su propia alma fuera succionada por un deseo oscuro e incontrolable.



Mi estómago se revolvió al instante. Sentí una oleada de pavor y excitación, una mezcla de vergüenza y un inquietante deseo de llamar la atención de los tres, aunque fuera por motivos equivocados.

No había forma de que pasara desapercibida después de eso, ni para ellos ni para nadie de Thornvale.

— ¡Yo nunca escribí eso! —Me sobresalté en la cama, con el pánico instalándose en mis huesos.

Aunque la narración era grotesca y macabra, era casi como si alguien estuviera explorando mis deseos más secretos y profanos, transformándolos en palabras para que todo el mundo las leyera.

Mi mente se quedó en blanco. Era una pesadilla hecha realidad, sin embargo, una parte oscura de mí se sentía extrañamente atraída por la idea de que los Scottfield pudieran ser realmente así, seres misteriosos y prohibidos, capaces de cosas impensables. Después de todo... yo todavía era virgen y...

¿Cómo había sucedido eso? ¿Quién había publicado esa mierda en mi nombre?

Antes de que pudiera pensar con claridad, sonó el teléfono. Era mi jefe en la revista, Ryan.

Contesté, tratando de mantener la calma.

— Vallery, ¿qué coño es esto? —preguntó sin rodeos—. ¡Has publicado un artículo sin autorización y sin confirmar las fuentes! ¡Esto es periodismo amateur y sensacionalista! Voy a tener que suspenderte inmediatamente...

— ¡Ryan, yo no he hecho eso! —repliqué, sintiendo que mi voz temblaba. Había más desesperación y sumisión en mi tono de lo que me hubiera gustado—. ¡No sé cómo ha llegado a la página web, pero yo no he escrito ese artículo!

—Está firmado con tu nombre y publicado con tu nombre de usuario. —Su voz estaba cargada de irritación y decepción—. El daño ya está hecho. El artículo se ha vuelto viral muy rápido y los Scottfield ya están en contacto con abogados. Si no conseguimos resolver esto entre bastidores, ¡toda la revista podría cerrar!

Terminé la llamada con las manos temblorosas y el pecho oprimido por el pánico. ¿Cómo pudo suceder esto? Mis ojos estaban

fijos en la pantalla, pero todo parecía e, desenfocado. Era como si el suelo se abriera bajo mis pies, un abismo oscuro e infinito, listo para tragármelo.

Intenté recordar cualquier cosa que pudiera explicar aquello. Fue entonces cuando la verdad me golpeó con fuerza: Justin, el becario que había sido despedido dos días antes. ¡Tenía acceso a las contraseñas y al sistema de publicación de la revista! Antes de ser despedido, me lanzó una mirada amenazante, como si fuera capaz de cualquier cosa para vengarse.

Pero yo no tenía ninguna culpa de lo que le había pasado. Justin era un fanfiqueiro, alguien a quien le gustaba manipular la realidad y convertirla en algo perverso. Era capaz de crear fantasías oscuras que, de alguna manera, parecían cobrar vida.

—Maldito mentiroso... —murmuré, sintiendo cómo la ira comenzaba a fluir por mis venas. Había una oscuridad creciente dentro de mí, un deseo de venganza que no encajaba con la imagen de chica invisible que siempre había mantenido.



La Universidad de Thornvale, con sus torres góticas y pasillos oscuros, es un lugar donde el pasado y el presente se encuentran, rodeados de un aire de poder y tradición. Cada piedra de esta universidad guarda un secreto, como si las propias paredes observaran a quienes pasan por ellas. Es un lugar donde la lógica se mezcla con lo inexplicable, y los misterios no solo se encuentran en los libros.

Caminando por el pasillo central de la universidad, mis pasos apresurados resonaban en el suelo de mármol. La tensión era casi palpable, como si el aire a mi alrededor fuera más denso, cargado de expectación. Tenía que dar una explicación. Por mucho que supiera que la situación era prácticamente irremediable, una parte de mí se negaba a aceptar la idea de ser malinterpretada por los tres hombres más enigmáticos y codiciados del campus.

En cuanto doblé la esquina, allí estaban: Kyle, Kellan y Kendric, de pie junto a una de las grandes ventanas que daban al patio. Incluso bajo la suave luz del día, su presencia era impactante, casi como si hubieran sido esculpidos directamente de las sombras.

Aunque eran adeptos al estilo «básico negro», el minimalismo no los hacía discretos, ya que el famoso «menos es más» superaba los límites admisibles.

Mi corazón se aceleró y un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Era la primera vez que los veía tan de cerca desde que la noticia se había vuelto viral. Confieso que quería parecer valiente, pero de alguna manera ya estaba atrapada por su mirada penetrante y temía que pudieran desvelar mis pensamientos obscenos con solo hacerlo.

Kyle fue el primero en notar mi acercamiento, sus ojos oscuros se fijaron en mí con una intensidad silenciosa. Siempre era el más difícil de descifrar, pero su aura autoritaria exigía atención. Sus brazos cruzados y su rostro inexpresivo me hicieron dudar por un momento, pero estaba decidida a seguir adelante.

Antes de que pudiera decidir qué decir, Kellan dio un paso hacia mí. La sonrisa en su rostro parecía casual, pero había algo en sus ojos que me inquietaba. No solo era encantador, sino también desconcertante de una manera controlada, como si supiera exactamente el efecto que causaba en chicas como yo.

—Vaya, vaya... ¿a quién tenemos aquí? A Vallery Hope, nuestra periodista favorita. —Su voz era suave, pero cargada de una ironía que me hizo tragar saliva.

— Solo quería aclarar... —comencé tratando de mantener la compostura.

Kellan se acercó hasta que su presencia dominó el espacio a mi alrededor, como un depredador que ya sabía el resultado de la caza.

—¿Aclarar qué? ¿Que te encanta inventar historias escandalosas sobre nosotros? —intervino Kendric, con una voz más suave, pero no menos intimidante. Él y parecían divertirse con mi nerviosismo, con los

ojos fijos en mí, saboreando el momento con un interés que me hizo sentir ligeramente incómoda.

— Yo no escribí ese artículo. Me sabotearon.

— Pareces realmente desesperada por convencernos, ¿no? — dijo Kellan con una sonrisa que era a la vez dulce y abrumadora.

— Alguien utilizó mi nombre de usuario para publicarlo. Yo nunca escribiría algo así.

—Eso es exactamente lo que diría alguien que ha mentido, ¿no? —replicó, inclinándose de nuevo hacia mí, mientras yo podía sentir el calor de su cuerpo y el ligero aroma de su perfume amaderado.

Por un momento, se produjo un silencio pesado y cortante. Kyle permanecía de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, probablemente evaluando la situación sin ninguna prisa. Sin embargo, sus ojos, más oscuros e impenetrables que los de los otros dos, parecían descifrar mi alma.

Mi corazón latía con fuerza, pero me mantuve firme. No era solo una cuestión de defenderme, había una necesidad genuina de mirarlos y saber que, al menos, había intentado ser honesta.

—Estoy diciendo la verdad —insistí, mirando directamente a Kyle y esperando alguna señal de que al menos él me creía o tal vez consideraba la posibilidad.

Él permaneció impasible antes de dar finalmente un paso adelante. Su presencia era embriagadora, no por la amenaza, sino por la certeza de que no era el tipo de hombre que se dejaba engañar fácilmente.

Era indiscutiblemente el más difícil de descifrar, y quizás el más inalcanzable de los tres hermanos, lo que sin duda también lo convertía en el más irresistible de ellos.

Quizás por ser el mayor y el líder del trío.

—¿Sabes lo que pienso, Vallery? —Su voz sonó baja y fría como el acero—. Deberías tener más cuidado con los rumores que inventas. Las mentiras pueden convertirse en realidad... y eso puede ser

peligroso y tener consecuencias que quizá no estés preparada para afrontar.

No sabía cómo reaccionar. Sentí un nudo en la garganta, y no solo por el miedo a sus palabras, sino por la frustración de estar atrapada en un juego que yo no había empezado, pero que me había visto obligada a jugar.

Los tres se alejaron lentamente, dejándome allí, sola en el pasillo. Pero antes de irse, Kellan susurró al pasar a mi lado:

—Nos veremos pronto, Vallery. Muy pronto.



CAPÍTULO 2

En el radar de los Scottfield

— No puedo creer que esto me esté pasando...

Aunque sabía que no tenía la culpa de lo ocurrido, lo cierto era que ya estaba en el centro del escándalo. Mi nombre y mi imagen estaban vinculados a una *noticia falsa*, y eso manchaba no solo mi reputación profesional, sino también mi presencia en la Universidad de Thornvale. Era como si me hubieran marcado y la marca fuera visible para todos los que me rodeaban.

Desde nuestro encuentro en el pasillo, el peso de las palabras de Kyle seguía resonando en mi mente. *«Las mentiras pueden convertirse en realidad... y eso puede ser peligroso».* La forma fría y calculadora en que lo había dicho no se me iba de la cabeza. No solo me estaba amenazando. Había algo más, una promesa velada que no sabía si era una advertencia o una invitación que no sabía si podía rechazar.

No había mucho que pudiera hacer para cambiar la opinión de la gente. Solo me quedaba esperar a que lo olvidaran todo, lo que probablemente ocurriría pronto. Pero mientras los rumores siguieran siendo tema de conversación, tendría que lidiar con la vergüenza y la humillación de haberme convertido en el hazmerreír, tratando de mantener la cabeza alta, incluso cuando cada mirada parecía un juicio.

Y, por supuesto, estaban los hermanos Scottfield. Sabía que estaba en su punto de mira, y esa certeza me provocaba una confusa sensación de miedo y fascinación. La frustración de ser malinterpretada

se mezclaba con un deseo casi insoportable de comprenderlos y descifrar lo que realmente pensaban.

Desde que la noticia se hizo viral, sentía la presencia de los tres de forma más intensa, casi sofocante. Era como si sus miradas fueran una sombra constante, rodeándome de una manera que no sabía si era amenazante o... incluso protectora. Incluso en medio de la multitud del campus, bastaba con ver a cualquiera de ellos para que el aire a mi alrededor pareciera más denso, más cargado de un misterio que no podía definir.

—Vallery, ¿qué te pasa? Parece que has visto un fantasma —comentó mi amiga Hillary mientras estudiábamos en la biblioteca de la universidad.

— Te gustaría que lo hubiera visto, ¿verdad? —intenté sonar graciosa, recordando que Hillary estaba enamorada de un chico que había estudiado en la universidad hacía unos cien años. Ella ya había confesado, sin la menor vergüenza, que se acostaría con un fantasma si se le apareciera en la noche de Halloween.

— ¡Lo digo en serio, amiga! —Puso los ojos en blanco, sin ningún humor—.

— Es solo que... los hermanos Scottfield me miran de una forma que me pone los pelos de punta —intenté no parecer muy afectada, pero era imposible mantener la calma. La intensidad de sus miradas aún me perseguía.

— Pero ellos nunca hablan con nadie. ¿Por qué te mirarían a ti? —Hillary parecía más curiosa que preocupada.

— Es como si supieran algo sobre mí que yo misma no sé.

Ella frunció el ceño, confundida, y luego negó con la cabeza.

— Quizás solo tengan curiosidad por lo que pasó con esas *noticias falsas*. Pero no te preocupes, cariño. No hiciste nada malo y ya publicaste una declaración en Internet sobre haber sido saboteada.

A pesar de las reconfortantes palabras de Hillary, algo me decía que no era solo curiosidad. Había una intensidad en ellos que iba más

allá del juicio superficial, como si intentaran acceder a una parte de mí que no estaba dispuesta a mostrar. Aunque públicamente nunca habían mostrado signos de malicia o amenaza, sus miradas y susurros llevaban consigo una promesa velada que aún no lograba comprender, pero que definitivamente me atraía y me asustaba al mismo tiempo.

—Vallery, intenta relajarte. Ya sabes cómo es... todo ese misterio que los rodea desde siempre.

Quería creer eso, que solo era curiosidad pasajera. Pero no podía negar que, desde el enfrentamiento, había un vínculo invisible entre ellos y yo, algo que parecía atraerme hacia ellos, incluso cuando intentaba mantener la distancia.

Aunque Ryan había confirmado que los hermanos no presentarían una demanda por el registro, yo seguía teniendo la impresión de que todo aquello estaba lejos de terminar. No sabía si estaba preparada para lo que vendría, solo que ya no podía huir. Y lo peor era que, de alguna manera oscura e inesperada, no quería retroceder.



Al día siguiente, en lugar de ir a la clase de repaso de exámenes, me encerré en la habitación de Sigma Nyx, deseando desesperadamente que el tiempo pudiera retroceder. Savannah intentó animarme, asegurándome que los rumores pronto se disiparían y que un nuevo chisme cobraría protagonismo.

Pero no podía quitarme de la cabeza la sensación de que algo más grande estaba pasando. Era una especie de presentimiento macabro, como si me estuvieran vigilando unos ojos invisibles todo el tiempo.

«¡Me estoy volviendo paranoica!», murmuré para mí misma, pasándome las manos por el pelo en un gesto de frustración.

O tal vez no tanto...

Más tarde, cuando finalmente cayó la noche, el silencio en la habitación se volvió insoportable. Necesitaba un poco de aire, algo que me sacara de esa sensación sofocante de estar atrapada. Salí de la habitación para ir a la cocina a buscar un vaso de agua, tratando de distraerme con el sonido de mis propios pasos en el pasillo.

En cuanto pasé por la gran ventana del salón, me detuve en seco. Al otro lado de la calle, tres siluetas se recortaban contra la oscuridad.

Mi corazón se detuvo por un segundo. Incluso a distancia, supe exactamente quiénes eran: Kyle, Kellan y Kendric Scottfield. No era una ilusión. Estaban realmente allí, observando como depredadores silenciosos en medio de la opacidad nocturna.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral, dejándome paralizada. Había algo profundamente inquietante en esa inmovilidad, no se trataba solo de su presencia, sino de una demostración de poder silencioso. Sabían exactamente el efecto que causaban en mí y parecía que querían prolongar ese momento.

Antes de que pudiera controlarme, di un paso atrás y tropecé con el escalón. El impacto me devolvió a la realidad y mi primera reacción fue ocultar mi rostro con las manos, como si eso pudiera protegerme de sus miradas penetrantes.

Pero los Scottfield no hicieron ningún movimiento. Solo siguieron observándome, como si pudieran ver a través de mí, absorbiendo cada miedo e inseguridad que yo intentaba ocultar.

¿Por qué estaban allí? ¿Para intimidarme? ¿Para marcar presencia? ¿O por algo más siniestro?

Volví corriendo a la habitación y cerré la puerta tras de mí. Mi corazón latía frenéticamente y me costaba respirar. Era un miedo mezclado con una excitación que apenas podía entender.

No era solo temor, había un apego insano que comenzaba a surgir y que no estaba preparada para afrontar, pero que tampoco podía rechazar.

Mientras intentaba calmar mi respiración, sentí que el móvil vibraba en el bolsillo de mi sudadera. Un impulso nervioso me hizo cogerlo rápidamente, y lo que vi en la pantalla me dejó aún más en shock:

Desconocido: *No nos subestimes, Vallery.*

El mensaje no tenía remitente, solo esas palabras que parecían penetrar en mi cabeza como un susurro. Sabía exactamente de quién venía. Era una comunicación directa y clara, una afirmación de poder y control que iba mucho más allá de una simple advertencia.

Quizás era una invitación velada a un juego que no sabía si estaba dispuesta a jugar. Pero, de alguna manera, ya estaba dentro de él.

Con la conciencia en caos y el cuerpo aún en alerta, me tiré en la cama, cubriéndome la cabeza con la almohada, como si pudiera bloquear el impacto de su aparición. Estaba dividida entre el miedo a sus intenciones y el deseo de saber hasta dónde estaban dispuestos a llegar.

La línea entre la atracción y el peligro era cada vez más tenue y, por absurdo que pareciera, la idea de estar en los pensamientos de cada uno de los tres me provocaba de una manera potente y singular.

Atormentada y cautiva, cerré los ojos, tratando en vano de alejar su imagen. Pero una cosa era segura: los hermanos Scottfield no saldrían tan pronto de mi psique.

El sueño llegó lentamente, pesado, como si me estuvieran arrastrando a un abismo de oscuridad y voluptuosidad inescrutable. No quería cerrar los ojos, porque cada vez que lo hacía, sentía como si estuviera perdiendo el control de algo más visceral. Pero el cansancio finalmente venció y la oscuridad se transformó en un sueño extraño e inquietante.

En el sueño, me encontraba en el interior de la mansión Scottfield, un lugar que nunca había visto antes, pero que de alguna manera me resultaba increíblemente familiar. Las altas y opulentas paredes estaban iluminadas por candelabros antiguos, y un aire de

misticismo flotaba en el ambiente, como si la penumbra contuviera secretos censurados. El salón estaba bañado por una luz suave y dorada, que hacía que cada detalle pareciera más intenso y vibrante.

Llevaba una túnica blanca, cuya ligera tela caía sobre mi piel desnuda, rozándola provocativamente con cada movimiento. Había algo ritualístico en ese escenario, como si todo estuviera preparado para un sacrificio carnal. Era el tipo de imagen descrita en el artículo falso escrito y publicado por Justin en mi nombre: vírgenes ofrecidas en una antigua ceremonia de adoración, dioses paganos exigiendo un tributo de deseo y sumisión absoluta.

Debería haber sentido miedo, pero no podía. Había una excitación latente, un calor creciente en mi vientre, mientras cada fibra de mi cuerpo ansiaba lo que estaba por venir.

Entonces aparecieron: Kyle, Kellan y Kendric, vestidos solo con pantalones negros de lino y con el torso desnudo, los músculos delineados bajo la tenue luz. Eran a la vez aterradores y seductores, la simbiosis perfecta entre la oscuridad y la lascivia que me dejaba sin aliento.

—Al final has venido... —murmuró Kyle con voz baja y ronca. Estaba más cerca de lo que esperaba, con los ojos fijos en los míos como si fueran capaces de ver cada secreto que ocultaba.

—No seas tímida, Vallery —añadió Kellan, con una sonrisa maliciosa en los labios—. Eso es lo que te gusta, ¿no?

Quería negarlo y alejarme, pero mis piernas no respondían. Al contrario, había algo en mí que ansiaba profundizar y perderse en el abismo de sus intenciones, fueran cuales fueran.

Los tres se acercaron lentamente, rodeándome como una manada de depredadores en perfecta sincronía. Su calor era casi sofocante, y el aroma amaderado mezclado con una nota metálica de algo más primitivo parecía penetrar en mi sistema.

—Ahora eres nuestra —dijo Kendric, con voz suave, pero llena de un compromiso innegable.

Al instante siguiente, estaba tumbada sobre un altar de piedra, con el cuerpo presionado contra la fría superficie mientras sus manos exploraban mi piel desnuda. Cada caricia era una mezcla de placer y urgencia, como si quisieran consumir cada parte de mí.

La sensación era demasiado intensa, hacía que mi cabeza diera vueltas.

Kyle me sujetó los muñecos por encima de la cabeza, con la boca cerca de mi oído, mientras murmuraba:

— Di que eres nuestra, Vallery... Dilo y aceptaremos tu sacrificio.

La frase resonó de forma descabellada, pero una parte de mí quería decir que sí, sin entender por qué. Antes de que pudiera responder, Kellan y Kendric comenzaron a explorar mi cuerpo con una devoción hambrienta, sus caricias alternando entre suaves y dominantes.

Entonces sucedió lo inesperado: un orgasmo intenso me sacudió, haciendo que mi cuerpo temblara violentamente, y me desperté sobresaltada, con el cuerpo húmedo de sudor y la respiración entrecortada, como si todavía estuviera atrapada en ese sueño demencial.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho y una sensación de vergüenza mezclada con excitación recorría mi piel. Me había corrido durante el sueño, mi coño estaba empapado de fluidos y mis piernas aún temblaban por la intensidad del orgasmo que se había materializado de forma tan visceral mientras dormía.

«Esto es una locura...», murmuré para mí misma, tratando de ignorar el calor residual que aún latía entre mis muslos.

Pero en el fondo, sabía que ese sueño era más que una simple fantasía. Era un reflejo del deseo casi obsesivo que los Scottfield despertaban en mí, y que no estaba preparada para admitir, pero que claramente no podía controlar.

Su nombre aún resonaba en mi conciencia, como una maldición que se negaba a romperse.



CAPÍTULO 3

Hambre oculta

KYLE SCOTTFIELD

Me desperté sobresaltado, con el pecho subiendo y bajando sin control. Me quemaba por dentro, la excitación bullía bajo mi piel de una manera que no sentía desde hacía mucho tiempo.

Sabía el motivo, aunque quisiera ignorarlo.

Ella había entrado.

El recuerdo del sueño aún estaba fresco, como una marca vívida en mi mente. Vallery había accedido a mi subconsciente de una manera que no creía posible sin una manipulación deliberada. Era intenso, más real que cualquier cosa que hubiera sentido antes, y cada detalle de ese encuentro onírico aún me hacía arder, aunque hubiera terminado demasiado rápido.

Intenté recuperar el control respirando profundamente, pero fue inútil. Sentí un calor brutal subiendo por mis entrañas, obligándome a salir de la cama. El sudor corría por mi piel, pero no era suficiente para aliviar el deseo que latía como un incendio.

Mi polla me dolía de lo dura que estaba y eso me cabreaba mucho.

Al bajar las escaleras de la mansión Scottfield, mis pies descalzos resonaban en el frío mármol. Aun así, la temperatura a mi alrededor parecía aumentar con cada paso. Llegué a la sala de estar y

encontré a Kendric. Estaba en el suelo, desnudo, haciendo flexiones con una intensidad casi salvaje. El sudor cubría su cuerpo, haciendo que sus músculos brillaran bajo la tenue luz que entraba por las ventanas, y su polla estaba tan dura como la mía.

—¿No puedes calmarte, Ken? —le pregunté, con la voz ronca, casi irreconocible incluso para mí.

Ni siquiera le importaba que el glande tocara el mármol durante el ejercicio. Debía de estar ardiendo por dentro. Al ser el más joven, su apetito insaciable era a la vez una bendición y su tortura más cruel cuando no se saciaba.

Kendric se detuvo y me miró con una sonrisa que parecía tan hambrienta como mi estado.

—¿Cómo quieres que me calme, Kyle? —respondió, con un tono eufórico e incontrolado—. ¡Ella nos ha accedido!

Hubo un silencio cargado por un instante, en el que la euforia nos dominaba como una droga poderosa. Vallery realmente nos había encontrado deliberadamente. No fue necesaria ninguna manipulación, simplemente se infiltró en nuestro territorio onírico, rompiendo la barrera que hasta entonces la mantenía alejada de nosotros.

—No es exactamente lo que esperábamos, ¿eh? —murmuró Kellan, rompiendo el silencio mientras daba un último puñetazo al saco de boxeo, haciéndolo balancearse furiosamente. Sus ojos ardían con un brillo depredador, el pecho jadeando bajo el esfuerzo físico—. Ella entró... por su cuenta.

Kellan también estaba completamente desnudo, mostrando una erección descomunal que podría resultar incómoda para algunos e intimidante para otros... y ni siquiera me refería a las mujeres. Cualquier tipo con una masculinidad frágil s e se sentiría ofendido o injustamente tratado. Lo cual no era mi caso, ya que mi propia polla causaría el mismo efecto ante los simples humanos.

La afirmación de Kellan traía consigo una excitación aún mayor. Vallery había cruzado la línea por sí misma, sin ser llevada o atraída a

la fuerza. Eso lo cambiaba todo, ampliaba nuestras posibilidades de acción, pero también traía consigo mayores riesgos.

—Tenemos que ir a por ella —sugirió Kendric, impetuoso como siempre, con los ojos hambrientos y brillantes de expectación—. Todavía puedo olerla, tan dulce... y lista.

Mi cuerpo se tensó ante la idea. La necesidad de verla de cerca, de tocarla, era casi insoportable, pero no podíamos precipitarnos.

— Ahora no, Kendric —repliqué con firmeza—. Aún no está lista.

Él resopló, insatisfecho, pero sabía que yo tenía razón.

Había un riesgo en apresurar las cosas, en exponernos más de lo necesario.

—Entonces, ¿qué hacemos, Ky? —preguntó Kellan, con un tono más moderado, pero cargado de un deseo que apenas podía contener —. ¿Vamos a quedarnos mirando mientras nos consume por dentro?

Me acerqué a ellos, sintiendo el peso del liderazgo que llevaba sobre mis hombros. Sabía que los hermanos estaban en ebullición, igual que yo.

— Tenemos que buscar otras coños para saciar el hambre — declaré, directo y sin rodeos—. No es como si no lo hubiéramos hecho miles de veces desde que llegamos a Thornvale.

—Entonces devoraremos tantas como sea necesario —Kendric soltó una risa baja, con los ojos fijos en los míos con una intensidad que solo un hambriento podría tener.

Sabía que no había otra opción. Se acercaba Halloween y, con él, el velo entre los mundos se volvería más fino, lo que nos permitiría acercarnos a Vallery de forma más directa, sin hacerle daño. Sería el momento perfecto para actuar, sin restricciones ni barreras.

—La fiesta de Halloween será nuestro momento —añadí—, con la voz cargada de una sombría certeza.

Era más que una simple estrategia. Era una promesa.

Kellan asintió lentamente, con los ojos aún ardientes de deseo insatisfecho.

—Hasta entonces, mantengámonos fuertes —añadí—. Y concentrados. Vallery no puede saber lo que se avecina.

Los hermanos asintieron en silencio, a pesar de que el hambre aún era evidente en sus miradas. Vallery se había convertido en nuestra obsesión, y lo que había comenzado en un sueño pronto se haría realidad.

Tan pronto como Kendric y Kellan salieron por la puerta principal, la mansión Scottfield se sumió en un silencio sepulcral. Me dejé caer en el sofá de cuero de la sala, con la cabeza apoyada en el respaldo, tratando de encontrar algún vestigio de control en medio del caos que Vallery había desatado dentro de mí.

Ella no tenía ni idea del poder que ejercía sobre nosotros.

Estábamos en la ciudad por ella, nos instalamos aquí hace dos años con un propósito claro: vigilarla y protegerla. Pero nada podría habernos preparado para lo que sucedió en el momento en que la vimos por primera vez. La conexión fue instantánea, casi abrumadora. Desde entonces, su presencia se ha convertido tanto en un veneno como en una cura para nuestras almas oscuras.

Cada suspiro suyo parecía mantenernos vivos, impidiéndonos sucumbir por completo a la lujuria y al caos de nuestros instintos naturales. Pero también estaba el dolor constante de no poder tocarla de verdad. Era como una cadena invisible que nos ataba a ella, arrastrándonos al borde del abismo, pero sin permitirnos caer por completo.

La frustración era casi insoportable. Mi cuerpo estaba en llamas, todavía atrapado en el calor del sueño que ella había invocado. Cada detalle era demasiado vívido como para ignorarlo: la suavidad de su piel, el sabor dulce de su boca, su coño empapado de excitación, la sensación de posesión que ella evocaba en mí.

Cerré los ojos, permitiendo que las imágenes volvieran, aún más nítidas y urgentes. Mis dedos comenzaron a deslizarse por su

cintura, trazando el contorno de sus músculos tensos. Estaba perdido en esa fantasía, incapaz de contener más el deseo. Sentí mi polla latir bajo los pantalones, la erección palpitando dolorosamente.

No era solo lujuria. Era algo más profundo... más primitivo.

—Vallery... —murmuré, su nombre saliendo como un suspiro ronco, casi reverente.

Bajé la cremallera, permitiendo que mi deseo se liberara por fin. Mi mano temblaba, pero se mantenía firme alrededor del miembro erecto, el calor del contacto me proporcionaba un alivio inmediato, aunque temporal. Empecé a moverme lentamente, sintiendo cada milímetro de placer mientras mi mente se inundaba con imágenes de ella.

La imaginaba completamente entregada, el cuerpo arqueándose bajo mi tacto, los labios entreabiertos emitiendo pequeños gemidos que serían solo para mí. Quería marcarla, reclamarla de una forma que ningún otro hombre podría jamás. Quería sentir su calor, su humedad, su sabor. Ser el primero en invadir su coño virgen y ensanchar su canal con embestidas furiosas hasta oírla gritar mi nombre mientras se corría locamente.

Todo en mí la deseaba, y era imposible escapar de ello.

Sabía que Vallery Hope no tenía ni idea de la profunda conexión que teníamos. Para ella, solo éramos tres hermanos misteriosos, con un pasado oscuro y una presencia intimidante. Pero para nosotros, ella era la personificación de todo lo que era sagrado y profano al mismo tiempo. La chica que debía ser protegida a toda costa, pero que también se convertía en la fuente del deseo más primitivo que jamás había sentido.

La velocidad de mis movimientos aumentó mientras apretaba mi polla con fuerza y mi respiración se volvía más pesada, más ronca. El deseo me consumía, como un hambre insaciable que no se saciaría tan pronto.

No me haría más fuerte con una paja. Sería como un caníbal alimentándose de lechuga y negando sus instintos. Me consumiría y

eso no era bonito.

—No tienes ni idea de lo que nos haces, Vallery —murmuré entre dientes, mientras la excitación se volvía casi insoportable, a punto de explotar—. Pero algún día... ¡lo sabrás, joder!

Mis caderas se levantaron ligeramente, la excitación alcanzó su punto álgido, el cuerpo rígido por la tensión y la lujuria. Y entonces, todo explotó. Me corrí alucinado en mi propia mano, el líquido rojo y caliente resbalando por mis dedos, mientras un gemido grave escapaba de mi garganta. El alivio fue inmediato, pero aún sentía la amarga frustración de no poder estar dentro de ella, donde realmente quería estar.

Mientras recuperaba el aliento, aún con los ojos cerrados, un sentimiento de culpa se mezcló con el placer.

— Lo siento, Vallery —susurré con voz ronca y cansada—. Pero tendré que follar con otras mujeres hasta que llegue el momento adecuado.

Sabía que la necesidad de devorar otros coños era inevitable, pero también sabía que ninguno de ellos se compararía con lo que realmente quería: *ella.* Aquella a quien habíamos sido devotos durante tanto tiempo, aunque ella ni siquiera lo supiera.

La excitación no desaparecería, ni tampoco el hambre insaciable. Pero Halloween se acercaba y con él vendría la oportunidad de cruzar finalmente la barrera entre nuestros mundos.

Y cuando llegara el momento, Vallery sería nuestra en todos los sentidos posibles.



CAPÍTULO 4

Obsesión oculta

KELLAN SCOTTFIELD

Siempre me gustó el juego. Observarla desde lejos, sabiendo que ella no tenía ni idea de que yo estaba cerca, era una forma de placer casi tan intensa como tocarla. Desde el momento en que pusimos los pies en Thornvale, mi vida giró en torno a un único objetivo: Vallery Hope.

Mientras Kyle era el líder estratégico, manteniendo nuestras acciones bajo control, yo siempre fui más impulsivo. Quería más de ella, lo quería todo. Cada paso que daba la chica, cada mirada que lanzaba, cada suspiro tímido que dejaba escapar, todo parecía hecho para torturarme de forma dulce y lenta. La seguía de cerca, memorizando su olor, el sonido de su risa cuando estaba con sus amigas, e incluso la forma en que se mordía el labio inferior cuando estaba perdida en sus pensamientos.

Esa obsesión me carcomía por dentro. Era como un hambre insaciable, pero no solo física. La quería en todos los aspectos posibles, poseerla de manera absoluta. Pero teníamos una regla clara: no tocar. Al menos, todavía no. Y Kyle, siendo el bastardo controlador que era, se aseguraba de mantenernos a raya.

Sin embargo, eso no significaba que no pudiera alimentarme. Al contrario, era una necesidad constante, una adicción que no podía ignorar, después de todo, nací para ser así, esta cosa que se alimenta

de lujuria y placer. Y esta noche, en medio de una fiesta con ambiente de Halloween, sabía que sería fácil.

Las universitarias estaban en éxtasis, borrachas y excitadas, listas para entregarse a cualquier promesa de placer. Yo sabía cómo manipular sus mentes, invadir sus pensamientos más oscuros y convertirlos en realidad cuando se quedaban dormidas.

Got Sin estaba abarrotado. Las luces de neón parpadeaban, creando un intenso contraste con la oscuridad del ambiente. El olor a alcohol, sudor y lujuria flotaba en el aire, cargado de promesas obscenas e intenciones tácitas. La música estaba alta y el ritmo pesado parecía reverberar en mi pecho, como si estuviera en sincronía con el hambre que ardía dentro de mí. Mujeres de todas las formas y tamaños se movían a mi alrededor, algunas más atrevidas, otras tímidas, pero todas curiosas.

Todas querían lo mismo: un vistazo de mí.

Estaba apoyado en la barra, observando el movimiento, cuando se acercó una chica rubia. No era Vallery, y ese era el único detalle que importaba. Era guapa, claro, con un cuerpo perfecto y una mirada llena de deseo, pero no significaba nada para mí. No había profundidad en el brillo de sus ojos, solo un hambre que sabía que podía manipular fácilmente.

—Hola, Kellan—dijo, pasando la lengua por sus labios de forma provocativa—. Pensé que no venías a este tipo de fiestas.

— A veces hago excepciones —respondí con una sonrisa perezosa, mientras la miraba deliberadamente de arriba abajo. Mi excitación era genuina, pero no por ella; era solo una forma de aliviar la presión que Vallery dejaba dentro de mí, de aliviar la necesidad que me mantenía despierto por las noches.

Ella dio un paso más cerca, con los dedos temblorosos tratando de alcanzar mi pecho, pero le agarré la muñeca en el aire, con un agarre firme y controlado.

—¿Estás intentando seducirme, nena? —le pregunté, bajando la voz en un tono seductor, pero al mismo tiempo amenazante.

Ella se rió, con un sonido ligeramente embriagador, e intentó acercarse de nuevo.

— Depende... —murmuró, con los ojos fijos en los míos—. ¿Estás dispuesto a dejarte seducir?

Podría haber aceptado allí mismo, podría haberla llevado a cualquier rincón oscuro de la discoteca y haberla follado hasta el agotamiento. Ella no me importaba, y eso lo hacía todo más fácil, más sencillo. Pero yo tenía otros planes.

— Quizás en otro momento —respondí, soltándole la muñeca y dando un paso atrás—. Te follaré más tarde, nena. En tus sucios sueños.

Pareció confundida por un momento, pero finalmente se encogió de hombros y se alejó con una mirada decepcionada. Sabía que seguiría pensando en mí, y eso era suficiente para abrir la puerta que necesitaba para invadir su subconsciente cuando estuviera durmiendo.

Mientras se alejaba, mis pensamientos volvieron inevitablemente a Vallery. Todo en ella era diferente y más intenso, por ser prohibido. Incluso a distancia, la chica tenía el poder de arrastrarme a las profundidades más desgarradoras de la lujuria.

Yo era su esclavo, aunque ella no lo supiera. Y por mucho que me alimentara de otras mujeres, por pura necesidad de existir, nada se compararía jamás con lo que sentía por ella.

El deseo era tan profundo y abrumador que me encontraba observando su ventana por la noche, solo para ver si las luces estaban encendidas, tratando de adivinar qué estaría haciendo en ese momento. Quería ser parte de cada detalle de su vida, quería que ella supiera lo mucho que yo siempre estaba cerca, siempre observando, esperando el momento en que finalmente pudiera reclamarla, aunque sabía las consecuencias.

Mientras tanto, tenía que conformarme con los sueños ajenos, utilizándolos como una forma de aliviar el hambre, alimentar mi energía y mantener la cordura.

Volví mi atención hacia el bar y pedí otra copa de whisky mientras la música parecía resonar más fuerte. Las luces parpadeaban frenéticamente, pero nada era tan caótico como lo que sentía por dentro.

Todos esperábamos Halloween, el momento en que el velo entre los mundos se volvería más fino, permitiendo una conexión más profunda y real. Y cuando eso sucediera, invadiría la mente de Vallery de una manera que ella nunca olvidaría.

Pero por ahora, estaba atrapado en la caza, aunque siempre terminaba de la misma manera: en cuerpos desconocidos y orgasmos vacíos.

En siglos de existencia, era extraño que solo ahora me molestara y sabía la razón, pero no podía hacer absolutamente nada.



La fiesta estaba en su apogeo cuando la rubia del bar reapareció frente a mí, con una sonrisa maliciosa en los labios y los ojos llenos de expectación. Ella quería más que un coqueteo distante y yo lo sabía. Había un deseo claro en su mirada, un brillo de desafío que yo estaba más que dispuesto a aceptar.

Pensé que sería más creativa en cuanto al escenario, pero tal vez estaba demasiado borracha o drogada para que su subconsciente pudiera desarrollar algo más elaborado.

¡Que le den, me la voy a follar de todas formas!

—¿Has cambiado de opinión, Kellan? —preguntó con confianza, deslizando sus dedos por mi brazo con una audacia inesperada.

Sonreí de lado, mis ojos recorriendo deliberadamente su cuerpo.

Era la primera comida de la noche...

—Quizás —murmuré, con la voz ronca y llena de promesas ardientes—. Pero solo si estás dispuesta a jugar a mi manera.

Ella no dudó, con los ojos brillando aún más.

—Me gusta jugar —respondió, mordiéndose el labio inferior de una manera que habría sido seductora si realmente me importara.

Sin más preámbulos, la tomé de la mano, guiándola a través de la multitud y entrando en uno de los baños privados de la discoteca. El espacio era reducido, pero eso solo aumentaba la urgencia que sentía. Cerré la puerta detrás de nosotros, mis manos ya deslizándose por su cintura mientras la empujaba contra la pared.

—Será rápido, intenso y a mi manera— le advertí, con voz baja y llena de un deseo sádico.

Ella asintió, mordiéndose el labio de nuevo, claramente excitada por la agresividad controlada que yo irradiaba.

Dándole la espalda, presioné su cuerpo contra la pared mientras mis manos exploraban su piel con firmeza. Sentir la sumisión era lo que necesitaba, aunque no fuera Vallery.

No es que mi reina fuera a someterse a mí algún día.

Yo siempre sería su devoto súbdito.

Después del cinturón de mis pantalones, deslicé el frío cuero por el brazo de la rubia y sentí su cuerpo temblar de anticipación.

—¿Te gustaría un poco de dolor con el placer, zorra? —le pregunté, con mi voz como un susurro macabro en su oído.

Si hubiera estado en mi forma original, ella habría gritado e intentado huir. Pero como estaba en mi atractiva *piel* humana, la chica jadeó, inclinando las caderas hacia atrás como una invitación.

—Sí, por favor... —Su voz estaba llena de excitación.

Seguro que se despertaría con el coño empapado al día siguiente.

Le até las muñecas con el cinturón, dejándolas firmes por encima de su cabeza, mientras mi otra mano le apretaba el cuello de forma posesiva, asfixiándola lo justo para causarle incomodidad, pero sin hacerle daño de verdad.

Después de todo, ese era su sueño, aunque yo controlaba todo. La intensidad era innegable, yo tenía el dominio que ansiaba y que ella claramente también deseaba.

«Buena chica», le susurré, antes de escupir en los dos dedos que pronto invadieron su estrecho culito, mientras la otra mano se extendía sobre su coño, buscando el clítoris para frotarlo.

Ella gimió alto, sin ningún pudor, con el cuerpo retorcido de placer.

—¡Kellan! Fóllame ya! —exigió sedienta e impaciente, haciéndome reír a carcajadas.

— Cierra el pico, zorra. Aquí mando yo... — Saqué los dedos de su culo y le rozé la oreja con los labios para avisarla con un gesto amable: — Iba a hacerte correrte antes de follarte el culo, pero he cambiado de opinión. Ya que tienes tantas ganas de que te folle, creo que esta noche puedo ser bueno.

Le metí la polla en el culo de un solo golpe, con un placer mezclado con una frustración brutal que ya no podía contener. La columna rígida de la rubia, cuyo nombre ni siquiera recordaba, no me hizo disminuir el ritmo y mis movimientos fueron duros y rápidos, cada embestida reflejando el deseo reprimido que Vallery dejaba dentro de mí.

La rubia gemía fuerte, la mezcla de placer y dolor visible en su rostro por el reflejo del espejo del baño.

—¡Más fuerte, Kellan! —suplicó, con los ojos en blanco de puro éxtasis.

Movido por una necesidad voraz de exorcizar la frustración que me consumía, aceleré los movimientos de mis caderas y, tan pronto como ella gritó como una perra en celo, le tapé la boca con fuerza y le

hice un chupetón en el cuello con la pura intención de dejarla marcada.

Se despertaría dudando de sí misma al ver su piel amoratada a la mañana siguiente, lo que la dejaría secretamente obsesionada conmigo. Saberlo aumentó mi excitación, no solo por la fisicidad del acto, sino por sentir cierto control, aunque fuera temporal.

Su placer era intenso y visceral, pero para mí no era más que una mera distracción. Una forma de aliviar la presión mientras Vallery permanecía inalcanzable, y la forma habitual en la que me alimentaba siempre que era necesario, ya que era mi naturaleza.

Cuando me corrí, fue con un gruñido bajo y ronco, con todo el cuerpo tensándose de forma casi violenta. La rubia jadeaba, con los ojos aún brillantes de excitación, sin saber que eso sería solo el comienzo de una serie de sueños que la dejarían cada vez más agotada y vacía en las próximas noches. Al fin y al cabo, no solo me alimenté de sexo.

«Estuvo bien, ¿no?», preguntó ella, todavía sujeta al cinturón, con una sonrisa cansada y satisfecha en los labios.

—No estuvo mal. —Salí de dentro de ella, mi semen rojo chorreando por su culito redondo, haciéndome lamer los labios de excitación.

Incluso podría comerle el coño si quisiera. No es que necesitara tiempo para recuperarme.

Simplemente me había hartado de ella.

— Dulces sueños, zorra —murmuré, dándole un rápido beso en la nuca antes de alejarme y soltarla—. Quizás vuelva a follarte mañana también.

La rubia parecía aturdida, sin saber lo mucho que estaba a punto de sumergirse en un abismo de obsesión. Para mí, solo era otra noche de alivio temporal.

En cambio, mi ansia por Vallery no hacía más que aumentar.



En lugar de regresar a la mansión Scottfield, me sentí impulsado a ir a la fraternidad Sigma Nyx. Sabía que estaba prohibido y que Kyle me mataría si se enteraba, pero la necesidad de verla, aunque fuera de lejos, era insoportable.

Llegué al patio de la fraternidad, las sombras envolviéndome como viejos aliados. Me acerqué lentamente, con la mirada fija en la ventana de la habitación de Vallery, pero las cortinas estaban cerradas. Podía sentir su presencia allí, tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejos.

Era un tormento cruel, pero no podía detenerme.

Por un instante, sentí un deseo casi insano de romper la ventana y llevármela lejos, pero mi sentido de la responsabilidad, aunque débil, me impidió actuar.

«Algún día...», susurré en la noche, con los ojos aún fijos en la ventana oscura.

Sin otra opción, me alejé, sintiendo cómo la frustración se convertía en una furia silenciosa.

Necesitaba follar unas cuantas veces más antes de volver a casa, para no sucumbir por completo a la obsesión.

En el fondo, sabía que ya no sería suficiente. Pero se acercaba Halloween y esperaba que el juego pasara pronto al siguiente nivel.



CAPÍTULO 5

Intención oculta

KENDRIC SCOTTFIELD

Siempre me ha parecido curioso cómo la gente subestima a los benjamines. Quizás por eso me salía con la mía en casi todo. Mientras que Kyle era el estratega frío y Kellan el agresivo impetuoso, yo destacaba de una manera diferente. Mi estilo era el de la suavidad, pero no se equivoquen, mi deseo era tan intenso como el de ellos. La diferencia es que me gustaba divertirme en el proceso.

Disfrutaba ser el centro de atención. Mientras que mis hermanos eran más reservados en sus interacciones, yo prefería perderme entre las chicas. Era un terreno familiar, pero sabía exactamente cómo moverme en él.

Ser el único chico en un club de lectura era para muchos algo improbable. Para mí, en cambio, era la mejor parte de ser quien soy. En lugar de controlar todo con frialdad o dejar un rastro de caos por donde pasaba, siempre preferí el camino más sutil. Ser el *chico dorado* que las chicas encuentran adorable y confiable... era la estrategia perfecta para devorar todas las conchas que deseara.

Poco a poco.

Esa noche había una fiesta de pijamas en la fraternidad Beta Delta y, obviamente, me invitaron. No solo era miembro del club de lectura, sino el favorito de todas las chicas. Era fácil ser así cuando conocías el terreno y sabías exactamente dónde pisar.

Después de todo, yo vagaba por este mundo incluso antes de que los clásicos se convirtieran en clásicos.

Mientras me acomodaba en el sofá de la sala común, rodeado de almohadas y mantas, las chicas se acomodaban a mi alrededor, lanzándome miradas expectantes. Estábamos a punto de comenzar un maratón de adaptaciones de Jane Austen, ¿y yo? ¡Más que preparado! Como de costumbre.

—Ken, eres el único chico que conozco al que le gusta Jane Austen —dijo Megan, riendo mientras se acurrucaba a mi lado.

—No es así. Solo creo que Austen entiende las complejidades humanas como pocos. —Me encogí de hombros, con una expresión de falsa modestia.

—Entonces, ¿cuál es tu libro favorito de Austen? —preguntó Claire, una morena de cabello rizado, mirándome con curiosidad.

Era una de las más tímidas del grupo, pero estaba claramente intrigada por verme allí, en medio de un evento tan... «femenino».

Le dediqué una sonrisa perezosa, esa que siempre funcionaba.

—Es difícil elegir solo uno, ¿no crees? —bromeé, haciendo que las otras chicas se rieran entre dientes—. Pero debo admitir que Orgullo y prejuicio ocupa un lugar especial en mi corazón. ¿Quién no ama a un Darcy arrepentido?

Claire se sonrojó, tal y como esperaba.

El comentario hizo que las chicas se rieran e intercambiaran miradas cómplices. Con cada sonrisa y cada mirada de adoración, sentía cómo se me hinchaba el ego, pero había algo más profundo e intrínseco detrás de todo eso.

Me encantaba el control, la sensación de estar dentro de sus mentes, aunque las pobres no se dieran cuenta. Era un hambre que no se saciaba solo con las miradas, sino con las fantasías ocultas que despertaba en sus entrañas.

— ¿Y qué opinas de las heroínas de Austen? ¿Lizzie Bennet es tu favorita?

Fingí pensar por un momento, sabiendo que esperaban una respuesta sorprendente.

— Me gusta Lizzie. Pero confieso que tengo debilidad por Marianne Dashwood. Observé las reacciones a mi alrededor. — Es intensa, apasionada... y un poco imprudente. Eso me parece fascinante en una mujer.

Más sonrisas y miradas de aprobación.

Era demasiado fácil, casi como si fuera una coreografía que ya hubiera practicado mil veces. Y me encantaba estar allí, sería hipócrita si dijera lo contrario, siendo adulado por un grupo de chicas apasionadas por las novelas clásicas. Mi masculinidad estaba lejos de ser frágil y eso era precisamente lo que más les interesaba.

— Me gusta tu sudadera de Black Pink. — Claire volvió a sacar el tema y sentí que ella sería mi primera comida de esa noche. — ¿Cuál es tu canción favorita de ellas?

¡Ah, *Black Pink*! Ser fan de *un grupo femenino* de *k-pop* formaba parte de mi encanto inusual, y no era solo una fachada. Al fin y al cabo, también había estado ahí para las *Spice Girls* y para *Fifth Harmony*, pero... bueno, los tiempos habían cambiado y el *hallyu* también había alcanzado la dimensión de las tinieblas.

—*Kill This Love*, por supuesto —respondí, con tono jocoso—. Porque a veces, el amor realmente necesita ser destruido antes de ser reconstruido, ¿no crees?

Claire se rió, relajándose un poco más. Había un brillo de comprensión en sus ojos. La forma en que conseguía alinear mis gustos musicales con metáforas literarias la intrigaba y seducía.

Me encantaba eso. Era lo que mejor se me daba: hacer que cada una de ellas se sintiera cómoda, dando la impresión de que era inofensivo. Pero al mismo tiempo, sabía exactamente cómo manipularlas para conseguir lo que quería.

Mientras comenzaba la película, me recosté en el sofá, sintiéndome en la cima del mundo. Era en esas situaciones donde destacaba, y el poder que sentía al ser el único hombre allí era embriagador.

—¿Sabes, Kendric? —Emily, una pelirroja de ojos azules, apoyó la cabeza en mi hombro—. Pareces entender a las heroínas de Austen mejor que muchos hombres.

Incliné la cabeza para mirarla a los ojos, con una sonrisa ligeramente sugerente en el rostro.

—Lo intento, Emily —murmuré, bajando la voz a un tono más íntimo—. Creo que todas las mujeres merecen ser comprendidas como las heroínas de Austen.

Ella suspiró, claramente derritiéndose un poco más por mí.

Mientras veíamos la película, la excitación de todas aquellas chicas a mi alrededor no pasaba desapercibida. Sabía que más tarde invadiría sus sueños, no como un depredador, sino como el príncipe azul que esperaban. Para mí, era una forma de seducción más suave, pero muy divertida y, sin embargo, eficaz.

Las chicas, ya medio borrachas de vino y atiborradas de chocolate, eran cada vez más vulnerables. Reían, cuchicheaban y suspiraban, sin saber que yo las observaba no solo con interés, sino con un hambre desenfrenada.

Mientras Marianne Dashwood se desesperaba por Willoughby en la pantalla, sentía cómo aumentaba la tensión en la sala, una excitación latente que sabía cómo explotar más tarde, cuando todas estuvieran dormidas.

Sabía que esa noche todas pensarían en mí antes de cerrar los ojos. Y en sus sueños, yo sería todo lo que deseaban: amable, apasionado, comprensivo, pero también un amante insaciable. Era el Romeo perfecto para cada una de ellas, al menos en sus fantasías.

Pero mientras las chicas suspiraban por mí, mis pensamientos volvían inevitablemente a Vallery Hope. Quería invadir sus sueños de

la misma manera, para hacerla sentir el mismo deseo profundo e irresistible que sentían todas las demás.

Sin embargo, con ella era diferente. Sabía que no podía simplemente manipular sus pensamientos. Anhelaba no solo su entrega física, sino también su corazón y su alma. Y si algún día tenía la oportunidad, la conquistaría de una manera que ningún humano podría jamás.

Pero hasta entonces, tenía que conformarme con esas interacciones superficiales. Alimentar mi hambre, fortalecer mi energía, aunque el sabor nunca fuera lo suficientemente dulce.

—¿En qué piensas, Ken? —preguntó Claire, dándome un codazo en el brazo con una sonrisa curiosa.

Le devolví la sonrisa, moviendo ligeramente la cabeza.

—Nada importante, solo en lo complicado que es el amor —respondí, guiñándole un ojo—. Pero también muy gratificante.

Ella suspiró de nuevo, perdida en su propia fantasía. Y esa chica, sin saberlo, ya estaba a punto de quedar completamente envuelta por mis encantos.

A medida que avanzaba la película, el ambiente se sumergía cada vez más en un aura de falsa seguridad. Las chicas estaban completamente envueltas por la e e narrativa de Emma, y yo observaba a cada una de ellas, captando sus miradas lánguidas y sus tímidas sonrisas.

La vulnerabilidad allí era como miel derramándose... dulce e irresistible.

Emily se acurrucó más contra mi hombro y no pude evitar sonreír, saboreando el hecho de que, mientras las chicas veían a un príncipe en la pantalla, un verdadero villano estaba a su lado, a punto de entrar en sus mentes.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de las novelas de Austen? —preguntó Megan, rompiendo el silencio—. La forma en que el amor siempre triunfa, incluso en los peores escenarios.

—Eso es lo que las hace atemporales, ¿no? —Incliné la cabeza hacia ella, mostrando un interés genuino que solo ella podía ver—. El amor que lo vence todo... incluso a la oscuridad.

Ella no entendió la ironía, pero suspiró, perdida en sus propios pensamientos.

Cuando terminó la última película, las chicas comenzaron a acomodarse en los colchones improvisados en el suelo, intercambiando risas ahogadas y susurros somnolientos. Era el momento perfecto. El cansancio mezclado con el vino barato ya las había vuelto más susceptibles, y yo sentía la energía sexual flotando en el aire, como una suave melodía tocando en mis oídos.

—Buenas noches, Ken —murmuró Emily con una sonrisa tonta.

—Buenas noches, jóvenes damas —respondí, ajustando mi expresión a una sonrisa afectuosa, incluso mientras mi mente ya comenzaba a prepararse para el siguiente paso.

Me recosté en el sofá y cerré los ojos, conectándome lentamente con la psique de cada una de ellas. Era como entrar en una piscina de sensaciones intensas, una mezcla de ansiedad, deseo y expectativas poco realistas sobre el amor.

Sabía exactamente cómo manipular eso para convertirme en la encarnación de cada una de sus fantasías secretas.



En el sueño de Megan, yo era el caballero perfecto, pero había un deseo crudo y primitivo en el fondo de sus ojos. Mientras sostenía la barra del vestido en su cintura delineada, para tener acceso al paraíso entre sus piernas, me deleité con la fantasía de encontrarnos a escondidas en una pensión de chicas solteras... tal vez fuera su propia fanfic involucrando a la fraternidad Delta Beta en pleno período imperial en la Inglaterra de Jane Austen.

—Me encanta sentirte tan húmeda para mí —le susurré al oído, con mi voz ronca cargada de promesas obscenas mientras la penetraba lentamente por detrás en su estrecho coño, mientras mis dedos jugaban con su clítoris—. Esta noche eres toda mía, lady Megan.

—Sí, Lord Kendric... —jadeó, con los labios entreabiertos, incapaz de contener el gemido mientras la atraía hacia mí, presionando mi cuerpo contra el suyo con cada embestida, profundizando la intensidad mientras aceleraba el ritmo.

Al mismo tiempo, en el sueño de Claire, me convertía en Christian Grey, con una mirada posesiva que prometía mucho más que un amor controlador.

Con una mano firme sujetándole la nuca y la otra presionándole la cadera, la traje hacia mi regazo con las piernas abiertas, sintiendo mi polla palpitando ante su coño depilado y chorreando de tanto deseo.

La más tímida de la fraternidad era también la más guarra. Loca por ser follada sin piedad y dominada por un sado. A Kellan le encantaría follársela... pero yo no estaba dispuesto a compartir mis coños esa noche.

Mientras la miraba directamente a los ojos, apreté los tornillos que sujetaban sus pezones y la oí gemir en una mezcla de dolor y excitación. La mordaza en su boca le impedía pronunciar ninguna palabra, pero su expresión de placer me aseguraba que lo estaba disfrutando.

—Eres tan sexy que no puedo resistirme—le susurré, pasando mi lengua por la piel de su cuello—. Te quiero de todas las formas posibles esta noche. Pero puedes empezar tragándote mi polla con esa boca golosa.

Claire gimió de nuevo, obedeciendo mi llamada y entregándose por completo, con los ojos cerrados mientras bajaba encajando mi polla a la perfección dentro de ella.

— ¡Ahora empieza a cabalgar hasta que sienta que te corres y me ensucies toda la polla! — Le di una fuerte palmada en el muslo, para dejar la marca de la palma allí.

Observando nuestro reflejo en el espejo frente a mí, me deleité con la imagen de su culito perfecto adornado con el plug anal con forma de cola de conejo... Su deseo me alimentaba, una energía casi tangible que me hacía sentir aún más poderoso.

Con Emily, el juego era diferente. En su sueño, yo era Gideon Cross, un director ejecutivo traumatizado, posesivo y visceralmente enamorado. Su boca entreabierta se movía en busca de aire mientras la empujaba contra la pared, invadiendo su espacio con una intensidad irresistible.

¡Estas chicas no solo viven de los clásicos!

—Amo tu coñito apretado —murmuré contra sus labios, con los dedos ya explorando su húmedo interior—. Córrete para mí, vamos...

Ahh... las tres palabritas mágicas. ¡Me encantan los clichés calientes!

Su cuerpo temblaba descontroladamente, los gemidos ahogados por un beso urgente y hambriento. Era un placer puro y bruto, y la sensación era completamente adictiva.

Las novelas con multimillonarios siempre eran interesantes, me gustaba asumir esos papeles. Mucho más que los caballeros de brillante armadura... era un coñazo sacar la polla y tener que follar suavemente cuando la chica era demasiado romántica y soñadora.

Las chicas de Belta Deta nunca me decepcionaban. ¡Mis marionetas favoritas! Sin embargo, por muy intenso que fuera el placer, el vacío persistía. No eran Vallery, y cada orgasmo arrancado era solo una distracción temporal.

Mi ansia por la señorita Hope era diferente, más que carnal: espiritual, una obsesión que se arraigaba en lo más profundo de mi ser y me consumía por dentro.

Mientras seguía alimentándome, barriendo los sueños de las chicas de Beta Delta una por una, me moldeaba para ser lo que deseaban: desde el chico bueno y amable hasta el amante de boca sucia de sus sueños distorsionados. Sabía que estaba dejando huella en cada una de ellas, aunque se despertaran a la mañana siguiente sin recordar nada más que la sensación de una noche agitada.

Con una sonrisa cínica, me levanté del sofá y miré alrededor de la sala. Las chicas estaban profundamente dormidas, cada una perdida en sus propias fantasías. Para ellas, sería una noche de placer agotador, mientras que para mí, solo otra oportunidad de fortalecerme para el verdadero desafío.

Salí de Beta Delta con una mezcla de satisfacción y frustración.

Se acercaba Halloween y sabía que la conexión con Vallery era cuestión de tiempo. No se trataba de un «si», sino de un «cuándo».

Y cuando sucediera, aprovecharía mi oportunidad.

Mientras caminaba por las oscuras calles de Thornvale hacia la mansión Scottfield, saqué mi teléfono móvil del bolsillo y mis auriculares *bluetooth*, abrí la aplicación de música y puse mi *lista de reproducción* favorita.

Kill This Love, de Black Pink, comenzó a resonar en mis oídos:

«Hola» como un ángel, «Adiós» como un demonio al final
El precio que tienes que pagar después de cada locura
Esta es una prueba sin respuesta
Aunque me engañen cada vez, sí
Un esclavo de emociones lamentables
Te amo hasta la muerte, sí...

— Ahh, Vallery... te veré pronto, mi reina.



CAPÍTULO 6

La noche de Halloween

Sigma Nyx es más que una simple hermandad, es como un santuario para los deseos más secretos de sus integrantes. Ubicada en una imponente mansión de estilo gótico, cerca del campus de la universidad, sus paredes albergan no solo historias de hermandad, sino también tradiciones transmitidas de veteranas a novatas durante décadas.

La principal tradición de Sigma Nyx, después de las fiestas, era el *«Club de los Deseos Ocultos».* Una reunión secreta entre las hermanas de la hermandad, donde cada una confesaba su deseo más profundo y, a menudo, más oscuro. El objetivo era siempre el mismo: compartir fantasías inusuales, generalmente relacionadas con lo sobrenatural. Era un ritual tan antiguo como la propia hermandad, y la noche de Halloween era la más esperada para llevarlo a cabo, ya que se suponía que el «velo entre los mundos» se volvía más fino, permitiendo que los deseos ocultos se acercaran más a la realidad.

Esa noche, mientras trabajábamos en la decoración de la fiesta de la fraternidad, el club se inauguró oficialmente. Se encendieron velas aromáticas y se formó un círculo alrededor de una mesa improvisada, con una tabla Ouija en el centro. La luz era tenue, proyectando sombras alargadas y distorsionadas en las paredes, lo que daba un aire aún más místico y provocativo al ambiente.

—Entonces, ¿cuál es tu fantasía, Vallery? —preguntó Savannah, con los ojos brillantes de emoción apenas contenida. Sostenía una vela en una de sus manos, con el rostro iluminado de forma casi siniestra.

Dudé por un momento, recordando cómo me sentí después del encuentro con los hermanos Scottfield en el pasillo y, más tarde, al verlos fuera de la fraternidad. El inquietante sueño de la noche anterior aún estaba fresco en mi mente. Pero, después de unos sorbos de vino barato, el alcohol comenzó a relajarme y a hacerme un poco... atrevida.

No era como si fuera la única allí que deseaba cosas extrañas. Las chicas a mi alrededor reían y cuchicheaban, confesando deseos que iban desde ser seducidas por vampiros hasta ser devoradas sexualmente por hombres lobo bajo la luna llena.

«Ser secuestrada por demonios y dominada por completo», solté, riendo un poco mientras las otras chicas me miraban, primero sorprendidas, luego divertidas.

Sus risas resonaron en la habitación, pero había algo más en la expresión de Hillary, que me miraba con curiosidad. Sabía que había exagerado a propósito, tratando de disimular el verdadero deseo que estaba mucho más cerca de una obsesión carnal por los Scottfield que de cualquier fantasía sobrenatural.

—¡Vaya! ¡Eso es demasiado oscuro incluso para ti, Vallery! —comentó Hillary, todavía riendo, pero con una mirada de quien sabía más de lo que parecía.

—Bueno, es Halloween, ¿no? —argumenté, tratando de disimular el calor que me subía a la cara, a pesar del ligero mareo que ya sentía por el vino.

Mientras continuaban las confesiones, el ambiente en la habitación cambió. Las risas se convirtieron en susurros y el aire parecía más denso, más cargado de tensión sexual y algo indescriptible. La tabla Ouija en el centro de la mesa comenzó a parecer más que una simple pieza decorativa, de modo que su presencia amplificaba el deseo que flotaba en el ambiente.

De repente, un cuervo entró por la ventana, batiendo las alas de forma ruidosa y abrupta. Las chicas gritaron sorprendidas y retrocedieron, pero yo me quedé paralizada por un momento,

observando cómo el pájaro se posaba en el respaldo de una silla, con sus ojos negros fijos en mí.

—Eso ha sido demasiado extraño, incluso para el *Club de los Deseos Ocultos* —murmuró Savannah, todavía con la mano en el pecho, tratando de calmar su acelerado corazón.

El pájaro parecía un presagio, una señal de que nuestros deseos más profundos podrían no ser solo fantasías inofensivas. Quizás había algo en la atmósfera de esa noche que hacía que todo fuera más realista y estuviera más cerca de manifestarse de lo que imaginábamos. El cuervo soltó un graznido alto antes de batir las alas de nuevo y desaparecer por la ventana abierta, dejando un silencio pesado a su paso.

En el fondo, una parte de mí estaba perturbada por lo que había sucedido, pero también había algo inesperado en mi interior: una excitación espantosa, como si el suceso hubiera acercado mis sueños más secretos a un nivel desconcertante. Me sentía tan expuesta como ansiosa, como si algo dentro de mí quisiera más de eso, aun sabiendo que podía ser peligroso.

Cuando las chicas finalmente se dispersaron para continuar con los preparativos de la fiesta, me quedé allí parada por un momento, sola con mis pensamientos. La idea de ser secuestrada por demonios y dominada por ellos parecía menos absurda que antes, casi como si una parte de mí deseara que eso realmente sucediera esa noche.

No sabía si solo estaba embriagada por el ambiente de Halloween o si algo dentro de mí estaba despertando. Pero una cosa era segura: el «Club de los Deseos Ocultos» esa noche parecía más real que nunca.



Thornvale siempre había sido mi hogar, y tal vez por eso sus secretos y deseos prohibidos corrían tan profundamente por mis venas. Aquí, todo tenía un aire de tranquilidad superficial, pero bastaba con

mirar más de cerca para darse cuenta de las tenebrosas historias que se escondían detrás de sus antiguos monumentos. Envuelta en una niebla casi constante, las calles y los edificios góticos transmitían un toque de misticismo enigmático.

El día de Halloween amaneció de forma extraña. El cielo estaba cubierto por una densa niebla que parecía haber descendido a propósito, creando un aura sombría y a la vez emocionante alrededor del campus de la universidad.

Estaba decidida a ignorar el nerviosismo y seguir adelante, a pesar de que la repercusión de *las noticias falsas* aún resonaba en los pasillos de la Universidad de Thornvale.

Mientras me preparaba para salir de la habitación, vi un paquete sobre mi cama: una caja blanca envuelta en una cinta roja que parecía recién atada y una nota doblada sujeta al lazo.

«Para Vallery, de sus eternos y más fieles admiradores».

«¿Serán ellos?», pensé inmediatamente en los hermanos Scottfield.

¡No te hagas ilusiones, Vallery!

¿Por qué iban a admirarme después de todo el lío que se había montado en Internet?

Mi corazón dio un vuelco y mis manos temblaron ligeramente mientras desataba la cinta y abría la caja. Envuelta en papel de seda, había una lencería blanca con liguero, medias de encaje delicadas, todo increíblemente sensual y provocativo.

Mis dedos tocaron la suave y delicada tela de la lencería. El regalo era sugerente, atrevido e incluso un poco intimidante.

No podía negar el simbolismo de un regalo como ese: era deseada.

Pero, ¿quiénes serían esos «admiradores»?

Aunque una parte de mí tenía el buen sentido de tirar el regalo a la basura, la otra parte, movida por el deseo secreto y la adrenalina

de la situación, decidió que lo iba a usar.

Si me están observando, ¡que sea a mi manera!

Mientras caía la noche y la fiesta en la fraternidad comenzaba a tomar forma, me vestí lentamente con la lencería, sintiendo el tacto frío de la tela sobre mi piel calentada por los nervios. Con cada prenda que me ponía, me sentía más atrevida y descarada.

En un impulso improvisado, cogí una sábana de colores que había en el armario y le hice unos agujeros para los ojos, creando una provocativa versión de un fantasma. Bajo la fina tela, el contraste de la lencería blanca era visible, dejando claro que, aunque era un disfraz sencillo, estaba lejos de ser inocente.



El salón de fiestas de Sigma Nyx estaba lleno de luces de neón, música ensordecedora y el dulce olor del alcohol mezclado con el sudor de los cuerpos que bailaban. Las chicas de la fraternidad estaban eufóricas, cada una luciendo disfraces creativos y sexys, desde vampiras con corsés de cuero hasta hadas con faldas minúsculas y alas brillantes.

Era una celebración de la lujuria y el misterio, como si la noche de Halloween estuviera hecha para liberar todos los deseos ocultos.

Cuando entré en el salón, sentí que todas las miradas se volvían hacia mí, algunas curiosas, otras intrigadas. Estaba cubierta por una sábana de colores pastel, pero la sensualidad que había debajo era más que evidente, ya que la fina tela apenas ocultaba la provocación de los encajes blancos y el brillo de las ligas.

Mientras me acercaba a la barra improvisada, alguien me ofreció una copa de sangría. Acepté, tratando de mezclarme con los invitados. El alcohol bajó caliente y rápido, trayendo una sensación de ligereza que no sentía desde hacía semanas.

Cuando volví al salón de fiestas, noté un movimiento diferente. Era como si se hubiera producido un extraño silencio, solo para ser rápidamente sustituido por susurros y miradas curiosas.

¡Los hermanos Scottfield habían llegado!

Era imposible ignorarlos. Vestidos con pantalones vaqueros blancos y botas del mismo color, sus cuerpos perfectos estaban a la vista, cubiertos solo por máscaras de calaveras blancas y pasamontañas de tela fina que ocultaban parcialmente sus rostros. Era una imagen provocativa, una mezcla de fuerza y misterio que parecía dejar sin aliento a todos los que los rodeaban.

Avanzaron en formación, como siempre: Kyle en el medio, el líder silencioso e imponente, Kellan a la derecha, con su encanto enigmático, y Kendric a la izquierda, el más joven y con un aire de dulce peligro.

Pero no estaban allí para mezclarse, había una clara intención en sus pasos.

Sentí sus miradas atravesando la multitud y posándose directamente sobre mí. Era una atención intensa e ineludible, como si yo fuera la única persona allí que importaba.

Intenté no dejarme intimidar, pero la verdad es que sentía una mezcla de miedo y emoción como nunca antes. Bebí otro sorbo de sangría, tratando de reunir el valor para enfrentarme a los tres, pero el alcohol ya empezaba a entorpecer mis sentidos.

Había una audacia creciente dentro de mí, un deseo de enfrentarme a ellos y descubrir qué querían de mí o... tal vez disculparme por el artículo que no escribí.

Sin embargo, antes de que pudiera dar un paso hacia ellos, la música alta comenzó a parecer más lejana y las luces parpadeantes comenzaron a mezclarse en manchas de colores. Mi visión se nubló y una torpeza se apoderó de mi cuerpo.

Antes de que pudiera reaccionar, sentí una mano fuerte agarrarme por el brazo y una voz baja y profunda sonó cerca de mi oído:

—Ven con nosotros, Vallery.

Un paño húmedo cubrió mi nariz y mi boca, y lo último que vi fue un destello de los hermanos Scottfield a mi alrededor, con sus máscaras de calavera brillando bajo la tenue luz. Mi cuerpo se rindió rápidamente, y mi mente se apagó en un vacío oscuro.



CAPÍTULO 7

Los Guardianes de las Sombras

Mi cabeza estaba pesada, como si estuviera saliendo de un sueño profundo y perturbador. Un dolor agudo latía en mis sienes y, por un momento, lo único que pude hacer fue concentrarme en mi respiración entrecortada.

¿Dónde estoy?

El olor en el aire era diferente: amaderado y con un toque metálico, algo que recordaba a la sangre seca. No parecía ser la casa de la fraternidad, ni ningún otro lugar familiar del campus.

Intenté abrir los ojos, pero la luz era tenue, con un brillo rojizo que parecía emanar de luces de neón estratégicamente dispuestas en las paredes oscuras, envueltas en sombras amenazantes. La atmósfera parecía densa, casi sobrenatural, como si la oscuridad que me rodeaba pudiera engullirme en cualquier momento.

Mi corazón se aceleró cuando me di cuenta de que no podía mover las manos. Estaban atadas con cuerdas firmes a una silla de madera robusta, con el asiento frío y rígido. Me invadió un pánico intenso.

—¿Qué mierda es esto? —Mi voz sonó ronca, mezclando miedo y confusión.

Los recuerdos volvieron como flashes: la fiesta de Halloween en Sigma Nyx, la entrada de los hermanos Scottfield con máscaras de calavera, sus cuerpos esculpidos a la vista, y luego... el apagón.

¡Me habían secuestrado!

Tres siluetas emergieron de las sombras, la luz rojiza reflejándose en las máscaras de calavera blanca. Aunque no veía sus rostros, sabía exactamente quiénes eran. Seguían vestidos como en la fiesta: pantalones vaqueros blancos que moldeaban sus cuerpos musculosos, pectorales desnudos y ojos oscuros ocultos por pasamontañas.

Me quieren así: indefensa y vulnerable.

—¿Qué quieren de mí? —Mi voz sonó más firme de lo que imaginaba, pero mi cuerpo temblaba.

Kyle, situado en el centro, avanzó primero, cada paso suyo resonando con un ritmo calculado. Aunque no le veía la cara, reconocí su postura autoritaria y su mirada severa que siempre parecía perforar mi alma, incluso a través de la máscara.

— No tienes por qué tener miedo, Vallery. —Su voz era fría y a la vez seductora, con un tono de oscura promesa—. No te haremos daño... no a propósito.

Mis ganas de reír se esfumaron antes de materializarse. Estaba atrapada en un lugar desconocido, rodeada por tres hombres peligrosos y seductores a los que apenas conocía.

— Entonces déjenme ir —intenté sonar decidida—. ¡Ya han causado suficientes problemas!

Kellan, a la derecha, soltó una risa baja y burlona.

— Los problemas comenzaron cuando jugaste con lo que no debías. —Se acercó, con los músculos del torso brillando bajo la luz rojiza y la voz aguda, casi cortante—. Ahora nos conocerás de verdad.

Intenté descifrar lo que quería decir.

¿Acaso ese artículo era más real de lo que imaginaba?

Kendric, el más joven, se acercó y se arrodilló a mi lado, con los dedos tocando mi muslo desnudo bajo la sábana del disfraz que tenía

en mi regazo. Su tacto era cálido y sentí una corriente eléctrica recorrer mi cuerpo.

—Nos has fascinado desde el principio. —Su voz era amable, pero había algo siniestro detrás de su suavidad—. En el momento en que escribiste eso sobre nosotros, supimos que tenías valor... y queremos explorar eso.

Mi cuerpo se tensó al sentir el calor de sus manos subiendo lentamente, cada centímetro aumentando el conflicto interno entre el miedo y el deseo.

— ¡Están locos! —grité, muy cabreada—. ¡Yo no escribí eso! ¡Ya les he dicho que me sabotearon!

Kellan se rió de nuevo, un sonido bajo y cínico que resonó en las paredes.

— Ya nos interesabas antes, así que da igual si escribiste esa mierda o no. — Se inclinó hacia mí, con sus ojos negros fijos en los míos—. Ya nos perteneces.

— ¿Por qué yo?

La intensidad de la mirada de Kyle era insoportable. Su dedo rozó mi cuello deliberadamente, haciéndome erizar la piel.

—Tienes algo especial, Vallery. Una pureza que nos atrae y una inocencia que despierta algo más... primitivo.

Sus palabras me desestabilizaron por completo. No sabía si era pánico o excitación, pero mi respiración se volvía cada vez más errática.

¡Tengo que resistir!

—Te enseñaremos lo que es el verdadero placer, pequeña. Y tal vez duela un poco... o mucho. —Kellan, ahora más cerca, rozó con los labios el e l hombro, mientras sus manos recorrían mi cuerpo—. Pero nada de lo que hayas sentido antes se compara con lo que podemos darte.

— ¿Y si no quiero? —Intenté sonar desafiante, pero mi voz tembló.

Kendric esbozó una sonrisa diabólica y se acercó aún más. Sus labios estaban a centímetros de mi oído y su voz era un susurro envolvente.

— Ah, mi Hope, tú quieres... solo que aún no te lo has admitido a ti misma.

— Cuidado con los desencadenantes, pequeña. ¿Conoces la palabra «consensual»? ¿Sabes lo que significa todo esto si no acepto vuestro jueguecito? — Por mucho que mi mente intentara resistirse, mi cuerpo comenzaba a responder de forma involuntaria.

Quizás eso era exactamente lo que ellos querían.

La resistencia que intentaba mantener parecía desmoronarse bajo el tacto de cada uno de los hermanos. Era como si me estuviera consumiendo lentamente un deseo que me asustaba, pero que también me consumía de forma abrumadora.

Mi cuerpo comenzaba a traicionar a mi mente.

¡Esto es una locura!

—Pero ya diste tu consentimiento cuando soñaste con nosotros la otra noche —replicó Kendric, dejándome mortificada con la revelación.

¿Cómo saben lo de mi sueño? ¡Ni siquiera se lo conté a Hillary ni a Savannah!

—No tienes que luchar contra ello. —Kyle me sujetó la barbilla con firmeza, obligándome a mirarle directamente a sus ojos oscuros e impenetrables—. Vamos a mostrarte lo que significa ser realmente deseada... por nosotros tres.

La mezcla de miedo y fascinación me dejaba perdida, casi rendida ante su presencia. Por mucho que mi mente luchara contra ello, el deseo creciente era imposible de ignorar.

— ¿No les importa compartirme?

La pregunta no era solo un reflejo del miedo o un intento de mantener el control, sino un extraño deseo de comprender la dinámica demencial que estaban proponiendo.

Tenía mucha curiosidad al respecto, teniendo en cuenta que ambos parecían demasiado posesivos y controladores como para compartir nada que desearan o les perteneciera.

—Somos una unidad. —La respuesta de Kyle llegó sin vacilar, con una voz cargada de una frialdad calculada—. El placer de uno es compartido por los otros dos. No hay celos ni envidia, solo la satisfacción de saber que estamos compartiendo nuestro deseo más profundo... por ti.

Sus palabras transmitían una certeza que me confundía aún más. Su mano seguía sujetándome la barbilla con firmeza, manteniendo nuestra mirada fija e implacable.

—Eres preciosa para nosotros. —Su tono se volvió más bajo, casi reverente—. No es solo tu cuerpo lo que deseamos, sino todo lo que eres. Tus miedos, inocencia, inseguridades, deseos y anhelos... incluso tu resistencia y terquedad... queremos cada pedazo de ti, Vallery, sin dejar nada fuera. No solo lo que es bonito y socialmente aceptable, sino sobre todo lo que ocultas por vergüenza.

La intensidad de las palabras de Kyle era sofocante, casi hipnótica. Su obsesión parecía trascender lo físico, creando un vínculo extraño que no sabía cómo romper, aunque quisiera.

¿Y quería hacerlo?

—¡Vaya! Justo como le gusta a la clínica psiquiátrica... —respondí cargada de sarcasmo, tratando de enmascarar la mezcla de excitación y miedo que me consumía por dentro.

—No seas hipócrita, nena —Kellan dio un paso adelante, con una sonrisa cínica y provocadora que volvió a poner mis sentidos en alerta—. Estás loca por que te follemos todos... así que, ¿por qué complicar lo que estamos simplificando? ¡*Carpe diem*!

La forma descomplicada y directa en que argumentó hizo que mi cuerpo se tensara, y un calor desconocido comenzó a arder bajo mi

piel.

Aunque no lo admitía, sabía que una parte oscura de mí se sentía irresistiblemente atraída por su propuesta.

Kyle hizo un breve gesto y Kellan y Kendric comenzaron a desatar las cuerdas que me ataban a la silla. Tan pronto como quedé libre, sentí un escalofrío recorrer mi espina dorsal al darme cuenta de que me habían quitado la sábana, dejando al descubierto la lencería blanca con el liguero.

—¿Te gusta el regalo? —preguntó Kendric, con la voz rebosante de malicia y los ojos brillando con un hambre cruda mientras me devoraba por completo—. Sabíamos que te quedaría perfecto.

Los tres hermanos comenzaron a caminar en círculos a mi alrededor, con movimientos lentos y calculados, como depredadores estudiando a su presa. Era una mezcla inquietante de amenaza y promesa, una danza silenciosa que me envolvía en ansiedad y expectación.

¿De verdad voy a hacerlo? ¿Con los tres?

¿No es pecado? ¿Hay alguna posibilidad de ir al cielo después de esto?

—Levántate—ordenó Kyle, con voz grave e implacable, una orden que se arraigó en mi mente—. Si vamos a hacerlo, será de la manera correcta. Nos dirás lo que deseas, Vallery. Y no ocultes nada. Queremos la verdad.

Mis pensamientos estaban confusos, mi respiración entrecortada. Sentí que me temblaban las rodillas mientras me levantaba lentamente. Me rodeaban c o como sombras tangibles, con la mirada fija en cada centímetro de mi piel expuesta.

Era como si estuvieran leyendo mis deseos más secretos sin siquiera tocar mi alma.

— Yo... no sé lo que quiero. — Las palabras se me escaparon antes de que pudiera pensar con claridad, pareciendo más una frágil confesión que resistencia.

Kellan fue el primero en actuar, arrancándose la máscara con un movimiento ágil, revelando un rostro perfecto y lleno de un deseo animal. Me sonrió provocativamente, con los ojos brillando con una mezcla de lujuria y peligro.

—Te mostraremos lo que quieres, Vallery —murmuró, acercándose más. Sus manos firmes agarraron mi cadera, el calor de su cuerpo se infiltrando a través de la fina tela de la lencería.

Mi mente imploraba resistencia, pero mi cuerpo respondía con un deseo traicionero, como si quisiera más de su tacto.

Kendric fue el segundo en quitarse la máscara, sus labios curvándose en una sonrisa suave y lasciva. Se colocó detrás de mí, sus brazos firmes y posesivos rodeando mi cintura mientras su aliento cálido rozaba la sensible piel de mi nuca.

— No tengas miedo, *mi Hope* —susurró contra mi piel, con voz baja y tentadora—. Solo queremos darte lo que te mereces.

El deseo pulsaba a través de mí como una corriente eléctrica, consumiéndome desde dentro. La combinación de temor y lujuria se mezclaba, haciendo imposible distinguir cuál era más intenso.

Entonces fue el turno de Kyle. Se quitó lentamente la máscara de calavera, con los ojos oscuros fijos en los míos, rebosantes de una obsesión incontrolable.

— Di lo que realmente quieres, Vallery. — Sus palabras eran una orden, un mandato irresistible que parecía arraigado en mi ser. — Di lo que realmente deseas, sin mentiras.

El silencio estaba cargado de tensión, el aire espeso de promesas sucias e intenciones malditas. Sabía lo que quería, sabía que la verdad me pondría en sus manos en un camino sin retorno, pero ya no podía evitarlo.

Cada célula de mi cuerpo clamaba por rendirse.

—Quiero... saber lo que es ser deseada de verdad. —Las palabras salieron entrecortadas, cargadas de vulnerabilidad y un hambre descomunal.

La sonrisa en los labios de Kellan se amplió, sus ojos ardían con un placer sombrío.

—Lo descubrirás —prometió, con una voz como un dulce veneno que se infiltraba en mis sentidos.

La tensión era insoportable, una trampa erótica de la que no quería escapar.

Y en ese momento, supe que ya no había vuelta atrás.

Estaba completamente entregada a los hermanos Scottfield, atrapada en su juego y en mi propio placer sombrío.



CAPÍTULO 8

El despertar en la oscuridad

Nunca imaginé que acabaría así, atrapada en una habitación oscura con tres hombres enigmáticos, mientras mis deseos más secretos se desarrollaban ante mí como una pesadilla erótica. Era como si estuviera flotando entre la realidad y la fantasía, en un mundo de sombras y lujuria que se materializaba lentamente. Los hermanos Scottfield estaban a mi alrededor y la tensión era tan densa que parecía electrificar el aire.

Kyle, Kellan y Kendric, cada uno con una mirada fija y depredadora, desnudando mi alma y consumiéndola. El deseo en sus ojos era palpable, pero había algo más: una oscuridad intensa y embriagadora, una promesa velada de posesión absoluta.

Estaba libre de las cuerdas, pero aún así sentía una prisión invisible a mi alrededor, un confinamiento emocional que emanaba de sus cuerpos, como si el propio deseo fuera una cadena que me apretaba los puños y los tobillos.

—Vallery, tienes que confiar en nosotros —la voz de Kyle era baja y cargada de peligrosas promesas—. No te haremos daño, pero tienes que abrirte a lo que pretendemos hacer contigo.

Su tono autoritario me provocó un escalofrío que se transformó en una ola de excitación densa, casi sofocante. Nunca había sentido algo tan visceral, una mezcla de miedo y fascinación que corrompía mi resistencia y me atraía hacia ellos, aunque mis instintos me alertaran de que debía huir.

Fue entonces cuando vi a Kellan sosteniendo un objeto en la mano. La luz rojiza y difusa se reflejaba en el contorno de una vela negra, larga y gruesa. Mi corazón se aceleró mientras caminaba hacia mí, cada uno de sus movimientos parecía cargado de una intención cruda y explícita.

—Vamos a jugar con tus sentidos, nena. —Una sonrisa lenta y provocativa se formó en los hermosos labios de Kellan—. Te mostraré el placer en su forma más pura e intensa. Aprenderás a amar el dolor tanto como el placer.

Mis ojos se abrieron como platos al darme cuenta de lo que pretendía hacer. El calor de la cera derretida era algo que solo había leído en novelas eróticas, pero nunca imaginé experimentar en la realidad. La idea de vivir eso me hizo estremecer entre el pavor y un deseo descontrolado.

—¿Estás lista para esto? —susurró Kellan, con voz más baja y cargada de una promesa lasciva.

Mi respiración era irregular y un escalofrío recorrió mi columna vertebral mientras respondía con voz ronca y débil.

—Sí... —fue todo lo que pude murmurar, en un susurro que parecía más una rendición que una respuesta consciente.

La sonrisa de Kellan se amplió y encendió la vela, dejando que la llama proyectara sombras distorsionadas en las oscuras paredes de la habitación. El ambiente se volvió más denso, el aire cargado de promesas sucias y prohibidas, como si estuviera atravesando un portal hacia un abismo desconocido y pecaminoso.

—Te va a encantar, *Hope* —me susurró Kendric al oído, con su cuerpo pegado a mi espalda. Sus brazos me rodeaban con firmeza, manteniéndome en mi sitio—. Relájate... y siente todo lo que tenemos para ofrecerte.

El calor de su aliento en mi nuca me hizo estremecer y mis piernas se debilitaron bajo su tacto. Era como si estuviera en un estado de alerta constante, con la tensión acumulada a punto de explotar en cualquier momento.

«Siente cada gota, cada caricia. Has nacido para esto», murmuró Kyle, mientras sus dedos trazaban un lento recorrido por mi cuello, bajando hasta mis pechos y acariciándolos por encima de la fina tela de la lencería.

Kellan se acercó aún más, inclinando la vela hacia mí. La primera gota de cera caliente cayó sobre mi piel, entre mis pechos, un choque de dolor que se transformó en una ola de intenso placer. Arqueé la espalda involuntariamente, un gemido escapó de mis labios antes de que pudiera contenerme.

—Así es... —me animó Kellan, con los ojos ardientes de satisfacción—. Siente cómo el dolor se mezcla con el placer, nena.

Cada nueva gota de cera que goteaba sobre mi piel parecía incendiar una parte diferente de mi cuerpo, intensificando el deseo y la excitación de una manera que nunca antes había experimentado.

El dolor era real, pero el placer que lo acompañaba era aún más poderoso... y dominante.

Kendric me sujetaba con fuerza, sus dedos exploraban cada curva de mi cuerpo mientras sus manos bajaban hasta mi cintura y él se agachaba sin prisa, tirando de la tela de las bragas hacia abajo de forma lenta y provocativa.

—Eres tan hermosa así, completamente entregada a nosotros—. Los labios del menor rozaban mi piel sudorosa de excitación mientras sus manos se deslizaban por la parte posterior de mis muslos, subiendo hacia la hendidura de mi trasero de una manera sutil, pero atrevida—. Déjanos ver todo de ti, sin reservas.

Ahora estaba completamente expuesta, solo con el sujetador y las medias de seda, rodeada por tres hombres decididos a explorar cada centímetro de mi e e cuerpo. El deseo me consumía, aumentando la sensación de rendición que parecía inevitable.

Fue entonces cuando Kyle volvió a la escena, trayendo consigo un envase de aceite corporal, cuyo líquido dorado reflejaba la luz rojiza. Vertió el líquido en sus manos y se acercó a mí de nuevo, el

aroma dulce y amaderado envolviendo el aire con una fragancia embriagadora.

—Vamos a hacerte brillar, Vallery —murmuró con un tono lleno de sombrías promesas mientras sus manos se deslizaban por mi cuerpo, extendiendo el aceite caliente con movimientos perezosos y sensuales.

El calor del aceite mezclado con los restos de cera caliente creaba una sensación de placer embriagador. Kyle masajeaba mi cuerpo con firmeza y suavidad, sus dedos moviéndose hábilmente por la curva de mis pechos, hombros, abdomen y muslos. Cada caricia parecía encender un fuego aún mayor dentro de mí, inflamándome por completo.

—Te está encantando, ¿verdad? —me provocó Kendric.

Quería negarlo, luchar contra el deseo, pero las palabras salieron diferentes, cargadas de excitación y vergüenza.

—Sí... —admití, con voz temblorosa, casi un susurro.

Los tres estaban a mi alrededor, desempeñando diferentes papeles en mi seducción. Kellan seguía jugando con la cera, sin tocarme todavía, mientras Kendric exploraba mi cuerpo con una intensidad controlada.

—Siente todo, Vallery. No hay vergüenza en desear esto—, susurró Kyle en mi oído, sus labios rozando mi piel mientras una de sus manos se deslizaba hacia mi pelvis y, sin previo aviso, hundía dos dedos dentro de mí, comenzando a moverlos en un movimiento lento y devastador, explorando mi coño con una habilidad que me dejó sin aliento.

—¡Aaaah! —grité, sintiendo un cosquilleo en todo mi cuerpo, mientras los dedos del hermano mayor aumentaban la presión sobre mi clítoris y el del menor invadía mi ano con el dedo medio, deslizándose suavemente gracias al aceite corporal.

¡Así que para eso querían «verme brillar»!

Kellan me sujetó la barbilla, obligándome a mirarlo directamente, con su mirada ardiente y posesiva.

— Ahora eres nuestra, Vallery. Disfruta para nosotros... —exigió, con voz baja y cargada de una sombría certeza.

Inclinándose con una convicción descomunal, me besó con un hambre primitiva y, sin ninguna reserva, yo lo acepté. El beso fue tan voraz que parecía más bien una follada de bocas, cada movimiento de su lengua buscando explorar la mía con una intensidad desesperada y adictiva.

Al mismo tiempo, Kyle seguía masturbándome con sus dedos gruesos y ligeramente ásperos, sus embestidas profundas y rítmicas haciéndome estremecer de placer. El impacto de ser tocada en mi parte más íntima por un hombre, por primera vez, era abrumador, pero la forma en que lo hacía parecía derrumbarme por dentro. La fricción de su pulgar en mi clítoris también era precisa y hábil, provocando espasmos involuntarios que hacían temblar mis piernas.

Kendric, situado detrás de mí, tenía los dedos lubricados con aceite y exploraba mi ano con cuidado, pero sin vacilar. Sentí un escalofrío recorrer mi espina dorsal al ser invadida allí por primera vez, un territorio inexplorado que ahora era conquistado sin resistencia. Por mucho que la idea de ser tocada de una manera tan promiscua y profana debiera asustarme, la verdad es que no sentí ningún miedo. Su toque era extraño, pero no incómodo, solo sorprendentemente placentero.

¿Qué tan jodida estaría si muriera ahora e intentara entrar al cielo?

Era una sensación increíble ser penetrada por los tres al mismo tiempo, de maneras tan diferentes. Mi mente oscilaba entre el deseo y el aturdimiento, una mezcla de sensaciones que no podía descifrar ni controlar.

El calor que irradiaban sus cuerpos parecía fundirse con el mío, y la cera de la vela seguía goteando sobre mi piel, ya que Kellan mantenía la otra mano firme sujetándola y manteniéndola un poco por

encima de mis pechos, marcando cada parte de mí con un placer que se mezclaba con el dolor.

El beso del hermano del medio era feroz, sus dientes rozaban mis labios como si quisiera devorarlos, y el sonido de su respiración pesada se mezclaba con mis propios gemidos. Era como si la intensidad del beso reflejara la brutalidad de lo que los tres estaban haciendo conmigo.

Aunque estaba libre de las cuerdas, mis manos parecían un par de gelatinas, blandas y sin fuerzas para tocarlos... lo cual era extraño y sorprendente. Casi como si estuviera anestesiada, pero aún sintiera todo lo que necesitaba sentir.

Mi boca se apartó del beso, con los labios hinchados y ansiosos de aire, y un grito de puro éxtasis escapó de mi garganta. El placer se volvió insoportable, casi paralizante, a medida que el orgasmo se formaba de manera devastadora dentro de mí.

Sentí que me temblaban las piernas y, por un momento, pensé que iba a desmayarme.

Entonces, todo explotó al mismo tiempo: una ola aniquiladora de placer que parecía desgarrarme por dentro, haciendo que mi cuerpo se retorciera de manera indómita.

El grito que salió de mi garganta fue brutal, visceral, como si toda la tensión acumulada finalmente se liberara en un orgasmo tan intenso que casi me hizo perder el conocimiento.

Estaba al borde del colapso, completamente entregada, mientras los tres hermanos Scottfield me sujetaban con firmeza, asegurándose de que no cayera al suelo, con mi cuerpo tembloroso y debilitado por la intensidad del momento.

—Esta es nuestra chica... —el tono de Kendric estaba cargado de orgullo y satisfacción.

Estaba completamente perdida, consumida por la lujuria, en total rendición.

Y sabía que eso era solo el comienzo.



CAPÍTULO 9

El hambre de Kyle

Mi cuerpo aún temblaba por los espasmos del último orgasmo, mi respiración era irregular y mis músculos estaban completamente flojos. No podía pensar con claridad, todo estaba nublado, como si la realidad se hubiera distorsionado por el deseo abrumador de los tres hombres que acababan de poseerme de maneras tan diferentes.

Antes de que pudiera recuperarme, sentí las firmes manos de Kyle levantándome del suelo como si no pesara nada. Me llevó en brazos, con una fuerza cruda y dominante fácilmente perceptible mientras avanzaba hacia la gran cama con dosel en el centro de la habitación oscura. Las pesadas cortinas de terciopelo que rodeaban la cama se balancearon ligeramente con nuestros movimientos, como si incluso el ambiente reconociera la inminencia de algo grandioso y salvaje.

Me tumbó sobre el mullido colchón, mi espalda hundiéndose en la lujosa tela mientras Kyle se colocaba encima de mí, su cuerpo grande y musculoso dominando todo mi campo de visión. Me miraba como un depredador contemplando a su presa más deseada. Sus ojos oscuros estaban llenos de un hambre cruda, algo que mezclaba lujuria y posesividad a partes iguales.

—Quiero oírte suplicar por más —murmuró con voz ronca, casi un gruñido.

Antes de que pudiera procesar las palabras, sumergió la cabeza entre mis piernas, deslizando la lengua directamente hacia mi coño, aún húmedo por el orgasmo anterior. Un gemido escapó de mis labios,

mi cuerpo reaccionó inmediatamente al contacto. Su lengua era cálida, ágil, explorando cada detalle de mi carne palpitante y sensible con una destreza que me dejaba al borde de la locura.

Los labios y la lengua de Kyle trabajaban en sincronía, lamiendo y chupando con precisión. Mordisqueaba mi clítoris y luego se deslizaba hasta mi entrada, invadiéndome de forma intensa y sin prisas. El ritmo que imprimía era a la vez tortuoso y deliciosamente placentero, alternando entre movimientos lentos y más rápidos, llevándome al borde del abismo repetidas veces sin permitirme caer por completo.

—Joder, Vallery... —gruñó contra mi piel, con los ojos clavados en los míos mientras lamía mi excitación—. Estás buenísima... Me estoy volviendo adicto al sabor de este coño y me encanta cómo se derrite para mí.

Sus palabras, tan crudas y primitivas, me afectaban profundamente, en una mezcla de vergüenza y deseo que me dejaba completamente indefensa. Su lengua seguía explorándome, alternando entre lametones rápidos y chupones intensos en el clítoris. No solo estaba provocándome, me estaba consumiendo, devorándome de una manera tan íntima que ya no sabía dónde terminaba él y dónde empezaba yo.

Las grandes manos de Kyle sujetaban mis muslos con posesividad, separándolos aún más, dejándome completamente expuesta. No podía controlar los gemidos que se me escapaban, mis caderas comenzaron a moverse contra su lengua de forma involuntaria, buscando más contacto, más fricción.

Mis manos se deslizaron hacia su corto cabello, agarrándolo con fuerza mientras él intensificaba los movimientos de su lengua. Era como si yo estuviera al borde de un abismo, incapaz de resistirme a lo que él me estaba haciendo.

—Kyle... por favor... —supliqué, con la voz entrecortada por gemidos y respiraciones pesadas.

— Eso, amor... suplícame más, suplícame —me provocó, con la voz cargada de una satisfacción cruel. Sus palabras me atravesaron

como una descarga, cada sílaba vibrando en mis oídos mientras el placer crecía de forma devastadora.

No se detuvo. Intensificó el ritmo, deslizando la lengua en movimientos circulares y profundos mientras sus dedos rozaban el punto más sensible de mi cuerpo. Mis piernas temblaban y sabía que estaba a punto de correrme de nuevo, pero quería prolongar la sensación, quería más del placer que me estaba dando.

Le tiré del pelo con más fuerza, tratando de contener el orgasmo inminente, pero el deseo de rendirme era más fuerte. Mis uñas se clavaron en su cuero cabelludo y finalmente me rendí al impulso, permitiendo que el placer me invadiera sin reservas.

—¡No pares! —supliqué, con el cuerpo completamente dominado por el deseo—. Más profundo, por favor...

Con una sonrisa depredadora en los labios, Kyle intensificó sus embestidas, chupando mi clítoris con más fuerza mientras sus dedos me penetraban lentamente, rozando las paredes internas y provocando espasmos aún más intensos.

El calor se extendió por todo mi cuerpo, cada célula incendiada por un placer bruto y sin límites. Estaba al borde de un nuevo orgasmo, y el roce de sus dedos, junto con el trabajo incansable de su lengua, finalmente me llevaron al clímax.

Un grito ronco y ahogado escapó de mis pulmones mientras el placer explotaba tan abrumadoramente que mis piernas se cerraron alrededor de su e e cabeza, con los pies fijos en sus hombros, en un impulso desesperado por mantenerlo allí.

—Así es, mi Vallery... córrete en mi boca... —Siguió lamiéndome y chupándome hasta que mi cuerpo quedó completamente exhausto y sin fuerzas para resistir.

Cuando el último espasmo se disipó, mis piernas cedieron y solté su cabello, con la respiración pesada e incontrolada. Estaba rendida, sin fuerzas y completamente entregada al hombre que acababa de hacerme experimentar el placer más intenso de mi vida.

—Tienes un gusto irresistible por el peligro, ¿verdad? —Su voz ronca tenía ahora un tono provocador—. Y nosotros somos exactamente lo que siempre has deseado todo este tiempo.

— Yo... quiero más... —confesé, con la voz temblorosa, pero entumecida por el deseo.

La sonrisa de Kyle se amplió, satisfecho con mi rendición.

Me levantó las piernas, una tras otra, arrancándome las finas medias que cubrían mis tobillos de una manera brusca y a la vez fascinante. Sentí cómo el calor me subía por la cara, sorprendida por el gesto inesperado. Sin embargo, antes de que pudiera reaccionar, Kyle utilizó una de las medias y me ató las muñecas juntas, por encima de la cabeza, apretando la seda contra mi piel de una forma casi cruel.

—Ahora vamos a jugar de otra manera. —Se acercó hasta que pude sentir su aliento caliente contra mi piel—. Te daré placer, pero quiero que te contengas. No te rindas al orgasmo tan fácilmente.

La posición era una mezcla de vulnerabilidad y excitación que no podía entender. Ya estaba completamente a su merced, pero eso solo aumentaba la intensidad del deseo que ardía dentro de mí.

— ¿Entiendes las reglas, Vallery? —Sus ojos ardían con una mezcla de lujuria y obsesión—.

—Sí...

—Ahora, veamos cómo reaccionas a diferentes estímulos. —Se alejó un momento y abrió una caja que parecía haber aparecido de la nada, revelando una colección de juguetes y objetos de diversas texturas.

Lo primero que cogió fue una pluma. El suave roce de la pluma se deslizó por mi cuello, luego por el contorno de mis pechos, antes de bajar lentamente por mi abdomen. Era como una tortura lenta, los escalofríos y las cosquillas se extendían por mi piel y me hacían tirar de mis muñecas atadas por reflejo.

—Eres muy sensible... Me gusta—. Sus labios se curvaron en una sonrisa perversa mientras la pluma descendía aún más,

provocando mi ombligo y deteniéndose justo por encima de mi pelvis.

Luché contra el impulso de retorcerme.

— Dime, Vallery... ¿eres así con todos los hombres o solo con nosotros? —quiso saber, con los ojos fijos en mí mientras la sonrisa provocadora jugaba en sus labios.

— Solo... con ustedes —confesé, mordiéndome el labio inferior.

Se inclinó y me mordisqueó suavemente la oreja, con su aliento cálido y cargado de promesas.

«Eso es justo lo que quería oír». El sonido de su grave voz resonó en mi interior, como si penetrara en mis pensamientos más profundos.

Kellan se acercó de repente, sosteniendo un vaso con una bebida. Una sonrisa maliciosa jugaba en sus labios mientras le ofrecía el vaso a Kyle.

—Pensé que esto podría ser útil...

Kyle metió los dedos en el vaso y sacó un cubito de hielo, sin apartar los ojos de mí en ningún momento.

—Perfecto. —Se acercó de nuevo a mí.

El repentino contacto del hielo con mi piel fue una sorpresa. Comenzó en mi cuello, y el contraste del frío con el calor de mi cuerpo me hizo estremecer involuntariamente.

—Te gusta —sonrió, disfrutando de cada reacción que conseguía provocar en mí.

Bajó lentamente con el cubito de hielo, pasándolo por mis pechos e ignorando el sujetador, que ya estaba destrozado, rodeó mis pezones endurecidos uno a uno.

Mi cuerpo se arqueó en respuesta, buscando más contacto, pero las ataduras de media me mantenían en mi sitio, aumentando la frustración.

—Tan sensible... Veamos hasta dónde puedo llevarte con esto.

El hielo continuó su lento y tortuoso recorrido, bajando por mi abdomen, mientras la sensación helada contrastaba con el calor que ardía en cada parte de mi cuerpo. Sin decir nada, deslizó el cubito de hielo más abajo e introdujo lo que quedaba de la piedrecita helada en mi entrada empapada de excitación. El choque del frío dentro de mí fue embriagador, y otro gemido gutural escapó de mis labios.

—Ahhh... —La sensación del agua derritiéndose dentro de mí era algo nuevo, pero delicioso.

Kyle se inclinó hacia delante, deslizando la lengua por mi coño, lamiendo la mezcla de excitación y agua helada con una lentitud tortuosa.

— Tan perfecta... — murmuró entre lametón y lametón.

Mi cuerpo se arqueó involuntariamente, con cada músculo tenso, ansioso por el clímax que se acercaba peligrosamente.

Pero, antes de que pudiera correrme, Kyle se detuvo abruptamente. Un gemido frustrado escapó de mi garganta mientras se alejaba con una sonrisa de oscura satisfacción en los labios.

— Todavía no, amor. — Su voz grave y firme estaba cargada de autoridad.

Cogiendo un nuevo cubito de hielo, ofrecido de nuevo por Kellan, Kyle se lo puso entre los dientes, dejándolo reposar un segundo antes de inclinarse para besarme.

La sensación del hielo mezclándose con el calor de sus labios era tan intensa como su tacto entre mis piernas. Su lengua fría exploraba mi boca con un hambre cruda, como si quisiera devorar cada parte de mí. Era un beso profundo, posesivo, casi brutal, como si estuviéramos follando con nuestras bocas. Igual que con Kellan, pero increíblemente incomparable.

El sabor de Kyle era una mezcla de whisky y lascivia, un contraste perfecto que me hacía más vulnerable. Podía sentir la rigidez de su erección contra mi muslo, incluso con él todavía vestido. La intensidad del beso fue aumentando, hasta que la necesidad de respirar me obligó a romperlo.

Un beso de Kyle Scottfield era una combinación de dulzura fría y pasión ardiente, capaz de derretirme por dentro y causarme escalofríos en la piel al mismo tiempo.

—Quiero saborearte por completo, Vallery. —A pesar de sus palabras, Kyle se alejó y la distancia entre nosotros me dejó ligeramente angustiada—. Pero si hago todo lo que deseo hoy, no quedaría nada para mis hermanos.

— Pero aún no he gozado... —mi voz salió jadeante, incluso un poco desesperada.

— ¿No ha sido suficiente? —Hizo una mueca, dándome la espalda mientras rebuscaba en la misma caja de la que había sacado la pluma.

Kyle eligió un pequeño vibrador para el clítoris y lo encendió en la intensidad más baja, solo para provocarme. Lo colocó sobre mi entrada húmeda y una descarga de placer me recorrió inmediatamente. Todo mi cuerpo se arqueó hacia arriba, buscando más contacto, pero él mantuvo el control.

— Dime una cosa, Vallery. ¿Cuál es tu mayor fantasía? — Sus ojos seguían fijos en los míos mientras el vibrador continuaba pulsando lentamente.

— Yo... —titubeé, con la cara ardiendo de vergüenza.

Kyle aumentó la intensidad del juguete erótico, arrancándome un gemido desesperado.

— No me mientas —advirtió, con voz cargada de autoridad—. Quiero saber cada detalle de lo que te excita.

—Ser dominada... completamente. —La confesión se me escapó antes de que pudiera contenerla, con la voz entrecortada por el creciente placer.

— ¿Piensas en nosotros cuando estás sola, tocándote?

Mi mente era un caos absoluto, el placer era tan intenso que apenas podía respirar, y la vergüenza me consumía junto con la

excitación que se intensificaba. Pero sabía que él esperaba una respuesta, de lo contrario no me permitiría correrme.

—¡Sí! Pienso... en vosotros... —jadeé, mientras Kyle aumentaba la intensidad del vibrador un nivel más, haciendo que mi cuerpo se arquease aún más sobre el colchón.

— ¡Entonces, córrete para mí, Vallery! —ordenó con un gruñido ronco, frotando la punta del vibrador contra mi clítoris y moviéndolo con cierta agresividad hasta que alcancé el límite.

El orgasmo explotó dentro de mí, arrancándome un grito que resonó por toda la habitación. Todo mi cuerpo temblaba mientras el placer me consumía.

Aunque cansada de retorcerme tanto de excitación, ser adorada eróticamente por Kyle Scottfield fue como ser devorada por el pecado y venerada como una diosa pagana, donde cada caricia era tanto una bendición como una maldición.

Y me encantó cada segundo.



CAPÍTULO 10

La voracidad de Kellan

En cuanto Kyle salió de escena, Kellan entró en mi campo de visión con una botella de agua. La tenue luz de la habitación resaltaba sus anchos hombros y su mirada depredadora nunca dejaba de provocar en mí una mezcla de temor y excitación.

Se sentó en el borde de la cama y abrió la botella de agua.

— Es mejor mantenerte hidratada, nena. — La suavidad de su voz era una fachada, ya que parecía susurrar como una serpiente siseando a punto de atacar. — Abre la boca.

Con su ayuda, bebí unos sorbos rápidos, con la garganta aún seca por mi última interacción con Kyle. Todavía tenía las manos atadas, necesitaba ayuda y, al darse cuenta de mi dificultad, Kellan desató el lazo que Kyle había hecho en mis muñecas, permitiéndome sostener la botella y beber hasta la última gota.

Sin dar ninguna explicación, el hermano del medio me quitó la botella vacía de la mano y, utilizando de nuevo el calcetín de seda, lo ató con un nudo diferente y hábil, pero igualmente inmovilizador, atándome de nuevo.

— Les gusta atar a las mujeres... —les provoqué con una sonrisa desafiante, aun sabiendo el riesgo que corría.

— Lo que me gusta es atarte a ti. Pero créeme, es por tu propia seguridad —Kellan me devolvió la sonrisa, cínica, con los ojos brillando con una mezcla de diversión y locura.

Antes de que pudiera procesar lo que pretendía, con un movimiento rápido y violento, me arrancó el sujetador como si no fuera nada, dejándome completamente desnuda, aunque ya me sentía totalmente expuesta ante él.

La mirada de Kellan sobre mí se volvió aún más lasciva mientras observaba mis pechos moviéndose con mi respiración agitada. Parecía que estaba a punto de perder el control y devorarme por completo sin pensar en las consecuencias.

—Mírate... tan perfecta. —Con los ojos aún fijos en mí, sin dudarlo, Kellan se inclinó y mordió uno de mis pechos, comenzando a chupar mi pezón con fuerza, mientras su otra mano apretaba el otro pecho, explorando cada milímetro de mi piel ultrasensible.

El placer era intenso, una mezcla de dolor y satisfacción que provocaba espasmos en mi cuerpo. Su tacto no era suave ni gentil, sino bruto y posesivo, el calor de su boca me hacía perder el sentido común, gimiendo involuntariamente.

De nuevo, sin previo aviso, me dio la vuelta sobre la cama con un movimiento brusco y nada caballeroso. Antes de que pudiera entender lo que estaba pasando, sentí una fuerte palmada en el trasero, un golpe que me hizo arder la piel y vibrar todo el cuerpo de excitación.

—Estás tan buena... —susurró, con la respiración pesada contra mi oído mientras se inclinaba sobre mí—. ¡Solo de pensar en follarte, me vuelvo loco!

La tensión aumentaba, cada palabra suya me encendía por dentro. Kellan se subió encima de mí, montándome como un depredador, mientras sus manos se enredaban en mi cabello, tirando de él suavemente al principio y luego con más fuerza, midiendo mi reacción.

— Todavía voy a poseerte por completo, muy profundamente... —gruñó al oído, con la voz cargada de promesas obscenas—. Pero ahora tengo que prepararte para lo que vendrá pronto.

Me peinó el pelo con los dedos, en un gesto delicado, recogiéndomelo en un moño improvisado y, a continuación, me levantó la cintura, ordenándome que me pusiera a cuatro patas, con los codos apoyados en el colchón.

— Pon ese culito en pompa para mí, nena.

Obedecí, arqueando todo mi cuerpo según sus órdenes. Fue entonces cuando sentí otra palmada en el culo, un impacto que me hizo gemir de dolor y placer al mismo tiempo. Kellan bajó la mano por mi raja trasera, su tacto electrizando mi piel mientras sentía cómo mi coño se mojaba de tanto deseo.

— Ahora eres mía —declaró con firmeza, con voz cargada de posesión—. Y voy a hacerte gritar...

Sentí sus besos bajando por mi espalda, su boca caliente y ansiosa explorando cada centímetro de piel hasta llegar a mis nalgas. Sujetándome con firmeza y sin dudarlo, Kellan empezó a lamer entre ellas, cada movimiento lento y lleno de intención.

El placer que siguió fue abrumador, golpeándome como una ola incontrolable. Mis piernas temblaban, todo mi cuerpo se rendía a su toque de una manera intensa y profunda. La excitación era tan fuerte que apenas podía contener mis gemidos, cada uno más alto que el anterior.

Y entonces, cuando finalmente no pude resistir más, un grito escapó de mis labios, mi cuerpo se arqueó de placer mientras alcanzaba el clímax, completamente rendida al toque y la oscura devoción de Kellan Scottfield.

—Estás hecha para que te follen así, gimiendo como una gatita en celo. —Se apartó bruscamente, saliendo de la cama, dejándome sola y con un enorme sentimient e vacío, aunque mi cuerpo aún sentía los indicios del reciente orgasmo.

Kellan tardó más de unos minutos en reaparecer, con un conjunto de cuerdas de seda roja en las manos, y la mirada en su rostro era una mezcla de depredador y... algo que aún no podía identificar con claridad.

Mis ojos se abrieron de par en par al instante, en una mezcla de sorpresa y aprensión que él percibió de inmediato. En lugar de apresurarse, dejó que el momento se prolongara, observando mi reacción con un placer casi sádico.

— No tengas miedo, Vallery —su tono suave no encajaba con el brillo feroz de su mirada—. Estas cuerdas no son para hacerte daño.

Kellan pasó la tela de seda por su mano, cuya textura le resultaba familiar, como si ya hubiera realizado ese ritual muchas veces antes.

— Esto es Shibari. Un arte de control y entrega.

Dio un paso más cerca, dejando que las cuerdas rozaran ligeramente mi pecho, dibujando patrones invisibles sobre mi piel desnuda.

—Es una técnica japonesa que puede ser tan suave o tan brutal como desees— continuó, con voz baja, como si me contara un secreto, mientras volvía a la cama—. Pero hoy solo te estoy mostrando una pequeña muestra... para despertar en ti el deseo de entregarte, no de huir.

Mis labios se entreabrieron, con un suspiro atrapado entre el deseo de preguntar más y el miedo a lo que vendría después.

—¿Y qué pretendes hacer con eso? —solté con voz temblorosa, pero curiosa.

Una sonrisa lenta y peligrosa se formó en los labios de Kellan mientras comenzaba a envolver mi cintura con la primera vuelta de la cuerda, atándola de manera segura y muy sensual. El tacto de la seda en mi piel era un contraste agudo entre vulnerabilidad y excitación.

— Voy a convertirte en mi obra de arte —respondió, cargado de intenciones lascivas—. Cada nudo, cada apretón será un recordatorio de que, aquí y ahora, eres completamente mía.

Sus manos se movían con una precisión impresionante, creando un intrincado diseño que se extendía por mi cintura y luego subía hasta mis pechos. La tela apretaba ligeramente mi piel y la presión

aumentaba a medida que él continuaba, haciéndome más sensible al tacto.

Kellan se inclinó, acercándose aún más, con su aliento cálido contra mi oreja.

— Estas cuerdas, Vallery... son una nueva «lencería» para ti. — Su tono era ahora una mezcla de adoración y perversidad. — Cada nudo es un punto de control y placer. Siéntelo. Siente cómo te moldean para mí.

Tiró de la cuerda con más fuerza, levantando mis pechos y apretándolos de una manera que los dejaba sensibles y palpitantes. La sensación era intensa, como si cada movimiento suyo estuviera dibujando placer y dolor a partes iguales. El calor de su cuerpo detrás de mí hacía que cada parte de mí pareciera aún más expuesta y vulnerable.

—Estás preciosa así, completamente a mi merced. —Su tono estaba cargado de deseo bruto y un escalofrío recorrió mi columna cuando volvió a tirar de la cuerda, apretando los nudos alrededor de mi cintura y bajando por mis muslos. Era una simulación de liguero, solo que hecho de seda.

Mi corazón latía descontroladamente en mi pecho y mi respiración se hacía más pesada a medida que él continuaba envolviéndome con el shibari. La mirada de Kellan estaba concentrada en lo que hacía y yo sentía el poder que emanaba, un dominio que parecía más mental que físico.

—Quiero que lo entiendas, Vallery. —Bajó el tono—. No estoy aquí para hacerte daño, al menos no hoy. Y nunca contra tu voluntad.

Con un gesto lento y preciso, Kellan ató el último nudo y mi cuerpo quedó completamente atado. Las cuerdas apretaban mis muslos, delineando mis curvas de una manera tan erótica que hacía que cada parte de mí se estremeciera.

Afortunadamente, no me inmovilizó los tobillos, porque si no me habría sentido aún más vulnerable, como si eso fuera posible.

Kellan se alejó un momento y cogió una... ¿cola?

— Y ahora, mi pequeña diabla... — La sonrisa perversa que jugaba en sus labios ya ni siquiera me asustaba. — Solo falta un toque final.

Con movimientos cuidadosos, lubricó el objeto que acabé identificando como un plug anal personalizado, pasando el gel frío por mi entrada trasera, mientras sus palabras eran un susurro obsceno:

— No te dolerá, no como imaginas. — Mantuvo los ojos fijos en los míos mientras comenzaba a introducirlo lentamente. — Te llenará de una manera que nunca antes habías sentido.

Tragué saliva, pero intenté relajarme un poco.

Ya había entendido que todo aquello era un juego erótico, consecuencia de *las noticias falsas* que difundían rumores sobre su participación en rituales macabros. Pero hasta ese momento, todo lo que me habían hecho había sido porque yo lo había permitido. Lo cual era bastante irónico, teniendo en cuenta que estaba inmovilizada, pero antes de que todo empezara, acepté participar en el «juego».

Kellan había dicho que el Shibari se trataba de... control y entrega.

Él tenía claramente el control, así que yo haría los deberes y me entregaría a las experiencias.

El plug entró lentamente y un gemido ronco escapó de mis labios. Era una mezcla de shock y excitación, mi cuerpo temblaba bajo el peso de esa nueva sensación.

—Te gusta, ¿verdad? —me provocó Kellan, con los ojos brillando de oscura satisfacción—. No intentes negarlo, Vallery. Puedo ver en tu cara lo mucho que te encanta ser mía.

Antes de que pudiera responder, cogió un arco con pequeños cuernos diabólicos y me lo colocó en la cabeza. La provocación era evidente, pero había algo más profundo en la forma en que me miraba: un atisbo de obsesión... y devoción retorcida.

—Perfecta... —murmuró, acariciando mi rostro, metiendo su pulgar en mi boca para que lo chupara, y así lo hice—. Mi diabla

maldita, hecha para ser adorada y poseída.

Retirando el dedo de mis labios, Kellan se inclinó para besarme, pero fue un beso diferente al primero. Seguía siendo un beso cargado de necesidad primitiva, como si intentara devorarme por completo, pero había una intensidad emocional que nos envolvía.

O era eso, o ya estaba fantaseando demasiado.

— Dime cuánto me deseas, nena... —exigió, con los ojos fijos en los míos mientras me mordía el labio inferior—. Necesito oírte admitir que eres mía.

Cariño... sonaba tan trillado y cliché. Pero sonaba bien cuando él lo decía. Aunque sabía que así era como Kellan llamaba a cualquier chica.

¿Lo hace con todas?

No era de extrañar que las chicas de la universidad estuvieran todas medio obsesionadas con cada uno de los tres. Yo incluida, por supuesto.

Pero yo no le daría ese gusto. Con los labios aún húmedos y temblorosos, mi respuesta estuvo cargada de una provocación deliberada:

— No soy tuya... pero te deseo.

Kellan se rió, una risa sombría y satisfecha. Y luego me besó de nuevo, más lascivo e intenso, como si quisiera saborear un pedazo de mi propia alma con su lengua exigente y hambrienta.

—Pronto cambiarás de opinión sobre eso... no sobre desearme, sino sobre pertenecerme.



CAPÍTULO 11

El juego de Kendric

Apenas tuve tiempo de recuperar el aliento antes de oír pasos ligeros acercándose a mí. Levanté la mirada, todavía aturdida por lo que acababa de experimentar, y me encontré con Kendric parado frente a mí. Tenía una sonrisa juguetona en los labios y un brillo provocador en los ojos, como si estuviera a punto de hacer una broma que solo él entendía.

—Yo mando aquí y tú me obedecerás —la frase sonó imperativa y macabra, pero acto seguido sonrió y gesticuló con la mano—. ¡Es broma, solo estaba imitando a Kyle!

Casi me echo a reír, pero mi atención se desvió inmediatamente hacia lo que sostenía: una daga plateada y brillante.

Mi cuerpo reaccionó al instante, tensándose mientras miraba la hoja con creciente terror.

Después de la cera de vela, el hielo, la inmovilización con cuerdas y un rabo de diablo metido en mi culo, ¿qué tenía en mente el benjamín de los Scottfield?

—Ah, no te asustes, *Hope* —dijo Kendric con un tono casi casual al darse cuenta de mi pánico—. ¡Esto es solo para cortar las cuerdas del shibari, no a ti!

Se acercó con cuidado, sus movimientos suaves contrastando con la situación. Con destreza, comenzó a cortar el shibari meticulosamente hecho por Kellan, deshaciendo cada nudo con

precisión. A medida que las cuerdas iban cayendo, sentía un alivio físico y emocional, como si finalmente pudiera volver a respirar.

— Mis hermanos son unos idiotas y unos egoístas, ¿verdad? — murmuró Kendric mientras terminaba de liberarme—. Puede que te hayan hecho correrte un montón de veces, pero ¿dónde está tu diversión, *Hope*?

Parpadeó, con un brillo burlón en los ojos, lo que casi me arrancó una carcajada, a pesar de lo extraña que era la situación.

El buen humor de Kendric era cuestionable. Su mirada delataba la malicia que se escondía detrás de su fachada de chico bueno. Pero era intrigante observarlo actuar.

—Te dejaré jugar un poco conmigo, ¿qué te parece? —sugirió con una sonrisa seductora.

Dudé, todavía sintiendo las marcas de las cuerdas en mi piel, pero la suavidad de Kendric y la inesperada amabilidad de sus gestos despertaron una curiosidad que no pude ignorar. Me ofrecía algo diferente, un nuevo tipo de juego, y yo estaba dispuesta a explorarlo.

Cuando finalmente me liberó por completo, Kendric sacó un paño húmedo que llevaba en el bolsillo trasero y comenzó a limpiarme alrededor de los pechos, el abdomen y los muslos, con un toque increíblemente suave.

—Esto es para que te sientas mejor —su tono tenía una sinceridad peligrosa.

Yo estaba desconfiada, pero también intrigada. El contraste entre Kendric y sus hermanos era evidente. Parecía dispuesto a permitirme un control que hasta entonces no tenía, y la idea de poder revertir el juego me excitaba de una manera completamente nueva.

—¿Y ahora qué? —pregunté, arqueando una ceja.

Kendric se enderezó, su expresión se suavizó aún más mientras se acomodaba en el borde de la cama, sin apartar los ojos de mí.

— Ahora eres tú quien decide lo que quiere hacer. Puedes tocarme, experimentar, hacer conmigo las cosas que siempre has

imaginado... Estoy aquí para tu placer. — Abrió los brazos, con una sonrisa tentadora en los labios.

Mi corazón se aceleró con la propuesta. La idea de tener el control, aunque fuera momentáneo, era una sensación estimulante.

Decidí aceptar el reto y avancé hacia él.

Empecé lentamente a acariciar el torso de Kendric, mis dedos rozando su piel caliente y ligeramente sudorosa. Su respiración se intensificó, pero permaneció inmóvil, permitiéndome explorarlo como quisiera. Cuando bajé la mano hasta la cintura de sus pantalones, sentí la tensión en los músculos de su abdomen. La mirada de Kendric era casi de reverencia, como si se deleitara con cada uno de mis movimientos.

Cuando finalmente le quité los pantalones —no llevaba calzoncillos— y vi el volumen rígido de su erección, tragué saliva. Era aún más grande de lo que imaginaba, y el simple hecho de verlo tan duro por mi culpa era una sensación poderosa.

— ¿Alguna vez has tenido una polla en la boca?

— No... —admití casi en un susurro.

— Entonces vamos con calma, ¿vale? —Me pasó la mano por el pelo, tirando de él suavemente hacia atrás—. Empieza a tu manera, a tu ritmo.

Me arrodillé en el suelo, colocándome entre sus piernas. Sentía todo mi cuerpo temblar de expectación, pero también de deseo. Insegura, acerqué lentamente mis labios a su pene, cuyo calor palpitante casi me quemaba la piel. Empecé con un beso vacilante en la punta, y el grave sonido de aprobación que salió de su garganta me animó.

Con la lengua, exploré cada centímetro de él, saboreando su gusto salado y diferente. Kendric soltó un gemido bajo, lo que me hizo sentir un extraño placer por estar en control, aunque fuera por un instante.

Cuando me animó a continuar, sujetándome la nuca con un toque firme pero cuidadoso, me sentí más segura. Poco a poco, envolví su polla con los labios, tratando de absorber todo lo que podía, mientras lo miraba a los ojos.

La expresión de Kendric era de pura satisfacción.

—Eso... —murmuró, con los ojos entrecerrados de placer—. Tu boquita golosa es una delicia, ¿sabes?

En respuesta, aceleré los movimientos, usando las manos para envolver la base mientras mi boca exploraba la punta. Kendric gemía de placer, con las manos ahora presionando mi cabeza con más insistencia, pero aún manteniendo un ritmo que me permitía respirar sin atragantarme.

Cuando sacó la polla de mi boca con un movimiento brusco, sus ojos brillaban con un deseo casi insano.

— Aún no hemos terminado, Hope. —Se acomodó en la cama para que yo me levantara—. Ahora quiero sentir tus deliciosas tetas apretando mi polla.

Dudé por un momento, sin saber exactamente qué quería decir, hasta que Kendric colocó mi cuerpo en posición, dejando claro lo que deseaba.

«Solo tienes que presionarlos alrededor de mi polla, como un masaje exótico», explicó con voz cargada de lujuria.

Hice lo que me pidió, colocando su polla entre mis pechos y moviendo el cuerpo según sus instrucciones. Era un tipo de intimidad que nunca había imaginado experimentar antes, pero la mirada de adoración de Kendric hacía que todo pareciera aún más intenso y adictivo.

Esa era su forma de seducirme: dándome la ilusión de control, mientras me envolvía en su propio juego de placer. Y en ese momento, ya no había límites para lo que estaba dispuesta a hacer.

Kendric se recostó en la cama, con las manos detrás de la cabeza en una postura relajada, pero con la típica sonrisa de quien

está a punto de proponer algo indecente.

— ¿Sabes lo que me encantaría ahora? —Me miraba directamente con un brillo desafiante en los ojos—. Quiero que frotes ese delicioso coñito en mi cara.

Sentí un calor recorrer mi cuerpo y mi cara enrojecerse ante la descarada propuesta. La actitud despreocupada de Kendric hacía que todo pareciera una broma sucia y peligrosa, pero al mismo tiempo, no había nada intimidante en su enfoque. Al contrario, había algo increíblemente inspirador en su audacia.

—Vamos, *Hope*... ya estás más que lista para esto —me animó, gesticulando para que me acercara.

Con el corazón acelerado, subí lentamente a la cama hasta colocarme sobre su cara. La idea de estar literalmente sentada en la cara de Kendric era desconcertante, pero al mismo tiempo profundamente liberadora.

—De espaldas a mí —me indicó, con la voz ronca por la anticipación—. Así podrás chupármela al mismo tiempo. ¿Qué tal si pruebas tu primer 69?

La propuesta me excitó aún más, como si me estuviera ofreciendo una forma de liberarme por completo de los límites impuestos. Obedecí, dándole la espalda y colocando mis caderas sobre su cara mientras me inclinaba hacia delante, quedando a la altura de su polla dura y palpitante.

Cuando su lengua tocó mi coño, fue como si una ola de placer me invadiera. Kendric sabía exactamente lo que estaba haciendo, sus movimientos eran precisos, a veces lentos, a veces más rápidos, alternando entre succiones y lametones profundos. Mientras tanto, yo hacía todo lo posible por corresponderle, deslizando los labios por toda la longitud de su polla, tratando de acostumbrarme a su tamaño y textura.

Era una experiencia abrumadora, estar tan expuesta e íntima al mismo tiempo. Cada vez que bajaba más profundo, Kendric respondía con un gemido ahogado contra mi coño, animándome aún más a

continuar. Su lengua parecía saber exactamente dónde tocarme, presionando mi clítoris y llevándome al borde de un nuevo orgasmo.

—Eso es... córrete para mí, Hope... —Su voz sonaba ahogada, pero aún así cargada de lujuria.

El placer era demasiado intenso como para contenerlo. Cuando finalmente me corrí, todo mi cuerpo tembló mientras me derretía en su boca. Incluso después del orgasmo, Kendric siguió chupándome con intensidad, prolongando el placer hasta que casi me derrumbé sobre su cuerpo.

Con un movimiento ágil, me empujó, ayudándome a sentarme en su regazo, frente a él, mientras yo aún intentaba recuperar el aliento. Sentí su polla dura presionando contra mi entrada, una provocación irresistible que solo aumentaba mi excitación.

—¿Por qué aún no te has corrido? —le pregunté jadeando, tratando de entender cómo podía controlarse tanto.

— Porque no quiero correrme ahora —respondió con voz baja y seductora—. Tengo algo mejor en mente.

— ¿Y qué sería eso? —pregunté con la respiración aún entrecortada.

— Te encantaría cabrear mucho a mis hermanos ahora, ¿verdad? —me provocó, con una sonrisa pícara en los labios—. Después de todo lo que te han hecho, es justo que te vengues.

—Me encantaría —admití, mordiéndome el labio inferior—. ¿Qué tienes en mente?

Kendric inclinó la cabeza hacia mi oído, su tono ahora cargado de intenciones ocultas.

—Déjame entrar en ti, Hope... entrégate a mí —sugirió con expectación, con los labios casi rozando mi piel.

La propuesta era la más atrevida que había escuchado y, al mismo tiempo, parecía el siguiente paso natural. Reflexioné por un segundo, considerando la dinámica entre los tres hermanos y todo lo que había sucedido hasta ese momento.

Cada uno de ellos me despertaba sensaciones únicas, pero si iba a perder mi virginidad con uno de ellos, sabía que Kendric sería el chico adecuado. Había algo en su forma más suave de seducirme que me hacía sentir un poco más segura, incluso en medio de toda esa locura.

Sin decir una palabra, encajé mejor mi cuerpo, sintiendo la punta de su polla en la entrada de mi coño. Bajé lentamente, sintiendo cada centímetro de él llenándome, mientras él me sujetaba la cintura sin apartar los ojos de los míos.

—Eres preciosa... y tan estrecha... —Sus labios se movieron ligeramente sobre los míos—. Soy un hijo de puta con suerte por ser el primero, Vallery.

Su tono era una mezcla de deseo bruto y adoración genuina, algo que me hizo sentir un calor reconfortante por dentro, incluso en medio de la intensidad del momento. A medida que me llenaba por completo, nuestros cuerpos se movían en perfecta sincronía, como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Y en ese instante, mientras Kendric me besaba con un cariño inesperado, supe que estaba completamente entregada a él.

Kendric se movía dentro de mí con una suavidad inesperada, como si estuviera más preocupado por darme placer que por satisfacer su propio deseo. Sus ojos no se apartaban de los míos, estudiando cada reacción, cada suspiro que escapaba de mis labios.

— ¿Todo bien? Dime si tengo que parar.

La idea de parar me pareció absurda en ese momento. Estaba completamente inmersa en la sensación de tenerlo dentro de mí, cada movimiento me traía una nueva ola de placer. No había dolor, solo una plenitud que me dejaba extasiada.

— No... no pares —le supliqué, sintiendo una urgencia creciente mientras sus embestidas se hacían más profundas—. Más profundo... y más rápido, Kendric... por favor.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, una sonrisa que era a la vez amable y posesiva.

— Como tú quieras, mi *Hope.* —Sus manos se aferraron a mi cintura y sus dedos presionaron mi piel con más intensidad.

Kendric invirtió nuestras posiciones con un movimiento ágil, tumbándome suavemente en la cama y colocándose encima de mí. Se aseguró de que estuviera cómoda antes de volver a penetrarme, esta vez con más vigor. El ritmo se volvió más atrevido, intenso, y con cada embestida me llenaba profundamente, arrancándome gemidos altos e incontrolables de la garganta.

«Mi diosa... tan estrecha y húmeda para mí...», murmuraba mientras sus labios recorrían mi cuello, dejando besos cálidos y suaves mordiscos que me hacían arquear el cuerpo en respuesta.

El calor entre nosotros era abrumador, nuestros cuerpos se movían en sincronía, como si estuvieran hechos para ese momento. Kendric aumentó el ritmo, sus embestidas se hicieron más rápidas y profundas, y sentí una nueva ola de placer formándose dentro de mí, creciendo de forma descomunal.

—Ya casi estoy... —susurré, clavándole las uñas en la espalda mientras mi cuerpo temblaba de anticipación.

— Entonces dame todo, Vallery... —suplicó, con una mirada ardiente mientras me observaba—. ¡Quiero sentirte correrte conmigo dentro de ti, sentir cómo es ser tu verdadero primero!

Fue suficiente para hacerme perder el control. Mi cuerpo se arqueó bajo el suyo mientras un intenso orgasmo me consumía por completo. El placer fue tan profundo y abrumador que apenas podía respirar, mis gemidos resonaban por toda la habitación.

Kendric no se detuvo, sus embestidas continuaron mientras él mismo se acercaba al límite. Sus gemidos se volvieron más bajos y roncos, y en un último impulso, sentí cómo se entregaba por completo, corriéndose dentro de mí con un gruñido primitivo. Sus brazos me apretaron aún más contra él, nuestros cuerpos sudorosos y entrelazados, completamente extasiados de placer.

Nos quedamos así durante unos momentos, recuperando el aliento, nuestros cuerpos aún conectados de forma íntima e intensa.

El silencio era pesado, pero cargado de una complicidad recién descubierta.

Y en ese instante, me di cuenta de que no había arrepentimiento, solo un deseo saciado y una conexión más profunda de lo que jamás imaginé que fuera posible.



CAPÍTULO 12

El precio de la elección

Cuando Kendric salió de dentro de mí, un calor pegajoso y húmedo corrió por mis muslos. Fue entonces cuando noté la sangre en su pene, que aún latía y estaba bañado en un líquido rojo vivo.

Por un momento, el pánico se apoderó de mi cuerpo.

— ¡Dios mío...! —susurré, con la desesperación creciendo rápidamente en mi voz mientras lo miraba, con el corazón latiendo frenéticamente—. ¿Estoy sangrando o te he hecho daño?

Pero Kendric mantuvo la calma, con una sonrisa en el rostro como si fuera lo más natural del mundo. Se inclinó hacia mí y me dio un suave beso en los labios, tratando de calmarme.

—Relájate, *Hope.* No es sangre de verdad, y no es tuya —aclaró con naturalidad, como si estuviera comentando algo trivial—. Es el color de mi semen.

Fruncí el ceño, completamente confundida.

¿Semen rojo? ¿Cómo?

No tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero antes de que pudiera hacer más preguntas, una ola de furia invadió la habitación. La puerta se abrió de un portazo violent , y Kyle irrumpió como una tormenta, con el rostro contorsionado por la ira.

—¿Qué mierda es esta, Kendric? —rugió, con su furia resonando en toda la habitación.

Kellan apareció justo detrás de él, con una expresión tensa y sombría. Su mirada se fijó en mí y en su hijo menor y, por un instante, sentí el peso de toda su desaprobación.

¿No eran ellos una «unidad»?

Fue en ese momento cuando me di cuenta de lo obvio: Kyle y Kellan habían salido de la habitación mientras Kendric y yo... ¿cuánto habrían visto?

Mi cuerpo seguía expuesto y vulnerable sobre la cama, con el plug anal y la diadema diabólica que Kendric me había puesto. La idea de que los otros dos pudieran haberlo visto todo hizo que el calor subiera a mis mejillas, una mezcla de vergüenza y culpa.

¡No les debes nada a ninguno de ellos, Vallery!

Kyle avanzó con pasos pesados y, antes de que pudiera reaccionar, agarró a Kendric por el cuello, casi levantándolo del suelo, con la cara a centímetros de la suya.

— ¡No era eso lo que habíamos acordado, hijo de puta! —gritó, con los ojos llenos de un odio macabro que nunca antes había visto.

Kellan se limitó a cruzar los brazos, observando la escena con una sonrisa torcida, y su única palabra fue una acusación seca:

— Tramposo.

Fruncí el ceño, siendo una espectadora en completo silencio, tratando de asimilar el contexto de lo que estaba sucediendo, aunque no era ingenua, pero aún faltaban algunas piezas del pequeño rompecabezas.

Kendric, a pesar de ser sacudido por su hermano, simplemente se rió. Un sonido ronco y burlón, como si estuviera saboreando todo el lío que había causado.

—Sois dos blandengues, eso sí —provocó, sin siquiera intentar defenderse físicamente—. Arrestasteis a la chica porque sabíais que si os tocaba, difícilmente podríais controlaros y acabarías follándosela como locos. Entonces, ¿quién ha hecho trampa en esta mierda, eh?

El choque de voluntades y rivalidades mezcladas volvió el ambiente ferozmente primitivo. Casi como una disputa entre neandertales enloquecidos.

Me sentía horrorizada. Sentada en la cama, viendo todo aquello sin saber qué hacer. Una parte de mí quería gritar, decirles que pararan con aquel absurdo lío, mientras que la otra parte se sentía extrañamente excitada por el violento enfrentamiento entre los tres. Parecían animales salvajes disputándose la presa y yo era la causa de todo aquello.

—¡Era ella quien debía haber elegido quién se la follaría primero, maldito manipulador! —gritó Kyle, todavía agarrado a Kendric por el cuello.

Sus palabras explotaron dentro de mí como una bomba, despertando mi propia ira.

¿Qué? ¿Cómo?

— ¡Y ella me eligió a mí! —replicó Kendric, con un tono cargado de pura provocación—. Follar con una chica guapa tiene sus ventajas, hermanito. Y fue una delicia. El mejor coño que he probado en toda mi vida. ¡Qué sabor, hermanos míos! ¡QUÉ SABOR!

Estaba furiosa.

La burla en sus ojos era tan evidente como el placer de haber sido el primero en acostarse conmigo.

—Te voy a matar... —gruñó Kellan, dando un paso adelante, con los puños cerrados, listo para atacar a su hermano menor.

— Como si fuera posible —Kendric se rió, con los ojos brillando de forma casi demoníaca—. ¡No voy a morir!

Kyle soltó a Kendric con un empujón violento y dio un paso atrás, con los ojos aún llenos de ira.

— ¡Vallery también es nuestra! —gruñó implacable.

Sus palabras explotaron dentro de mí como una bomba, encendiendo una mezcla de indignación y desafío. Como si yo fuera

solo un premio por el que competir.

Eso despertó algo dentro de mí, una ira creciente, mezclada con el deseo de revertir las reglas de ese juego.

— ¡Yo no soy de ustedes! —grité a pleno pulmón, atrayendo la mirada sorprendida de los tres—. ¡Ustedes son míos!

El silencio que siguió fue denso. Por un instante, los hermanos Scottfield parecieron genuinamente aturdidos. Sus miradas se fijaron en mí, como si finalmente estuvieran listos para escucharme.

— ¿Pasaron toda la noche involucrándome en este jueguito de seducción erótica y controladora... y ahora quieren matarse por eso? — Intenté sonar firme, aunque la vulnerabilidad de estar completamente desnuda ante ellos seguía siendo abrumadora.

Había una mezcla de sorpresa y fascinación en sus ojos, como si no esperaran que me rebelara de esa manera. Durante un breve instante, el silencio fue absoluto, solo roto por mi respiración acelerada.

«Yo no soy de ustedes. Ustedes son míos».

La declaración salió con más convicción de la que imaginaba tener, y la forma en que me miraban cambió, volviéndose más profunda y posesiva. Kendric parecía un poco divertido, mientras que Kyle y Kellan tenían expresiones de pura adoración, como si finalmente hubieran encontrado a alguien a su altura.

—Vallery, no queríamos ofenderte —comenzó Kyle, con la voz baja y embargada por la emoción—. Pero eres única para nosotros. Y si estamos aquí es porque nunca hemos deseado a la misma mujer, y menos de una forma tan intensa, como te deseamos a ti.

¿Qué es esto, una película?

Me sentía como la protagonista de una trama sobrenatural de dudosa procedencia, en la que todos los tíos buenos estaban obsesionados con la chica sosa.

Kellan dio un paso adelante, con los ojos más oscuros que nunca.

—Kendric nos traicionó y tú te mereces más que eso. Queríamos que sintieras lo que es ser realmente nuestra. ¡Juntas!

Lo miré fijamente, todavía tratando de procesar la situación.

La idea de tener a los tres era tan descabellada como la forma en que habían peleado por mí. Aun así, no pude negar el profundo y creciente deseo que sentía en mi interior.

— Entonces demostrádmelo —respondí en tono desafiante—. Pero Kendric está fuera. Él ya tuvo lo que quería.

— ¿Puedo al menos mirar? —Kendric no parecía molesto por no incluirlo.

Pero yo tampoco estaba enfadada con él. Ni me arrepentía de haberlo elegido para ser mi primero, aunque el muy cabrón hubiera manipulado toda la situación para que acabara cayendo en su trampa de príncipe azul falso.

— Fuera de aquí. Ese será tu castigo.

Puso una expresión de falsa decepción, pero acató la orden y salió de la habitación sin dudar. La puerta se cerró con un clic y la habitación pareció llenarse de un silencio denso, cargado de expectación.

Me volví hacia Kyle y encontré sus ojos llenos de arrepentimiento y deseo salvaje. Me detuve frente a él y apoyé mis manos en sus hombros, sintiendo la electrizante ola de atracción y magnetismo erótico que me envolvía. Era la primera vez que lo tocaba y su reacción no fue muy diferente a la mía.

Estaba muy afectado.

— Sé que querías ser el primero. — Y no mentía al respecto, era evidente que él me transmitía muchas más emociones, mientras que los demás lo disimulaban mejor, Kellan con su cinismo y Kendric con su dulzura egocéntrica. — ¿Ya no me quieres, ahora que he dejado de ser virgen?

Kyle se quedó en silencio durante unos instantes, con los ojos ardientes por una mezcla de dolor y deseo. Levantó una mano y me

acarició suavemente la cara, con los dedos temblando por la intensidad contenida.

— No se trata solo de ser el primero en comerte el coño, Vallery. Nunca lo ha sido. —Su voz estaba llena de una vulnerabilidad inesperada—. Solo sentía que, de los tres, yo era el único que podía mostrarte realmente lo que es ser amada y venerada de verdad...

Sus palabras atravesaron mis defensas, afectándome de una manera que no esperaba. Incluso ante la oscuridad y el deseo bruto, había algo más en sus ojos. Algo profundo y casi doloroso.

—Nunca he querido nada tanto como te quiero a ti. Ni siquiera antes de que entraras en nuestras vidas...

Había una urgencia en su voz, una desesperación que ya no podía ocultar. Mi corazón se aceleró no solo por el deseo, sino por sentir que, de todos ellos, Kyle era quizás el más peligroso, no por su brutalidad, sino por la intensidad emocional que llevaba dentro.

—Y verte con Kendric... —Su mirada fija en la mía era como si intentara grabarse en mi alma—. ¡Saber que él me robó lo que siempre había deseado, sin que al menos tuviera la oportunidad de ser elegido por ti, me volvió loco!

Sus palabras eran crudas, brutales, pero había una sinceridad en ellas que me hacía desearlo. Kyle no solo quería poseerme físicamente. Me estaba entregando algo más profundo, lo que lo hacía aún más peligroso.

«Si tuviera que elegir entre tenerte una vez y no volver a verte nunca más, o seguir deseándote para siempre, sin tocarte nunca... te desearía para siempre».

Mi respiración era entrecortada y mi mente era un torbellino de emociones. Las palabras de Kyle eran tan intensas como su mirada, desarmándome de una manera que ninguno de los otros había logrado.

Y supe entonces que, de todas las obsesiones, la suya era la más letal.

Si sucumbía a Kyle en ese momento, estaría perdida definitivamente. Por eso le hablé en el mismo tono imperativo con el que él solía imponer sus órdenes:

—Siéntate en esa silla y no te levantes hasta que te llame. Y si es demasiado para soportar, hasta el punto de salir de la habitación como hiciste cuando estaba con Kendric, entonces no hace falta que vuelvas. Renunciaré a mi deseo de tenerte dentro de mí también...

Por un momento, pensé que se negaría, pero algo en su mirada cambió. Resignado, pero aún consumido por el deseo, Kyle asintió lentamente, con los ojos aún fijos en los míos.

— Esperaré, Vallery. Pero ten por seguro que no es solo tu cuerpo lo que quiero poseer... ¡es todo!

Sin decir nada más, se dirigió a la silla y se sentó en ella con una postura tensa y la mandíbula apretada, como si estuviera listo para enfrentarse al infierno. Aun así, la devoción en sus ojos no disminuía y yo sabía que solo estaba empezando a explorar la intensidad de ese hombre.

Tragué saliva y volví mi atención hacia Kellan, que observaba todo sin apenas respirar. Fuera lo que fuera lo que sintiera después de escuchar las palabras de , su hermano mayor, su expresión impasible no mostraba ningún rasgo de emoción.

Caminé hacia él, con el corazón acelerado por lo que estaba a punto de hacer. Kellan se inclinó automáticamente cuando me acerqué, como si ya supiera que quería decirle algo en secreto.

Con sus ojos casi a la altura de los míos, acerqué mis labios a su oído, sintiendo el calor de su cuerpo.

—¿No querías tanto mi culo? —murmuré, con la voz ronca y cargada de un falso autocontrol—. Es tuyo, así que haz que valga la pena. Pero si me impides tocarte, le pediré a Kyle que te eche de aquí a patadas, y teniendo en cuenta lo enfadado que está, no creo que se niegue.

Los ojos de Kellan brillaron con una mezcla de deseo y admiración.

—Por fin, la reina muestra su verdadero poder —su voz estaba cargada de adoración y expectación.

Ya no estaba solo jugando su juego.

Ahora también era mi juego.



CAPÍTULO 13

Placer doble

La habitación parecía cargada de electricidad, la tensión entre Kellan y yo era palpable. Me miraba con una impetuosidad que hacía que mi cuerpo temblara de anticipación y lujuria, como si la propia atmósfera se hubiera vuelto más densa a nuestro alrededor.

Kellan no perdió tiempo. Sus dedos firmes sujetaron la base del plug anal y, con un movimiento lento y cuidadoso, comenzó a retirarlo, provocando una sensación de presión que pronto se convirtió en un ligero vacío.

— Vamos a prepararte para mí primero. Quiero que disfrutes cada segundo.

Con el plug fuera, sentí una mezcla de vulnerabilidad y expectación aún más intensa. Estaba lista para ser explorada por él, mi cuerpo sediento de todo lo que pudiera ofrecerme.

No tenía ni idea de cómo aún me quedaban fuerzas después de todo lo que había experimentado esa noche y tampoco quería pensar en el mañana, y mucho menos en las consecuencias de toda aquella locura obscena.

Kellan se acercó, con la erección evidente presionando contra sus pantalones. Abrió la cremallera con un movimiento decidido, dejando que su enorme polla saltara hacia fuera. Mi mirada bajó automáticamente, fijándose en su longitud, gruesa y e palpitante, con las venas recorriendo su extensión como una red de pura necesidad.

Era impresionante y ya sentía un cosquilleo en el coño.

— ¿Alguna vez has soñado con meter mi polla en tu boca, nena? —me provocó, guiñándome un ojo.

Asentí con la cabeza, confirmando, con una mezcla de nerviosismo y deseo que creaba un frenesí dentro de mí. Había una vulnerabilidad en admitir mi inexperiencia, pero el deseo en sus ojos era tan fuerte que hizo que la vergüenza se disipara rápidamente.

— Entonces, ¿qué tal si empezamos ahora? Sin prisas. Como tú quieras...

Observé a Kellan por un momento, asimilando sus palabras y lo que significaban. Me estaba dejando libre para tocarlo íntimamente, completamente entregado como una ofrenda a mi deseo.

Me arrodillé ante él, sosteniendo su polla con ambas manos, sintiendo el calor y la textura rígida de la piel bajo mis dedos. Levanté la vista, encontrando sus ojos, y vi un brillo de aprobación mientras observaba cada movimiento.

—Qué delicia... —murmuró Kellan, con voz baja y cargada de deseo bruto—. Déjame sentir tu boquita, Vallery.

Lo envolví con mis labios lentamente, sintiendo su grosor contra mi lengua, explorando su sabor por primera vez. Su piel era cálida y ligeramente salada, y el peso en mi boca era a la vez intimidante y excitante. Era más grande de lo que imaginaba, llenando mi boca de una manera que me hacía sentir una mezcla de ansiedad y placer.

Kellan soltó un gemido ronco, posando las manos en mi cabello, entrelazando los dedos con los mechones de forma posesiva, pero controlada.

—Así es, nena —me animó con voz rebosante de lujuria—. Chupa despacio... disfrútalo. Me encanta sentir tu lengua caliente en mí.

Mientras se lo chupaba, él ajustó el ritmo, moviendo ligeramente las caderas, pero siempre atento a mis reacciones, sin forzar. Con cada movimiento, sentía cómo crecía su deseo, cómo su respiración se volvía más pesada e irregular.

—Te he deseado así durante tanto tiempo... —susurró Kellan, con palabras cargadas de una devoción distorsionada—. No puedo esperar a sentir tu culito apretado tragándome por completo.

Mis piernas temblaron con sus palabras y sentí un calor profundo recorrer mi cuerpo, una anticipación casi insoportable.

Kellan finalmente se retiró, sacando su polla de mi boca con un movimiento lento, como si quisiera prolongar el momento al máximo.

— Ahora, pasemos al siguiente paso... —advirtió en un tono de urgencia controlada—. Quiero sentirte completamente lista para mí.

Me levantó con una fuerza gentil y me guió hasta la cama, tumbándome boca abajo y separándome las piernas. A continuación, se deshizo de los pantalones que ya se deslizaban por sus rodillas y, antes de subirse a la cama, buscó el lubricante que había usado cuando me introdujo el plug anal.

Pronto sentí sus dedos deslizándose dentro de mí, masajeando delicadamente la entrada trasera con el gel frío, al mismo tiempo que ejercía una suave presión con un dedo, preparando el paso.

— Confía en mí —me susurró al oído, con una voz ronca que me puso la piel de gallina—. Te llevaré al límite, pero quiero que disfrutes cada segundo.

Poco a poco, aumentó la intensidad, introduciendo un segundo dedo, y la sensación de plenitud vino acompañada de un placer inesperado. La respiración de Kellan era pesada, y sentí su polla palpitante rozando mi piel mientras me preparaba.

—Eso, Vallery... relájate para mí —me animó, con sus labios rozando mi nuca—. Ya casi estamos, nena.

Sabía que esto era solo el comienzo y la expectativa me hacía aún más sensible y entregada. Kellan tenía el control total, pero yo también empezaba a darme cuenta de que tenía cierto poder sobre él. Después de todo, a pesar de estar tan hambriento por mí, nuestra interacción era diferente a cuando me ató con *shibari*. Kellan también se mostraba más preocupado e interesado en lo que yo sentía, además de esforzarse por darme sobredosis de placer.

Cuando finalmente se colocó detrás de mí, con sus grandes manos sujetándome la cintura con excesiva firmeza, las uñas casi clavándose en mi piel, sentí el momento exacto en que retiró los dedos de mi interior, sustituyéndolos por la punta de su polla y deslizándose por la hendidura lubricada con gel, presionando lentamente hasta empezar a entrar.

Una mezcla de dolor y placer me recorrió el cuerpo, y este se tensó por reflejo.

—Relájate, Vallery... Te dolerá un poco al principio, pero pronto te acostumbrarás. Y, cuando eso suceda, sentirás un placer que nunca imaginaste.

Respiré hondo, tratando de abrirme más para él mientras Kellan presionaba más profundamente, avanzando centímetro a centímetro de forma lenta y cuidadosa. La sensación de plenitud era abrumadora, y cada movimiento parecía intensificar el placer, incluso con la incomodidad inicial.

—Sí, nena... me estás tragando tan bien. Tan apretada... ¡y jodidamente deliciosa!

El cumplido obsceno me hizo sentir un escalofrío recorriendo mi espina dorsal y una ola de excitación inesperada atravesó mi cuerpo. Cada uno de sus movimientos era profundo y lento, como si quisiera explorar cada parte de mí, asegurándose de que lo sintiera todo.

El dolor inicial comenzó a mezclarse con un placer creciente y, de repente, me di cuenta de que estaba empezando a desear más. Mis caderas se arqueaban instintivamente, buscando más contacto, más fricción. El ritmo de Kellan aumentó gradualmente y sentí la fuerza bruta de sus embestidas, cada vez más rápidas e intensas.

—Así es, Vallery... —gimió obscenamente, apretando aún más mi cintura con los dedos—. ¡Eres perfecta así... mi diabla, devorándome hasta la médula!

Ahora gemía fuerte, sin ningún control, completamente perdida en la intensidad de la experiencia. El placer era abrumador y la

sensación de ser tomada de esa manera, tan primitiva e intensa, era casi demasiado para soportar.

—Más fuerte, Kellan... —supliqué y, al abrir los ojos, me di cuenta de que todo ese tiempo me habían estado observando.

Kyle estaba frente a mí, sentado en la silla sin apartar la vista de la escena que tenía ante sí. Desnudo de pantalones, exhibiendo una polla monstruosa, se masturbaba con una violencia frenética, demencial. La expresión de su rostro era una mezcla de furia contenida y excitación exacerbada, y verlo tan primitivo y descontrolado fue como una dosis extra de placer inyectada en mi sistema.

Kellan accedió a mi petición, moviéndose con más fuerza e intensidad, sus embestidas llenándome por completo, haciendo que mi excitación subiera a niveles que nunca imaginé posibles. Con la mirada de Kyle conectada a la mía, me encontré en un estado de puro éxtasis, mis sentidos completamente dominados por los dos hermanos.

Mis piernas comenzaron a temblar y todo mi cuerpo se tensó.

—¡Kyle! —grité sin darme cuenta, en una mezcla de grito y gemido desesperado, mientras el orgasmo explotaba dentro de mí.

Kellan se detuvo por un segundo, claramente sorprendido, pero no disminuyó la intensidad de sus embestidas.

Sin dudar ante mi llamada, Kyle se acercó, sus manos firmes sujetando mi cara mientras sus labios descendían sobre los míos. Fue un beso hambriento y urgente, como si hubiera estado esperando ese momento todo el tiempo.

Estaba a cuatro patas en la cama, con Kellan follándome el culo sin piedad, ignorando por completo la presencia de su hermano mayor. Sus manos estaban clavadas en mi cintura con fuerza posesiva, sus gemidos roncos resonaban por la habitación, mientras que los míos eran suprimidos por el beso de Kyle.

Con cada embestida suya, el placer se mezclaba con el creciente deseo de tener más, de ser llenada de todas las formas posibles.

Una mezcla de lujuria y dominio brillaba en sus ojos oscuros.

—Kyle... yo también te quiero... —murmuré entre gemidos, con la mirada suplicándole en cuanto terminó nuestro beso.

— ¡Entonces chúpamelo! —exigió, con los ojos ardientes de lujuria y resentimiento.

Me humedecí los labios con la lengua y, sin dudarlo, incliné la cabeza, ya que mis manos estaban firmes sobre el colchón, tragándome su enorme polla tanto como me lo permitían las limitaciones del momento.

La sensación de tenerlo en la boca era embriagadora, el sabor almizclado del presago se convertía en un potente afrodisíaco y yo quería más, necesitaba más.

Mi deseo por Kyle era tan voraz como el que sentía por Kellan.

La sensación de tener a los dos hermanos Scottfield al mismo tiempo era surrealista e increíblemente liberadora. Como si todas mis fantasías más secretas y prohibidas se estuvieran haciendo realidad por fin.

Ya no me importaba lo promiscua o guarra que todo aquello me haría parecer si alguien lo descubría, solo me sentía poderosa, deseada y completamente realizada.

Mientras Kellan seguía follándome por detrás, con embestidas cada vez más fuertes y profundas, mis labios se movían con una urgencia desesperada mientras chupaba a Kyle, completamente envuelta en el placer de nuestra dinámica perfecta.

—Me voy a correr en tu garganta —rugió Kyle, sujetándome el pelo con las manos como si quisiera asegurarse de que no fuera a escapar—. Te vas a tragar hasta la última gota de mi maldita leche, ¿verdad?

¿Podría soportarlo?

No estaba segura.

Pero estaba dispuesta a intentarlo.

— ¡Uhum! —Fue todo lo que pude decir, ya que tenía la boca llena en ese momento.

El ritmo de los movimientos de Kellan se volvió aún más frenético, sus embestidas más profundas, casi brutales, haciéndome gemir fuerte, incluso con la polla de Kyle todavía profundamente en mi garganta. La sensación de la doble penetración era abrumadora, cada vez más intensa e imposible de contener.

Kyle seguía sujetándome la cabeza, guiando el ritmo de mi oral de forma posesiva, mientras sus ojos se fijaban en los míos, llenos de lujuria y algo más, como si quisiera hacerme entender que ese momento era una devoción completa.

—Joder, estás deliciosa... —jadeó Kellan, con la voz ronca y tomada por el placer—. ¡Casi no puedo aguantar más!

No pude responder, por razones obvias, pero mi cuerpo ya estaba reaccionando a sus palabras, los músculos internos se contraían alrededor de su polla, mientras mis labios intentaban envolver cada vez más la longitud de Kyle. La mezcla de placer anal y oral era algo que nunca hubiera podido imaginar, una combinación perfecta de dolor y placer que me acercaba aún más al límite.

—Córrete ahora, Vallery —exigió Kyle, con los ojos llenos de un hambre salvaje—. Deja que te llevemos al infierno como siempre has querido...

Esas palabras fueron la gota que colmó el vaso y todo mi cuerpo tembló en un nuevo orgasmo, aún más devastador que los anteriores. La sensación de estar llena por los dos hermanos al mismo tiempo era tan intensa que me hizo flaquear las piernas, casi tirándome en la cama.

Kellan dio unas cuantas embestidas más fuertes y profundas, cada vez más animalescas, hasta que finalmente alcanzó su propio orgasmo. Sentí el calor de su semen llenándome por dentro, aumentando aún más el calor y el éxtasis que se apoderaban de mi cuerpo.

Al mismo tiempo, Kyle soltó un rugido ronco y me sujetó la cabeza con más fuerza, liberando un chorro caliente directamente en mi garganta. Mi reacción fue automática, casi instintiva, tragando todo lo que pude, mientras la sensación de estar completamente dominada me hacía sentir una liberación absoluta.

Cuando ambos terminaron de derramarse dentro de mí, me dejaron jadeando y completamente agotada, pero también llena de una satisfacción que nunca pensé que fuera posible.



CAPÍTULO 14

Rendición en las aguas

En cuanto Kellan se apartó de mí, me desplomé en la cama completamente agotada. Mi cuerpo apenas podía soportar su propio peso después de todo lo que habíamos pasado esa noche. Kellan se acostó a mi lado, con una sonrisa de satisfacción aún presente en sus labios, como si hubiera ganado una disputa secreta.

Pero antes de que pudiera recuperarme, Kyle se acercó rápidamente y me levantó en sus brazos, ignorando la presencia de su otro hermano.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kellan con una mezcla de sorpresa y burla.

— Voy a cuidar de ella después del daño que le has hecho — respondió Kyle fríamente, sin apartar la mirada de mí.

Kellan solo se rió, con un sonido ronco y divertido.

A pesar del cansancio, mi corazón se aceleró. La forma en que Kyle me sostenía era diferente, como si yo fuera demasiado preciosa para dejarme allí, expuesta. Había un contraste gritante entre la crudeza de todo lo que había sucedido hasta ahora y su toque protector.

—Ven, vamos a ducharnos. —Su tono era más suave, casi como una invitación susurrada solo para mí.

Asentí, apoyando la cabeza en su hombro mientras me llevaba al baño. El espacio era enorme, lujoso, con paredes de mármol negro

que reflejaban la suave luz de la lámpara. La cabina de ducha de cristal era amplia y moderna.

Kyle me puso de pie dentro de la cabina, abrió el grifo y ajustó la temperatura antes de volver su atención hacia mí. El vapor pronto nos envolvió, creando una especie de capullo íntimo, donde solo existíamos nosotros dos y el sonido del agua caliente llenaba el ambiente con un murmullo tranquilizador.

Se movió lentamente, casi con reverencia, mientras cogía la esponja y empezaba a enjabonarme la espalda. La sensación era extrañamente acogedora, sus delicados movimientos contrastaban con la fuerza que sabía que poseía.

«No tienes por qué avergonzarte, amor...», dijo suavemente, con voz baja y cargada de algo que sonaba como ternura genuina. «Nunca te juzgaría por nada de lo que pasó esa noche».

Sus palabras fueron como un alivio inesperado, una especie de redención que no sabía que necesitaba. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero las contuve.

Deslizaba la esponja con una delicada precisión, sin prisas, como si quisiera limpiar no solo mi cuerpo, sino también las huellas de nuestra noche llena de lujuria e intensidad. Cuando llegó a mis muslos, fue más cuidadoso, frotando lentamente, y sentí una especie de paz extenderse en medio del agotamiento.

—No sabía que podías ser tan cuidadoso después de todo esto. —Mi voz sonó demasiado baja, porque temía estropear el momento.

—Te lo mereces, que te cuiden y te protejan. Siempre lo has merecido.

Cuando se arrodilló ante mí, mis rodillas casi se doblaron.

—Levanta la pierna... necesito lavarte por completo —me pidió, sin ningún tono de mando, pero con una devoción cruda que hizo que mi corazón latiera aún más rápido.

Le obedecí, sintiendo el suave roce de la esponja entre mis piernas. Kyle era meticuloso, pero nunca invasivo, limpiaba cada parte

de mí con un respeto casi sagrado. Cuando llegó a mi intimidad, no retrocedió, solo continuó con el movimiento cuidadoso y cariñoso.

«Solo quiero que te sientas bien... y segura», reveló sin apartar la mirada de mí, mientras sus dedos limpiaban delicadamente mi vulva, por donde aún goteaba el semen rojo.

Sus ojos eran intensos, como si contuvieran algo más que solo deseo. Había algo más allí, una devoción genuina que no podía ignorar.

—No necesito ocultar lo mucho que me ha gustado todo esto, Kyle —confesé, sintiendo un escalofrío al admitir algo tan íntimo.

—Y no tienes por qué hacerlo. —Su amable sonrisa contrastaba con su mirada posesiva—. Puedes ser todo lo que quieras conmigo, y con esos dos imbéciles también, por supuesto.

Cuando terminó de lavarme, se levantó lentamente y se quedó de pie frente a mí. Cogió un poco de champú de una botella y empezó a lavarme el pelo con la misma suavidad de antes. El agua caliente corría por mi cuerpo y el calor parecía derretir cualquier resistencia que pudiera quedar entre nosotros.

Kyle me masajeó el cuero cabelludo con precisión y ternura, deslizando sus fuertes dedos entre los mechones enjabonados, mientras yo cerraba los ojos y simplemente me entregaba a la sensación. Era como si estuviera tratando de limpiar no solo mi cuerpo, sino también las huellas de culpa que aún flotaban en mi mente.

—Eres muy hermosa, ¿sabes? —murmuró de repente, mientras me enjuagaba el cabello, con una sinceridad desarmante en su voz.

—Y tú eres más amable de lo que imaginaba —confesé, con una sonrisa débil, pero sincera, formándose en mis labios.

Me miró fijamente, casi como si intentara leer mi alma.

— Haría cualquier cosa por ti, Vallery. Cualquier cosa.

La intensidad de sus palabras me dejó sin aliento por un momento. Había alguna oscura verdad detrás de lo que dijo, algo que no sabía que Kyle era capaz de expresar.

Y mientras el agua seguía envolviéndonos, me di cuenta de que ese baño era más que una simple limpieza. Era una reconexión, una promesa silenciosa y que, incluso en medio de la brutal lujuria que nos rodeaba, todavía había espacio para el cuidado y la vulnerabilidad.

Pero aunque cada caricia de Kyle era cariñosa, mi mente comenzaba a llenarse de preocupaciones que hasta entonces habían permanecido dormidas bajo el peso del placer y la entrega total.

La falta de protección durante el sexo era algo que ahora me ponía ansiosa, además del miedo a que todo aquello no fuera más que una venganza por el artículo falso que se había publicado en mi nombre.

— Yo... necesito preguntarte algo...

— ¿Qué es, Vallery? —Su mano sujetó la mía con firmeza bajo el agua.

Sentí que el nerviosismo aumentaba, pero sabía que tenía que ser sincera.

— Ninguno de los dos usó protección... y, sinceramente, no sé cómo sentirme al respecto. También fue un descuido mío —admití, con la voz llena de una mezcla de preocupación y vulnerabilidad—. Y todavía no entiendo por qué estoy aquí. Por qué me sacaron de la fiesta de esa manera. ¿Querían vengarse por el artículo falso?

Hubo silencio durante un rato, pero no fue incómodo.

— No es venganza. Si lo fuera, no habríamos sido tan... amables contigo. Creí que había quedado claro lo importante que eres para nosotros. Siempre nos intrigaste, Vallery, y de alguna manera sabíamos que tú querías esto tanto como nosotros.

Estaba confundida, pero al mismo tiempo sentía una extraña sensación de alivio. Quizás había algo más profundo allí que aún no entendía completamente.

—¿Y qué hay de la protección? —pregunté, todavía preocupada —. No sé si debería estar aliviada o asustada por esto... pero es algo serio.

Podría tomar la píldora del día después, aunque estuviera al día con mis anticonceptivos. Pero no conocía lo suficiente a los hermanos Scottfield como para saber... qué tan saludables eran. ¡Definitivamente, habría que hacerse un examen para detectar todas las ITS posibles!

Kyle sonrió, con una expresión más seria en el rostro, pero al mismo tiempo llena de una especie de humor sombrío.

— Vallery, no tienes por qué preocuparte por eso. Es imposible que hayas contraído alguna enfermedad. ¿Y un embarazo? Ni lo pienses.

Su declaración me dejó aún más confundida.

— ¿Cómo es eso? — Intentaba entender lo que quería decir con eso, pero no podía razonar con la misma lógica que él.

— Hay algunos detalles sobre nosotros que ni siquiera puedes imaginar, Vallery. Como el color de nuestro semen, como habrás notado. Y otra de esas cosas es que mis hermanos y yo somos inmunes a las enfermedades humanas. Por lo tanto, no te contagiamos nada.

Antes de que pudiera procesar completamente lo que acababa de revelar, sentí un cansancio abrumador invadir mis sentidos, como si el calor del agua y el tacto de Kyle me estuvieran dejando inevitablemente somnolienta.

—Estás a salvo, Vallery —susurró Kyle, sujetándome con más fuerza mientras empezaba a sentir que los párpados me pesaban y el cuerpo se me aflojaba por completo—. Siempre lo has estado.

Y entonces, todo se volvió oscuro.



CAPÍTULO 15

Un choque de realidad

La tenue luz del sol se colaba a través de las cortinas mal cerradas, obligándome a abrir los ojos con dificultad. Un dolor agudo latía en mi cabeza, resonando como si alguien estuviera martilleando mis sienes sin piedad.

El sofá duro e incómodo de la sala de estar de la fraternidad Sigma Nyx no era lo que esperaba al despertar. Mi cuerpo estaba cubierto por una manta fina y gastada, y a mi lado estaban Hillary y Savannah, ambas con una expresión de alivio al verme despertar.

—¡Por fin! —Savannah parecía aliviada—. Ayer te volviste loca, Val.

Mi mente estaba confusa, todavía llena de fragmentos de recuerdos inconexos y sensaciones crudas que se mezclaban con la realidad que me rodeaba.

La sensación de haber sido devuelta a la vida cotidiana era abrumadora.

—¿De qué estás hablando? —Mi voz sonaba ronca y apenas podía soportar el peso de mi propia confusión—. Yo... ¿qué pasó anoche?

Hillary intercambió una mirada divertida con Savannah, sacudiendo la cabeza como si yo fuera la mayor alborotadora del mundo.

—Te emborrachaste, bailaste como una loca y acabaste desmayada aquí en el sofá, sin poder subir las escaleras —explicó Hillary, tratando de contener la risa—. Y como nosotros también estábamos un poco mal, pensamos que era mejor dejarte aquí.

Asimilé sus palabras lentamente, pero me invadió una sensación de incredulidad.

¿Todo eso había sido solo un sueño?

Mi mente aún intentaba aferrarse a los vívidos detalles de la noche anterior, a las sensaciones, a los roces, al calor insoportable de la presencia de los hermanos Scottfield. Pero el peso familiar de mi cuerpo, dolorido y cansado, me devolvió a la realidad de manera implacable. Sentía un dolor absurdo entre las piernas y en el trasero, como si me hubieran utilizado de formas que nunca imaginé...

— ¿Y los hermanos Scottfield? ¿No los visteis llegar a la fiesta? —Un atisbo de desesperación se traslució en mi voz.

Hillary y Savannah intercambiaron otra mirada, esta vez intrigadas.

—¿Los Scottfield? —repitió Savannah, incrédula—. Vallery, ¿has tomado alguna droga o has aceptado bebidas de extraños? Porque definitivamente no estaban aquí ayer. Esos tipos nunca van a las fiestas de las fraternidades.

La constatación me golpeó como un puñetazo. Mi corazón se aceleró y una sensación de vacío se formó en mi pecho. ¿Lo que había experimentado era real o una alucinación provocada por el alcohol y el ambiente de Halloween?

Quería desesperadamente creer que todo había sido solo un sueño... pero, al mismo tiempo, una parte de mí se negaba a aceptarlo.

El calor de sus cuerpos, el sonido ronco de sus susurros, las promesas susurradas al oído, la conexión entre nuestros cuerpos...

—Quizás solo fue el alcohol —murmuré, tratando de convencerme, aunque mi propia voz sonaba incrédula.

El dolor en mis partes íntimas era un cruel testimonio de algo que no podía explicar. Me levanté con esfuerzo, mis piernas temblaban y cada movimiento parecía agravar la dolorosa sensación de dentro hacia fuera.

—Voy a subir —avisé, tratando de mantener la compostura mientras caminaba hacia las escaleras.

Cada escalón era una tortura y mi cuerpo gritaba en protesta, pero seguí adelante, decidida a llegar a mi habitación. Una vez dentro, cerré la puerta y me tiré en la cama, tratando de recuperar el aliento. Mis pensamientos eran un torbellino, una mezcla de confusión y frustración, además de un inmenso vacío.

Miré mi cuerpo y me di cuenta de que todavía llevaba puesta la sábana improvisada de la noche anterior, atada como si fuera un vestido sin tirantes. Solté un suspiro cansado, tirando de ella después de deshacer el nudo, y me encontré con algo que no esperaba: mi lencería era diferente.

En lugar del conjunto blanco que recordaba haber vestido, ahora era negro y morado, con un liguero que sin duda no había usado antes. La tela era sedosa, sensual, y la sensación era opuesta a la de un disfraz inofensivo.

Mi corazón se aceleró y mis manos comenzaron a temblar.

¿Cómo había llegado eso a mí?

Mi mente estaba confusa, pero un recuerdo casi imperceptible emergió en flashes: las fuertes manos de Kellan, los nudos de shibari marcando mi piel con un patrón que ahora era visible en mis pechos y muslos. Pasé mis dedos temblorosos por las marcas, como si eso pudiera ayudarme a entender si eran reales.

Pero el descubrimiento más inquietante aún estaba por llegar. Al mirarme en el espejo del dormitorio, vi un pequeño cordón negro colgando de mi cuello. El colgante era un *atrapasueños*, hecho en plata envejecida, pequeño y delicado, pero al mismo tiempo cargado de un significado que no podía descifrar.

No recordaba haberlo puesto en algún momento de la noche.

Cuando toqué el colgante, un susurro familiar resonó en mi mente, como un recuerdo vagamente conocido:

«Nunca te lo quites, es mi regalo para ti...». El susurro inconfundible pertenecía a Kyle Scottfield.

Mi respiración se volvió entrecortada y una ola de emoción me envolvió. Mi cuerpo estaba lleno de pruebas de algo que no sabía cómo explicar, y la sensación era la de estar atrapada en una trampa entre lo real y lo imaginario.

Me senté en la cama, abrazándome las rodillas, ignorando todo el dolor físico y sintiendo el peso de todo lo que había sucedido... o no.

Mi cordura estaba en juego y lo único que sabía con certeza era que, de alguna manera, mi destino estaba ligado al de los tres misteriosos hermanos.

— Val, ¿estás bien? —Era la voz de Savannah—. ¿Necesitas algo?

Sentí que mis ojos ardían por las lágrimas que me negaba a derramar y respondí en un hilo de voz, y creo que ni siquiera me oyó:

— Un paquete de ibuprofeno y tal vez algún antibiótico.



Los últimos días habían sido una combinación opresiva de normalidad superficial y una inquietud abrumadora. Desde la mañana en que me desperté en el sofá de Sigma Nyx, mi mente se dividía entre dos realidades conflictivas: una parte de mí quería creer desesperadamente que todo no había sido más que un sueño febril, un delirio inducido por el alcohol, mientras que otra parte se negaba a aceptar la idea de que no fuera real.

Porque, a pesar del escenario improbable, mi cuerpo no mentía.

Cada paso que daba era un recordatorio brutal. Mis músculos estaban doloridos, como si hubieran sido sobrecargados hasta el límite. Pero lo más perturbador era la sensación latente en mi coño, una

molestia profunda e íntima que no desaparecía. La presión en mis muslos y entre mis nalgas era constante, como un fantasma físico de la noche de placer y dolor que había experimentado.

Sabía que debía buscar un médico, o al menos un analgésico, pero la verdad era que no podía enfrentarme a esa vulnerabilidad. En lugar de eso, me escondí en mi habitación, evitando las clases, a mis amigas, al mundo. Quería darme un tiempo para procesar todo aquello, si es que era posible procesarlo.

Pero la realidad de mi reclusión era una prueba de que, por mucho que intentara huir de los recuerdos, estos me dominaban con una claridad aterradora.

Por la noche, cuando me permitía cerrar los ojos durante más de unos minutos, la oscuridad se convertía en una pantalla en la que aparecían los rostros de los hermanos Scottfield. Las escenas se repetían como un ciclo interminable de lujuria y rendición: Kyle envolviéndome con una devoción posesiva, Kellan imponiendo su voluntad con un sadismo cariñoso y Kendric seduciéndome con una dulzura perversa. Sentía la presión de sus cuerpos, el calor de sus manos, el sabor de sus labios.

Me despertaba al amanecer, jadeando, con el cuerpo empapado en sudor, las piernas abiertas involuntariamente y mi intimidad palpitando con una urgencia e e desesperante. El deseo no desaparecía con el amanecer, al contrario, permanecía conmigo como una marca invisible que no podía borrarse.

Había perdido el control de quién era. Y, por mucho que intentara resistirme, una parte oscura de mí no quería recuperar ese control.



A pesar de que el agotamiento me empujaba al fondo de la cama, una pregunta no me dejaba en paz: ¿por qué no fui tras ellos en busca de la verdad?

La respuesta era simple y cruel: tenía miedo.

Las palabras de Hillary y Savannah resonaban en mi cabeza, afirmando que los hermanos Scottfield nunca estuvieron en la fiesta y que pasé toda la noche en el sofá. Eso me afectó más de lo que quería admitir, haciéndome cuestionar mi propia cordura.

¿Y si todo no fuera más que un delirio mío? ¿Un deseo reprimido que tomó forma en las peores circunstancias posibles?

Quizás estaba realmente drogada y, bajo los efectos de alucinógenos, podría haber cometido locuras que mi subconsciente decidió que sería más seguro que no recordara, como una forma de autoprotección.

Sobre todo porque ninguno de los tres dio señales de vida durante esos días, ni siquiera un mensaje de un número desconocido.

Pero, al mismo tiempo, sabía que esa corrosiva duda no podía durar para siempre. Por mucho que el miedo me paralizara, ya no era la misma chica apática e invisible de la Universidad de Thornvale.

Algo dentro de mí había cambiado, algo profundo y visceral.

Era plenamente consciente de que la única manera de obtener respuestas era enfrentarme directamente a los Scottfield y preguntarles qué había sucedido realmente aquella noche.

Necesitaba descubrir qué era verdad y qué era solo una perversa ilusión. Y si eso significaba afrontar las consecuencias de mi curiosidad, que así fuera.

Pero para ello necesitaba un valor que, en ese momento, no sabía dónde encontrar.



CAPÍTULO 16

Renacimiento

Los insistentes golpes en la puerta me sacaron de la confusión en la que estaba sumida. Intenté ignorarlos, pero Savannah y Hillary no se rindieron tan fácilmente. La puerta se abrió con un impulso decidido y ellas entraron con una energía que me parecía lejana e incluso incomprensible en ese momento.

—Vallery, estás hecha un desastre —dijo Savannah sin rodeos, mientras me miraba con determinación—. ¡Hace más de una semana que no vas a clase!

—Estamos preocupadas —añadió Hillary, con un tono más suave, pero igualmente firme—. No puedes seguir así, amiga...

Su tono de preocupación era genuino y el cariño con el que siempre me cuidaban las convertía en lo más parecido a una familia que había tenido nunca.

Estaba tirada en la cama, con el cuerpo pesado y la mente entumecida, sintiendo un dolor profundo que parecía venir del interior de mi alma.

Las dos se acercaron con pasos decididos, con los ojos llenos de preocupación.

—Necesitamos saber qué está pasando —añadió Savannah, con una mezcla de urgencia y frustración.

Sabía que les preocupaba, pero me resultaba difícil encontrar las palabras para explicar lo que sentía por dentro.

¿Cómo podía decirles que el recuerdo de los hermanos Scottfield aún acechaba mis noches, como una sensación que no desaparecía, mientras que cada caricia y cada beso aún estaban marcados en mi piel?

—Val, si no reaccionas, no tendremos más remedio que ponernos en contacto con tu tutor... —amenazó Hillary, pero su tono era más de desesperación que de reprimenda.

Suspiré profundamente y aparté la mirada.

La mención al padre Wendell me angustió aún más.

Si él escuchara una confesión mía, diría que ninguna penitencia me libraría de arder en el infierno.

—Ya no es mi tutor —corrigí, tratando de mantener la voz firme —. Desde que cumplí veintiún años, hace dos meses, y asumí el fondo fiduciario que dejó mi madre. Nunca tuvimos una relación familiar. El padre Wendell solo ayudó porque ella se lo pidió antes de morir, nunca fue porque me considerara su nieta de corazón.

—Está bien, no vamos a involucrar al padre —suspiró Savannah, con una mezcla de pena y empatía en su rostro—. Pero no puedes esconderte aquí para siempre.

Sentí un nudo en la garganta, luchando contra las lágrimas que amenazaban con caer. Sabía que tenían razón. No podía dejar que el miedo y la confusión me dominaran.

Tenía que reaccionar.

— Está bien, chicas. Han ganado —murmuré con una sonrisa débil, pero sincera—. ¡Vamos a solucionarlo!

— ¡Así es, esa es mi chica! —Savannah me dio una palmada animada en el muslo y yo tragué el dolor para no asustarla—. Para empezar, ¿qué tal un día de ocio en el centro comercial?



La transformación comenzó en el probador de una tienda de ropa. Me miré en el espejo y sentí un escalofrío al verme vestida con un corpiño negro ajustado, pantalones de vinilo y una chaqueta de cuero. Era una versión mucho más atrevida de mí misma, una que nunca me habría atrevido a mostrar antes de aquella noche con los Scottfield.

—¡Vaya, Val! —exclamó Hillary, con los ojos brillantes de entusiasmo genuino—. ¡Ahora eres todo menos invisible!

Una sonrisa sincera se dibujó en mis labios.

Era la primera vez en días que me sentía más... viva.

—Lo necesitabas —añadió Savannah, abrazándome por los hombros—. Redescubrir quién eres realmente, ¿sabes?

Cuando salimos de la tienda, todavía sentía una mezcla de emoción y ansiedad. Pero había un valor renovado y una fuerza que ni siquiera sabía que tenía.

También pasamos por una tienda de lencería y casi reventé el límite de mi tarjeta de crédito comprando prendas preciosas y muy sensuales, casi como si estuviera abasteciendo un arsenal de artillería pesada para una guerra erótica que podría estallar en cualquier momento.

Quería ser esa Vallery que manejaba su propia sensualidad, sin miedo a lo que pensaran los demás. No se trataba de ellos, sino de mí. Mi deseo de sentirme guapa, sexy... deseada.

El último paso de la transformación llegó cuando me detuve frente a un salón de belleza, con una idea impulsiva apoderándose de mí.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Savannah, desconfiada.

«Voy a cortarme el pelo», anuncié, decidida.

Así fue como salí de allí con un corte elegante, moderno y atrevido, justo por debajo de la barbilla, que combinaba con el nuevo estilo que quería probar. Mientras me pasaba la mano por el pelo, tuve

la sensación de estar liberando por fin una parte de mí que había estado atrapada durante mucho tiempo.

—Estás increíble, Val —elogió Hillary, con su amplia y sincera sonrisa—. Pareces una mujer nueva.

— ¿Sabes una cosa? —añadí, mirando mi reflejo en el cristal de un escaparate—. Creo que por fin estoy empezando a gustarme lo que veo aquí.



Cuando estábamos a punto de terminar el paseo, pasamos por una pequeña tienda esotérica, que exhibía un gran *atrapasueños* colgado en la puerta, cuyas plumas negras se balanceaban ligeramente con el viento y me llamaron la atención de manera inexplicable, por lo que me detuve y lo observé con atención.

—¿Qué pasa, Val? —preguntó Savannah al darse cuenta de que me había detenido.

— No sé... voy a echar un vistazo. — Sentí una extraña atracción por el lugar.

Al entrar en la tienda, un fuerte aroma a incienso invadió mis fosas nasales. El ambiente estaba cargado de misticismo, con cristales, velas y amuletos colgados por todas partes. Me sentí inmediatamente atraída hacia el mostrador, donde un *e e atrapasueños* más pequeño, de hilos plateados, parecía brillar bajo la tenue luz de las velas que lo rodeaban.

De repente, sentí una mirada fija en mí. Una mujer de aspecto enigmático se acercó, con sus ojos oscuros observándome con una curiosidad intensa, casi invasiva.

Cuando Savannah y Hillary se distrajeron mirando unos cristales cercanos, la mujer se acercó aún más y susurró de forma intrigante:

— ¿Qué eres, niña?

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza y me quedé sin palabras ante ella. Esa pregunta, formulada de manera tan directa y seria, me hizo sentir como si todo el misterio que se cernía sobre lo sucedido la noche de Halloween, involucrando a los hermanos Scottfield, realmente hubiera provocado algún cambio significativo dentro de mí, además de un complejo trauma erótico.

La mujer siguió mirándome con una intensidad desconcertante. Sus ojos eran de un tono oscuro que parecía absorber la luz, como un abismo sin fin. A pesar de sentir un nudo en la garganta, finalmente logré responder, con voz vacilante:

— ¿Qué quieres decir con eso? Solo soy... una chica normal.

Ella soltó una risa baja, casi un susurro cargado de ironía.

— No, no lo eres. —Se acercó un poco más, acortando la distancia entre nosotros y haciendo que mi corazón se acelerara—. Hay una energía a tu alrededor que no pertenece a este mundo, niña.

Mis piernas casi se doblaron y tuve que apoyarme en la barra para no perder el equilibrio.

— Yo... no lo entiendo. — Mi voz casi se perdió en el aire cargado de incienso y misterio.

Ella solo negó con la cabeza, como si acabara de confirmar algo que ya sabía, y su mirada recorrió mi cuerpo, tratando de ver más allá de lo visible.

Fue entonces cuando se fijó en mi collar con el colgante de *atrapasueños*.

—Ah... entonces el regalo era para ti.

¿Qué coño está pasando aquí?

— ¿Cómo lo sabes? —pregunté, sintiendo un miedo creciente, pero también una curiosidad irresistible.

— Hay más cosas entre el cielo y la tierra de las que puedes imaginar, niña. —Sonrió de forma enigmática, casi siniestra—. Y estás a punto de descubrir dónde perteneces realmente.

Antes de que pudiera responder, Savannah y Hillary se acercaron, interrumpiendo el tenso ambiente.

—¿Has encontrado algo, Val? —preguntó Hillary, despreocupada, mientras cogía un cristal de la estantería de al lado.

La mujer retrocedió inmediatamente, como si supiera que no era el momento adecuado para profundizar en el tema.

— No... nada especial —respondí tratando de mantener la calma, mientras la observaba de reojo.

Sus ojos seguían fijos en mí, pero ahora había una expresión de expectación, como si estuviera esperando el momento adecuado para revelar algo más.

Cuando salimos de la tienda, no pude evitar mirar atrás una última vez. La mujer seguía parada en el mismo lugar, observándome con una mirada profunda y llena de secretos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Savannah mientras cruzábamos la calle.

— No tengo ni idea... — Me sentí un poco mareada mientras tocaba el colgante de *atrapasueños* que llevaba alrededor del cuello, como si de alguna manera pudiera protegerme de todo lo que estaba a punto de suceder.

Spoiler: ¡no fue así!



CAPÍTULO 17

La sombra de la indiferencia

El campus de la Universidad de Thornvale parecía más frío y opresivo de lo habitual cuando finalmente regresé a clases.

La última semana había sido una mezcla de angustia e introspección, tratando de encontrar fuerzas para enfrentarme a los hermanos Scottfield.

Estaba decidida a enfrentarme a ellos y exigirles respuestas.

Savannah y Hillary estaban a mi lado, tratando de animarme con comentarios triviales, pero la verdad era que mi atención estaba completamente en otra cosa. La tensión aumentaba a medida que nos acercábamos al patio central, donde los hermanos solían estar durante los descansos. Y, como si el universo hubiera decidido poner a prueba mi determinación, estaban exactamente donde esperaba: cerca de la fuente.

Kyle, Kellan y Kendric. Juntos, como una formación impenetrable.

En cuanto mis ojos se cruzaron con los de Kyle, sentí una oleada de conmoción recorrer mi cuerpo. Su mirada era fría, dura, como si yo fuera una nada, una intrusa en su mundo.

Lo mismo ocurrió con Kellan y Kendric. Las miradas que antes me consumían de deseo y obsesión ahora eran distantes, casi como si no me reconocieran. Había una frialdad aterradora en la forma en que me observaban.

Savannah y Hillary intercambiaron miradas confusas, dándose cuenta del cambio brusco en el ambiente.

—Vaya, qué raro... Hoy parecen diferentes —murmuró Hillary.

Me sentí paralizada, incapaz de responder. El valor que había reunido para enfrentarme a ellos se evaporó en ese mismo instante. El peso de su indiferencia era insoportable.

Kyle fue el primero en darme la espalda, con expresión rígida mientras se alejaba. Kendric y Kellan lo siguieron inmediatamente, sin dudarlo, como si yo no fuera más que una sombra insignificante en medio del patio.

El rechazo fue como un puñetazo en plena cara.

Había pasado días consumida por los recuerdos, rumiando cada caricia, cada gemido, cada promesa velada. Y ahora simplemente me ignoraban, como si nada hubiera pasado.

Todas las dudas sobre lo que habíamos vivido aquella noche volvieron a aflorar. Ya había asumido que había sido real, sobre todo después del siniestro encuentro en la tienda esotérica, y estaba dispuesta a ir hacia ellos y preguntarles por qué no habían venido a hablar conmigo para saber si estaba bien después de haber sido su juguete durante horas... y entonces, esto.

—Vallery, ¿estás bien? —preguntó Hillary, con tono preocupado.

— Sí —mentí, con la voz ligeramente quebrada.

Tenía el pecho oprimido y una mezcla de ira y humillación se formaba en mi mente. No sabía si era el orgullo herido o la frustración acumulada, pero algo dentro de mí comenzó a desmoronarse.



Los dos días siguientes fueron un tormento constante.

La indiferencia de los hermanos Scottfield parecía haberse convertido en un juego cruel.

Aparecían en todos los lugares donde yo estaba: en los pasillos, en el comedor, en la biblioteca. Pero cada vez que intentaba acercarme, desaparecían sin dejar rastro, como si estuvieran decididos a evitarme a toda costa.

Fue durante una clase de periodismo cuando sentí el peso de esa indiferencia más fuerte que nunca. Me costaba concentrarme mientras la profesora hablaba sobre la ética en la comunicación. Mis ojos vagaban automáticamente por el aula, hasta que vi a Kendric parado afuera, con los brazos cruzados y una expresión seria. Mi corazón se aceleró y me invadió una sensación de urgencia.

Sin pensarlo mucho, me levanté de la silla y me dirigí a la puerta, ignorando las miradas curiosas de mis compañeros de clase. Pero, en el momento en que salí, Kendric ya no estaba allí.

Frustrada, me di la vuelta para volver al aula, cuando una risa baja resonó en el pasillo vacío. Miré a mi alrededor, pero no había nadie. Me sentí como una tonta, como si estuviera siendo manipulada por algo invisible e insidioso.

En el comedor, la historia se repitió. Mientras hablaba con Savannah y Hillary sobre el trabajo de fin de curso, mis ojos captaron el clásico peinado de Kellan a lo lejos. Estaba sentado en una mesa cercana, pero cuando nuestras miradas se cruzaron, el idiota apartó la vista inmediatamente. A continuación, cogió la bandeja, se levantó y se marchó sin mirar atrás.

Se me encogió el corazón y se me hizo un nudo en la garganta. La sensación de que me ignoraba deliberadamente era más dolorosa que cualquier rechazo directo. Era como si me estuvieran castigando por algo que no conseguía entender.

—Val, ¿estás bien? —preguntó Savannah por tercera vez ese día, con tono preocupado.

—Sí, estoy bien —mentí de nuevo, sintiendo cómo se me secaba la garganta.

Pero la verdad era que cada encuentro fallido, cada intento de acercamiento evitado, me dejaba más desorientada y deprimida. Mi

cuerpo aún llevaba las marcas de aquella noche, una mezcla de placer y dolor que no podía borrar, por mucho que lo intentara.

Lo más extraño era que, incluso huyendo de mí, los hermanos Scottfield parecían estar siempre cerca, como si tuvieran una necesidad obsesiva de mantenerme a la vista, aunque fuera desde lejos. Era una presencia tangible, sus sombras me perseguían silenciosamente por dondequiera que fuera.

En la biblioteca, mientras buscaba libros para una investigación, volví a sentir esa presencia familiar. Mi corazón se aceleró y, cuando me giré, vi a Kyle observándome desde lejos, con sus ojos oscuros fijos en mí. Fue una mirada rápida, intensa, pero enseguida se dio la vuelta y se marchó rápidamente, sin decir una palabra.

«¿Qué diablos está pasando?», murmuré para mí misma, sintiendo cómo la ira y la frustración bullían dentro de mí.

Su comportamiento me dejaba con una devastadora sensación de impotencia, como si me hubieran descartado después de haberme consumido por completo.

Pero había algo que me molestaba aún más: sabía, en el fondo, que ese rechazo no era una simple cuestión de desinterés.

Había algo más profundo y oscuro que no querían revelarme.

Y cuanto más huían, más sentía que tenía que ir tras ellos, aunque fuera lo último que hiciera.



El silencio de la noche era abrumador, como si el mundo exterior estuviera suspendido en un estado de espera, reflejando el caos que dominaba mi mente.

Tumbada en la cama, miré al techo oscuro mientras los recuerdos de aquella noche parecían desplegarse ante mis ojos. Todo seguía siendo increíblemente vívido: cada caricia, cada suspiro ronco,

las palabras que los hermanos Scottfield susurraron con devoción y lujuria.

Por más que lo intentara, la lógica parecía escapárseme.

Las escenas eran tan intensas que casi podía volver a sentir los besos urgentes y posesivos, el calor de sus manos deslizándose por mi piel y sus cuerpos pegados al mío, como si quisieran fundirse. Pero la cuestión no era solo lo que había sucedido, sino los vacíos que se habían abierto y que no podía llenar.

La imagen del semen rojo seguía vívida, y cada vez que ese recuerdo surgía, un escalofrío me recorría la espalda. Fuera lo que fuera, definitivamente no era normal. Cuando Kendric me lo contó de manera casi despreocupada, supe que había mucho más detrás de esa confesión de lo que él había dejado entrever.

Y su comportamiento esa noche... había sido una extraña mezcla de obsesión y devoción total. Los tres me trataron como si mi existencia fuera algo crucial para ellos, casi como una entidad sagrada... una diosa de la lujuria.

Pero hasta ese momento, nunca habían mostrado interés por mí. Yo era la chica invisible de la Universidad de Thornvale, una estudiante de periodismo que lo observaba todo desde las sombras.

¿Por qué ahora?

Era la pregunta que no me dejaba en paz.

¿Qué había cambiado para despertar ese deseo insaciable y casi depredador? ¿Qué me había convertido en el objetivo de su obsesión?

Las palabras de Kendric volvieron a resonar en mi mente: *«Yo no muero».* No era solo su habitual arrogancia burlona, sino una afirmación llena de certeza.

Y Kyle... él también había mencionado algo siniestro cuando dijo que no podían infectarme con enfermedades humanas, que él y sus hermanos eran inmunes y que la posibilidad de un embarazo también era inexistente.

¿Estaban diciéndome, sutilmente, que no eran humanos?

Negué con la cabeza, riéndome de mi propia imaginación fértil, hasta que recordé la pregunta que me había hecho la mujer de la tienda esotérica: *«¿Qué eres, niña?».*

— ¿Cómo que qué soy?

La intensidad de sus palabras y la forma en que me miró hacían parecer que veía algo que yo no veía y que tal vez ni siquiera sabía que existía. Desde aquella noche, sentía como si una transformación invisible estuviera ocurriendo dentro de mí, algo que iba más allá de la lujuria y la atracción.

Lo que antes era solo un deseo reprimido de que ellos me notaran se había convertido en una fuerza implacable, como si hubiera algo sobrenatural que me empujara hacia los hermanos Scottfield. Era un imán irresistible que me arrastraba hacia la oscuridad y estaba empezando a darme cuenta de que no había forma de escapar.

Suspiré, dando vueltas en la cama, y mis ojos se posaron en *el atrapasueños* recién colgado en la cabecera. Sus hilos plateados brillaban a la tenue luz de la lámpara, y las plumas negras se balanceaban ligeramente, como si guardaran profundos secretos. Mirar ese amuleto me proporcionó un breve consuelo, como si fuera un tenue vínculo entre mí y las respuestas que tanto buscaba.

Pero, incluso con todos esos detalles en mente, la pregunta más urgente seguía sin respuesta:

¿Quiénes son los hermanos Scottfield?

Esa era la pregunta que atormentaba cada uno de mis pensamientos y, mientras cerraba los ojos, tratando de encontrar algún tipo de paz en medio de la confusión, me di cuenta de que no podría descansar de verdad hasta que el misterio fuera completamente desvelado.

Incluso si la verdad fuera aún más aterradora de lo que pudiera soportar.



CAPÍTULO 18

Locura y protección

KYLE SCOTTFIELD

Ver a Vallery desmayarse en mis brazos mientras nos bañábamos juntos fue el punto culminante de mi deseo y, al mismo tiempo, un abismo sin retorno. Tenerla entregada a nosotros de esa manera, despojada de todo miedo y vergüenza, fue un placer que ninguno de nosotros había experimentado jamás.

Pero cuando la devolvimos a Sigma Nyx, sabíamos que teníamos que cortar cualquier vínculo, aunque eso significara renunciar a todo lo que habíamos conquistado aquella noche de Halloween.

—Manipulen los recuerdos de sus amigas —ordené con la voz quebrada por la frustración y el deseo sofocante.

A pesar de que mi mente estaba nublada por el deseo de recuperar a Vallery, sabía que nuestra prioridad era proteger su cordura. Teníamos que distorsionar sus recuerdos, crear una narrativa lo suficientemente convincente como para que dudara de lo que realmente había pasado entre nosotros aquella noche.

Kellan y Kendric hicieron lo necesario, distorsionando los recuerdos de las chicas, alterando sus percepciones para confundir a Vallery. No podí o manipularla directamente, ya que era inmune a nuestras habilidades mentales, un hecho que nos intrigaba y obsesionaba por igual.

Mientras veíamos cómo se desarrollaba la escena, una parte de mí se partía en dos. Ella era intocable para nuestros poderes, pero lo cruel de todo aquello era que seguíamos sintiendo el vínculo de forma inquebrantable.

Vallery estaba allí, tan cerca y al mismo tiempo tan lejos.



En la mansión Scottfield, todo era silencio y desesperación. El vacío de no tenerla a nuestro alcance se convirtió en una lenta tortura, como si el aire se hubiera vuelto enrarecido y cada segundo sin ella fuera un golpe más en nuestras existencias ya desgarradas.

—¡Joder! ¡No puedo más, Ky! —Kellan dio un puñetazo a la pared de nuestra sala de juegos en la mansión Scottfield, con la mano ensangrentada y el rostro reflejando una mezcla de frustración y rabia. Estaba al borde de un colapso, con los músculos tensos y la mirada sombría reflejando el caos que llevaba dentro. — Desde que la devolvimos, siento como si me estuvieran destrozando lentamente por dentro. ¿Cómo diablos voy a seguir adelante sabiendo que ella está aquí, tan cerca, y no puedo tocarla?

Yo sentía lo mismo. Todos lo sentíamos. Desde aquella noche, el vacío era como un agujero sin fondo en nuestro pecho, un agujero que solo ella podía llenar. Pero no podíamos correr riesgos, al menos no hasta comprender mejor la naturaleza de lo que habíamos desencadenado.

—¿Crees que para mí es fácil? —repliqué, con la ira trasluciéndose en cada palabra—. Pero si nos acercamos ahora, podemos destruirla de verdad. Ella no está preparada para lo que somos, Kell.

El más afectado de todos nosotros era Kendric. Sus ojos brillaban con una mezcla de angustia y obsesión y parecía perdido, como si la presencia de Vallery fuera lo único que lo mantuviera cuerdo.

Había lágrimas de frustración, pero su voz era firme:

— La quiero de vuelta, Ky. No puedo dormir sin olerla. No puedo dejar de pensar en su sabor... ¡Me estoy volviendo loco, joder!

Éramos tres adictos en abstinencia, luchando contra un deseo que parecía corroer cada parte de nuestro ser. Como si nuestros cuerpos hubieran sido moldeados para ella, y la privación de su presencia nos corroía por dentro.

La tensión en cada habitación de la propiedad era prácticamente una presencia física, una entidad perversa que nos acechaba. Los días se arrastraban mientras luchábamos por no sucumbir a la tentación de buscarla. Sabíamos que teníamos que mantener la distancia. El problema era que estar lejos solo alimentaba la obsesión.

Vallery era un fuego que ardía sin apagarse nunca, y cuanto más tiempo pasaba, más intenso era el calor que nos consumía. Su ausencia amplificaba nuestro anhelo un millón de veces, haciendo que la presencia en la Universidad de Thornvale fuera casi insoportable.

Pero entonces regresó al campus por primera vez después de aquella noche, y todo pareció derrumbarse de golpe.

Cuando la vi con su nuevo look, sentí una atracción tan magnética que casi pierdo el control. Estaba transformada. El pelo más corto y elegante, la ropa atrevida que revelaba una confianza que antes parecía dormida, lo segura de sí misma que estaba... y libre.

Ver eso fue como una puñalada en mi corazón humano.

Kendric se detuvo bruscamente a mi lado, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y el deseo puro.

—Joder, está aún más irresistible que antes —susurró casi sin aliento, mientras sus ojos no se apartaban de Vallery.

Era cierto. Estaba deslumbrante, y su nuevo look parecía gritar para llamar la atención, como si supiera exactamente el efecto devastador que tendría sobre nosotros. Con cada paso que daba, me

costaba más respirar, y el deseo se transformaba en una mezcla de rabia y desesperación.

Kellan estaba a mi lado, con los ojos fijos en ella y el rostro contraído por la frustración.

—No es justo —murmuró casi para sí mismo—. ¿Cómo diablos puede dejarnos así sin siquiera intentarlo?

Era insoportable tenerla tan cerca y tan inalcanzable.

Todo mi cuerpo estaba en llamas, los puños cerrados por la frustración, mientras intentaba resistir el impulso de correr hacia ella y arrastrarla a un lugar solo para nosotros, donde no permitiría que me dejara nunca más.

A pesar de estar a solo unos metros de distancia, sentí su suave y embriagador perfume, el mismo aroma que había quedado impregnado en nuestra piel desde aquella noche. El calor volvió con una intensidad abrumadora, cada fibra de mi ser gritaba por ella.

—No podemos acercarnos a ella, por mucho que queramos —me obligué a decir, con la voz ronca y temblorosa. Pero la verdad es que no sabía cuánto tiempo más podríamos contener ese impulso desesperado de recuperarla—. Si no nos controlamos, lo arruinaremos todo.

Pude ver un destello de confusión en sus ojos, como si no entendiera por qué la estábamos evitando. Si la chica supiera que cada segundo lejos de ella era como morir lentamente, tal vez no pensaría que la despreciábamos.

Era protección, sí, pero también un miedo visceral a que nuestro acercamiento la destruyera por completo. Sabíamos que lo que habíamos despertado en Vallery era poderoso, pero no imaginábamos que su ausencia nos devastaría tanto como su presencia.

Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para dar media vuelta y salir de allí antes de hacer algo de lo que me arrepentiría amargamente.

Me sentía como si me aplastara una fuerza invisible, un anhelo que me sofocaba. Cada vez que desaparecía de mi vista, era como si me arrancaran un pedazo de mí mismo. Mi cuerpo palpitaba, mi sangre hervía y lo único que quería era a ella.

Al menos lleva el amuleto que le di...

Vallery era mi perdición y mi redención, lo único que parecía tener sentido en un mundo de oscuridad sin fin.



CAPÍTULO 19

Ruina y furia

KELLAN SCOTTFIELD

Desde que nos separamos de Vallery, la furia latente se convirtió en mi única compañía. No había paz, no había tregua. Su presencia, antes física y palpitante, ahora se reducía a un eco irritante que resonaba en mi mente como una tortura interminable.

La sentía en cada maldito segundo, su olor, el sabor de su piel... el recuerdo constante de las marcas que dejé en su carne. Eso debería haber sido suficiente para satisfacerme, pero solo me volvía más loco.

La decisión de separarnos no había sido fácil, pero sabía que era lo más seguro para ella. Esa mierda de «seguridad», sin embargo, solo servía para destruir la poca cordura que me quedaba. Cuanto más tiempo pasaba sin poder tocarla, más se acumulaba la rabia, como un veneno que corría por mis venas, quemando y corroyendo todo a su paso.

Pasaba las noches vagando solo, tratando de encontrar alivio para el deseo que me consumía, pero todo parecía inútil. La necesitaba, deseaba el dolor y el placer que solo ella podía provocarme. Quería oírla suplicarme, llamándome entre gemidos, con la voz embriagada de sumisión y l s la lascivia. Pero no había nada más que vacío y eso me ponía insoportablemente irritado.

Dentro de casa, descargaba mi frustración en todo lo que me rodeaba. Las paredes ya habían sentido el impacto de mis puños en

más de una ocasión, y los muebles rotos eran prueba de que el monstruo que había en mí no podía ser domado.

Las peleas con Kyle y Kendric también se habían vuelto constantes, y solían terminar con puñetazos y sangre, mientras nos acusábamos mutuamente de debilidad. Pero la verdad era que todos estábamos atrapados en el mismo círculo vicioso de deseo insaciable y necesidad de autocastigo.

Hoy, el infierno dentro de mí parecía peor. El recuerdo de Vallery disfrutando, su cuerpo arqueándose bajo el mío, el sonido de sus gemidos... todo era como un cuchillo clavado profundamente en mi pecho. Decidí salir a despejarme, aunque sabía que era inútil. Solo necesitaba una distracción temporal, algo que aliviará la tensión explosiva que amenazaba con consumirme por completo.

Llegué al campus y no tardé mucho en verla desde lejos. Caminaba con sus amigas, con pasos seguros y un nuevo look que reflejaba una audacia que antes no existía. El corte de pelo corto, el estilo más provocativo... Vallery ya no era la chica tímida que intentaba pasar desapercibida. Había cambiado, tal vez como resultado de todo lo que le hicimos aquella noche de Halloween.

Sin embargo, lo que más me impactó no fue solo su nuevo look, sino la forma en que parecía más segura de sí misma. Una ira irracional me consumió, acompañada de una excitación intensa e incontrolada.

«Está diferente por nuestra culpa», pensé, con una mezcla de orgullo y frustración.

Mi cuerpo reaccionó instantáneamente, como si un imán invisible lo atrajera hacia ella. La erección fue rápida, dolorosa y casi incontrolable, mientras imaginaba rasgar esa ropa atrevida y follarla allí mismo, en medio de todo el mundo, sin importarme las consecuencias.

Cuando Kyle apareció a mi lado, pude ver que estaba igualmente afectado. Kendric no estaba muy diferente, su habitual

sonrisa parecía haber desaparecido por completo, sustituida por una mirada de deseo sombrío y posesivo.

Ella nos vio y, por un breve instante, nuestras miradas se cruzaron. Entonces noté algo en sus ojos que me hizo tragar saliva: deseo y confusión. Pero, en lugar de correr hacia ella como me pedía mi cuerpo, le di la espalda, siguiendo el acuerdo que habíamos hecho.

En el instante en que le di la espalda, sentí como si me estuviera destruyendo por dentro. Y al mismo tiempo, me di cuenta de que no había otra opción. Vallery tenía que estar a salvo, aunque eso significara mi propia ruina.

Pero sabía que esa decisión no sería sostenible por mucho tiempo.

Algo se rompería pronto, y cuando eso sucediera, yo sería el primero en arrodillarme ante ella, suplicándole que me aceptara de vuelta, aun sabiendo que todo lo que sentía por ella parecía más una maldición que una bendición.

Estaba dispuesto a rendirme al infierno, porque vivir sin ella era el verdadero castigo.



La música electrónica sonaba demasiado alta, el sonido golpeaba las paredes del *Got Sin* como un reflejo de todo el caos que había dentro de mí. Las luces frenéticas parpadeaban como una advertencia, una advertencia que yo estaba dispuesto a ignorar.

Desde el momento en que nos alejamos de Vallery, era como si un hambre insaciable y desesperada se hubiera apoderado de mi cuerpo. Sentía que mi poder crecía de forma inestable y eso me llevaba al borde de la locura.

Cada golpe de la música parecía sincronizado con mi propia frustración. Necesitaba una válvula de escape, algo que me sacara de ese tormento e , aunque solo fuera por unos minutos. Mientras

cruzaba la pista de baile, la lujuria de la gente a mi alrededor era densa, un mar de excitación y deseo.

Siendo como era, todo lo que me rodeaba se sentía con toda su intensidad: el sudor, la carne, la energía sexual bruta y sin filtros.

Y era exactamente lo que necesitaba para llenar el vacío que sentía.

Y entonces la vi.

Es una chica normal, con el pelo corto y un vestido que parecía diseñado para provocar. Sus movimientos estaban llenos de una sensualidad descuidada, todo su cuerpo se entregaba a la música sin ninguna inhibición. Todo en ella rezumaba vulnerabilidad y un deseo inconsecuente de ser consumida.

Me acerqué sin pensarlo dos veces, con una sonrisa cínica formándose en mis labios. No había necesidad de palabras. Podía sentir su alma pidiendo ser tomada, su excitación era como un banquete esperando ser devorado. Cuando nuestras miradas se cruzaron, la chica se quedó paralizada por un momento, como si se diera cuenta de que yo era mucho más de lo que parecía.

Pero el miedo rápidamente dio paso a la fascinación.

— ¿Bailas conmigo? —preguntó, con la voz arrastrada por el alcohol y la excitación.

No tuve que responder. La atraje hacia mí, deslizando mi mano posesivamente por sus curvas.

Sentí su cuerpo humano estremecerse bajo mi tacto, y una parte de mí sabía que eso estaba mal, porque ceder a mi naturaleza allí, en medio de esa discoteca, era un riesgo que siempre había evitado. Pero ahora estaba más allá de cualquier racionalidad. El dolor de la ausencia de Vallery era más de lo que podía soportar, y la chica en mis brazos sería solo un paliativo.

La llevé a un pasillo aislado, un rincón oscuro donde sabía que nadie nos interrumpiría. El hambre que sentía era brutal, y cuando la

presioné contra la pared, lo hice con una fuerza que le arrancó un gemido de los labios, no de dolor, sino de excitación.

—No tienes ni idea de lo que estás a punto de sentir, nena —le susurré al oído.

Y entonces, sin previo aviso, la giré de espaldas, levantándole el vestido sin ceremonias. Su calor era embriagador y, cuando le rasgué las bragas de encaje, mi propia urgencia se volvió incontrolable. La penetré de forma cruda, brutal, y el placer fue inmediato, pero vacío.

¡No era Vallery!

Y mientras la follaba, su rostro se desvaneció de mi mente, sustituido por el único rostro que realmente quería y que no podía tener.

La chica empezó a gemir, al principio de placer, pero luego los sonidos se volvieron más agudos, casi dolorosos. Sentía cómo su energía se debilitaba con cada embestida, y la realidad de lo que estaba haciendo empezó a golpearme. Estaba absorbiendo más que su placer, estaba drenando la puta vida de ella de una forma que ningún humano podría soportar.

Cuando finalmente me corrí, un rugido bajo y primitivo escapó de mi garganta.

Y entonces la miré.

— ¡Mierda!

Sus labios estaban azulados, su cuerpo exhausto e inmóvil, su respiración demasiado débil. Rara vez sentía culpa por cualquier mierda que le hiciera a las mujeres, pero en ese momento me invadió como un veneno.

Cogí a la chica casi muerta en mis brazos, sabiendo que tenía que hacer algo para intentar reparar el daño que le había causado.

Usé mi capacidad de metamorfosis para cambiar mi rostro, mi voz y mi presencia. Necesitaba convertirme en otra persona y, cuando

finalmente llegué a la sala de urgencias como miembro del equipo de rescate, entregué a la chica a uno de los enfermeros de guardia.

Ser empático no era parte de mi naturaleza demoníaca, pero después de convivir con humanos durante tanto tiempo, era innegable que, de vez en cuando, demostraba un poco de mi capacidad para preocuparme por alguien más que por mí mismo.

El enfermero la llevó rápidamente adentro y yo me quedé allí, observando desde lejos.

El vacío dentro de mí no había desaparecido. De hecho, era peor.

Vallery Hope seguía siendo la única chica que ocupaba mi mente, el único nombre que resonaba en mi interior. Y sabía, con una certeza oscura, que nada más que ella podría saciar mi hambre.



CAPÍTULO 20

Angustia y ensoñaciones

KENDRIC SCOTTFIELD

Desde que decidimos dejar marchar a Vallery, algo dentro de mí parecía haber sido arrancado, una parte que ya no podía encontrar. Era un vacío que se ampliaba cada segundo.

Mis noches se convirtieron en una sucesión de largas madrugadas insípidas, en las que alternaba entre el silencio y el dolor sofocado por la soledad. Mis compañeros eran el whisky amargo y una pila de películas antiguas, historias que, irónicamente, hablaban del tipo de amor que sabía que nunca podría tener.

Estaba oscuro y silencioso en mi habitación, como si el propio universo estuviera de luto conmigo. Bajo el frío resplandor de la pantalla, vi a Catherine y Heathcliff en su trágico ciclo de obsesión y pérdida, en *Cumbres borrascosas*. Cada palabra sonaba como un eco amargo de algo que nunca supe definir, pero que ahora tenía un nombre.

Sabía lo que era ser el Heathcliff de alguien, estar condenado a amarla con una desesperación sin fin, aunque eso me destruyera.

Sentía la ausencia de Vallery como una hemorragia silenciosa que me consumía por dentro.

Me preguntaba si Kyle y Kellan también se sentían así, perdidos, sin propósito. Pero sabía que mi dolor era diferente. Ellos son todo

hierro y fuego, mientras que yo... soy humo. Disolviéndome en su ausencia y, en esa desesperación casi poética, encontré un sentido sombrío.

Y hablando de ellos... los dos entraron en la sala sin hacer ruido, solo observando desde un rincón, como si el ruido pudiera romperme. Incluso sin mirarlos, sabía que estaban allí tratando de entender lo que me había pasado.

Con un suspiro, dejé escapar:

— ¿Creéis que existe un amor que no se puede borrar? —murmuré con voz ronca, sin apartar la mirada de la pantalla.

— Ya estás con esos dramas de película, Ken —resopló Kellan, con los brazos cruzados y, con una sonrisa burlona, se dejó caer en el sofá de al lado—. ¿No puedes salir un poco de la fantasía?

Kyle, sin embargo, estaba serio. Se acomodó en el brazo del sofá y se limitó a observar, con sus ojos oscuros fijos en mi expresión perdida. No necesitaba hablar para que yo sintiera su preocupación. Era la misma que ardía en mi pecho, pero él intentaba ocultarla.

— No hablo de novelas baratas, Kellan —continué, ignorando el sarcasmo de mi hermano mediano—. Catherine y Heathcliff son la representación de lo que somos, ¿sabes? Se arrastran, incluso al final, el uno por el otro, ni siquiera la muerte los borra. Es como si estuvieran eternamente atados a una promesa que nunca se cumple.

Kellan entrecerró los ojos y pareció buscar qué responder, pero algo en mi voz lo silenció. Era raro verlo sin palabras.

Extendió la mano, cogió la botella de whisky que había dejado sobre la mesa y dio un largo trago. Después de unos segundos, se volvió hacia mí con una expresión casi... irritada.

— ¿Hablas en serio, Ken? ¿Por eso te has encerrado aquí? ¿Te has obsesionado con ese cuento trágico y con la chica?

— ¿De verdad crees que encerrarme aquí y ver estas películas sensibleras me ayuda? —refunfuñó Kyle—. ¡Estás perdiendo lo poco que te queda de cordura!

— Ella era... es lo que faltaba, Kyle. Soy como él, Heathcliff... — mi voz sonó tan baja que casi no la reconocí. Mis dedos apretaron el vaso vacío, el sonido del cristal recordándome su fragilidad. — Y aun así, no pude tenerla. Pero la quiero, aunque sea en fragmentos, aunque sea un fantasma que me atormente.

Se instaló un silencio incómodo e incluso Kellan apartó la mirada, molesto por la intensidad que desbordaba mi voz. Solo Kyle no me miraba con reproche. Era el único que, tal vez, lo entendía.

— ¿Y si fuera al revés, Kendric? —preguntó mi hermano mayor, con el tono más suave que jamás le había oído—. Si ella fuera algo que pudiera destruirnos por completo... ¿aun así irías tras ella? ¿Arriesgarías no solo tu vida, sino la de todos nosotros?

Sin dudarlo, asentí, con fría convicción en mi voz:

—Sí. Sería un buen final, ¿no crees? Para los tres. Mejor que la agonía de verla como un espectro inalcanzable. Solo que, para variar... quizá yo sea el más débil de los tres. Me dejé llevar y ahora estoy aquí. Atrapado en una trágica ironía, porque cuanto más me alejo, más me consume.

Kyle suspiró profundamente, frotándose las sienes como si mi dolor resonara en su mente. Kellan se encogió de hombros, pero la expresión de incomodidad no lo abandonaba.

Sabía que mis hermanos se preocupaban, pero había algo en mí que ellos no podían comprender del todo.

—Eres un imbécil —concluyó Kellan, rompiendo finalmente el silencio con una risa seca—. Estamos atrapados, Ken. Todos nosotros. Ese maldito amor que idolatras solo te va a arruinar. Así que tal vez deberías dejarlo atrás.

Negué con la cabeza, hundiéndome en el sofá e ignorando el sarcasmo cruel en la voz de Kellan.

—Ya estoy arruinado —murmuré, más para mí mismo que para ellos.



Las chicas de Beta Delta prácticamente me habían suplicado que asistiera a una de las reuniones del club de lectura, y finalmente decidí aceptar. La «merienda» era una excusa patética para la fascinación colectiva que sentían por mí, pero quién sabe, tal vez podría llenar el vacío con el que había estado viviendo.

En cuanto entré en la sala, me di cuenta de que todas me miraban, con sonrisas curiosas y manos inquietas sosteniendo tazas de té o jugando distraídamente con su pelo. Emily, siempre un poco más atrevida, apartó la mirada, pero me sonrió discretamente.

Era como si mi presencia bastara para transformar la tarde.

La lectura del mes era una recopilación de relatos de Edgar Allan Poe, pero la expresión de algunas de ellas indicaba que no estaban preparadas para discutir algo así conmigo. En el centro del círculo de cojines y sillones, un ejemplar del autor descansaba sobre la mesa de centro, con el nombre gótico en la portada reflejando el tema sombrío de la discusión.

Sabía bien cómo lidiar con esas mentes impresionables y la idea me dio una nueva energía, aunque un tanto perversa.

— La lectura de este mes fue... «La caída de la casa Usher» y algunos otros relatos. Creemos que... tú podrías tener una visión... única sobre ellos, Kendric... —Era Megan quien sostenía el libro en ese momento, con las manos ligeramente temblorosas mientras intentaba introducir el tema.

Sonreí levemente y me acomodé en el sofá, dejando que mi mirada se posara en cada una de ellas, prolongando el momento de silencio mientras esperaban, ansiosas y en silencio, a que yo comenzara.

—Una elección excelente —murmuré, observando sus miradas de sorpresa—. ¿Sabéis que Poe creía que el amor era, en el fondo, una

maldición? Una especie de condena, tal vez —provocé, observando las expresiones de incomodidad que se formaban en sus rostros.

Claire abrió la boca en un suspiro, sorprendida y un poco indignada. Emily, que siempre intentaba mantener la compostura, se rió un poco para aliviar el ambiente, pero enseguida se puso seria al ver que ninguna de las otras lo encontraba gracioso.

—Bueno, sí... pero siempre pensé que él veía el amor como algo más allá de lo que podemos entender... como una fuerza incontrolable —intentó replicar Emily, con evidente inseguridad.

Me incliné ligeramente hacia delante, con los ojos fijos en ella.

—O tal vez veía el amor como un precipicio... un abismo. Aquellos que se atreven a acercarse demasiado terminan siendo tragados. ¿Quién nunca se ha perdido en un amor así? —pregunté, con un tono de voz bajo y arrastrado, dejando que el impacto de cada palabra resonara en la sala.

Las chicas se miraron entre sí, respirando en suspense sincronizado, mientras el silencio se volvía sofocante. Noté la incomodidad de Claire y el ligero temblor en las manos de Megan mientras seguía hojeando el libro, buscando el valor para hablar.

Finalmente, fue Emily quien se arriesgó de nuevo, con una voz casi reverente en un susurro:

— Pero eso no significa que no creyera en el amor... ¿verdad?

La miré directamente, esbozando una sonrisa irónica, dejando las palabras en suspenso para provocarlas.

— Depende de lo que consideréis amor, ¿no? —Dejé que mi tono se volviera aún más enigmático, observando el efecto de mis palabras—. Hay quienes creen en el romance que salva, en el amor que cura. Y hay otros... —Hice una pausa, viendo cómo contenían la respiración—. Otros que saben que amar es destruir y ser destruido.

Las chicas se quedaron en silencio, absorbiendo mis palabras. La fascinación era inevitable, como si cada una de ellas hubiera caído en un abismo sin darse cuenta.

Estarían listas para mí esa noche.



Cuando el silencio de la madrugada se apoderó de la universidad, regresé a Beta Delta sin dudarlo. Entré en la fraternidad con el cuidado de un depredador nocturno y me tumbé en el sofá principal. Era cómodo, pero el objetivo era otro.

Cerré los ojos y dejé que mi poder fluyera, expandiendo mi conciencia hasta acceder a las mentes que me rodeaban, conduciéndome al sueño de las chicas. No eran necesarias las conversaciones sutiles ni las miradas seductoras que normalmente utilizaba para manipularlas, bastaba con profundizar en sus sueños, transformándome en todo lo que siempre habían intentado evitar, en lo que más temían.

Tan pronto como entré en el subconsciente de Claire, fui transportado a un bosque nocturno, denso y silencioso, donde el viento silbaba entre los árboles y ella caminaba desorientada. La escena estaba cubierta por una espesa niebla, el suelo cubierto de hojas muertas que crujían bajo sus pasos. Caminé hacia ella con el rostro cubierto por una pálida y macabra máscara de Michael Myers, un enorme cuchillo brillando en mi mano. Mi mirada estaba fija en ella mientras me movía sin prisa, sonriendo siniestramente. Ella percibió mi presencia y se detuvo, paralizada por el terror.

—¿Qué estás buscando, Claire? —le pregunté, con voz grave y sin emoción alguna—. ¿Por qué huir si no hay ningún lugar donde esconderse?

Ella retrocedió, con los ojos muy abiertos, mientras intentaba correr. Sabía que no podría escapar, mi poder me permitía aparecer donde quisiera en su sueño. En un segundo, estaba detrás de ella de nuevo, mi cuerpo surgiendo en la penumbra mientras le susurraba al oído:

—¿Qué esperabas? ¿Un héroe? ¿Alguien que te salvara?

Claire tropezó y cayó de rodillas, con el rostro pálido por el terror y las lágrimas corriendo silenciosamente por sus mejillas. Caminé lentamente hacia ella, con la hoja del cuchillo rozando su piel como una caricia.

— Al final, Claire, el amor no es más que una ilusión.

Y con un último paso, me abalancé sobre ella, dejando que su grito resonara por el bosque mientras su sueño se desmoronaba en completa oscuridad.



En el siguiente sueño, sumergí a Megan en una escena aún más claustrofóbica: una habitación de paredes de hormigón sin ventanas, fría y húmeda, iluminada solo por una tenue luz en el techo que parpadeaba intermitentemente. Estaba sola, jadeando mientras daba vueltas en círculos, buscando desesperadamente una salida.

Adopté la forma de Freddy Krueger, con garras afiladas y el rostro desfigurado, apareciendo en un rincón oscuro de la habitación. Megan me vio y sus ojos se abrieron como platos, paralizada por el pánico.

«¿A qué esperas? ¿A tu príncipe azul?», la provoqué, dejando que mis garras se deslizaran por la pared, produciendo un ruido agudo y perturbador.

Megan retrocedió hasta apoyarse contra la pared, con el rostro pálido por el terror. Lentamente, caminé hacia ella, mi silueta distorsionada por la luz temblorosa, adoptando una postura amenazante.

—¿Amor verdadero? —me reí, cruel y sarcástico—. Tonterías, Megan. El amor es como esta habitación: oscuro, vacío, sin salida.

La luz parpadeó y se apagó por completo. Dejé que mi respiración se hiciera audible, cargada de perversas intenciones,

mientras me acercaba a ella, su figura temblando en la penumbra. Con un toque ligero y frío, deslicé una de mis garras por su cuello.

—¿Quién será el próximo en decepcionarla? —susurré antes de darle la espalda, dejándola sola y encogida, sin aire para gritar, con la pesadilla aún resonando mientras me retiraba de su mente.



Al entrar en el sueño de Emily, opté por un escenario diferente, más sutil, pero aún más cruel. Me convertí en el amante «perfecto», el príncipe azul que tantas veces había idealizado en sus fantasías. La escena era un salón de baile, iluminado por majestuosos candelabros, con una suave música de fondo. Me acerqué a ella vestido con un impecable esmoquin, con el pelo bien peinado, y le tendí la mano para invitarla a bailar.

Ella me miró encantada, con los ojos brillantes de una esperanza dulce e inocente.

—Por fin has venido... ¡lo sabía! —exclamó Emily, estrechándome la mano y acompañándome en el baile, con movimientos suaves y fluidos.

—Emily, querida... —murmuré mientras la hacía girar por el salón, la suave melodía la envolvía y ella suspiraba, entregada a mi abrazo.

Pero a medida que la música iba desacelerando, mi expresión fue cambiando. Mi amable sonrisa se desvaneció en una mirada vacía y mis ojos se oscurecieron. La atraje hacia mí con un apretón demasiado fuerte, observando el terror que crecía en su mirada.

«Todos los príncipes azules mueren, ¿sabías?», le susurré con voz fría y sombría.

Ella intentó alejarse, pero la mantuve sujeta, nuestros cuerpos en un abrazo claustrofóbico.

—El amor verdadero es un cadáver. Se desintegra en cenizas, como cualquier otro sueño ridículo.

Y, en ese instante, el escenario se derrumbó. Las lámparas se apagaron y el salón se sumió en una oscuridad absoluta. Los ojos de Emily se abrieron como platos mientras la soltaba, dejándola en medio del vacío. Al volverse para huir, vio cómo mi rostro se transformaba en el de Ghost Face, con los ojos muertos y la boca cosida. Su grito resonó en la oscuridad.

Cada sueño y cada pesadilla que invocaba alimentaba el vacío dentro de mí, me revitalizaba como un elixir amargo, pero poderoso. Su terror era intenso y, por un breve instante, parecía saciar el abismo que Vallery había dejado en mí.

Sin embargo, a medida que dejaba Beta Delta, la euforia se disipaba, dando paso al familiar vacío, ahora aún más profundo.



Regresé a casa antes del amanecer, sintiendo el peso sombrío de las últimas horas oprimiendo mi mente y el vacío que intenté llenar, latiendo aún más intenso en mi pecho.

El placer perverso que busqué en Beta Delta ya se había convertido en cansancio, pero al acercarme a la puerta de entrada de la mansión Scottfield, escuché los sonidos amortiguados de gritos y pasos pesados, interrumpiendo el silencio.

Al abrir la puerta, me encontré con una escena que parecía sacada del caos: Kyle y Kellan estaban en medio de una fea pelea.

Ky sujetaba a Kell por el cuello, ambos intercambiando insultos y amenazas, mientras la sangre manchaba la comisura de los labios de Kell. La mirada que le lanzaba a Ky era de pura furia, y antes de que pudiera intervenir, avanzó con un puñetazo certero que hizo que mi hermano mayor trastabillara hacia atrás.

—¿Qué coño estáis haciendo vosotros dos? —Mi voz sonó más áspera de lo que pretendía, pero la irritación era inevitable. Di un paso adelante y aparté a Kellan con una mano firme, jadeando—. ¿Y dicen que yo soy el desequilibrado?

Kyle se enderezó, limpiándose la sangre de la comisura de los labios, con los ojos aún ardientes de frustración. El silencio se hizo pesado por un momento, hasta que volvió a estallar, señalando con un dedo acusador a Kellan.

—Este imbécil... —espetó, con los ojos chispeantes—. Dijo que debíamos alejarnos de ella de una vez por todas. ¡Como si no fuera ya demasiado tarde para dar marcha atrás!

—Esa maldita chica nos ha dejado así. ¡Y tú lo sabes! —Kellan lanzó una mirada asesina a Kyle mientras se frotaba la mandíbula con el puño cerrado.

— ¡No hables así de ella! —Kyle se adelantó, pero lo detuve con un gesto.

—¡Basta! —grité, sintiendo que mi propia paciencia se agotaba —. Si seguimos así, los altos mandos pronto nos tendrán en el punto de mira. ¿Es eso lo que queréis? ¿Un billete de ida directo al infierno?

Kyle apartó la mirada, frunciendo el ceño, pero no opuso resistencia. Kellan, aún jadeando, se pasó una mano por la cara, pareciendo de repente agotado.

— ¿No os dais cuenta de lo que estáis haciendo? Vamos a acabar destruyéndonos a nosotros mismos y a ella en el proceso. Sabéis que no es una amenaza en vano.

Estaba harto de esa pelea inútil, sentía la desesperación de ambos, pero su ira se estaba volviendo autodestructiva.

— Estoy tan... cansado —Kyle me miraba con una mezcla de respeto y desesperación.

— Entonces, ¿cuál es el plan, Kendric? —preguntó Kellan, con la voz ronca, pero con un toque de esperanza—. Porque así... tarde o

temprano, uno de nosotros acabará haciendo alguna tontería de la que no podremos volver atrás.

Suspiré, dejando que el silencio se prolongara antes de responder. Sabía que cualquier decisión equivocada nos costaría cara, pero también sabía que seguir así solo nos acercaría más al límite.

—Vamos a acercarnos a ella con cuidado. Sin sobrepasar los límites prohibidos —expliqué mi idea, con determinación en cada palabra—.

— ¿Y cómo lo haremos sin ponerla en peligro? —Kyle me miró con incertidumbre, pero vi una chispa de esperanza en sus iris obsidianos mientras se pasaba la mano por el pelo, desolado.

— Quizás podamos... conducirla por un camino en el que nos encuentre, y así podamos tenerla cerca... ¿quién mejor que nosotros para protegerla?

—Es más fuerte de lo que imaginamos. —Los ojos de Kellan brillaron con una mezcla de cinismo y desafío—. Nos aguantó a los tres en una sola noche. Cualquier otra habría muerto en el primer orgasmo.

Lo miré fijamente, la intensidad de mi mirada penetrando profundamente en la oscuridad de los ojos de Kellan.

—Aunque eso signifique el infierno, el verdadero castigo sería vivir sin ella.

El peso de mis palabras resonó en el silencio.

Kyle y Kellan me observaron y, en ese instante, supe que habíamos llegado a un acuerdo tácito.



CAPÍTULO 21

Punto de inflexión

El campus estaba envuelto en esa suave y fría niebla de diciembre, típica de Thornvale. Las hojas de los árboles, antes doradas, ahora cubrían el suelo, haciendo que el paseo por el pasillo principal de la universidad fuera una mezcla de frío en la cara y el olor húmedo de la vegetación.

Esa melancolía casi me daba fuerzas para seguir con lo que yo misma había decidido: sacar a los hermanos Scottfield de mi mente.

Sería un nuevo ciclo para mí. Me negaba a seguir siendo la chica que sufría en silencio por culpa de tres machos idiotas. Ya era hora de recuperar el control, por muy incierto que pudiera parecer ese camino.

Sin embargo, mi resolución no duró mucho.

De repente, sentí que alguien me empujaba con una fuerza calculada para desequilibrarme, pero no para tirarme al suelo. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, una mano firme me agarró del brazo y me estabilizó. La familiaridad de ese contacto hizo que mi corazón latiera más rápido.

—Cuidado, Hope —dijo una voz suave y a la vez cargada de ironía.

Levanté la vista y me encontré con Kendric.

Tenía esa sonrisa fácil y provocadora que parecía bailar en sus labios, pero sus ojos... había algo allí, ese brillo sombrío y seductor que

nunca podía ignorar. El calor subió a mi rostro y, por más que lo intentara, mi cuerpo reaccionaba a su proximidad.

—¿Todavía te duele? —preguntó con una voz cargada de una dulzura perversa que hacía que los escalofríos en mi piel iban y venían, como si mi cuerpo lo reconociera.

El impacto de sus palabras me llegó muy hondo. Era casi como si Kendric estuviera finalmente asumiendo que lo que había pasado entre nosotros realmente había pasado.

La forma en que me miraba, con esa media sonrisa que delataba que sabía exactamente lo que estaba pensando, como si estuviera dentro de mis propios pensamientos, era inquietante.

Me obligué a mantener la compostura, aunque mi corazón latía a toda velocidad.

—¿De qué estás hablando? —balbuceé, tratando de parecer indiferente, pero había algo en mi tono que delataba la sorpresa y la duda que me consumían.

Él se rió con esa risa suave, casi un susurro que parecía resonar en el aire frío.

—Sabes exactamente de lo que estoy hablando, Hope.

Sus ojos brillaron por un instante, pero antes de que pudiera responder, Kendric dio un paso atrás y, con un movimiento calculado, se alejó lentamente, dejándome allí parada, sintiéndome como si estuviera congelada entre la realidad y un sueño lejano.

Esa breve interacción fue suficiente para dejarme inquieta durante el resto del día.



La biblioteca estaba prácticamente desierta, lo cual me gustaba. Aunque mi mente estaba sumida en un torbellino de pensamientos sobre Kendric, necesitaba un descanso para aclarar mis ideas, y la quietud del ambiente parecía ideal para ello. El aroma amaderado del

cuero y el papel antiguo hacía que el lugar fuera aún más acogedor, en contraste con el frío del exterior.

Recorrí algunos pasillos, buscando cualquier libro, cuando sentí una presencia a mi lado. Antes incluso de darme la vuelta, el familiar aroma a madera y especias envolvió el aire a mi alrededor y mi cuerpo se tensó. Ese olor tan característico y distintivo solo podía pertenecer a una persona.

—¿Estás durmiendo bien por las noches, cariño? —La voz de Kellan resonó suave, pero cargada de un tono que parecía una mezcla de provocación y algo más... íntimo.

Estaba tan cerca que su aliento rozó ligeramente mi cuello. Mi corazón latía más rápido y, al girar la cara, encontré sus ojos penetrantes y ardientes fijos en los míos. Era imposible no notar lo cerca que estaba, la tensión entre nosotros cargada de algo que no sabía definir con certeza.

—¿Por qué? —pregunté, tratando de sonar desafiante, pero mi voz delataba mi nerviosismo—. ¿Qué tiene eso que ver contigo?

Kellan esbozó una leve sonrisa, inclinándose aún más hasta que su rostro quedó a pocos centímetros del mío, casi demasiado íntimo.

—Porque... hum, veamos... —susurró, con los ojos brillando con esa malicia controlada—. He estado muy inquieto últimamente. Y tal vez por eso tú también lo estás.

Me observó durante un segundo que pareció prolongarse, mientras yo intentaba con todas mis fuerzas no ceder al impulso de apartar la mirada. Pero su intensidad era ineludible, casi sofocante. Sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo al ve ar inclinarse y, en un gesto lento, morder mi labio inferior con una delicadeza que rayaba en la tortura, tirando de él ligeramente.

El gesto me dejó sin aliento y el calor subió por mi rostro. Antes de apartarse, la punta de su lengua se deslizó suavemente por el mismo labio, y mi mente quedó en un estado de completo aturdimiento. Kellan retrocedió entonces, con la sonrisa aún en los labios, sus iris brillando de diversión.

—Hasta pronto, nena —murmuró antes de desaparecer entre las estanterías, dejándome allí, parada, con la respiración entrecortada y el corazón descompasado.

Era como si supiera exactamente el efecto que causaba y se deleitara con ello.



El campus estaba casi vacío cuando salí de la última clase de la tarde. Aproveché el silencio para perderme en mis pensamientos cuando, de repente, una mano firme me agarró del muñón y me empujó hacia el rincón más aislado del pasillo.

El impacto de su fuerte cuerpo contra el mío hizo que mi corazón se acelerara.

—¡Kyle! —El susto se escapó de mi boca, pero se disipó al ver su rostro. Sus ojos me devoraban con una intensidad inquietante y su proximidad era sofocante, una mezcla de deseo y un resentimiento insoportable.

Me empujó contra la pared, con las manos firmes a mi alrededor. Cuando lo miré, vi más que simple deseo: había una tensión sombría, como si llevara el peso de secretos que no se atrevía a revelar.

— ¡Te he echado tanto de menos, joder! —murmuró, con la voz cargada de algo entre anhelo y rabia contenida.

—Pensé que me odiabas... —Mi cuerpo reaccionó de inmediato, y el calor me subió a la cara.

— ¡Yo me odio por hacerte creer eso! —Kyle apoyó la frente en mi hombro y sentí cómo respiraba profundamente, como si estuviera soportando un peso insoportable.

A pesar del frenesí de emociones contradictorias, también sentía el dolor de no saber la verdad sobre todo lo que rodeaba a los hermanos Scottfield.

—¿Qué está pasando, Kyle? —Mi voz sonó más firme de lo que esperaba, aunque vacilante—. ¿Están jugando conmigo otra vez? ¿Quieren hacerme quedar como una idiota? Estoy harta de estos juegos psicológicos...

Levantó la cara y la intensidad de sus ojos oscuros me puso la piel de gallina. Sus dedos bajaron por mi cuello, casi como una caricia posesiva.

—Quería haberme quedado contigo esa noche —susurró, con palabras tan bajas que parecían más bien una confesión—. Quería enterrarme en ti hasta que te olvidaras de todo, hasta que solo existiéramos nosotros dos, sería tan... perfecto. —La mano que acariciaba mi cuello apretó ligeramente, de una manera que solo aumentó la tensión sexual.

Su tacto me embriagaba, y su tono siniestro hizo que una chispa de inquietud y deseo resonara en mi mente.

—Pues hazlo, Kyle —lo desafié, sabiendo que estaba jugando con fuego—. Fóllame ahora...

Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios, pero fue su respuesta lo que realmente me hizo estremecer.

— No es por falta de ganas, pero si lo hiciera, morirías.

El impacto de sus palabras me dejó paralizada.

Kyle levantó la mirada, con una expresión que mezclaba el sufrimiento y la lujuria, y sentí su pulgar deslizarse por mi labio inferior, dejándolo entreabierto.

En un impulso, lo tiré del cuello, chocando nuestros labios en un beso feroz. Nuestras bocas encajaron como si nunca fueran a separarse y el sabor era una mezcla de rabia y desesperación. El calor de su cuerpo me invadió y, por primera vez, parecía que todo el vacío que había dejado se había llenado.

Cuando nos separamos, Kyle me tomó el rostro con delicadeza, con los ojos fijos en los míos, como si quisiera absorber cada detalle.

—Tienes que descubrirlo por ti misma. No puedo romper esa regla —murmuró, vacilante—. Pero cuando consigas las respuestas, ven a vernos a la mansión Scottfield.

Su voz era una promesa, pero también una despedida. Sus palabras transmitían una seriedad que no hacía más que aumentar el misterio.

— Sigue usando el collar que te di. Es para tu protección — añadió, y la intensidad de su mirada dejó claro que era más que un simple consejo.

—¿Dónde puedo encontrar respuestas? —pregunté, con la urgencia en mi voz traicionándome.

Necesitaba alguna orientación, algo que me guiara.

Él dudó, y finalmente murmuró:

— *Good Lucky Voodoo...* allí es donde encargué tu regalo.

Y antes de que pudiera decir nada más, me dio la espalda y se alejó rápidamente, desapareciendo por el pasillo, dejándome sola con la mente atormentada y el corazón acelerado.

Sentía un nudo en la garganta, pero también una certeza gélida: no importaba lo que me esperara, necesitaba descubrir la verdad sobre los hermanos Scottfield de una vez por todas.

Incluso si eso significaba sumergirme más profundamente en un mundo de secretos y peligros inusuales.



CAPÍTULO 22

Verdades ocultas

El intenso olor a incienso y hierbas secas invadió mis sentidos nada más entrar en la tienda *Good Lucky Voodoo*. Las estanterías, repletas de artefactos, daban al espacio un aspecto ancestral, como si cada objeto contuviera un secreto guardado durante siglos.

Un escalofrío me erizó el vello de los brazos, presagiando que lo que descubriría allí podría transformar todo lo que creía saber.

En cuanto mis ojos encontraron a la mujer detrás del mostrador, ella sonrió. Su mirada tenía un brillo astuto, como si me estuviera esperando.

—Por fin has venido... —Su tono denotaba una extraña satisfacción—. No has tardado tanto. ¿Ya has descubierto lo que eres, niña?

Su pregunta, formulada con tanta naturalidad, dio en el clavo con mis pensamientos. Sentí que mi corazón se aceleraba, pero me recuperé rápidamente.

No se trataba de mí. Se trataba de ellos, y no tenía tiempo para rodeos.

— En realidad, necesito descubrir qué son *ellos*...

La mujer suspiró, como si mi respuesta no fuera una sorpresa. Con un gesto lento, señaló un banco de madera tallada y me invitó a

sentarme. Mientras se movía por el espacio con una lentitud calculada, mi mente bullía de dudas y recuerdos.

—Sientes su llamada, ¿verdad? —Sus ojos no se apartaban de los míos mientras hablaba, con esa voz llena de misterio y calma.

Tragué saliva. ¿Cómo explicar a una completa desconocida la intensidad de ese magnetismo que me atraía hacia los Scottfield? Era un deseo que iba más allá de lo físico. Algo primario, incontrolable, que me hacía sentir al borde de perder mi propia identidad.

—Me afectan de una manera que no puedo explicar... —admití, con los pensamientos girando entre la angustia y el anhelo que me consumían—. Pero tengo miedo de que, si me entrego a ello, acabe perdiéndome. O peor aún, enamorándome de algo que ni siquiera puedo entender.

La mujer asintió con la cabeza, cogió un pequeño cofre detrás del mostrador y lo colocó entre nosotros. Dentro vi plumas, hilos, velas y un *atrapasueños* similar al que colgaba de mi cuello, *el regalo de Kyle*. Levantó el collar que llevaba, lo examinó de cerca y luego murmuró casi para sí misma:

— Este está hecho de sueños robados... una poderosa protección, como un escudo entre tú y el mundo de ellos. Pero... solo te protegerá hasta cierto punto. —Sus ojos se encontraron con los míos, serios—. ¿Estás dispuesta a entender lo que todo esto significa?

Mi corazón se aceleró, pero asentí.

Si ese collar era una protección, ¿por qué entonces me sentía tan vulnerable cerca de los tres?

— Necesito entender el porqué de todo esto... ¿Qué son los hermanos Scottfield?

Parecía medir cada palabra que iba a decir, cautelosa por revelar demasiado.

— Ellos no son como tú, ni nunca lo serán. Son seres atraídos por el deseo... por tu deseo. Y, al igual que tú te sientes irresistiblemente atraída por ellos, ellos también parecen estar atados a

ti. Es una conexión peligrosa, forjada en la obsesión y la oscuridad. Un vínculo que puede consumir a cualquiera de los involucrados, a menos que se rompa.

La mujer me lanzó una mirada firme, pero llena de misterio, mientras sus dedos rozaban el *atrapasueños* que llevaba alrededor del cuello, como si fuera un vínculo invisible entre nosotros.

—Al final, depende de ti decidir hasta dónde estás dispuesta a llegar —advirtió, con palabras cargadas de una gravedad que me atravesó como una advertencia—. Porque, créeme, necesitarás toda la fuerza que tengas para no perderte por completo. Es un milagro que sigas viva, al fin y al cabo, son tres contra uno. Por eso insisto en que... eres todo menos normal.

Puse los ojos en blanco, impaciente.

Esa manía de responder con acertijos me estaba volviendo loca.

— ¿De verdad tienes que seguir con ese *aire* misterioso y decir las cosas de forma tan enigmática? —repliqué, tratando de parecer más segura de lo que me sentía—. ¡Necesito respuestas más claras!

Ella levantó una ceja y sonrió con aire de saber mucho más de lo que estaba dispuesta a contar.

—Ay, niña... —murmuró con un tono un poco condescendiente —. No puedo convertirme en una enciclopedia ocultista y soltar información que mis antepasados tardaron siglos en descubrir, interpretar y comprender... Sobre todo cuando no sé quién eres. Y, por cierto, me llamo Zarah.

— Lo siento, Zarah... —Exhalé profundamente, abrumada por las emociones contradictorias que se agitaban en mi interior—. Me llamo Vallery y, como ya he dicho antes, solo soy una chica normal... pero ellos...

—Son íncubos —me interrumpió, dándome la respuesta que tanto buscaba y haciéndome sentir un frío repentino—. Y no, no eres normal, querida. Porque la normalidad no atrae a seres como los Scottfield. Solo lo extraordinario, lo indómito, lo que tiene algo oculto en su interior. A las chicas normales se las follan a montones, sin

necesidad de conectar tan profundamente... como es tu caso. Si fueras normal, ya estarías muerta a estas alturas.

La sangre se me heló en las venas. Todo lo que no entendía sobre los hermanos Scottfield estaba siendo revelado y, de repente, era una verdad que aún no entendía y que tampoco quería aceptar.

—¿Ínculos? —susurré, sintiendo que la palabra ardía en mi lengua como algo prohibido. Zarah asintió lentamente. —¿Qué es eso?

Zarah se quedó en silencio por un momento, estudiándome con ojos que parecían ver a través de mí. Finalmente, se inclinó y la intensidad de su mirada me hizo contener la respiración.

—Son demonios que adoptan forma humana, hermosos y seductores, capaces de hacer que las mujeres los deseen hasta el borde de la locura. Invaden los sueños nocturnos, adormecen a sus víctimas en fantasías eróticas despojándolas de todo pudor, avivan los deseos, fantasías y fetiches más secretos. Follan el cuerpo, pero sobre todo se alimentan del alma a través del orgasmo proporcionado en ese encuentro onírico. Cada vez que una víctima disfruta, parte de su energía vital se transfiere al íncubo que la posee. Así es como seres como ellos se alimentan y ganan fuerza... mientras matan a sus víctimas en dosis homeopáticas. Comienza con la obsesión, la adicción erótica... y se vuelve cada vez peor, a medida que el alma se corrompe por la lujuria... y se agota hasta que no queda nada.

Sus palabras flotaban en el aire, pesadas, como si resonaran directamente en mi interior. La idea era tan absurda, tan... imposible, que mi cuerpo reaccionó en estado de shock, dejándome con la sensación de que cada célula estaba más alerta.

Zarah dio un paso atrás, con sus ojos profundos y aterciopelados esperando, tal vez, que yo retrocediera o me derrumbara. Pero, en ese momento, supe que ya no había vuelta atrás.

— Si son todo eso... ¿por qué sigo viva? —mi voz sonó casi como un susurro desesperado, sin ocultar el nudo en la garganta.

Sus ojos, más oscuros de lo que recordaba, se fijaron en mí con una comprensión que parecía trascender el tiempo.

—Esa es la respuesta que solo tú puedes encontrar, Vallery. Pero tal vez... —suspiró profundamente, con una expresión casi melancólica en su rostro—. Tal vez haya algo en ti que ellos no pueden drenar, que va más allá de la atracción, algo que, paradójicamente, necesitan proteger. Pero eso es un misterio que ni siquiera yo comprendo.

Mi mente parecía revolverse con la idea de tener algún «valor oculto» para ellos.

— Dijiste que los íncubos se materializan en los sueños... — Las dudas no dejaban de acumularse. — Que son entidades que habitan el plano onírico. Entonces, ¿por qué están aquí, en carne y hueso?

Zarah asintió levemente, como si comprendiera mi confusión.

—Sí. Son demonios sexuales que solo operan en los sueños, sin permiso para materializarse en nuestro mundo. Pero los hermanos Scottfield claramente tienen cuerpos humanos, lo cual está lejos de ser habitual. Y ahí es donde su caso se convierte en una anomalía. No recuerdo haber leído o escuchado algo así antes.

—Nunca podré escapar de esto —murmuré, más para mí misma que para ella, sintiendo cómo el peso de la revelación me ahogaba. Los latidos de mi corazón resonaban en mi pecho como si quisieran saltar por mi boca.

—Quizás... no quieras escapar, Vallery. Quizás tu destino esté ligado al de ellos de una forma más profunda de lo que ahora eres capaz de comprender.

—Pero... ¿y si todo lo que siento por ellos es solo parte de ese magnetismo demoníaco? ¿Y si solo es una ilusión?

Zarah se quedó en silencio por un instante, estudiándome con una comprensión silenciosa.

— No puedo afirmarlo con certeza, querida. El libre albedrío es una parte esencial de nuestra esencia humana. Lo que es real o no... depende de ti interpretarlo y definirlo. Sé fuerte y aférrate a tus decisiones. Son tu mayor defensa.

Había frialdad en esas palabras, pero también una dosis de verdad tan dolorosa como necesaria. Y, aun con ese entendimiento, sentía algo incontrolable que me hacía querer volver con ellos, aunque eso significara perderme.

— Sobre el collar... ¿De qué me protege realmente? ¿Por qué me lo dio Kyle?

La expresión de Zarah se suavizó, pero su tono se volvió enigmático.

— Un *atrapasueños* tiene la función de bloquear las influencias negativas que intentan alcanzarte a través del sueño. Como los íncubos, tienen la capacidad de acceder a tu mente mientras duermes. Tu collar actúa como una barrera.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de algo extraño. Desde que empecé a usar el collar, mis sueños habían cesado, quedando solo recuerdos de los acontecimientos que tuvieron lugar la noche de Halloween, revividos, pero nunca proyectados como nuevos sueños.

— Entonces, ¿eso significa que... me protegieron de ustedes mismos? ¿Que sin el collar estaría vulnerable?

Zarah asintió, con una amarga comprensión bailando en su mirada.

—Los íncubos normalmente no tendrían empatía ni deseo de proteger a una mujer humana. Son maestros en manipular el subconsciente, en transformar deseos reprimidos en fantasías eróticas, convirtiendo a la víctima en una fuente de energía para ellos. Es la naturaleza existencial que los compone. Todo lo relacionado con los hermanos Scottfield me intriga, especialmente el hecho de que Kyle viniera a mí y me encargara su talismán. Ya sabes, los demonios y las brujas rara vez se llevan bien. Pero incluso me caí bien el chico, debe ser porque es un regalo para la vista.

Terminó con un guiño provocador, pero sus palabras estaban lejos de aliviar el torbellino de emociones que sentía dentro de mí.

—¿Has dicho bruja? —pregunté, sorprendida.

Ella se llevó el dedo índice a los labios, en un gesto de silencio.

—Bienvenida al otro lado del velo, niña. Ahora te toca decidir hasta dónde estás dispuesta a llegar para llenar los vacíos que aún quedan.



CAPÍTULO 23

A la sombra de lo desconocido

En los días siguientes, parecía que mi vida se había reducido a una única y insaciable necesidad: comprender quiénes eran realmente los hermanos Scottfield.

Poco después de la conversación con Zarah, el deseo de obtener respuestas se convirtió en una obsesión abrumadora, algo que no podía —ni siquiera quería— controlar.

La noche avanzaba y las luces parpadeantes de la pantalla del portátil me hacían arder los ojos. Pasé horas navegando por sitios web oscuros, páginas sobre teología y demonología, foros místicos e incluso publicaciones pseudocientíficas. Cada página que abría parecía revelar un nuevo detalle aterrador, como una sombra que se ampliaba con cada línea leída.

Mi mente estaba sobrecargada de información que me arrastraba cada vez más hacia un abismo de misterio e inquietud.

Íncubos..., decía un artículo, *demonios del deseo, que drenan la vida de sus víctimas al concederles placer*.

La pantalla del ordenador era el único foco de mi atención, mientras el mundo a mi alrededor se disolvía. Estaba atrapada entre información fragmentada, referencias inconexas y sitios web con relatos que oscilaban entre el folclore y el horror.

Con cada lectura, mis ojos recorrían las frases con avidez, absorbiendo cada detalle, cada descripción. Era un ciclo continuo de

desesperación y esperanza, en el que a veces me convencía de que estaba cerca de la verdad y otras temía haber perdido completamente la razón.

—¿Val? —Savannah estaba parada en la puerta de mi habitación, con una mirada llena de preocupación—. ¿Estás bien? Apenas bajas a comer. Es la tercera noche que pasas en vela, ¿sabes?

—Estoy bien... Necesito entender esto, Sav —murmuré, incapaz de apartar la mirada de la pantalla.

En el fondo, sabía que estaba sobrepasando mis propios límites, pero algo dentro de mí gritaba que, si paraba, nunca comprendería el abismo en el que me había lanzado.

Pronto, el silencio de Savannah fue sustituido por el murmullo de las palabras escritas en la pantalla.

—«La naturaleza de un íncubo es parasitaria, crea un vínculo profundo y peligroso con sus víctimas». Al leer eso, un escalofrío involuntario recorrió mi piel y me alejé un poco, respirando profundamente.

A la tarde siguiente decidí continuar mi búsqueda en otro lugar. Necesitaba algo más sólido... más confiable. Cogí mi mochila, metí el portátil y algunos papeles con notas dispersas, y me dirigí a la biblioteca del campus.

Elegí un pasillo oscuro y silencioso, donde sabía que no me molestarían. Entonces seleccioné un libro de tapa oscura, con letras desgastadas que indicaban años de uso, y lo abrí lentamente.

Cada página parecía latir con una energía que antes habría descartado como mera superstición. Pero ahora... algo era diferente. Los relatos s hablaban de encuentros con íncubos como experiencias de agotamiento y entrega, una especie de mezcla de deseo y terror que corroía a las víctimas poco a poco, como un veneno lento.

En uno de los capítulos, encontré una referencia que me impactó como un golpe: *son entidades que invaden el espacio de los sueños, donde la barrera entre el consciente y el inconsciente se diluye. Cuando alguien duerme, el alma flota, vulnerable, entre los*

límites del mundo físico y el universo onírico, donde los íncubos esperan, sedientos.

— No lo entiendo... Mi encuentro con ellos no ocurrió en ese umbral invisible, fue real, en mi mundo y no en el suyo.

De repente, el recuerdo de Kyle mirándome con esa mirada que mezclaba deseo y protección mientras me bañaba se infiltró en mis pensamientos como un dulce veneno.

— ¿Por qué no me dejáis en paz? —susurré al vacío.

Cada detalle de los textos leídos parecía encajar en una explicación, pero al mismo tiempo dejaba nuevas preguntas.

¿Por qué no estaban simplemente jugando con mi mente en lugar de protegerme con el *atrapasueños*?

La idea de que existía algún vínculo entre nosotros, que trascendía la simple atracción física, era a la vez seductora y aterradora.

Sin darme cuenta, mis dedos se deslizaron hasta el collar que llevaba alrededor del cuello. La figura del atrapasueños que colgaba allí parecía un silencioso recordatorio de que, de alguna manera, yo no era como las demás.

Pero, ¿significaba eso que mi deseo de estar con ellos era realmente mío? ¿O solo era una presa?

— Oye, Vallery —Hillary me encontró todavía inmersa en los libros, con una mezcla de preocupación e irritación en el rostro—. ¡Vas a volverte loca, chica! ¿Cuándo fue la última vez que dormiste? ¿Y comiste? ¿Aún recuerdas lo que es eso?

Intenté reír, pero el sonido salió débil, casi sin vida. Sabía que ella tenía razón, pero la necesidad de entender todo aquello era un hambre más insaciable que cualquier alimento.

—No puedo parar ahora, Hill. —Apreté el filtro de los sueños—. Es una cuestión de... vida o muerte.



Desperté lentamente, parpadeando ante la tenue luz que entraba en la habitación de la fraternidad. Al principio, pensé que estaba soñando, pero pronto me di cuenta de la respiración profunda y rítmica de Kellan, acostado a mi lado, con su expresión serena y los ojos fijos en mí, como si intentara desvelar un secreto enterrado en mis pensamientos. Estaba demasiado cerca, con el brazo sobre mi cintura y los dedos descansando suavemente sobre mi cabello.

Una mezcla de tensión y... conformidad se apoderó de mi cuerpo. Debería sentir miedo o al menos incomodidad, pero para mi propia frustración, me odiaba por no poder sentir nada de eso. Solo observaba sus ojos firmes e intensos, como si algo profundo y doloroso estuviera guardado allí.

Kellan movió la mano, apartando un mechón de mi cara con el suave toque de quien esculpe una obra de arte.

— ¿No crees que estás siendo un poco negligente contigo misma? —murmuró con voz baja y ronca, con un tono de reproche que me arrancó un suspiro.

— ¿Quieres mi alma intacta para ser tú quien la destruya? —lo desafié, con tono ácido.

Él soltó una risa sombría.

—Cariño, no tienes ni idea de las tonterías que estás diciendo. —Su sonrisa era contenida, pero sus dedos continuaron trazando líneas imaginarias en mi piel.

Un escalofrío familiar se apoderó de mí y me odié un poco más por sentirme así, completamente rendida al tacto de uno de los tres hermanos que deberían ser el centro de mi temor.

Aparté la mirada, sintiendo el peso de su proximidad. Era como si su cuerpo ejerciera una gravedad propia, un magnetismo irresistible que atraía incluso mis pensamientos hacia él.

Kellan pareció notar mi confusión, pero no se movió, siguió allí, sin prisa, con la mano aún posada en mi cabello.

—Estos últimos días... —comenzó, con una voz que sonaba casi como un susurro triste—. Han sido los peores de mi existencia. Verte así, tan cerca, sin poder hacer nada... Te lo juro, Vallery, nunca imaginé que esto dolería tanto.

— Entonces, ¿qué ha cambiado? ¿Por qué has vuelto? — repliqué, tratando de mantener la frialdad, pero la verdad era que mi mente estaba invadida por el calor de sus palabras.

Suspiró con el rostro sombrío, como si llevara el peso de siglos de resentimiento y pérdida.

— Porque, sinceramente, ya no puedo estar lejos. —Sus ojos eran tan oscuros como la noche, pero había una chispa en ellos, algo que parecía inusual y perturbadoramente sincero.

— Sé muy bien lo que quieres —Mis labios temblaron en una sonrisa escéptica—. Follarme, atarme, someterme a algún juego de placer y dolor. Eso es lo que haces, Kellan.

— Quizás... eso es lo que haría —Sacudió la cabeza lentamente, y sus dedos se elevaron para acariciar mi mejilla—. —Pero contigo... todo parece diferente. Y no pretendo tocarte, si eso significa que puedes morir. Solo quiero que me e , que me dejes estar cerca, conocerla mejor. No para jugar con su mente, sino para entender lo que me ha hecho. Cómo me ha convertido en algo tan... vulnerable.

Sus palabras transmitían una sinceridad dolorosa.

Respiré hondo, sintiendo cómo mi corazón se perdía en el acelerado ritmo de sus confesiones. Estaba desconcertada y confundida. Habían causado un abismo de miedo y deseo dentro de mí, y ahora Kellan hablaba como si todo hubiera sido diferente, como si estuviéramos más allá de una relación de deseo y sumisión.

Me tocó la mano, entrelazando nuestros dedos con una delicadeza inesperada. Por un momento, sentí el peso de todo lo que había descubierto, de las noches de investigación solitaria y del hambre de respuestas que parecía insaciable.

—Sabes... —murmuró, rompiendo el silencio—. No encontrarás respuestas en los libros ni en las páginas web. Deja de agotarte. Pregunta a los propios demonios, ya que nos tienes a tu disposición.

La seriedad de su tono me aportó una claridad inesperada. Mis ojos se encontraron con los suyos y, de repente, la línea entre el deseo y la comprensión parecía más tenue que nunca.

—Ven. —Me tiró de la mano, con los ojos cargados de una fuerza irresistible—. Bajemos y busquemos algo para que comas. Y, por favor, Vallery, deja de destruirte en busca de verdades que estamos dispuestos a darte, si estás dispuesta a escucharnos.

Esta vez no me resistí.



CAPÍTULO 24

Punto de encuentro

Al bajar las escaleras de Sigma Nyx con Kellan todavía a mi lado, sentí su presencia como una sombra densa y silenciosa. Su mano ligeramente en mi espalda me guiaba con una fuerza disfrazada de cuidado, como si yo fuera algo frágil que necesitaba proteger o mantener bajo control.

Mientras nuestros pasos resonaban en la madera antigua, una escena inesperada se desarrollaba ante nosotros:

Kendric estaba en el centro de la sala, rodeado por las chicas de la hermandad, incluidas Savannah y Hillary, que lo miraban con una mezcla de admiración y diversión. Dirigía una vibrante coreografía al son de *DDU-DU DDU-DU,* de Blackpink, marcando cada paso con precisión y una energía que llenaba el ambiente.

Era extraño verlo allí tan alegre, lejos de la silenciosa oscuridad que parecía envolverlos a todos cuando estaban conmigo.

— Oh, espera a que haga lo que hago... Te golpearé con ese ddu-du ddu-du du... — Cantaba animado, con pasos ágiles mientras corregía a las chicas y las animaba a seguirlo.

Las chicas lo seguían con una sincronía impresionante, como si estuvieran bajo un hechizo. Sigma Nyx parecía transformado en un estudio improvisado de , donde las risas y la música ahogaban cualquier tensión que pudiera dominar el lugar ante la presencia de los hermanos Scottfield.

Kendric aplaudió cuando acertaron la coreografía, con una sonrisa de orgullo en los labios.

—Había olvidado que las animadoras son de Sigma Nyx —comentó, lanzando una mirada provocativa al grupo, mientras Savannah, sonrojada y jadeante, ponía los ojos en blanco con una sonrisa.

—¿Quién hubiera imaginado que formas parte del club de lectura de Beta Delta? —respondió ella, arqueando las cejas con una expresión divertida, claramente sorprendida.

— ¡Oye, amiga, no juzgues! —replicó Kendric con tono afectado, encogiéndose de hombros con actitud despreocupada—. Tengo muchas facetas que tú desconoces. Y te puedo asegurar que todas son increíbles.

—¡Deberías unirte a nuestro equipo de *animadoras*, Kendric! —sugirió Hillary, guiñando un ojo—. Necesitamos un nuevo coreógrafo y tú estarías a la altura.

La escena debería parecer trivial, pero había algo en las miradas de las chicas, en la forma en que lo observaban, que me hacía darme cuenta de que él tenía todo el control, como si manipulara las energías a su alrededor con una maestría calculada.

Fue entonces cuando me fijé en Kyle, sentado en el sofá, observándolo todo con una expresión de absoluto aburrimiento. Desvió la mirada hacia mí en cuanto se percató de mi presencia y se levantó lentamente, como un depredador que despierta de un estado de letargo.

Sus ojos se encontraron con los míos con una intensidad que hizo que el aire a mi alrededor pareciera más denso, cargado de algo que no podía nombrar. Cuando empezó a acercarse a las escaleras, todos los demás parecieron sentir el cambio, ya que las risas y la alegría de la sala disminuyeron, e incluso Kendric se volvió hacia mí.

—Por fin se ha despertado —rompió el silencio Kyle, con la voz cargada de algo indescriptible.

Sentí un calor subir por mi rostro. De alguna manera, su presencia era tan abrumadora que las palabras se me atragantaron en la garganta por un instante. Lo miré fijamente, tratando de entender cómo toda la sala parecía inclinarse ante él sin que tuviera que decir nada más.

— ¿Qué están haciendo aquí? —mi voz sonó más temblorosa de lo que pretendía, pero el peso de las preguntas que bullían dentro de mí se hizo oír.

Kendric se adelantó, con una sonrisa que intentaba parecer casual, pero la preocupación en sus ojos era evidente.

— Te desmayaste en la biblioteca y Kyle te trajo aquí —reveló en un tono suave, casi como si estuviera explicando algo obvio.

Desvié la atención hacia Kellan, que todavía estaba a mi lado, y lo fulminé con la mirada, como diciendo: «¿Y tú no me has dicho nada?». Él solo se encogió de hombros, con una sonrisa en los labios, como si todo fuera parte de un plan elaborado.

Las chicas intercambiaban risitas discretas y miradas furtivas, claramente impresionadas por la presencia de los Scottfield. Parecía que, para ellas, aquello era un espectáculo aparte, una fantasía hecha realidad.

Y en medio de toda esa tensión, Kyle se acercó a mí, deteniéndose a un paso de las escaleras, antes de tomar mi mano de una manera que solo podría describirse como posesiva.

—Vamos a darte de comer —murmuró con voz grave y cargada de una autoridad que me dejó paralizada por un segundo.

—Puedo hacerlo sola, gracias —respondí, tratando de soltarme, pero él no soltó mi mano.

Sus dedos apretaron un poco más y se inclinó, mirándome con una mirada que era a la vez seductora y amenazante, una combinación que hizo que mi corazón se acelerara.

—Claro que puedes. —Su tono suave contrastaba con la fuerza de su mirada, que no se apartaba de la mía—. Pero no lo harás.

Sentí el peso de las emociones encontradas dentro de mí. Kellan y Kendric observaban, cada uno a su manera, como si estuvieran listos para intervenir, pero aún así esperaban, como cómplices silenciosos de ese momento.

El silencio se prolongó, lo suficiente como para que sintiera que se me calentaba la cara. Estaba claro que, a pesar de las respuestas que tanto buscaba, seguía siendo prisionera de la misma atracción que me había mantenido atada a ellos desde el principio.



El interior del coche era sorprendentemente lujoso, pero de una forma fría y minimalista, como si la comodidad fuera una obligación y no una elección. El cuero negro de los asientos parecía absorber la poca luz que entraba por las ventanas, dejando el ambiente en penumbra.

Kyle estaba al volante, con la mirada fija en la carretera, pero su postura irradiaba un control rígido, como si el mero hecho de conducir fuera una extensión de su autoridad.

Kellan, en el asiento del copiloto, se recostaba con expresión seria, la mano apoyada en la barbilla y la mirada perdida en el paisaje nocturno que se deslizaba fuera. Era difícil saber qué pasaba por su mente, pero había una especie de tensión contenida en él, un aire de peligro silencioso.

Kendric, a mi lado en el asiento trasero, tenía una sonrisa perezosa y observadora, y tamborileaba suavemente con los dedos en el respaldo del asiento delantero, como si la idea de tenerme allí, entre los tres, fuera una broma privada que él disfrutaba en solitario.

Respiré hondo, tratando de procesar lo que estaba pasando, pero la mezcla de emociones contradictorias y la tensión sofocante que llenaba el coche me lo impedían. Desvié la mirada hacia Kendric, que seguía observándome con esa sonrisa en los labios, y mi curiosidad acabó venciendo al miedo.

—Entonces... ¿sois hermanos de verdad? —pregunté, con un ligero tono de desafío, como si lo absurdo de la pregunta fuera mi forma de defenderme de lo extraño de la situación—. ¿Nacisteis de la misma madre demonio? ¿Salisteis de un huevo? ¿Robasteis el cuerpo de algún estudiante o algo así?

— Sí, somos hermanos —Kendric soltó una risa baja, cuyo sonido resonó en el interior sofocante del coche—. Hijos del mismo padre. Y no, no nacimos de un huevo.

Kellan desvió la mirada hacia nosotros, con los ojos entrecerrados, como si estuviera supervisando lo que Kendric podía decir o no.

—No robamos ni invadimos ningún cuerpo. —Se volvió para mirarme por un instante, con una mirada fría e intensa como una sombra sólida—. No somos parásitos.

Sentí que mi corazón se aceleraba, mis preguntas aumentaban a medida que el camino hacia la mansión parecía extenderse en una carretera que nunca terminaba. Quería entender, pero al mismo tiempo, cada respuesta parecía abrir una puerta aún más aterradora.

— ¿Y cómo es que... logran parecer tan... humanos?

—Vallery, parecemos humanos, pero solo hasta cierto punto. Nuestra presencia en este mundo es genuina, y nuestra apariencia es una forma conveniente de interactuar. Aunque es moldeable, lo que importa es lo que realmente somos. Nunca confundas nuestra forma con nuestra esencia.

La expresión de Kellan se suavizó y desvió la mirada hacia el paisaje nocturno exterior, como si le resultara difícil admitir algo sobre sí mismo. Kendric se limitó a mirarme fijamente, sin apartar la vista de mí.

La sensación de que estaba lidiando con algo mucho más allá de lo que mi mente podía racionalizar me asustaba, pero también me ataba aún más a ellos.

—Forma humana, esencia demoníaca...— murmuré sin darme cuenta, tratando de asimilar lo que mi conciencia estaba tratando de

asimilar de su explicación—. ¿De verdad tienen su propio mundo?

Observé a Kyle, que seguía mirando la carretera en absoluto silencio, pero su rostro estaba tenso y los músculos de su mandíbula se contraían brevemente.

—Lo que podemos decirte es que nacimos en estos cuerpos tan apetecibles. —Kendric se inclinó ligeramente, con una expresión de satisfacción macabra, casi como si estuviera saboreando mi curiosidad —. No invadimos cuerpos ni robamos vidas. Ya has investigado lo suficiente sobre lo que somos. Pero ¿por qué aferrarse a los detalles, Hope? No podemos contarte mucho sobre nuestro mundo.

Mi mente bullía, tratando de absorber los matices ocultos en sus palabras. Todo lo que decían parecía estar envuelto en un halo de intenciones ocultas, y me preguntaba hasta dónde me llevaría esa «verdad» suya.

—Entonces, ¿por qué se mostraron dispuestos a revelarse ante mí ahora? —Había una cierta desesperación velada en mi voz.

Si iban a dejarme en esa oscuridad sin respuestas otra vez, era mejor que nunca hubieran vuelto a buscarme.

Kyle fue quien rompió el silencio, con voz baja y firme:

—Porque tú misma has descubierto lo que somos, Vallery — respondió, sin apartar la vista de la carretera, con un tono serio, como si se tratara de una sentencia—. Eso abre una brecha. Podemos aclarar algunas cosas, pero no todo. Hay reglas que no se pueden violar. ¿Quieres entender cómo funcionamos? Entonces escucha con atención: nuestra esencia es diferente a la tuya, sí, pero no pienses que estamos aquí para jugar a ser villanos en una historia e o humano cualquiera. Las razones por las que hemos venido a este mundo... están fuera de tu control. Eso debería bastar.

Parpadeé, sorprendida por la declaración de Kyle, y mi cuerpo se tensó. Una parte de mí ansiaba salir de ese coche, pero la otra parte, la más fuerte e inconsistente, insistía en quedarse.

Porque la verdad irrevocable era solo una: no quería alejarme de ellos.

—Ah, y para que quede claro —añadí, utilizando el poco valor que me quedaba—. No sé si ya lo habéis hecho, y ni siquiera quiero saberlo. ¡Pero tenéis prohibido invadir los sueños de mis amigas y alimentaros de ellas!

Los tres se miraron entre sí, y Kendric soltó una risa baja, casi divertida, mientras Kyle ponía los ojos en blanco, con esa mirada despectiva que yo empezaba a reconocer.

—No te preocupes, nena —murmuró Kellan, con tono serio de repente, aunque sus ojos aún brillaban con el toque perverso de siempre—. Están a salvo.



CAPÍTULO 25

Una nueva primera vez

Sentada en un taburete alto en la cocina superequipada de la mansión Scottfield, observé a los tres hermanos en una especie de coreografía hipnótica mientras preparaban la cena.

Kyle cortaba los ingredientes con precisión casi quirúrgica, con los ojos fijos en los movimientos, como si estuviera en un ritual.

Kellan mezclaba la salsa en silencio, con la mirada baja, pero con una sonrisa ligeramente burlona, como si en cualquier momento estuviera listo para rebatir algo que dijera Kyle.

Kendric, en completo contraste, estaba animado, revolviendo las ollas, probando los condimentos y subiendo el volumen de una lista de reproducción suave e intrigante que sonaba de fondo.

Era una visión desconcertante.

Se movían en sincronía, con una espontaneidad que no podía asociar con la imagen que tenía de ellos.

¿Cómo podían los demonios ser tan... familiares?

Un irresistible aroma a salsa de tomate fresco y hierbas aromáticas invadió la habitación. Miré a mi alrededor, absorbiendo el escenario, sin dejar que mis pensamientos sobre quiénes eran realmente se escaparan de mi mente.

—La querida cocina italiana, siempre la mejor opción para momentos especiales —comentó Kellan, rompiendo el silencio con un

ligero sarcasmo—. Mientras que algunos siguen insistiendo en platos pretenciosos con salsa que apenas cubre el fondo del plato.

Sus ojos brillaron al mirar a Kyle, que mantuvo una expresión serena.

—Y algunos piensan que solo la salsa es suficiente para una cena —murmuró Kyle, con la mirada fija, como si nada pudiera distraerlo—. La cocina francesa es un arte. No un desastre de especias aleatorias.

Sentí una sonrisa involuntaria brotar en mis labios al observar las chispas entre ellos. Aun así, mantuve mi expresión seria, recelosa de la ligereza que flotaba en el aire.

—Por supuesto que la cocina italiana es superior, Kyle —comentó Kellan, girando un cuchillo con la habilidad de un chef, con una sonrisa cínica en los labios—. ¿Sabes por qué? Porque la comida italiana es pasión. La francesa es solo pose.

— Si solo fuera una pose, no se habría perfeccionado durante siglos y valorado mundialmente como la cocina más refinada que existe. La cocina francesa exige precisión y técnica —replicó el hermano mayor, con un tono seguro y casi autoritario.

Kendric, que estaba organizando unas hojas de albahaca, le lanzó a Kellan una mirada burlona y divertida.

—Estoy de acuerdo con Kell. Se trata de pasión y gusto, Ky. La comida italiana es sencilla, honesta y hace que la gente vuelva a por más. La francesa es... como un cuadro en la pared: bonita de ver, pero la mayoría de la gente ni siquiera la entiende.

Me miró con una amplia sonrisa, guiñándome un ojo, como si quisiera mi aprobación.

Era irónico que, después de todo lo que había descubierto sobre quiénes eran, los tres estuvieran discutiendo sobre comida como... humanos.

— Y diré más, una chica no necesita un plato lleno de adornos. —Kellan se acercó con una cuchara de salsa y me ofreció un poco para

probar—. Basta con que la comida esté hecha con pasión.

Dudé antes de probarla, manteniendo mi expresión neutra, aunque internamente sentía que mis defensas flaqueaban con cada pequeño gesto que hacían. Todo lo que los rodeaba me desarmaba, desde las disputas cotidianas hasta la dedicación en preparar una cena que, para los demonios, debería ser algo bastante irrelevante.

Kendric se volvió hacia mí, con una sonrisa provocadora, pero con una mirada aguda. Claramente se estaba divirtiendo con el impacto que la situación tenía en mí.

—¿Qué opinas, Hope? ¿La comida debería ser arte o placer? — Me miró fijamente, con la voz cargada de algo que sabía que me desestabilizaría.

—Arte, sin duda... siempre que sea comestible —repliqué, sin poder evitar que se me escapara la ironía.

Kellan asintió con aprobación, mirándome de una manera casi... orgullosa. Era como si hubiera una complicidad oculta entre nosotros, un vínculo que compartían conmigo sin necesidad de palabras.

—Bueno, al menos alguien aquí aprecia la simplicidad. —Kendric me guiñó un ojo, y la expresión de Kyle permaneció impasible, pero el brillo de sus ojos delataba su satisfacción.

— Está bien, ustedes ganan. Quizás me excedí —admitió Kyle, renuente, y el comentario provocó una risa burlona de Kellan, seguida de la risa más contenida de Kendric.

Observaba su interacción con curiosidad, tratando de absorber cada matiz.

¿Cómo podían ser lo que eran tres hombres tan guapos, inteligentes y encantadores? Fuera lo que fuera esa conexión, me atraía hacia ellos con una fuerza que superaba mi comprensión. Y, al mismo tiempo, todo en mí gritaba que resistiera.

—Por fin, Ky. Ahora solo falta convencerte de que esta lista de reproducción de Ken es la mejor de todas —replicó Kellan, cogiendo

una botella de vino para abrirla, mientras Kendric extendía el móvil hacia mí, mostrándome la pantalla abierta en Spotify.

—¿«Las mejores para follar»? —pregunté, levantando una ceja —. ¿A tus chicas les gusta eso?

No pude ocultar la incomodidad que me causaron esas palabras. De hecho, sonó como una acusación involuntaria y la reacción en mi rostro fue tan evidente que Kendric se dio cuenta de inmediato.

— No hay mis chicas, Hope. Solo existes tú. — Sonrió levemente, inclinando la cabeza como si quisiera analizarme más de cerca—. La idea era conquistarte desde el primer minuto. Así que, claro, tenía que esmerarme con la lista de reproducción.

Eso me tomó por sorpresa y sentí que me ardía la cara.

— ¿Y las chicas de Beta Delta? —pregunté un poco vacilante.

—Son mis amigas —respondió Kendric, en un tono casi inocente.

—Son solo la cena —dijo Kellan al mismo tiempo, con voz más grave y sin el menor tono de broma.

Su declaración me provocó un escalofrío y me moví incómoda en el banco, dándome cuenta del peso de esa revelación. El ambiente de ligereza que había en la cocina se disipó, dando paso a una tensión incómoda.

Mi mente comenzó a cuestionar automáticamente sus intenciones conmigo. Estaba completamente sola, rodeada por tres seres que, al fin y al cabo, eran demonios sexuales.

— ¿Les hacen esta dinámica de comida italiana contra francesa a las otras chicas también, mientras preparan la cena y las convierten en el postre? —les desafié, tratando de sonar firme a pesar del evidente nerviosismo en mi voz.

Kyle, que estaba ocupado con uno de los platos, dejó los cubiertos a un lado y se acercó, apoyando las manos en la encimera frente a mí y mirándome intensamente.

— No digas tonterías —replicó, con un tono cargado de seriedad —. Nunca hemos traído a una chica aquí, y mucho menos hemos perdido el tiempo cocinando para alguien. ¿De verdad crees que eso es habitual para nosotros?

— No sabía que los demonios se molestaban en aclarar las cosas —repliqué, tratando de contener mi respiración, que parecía más pesada. El tono sarcástico era mi forma de defenderme.

Kellan se acercó con la botella de vino en la mano, con los ojos fijos en mí mientras llenaba la copa sobre la encimera, un gesto casi ceremonial, pero cargado de algo que me hacía sentir pequeña y... tentada.

—Eso es porque no sabes lo especial que es esta «demoníaca» comida —dijo, con una sonrisa sombría jugando en sus labios—. Precisamente porque lo estamos haciendo para ti y por ti, Vallery.

—Está jodidamente celosa —añadió Kendric con indiferencia, mirándome como si le satisfaciera verme afectada—. Ah, Hope. Realmente no sabes nada, ¿verdad? —Se acercó y su mirada se suavizó, casi comprensiva, pero cargada de una seriedad desconcertante—. Déjame contarte un maldito secreto: esa noche no solo fue tu primera vez... fue la nuestra.

— ¿Qué? ¿Vas a decir que los tres éramos vírgenes? ¿Me tomas por idiota? —repliqué, sintiendo una punzada de ira mezclada con confusión.

No tenía sentido. Y, al mismo tiempo, el comentario de Kendric me desconcertó de una manera que no quería admitir.

—Somos depredadores sexuales por naturaleza, nena — intervino Kellan, manteniendo la voz baja mientras dejaba la botella de vino a un lado—. Pero sabes que nos alimentamos a través de los sueños. No físicamente. Eso es lo que Kendric está tratando de decir.

Miré a cada uno de ellos, tratando de captar si se trataba de algún tipo de broma sádica, pero los tres estaban absolutamente serios.

—En esta encarnación... en esta vida, tú eres la primera con la que hemos estado físicamente.

Su confesión me dejó paralizada por un segundo. Mis ojos se fijaron en los de Kendric, y algo en su expresión me hizo sentir un peso inexplicable.

¿Yo era la primera? Pero... ¿cómo? Parecían tan seguros, tan... experimentados, como si cada gesto hubiera sido calculado para desarmarme.

—Lo cual no anula siglos de experiencia sexual —añadió Kellan, sacándome de mis cavilaciones—. Recordamos todas nuestras vidas anteriores, porque forman parte de nuestra existencia.

El peso de esas palabras se instaló entre nosotros, creando una barrera invisible que me separaba de los tres. Era imposible asimilar eso como verdad, pero al mismo tiempo, todo lo que había experimentado con ellos esa noche —el magnetismo, la intensidad de los toques, la urgencia abrumadora— tenía sentido, aunque no quisiera aceptarlo.

Kellan levantó la copa de vino, gesticulando para que lo acompañara. Su mirada parecía una invitación silenciosa para que bajara mis defensas.

— Entonces intenta relajarte y disfruta de la cena que hemos preparado.

En ese momento, Kyle se acercó y colocó un plato delante de mí con una expresión firme y ligeramente tensa.

—Espero que te guste—dijo, con un tono de voz que me heló la sangre.

Solo asentí, incapaz de formular una respuesta clara.

Se quedó allí, observándome con esa intensidad que me hacía sentir como si fuera un misterio que estaba decidido a descifrar.

Me obligué a sostener su mirada, aunque sentía que mi pulso se aceleraba.

—No me miren... solo estoy tratando de mantener mi cordura.



CAPÍTULO 26

Umbral de revelaciones macabras

La cena terminó en un silencio sepulcral y seguí a los tres hacia la sala, sintiendo una tensión creciente mientras dejábamos atrás la cocina. Ese breve atisbo de normalidad parecía haberse disipado, sustituido por el peso severo que impregnaba cada interacción desde que comenzaron las revelaciones.

La sala estaba parcialmente iluminada, la decoración minimalista con muebles oscuros y líneas limpias le daba al espacio una austeridad fría e implacable.

Kendric me acomodó en el sofá, con un gesto casi protector, mientras Kellan se sentaba a mi lado y, con una mirada intensa, dejaba clara su intención de no dejarme salir de allí.

El hecho de que estuvieran tan cerca solo intensificaba la sensación de que cualquier intento de fuga sería inútil.

Kyle permaneció de pie, observándome con postura rígida y mirada seria, dejando claro que él marcaría el ritmo de la conversación. Y cuando finalmente habló, su voz era baja, pero cargada de una determinación que se reflejaba en cada palabra.

—Somos íncubos, y tú ya lo sabes —comenzó sin rodeos—. Pero no somos del tipo común que aparece en los libros de mitología. Somos... raros.

Lo afirmó de manera directa, sin ninguna intención de suavizar la verdad.

Sentí un nudo en el estómago. Era la confirmación de lo que había estado temiendo. Pero, al mismo tiempo, algo en mí ansiaba respuestas más profundas. Al percibir mi inquietud, Kendric deslizó la mano por mi espalda, trazando un círculo lento como si quisiera calmarme mientras Kyle continuaba.

—Hay varias categorías de demonios, Vallery, al igual que en el mundo humano hay diferentes etnias —continuó, con palabras cargadas de una seriedad casi impersonal, como si estuviera leyendo un antiguo decreto—. Los íncubos pertenecen a lo que llamamos la dimensión onírica, en resumen: el mundo de los sueños. No tienen permiso para materializarse en el mundo humano. Y cuando ocurre, hay toda una logística para hacer posible esa... ruptura.

Sus ojos se fijaron en mí, penetrantes, como si buscaran comprender el impacto de cada palabra. Me invadió una sensación de incomodidad, la realidad parecía distorsionarse con cada revelación.

—Lo que Kellan mencionó sobre nuestra forma y esencia. —Había un tono casi irónico en su voz—. Nacemos en estos cuerpos, pero no en gestaciones tradicionales. Y eso es todo lo que necesitas saber sobre nuestro origen.

Arqueé las cejas, tratando de contener una sonrisa nerviosa.

—Esto parece... una charla demoníaca —murmuré, con la voz casi en un susurro, pero lo suficientemente clara como para que él me oyera.

Kyle no se rió, solo mantuvo la mirada, imperturbable.

Kellan, sin embargo, parecía casi entretenido y se inclinó hacia mí.

—¿Alguna pregunta pertinente? —provocó, con voz suavemente burlona, aunque noté el brillo atento en sus ojos, como si estuviera ansioso por escuchar mi respuesta.

Dejé escapar una breve risa, pero pronto volví a mi estado pensativo. Una pregunta había surgido en lo más profundo de mi mente, algo que no podía ignorar, pero temía saber la respuesta.

Respiré hondo antes de finalmente soltarla:

—Kellan dijo que ustedes son... depredadores sexuales —comencé, evitando los ojos de Kendric y manteniendo mi mirada en Kyle—. Quiero entender cómo funciona eso. Zarah me lo contó... y también leí en los libros que los íncubos solo se materializan en los sueños. Que las víctimas, poco a poco, ven cómo sus vidas se van agotando... —Tragué saliva, con la voz ligeramente temblorosa—. Es decir, matáis a las mujeres con las que... os acostáis.

Las palabras flotaron en el aire, una mezcla de curiosidad y miedo resonando en mi voz. Kyle no apartó la mirada, su rostro inexpresivo. El silencio pareció prolongarse hasta que asintió lentamente, como si me estuviera concediendo la cortesía de la verdad.

—Sí, Vallery. Las matamos.

La simplicidad de su respuesta fue un golpe, y sentí que el mundo daba vueltas a mi alrededor. Intenté alejarme, pero la mano de Kendric en mi espalda me detuvo, transmitiéndome una seguridad contradictoria que me mantenía fija en ese lugar.

—Para nuestra especie, la energía sexual de las mujeres humanas es el sustento. El alma se consume poco a poco, en un proceso que se prolonga hasta que... —Kyle dudó, dejando que las palabras se perdieran en el aire por un instante antes de continuar, con una voz tan fría como el vacío que transmitían sus palabras—. Hasta que no queda nada.

Sentí un nudo en el estómago ante la frialdad de su respuesta, pero él no apartó la mirada. Kendric y Kellan permanecieron en silencio, y percibí una chispa de algo parecido a la renuencia en sus expresiones.

—Pero... yo sigo aquí —murmuré, incapaz de contener el tono desafiante que se mezclaba con el miedo—. No siento que... me hayáis drenado la energía.

Kendric esbozó una sonrisa que transmitía tanto diversión como una melancolía velada.

— Tú eres diferente, Hope. Por eso sigues viva. —Sus ojos se fijaron en mí con una intensidad que me provocó un escalofrío involuntario.

Kyle dio un paso adelante.

—Los tres juntos... nunca debimos haber hecho lo que te hicimos aquella noche —admitió, con expresión solemne, aunque su mirada ocultaba algo profundo y difícil de definir—. Fuimos más allá de lo que es seguro. Pero solo fue posible porque era Halloween, la única noche en la que el velo entre los mundos se vuelve lo suficientemente tenue como para que seres como nosotros escapen al control e interactúen con el mundo humano. Por eso sigues aquí, más viva que nunca.

Antes de que pudiera reaccionar, Kellan intervino, con voz suave, pero cargada de un tono de arrepentimiento.

— Incluso en cuerpos humanos, solo nos alimentamos en sueños —explicó, revelando una verdad ineludible—. El contacto físico acelera el consumo de energía vital, agotándola mucho más rápido, y lo sabemos porque... bueno, no somos los buenos de esta historia. Alimentarnos a través de los sueños respeta nuestra naturaleza y nos fortalece sin dejar rastro. Los íncubos forman un vínculo depredador con su presa, lo que nos permite alimentarnos repetidamente, drenando su alma hasta que no queda nada. Pero si optáramos por el contacto físico... dejaríamos un rastro de cadáveres a nuestro paso.

La fría y directa confirmación de sus palabras era todo lo que había temido.

Tenía razón, estaban lejos de ser los buenos.

—Por eso, en esta vida, acordamos que no violaríamos nuestra propia naturaleza —Kendric se inclinó, con una sonrisa triste dibujada en los labios—. —La dieta habitual de un íncubo es suficiente para nosotros. Y añadimos algunas reglas nuevas para evitar... estragos. Especialmente ahora que somos universitarios en un campus lleno de chicas encantadoras. —Me lanzó una mirada que oscilaba entre la provocación y la sinceridad.

Se produjo un silencio sepulcral. Intentaba asimilarlo todo mientras la presencia de los tres, tan cerca, me provocaba algo más que miedo. Cuando finalmente reuní el valor, miré a Kyle, que se disponía a continuar, pero lo interrumpí, exasperada:

— No sé qué es más aterrador... el hecho de que sean demonios que pueden matarme o la revelación de que tienen reglas que seguir —intenté ocultar mi nerviosismo con sarcasmo, pero la fragilidad se me escapó—. ¿Cómo podría eso tranquilizarme?

Las facciones de Kyle se suavizaron ligeramente, con la mirada fija en mí.

— No es para tranquilizarte, Vallery. Es para que seas... consciente.

—Las reglas afectan directamente a nuestra relación contigo, Hope —intervino Kendric, sin su habitual despreocupación en la voz—. Por eso intentamos alejarnos después de aquella noche, lo que claramente fue una pésima idea.

Parecía... inseguro, la aprensión en su mirada sugería lo que estaba por venir.

—¿Qué reglas? —fui directa al grano, sintiendo el peso de un cansancio que no era solo físico, sino también emocional.

— La primera: no acostarnos con nadie en el plano físico —Kyle reafirmó lo que ya habían revelado—. Y la segunda: no crear vínculos con ninguna... presa.

— ¿Podéis dejar de llamar presas a las mujeres? Por favor... — fruncí el ceño, irritada, como si el término lo redujera todo a un juego de caza.

— ¿Prefieres víctimas? —replicó Kellan, con un tono cargado de molestia, aunque claramente por otra razón.

— ¡Cierra la maldita boca! —murmuré, tratando de alejarme de él, lo que me acercó aún más a Kendric, quien me rodeó con su brazo en un gesto inesperadamente protector. Me encogí, resistiendo el impulso de ceder—. ¿Por qué esa regla de evitar vínculos?

Fue Kendric quien me respondió, con un tono empático que me sorprendió.

—Sin vínculos, nos alimentamos de diferentes mujeres, dándoles espacio para que puedan reponer sus energías vitales. Al mantener largos intervalos entre un encuentro y otro, ellas no se consumen hasta la muerte, y nosotros seguimos... fuertes. Ha funcionado relativamente bien hasta ahora.

Observé a cada uno de ellos, y la intensidad de lo que habían admitido creó una extraña sensación de cercanía. Era casi increíble pensar que tres depredadores mantuvieran una promesa de autocontrol tan estricta.

¿Cómo lo consiguen?

—No podemos ir en contra de nuestra naturaleza, Vallery —murmuró Kyle, con un tono cargado de solemnidad que parecía un eco de mis propios pensamientos—. Sería como adoptar a un león y esperar que sobreviviera solo con frutas y verduras.

—Eso no significa que otros íncubos no se diviertan a sus anchas mientras destruyen a sus... *víctimas* —añadió Kellan, con su cinismo habitual tiñendo las palabras, aunque su mirada reflejaba algo más oculto... oscuro—. Y , nosotros ya hemos formado parte de ese juego. No queremos suavizar lo que somos, solo dejar claro que, en esta... realidad, intentamos ajustar las cosas.

Mi mente bullía con el peso de todo lo que había oído. Mis manos estaban entrelazadas, como si necesitara un punto de anclaje para mantener el control.

—Aun sabiendo todo esto, no debería estar tan cerca de ustedes —murmuré más para mí misma, con los ojos fijos en mis propias manos, luchando contra el torbellino de emociones.

Era una locura estar allí, dejarlos tan cerca, hasta el punto de confundir el miedo con algo que apenas podía identificar.

Kellan se inclinó hacia mí, con una expresión intrigante y firme, como si leyera cada capa de mis barreras emocionales.

— Si fuera capaz de mantenerme alejado, ya lo habría hecho — su tono era a la vez serio y provocador—. Además, nena, ya hemos roto las dos reglas contigo. ¿Lo has olvidado?

Sentí cómo se me helaba la sangre mientras la comprensión de sus palabras me golpeaba como una descarga. Habían roto sus propias reglas, las más fundamentales, conmigo.

—Fui la primera mujer con la que os acostasteis en esta... vida —murmuré, sintiendo el peso y lo extraño de aquello— y...

—Eres la única humana con la que hemos establecido un vínculo, Vallery —añadió Kyle mientras sus ojos se encontraban con los míos con una intensidad que me hizo contener la respiración.

Esas palabras flotaron en el aire, pesadas y definitivas, dejándome con una mezcla de sorpresa y confusión.

—¿Qué significa eso realmente? —Intenté controlar mi voz temblorosa, pero la sensación de un abismo invisible entre nosotros solo se intensificaba.

Kyle respiró hondo, con las manos cerradas a los lados del cuerpo, como si lo que estaba a punto de decir requiriera fuerza.

— Significa que ninguno de nosotros podrá volver a acostarse contigo... No hasta el próximo Halloween —dijo cada palabra cargada de una seriedad casi dolorosa—. Y que no pretendemos alimentarnos de ti a través de los sueños.

Por un momento, la revelación resonó en mi mente y la incomprensión se apoderó de mí.

—¿Vosotros... vais a alimentaros de otras mujeres? —pregunté, sintiendo una mezcla insoportable de celos, angustia y rabia creciendo dentro de mí. La mirada fija de Kyle no se desvió, y Kendric, a mi lado, respondió de forma directa.

—Sí, Hope. Pero queremos que formes parte de nuestras vidas, que sigas con nosotros —su voz era suave, pero con un tono casi suplicante—. Queremos fortalecer este vínculo, de una manera que funcione para todos nosotros.

—Los cuatro tenemos claro lo insoportable que es estar separados. Solo tenemos que encontrar la manera de que funcione—, añadió Kellan, como si intentara sellar algún tipo de pacto.

Y entonces, algo se rompió dentro de mí. La risa se me escapó antes de que pudiera controlarme, un sonido ácido y amargo que llenó la habitación.

— Me queréis cerca... Aunque la excitación entre nosotros se nota a kilómetros de distancia cuando estamos juntos, pero no puedo tocaros y vosotros no podéis tocarme, porque mi orgasmo... ¿me mataría? —mi voz temblaba, descontrolada. — Mientras tanto, tenéis que seguir acostándoos con otras mujeres, aunque sea en sueños, para mantener el hambre bajo control... ¿Y yo? ¿Puedo, no sé, acostarme con chicos humanos para equilibrar este... juego de igualdad?

Los músculos de la mandíbula de Kyle se contrajeron, sus ojos brillaban con una ira contenida.

— Si los quieres muertos, puedes intentarlo —gruñó, con voz baja y letal—. Mataré a cualquiera al que te atrevas a abrirle las piernas.

— Sabes, Kyle, eres exactamente del tipo que les encanta a las clínicas psiquiátricas. ¿Has probado la terapia? —espeté, con el sarcasmo como una fina capa sobre la ira que bullía en mi interior.

— No tengo remedio, Vallery. —Esbozó una sonrisa amarga—. Ninguno de nosotros lo tiene. Somos lo que somos. Y estamos siendo honestos contigo, aunque la verdad sea tan jodida como es —la frialdad marcaba cada sílaba pronunciada.

—Puedes tocarnos, Hope —reveló Kendric, mostrando cierta vulnerabilidad—. Incluso puedes hacernos disfrutar si quieres... pero, por desgracia, no es suficiente para alimentarnos, y tampoco podremos corresponderte. Si te damos un orgasmo, el certificado de defunción viene incluido.

La confesión me dejó en un estado entre la incredulidad y la indignación. Mi respiración era pesada, mi mente daba vueltas mientras

cada palabra me revolvió el estómago.

— ¿De verdad creéis que voy a aceptar este absurdo? —mi voz salió en un susurro exasperado, pero cargado de sarcasmo. Solo me contuve de levantarme porque sabía que Kellan o Kendric me tirarían al suelo. — ¿Follar con vosotros solo una vez al año, lo que me dejaría más de una semana sin poder andar bien, y luego pasar los siguientes meses en celibato, mientras vosotros seguís alimentándoos de cientos de coños? Lo siento... ¡paso!

Se quedaron en silencio absoluto, pero la intensidad de la mirada de los tres no disminuyó.

—No puedes hacernos esto, Hope —Kendric parecía dispuesto a aprovechar cualquier vacilación que pudiera dejar escapar.

Respiré hondo, sintiendo cómo la rabia y el alivio se mezclaban en un nudo en mi garganta. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho y todo en mí quería explotar, gritar, desahogarse.

—No solo puedo, sino que lo haré —repliqué, manteniendo la mirada firme y desafiante—. Y si no respetan mi decisión... me iré de esta ciudad, ¿entendido?

Kyle dio un paso adelante y el aire a nuestro alrededor pareció contraerse por la tensión. Sus ojos, fijos en mí, ardían con una promesa que no necesitaba palabras para entender.

— Te perseguiría hasta el infierno, Vallery —gruñó con una intensidad amenazante.

Una risa sin humor escapó de mis labios y me puse de pie, con solo unos centímetros de distancia del mayor de los Scottfield.

—Claro que lo harías, Kyle. Después de todo, tú eres el depredador... y yo solo... la presa —La ironía de esa afirmación era casi absurda.

No respondió de inmediato. Solo siguió mirándome con esa mirada implacable, mientras el peso de la verdad se cernía entre nosotros como una sentencia inevitable.

Después de un largo momento, dio un paso atrás, las sombras de su rostro ocultando cualquier emoción que pudiera delatar.

—Puedes correr todo lo que quieras —murmuró casi en un susurro, cargado de algo tan sombrío como prometedor—. Pero ten en cuenta una cosa: una presa solo descansa cuando el depredador lo permite.

La advertencia quedó flotando en el aire, dejándome con la sensación de que, independientemente de dónde estuviera, su presencia demoníaca siempre me alcanzaría, trayéndome la brutal certeza de que nunca sería realmente libre.



CAPÍTULO 27

Adiós a mi Romeo

Mientras Kendric me acompañaba a la habitación, un silencio incómodo nos rodeaba, como si ambos supiéramos el peso de esa despedida, pero fingiéramos que era solo otra noche más.

En cuanto entramos, sonrió, mirando a los lados como si fuera la primera vez que veía la habitación de una chica.

—Siempre quise conocer tu habitación—dijo, con los ojos brillantes de curiosidad juvenil y un tono de voz juguetón que me hizo sonreír sin querer—. Es bonita, tal y como me la imaginaba. También un poco desordenada—bromeó, cogiendo una almohada y colocándola en su sitio.

—¿Desordenada? —Fruncí el ceño, indignada—. No soy tan desorganizada, solo estás inventando excusas para husmear en mis cosas.

Kendric levantó las manos como si fuera inocente, pero enseguida se acercó a la estantería donde guardaba mis libros y coleccionables, analizando cada título y comentario con una sonrisa.

Me quedé allí, observándolo mirar cada rincón de mi habitación como si intentara memorizarlo todo, absorbiendo cada pequeño detalle. Había algo irónico y agridulce en esa escena: un demonio que se alimenta de sueños eróticos, admirando mi mundo real con ojos tan humanos.

— De alguna manera, siento que te conozco más de lo que imaginas. —Cogió mi libro favorito de la estantería y se volvió hacia mí —. Mira... *El cerro de los vientos aullantes*. Típico de una chica romántica y atormentada. Eso explica muchas cosas sobre ti, Hope.

—No hay nada de torturado en eso... —Intenté parecer indiferente, aunque su presencia me inquietaba.

— Debo admitir que me siento un poco como Heathcliff... algo intenso, oscuro... ¿un amor condenado al fracaso, tal vez?

Me reí, una risa ahogada y tensa, y negué con la cabeza.

—Tienes tus momentos Heathcliff, pero quizá seas más un Darcy con un toque de complejidad sobrenatural. Algo más... humano. —Se acercó y nuestras manos se tocaron sin querer.

Mi cuerpo reaccionó, como si su calor fuera un imán ineludible.

— ¿Y tú? ¿Cuál sería tu libro favorito? —Realmente quería saberlo.

Kendric se dio la vuelta, con la mirada ligeramente baja, como si mi pregunta lo hubiera desconcertado.

— No lo sé. Quizás... *El gran Gatsby*. Algo sobre esa búsqueda de lo imposible... — Dudó, mirándome como si intentara captar cada detalle de mi expresión. — O quizás solo me gusta la idea de un amor que destruye.

Sentí un nudo en el pecho, consciente de que ese era el tipo de momento que quedaría grabado para siempre en mi memoria, por mucho que quisiera borrarlo todo y seguir adelante.

—Ken... —murmuré, incapaz de soportar el peso de lo que estaba a punto de decir—. Yo... lo siento, pero... tengo que seguir sola a partir de aquí. No puedo seguir manteniendo este vínculo con vosotros... No puedo anularme de esa manera.

Kendric sonrió levemente, con los ojos captando cada matiz de mi expresión, y había algo en esa intensidad que me hacía sentir que él podía conocerme profundamente, a pesar de todos los muros que yo intentaba levantar.

— No tienes que disculparte, mi Hope. —Su mano se deslizó hasta mi rostro, sosteniéndome como si fuera algo delicado—. Desde el principio, siempre supe que... tal vez querrías huir.

— Eso no significa que quiera hacerlo —repliqué, sintiendo cómo se me llenaban los ojos de lágrimas—. Solo significa que no puedo. Tú lo sabes.

Una expresión de dolor cruzó su rostro por un instante antes de suavizarse en comprensión. Esas palabras sonaron duras, y me di cuenta de que él intentaba disimular la tristeza con una sonrisa.

— Sabes... Me encantó cómo sucedió. Nuestra... primera vez. — Me miró, con sorpresa estampada en sus ojos—. Fuiste el perfecto galán de novela. Fue exactamente como siempre lo imaginé. Una historia trágica, tal vez, pero perfecta en cada detalle. Y nunca lo olvidaré, Kendric.

Se instaló un profundo silencio entre nosotros y él se inclinó, con nuestras caras a centímetros de distancia. Sus dedos tocaron mi cara, y ese toque afectuoso, cargado de significados no dichos, hizo que algo en mí... se derrumbara.

— Daría cualquier cosa por que fuera diferente, Hope. Por que fuera una historia con final feliz. Pero me alegro de que haya sido conmigo.

Nos quedamos allí, en silencio, nuestras respiraciones mezclándose, y el peso de las palabras no dichas era casi insoportable. Se inclinó hacia mí y nuestros labios se tocaron en un beso que parecía contener todo lo que sentíamos, todo lo que no podíamos tener. Fue un beso lento y profundo, una despedida en cada movimiento.

Pero, poco a poco, el beso comenzó a intensificarse, nuestras manos se entrelazaron y mi cuerpo se apretó contra el suyo. Quería perder el control, quería olvidar todo lo que vendría después. Pero Kendric se apartó con un suspiro, su expresión tan desgarrada como la mía, dividida entre el deseo y el dolor.

—*Julieta* —murmuró, el apodo escapando de sus labios con una ternura desesperada—. *Qué cruel es nuestra fortuna... donde el para*

siempre cabe solo en un instante.

—Romeo siempre fue un tonto enamorado —murmuré, tratando de sonreír, aunque mi corazón se estaba rompiendo—. Pero ahora entiendo lo que sentía.

Kendric me miró, con la mirada fija en la mía como si intentara guardar ese último momento, y luego se alejó hacia la puerta, pero se volvió una última vez, con una sonrisa melancólica en el rostro, y antes de que pudiera pensar, desapareció por el pasillo sin mirar atrás.

Y tan pronto como se fue, el peso de la realidad me aplastó.

Las lágrimas comenzaron a caer y me derrumbé, los sollozos se apoderaron de mí, sin intentar contener nada.

Lloré hasta que no me quedaron fuerzas y finalmente el agotamiento me llevó al sueño.



CAPÍTULO 28

Adiós a mi monstruo

Después de horas intentando ahogar mi mente en la música alta y las conversaciones vacías de la fiesta, volví a la fraternidad Sigma Nyx, sintiéndome ligeramente mareado por la bebida. Mis pasos resonaron por el pasillo vacío hasta la habitación, y lo único que quería era despojarme de los recuerdos de los hermanos Scottfield junto con la ropa.

Pero tan pronto como abrí la puerta y encendí la luz, mi corazón dio un salto.

Kellan estaba tumbado en mi cama, con la cabeza apoyada en las manos, observándome en silencio, como si tuviera todo el derecho a estar allí.

— ¡Qué mierda, Kellan! ¿Cómo has entrado aquí? —gruñí, sorprendida, con la irritación mezclándose con el efecto del alcohol.

Me dedicó esa sonrisa de rabillo, con su mirada depredadora de siempre, pero había algo desafiante en la forma en que no se movió.

— ¿Crees que esta ha sido la primera vez, nena? Digamos que... ya tengo cierta experiencia en aparecer por aquí sin ser invitado. Además, duermes tan profundamente que quizá deberías preocuparte por lo que ocurre mientras estás soñando.

— ¡Ya no sueño! ¿Lo has olvidado? — Sentí cómo se me revolvía el estómago de rabia, sus palabras ardían como si hubiera atravesado mis defensas con una provocación certera.

—Da igual. —Se encogió de hombros.

Empecé a quitarme los pendientes, obligando a mi mano a dejar de temblar.

— ¿En serio? ¿Crees que eso te hace parecer menos un *acosador* psicópata? —Desabroché la cremallera del vestido y dejé caer el bolso sobre la cama con fuerza, tratando de ignorar su sonrisa de satisfacción—. ¿Por casualidad crees que es sexy hacerte el acosador? Y aunque así fuera, adivina... ¡eso solo refuerza lo acertada que estoy en querer alejarme de tipos como tú! ¿Qué coño te pasa?

Se levantó de la cama y se acercó hasta quedar a pocos centímetros de mí, y el aroma de su perfume amaderado e intenso me envolvió, familiar y perturbador. Sus ojos me analizaron con una intensidad que casi me desarmó, deteniéndose en mis labios.

—Cariño, sabes muy bien que mantener la distancia nunca ha sido mi fuerte. —Su voz sonó grave, con una ronquera que sabía que utilizaba para desestabilizarme—. Te he echado de menos, y solo han sido dos malditos días...

Tragué saliva.

Por mucho que la ira debiera ser lo que me hiciera resistirme a él, lo que sentía por dentro era una confusión más compleja, mezclada con una angustia que intentaba alejar.

Tenía que ser fuerte, pero me había despedido de Kendric y con Kellan no había tenido la oportunidad, y era como si nuestra historia juntos estuviera inconclusa.

Puse los dedos en el tirante del vestido y lo empujé hacia abajo, sintiendo cómo la tela se deslizaba por mi cuerpo, desafiándolo con un gesto intencionado, una rebelión que él entendería sin necesidad de palabras.

Frunció el ceño y dio un paso adelante, con el rostro serio.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, con voz baja, pero cargada de tensión.

Me volví hacia él, tratando de parecer imperturbable, a pesar de que mi corazón latía con fuerza.

—Voy a darme una ducha —le expliqué, sabiendo que podía leer la insinuación en mi tono—. Necesito estar sobria... puedes acompañarme, si te atreves.

Su rostro se tensó, pero no retrocedió.



El agua caliente caía en cascada sobre mis hombros, resbalando por mi cuerpo y mezclándose con el torbellino de emociones que explotaban dentro de mí. Cerré los ojos, tratando de encontrar un mínimo de control sobre los pensamientos que giraban en torno a Kellan. Pero era imposible ignorar su presencia allí, tan cerca.

En cuestión de segundos, sentí su cuerpo pegarse al mío, un calor que parecía irradiar y consumirme. El roce de su erección contra mi trasero fue suficiente para hacer que mi cuerpo palpitara con un deseo incontrolable.

—Realmente sabes cómo provocarme, nena —susurró Kellan, con una voz cargada de provocación que dejaba claro que él también luchaba por controlarse—. Me haces perder la cabeza, ¿sabes?

Sentí sus dedos deslizarse por mi cadera, firmes, trazando un camino que parecía incendiar mi piel.

—Y tú... no tienes ni idea de cómo me has hecho sentir, Kellan —se me escapó como una confesión—. Nunca imaginé que... algo así pudiera ser tan bueno, aunque estuviera mal. A pesar de saber lo que eres. Me has hecho sentir... viva.

Volví la cara para encontrar su mirada fija en la mía y ya no pude contenerme. El calor y la proximidad se volvieron insoportables. Mi cuerpo se movía solo, encajando con el suyo.

— No tienes ni idea de lo mucho que... me ha gustado todo. Cada segundo —susurré, con voz ronca, como si el aire mismo fuera

pesado—. Cómo me has hecho sentir... deseada. Deseable. Como si... yo fuera el único centro de tu mundo.

Él respondió con una sonrisa provocadora antes de inclinar la cabeza y capturar mis labios en un beso que mezclaba lujuria y nostalgia. Su boca era feroz contra la mía, exigente, y no me importaba. Cada caricia, cada roce, me hacía desear más. Unos gemidos bajos escaparon de mi garganta cuando bajó los labios por mi cuello, mordisqueando y lamiendo mi piel ultrasensible.

—Kellan... fóllame... solo una vez más... —supliqué, con la voz entrecortada por la excitación exacerbada—. Por favor...

Se apartó ligeramente, con la mirada llena de conflicto, mientras me sujetaba por los hombros, tratando de mantener una distancia segura entre nosotros.

—Estás borracha, nena —murmuró, como si intentara convencerse a sí mismo—. Si estuvieras sobria, nunca coquetearías con la muerte así.

Sentí una mezcla de frustración y excitación burbujeando dentro de mí. Recosté la cabeza contra la pared, cerré los ojos y respiré hondo. El agua seguía cayendo sobre nosotros, pero el calor que emanaba de él parecía mucho más intenso.

—Solo... acércate a mí —le pedí, bajando el tono, casi suplicando—. Métemela un poquito, déjame sentir aunque sea solo la puntita... para que pueda recordarlo en las noches en las que necesite... darme vuelta sola, mientras ustedes están... follando a otras follando otras coños por ahí.

— ¡Joder, Vallery!

El gemido bajo de Kellan fue la única respuesta antes de que finalmente cediera.

Acercándose de nuevo, agarró su polla con firmeza y rozó el glande en la entrada de mi coño empapado por los fluidos de la excitación, su textura tocando mi piel de una manera que hizo que mi cuerpo temblara. Jadeaba, con el deseo explotando en mi interior,

cuando se detuvo abruptamente, alejándose con un gesto brusco. La frustración era palpable.

—Tú... me vuelves loco —murmuró, conteniéndose visiblemente, como si la lucha interna fuera demasiado intensa. Se alejó, apoyándose en la pared opuesta de la ducha, agarrando su polla con fuerza excesiva, con la mirada fija en mí.

No pude contenerme. Toqué mi propio cuerpo, deslizando la mano por mi vientre hasta llegar entre mis piernas, mis dedos comenzaron a explorar, mientras lo miraba directamente a los ojos.

— Si este va a ser mi regalo de despedida... —comencé, con voz ronca, mientras mi mano se movía a un ritmo más rápido, los gemidos se hacían más audibles a medida que estimulaba mi clítoris—. Entonces, Kellan, mírame correrme... y sabe que es culpa tuya, aunque no hayas... aprovechado el momento.

Él gruñó, apretando los ojos, y luego respondió, casi sin aliento:

—¿Quién dice que no voy a aprovecharlo? Vamos... ¡corramos juntos, nena!

Y, sin dudarlo, Kellan comenzó a masturbarse delante de mí, aumentando el ritmo mientras yo seguía explorándome.

Nuestras miradas no se desviaron, cada uno atrapado en la visión del otro, mientras la excitación crecía. La habitación parecía demasiado pequeña para contener la lujuria que vibraba entre nosotros, y la respiración de ambos se volvía cada vez más rápida, jadeante.

—Kellan... —gemí su nombre, sintiendo que el clímax se acercaba. Agarré uno de mis pechos con la mano libre, apretándolo, mientras mi cuerpo se arqueaba.

Entonces se acercó a mí, con los ojos llenos de una lujuria desesperada, y en un último impulso, eyaculó su semen con fuerza en mi vientre, el líquido escarlata corriendo por mis piernas y mezclándose con el agua de la ducha.

Inclinándose para rozar su frente con la mía, con la respiración entrecortada, gimió mi nombre como si fuera un doloroso adiós. El sonido de su voz cargada de emoción fue lo que finalmente me hizo perder el control y mi cuerpo se entregó al orgasmo, temblando bajo su tacto.

—Cariño... —susurró, como si las palabras le dolieran al pronunciarlas—. Esto no es un adiós. Nunca lo será.



Bajo la suave luz del amanecer, Thornvale parecía casi etéreo. La niebla que cubría el cementerio le daba al lugar un aspecto misterioso, pero la verdad era que el peso que sentía en el pecho junto a Kellan era mucho más aterrador que cualquier escenario nocturno. Me guió en silencio hasta una de las lápidas más recientes, con el rostro indescifrable mientras caminaba.

Cuando nos detuvimos, miré la inscripción en el frío mármol y sentí que se me revolvía el estómago al ver la fecha reciente de la muerte. Mis ojos recorrieron rápidamente la inscripción: veintidós años. Mis pensamientos se sumergieron en un vago recuerdo, un rumor de que una joven había sido llevada al hospital por un socorrista anónimo, pero había fallecido antes incluso de ser atendida. ¿La causa de la muerte? Nunca se reveló.

—¿La conocías? —murmuré, sintiendo el peso de cada palabra.

Kellan me miró de reojo, con el rostro contorsionado en una mezcla de dolor y arrepentimiento.

—Sí... —Su voz sonó ronca, cargada de un tormento que nunca antes había escuchado en él—. Yo la maté.

El impacto que me atravesó fue inconmensurable. El aire parecía haber desaparecido del ambiente y mi mente buscaba algún refugio, alguna forma de comprender lo que acababa de decir.

Pero no había manera.

Lo observaba sin saber qué hacer, qué sentir.

Y fue entonces cuando Kellan, con un movimiento repentino, cayó de rodillas ante la lápida, como alguien que lleva una carga insoportable. Bajó la cabeza, ocultando el rostro entre las manos. Me quedé quieta, paralizada, mientras un silencio pesado se instalaba entre nosotros, roto solo por el suave sonido de la brisa nocturna.

—Estaba... tan perdido —comenzó, con voz temblorosa, pero cada palabra cargada de algo que parecía pesar una tonelada—. Tan fuera de mí, irritado, destrozado por tener que alejarme de ti, tal y como mis hermanos y yo habíamos acordado. Y, aun así... no pude. No pude mantener el autocontrol.

Kellan levantó la cara y una lágrima solitaria se deslizó por su rostro y cayó al suelo junto a la lápida.

—Fuiste la primera, nena —continuó, con la voz quebrada por la angustia—. La primera con la que rompí todas las reglas. Y ella... —Señaló la lápida—. Fue la segunda, y no en una noche de Halloween, sino en un intento ciego por ignorar lo que siento por ti. Por silenciar esta obsesión que me consume por dentro.

Tragó saliva y respiró hondo, como si buscara fuerzas para terminar.

— Ahora sabes cuál es el destino que te espera si vuelves a coquetear con la muerte. Como Kyle dejó muy claro la otra noche: no podemos ser reparados. Somos lo que somos. Monstruos, por naturaleza. —Sus ojos se fijaron en los míos, con una mirada cansada y sombría, pero reveladora—. Kendric también te lo advirtió: un orgasmo... y tu certificado de defunción. Siento haberte e o puesto en peligro esa noche, Vallery. A partir de ahora mantendré la distancia que necesitas para intentar... curarte de lo que nos hemos convertido para ti.

Sus palabras me destrozaron.

Podía sentir su dolor, su culpa y, más que nunca, me daba cuenta de que estaba atrapado en una prisión creada por su propia

naturaleza, una carga invisible que lo condenaba a vivir entre el deseo y el arrepentimiento.

Me arrodillé junto a Kellan sin saber muy bien qué decir, pero incapaz de ignorar la necesidad de consolarlo. Le rodeé con mis brazos y le atraje hacia mí en un abrazo desesperado, sintiendo la fuerza de cada emoción que nos unía y, al mismo tiempo, nos separaba. Las lágrimas corrían por mi rostro, el dolor me ahogaba con una intensidad abrumadora.

—Lo siento mucho... —murmuré, con la voz entrecortada y baja, como si temiera romper el frágil silencio que nos rodeaba—. Lo siento mucho por todo esto, Kellan.

Nuestro abrazo era la última chispa de algo que, tal vez, nunca podríamos tener, un momento compartido ante el recuerdo de lo que significaba estar vivo.



CAPÍTULO 29

Un nuevo comienzo inevitable

TRES MESES DESPUÉS…

Solo el tiempo era capaz de curar un corazón roto.

Al menos eso es lo que decían algunas canciones de amor y algunos libros.

Pero desde mi perspectiva, parecía que el tiempo solo detenía el sangrado, dejando una cicatriz donde antes había algo vivo, palpitante.

Habían pasado tres meses desde el día en que les pedí a Kendric y Kellan que me dejaran. Desde entonces, he estado coleccionando días «normales», de la misma manera que un adicto en recuperación cuenta los días sin ceder a su debilidad más oscura.

Cada nuevo amanecer era una victoria: una oportunidad más de resistir el loco deseo de rendirme al magnetismo de los hermanos Scottfield.

Sorprendentemente, respetaron mi petición.

De una manera extraña y cuidadosa, me hicieron sentir al margen de algo que no podía controlar. Sabía que seguían en la universidad, aunque nunca más me los había cruzado por los pasillos ni había oído ningún rumor que los involucrara.

A veces sentía la mirada de alguien que era exactamente como ellos, con un brillo que encendía la alarma dentro de mí. Pero, al volverme, solo encontraba rostros banales. Había aprendido a no

fiarme de las apariencias, consciente de sus habilidades metamórficas, capaces como íncubos.

Sin embargo, se escabullían en algún lugar de Thornvale, tal vez con otras identidades, y mantenían su juego de camuflaje para mantenerme «a salvo».

Su silencio me reconfortaba tanto como me atormentaba.

Para mantener mi vida en marcha, me dediqué al trabajo y a los estudios.

Las nuevas prácticas exigían mi dedicación completa. Aunque Ryan había revocado mi suspensión, después de que Justin confesara que me había saboteado, yo ya había decidido no volver a esa revista.

También pasaba horas revisando textos y recopilando información para mi proyecto de fin de carrera. Ese enfoque casi obsesivo me ayudaba a mantener intactos los puentes de la normalidad.

Pasaba las tardes con las chicas de Sigma Nyx, aún más unidas, como si supieran que no quería ni necesitaba preguntas sobre lo que les había pasado a los hermanos Scottfield desde la última vez que vinieron a nuestra fraternidad a buscarme. Nuestros planes incluían fiestas, algunas más aburridas que otras, pero al menos me daban la oportunidad de parecer una chica «normal».

Por la noche, sin embargo, el vacío se apoderaba de mí.

Me sentía más sola que nunca, y ahí era donde se ponía a prueba mi resistencia.

Con la oscuridad y el silencio de mi habitación, me resultaba difícil resistir los pensamientos intrusivos.

De los tres, era la falta de Kyle lo que más me ahogaba, más de lo que estaba dispuesta a admitir. El final entre nosotros parecía no haber tenido una conclusión. Él nunca tuvo la oportunidad de decir adiós y, tal vez, yo tampoco pude expresar lo que necesitaba. Su ausencia era un cabo suelto, un fragmento que me atormentaba como una herida infectada que nadie se disponía a limpiar.

Cuando finalmente llegaba el sueño, traía recuerdos fragmentados, fragmentos de una conversación que nunca tuvo lugar y que yo proyectaba como una ilusión reconfortante, aunque el *atrapasueños* seguía protegiéndome de soñar. Mi cuerpo a veces reaccionaba antes de que yo entendiera lo que estaba sintiendo, como si lo llamara cerca en una oración muda, en una petición de redención que la oscuridad de la noche llevaba sin descanso.

Pero nunca hubo respuesta.

Me decía, con una sonrisa triste, que tal vez algún día volvería a dormir sin llorar.

Quizás incluso pudiera volver a soñar.



La mañana aún no había amanecido del todo y el campus era solo el susurro de las primeras clases que iban a las clases del viernes. Caminé junto a Hillary y Savannah, escuchándolas charlar sobre el viaje con un entusiasmo que me sacaba, por un instante, de los espirales de mi mente.

— ¡Pues... Nueva Orleans! —exclamó Hillary, con el rostro iluminado por una emoción que formaba parte de ella, una energía que, por alguna razón, me dolía un poco—. ¡Un fin de semana de *Mardi Gras*, nada menos!

— Entre fantasía, desfiles y buenas bebidas, ¿qué más podríamos pedir? — Savannah me lanzó una mirada pícara—. Incluso se puede olvidar Thornvale y fingir que la vida es normal.

Sentí un pinchazo en el pecho, pero sonreí.

No quería que supieran lo difícil que me había resultado aceptar este viaje.

—Zarah, de Good Lucky Voodoo, nos recomendó que fuéramos al *Bloody Hell* —comenté, tratando de que mi voz sonara alegre—. Dijo que quien pasa por Nueva Orleans no puede perderse la oportunidad

de probar las bebidas de allí... debe tener algo especial que solo quienes conocen el lugar entienden.

—*Good Lucky Voodoo...* —Savannah me miró intrigada—. Realmente sabes dónde encontrar los lugares misteriosos.

Me reí, más que nada para disimular el nudo que parecía estar siempre ahí.

—Zarah siempre tiene algo de misterioso en todo lo que dice—, dije, recordando las conversaciones con ella, todo el conocimiento que parecía emanar de una manera enigmática—. Pero creo que, en el fondo, solo le gusta jugar con nuestros nervios.

Hillary se rió y sentí su brazo en el mío, apretándolo suavemente, casi como una promesa de que todo saldría bien.

—¡Va a ser un viaje épico! Todo lo que necesitas. Una dosis de Mardi Gras, sol, unas copas... y libertad —decía, como si estuviera entonando un mantra, tratando de invocar una nueva vida.

El viento frío nos rozó las mejillas y pensé en cómo Thornvale, con su cielo nublado y el peso de las últimas semanas, parecía mantener esa humedad invernal un poco más. El final de febrero traía la transición a la primavera, pero el calor parecía escapar, casi como una promesa que siempre quedaba para mañana.

Nueva Orleans, tan cerca pero al mismo tiempo tan lejos, parecía prometer un tipo de paz con la que solo podía soñar.

Escuchaba las risas de Hillary y Savannah mientras describían los preparativos como si fuera lo único que importara. A cada paso, me daba cuenta de lo mucho que todavía estaba tratando de escapar de un mundo sombrío que seguía llamándome con susurros silenciosos y un magnetismo invisible.

Entonces, una voz profunda e inesperada cortó el aire detrás de mí, mi nombre saliendo de sus labios de una forma tan familiar que todos los músculos de mi cuerpo se tensaron.

—Hola, Vallery... ¿Podríamos hablar un momento?

La voz era baja y las palabras parecían cargadas de intenciones que me helaban la sangre por un segundo. Recordé el tono de Kyle, la seriedad de Kellan, incluso la malicia de Kendric, y me giré lentamente, con el corazón retumbando de una manera que hacía que cada segundo fuera más lento. Mi mente ya se preparaba para encontrarlos, como si mi intuición fuera acertada sobre ese reencuentro.

Pero cuando me giré por completo, no eran ellos. La visión que tenía delante me confundió y necesité un segundo para asimilarlo.

Era Brian, uno de los alumnos de mi clase de periodismo. Sus ojos, claros y sinceros, me miraban con una intensidad que parecía... fuera de lugar. Tenía las manos metidas en los bolsillos, como si estuviera reuniendo valor para acercarse a mí, pero su expresión era genuinamente nerviosa, casi como si fuera a disculparse.

—¿Brian? —Mi voz sonó desconfiada, con el corazón aún tratando de desacelerarse—. Ah... claro. ¿Algún problema?

—Nada importante —respondió, con voz casi vacilante—. Solo... te vi el otro día y pensé en ver si estabas bien. Parece que has estado desaparecida y... —Sonrió tímidamente, pasándose la mano por la nuca —. Ya sabes, ha sido un semestre difícil. Pensé que te vendría bien distraerte un poco... No quería invadir tu espacio ni nada.

Era extraño que me abordaran así, de forma tan abierta, después de todo el juego mental de los hermanos Scottfield. Brian era alguien del mundo real, alguien... seguro. Hillary y Savannah intercambiaron miradas cómplices, y me di cuenta de que les estaba gustando ese enfoque inesperado.

—Bueno, agradezco tu preocupación —respondí, intentando sonreír—. La verdad es que últimamente he estado un poco... distraída. Pero estoy bien, gracias.

Él asintió, con los ojos aún fijos en mí de forma casi penetrante, aunque sin el peso o el magnetismo que solía sentir con... *ellos.*

— Me alegro de oírlo. Si necesitas a alguien con quien hablar o salir a relajarte, ya sabes dónde encontrarme —dijo, seguido de un

rápido gesto con la mano al alejarse, dejándome sola con mis amigas, que apenas pudieron contener las sonrisas.

Savannah levantó las cejas, claramente satisfecha con la situación.

— ¿Lo ves? ¡Apuesto a que llevaba semanas queriendo hablar contigo! Quizás sea una señal, Val... de que debes darte una oportunidad.

Hillary asintió con la cabeza y sonrió con aprobación.

— Estoy de acuerdo. Te mereces pasar tiempo con alguien... seguro.

— Sí, me lo merezco. — Es solo que no quería.



CAPÍTULO 30

El declive de mi depredador

Mientras me alejaba de la puerta de la fraternidad, la visión de las maletas siendo colocadas en el maletero de la minivan me hacía sentir un alivio inusual, como si un viaje a Nueva Orleans fuera mi pasaporte hacia la libertad y la normalidad que tanto buscaba. Savannah y Hillary acomodaban las mochilas mientras las demás chicas de Sigma Nyx subían animadas a la furgoneta, riendo y hablando en voz alta sobre el Mardi Gras.

Estaba a punto de dar el último paso, pero entonces, al girarme para bajar las escaleras, mi cuerpo se paralizó.

Allí, como sombras que se cernían en la penumbra del atardecer, estaban Kendric y Kellan. Tan guapos y letales como los recordaba, pero ahora, después de tanto tiempo, su presencia tenía un impacto aún más intenso, casi como si estuviera en el apogeo de una adicción que creía haber superado.

El tiempo no había suavizado en absoluto su magnetismo, al contrario, parecía que el oscuro encanto solo se había intensificado.

Kendric llevaba un abrigo largo que bailaba suavemente con el viento, resaltando su altura y sus anchos hombros, mientras que su cabello despeinado caía de una manera que resaltaba sus ojos más penetrantes que nunca.

Kellan, por su parte, llevaba una chaqueta de cuero negro que se ajustaba perfectamente a su cuerpo, como una segunda piel que parecía resaltar cada línea tensa y cada rasgo de su rostro esculpido.

Sus ojos, ligeramente sombreados, estaban fijos en mí con una intensidad cautelosa y contenida, como si ocultaran un secreto que no se atrevían a revelar con palabras.

Mi cuerpo reaccionó al instante, casi como si estuviera en combustión. El corazón me latía con fuerza en el pecho, las manos frías y los sentidos en alerta. Era como si cada célula de mi cuerpo aún recordara su tacto, como si la adicción a cada uno de ellos latiera dentro de mí, lista para arruinar todo el progreso que creía haber logrado en los últimos meses.

Suspiré, tratando de contener el torrente de emociones que me invadían.

—Tengo que irme ahora, las chicas me están esperando —dije, con una voz más débil de lo que me hubiera gustado, sin molestarme en despedirme de ellos.

Kendric dio un paso adelante, con una expresión en el rostro que apenas pude descifrar, mientras Kellan permanecía inmóvil a su lado, observándome en silencio, con una intensidad que me cortaba la respiración.

—No estaríamos aquí si no fuera extremadamente necesario, Hope —la voz de Kendric sonó baja y cargada de urgencia.

Me obligué a apartar la mirada, aunque sabía que un solo desliz me arrastraría de nuevo al mismo abismo de antes. Di unos pasos, obligándome a alejarme, hasta que oí la voz de Kellan cortar el aire, grave y seria.

—Es sobre Kyle.

Mi corazón dio un salto y mis piernas dejaron de obedecerme.



El coche seguía en silencio, con el motor murmurando en voz baja mientras yo, apretujada en el asiento trasero, intentaba racionalizar lo que estaba haciendo allí. Mis dedos se entrelazaban

nerviosos en mi regazo y el paisaje exterior pasaba como una mancha borrosa, pero no era Nueva Orleans. No eran mis amigas en el asiento delantero y, sobre todo, sabía que estaba arriesgando mi tan sudado nuevo comienzo.

Quería concentrarme en el hecho de que la única vez que había estado en un coche con ellos había sido precisamente la noche en que todo se derrumbó. Una carrera hacia la mansión Scottfield donde sus secretos salieron a la luz y el mundo que yo conocía se desmoronó.

Pero ahora, Kyle estaba ausente, y aun así él era la razón de todo aquello. La razón por la que me había rendido de nuevo a su influencia.

Me incliné hacia delante, con la garganta seca. Estaba harta de esperar, de las respuestas parciales y del misterio.

— Ya me han fastidiado el viaje, así que ¿qué tal si me cuentan qué está pasando? ¿Dónde está Kyle?

Kendric suspiró a mi lado y el reflejo de sus ojos se encontró con el mío en el espejo retrovisor, intenso y profundo.

— Creemos que lo mejor es que lo veas por ti misma, Hope.

Apreté la lengua contra los dientes, irritada por la respuesta vaga.

— Pues yo prefiero el *spoiler*.

Kellan, al volante, permaneció en silencio durante un largo instante, hasta que finalmente suspiró y soltó una risa baja y sin humor.

— Ya no sale de casa, cariño —su voz cargada tenía un tono sombrío y resuelto que me hizo contener la respiración—. Desde que rompimos contigo, se niega a comer.

Mis ojos se abrieron como platos y una ola de incredulidad se apoderó de mí. El recuerdo de las últimas palabras que nos dijimos comenzó a resonar e , y sentí que me hundía en el asiento, con una sensación de desesperación que empezaba a crecer en mi interior.

Kendric me lanzó una mirada cautelosa, casi como si esperara mi reacción antes de continuar. Pero antes de que pudiera formular ninguna pregunta, continuó:

—Los dos nos contentábamos con observarte desde lejos, esperando que tuvieras algo de paz sin nuestra presencia. Pero Kyle... bueno, él nunca supo cómo lidiar con los límites.

Respiré hondo, tratando de asimilar la información y el impacto que tenía en mí. Era una oleada de confusión, culpa y un temor que apenas podía descifrar.

—¿Entonces simplemente... dejó de alimentarse? Eso... eso no tiene sentido —murmuré más para mí misma, en un intento inútil por comprenderlo.

Kellan asintió con un profundo suspiro y su expresión parecía más sombría con cada palabra.

—Pasa horas agotándose en el gimnasio, entrenando como un loco, agotando su energía en lugar de nutrirse. Eso ya es bastante malo, pero... —vaciló, luego me miró fijamente, como si sopesara cuánto necesitaba saber realmente—. Descubrimos que desde que te dio el collar, él también empezó a usar uno.

—¿Qué ha hecho qué? —Sentí que se me encogía el corazón y que el suelo se me escapaba por un segundo.

— Un *atrapasueños* como este, hecho por una bruja, para ti es un talismán protector... pero para seres como nosotros, es un limitador de esencia, Hope. —Kendric negó con la cabeza y su rostro se iluminó con una melancolía que rara vez veía en él—. Es como si Kyle estuviera debilitando deliberadamente su propia naturaleza... tratando de encajar en un molde que nunca fue hecho para él.

Kellan añadió, con un tono sombrío como si cargara con el peso de la revelación:

—Cada día que pasa, parece más débil. Se nota... en los ojos, en la piel... y en la forma en que apenas puede sostener su propio cuerpo. Como si realmente estuviera tratando de «arreglarse» para ti, anulando lo que es.

Parpadeé, tratando de procesar lo que eso significaba realmente, y sentí cómo se me revolvía el estómago, con la culpa creciendo dentro de mí.

—Una vez oí a Kendric decir que ustedes no morían —susurré, casi sin voz, mientras sus palabras resonaban en mi mente, cargadas de una desesperanza que nunca antes había sentido.

Kellan me miró por el espejo retrovisor, con expresión dura, pero sus ojos ocultaban algo más profundo.

—Esencia, no forma —murmuró—. Estamos en cuerpos humanos, Vallery. Y aunque nuestra juventud y longevidad son mayores, si no nos alimentamos... nos marchitamos. Y créeme, no es un proceso agradable de ver.

Cada palabra era una navaja que se clavaba profundamente en mi conciencia, y apenas podía respirar con el peso del remordimiento que me aplastaba. El último recuerdo que tenía de Kyle era nuestra pelea, las palabras afiladas que utilicé contra él y la obstinada negativa de ambos a dar un paso atrás.

Ahora él se estaba consumiendo, como consecuencia de la decisión de seguir algo que yo misma había exigido.

Cerré los ojos, tratando de alejar la imagen de Kyle, solo y autodestructivo, mientras yo creía que estaba siguiendo adelante.



La mansión Scottfield parecía más grande y fría de lo que recordaba y, al mismo tiempo, cargaba con el peso de los momentos más intensos de mi vida.

Esas paredes habían sido testigo del comienzo de algo que parecía insaciable e inquebrantable entre nosotros, pero también eran las mismas donde todo se derrumbó cuando la verdad se reveló cruda e indómita. Cada paso por el frío mármol resonaba en el silencio, como si la propia casa lamentara lo que estaba por venir.

Suspiré, con el pecho oprimido por la intensidad de los recuerdos. Mis sentimientos parecían fuera de lugar, un montón de impulsos contradictorios. Había decidido dejarlos atrás para salvarme a mí misma y recuperar el control. Pero ahora, después de todo, estaba de vuelta, atrapada en un círculo de emociones que no hacían más que aumentar.

Kendric y Kellan se mantenían cerca, pero en silencio, con una mirada más seria que nunca. Al final, los tres habían respetado mi decisión, aunque me habían observado desde lejos, sin cruzar nunca las barreras que yo había impuesto.

Y ahora... era Kyle quien estaba pagando el precio de mi elección.

—¿Dónde está? ¿Qué puedo hacer para que cambie de opinión y vuelva a alimentarse? —Las palabras salieron en un susurro casi desesperado, mi tono cargado de una determinación que apenas reconocía.

—No cambiará de opinión, Hope. —Kendric soltó un largo suspiro y me lanzó una mirada llena de tristeza que me desgarró profundamente.

Esas palabras me trajeron a la memoria algo que Kyle me dijo una vez, como si me hubiera hecho una promesa.

«Si tuviera que elegir entre tenerte una vez y no volver a verte nunca más, o seguir deseándote para siempre, sin poder tocarte nunca... te desearía para siempre».

Cerré los ojos, tratando de alejar el recuerdo de él y de esa intensidad que nunca dejaría de afectarme.

— ¿Y si me quito el *atrapasueños*? —Abrí los ojos, decidida, con la mano ya agarrando el filtro de sueños alrededor de mi cuello—. ¿Y le permito alimentarse de mí?

Kellan arqueó una ceja, con los ojos entrecerrados en una mezcla de admiración e incredulidad. Había algo macabro y casi apreciativo en su expresión.

— Puedes intentarlo, nena. —Su voz era baja, pero firme, como si dijera una verdad inevitable—. Pero dudo que funcione. Kyle no se pondrá en primer lugar si eso significa ponerte en peligro. Además... —vaciló, con el rostro endurecido—. Está demasiado débil para poder acceder a ti a través de los sueños.

Esas palabras le provocaron un nuevo tipo de angustia. Cada intento de solución parecía desmoronarse antes incluso de que pudiera considerar las consecuencias.

—¿Qué hago entonces? —Ya ni siquiera intentaba disimular mi desesperación, con el corazón latiendo rápido por la sensación de estar a punto de perder algo invaluable.

—Solo ve a verlo. —Kendric suspiró, su mirada se suavizó ligeramente mientras me observaba.

Cerré los ojos por un momento, buscando fuerzas que ni siquiera sabía si tenía.

Di un paso adelante, vacilante, pero decidida.



La oscuridad de la habitación era estridente, lúgubre, como si cada sombra llevara el peso de la esencia demoníaca que Kyle intentaba sofocar. En cuanto entré, sentí el aire pesado, cargado de algo tan sombrío que me hizo dudar por un instante. Él estaba allí, sentado en la cama, con la cabeza inclinada hacia adelante, los ojos perdidos en un punto indefinido.

Entonces me vio y su mirada, antes tan intensa y dominante, ahora no era más que una pizca de lo que había sido. Sus ojos apagados y vacíos se clavaron en mí sin ninguna emoción.

—Tienes que salir de aquí ahora mismo o te haré daño. —Su voz era ronca, débil, casi irreconocible, pero tenía un tono desesperado.

Esas palabras me golpearon con una fuerza desoladora, pero no dejé que mi dolor se notara. Tenía que ser fuerte, no por mí, sino por

él.

Me acerqué, lenta y silenciosamente, como si estuviera ante algo frágil, un rompecabezas deshecho. Cuando me acerqué, su aspecto me dejó sin aliento.

No era el mismo hombre que recordaba. Kyle estaba irreconocible: su cuerpo, antes imponente y atlético, ahora parecía tan delgado que los huesos sobresalían bajo la piel. La mandíbula angulosa, los pómulos salientes, los hombros despojados de su fuerza característica. Había algo devastador en ver aquella figura, alguien que antes dominaba cada espacio, derrumbándose ante sus propios esfuerzos por domar su naturaleza.

—Oh, Kyle... ¿qué te has hecho? —Sentí un nudo en la garganta. Cada palabra llevaba consigo el peso de un lamento que me aplastaba.

Levantó la mirada lentamente, sin vida, como si mis ojos fueran un espejo roto en el que se negaba a verse. Una amargura se apoderó de su expresión, algo que parecía oscilar entre el orgullo herido y la rendición.

—Soy un león tratando de sobrevivir con frutas y verduras... —Su voz era un susurro casi inaudible, cargado de un dolor que no necesitaba traducción—. Por ti.

Mis ojos se llenaron de lágrimas que ardían en el borde, pero las contuve. No sería yo quien se derrumbaría aquí. Respiré hondo y di un paso más, dejando que mi corazón latiera con la proximidad.

—No, Kyle. No lo hagas... Por favor, no te destruyas por mí.

Él apartó la mirada, sus labios se curvaron en una sonrisa vacía, una sonrisa que parecía burlarse de sí mismo.

— Lo siento, Vallery. —Sacudió la cabeza, con la mirada perdida de nuevo en algún punto lejano—. No puedo arreglarme. Sigo siendo un monstruo.

— Basta. Te amo tal y como eres —repliqué, con voz que sonaba como una petición, una súplica que nunca imaginé que haría.

Él soltó una risa baja y amarga, inclinando la cabeza hacia adelante mientras la negaba lentamente, como si mis palabras fueran una cruel ironía.

— Pero no lo merezco. Yo soy el depredador y tú la presa. ¿Lo has olvidado?

Me quedé allí, sintiendo cada palabra como un golpe, pero sin moverme, tratando desesperadamente de ver a través de ese dolor. Su agonía era tan evidente que podía sentirla como una corriente eléctrica entre nosotros.

—Kyle, no lo hagas. —Mi voz era casi un gemido, un último intento de llegar a él.

Levantó la cara y algo oscuro pasó por sus ojos, algo que parecía una aceptación insoportable.

—Vete, Vallery... por tu propio bien, joder.

Di un paso más hacia él, decidida a atravesar cualquier barrera que intentara levantar, pero, antes de que pudiera reaccionar, gritó.

— ¡Vete, joder!

El grito resonó en la habitación, rompiendo el denso silencio y dejando una grieta en el aire que nos separaba. Me quedé paralizada por un segundo, con el corazón latiendo con fuerza contra mi pecho, pero en un impulso de ira y dolor, agarré el filtro de los sueños que llevaba alrededor del cuello, lo arranqué y lo tiré al suelo.

Kyle abrió mucho los ojos, con la sorpresa estampada en su rostro, como si hubiera hecho algo inconcebible. Respiré hondo mientras repetía las palabras que me había dicho una noche que ahora parecía perdida en la oscuridad.

— *«Sería cualquier cosa por ti, Vallery. Cualquier cosa».* — Mi voz se quebró, pero no dejé que flaqueara—. Eso fue lo que me prometiste, ¿recuerdas? Entonces te lo suplico, Kyle Scottfield, quiero recuperar a mi depredador.

Me quedé allí, mirándolo, esperando que alguna chispa en sus ojos se reavivara, que recordara al hombre que yo sabía que todavía

estaba allí en alguna parte. Pero, antes de que pudiera reaccionar, le di la espalda, con el corazón tan pesado como un ancla que me arrastraba hacia abajo.

Al salir de la habitación, tropecé en los escalones y, por un segundo, sentí que las fuerzas me abandonaban. Fue entonces cuando Kellan y Kendric aparecieron, sosteniéndome antes de que cayera al suelo. Mis hombros temblaban en un llanto que ya no podía contener. Kellan me acercó a él, murmurando algo que apenas podía entender.

El dolor, la culpa y el amor se mezclaban en una angustia que me invadía por completo.

Mientras me sostenían, sentí que la ruptura entre nosotros parecía irreparable. Pero, al mismo tiempo, algo en mí aún anhelaba desesperadamente al depredador que sabía que Kyle podía volver a ser.



CAPÍTULO 31

El despertar de una bestia

La puerta se cerró detrás de nosotros con un clic sordo y sentí un escalofrío recorriendo mi piel. Brian me observaba, con un brillo de anticipación en los ojos, mientras deslizaba sus manos por mi cintura, atrayéndome hacia él con una sonrisa que sabía que no era solo casual.

Me incliné hacia él, manteniendo su mirada, y sentí el calor de su cuerpo creciendo contra el mío, la expectación vibrando en el aire a nuestro alrededor. Una parte de mí sabía lo equivocado que era aquello, mientras que otra, llena de sombras, sabía que estaba jugando un juego peligroso, pero necesario.

— Pareces... diferente hoy, Vallery. —La voz de Brian sonó ronca, como si estuviera tratando de descifrar qué había de nuevo en mí—. Estás más... —vaciló, un poco desconcertado, y yo arqueé las cejas en una invitación silenciosa para que continuara.

—¿Más qué? —Acerqué mis labios a los suyos, dejando que mi tono lo envolviera como si fuera algo natural. Era la seducción en la que los Scottfield me habían entrenado, aunque fuera de forma indirecta.

— No sé, ¿más atrevida? —Sonrió, con los ojos brillantes de sorpresa y deseo—. Como si supieras exactamente lo que quieres.

Las palabras me impactaron de una manera inesperada, casi provocándome una risa irónica, pero reprimí el impulso. No sabía si quería lo que estaba a punto de hacer, pero sabía que estaba decidida.

Miré a Brian a los ojos y deslicé mis manos por su pecho, dejándome seducir por la idea de que ese sería el sacrificio necesario para recuperar a Kyle.

—Quizás lo sepa, sí —dije suavemente, con la voz intencionadamente baja, mientras mis dedos exploraban el contorno de su camisa—. Y quizás tú puedas... ayudarme con eso. —Le lancé una mirada llena de una certeza que no sabía si realmente sentía, pero que él creyó sin dudar.

Brian deslizó las manos por mi cintura, atrayéndome aún más hacia él. Estaba atrapado en el momento y, por un instante, casi deseé que todo aquello fuera real.

Casi.

Yo sería solo una chica normal si la realidad no fuera otra.

Brian era un chico agradable... pero yo lo estaba utilizando como medio para alcanzar un fin.

«Si quieres darle a Kyle una dosis de realidad, del tipo que le haga sentir el dolor de la pérdida y le recuerde su verdadera naturaleza... solo hay una forma de hacerlo ahora».

Las palabras de Kellan resonaban en mi mente mientras los dedos de Brian se deslizaban lentamente por mi nuca, bajando con urgencia por mi espalda. Su tacto me devolvía al presente, pero mis pensamientos seguían entrelazados con el cruel consejo de uno de los demonios por el que estaba locamente enamorada.

«No puedo explicarte los porqués, pero hay una forma de generar la energía vital que Kyle necesita, para alimentarlo en el plano físico sin que tú s muera en el proceso». Su voz aún resonaba allí, convenciéndome de algo que, en el fondo, ya había aceptado.

Brian me atrajo hacia él para besarme, y yo dejé que su boca encontrara la mía, correspondiéndole con una urgencia que no se debía al hecho de que fuera él quien me besaba, sino a la motivación secreta que me había llevado hasta allí. La textura de sus labios era cálida y segura, y por un breve segundo cerré los ojos y me entregué al momento, deseando que todo aquello fuera fácil.

El recuerdo era nítido, como si todavía estuviera en ese oscuro vestíbulo de la mansión Scottfield, mirando a Kellan y Kendric con la determinación de alguien que ya no tenía otra opción. En ese momento, su voz había sido casi un susurro seductor y sombrío:

«Si te acuestas con un humano, tendrás suficiente energía para que Kyle pueda estar contigo sin matarte durante el sexo. Primero te fortaleces, luego lo alimentas».

—Pensé que nunca me llamarías —susurró Brian contra mi boca, con un tono cargado de alivio y un toque de malicia. Estaba ansioso y mi respuesta fue una sonrisa suave y calculada.

—Quizás estaba esperando el momento adecuado —lo provocé, dejando que mis dedos se deslizaran por su nuca, sin apartar la mirada —. Ya sabes cómo es, aprovechar el *momento* perfecto...

Brian se rió, con los ojos brillantes como si ese fuera el juego que había estado esperando durante mucho tiempo. Y por un instante, mi determinación vaciló, la realidad me devolvió a la realidad.

¿Era eso realmente lo que quería hacer?

¿Sería capaz de cruzar esa línea sabiendo que mi corazón estaba en otro lugar?

Pero entonces recordé las palabras de Kendric, su tono frío y resuelto:

«Si quieres salvar a Kyle, tendrás que llegar hasta el final, Hope».



Brian deslizó las manos por mis muslos, subiendo lentamente hasta llegar a mi coño, y su tacto estaba lleno de necesidad cruda. Esbozó una sonrisa ansiosa cuando me acomodé sobre él, con la mirada fija en la mía, como si lo que estábamos a punto de hacer fuera una especie de premio inalcanzable.

—Siempre quise verte así— murmuró, hundiendo los dedos en mi piel.

— ¿Estás seguro de que podrás aguantar? —Esbocé una sonrisa peligrosa mientras me agachaba hasta su cara, con los ojos atentos a cada detalle de sus rasgos.

Me coloqué en posición, sosteniendo su erección en mi entrada y bajándome sin prisa, sintiendo cómo su gruesa polla me invadía poco a poco, lentamente, y una ola de poder recorrió mi cuerpo.

Empecé a moverme, sintiéndolo temblar debajo de mí. Cada gemido que Brian soltaba me recordaba el control que ejercía, mi capacidad para consumir por completo ese deseo bruto.

Pero a medida que el ritmo aumentaba, dejé que mis pensamientos vagaran y entonces aparecieron. Voces que me envolvían, cada una con un toque lascivo y llena de una presencia abrumadora.

Los Scottfield, en sus sombras intensas y distintivas, me invadieron como un secreto susurrado al oído.

«Eso, nena... quiero verte perder el maldito control, solo para mí», la voz de Kellan parecía ser solo mía, resonando como una orden dulce y cruel. Me movía más rápido, escuchando su risa resonando en mi cabeza.

Brian me agarró por las caderas, como si intentara empujarme más profundamente, pero su imagen debajo de mí se convertía en una sombra pálida.

«Ríndete, Hope... quiero verte explotar de placer mientras me ordeñas la polla con ese coño delicioso», susurró Kendric, cada palabra como una descarga eléctrica que recorría mi cuerpo, palpitante e insaciable.

Cerré los ojos y respiré hondo mientras dejaba que el éxtasis me invadiera.

Y el último susurro que oí fue el de Kyle, tan posesivo que casi me arrancó un suspiro: *«Te voy a consumir por completo, Vallery...*

cada maldito pedacito tuyo. Cuerpo y alma».

—¡Kyle! —La ola final llegó y con ella un grito, una llamada. Estaba palpitando de placer, cada célula parecía encendida, y la palabra se me escapó sin que pudiera evitarlo.

La sensación de poder que me invadió fue inexplicable, una corriente tan intensa que parecía irradiar de cada célula, palpitante y vibrante como algo desconocido y peligroso. Respiré hondo, con la cabeza dando vueltas por la intensidad de todo aquello, hasta que abrí los ojos, esperando ver la mirada extasiada de Brian.

Pero lo único que encontré fue silencio.

Estaba tumbado, inmóvil, con la expresión aún congelada en un último momento de placer. Sentí un nudo en el estómago al ver el vacío en sus ojos y la realidad derrumbarse a mi alrededor.

Lo toqué, casi con desesperación, pero era demasiado tarde. La presencia de Brian parecía haber desaparecido... como si su alma se hubiera agotado, y yo fuera la única responsable de ello.

La adrenalina aún me invadía, pero la verdad me golpeó como un puñetazo:

Brian estaba muerto.

Yo lo había matado.



CAPÍTULO 32

Duelo de depredadores

KYLE SCOTTFIELD

El collar filtro de sueños seguía en el suelo, exactamente donde ella lo había dejado. Frágil y, al mismo tiempo, demasiado potente. Lo cogí lentamente, sintiendo el peso de todo aquello, aun sabiendo que la culpa de estar allí era mía desde el principio.

Yo era la enfermedad que ella no podía soportar. El peso y el caos de lo que sentía por ella siempre serían demasiado, y yo lo sabía. Un amor que para ella era un veneno lento, mientras que para mí era la única chispa que me quedaba.

Las palabras de Vallery aún resonaban en mi mente, quemándome por dentro: *«Entonces te lo suplico, Kyle Scottfield, quiero recuperar a mi depredador».*

Cerré los ojos y apreté el collar en la palma de mi mano, como si eso pudiera aliviarme, cuando una chispa de furia y deseo se apoderó de mí. Sabía lo que nuestra naturaleza podía hacerle. Pero, al mismo tiempo, me di cuenta de que ya era demasiado tarde.

Lo que sentía por Vallery nunca podría ser encerrado.

De repente, antes de darme cuenta, mi mano tiró del cordón del collar alrededor de mi propio cuello y, con un tirón, lo rompí.

Una oleada de energía recorrió mi cuerpo de golpe, quemándome el pecho mientras respiraba profundamente. Mi esencia

reaccionaba, aún débil, pero lo suficientemente viva como para captar lo que no esperaba oír.

—¡Kyle! —Vallery me invocaba en un grito de placer y dolor.

Su voz me golpeó con una intensidad que me dejó inmóvil por un segundo. Era como si me llamara desde el fondo de un abismo. Ese sonido desesperado y suplicante resonó en mi cabeza, conjurándome para que me acercara a ella.

Me moví impulsivamente, me puse cualquier ropa que tenía a mano y salí de la habitación, todavía tropezando con mi propia debilidad, pero decidido. Bajé las escaleras como un tornado a toda potencia, cada escalón un desafío, hasta que me topé con Kellan y Kendric, ambos parados en la entrada.

Los dos estaban tensos, con un brillo de oscura expectación en la mirada, como si ya supieran exactamente lo que había pasado.

—¿También lo habéis oído? —pregunté, sin ocultar el tono de urgencia.

—Sí —Kellan tomó la iniciativa, con los ojos casi radiantes—. Por fin ha despertado.

Fue como un golpe.

Todo lo que no quería creer cobraba vida en sus palabras.

Sentí un nudo de ira y desesperación subiéndome por la garganta.

—¿Qué coño habéis hecho? —espeté, acercándome a ellos, con una mezcla de ira y frustración, a pesar de saber que debía ahorrar energías por Vallery.

Kendric me lanzó una mirada que oscilaba entre serena y desafiante.

— Hicimos lo que había que hacer —dijo con esa tranquilidad que solo él podía tener.

— ¡Ahora ve y haz tu maldita parte, Ky! —Kellan pronunció cada palabra como si quisiera despertarme por completo.

Respiré hondo, dejando que la llamada onírica de Vallery resonara en mi pecho.

Tenía la fuerza suficiente para buscar cada resto de energía que me quedaba, porque sabía que ella me necesitaría ahora más que nunca.



Aceleré el coche hasta la entrada de Sigma Nyx, aparqué con un golpe y, sin ceremonias, forcé la manilla de la puerta hasta oír el sonido metálico que cedía. Subí las escaleras sin dudar, ignorando la debilidad que aún latía en mis huesos. Cada escalón era un paso más cerca de ella, de aquello que aún no sabía cómo afrontaría.

Cuando abrí la puerta de la habitación, el mundo a mi alrededor pareció enmudecer.

Allí, de pie frente al espejo, estaba Vallery, pero no la Hope que yo conocía.

Era ella en su forma real.

La visión era a la vez abrumadora y encantadora, un reflejo perfecto de en lo que se había convertido.

Su cuerpo ahora irradiaba una belleza trágica y brutal. Su piel había adquirido un tono gris profundo, casi violáceo, que se mezclaba con las sombras de la habitación. En su espalda destacaban dos alas de murciélago, pequeñas pero perfectamente esculpidas. Una cola fina y puntiaguda se balanceaba ligeramente a su lado, como si se negara a rendirse a su propia naturaleza. Su e e cabello oscuro caía en ondas salvajes, enmarcando su rostro marcado por el horror de lo que había sucedido.

Sus ojos se encontraron con los míos en el espejo, pero rápidamente se dio la vuelta, con una expresión que revelaba una angustia devastadora.

— Mira en lo que me he convertido... —susurró con voz agotada, casi sin fuerzas. Su rostro estaba marcado por las lágrimas, con la mirada fija en mí como si esperara que la condenara—. Ahora yo también soy un monstruo...

Había un dolor tan crudo en sus palabras que sentí cada sílaba como un corte.

Pero, por mucho que su angustia me desgarrara el pecho, algo dentro de mí latía con certeza: ella era hermosa en su nueva forma, tan perfecta como la había imaginado en innumerables ensoñaciones.

Fue entonces cuando mis ojos se posaron en la cama, y entonces lo vi: un chico yacía allí, desnudo, inerte, sin ningún rastro de vida.

No sentí celos ni ira. De hecho, sabía exactamente lo que eso significaba. Ella lo hizo por mí, sin saber su verdadera esencia, se entregó a lo que había que hacer. *Por mí.*

Lo que tenía ante mis ojos era más que un acto de amor desesperado. Era un sacrificio.

Vallery estaba destrozada, perdida en una niebla de culpa y desánimo.

Yo sabía lo que era hundirse en ese tipo de abismo y que cada paso para salir de él era una ardua batalla. Entonces me acerqué lentamente, con cuidado de no condenarla.

Al contrario, la quería aún más por ello.

Me acerqué más, levantando una mano hasta que ella pudo sentirla cerca de su rostro.

—No eres un monstruo... eres simplemente perfecta.

Se mordió el labio, con un dolor evidente en su rostro. La culpa parecía arrastrarla a un lugar oscuro, pero yo no permitiría que se la llevaran.

Sentí su dolor como una navaja atravesándome por completo. Vallery parecía tan frágil, despojada de su propia esencia, como si la

hubieran arrancado de algo que aún intentaba comprender.

Mi toque vacilante rozó su rostro y ella cerró los ojos como si se permitiera, por un momento, descansar en el consuelo de una verdad que no le hiciera daño.

—Lo maté... pero no era lo que quería. —Se encogió ligeramente al pronunciarlo, casi como un secreto confesado.

—Lo sé, amor —susurré con firmeza, para que pudiera sentir la convicción de cada palabra.

Vallery se mordió el labio de nuevo y unas lágrimas silenciosas comenzaron a rodar por sus mejillas, manchando el rostro que a mis ojos seguía siendo perfecto, incluso en su forma demoníaca.

— Solo quería salvarte... quería que volvieras conmigo.

— Y he vuelto, mira, ahora estoy aquí. — Me acerqué aún más, hasta que el calor entre nosotros se hizo real, visible, tangible. — Soy todo tuyo.

Entonces ella miró el cuerpo inmóvil en la cama, y la expresión de arrepentimiento se apoderó de cada rasgo de su rostro.

— Pero Brian... él no se lo merecía. Lo utilicé y ahora está muerto.

Su dolor me atravesó como un eco y, en un susurro, dejé que la realidad de nuestras naturalezas también se impusiera, algo que solo nosotros podíamos entender y soportar.

— Lo siento mucho, Vallery... pero lo solucionaremos.

— ¿Hay alguna forma de traerlo de vuelta? —Levantó los ojos hacia mí, con un brillo de esperanza desesperada.

La miré y la angustia de saber la respuesta hizo que cada palabra pesara más que cualquier otra cosa que pudiera decir.

— Por desgracia, no, mi amor.

Ella enterró el rostro entre las manos, con los hombros temblando, y el llanto resonando en el silencio de aquella habitación.

Le sostuve el rostro entre mis manos, tratando de anclarla allí, acercándola a mí.

—No quiero volver a hacer algo así nunca más, Ky... No quiero volver a sentirme así nunca más.

Mi voz sonó como una promesa, cada sílaba una reafirmación de que la mantendría a salvo, incluso de sí misma.

— No tendrás que hacerlo. Todo irá bien, preciosa.

Vallery se apartó, con los ojos fijos en el espejo, donde su reflejo aún brillaba con ese aura demoníaca.

— Estoy horrible... — Miró las puntas de los cuernos, las alas en su forma bruta, y su expresión de melancolía me partió el corazón.

— No, no lo estás. — Sonreí, acariciándole la cara, con un tono juguetón para aportar algo de paz a ese momento—. Kell y Ken se volverán locos de deseo cuando te vean así.

—¡No! No quiero! —Sacudió la cabeza con un movimiento vehemente—. No quiero que nadie más me vea así. Ni siquiera yo soporto verme así...

Me acerqué de nuevo, tratando de transmitirle la aceptación que tal vez, en algún momento, ella también podría sentir.

— Puedes revelar tu verdadera forma solo a mí, cuando estemos juntos. Cuando estés más tranquila, puedo enseñarte a volver a adoptar tu forma humana. Y otras formas también, si quieres. Te acostumbrarás con el tiempo.

— ¿Eso significa que... ahora soy como vosotros? — Sus ojos se encontraron con los míos, confusos, pero empezando a comprender.

El roce de mi pulgar sobre su mejilla fue como un juramento.

—Siempre lo has sido, Vallery. Solo que aún no lo sabías. Mi princesa súcubo.

Vallery se había convertido en todo lo que yo sabía que podía ser, y al verla en ese instante, supe que, incluso en medio del caos, estábamos más cerca que nunca.

Su piel brillaba a la tenue luz de la habitación, como si la propia oscuridad la moldeara. Mis ojos absorbían cada detalle con una intensidad que rayaba en la desesperación.

No necesitaba nada más que ese instante, a ella en su esencia, de esa forma. Me invadió su presencia, su mirada que me cautivaba y su cuerpo que me invitaba sin palabras.

Su rostro se iluminó con una determinación que solo Vallery poseía. Sentí su boca deslizarse por mi cuello, bajando por mi pecho, como si tuviera un mapa de cada punto exacto para torturarme, para llevarme más allá de cualquier límite.

Con su ayuda, me quité la camiseta y la tiré hacia atrás, seguida de los viejos pantalones de chándal y las zapatillas que me había puesto sin calcetines, con las prisas por venir a encontrarla.

«Te he echado tanto de menos, Kyle...», susurraba entre besos, y su voz era un hilo caliente que recorría el camino entre mis hombros y mi pecho, acomodándose en el espacio vacío que había dejado su ausencia.

Sus manos se deslizaban por mi cuerpo sin vacilar, su tacto quemaba mi piel, encendiendo todo en mí. Ella sabía exactamente lo que estaba haciendo y, al mismo tiempo, me desarmaba.

Yo no era nada allí, excepto suyo.

Vallery me quería por completo.

Cada caricia me recordaba que lo que teníamos era más que puro deseo: era una fusión, un colapso de todo lo que éramos en nuestra esencia.

Ella seguía explorando cada línea de mi cuerpo con una intensidad que me consumía. Y me sentí completamente devorado, cada célula mía respondiendo a todo lo que Vallery hacía.

Y entonces mi princesa súcubo levantó la cara y sus ojos nublados por el deseo se fijaron en los míos, penetrantes e implacables.

—Dame todo lo que tienes, Kyle. Déjame ser finalmente tuya.

—Eres todo lo que nunca supe que necesitaba, Vallery —respondí, sin reconocer mi propia voz.

Ella me hacía parecer... vulnerable. Me hacía... un poco humano.

Mi corazón latía tan fuerte que parecía imposible que mi pecho pudiera contenerlo. Ella era implacable, absoluta. Acarició mi rostro como si cada segundo fuera suyo, y mis propios labios buscaron los suyos en un beso intenso, ardiente y posesivo.

Dejé que tomara el control, con los ojos fijos en los suyos mientras cada caricia y cada movimiento eran un hechizo. Bajó lentamente por mi cuerpo, explorando cada centímetro, con su boca deslizándose por mi piel de una manera que me hacía olvidar cualquier cosa fuera de esa habitación.

Sus labios dejaban un rastro de lujuria por mi cuerpo hasta que, finalmente, sentí el calor envolvente de su boca en mi polla, y la presión que ejercía me sumergió en un mundo de puro éxtasis. Cada movimiento, cada caricia, era una invitación silenciosa. La voracidad con la que se entregaba sin vacilar ni censurarse, todo lo que siempre supe que Vallery podía ser.

Me chupaba la polla lentamente, con la mirada fija en la mía, y cada vez que me tragaba, era como si se apoderara de una parte de mí. La sensación, e , de ser completamente suyo, de ser el único bajo su control ahora, era tan poderosa que casi no podía procesar el momento.

Toqué su pequeño cuerno, guiándola a un ritmo más intenso, sintiendo cómo aumentaba la excitación por mi cuerpo mientras observaba su rebelde cola moviéndose casi como un látigo detrás de ella.

Casi me reí de satisfacción, era hermoso de ver, pero sabía que Vallery todavía se resistía a aceptar su nueva forma, así que me contuve. Si hubiera tenido fuerzas suficientes, le habría mostrado mi

forma original también, pero a partir de ese momento no faltarían oportunidades.

Cuando finalmente se levantó, con los ojos brillando con la determinación de quien sabe exactamente lo que está haciendo, lo único que me quedó fue rendirme.

Se impulsó sobre mí y la levanté del suelo. El impacto de la intensidad fue como nada que pudiera haber imaginado. Sentí su cuerpo palpitando contra el mío, caliente y decidido, como si estuviera grabando ese momento en mi propia piel. Con sus piernas alrededor de mi cintura, la apoyé contra la primera pared que encontré frente a mí y guié mi polla hasta su entrada, penetrándola con toda la fuerza que aún tenía dentro de mí.

—Kyle... —gruñó, con la voz fallando en un tono que nunca había oído antes. Ella tenía el control, pero al mismo tiempo se entregaba, con la respiración entrecortada y urgente.

A medida que se movía, cada movimiento parecía una petición muda que solo nosotros entendíamos, una promesa de que nunca habría otra sensación como esa, ni otra persona que pudiera hacerme sentir lo que Vallery me hacía sentir.

Mi cuerpo reaccionaba a ella sin ninguna barrera, mis movimientos guiados solo por el deseo y la necesidad de entrelazarme con ella de una vez por todas. Ella me apretaba más contra ella, una mujer decidida a consumirme y a ser consumida al mismo tiempo, y en el momento en que nuestras intimidades chocaron con hambre y violencia, me di cuenta de lo mucho que éramos una sola entidad.

Ese momento no era solo lujuria, sino una fusión que quemaba y curaba. Me entregaba a ella sin reservas, moviéndome en sintonía con cada suspiro que soltaba, con cada petición que susurraba al envolverme más profundamente.

Hasta que, con su nombre resonando en mis labios y el mío en los suyos, nuestros cuerpos y esencias desembocaron en el clímax que nos embargó y nos elevó a lo inevitable, marcando para siempre nuestra existencia en un vínculo que nunca se rompería.

Nuestro orgasmo alcanzó una profundidad que no era humana ni podía serlo. Éramos dos seres, completos, en la cima de todo.

Yo era suyo. Siempre lo sería.



CAPÍTULO 33

Devorada por el destino

La primera sensación de realidad fue el calor que me rodeaba, un calor profundo que parecía tanto físico como algo que tocaba el alma.

Sentí un cuerpo encajado en mi espalda, unos brazos fuertes rodeando mi cintura en un abrazo posesivo. Mis sentidos, aún entumecidos, comenzaron a despertar, y el tacto era inconfundible, familiar de una manera que me hacía desear no abrir nunca los ojos. Era Kendric, su respiración rozando mi nuca, lenta y constante, un latido que parecía llenar el vacío que sentía. Aunque no veía, sabía que estaba desnudo. Ese momento, suspendido y entrelazado, tenía un toque de sueño. Solo que podía distinguir que era algo real.

Pero no se trataba solo de Kendric.

Sentía otra mirada sobre mí, una presencia densa, que me hacía estremecer de la cabeza a los pies. También sabía de quién era, así que abrí los ojos y encontré a Kellan, a pocos centímetros de distancia, también desnudo, con la intensidad de su mirada casi quemándome. Me observaba con una sonrisa sombría, que transmitía tanto deseo como una comprensión que nadie más podría tener de mí.

Extendió una mano hacia mi cara, acariciando mi piel con un toque ligero, como si quisiera asegurarse de que realmente estaba allí.

—Por fin te has despertado, nena... Mis pelotas están a punto de explotar —susurró, con los labios entreabiertos en una sonrisa pícara que ocultaba algo más profundo.

Una sonrisa cansada se formó en mis labios, pero pronto el amargo sabor de la realidad se impuso, trayendo los recuerdos. Las palabras salieron en un murmullo, cargadas de algo que no podía controlar.

—Kyle...

Una risa ronca escapó de Kellan, sus ojos bailaron con una mezcla de humor y celos, pero también con una ternura que nunca habría esperado.

— Sé que nos quieres a los tres, a cada uno a su manera... pero ¿podrías al menos no mencionar el nombre de mi hermano cuando soy yo quien está desnudo y con la polla dura delante de ti? — Su provocación era un extraño consuelo, una ligereza sombría que de alguna manera me sacaba a la superficie.

Detrás de mí, Kendric murmuró en un tono somnoliento, pero también posesivo, reforzando el abrazo alrededor de mi cintura:

—Y yo desnudo a tus espaldas. Jodidamente excitado, por cierto. —Sus firmes brazos alrededor de mí parecían dispuestos a mantenerme en el presente, como si supiera lo fácil que sería para mí volver a ahogarme en todo lo que había sucedido.

El recuerdo de Brian me golpeó como una navaja. Su imagen, inerte en la cama, la vida arrebatada en un instante que nunca podría recuperar. Sentí las lágrimas quemarme los ojos, cayendo sin control mientras la cara de Brian flotaba en mi mente.

Las siguientes palabras salieron en un hilo de voz quebrada, revelando la culpa que se enroscaba en mi interior:

— Hice... lo que había que hacer. Fui la amante perfecta, tal y como tú me enseñaste, Kendric... — La voz se me quebró al girarme ligeramente para mirarlo, encontrando en sus ojos un consuelo que solo él podía ofrecerme . — Y, Kellan... ahora por fin entiendo lo que sentiste aquella noche en el cementerio. Entiendo que causar la muerte de una persona puede pudrirnos por dentro de maneras irreversibles... lo siento... por todo.

La tristeza en los ojos de Kellan era profunda, pero no dijo nada, solo me atrajo hacia él, envolviéndome en un abrazo que transmitía más que consuelo. Era un vínculo de complicidad entre depredadores que habían encontrado, al menos allí, un refugio seguro.

Por un instante, sentí el alivio de saber que no estaba sola. Esa misma aceptación, extraña e intensa, me hacía darme cuenta de lo mucho que me comprendían.

—Está todo bien. —Su voz era grave y ronca, un murmullo que parecía resonar en la oscuridad de la habitación—. Nosotros nos encargamos de todo, nena. Va a llevar tiempo, lo sé... pero estamos aquí, contigo. Para ti. Por ti. Siente el peso, pero luego sigue adelante y nunca olvides quién eres.

Sentía la culpa ardiendo, pero con su presencia era un poco más soportable. Sus caricias me envolvían con una protección que, al mismo tiempo, era cruda y macabra. Y, sin embargo, era exactamente lo que necesitaba.

Kendric se inclinó más cerca y me susurró al oído:

— No olvides que te queremos precisamente por eso.

Una calma mórbida me invadió. Sentía la profundidad de lo que éramos ahora, la unidad que habíamos formado entre el dolor y la lujuria, la muerte y el amor. Cada respiración suya era un recordatorio de lo que nos unía, de lo que compartíamos y de lo destinada que estaba a ello.

Miré a Kendric y Kellan, mis ojos vagando de uno a otro, tratando de absorber la cruda verdad que latía entre nosotros. Una verdad que estaba más allá del tacto, del deseo, del miedo... algo que iba al centro de lo que éramos.

Yo, Vallery Hope, ya no existía solo como yo misma. Esa versión de mí misma se había perdido hacía tiempo, desvanecida en un amor profundo y oscuro que me había transformado en algo nuevo. Y ellos lo sabían.

—¿Me... vieron en ese estado horrible? —mi voz salió baja, tomada por una vulnerabilidad que intentaba, en vano, contener.

Kendric me miró con firmeza y su mirada tenía una dulzura posesiva que me hizo sentir el calor en cada centímetro de mi cuerpo.

—No vuelvas a decir algo así, Hope —me regañó, con una expresión intensamente feroz—. Daría una parte de mí por haberlo presenciado, pero cuando Kyle te trajo a casa, ya habías vuelto a tu forma humana. —Exhaló un profundo suspiro y se pasó la mano por el pelo—. Dijo que eres aún más hermosa y perfecta. Me morí de envidia, no lo voy a negar.

—Y fue aún más hijo de puta porque declaró que solo él tendrá el privilegio de verte así. —Kellan se rió, con una sonrisa llena de sarcasmo y cariño—. Ni yo ni Kendric podremos quitársela de esa manera.

Dejé escapar una risa, un sonido bajo e involuntario, pero que se intensificó al observar el claro y posesivo celo en el tono de ambos.

A pesar de lo que compartían, cada uno tenía una forma única de sentirme. Había una ferocidad territorial en ellos, una intensidad que los convertía, a cada instante, en una atracción inevitable, mi propia marca de perdición.

Y mi risa se convirtió en una sonrisa casi amarga cuando comprendí lo mucho que cada uno de ellos realmente me tenía, de una manera que nunca podría explicar.

A Kendric le entregué mi virginidad, mi cuerpo por primera vez sin reservas y mi total confianza.

A Kellan le di algo igualmente único, el permiso para descubrirme y explorar los límites entre el dolor y el placer que nadie había tocado jamás. No solo sexualmente.

Y a Kyle... le había dado algo tan completo que ni siquiera mi forma humana fue capaz de soportar. Le entregué mi primer sacrificio de amor y el atisbo de la esencia súcubo que ese sacrificio despertó en mí.

—Mi primer «te quiero» fue para él —se me escapó en voz alta, casi para mí misma, pero la verdad en mi tono los hizo estremecer.

Los ojos de Kendric brillaron y me acarició la cara, con un toque suave que contrastaba con la intensidad que existía entre nosotros.

— Cada uno de ustedes me tiene por completo, en diferentes matices —susurré, fijando la mirada en Kendric mientras le acariciaba el rostro con delicadeza, correspondiendo al gesto—. Te amo por ser exactamente como eres. Sin más ni menos.

Sentí que Kellan se movía a mi lado y, al volverme hacia él, le mordisqueé el labio inferior, dejando escapar una sonrisa.

—Y yo te amo por todo lo que crees que está mal en ti.

Kellan cerró los ojos, dejando escapar un profundo suspiro, y una nueva emoción se reflejó en sus ojos en cuanto los volvió a abrir.

Era algo que no podía descifrar, pero que me anclaba y me llenaba.

— ¿Y qué hay de mí, Vallery? —La voz familiar de Kyle resonó en la penumbra, firme y contenida, pero con una vulnerabilidad que él mismo nunca admitiría—. ¿Por qué me amas?

Me volví, y mi mirada se encontró con la suya, inmóvil en la puerta, la sombra de su cuerpo marcada por el contorno del espacio entre nosotros. No me di cuenta de cuándo entró, pero su intensidad era casi abrumadora, y la mirada que me dirigía contenía algo oscuro y posesivo. La penumbra parecía ser su aliada, un l marco que resaltaba el depredador que era, siempre al acecho, esperando el momento adecuado para atacar.

Me senté en la cama, abrazándome con una nueva certeza, el peso de la desnudez y la aceptación de quién era ahora.

—Te quiero, Kyle, por ser esa bomba de sentimientos peligrosos siempre a punto de explotar. —Y al decir eso, sentí el peso de las palabras reverberar por la habitación, alcanzando a cada uno de ellos.

Kyle se alejó de la puerta, con una sonrisa sombría jugando en sus labios mientras se acercaba, cada paso cargado de esa presencia devastadora que siempre me desestabilizaba.

Se detuvo junto a la cama con la mirada fija en la mía y luego se agachó, acariciando mi rostro con una devoción que casi dolía. Era una caricia que transmitía tanto deseo como vulnerabilidad, como si cada parte de él estuviera dispuesta a romperse solo para existir conmigo, en ese instante.

—Justo como le gusta a la clínica psiquiátrica, ¿no? —susurró, con voz baja y ronca, como un oscuro secreto. Se inclinó, rozando mis labios con los suyos antes de murmurar: —Solo quería tenerte... sin ningún límite.

—Y me tienes —repliqué, sintiendo cómo se aceleraba mi corazón, como si esas palabras clavaran aún más profundamente la inevitabilidad de lo que éramos.

Kellan y Kendric se acercaron, uno a cada lado, y sentí el calor de ambos a mi alrededor, cada caricia anclándome en esas sensaciones viscerales que ahora formaban parte de mi existencia.

Me incliné hacia Kendric y él me acarició el pelo con la mano, deslizando los dedos hasta mi nuca, como si me redescubriera en silencio.

Kellan, al otro lado, se acurrucó lentamente, depositando suaves besos en mis hombros, con una intensidad que mezclaba deseo y una quietud inusual.

La mirada de Kyle seguía fija en mí mientras su pulgar se deslizaba suavemente sobre mis labios, como si quisiera recordarme cada promesa implícita entre nosotros. El toque era casi reverente, pero al mismo tiempo cargado de un deseo tan fuerte que parecía a punto de explotar entre nosotros.

—¿Y ahora qué? —pregunté, con la voz llena de la certeza de que nuestra historia apenas comenzaba.

Kendric sonrió con malicia y me atrajo hacia él.

— Ahora, Hope, hemos sobrevivido. Juntos.



CAPÍTULO 34

TCC Demoníaco

La sala de la mansión Scottfield estaba sumida en una cómoda penumbra, con solo el brillo azul de la pantalla proyectada iluminando nuestras expresiones. Estaba sentada entre Kyle y Kellan, sintiendo su cálida presencia a ambos lados de mi cuerpo, mientras mis ojos seguían a Kendric, que parecía estar en su propio espectáculo de una sola noche, completamente emocionado con la «TCC demoníaca» que había preparado.

—¿Lista, señorita Hope? —Kendric ajustó el mando a distancia de la presentación con la seriedad teatral de un profesor universitario.

— ¿PowerPoint, en serio? —Kellan no pudo resistirse y le lanzó una mirada escéptica.

Kendric se encogió de hombros y me guiñó un ojo.

— Si dejara que Kyle o tú te encargaras de esto, nuestra Hope se escaparía de aquí para no volver jamás. Así que cállate y déjame explicarlo a mi manera... *Es para mi proyecto final* —comentó con una sonrisa pícara antes de pasar a la primera diapositiva.

— Creo que a estas alturas ya nada me sorprende, ¿verdad? —bromeé, un poco irónica.

—¡Te equivocas! —respondieron los tres al unísono, antes de mirarse entre sí con aire conspirador.

—Este es Asmodeus. —Kendric hizo clic en el control y, cuando apareció la imagen, casi escupo el agua que acababa de beber al

reconocer claramente el rostro de Brad Pitt. —Vale, sé que no es exactamente él, pero en mi *fanfic* usaría a Brad.

— ¡Concéntrate, Kendric! —gruñó Kyle, entrecerrando los ojos hacia su hermano.

—Ky, por favor. *¡No ahogues al artista!* —replicó Kendric, dramáticamente, y luego me miró con una sonrisa confiada—. Es uno de los siete príncipes cabrones del infierno, que tú conoces como el pecado capital de la lujuria, pero es mucho más que eso. Puedes buscarlo en Internet después y te confirmaremos qué es verdad y qué es *fake news*.

— ¡Céntrate, joder, Ken! —Kellan sacudió la cabeza y le tiró un puñado de palomitas a su hermano—.

—Asmodeus es nuestro padre—continuó Kendric, ignorando a sus hermanos y manteniendo la atención en mí—. El Sr. Scottfield. Su esencia es lo que corre por nuestras venas, lo que nos hace a mí y a mis hermanos diferentes de los íncubos comunes. Y por eso nunca has leído nada sobre seres como nosotros en tus investigaciones.

—Eres más bien un demonio de la palabrería —se burló Kellan, guiñándome un ojo.

Kendric puso los ojos en blanco, pero cambió de diapositiva, ignorando deliberadamente a Kellan.

— En fin, vamos al grano. Esta es la reina Lilith. —Señaló la nueva imagen, que, para mi sorpresa, era Angelina Jolie en su papel de «Maléfica». Contuve la risa mientras Kendric completaba: —Antes de juzgar, quiero dejar constancia de que nunca superé el final de «Brangelina», a pesar de todos los problemas. Como soy un demonio, tengo licencia poética.

—¡Concéntrate, Kendric! —bromeé, entrando en el juego y provocando risas ahogadas de los otros dos a mi lado.

— ¡Joder, Hope! Incluso tú —suspiró, un poco molesto, pero continuó—: Ya debes haber leído sobre ella en tus investigaciones...

—Sí —asentí, sintiendo una oleada de nerviosismo que me corroe.

Los ojos de Kendric tenían algo más, una verdad casi prohibida que parecía luchar por controlar.

Lilith era la reina de las súcubos. Ya había leído sobre las especulaciones de que fue la primera mujer de Adán. Considerada la madre de los demonios, una fuerza que se imponía contra el patriarcado celestial. La tentadora primordial, siempre descrita como irresistible, incontrolable y dotada de una belleza y ferocidad incomparables. Una personificación del deseo sexual indómito.

Kendric se inclinó hacia delante, sin apartar la mirada de mí.

—Lilith es tu madre, Hope. De ella heredaste la esencia que te hizo... despertar.

La sala quedó en completo silencio mientras asimilaba las palabras.

Sabía, en lo más profundo de mi ser, que algo así podría ser la raíz de todo, pero escucharlo en voz alta con la confirmación de una fuente confiable era... aterrador.

Al ser huérfana, ya había superado esa etapa de no haber conocido a mis padres biológicos, sobre todo cuando el padre Wendell, mi antiguo tutor, me reveló que ella era una prostituta que no pudo quedarse conmigo por mi propia seguridad.

Lo cual ahora resultaba muy irónico, ya que el origen de la palabra «súcubo» deriva del latín *succuba*, que significa «amante» o «prostituta»... Y Lilith... bueno, ella era lo que era y eso hablaba por sí solo.

Cómo llegué a estar bajo la tutela de un sacerdote católico era un detalle que ya ni siquiera me importaba. Cuantas menos complicaciones sobre los detalles de mi verdadero yo, mejor sería para asimilarlo todo más rápido.

Ya me había resignado. No había arrepentimientos.

—¿Por qué me he transformado solo ahora? —mi voz salió en un hilo, mientras intentaba mantener la calma ante cada revelación.

Me alegré de ser Kendric haciendo eso, de lo contrario, probablemente ya habría enloquecido.

— Ese poder siempre ha estado ahí, esperando la chispa adecuada —respondió Kyle.

Kellan me observaba atentamente, con expresión serena, como si estuviera esperando a ver cómo asimilaba cada revelación.

Yo no lo llamaría poder, sino maldición. Sin embargo, nunca se lo diría a ellos. No quería ofender sus orígenes ni los míos. Me llevaría un tiempo asimilarlo todo y acostumbrarme realmente.

Apenas podía articular palabra. Las piezas del rompecabezas encajaban de forma aterradora, pero cada revelación parecía sacar a la luz una nueva capa de la realidad que yo desconocía.

—Entonces... ¿soy un súcubo desde el principio? ¿Incluso antes de... estar con vosotros? —pregunté, casi sin aliento, tratando de entender dónde terminaba la vieja Vallery y dónde comenzaba esta nueva yo.

Kendric asintió lentamente, con una seriedad casi solemne en el rostro, mientras sus ojos reflejaban una comprensión suave y desarmante.

—Sí. De hecho... eres una *cambión* —respondió, con una voz que resonaba como una verdad inevitable.

Mi cabeza daba vueltas y, aún sin palabras, miré el rostro de Kendric esperando alguna aclaración que pudiera hacer que todo aquello fuera más... digerible.

— ¡Volvamos a las diapositivas! —Esbozó una discreta sonrisa y luego volvió su atención a la pantalla, pasando a la siguiente diapositiva—. Los íncubos, como ya sabes, son estériles por naturaleza. Nuestra... mierda roja no sirve para nada más que para intensificar el placer femenino, como una especie de droga súper adictiva —guiñó un ojo, pero su mirada era seria—. —Ahora bien, el semen de un hombre

humano sí puede ser recogido por un súcubo, que lo transforma en esencia demoníaca. Es el súcubo, asumiendo la forma de íncubo a través del poder metamórfico, el que puede fecundar a una mujer humana durante el acto sexual en el plano onírico. Así es como nace un *cambión*, un híbrido mitad humano y mitad demonio.

Las palabras flotaban, cada una cargada con el peso de una revelación increíblemente macabra.

—¿Puedo transformarme en un íncubo? ¿Y puedo... dejar embarazada a una mujer? —Mi mente se llenaba de preguntas que antes ni siquiera imaginaba posibles y que ahora parecían exigir respuestas urgentes.

Kyle se movió a mi lado, con el rostro adoptando ese aire de pura posesividad mezclado con una pizca de irritación, el tipo de expresión que, de alguna manera retorcida, le resultaba increíblemente atractiva.

—Puedes, pero no lo harás. —Había un toque de celos en cada palabra.

— Tendremos tiempo para que aprendas más sobre nuestro mundo, cariño —añadió Kellan, inclinándose y tomando mi mano entre las suyas—. Pero ahora, lo importante es comprender tu origen... raro y precioso.

Esas palabras me hicieron tragar saliva y fijé mi mirada en Kendric, esperando la siguiente revelación. Respiró hondo y pasó a una nueva diapositiva.

— Se suponía que solo eras una *cambión*, un híbrido común como tantos otros que hay por ahí. Pero tú eres diferente. —Su voz parecía cobrar peso—. Rara. Única. Difícilmente habrá otra como tú.

— ¡Kendric, suéltalo de una vez! —Perdí la paciencia, sintiendo cómo la expectación me corroe.

Nadie se atrevió a reaccionar ante mi arrebato.

— Lilith, como reina de las súcubos, tiene un poder inmenso. Cuando recogió el semen que te engendró, Vallery, no sabía que el

hombre al que drenaba era, en realidad, un ángel caído. Un ser celestial que había renunciado a su gracia para vivir como un simple humano en la Tierra.

— No... —mi voz se quebró y retrocedí unos centímetros, mortificada—. ¿Ahora me vas a decir que yo también soy un ángel?

—¡No! —respondieron los tres al mismo tiempo, como si necesitaran asegurarme esa realidad.

Kellan se pasó la mano por el pelo, mientras que Kendric, siempre tan bromista, estaba extrañamente serio.

— La esencia celestial de un ángel caído se unió al poder de Lilith, que en su forma de íncubo fecundó a una mujer humana y te engendró. Una híbrida con esencia celestial, demoníaca y humana. Un ser único al que llamamos *Cambion Fertilis.*

— Entonces... ¿esa soy yo? —Mis ojos se abrieron como platos ante mi expresión mortificada.

No sabía qué era más aterrador: el peso de lo que decía o lo que parecía latir silenciosamente alrededor de la habitación mientras procesaba esas palabras.

—Exactamente, nena. Por eso hemos venido a Thornvale. — Kellan puso su mano en mi hombro, y su tacto me transmitió una calma que casi se me escapaba.

—Para protegerla —añadió Kyle, con un tono de sinceridad que nunca hubiera imaginado escuchar de un demonio.

—Fuimos forjados por Asmodeus y enviados a esta vida, en estos cuerpos, para convertirnos en tus guardianes, Hope —sentencia Kendric.



CAPÍTULO 35

Guardianes de lo prohibido

—Descansa en paz, Brian... —Dejé las flores sobre la tumba, aún sintiendo el peso de la culpa desgarrándome el corazón.

Independientemente de haber despertado mi lado súcubo y descubierto mi origen mitad demoníaco, como heredera de la reina más poderosa del infierno, y mi lado celestial, como bastarda de un ángel caído de identidad desconocida, era mi lado humano lo que realmente me hacía un ser «único», como mis tres guardianes se empeñaban en decir.

Nunca consideraría normal quitarle la vida a alguien, aunque fuera sin intención, como consecuencia de mi naturaleza súcubo, cuya existencia hasta ese momento desconocía.

Kellan y Kendric, al igual que Kyle, tampoco sabían de esta posibilidad.

Para ellos, como *Cambion Fertilis*, yo era un ser raro debido a la esencia con la que fui forjada, que hacía de mi energía sexual un alimento potente para otros seres demoníacos, principalmente íncubos que se fortalecían a través del sexo con mujeres en el plano onírico.

Como la versión femenina de su especie, pero también mitad humana, los íncubos podían acceder a mí en el mundo onírico para alimentarse y fortalecerse a través del apareamiento... y como yo también poseía esencia celestial, mi energía vital no se agotaba como

ocurría con las humanas. Era como tener en mi sistema una batería recargable superpotente.

Fue precisamente para evitar que su única hija fuera víctima de violaciones demoníacas que Lilith me mantuvo en secreto y, con la ayuda de Asmodeus, envió a Kyle, Kellan y Kendric a Thornvale, nombrándolos Guardianes de lo Prohibido.

En este caso, lo «Prohibido» era yo.

Los tres nacieron en este mundo el mismo año que yo.

Estábamos destinados a estar juntos desde el principio.

Aunque sabían que podían alimentarse de mi energía vital a través del plano onírico, nunca lo hicieron, precisamente para mantener la barrera protectora que mi esencia celestial erigió de forma natural, impidiendo que mi identidad de *Cambion Fertilis* fuera rastreada por otros demonios durante mis sueños humanos. Por eso el *atrapasueños* no me afectaba negativamente, como le sucedía a Kyle, y me servía como talismán.

Del mismo modo, ellos también sabían que, debido a mi mitad humana, corría el riesgo de que me drenaran la energía vital si nos involucrábamos sexualmente en el plano físico, o peor aún: que mi esencia celestial se convirtiera en una bomba de relojería al tener mi cuerpo humano intercambiando fluidos corporales con demonios sexuales.

Por eso, esos tres idiotas posesivos, controladores y obsesivos, al mismo tiempo que me deseaban tanto, se esforzaban por mantenerse alejados de mí.

Por otro lado, siempre existía la posibilidad de que mi lado súcubo despertara cuando perdiera mi virginidad, al ser una heredera legítima de Lilith. Mientras eso no sucediera, no drenaría la vida de mis parejas, pero mi esencia celestial se activaría de la misma manera que en el plano onírico, recargando mi energía vital con su superpotencia cada vez que alcanzara un orgasmo.

Yo era realmente única...

Lo que le pasó a Brian fue... un desvío del camino.

—¿Estás bien? —La voz de Kellan me sacó de mis ensoñaciones y me volví para encontrarlo a unos pasos de distancia.

Prometimos que, una vez al mes, iríamos juntos al cementerio, para que yo pudiera visitar a Brian y él a su chica del club nocturno, Charlotte.

Sería nuestra penitencia y un recordatorio constante de que sentir culpa y arrepentimiento era lo que nos hacía un poco más humanos, aunque fuéramos depredadores.

— Me quedaré. Algún día.

—Kendric nos está esperando en Sigma Nyx. Ya ha recogido todas tus cosas y las chicas te están esperando para despedirse. Kyle también ha empezado a preparar la cena.

— ¿Francesa? —Hice una mueca involuntaria.

Kellan se rió, pero negó con la cabeza.

—¡Italiana!

Eché un último vistazo a la lápida con el nombre de Brian, pero sobre todo a su fecha de fallecimiento. Ese día quedaría grabado en mi memoria como un recuerdo eterno.

«Nunca te olvidaré, Brian. Perdóname... dondequiera que estés».

— Está bien. Vamos. — Lo alcancé con zancadas largas y él me abrazó, conduciéndome fuera del cementerio.

Cuando Kellan y Kendric me sugirieron que me acostara con un humano, la intención era que fortaleciera mi energía vital para luego provocar a Kyle hasta que no pudiera resistirse y cediera al deseo de poseerme. De esa manera, él se alimentaría de mí y yo no correría el riesgo de morir en el proceso.

La muerte de Brian, sin embargo, fue una fatalidad.

Los hermanos Scottfield no tuvieron en cuenta la noche de Halloween. Fue precisamente allí donde cambió el curso de mi naturaleza.

Pero no podía culparlos por ello. Yo también tenía mi parte de responsabilidad.

Fue mi deseo y obsesión por ellos lo que desencadenó la caída de la barrera de protección celestial que me impedía acceder al mundo onírico a través de la esencia demoníaca. Fui yo quien accedió a ellos a través de un sueño por primera vez, despertando en ellos un hambre incontrolable por mí, ya que me deseaban, aunque mantenían la distancia.

Yo misma incité a tres monstruos que luchaban contra el hambre y el ansia de devorarme. La noche de Halloween fue la forma «segura» que encontraron para saciar ese hambre sin hacerme daño. El velo entre los mundos era la brecha perfecta.

Pero no contaban con las variables.

Perder mi virginidad y explorar mi sexualidad de manera tan lasciva esa noche, con tres demonios sexuales, fue la chispa que hizo aflorar mi esencia demoníaca. Esto, en consecuencia, despertó mi lado súcubo.

Por eso murió Brian...

Fue el primer humano con el que estuve, sin saber que ya me había transformado. En lugar de solo fortalecerme con mi esencia celestial, sin querer, le drené toda su energía vital.

Zarah fue quien nos ayudó a armar esa parte del rompecabezas, con sus parafernalia mística, algunos hechizos antiguos y los grimorios de sus antepasadas.

El «lado bueno» de todo este lío sobrenatural era que no tenía que privarme del sexo con mis tres compañeros íncubos cuando estábamos en el plano onírico. Podían alimentarse de mí y fortalecerse sin drenar toda mi energía vital, ya que mi esencia celestial reabastecía constantemente el alma humana.

Esto mejoró mucho la dinámica de nuestra relación.

No tenía que compartir a mis hombres con nadie más, y ellos no se consumirían por permanecerme fieles. Además, ninguna otra mujer volvería a servir de «cena» para mis depredadores.

Por otro lado, seguía existiendo la restricción al sexo en el plano físico, ya que mi esencia celestial entraría en conflicto con la esencia demoníaca de los hermanos Scottfield durante nuestro intercambio de fluidos corporales, dañando mi esencia humana.

Otra revelación que me dejó mortificada fue la de «la mierda roja». No se trataba de semen, ya que los íncubos eran criaturas infértiles. Era más bien un veneno natural, que actuaba como una droga adictiva al ser eyaculado en el sistema reproductivo femenino. Era este veneno demoníaco el responsable de desarrollar el vínculo de obsesión entre las víctimas y los íncubos. En cuanto a las súcubos, los propios fluidos de la excitación femenina ejercían ese poder.

Cuando un súcubo recoge semen humano y lo transmuta en esencia demoníaca, y luego adopta la forma de un íncubo para fecundar a una mujer humana, el semen tiene el mismo color que la «mierda humana».

¿Quién estableció todas estas reglas? ¡Me encantaría saberlo!

¿Cómo me enteré de ellas?

Kendric fue muy atento y preparó un folleto al final de su conferencia, detallando todo lo que necesitaba saber sobre la «biología demoníaca». Incluía *una lista de* verificación y un *cuestionario* para poner a prueba mis conocimientos. Sí, se tomó muy en serio la misión de educarme sobre el nuevo mundo al que pertenecía.

De hecho, el hecho de que me sintiera muy débil después de la noche de Halloween no se debía solo al exceso de «esfuerzo físico», sino a que me habían inyectado ese veneno en el cuerpo.

Kyle tenía razón, jugaron con el peligro cuando me secuestraron esa noche y me atrajeron a sus juegos eróticos. Siendo los únicos íncubos materializados en el mundo humano, los tres acabaron

descubriendo las consecuencias solo después de haber cometido los errores.

Puede que no muera al entrar en contacto con el veneno, pero duele. Mucho. Sin embargo, es mi lado humano, sumado a mi energía celestial en conflicto con su energía demoníaca, nuestro mayor obstáculo.

Las únicas brechas que conocíamos para eludir las consecuencias eran: la noche de Halloween, cuando el velo entre los mundos se volvía tenue. Y el lunes nunca se considerará, porque nunca volvería a acostarme con un humano para drenar su vida y beneficiarme con orgasmos.

Además, eso no nos impedía divertirnos y disfrutar juntos, al no poder consumar el acto sexual. Y lo hacíamos todas las noches, desde que me invitaron a convertirme en residente fija en la mansión Scottfield.

Aunque éramos excesivamente sexuales, y no podía ser de otra manera, también nos estábamos conociendo mejor y aprendiendo unos de otros como individuos y como pareja.

El plano onírico también se convirtió en otra parte de mi mundo, de mi nuevo yo, y entregarme a Kyle, Kellan y Kendric en la dimensión de los sueños era... sublime.

Aunque todavía existía el riesgo de que otros demonios intentaran acceder a mi mente en busca de mi energía de *Cambion Fertilis*, nunca estaba sola cuando me materializaba allí.

Los Guardianes de lo Prohibido se convirtieron en mi sombra protectora.

Nos habíamos convertido en una unidad.



ACTO II

En un juego de poder donde la lujuria y lo sobrenatural se entrelazan, resistirse no es una opción y rendirse puede ser fatal.

Vallery Hope pensó que había encontrado su lugar junto a los hermanos Scottfield, pero el destino decidió poner a prueba sus límites una vez más.

Entre la devoción visceral de Kyle, Kellan y Kendric, y un vínculo prohibido que pone en peligro la unidad que han formado, la joven universitaria se ve obligada a afrontar su verdadera naturaleza antes de que una amenaza desconocida destruya todo lo que los cuatro han construido juntos.

Mientras resurgen viejos miedos y un peligro oculto comienza a acechar en las sombras, los cuatro se enfrentan a desafíos que trascienden todo lo que creían cierto.

Rendición, obsesión y amor prohibido. Cuando se traspasan todos los límites, el profundo vínculo que los une puede ser la salvación... o la ruina definitiva.

Ellos la eligieron. Ella los eligió. Pero ¿será suficiente para sobrevivir a lo que está por venir?



CAPÍTULO 36

Entre la luz y la oscuridad

La suave luz de la mañana se filtraba a través de las pesadas cortinas de terciopelo, tiñendo la habitación con un brillo dorado y opaco. Abrí los ojos lentamente, sintiendo el familiar tacto de las sábanas de seda contra mi piel. Era una sensación de lujo envolvente, pero también conllevaba una extraña melancolía.

Nada en la mansión Scottfield era lo que parecía ser. Incluso el sol parecía más tímido allí, como si tuviera miedo de invadir el territorio de los demonios.

Me senté en la cama, las sábanas resbalando hasta mi regazo, y dejé escapar un suspiro mientras los recuerdos de los últimos acontecimientos me invadían.

— ¡He vuelto! —Sonreí, aliviada.

Había pasado un año desde que los hermanos Scottfield entraron en mi vida con fuerza, transformando cada pedazo de mi aburrida realidad en algo oscuro y seductor.

Me convertí en algo que nunca había soñado ser: no solo una superviviente, sino alguien que vivía intensamente, con el alma entrelazada a la de ellos. Cada día que pasaba con Kyle, Kellan y Kendric era una mezcla de tentación, peligro y deseo e , y aún así ansiaba más. Era difícil explicar la intensidad que sentía al vivir bajo el mismo techo que los tres. Las energías que emanaban, la vibración que siempre parecía flotar en el aire, como una corriente eléctrica a punto de consumirme.

Cerré los ojos por un momento, sintiendo mi cuerpo dolorido. Halloween aún marcaba mi piel y mi alma, de formas que solo ellos y yo éramos capaces juntos. Las cuerdas del *shibari* que Kellan había utilizado habían dejado marcas rojas que eran casi artísticas en su crueldad erótica, y las mordeduras de Kyle parecían haber cicatrizado, pero aún podía sentirlas bajo mi piel.

Una sonrisa involuntaria tocó mis labios, aunque mi mente luchaba contra el recuerdo, tratando de ser más racional. No había forma de arrepentirme de lo que vivimos esa noche. Me entregué a cada uno de ellos, en sus formas de íncubo, de una manera tan completa que incluso ahora, sola en mi cama, todavía podía sentir las profundas marcas que dejaron en mi alma híbrida.

La precisión calculada de Kellan, la ardiente dulzura de Kendric y la fuerza brutal de Kyle... Me elevaron a niveles que nunca pensé que existían y amé cada segundo con cada uno de ellos.

«Cariño... si sigues así, acabarás pensando demasiado y durmiendo muy poco».

Me reí entre dientes, repitiendo las palabras que Kyle solía decir cuando me veía perdida en mis pensamientos.

«Pensar es un veneno tan peligroso como el toque de un demonio», decía con una sonrisa que siempre me hacía desear romper cualquier regla por él.

Pero mi depredador sin remedio tenía razón. Pensar demasiado hacía que la tortura de estar sola fuera aún más insoportable.

Elegir dormir en una habitación sin ninguno de los tres era una decisión que todavía me rompía un poco por dentro. Quería estar con ellos todas las noches, perderme en la presencia física de cada uno, pero sabía que era imposible.

No de verdad. No en el plano físico.

El peligro era real.

Las energías celestiales y demoníacas dentro de mí no encontraban un equilibrio seguro, y la posibilidad de que algo saliera mal siempre se cernía sobre nosotros. Dormir a su lado sin ceder a la tentación era casi imposible, por lo que tomé la decisión de mantenerme alejada.

Sentía el peso de esa elección, el deseo insaciable que solo se acumulaba, convirtiéndose en una necesidad que latía en mis huesos. A veces, me sentía como una prisionera de mi propio cuerpo, y ellos eran la llave para mi liberación. Pero una llave que no podía usar.

Todavía no.

Porque, en el fondo, alimentaba la ilusoria esperanza de que hubiera alguna manera de revertir nuestra incompatibilidad de esencias espirituales.

La toxina incubadora que expulsaban como semen, aunque seguía siendo un veneno para mi organismo, no era lo que realmente nos impedía intentar eludir las controversias. Ya habíamos abusado de la suerte algunas veces, cuando mi deseo era más desesperado que el sentido común.

Pero los tres hermanos crearon otra regla y esta implicaba no penetrarme ni siquiera por un segundo, por mucho que yo lo suplicara, a costa de cortarse el pene si fuera necesario.

Al principio, probamos algunas formas de darnos placer mutuamente sin que hubiera sexo con penetración, pero desde el momento en que me tocaban, tan pronto como sentía que me acercaba al orgasmo, era como si mi cuerpo estuviera a punto de explotar. Y por miedo a que eso sucediera realmente, Kyle, Kellan y Kendric dejaron de tocarme en el plano físico.

Esto se debía a que, al ser demonios de la Dimensión Onírica, el sexo a través de los sueños era tan satisfactorio como en mi mundo «real». Pero mi lado humano estaba desesperado por una liberación sexual tradicional de la especie.

¡Qué odio!

Nunca pensé que, si tuviera que elegir entre ser un ángel o un demonio, elegiría la segunda opción y renunciaría a la esencia celestial que me impedía estar con aquellos a quienes amaba de la forma más íntima y profunda.

Un orgasmo y mi certificado de defunción... ¿Qué pasaría si mi lado humano muriera?

Hasta ese momento, los únicos beneficios de tener esencia celestial en mi alma eran la posibilidad de alimentar a mis guardianes en el plano onírico... pero, en cambio, en el plano físico, cada día era una batalla contra mi propia libido.

—Estás pensando demasiado otra vez, ¿verdad? —La voz ronca y llena de encanto de Kellan resonó fuera de mi habitación, seguida de un ligero golpe en la puerta.

—Siempre —respondí, tratando de no reírme.

Kellan sabía exactamente cuándo estaba atrapada en mis propios pensamientos, como si tuviera un sexto sentido solo para mis angustias.

—Por fin te has despertado, lo hemos notado en cuanto has abierto los ojos. —Abrió la puerta, asomándose con esa sonrisa que era una promesa y un desafío al mismo tiempo—. Hemos hecho café. Si no apareces pronto, Kyle es capaz de venir aquí con media despensa en una bandeja.

Asentí con la cabeza, sintiendo cómo la calidez se extendía por mi pecho.

Ahora eran una constante para mí, una familia un poco retorcida, pero aún así, mi familia. Sabía que la cercanía de los tres era lo que me mantenía anclada, incluso cuando el deseo de estar más íntimamente cerca amenazaba con consumirnos.

—Ya voy —avisé, tratando de ocultar la vulnerabilidad en mi voz—. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Aunque había accedido a ellos en el plano onírico para alimentarlos mientras estaba inconsciente en el plano físico, había

perdido literalmente la noción del tiempo, pero se me había olvidado preguntarles sobre eso cuando estuvimos juntos.

—Quince días.

— ¿Qué? —Me sobresalté, pero enseguida me di cuenta de lo dolorida que todavía estaba y volví a sentarme en la cama.

— Te cuidamos muy bien, cariño... Ahora date prisa, te estamos esperando para desayunar.

— Está bien. — Asentí con la cabeza, observándolo cerrar la puerta detrás de él.

En cuanto saliera de la habitación para reunirme con ellos, tendría que ponerme mi máscara de seguridad y disimular el miedo que me invadía. Al menos hasta que entendiera lo que había pasado.

No podía preocuparlos sin saber siquiera de qué se trataba. Quizás solo había sido una pesadilla para impulsarme a regresar al plano físico.

—Todo va a salir bien, Vallery. ¡Tus guardianes te protegerán!

Por un momento, dejé que los recuerdos de Halloween me envolvieran. Me darían fuerzas para enfrentarme a los hermanos Scottfield con más confianza, porque nada ni nadie en este vasto universo me impediría estar con ellos hasta mi último aliento.

Después de todo, incluso el veneno más dulce puede tener un sabor irresistible. Y yo ya había elegido, hacía mucho tiempo, beber de esa fuente.

Eso significaba afrontar todas las consecuencias que se nos presentaran.

Independientemente del precio que me cobraran.

Por ellos, lo pagaría.



CAPÍTULO 37

Entre ataduras y placer

QUINCE DÍAS ANTES...
HALLOWEEN

Estaba en la sala de juegos de la mansión Scottfield, rodeada de sombras y luces oscilantes de velas, cada llama reflejándose en mis ojos ansiosos. La tela de la lencería blanca acariciaba mi piel, la liga apretaba mis muslos, mientras el velo de novia caía sobre mis hombros como un irónico recordatorio de la inocencia que nunca tuve.

El contraste del blanco virginal con la oscuridad que me rodeaba era intencionado, una provocación creada por ellos y por mí, porque yo quería provocarlos tanto como ellos me seducían.

La luz parpadeante captaba cada detalle de lo que tenía ante mí, y me perdí por un instante en la visión de Kellan en su forma de íncubo. Era impresionante, de una manera oscura y peligrosa que hacía que mi corazón se acelerara y mi cuerpo reaccionara de forma instintiva.

Su cabello, normalmente negro, sedoso e inmaculado, parecía tener un brillo más sombrío, como la propia noche de Halloween. Sus ojos eran igualmente negros, sin ningún rastro de luz, y había algo profundamente e e hipnótico en esa oscuridad. Cuernos retorcidos brotaban de su cabeza, majestuosos y demoníacos, mientras que unas alas de murciélago, inmensas y poderosas, envolvían su esculpido cuerpo. El rojo de su piel era casi carmesí, como si hubiera sido

pintado con el fuego del infierno, pero fue cuando mi mirada bajó cuando tuve que morderme el labio al contemplar el impresionante tamaño de su erección.

— Sé exactamente lo que estás pensando —provocó, con una sonrisa pícara jugando en sus labios—. Y sí, todavía me adapto a ti. — Arqueó una ceja, oscureciendo aún más sus ojos—. ¿Quieres probarlo?

Dejé escapar una risa, aunque el calor me subió directamente a la cara.

— Creo que te encanta presumir —intenté sonar provocativa, aunque estaba completamente deslumbrada por su aspecto—.

Kellan se acercó lentamente, con cada paso calculado, y el sonido de las garras de sus pies rozando ligeramente el suelo era un recordatorio de la criatura que era. Pero en lugar de sentir miedo, un escalofrío de placer recorrió mi cuerpo, aún más intensificado por la contención del *shibari*.

Sabía que Kellan era el maestro de las cuerdas, el guardián que utilizaba el *shibari* no solo como un acto de control, sino como un arte que exigía confianza y entrega total. Su mirada hambrienta brillaba con una combinación de adoración y oscuridad mientras pasaba los dedos por una de las cuerdas, ajustándola con cuidado.

—Puede ser —asintió con voz baja y cargada de deseo—. Pero también me encanta cuando te entregas a mí.

Se agachó hasta que sentí su calor infernal muy cerca. Las alas se levantaron ligeramente, creando un susurro de aire mientras pasaba los dedos por las cuerdas que marcaban mi piel. El toque era suave, casi reverente, y contuve la respiración, tratando de mantener el control.

—¿Confías en mí? —Sabía que la pregunta significaba más de lo que parecía.

—Sí —susurré y él asintió, como si fuera todo lo que necesitaba oír.

—Te voy a vendar los ojos —advirtió, revelando un trozo de tela negra entre los dedos, que no había notado antes, cubriendo mi visión de inmediato y sumergiéndome en la oscuridad.

Estaba completamente a su merced, y la vulnerabilidad de no ver nada hizo que mi cuerpo se encendiera con una expectativa casi dolorosa.

Sentí que mi respiración se aceleraba y mi corazón latía como un tambor.

—Kellan... —susurré, con la voz un poco temblorosa, pero era un miedo que se mezclaba con el placer.

Puso sus manos sobre mis hombros y me apretó ligeramente.

— Estoy aquí, nena. Siempre aquí. — Deslizó los dedos por mi cuello, pasando entre las cuerdas que sujetaban mi pecho y bajando hasta mi cintura. — Eres la única que me hace sentir cosas que pensé que nunca sentiría.

Los nudos del *shibari* atados a mí eran una obra de arte, dibujando patrones complejos alrededor de mi cuerpo. Trabajó con precisión, las cuerdas marcando mi piel como besos invisibles, dejándome a merced de sus deseos.

—Confiar en alguien para que te ate así es un acto de fe, ¿sabes? —murmuró, su voz acariciando mis sentidos como un suave toque—. No se trata solo de control. Para mí, se trata de protegerte. Tu seguridad está literalmente en mis manos. El *shibari* consiste en unir, pero también en liberar emociones... tanto para quien está atado como para quien ata.

Kellan siempre me sorprendía con la vulnerabilidad que escondía detrás de esa fachada de perfección metódica. Sus palabras hicieron que mi corazón latiera aún más fuerte y una ola de calor se extendió por mi cuerpo. El peso emocional de las cadenas invisibles que nos unían era abrumador.

Entonces volvió a tocarme la cara, deslizando las manos por detrás de mi cuello antes de atraerme hacia él para besarme. Sus labios eran una mezcla e e de cariño y dominio, y todo mi cuerpo respondió con un deseo que ardía incontrolablemente.

—Estás preciosa —susurró, con una voz cargada de una emoción que sabía que rara vez dejaba traslucir—. No puedo decidir si quiero contemplarte así para siempre o si necesito poseerte ahora

mismo. Podría admirarte durante horas... pero sería una tortura tanto para ti como para mí.

Sus palabras eran una mezcla de promesa y posesividad. Estaba atrapada, pero no me sentía vulnerable. Al contrario, me sentía valorada y bien cuidada, el centro de atención de un hombre que podía destruir el mundo si yo se lo pedía.

—¿Recuerdas la primera vez que jugamos con cera? —continuó, con la voz tan cerca que podía sentirla vibrar en mi piel—. Fue uno de los momentos en los que supe que eras mía, que confiabas en mí más que en ti misma.

Asentí, mi cuerpo reaccionando al recuerdo.

Sentí el olor de la vela muy cerca y el chasquido de la cera caliente al derramarse resonó en mis oídos. Me preparé, con todo el cuerpo temblando de expectación. La primera gota cayó sobre mi piel, justo debajo de la clavícula, caliente y sorprendente. Un gemido se escapó de mis labios antes de que pudiera contenerlo, y Kellan soltó una risa baja, ronca y cargada de deseo.

—Me encanta escucharte, ¿sabes? —Siguió derramando la cera, cada gota marcando mi piel con un calor dolorosamente placentero—. Me encanta cómo te entregas, cómo confías en mí... Es lo más preciado que tengo.

Las gotas caían siguiendo un patrón que solo él conocía, recorriendo mi abdomen y subiendo por mi cintura, y el calor hacía que mi cuerpo se arquease contra las cuerdas que me sujetaban. Estaba atada y, sin embargo, nunca me había sentido tan segura. Su voz era como un susurro hipnótico que me guiaba por un camino de sensaciones intensas.

—Estás tan perfecta así —ronroneó, mientras seguía dejando que la cera caliente creara patrones en mi piel.

El calor de la cera mezclado con el frío del aire acondicionado creaba un juego de sensaciones que me dejaba al borde de suplicar por más.

Kellan también siguió trabajando con las cuerdas, ajustándolas cuando era necesario, mientras sus manos se deslizaban por mi

cuerpo, a veces provocándome, a veces tranquilizándome. Las palabras susurradas eran una caricia emocional, una forma de recordarme que estaba a salvo incluso en las situaciones más intensas.

—Ojalá pudieras verme —su voz ahora cargada de una ronquera demoníaca—. Pero creo que dejarte imaginarlo es aún más divertido.

Solté una risa nerviosa y llena de deseo.

— ¿Un íncubo gigante... con una polla que parece haberse vuelto aún más grande? —bromeé y él se rió de verdad, el sonido profundo resonando en mí.

—No es culpa mía. Pero créeme, tu cuerpo se adapta perfectamente a mi tamaño. Estás hecha para mí, nena.

Sentí mi cuerpo temblar, cada músculo tenso bajo las cuerdas. Mi respiración se aceleró y sus palabras me encendieron por dentro. Kellan era una contradicción en carne y hueso: metódico y preciso, pero capaz de despertar en mí un caos que nunca podría controlar.

Deslizó los dedos entre las cuerdas que sujetaban mi torso, provocando mi piel con un toque ligero, casi reverente, antes de verter la cera de nuevo.

—Kellan... —mi voz salió en un gemido, y él apartó la vela por un momento, dejando que el calor de su propia mano sustituyera a la cera, trazando los caminos que había creado como si estuviera memorizando cada marca.

— ¿Aún confías en mí? —Había una suavidad en su voz que me desarmaba.

—Siempre —respondí sin dudar.

Kellan sabía cómo manejar mi cuerpo, pero lo que me dejaba cada vez más embelesada era cómo se preocupaba por cuidar mi alma.

Me colocó lentamente sobre una superficie suave, cubierta de terciopelo, y, aunque no podía ver, podía sentir su energía vibrante y sombría a mi alrededor, envolviéndome como un hechizo.

—Esta será nuestra primera vez así—. Había algo diferente en su tono de voz, una mezcla de expectación y amabilidad—. Entonces, quiero que sea exactamente como tú deseas. ¿Prefieres estar atada con las cuerdas o quieres que te suelte? —Colocó las manos a los lados de mi cara, acariciando mi piel con los pulgares, esperando la respuesta.

Me mordí el labio, pensándolo. Incluso con el cuerpo atado y a ciegas, sentía una excitación indescriptible. Pero la idea de que Kellan me soltara y me diera más libertad también era tentadora.

—Quiero empezar así —susurré, sintiendo cómo se formaba una sonrisa en mis labios—. Atada... Y luego, si no puedo aguantar más, puedes soltarme.

—Me vuelves loco, ¿sabes? —Se rió y sentí su aliento caliente contra mi oreja.

Bajó los labios por mi cuello, con su cola demoníaca enroscándose ligeramente alrededor de mi tobillo, un toque inesperado que me hizo estremecer. Me rendí a la sensación, completamente perdida en el ambiente que él creaba. Sus alas me envolvieron, casi como un capullo de calor, y la cola pronto se deslizó hacia arriba, acariciando mi pierna, mientras él hacía que el juego de seducción durara lo máximo posible.

«Hagámoslo bien», susurró, y cuando finalmente apartó mis bragas a un lado, supe que estaba exactamente donde debía estar: atrapada, segura y en las garras del demonio al que confiaba mi alma.

Kellan me tocó con la precisión de alguien que conocía cada centímetro de mi cuerpo, cada punto de placer que podía explorar para dejarme al borde del abismo.

A pesar de estar atada con las cuerdas, sentía que iba a explotar en cualquier momento y él lo sabía. Su tacto no era solo físico, sino algo que, i , penetraba directamente en mi interior, despertando un calor que me quemaba por dentro.

Comenzó con sus suaves besos, plantándolos a lo largo de la línea de mi mandíbula y bajando hasta mi cuello, donde mordisqueó y chupó, dejando un rastro de placer que me hizo soltar un gemido

ronco. Su cola demoníaca aún acariciaba mi pierna, creando un contraste entre el toque carnal y la posesión infernal. Él sabía cómo jugar con todas mis zonas erógenas y yo estaba completamente entregada.

—Eres tan sensible... tan deliciosa. —Sus labios bajaron hasta mi regazo, besando la piel marcada por la cera—. Quiero que sientas cada pedacito de placer que puedo darte.

Usó su mano libre para apretar ligeramente mi muslo, abriéndome aún más para él. Incluso en la oscuridad impuesta por la venda, podía imaginar sus ojos negros brillando, el elegante cuerno, las alas que ahora me envolvían casi como un capullo. Su cálido aliento alcanzaba mi abdomen, y yo estaba tan tensa por la expectación que parecía que mi corazón iba a saltar por mi boca.

—Relájate para mí, Vallery —susurró—. Te prometo que no te haré daño.

Su boca bajó más, hasta que retiró los dedos de mi interior y los sustituyó por sus labios sobre mi punto más sensible. El contacto fue como una descarga eléctrica, una explosión de placer que hizo que mi espalda se arquease y los nudos de las cuerdas presionasen mi piel aún más. Luché contra los temblores de placer, pero era imposible contener lo que él estaba despertando en mí.

Kellan no tenía prisa, y cada movimiento de su lengua era una promesa de más. Exploró mi cuerpo con una devoción que me hizo olvidar todo lo que nos rodeaba. Estaba perdida en él, perdida en el deseo, y cuando explotó el primer orgasmo, fue como una ola arrolladora, una marea de calor que me dejó sin aliento. El placer me golpeó con fuerza, mi cuerpo retorciéndose contra las cuerdas mientras gemía su nombre.

—Eso —susurró, con los labios aún contra mi piel, sintiendo los temblores que recorrían mi cuerpo—. Ahora sí estás lista...

Estaba tan perdida en el orgasmo que casi olvidé dónde terminaba el placer y comenzaba el peligro. Porque con los Scottfield, nunca había una línea clara.

Cada caricia era un hechizo. Incluso atada, me sentía libre y, en el fondo, sabía que eso era lo que más me gustaba.

— Necesito que me digas si prefieres que te suelte. Quiero que sea perfecto —recalcó en tono serio, con la punta de su pene ya presionándome, y supe que no había vuelta atrás—. ¿Estás lista?

Asentí.

Estaba lista. Siempre lo estaría, porque, al final, éramos uno.

Kellan sonrió y sentí cómo aumentaba el calor cuando presionó un poco más entre mis piernas, su presencia tan abrumadora como las alas que ahora creaban un capullo de calor a mi alrededor. La cola demoníaca rozaba mi piel, subiendo lentamente por mi muslo, y me rendí, completamente dominada por la oscuridad y el placer que solo él podía darme.

Incluso en medio de la niebla del placer, la presión de su entrada fue como un choque de realidad. Kellan se movió lentamente, entrando en mí con cuidado, y la sensación de tenerlo así, en forma de íncubo, era indescriptible. Parecía más grande, más profundo, y mi cuerpo tuvo que adaptarse a su tamaño, pero no sentí dolor. Solo una sensación de plenitud que rayaba en el éxtasis.

— Maldita sea —murmuré, con la voz entrecortada por los gemidos—. ¡Eres... eres realmente enorme!

—Te dije que estabas hecha a mi medida —Kellan se rió, un sonido ronco y lleno de placer, y sus caderas comenzaron a moverse a un ritmo lento y cuidadoso—. Cada parte de ti... se amolda a mi cuerpo a la perfección.

Cuando finalmente me penetró por completo, fue como si todas las ataduras y barreras desaparecieran. Kellan se movió dentro de mí, profundo y lento, como si estuviera esculpiendo recuerdos en mi alma.

Las cuerdas sujetaban mi cuerpo, pero no mi pasión.

—Kellan... —gemí, con los labios entreabiertos mientras él aumentaba el ritmo, cada embestida haciendo que mi mundo se desmoronara y se reconstruyera al mismo tiempo—. Esto... es tan bueno...

Bajó la cabeza, con los cuernos casi tocando mi piel, y sentí su respiración pesada.

—Eres todo lo que más amo, Vallery —murmuró, con la voz cargada de deseo y algo más profundo, que hizo que mi corazón se acelerara.

Sus alas batían suavemente a nuestro alrededor, creando una brisa cálida, y yo me aferré al placer que me proporcionaba. La sensación era indescriptible: las cuerdas aún apretaban mi piel, intensificando cada movimiento, mientras él se movía dentro de mí, llenándome de un placer que hacía que mi cuerpo temblara.

La presión dentro de mí comenzó a crecer de nuevo, y supe que estaba cerca de otro clímax. Pero entonces, un pensamiento atravesó la niebla del placer y recordé: él no podía correrse dentro de mí, no sin hacerme daño.

—Kellan... —lo llamé con voz temblorosa, pero urgente—. Suéltame... quítame la venda... Quiero verte cuando tú... —No pude terminar la frase, el placer me cortó, pero él entendió.

Él desaceleró, con una mano ya trabajando en las cuerdas que me sujetaban, mientras la otra apartaba la venda de mis ojos. La tenue luz de las velas inundó mi visión, y lo que vi hizo que mi corazón se detuviera por un instante. Kellan estaba deslumbrante en su forma de íncubo, con el pelo negro revuelto, la piel roja brillando con una capa de sudor, y sus ojos... tan oscuros y devoradores.

—Cariño... —gruñó, con el deseo dibujando líneas de tensión por todo su cuerpo. Salió de dentro de mí y me sujetó la cara con ambas manos—. ¿De verdad quieres verme así?

—Quiero todo de ti, Kellan. —Sonreí, sin aliento, pero sin miedo —. Siempre.

El placer era un veneno que ansiaba consumir y, cuando Kellan me soltó por completo, me monté sobre él, con las cuerdas deshechas aún dejando sus marcas en mí.

Montarlo era más que un baile erótico, era un acto de amor sombrío, un desafío que él aceptaba con una sonrisa jadeante.

Nuestros cuerpos se unieron en una sinfonía primitiva, donde el amor y el deseo eran indistinguibles.

Con las manos finalmente libres de las ataduras, las pasé por su pecho cálido y firme, sintiendo la textura sobrenatural de su piel roja, como si cada músculo estuviera esculpido por el propio deseo. Mi cuerpo aún palpitaba con la energía del orgasmo anterior, pero ahora, con la venda quitada, quería ver cada expresión de placer que dibujaba su rostro, cada detalle de su forma demoníaca mientras se dejaba llevar.

—Muéstrame, Kellan —murmuré, deslizando mis manos hacia sus hombros y luego hacia las alas de murciélago que se alzaban a nuestro alrededor. El tacto era suave, una membrana delicada que ocultaba una fuerza inmensa.

Se estremeció bajo mis dedos, con los ojos negros como la noche fijos en los míos, el brillo del deseo y el afecto reflejado en esas profundidades infernales.

Kellan se inclinó sobre mí, con la cola aún enroscada posesivamente alrededor de mi muslo, mientras sus caderas se movían a un ritmo que me dejaba sin aliento. Nunca hacía nada a medias. Cada embestida era calculada, cada movimiento servía para arrastrarme de vuelta al abismo, aunque ya estuviera completamente perdida.

—Eres tan hermosa... —gruñó, con una voz cargada de un fervor que me hizo estremecer—. ¡Tan fuerte y... perfecta!

Dejé que mis piernas se enroscaran alrededor de él, atrayéndolo aún más profundamente, y el calor que se extendió entre nosotros era casi insoportable, pero yo ansiaba más. Mis uñas arañaron su piel, dejando marcas que desaparecieron casi al instante, pero vi la sonrisa de satisfacción que esbozó, como si le gustara cada uno de mis posesivos toques.

Kellan continuó, los movimientos de sus caderas se volvieron más desesperados, más intensos, y supe que estaba cerca de su propio límite . La presión en la base de mi columna vertebral aumentó

y otro clímax comenzó a formarse dentro de mí, pero esta vez quería que él también llegara al clímax.

Él apartó un poco su cuerpo, con la respiración entrecortada y el sudor corriendo por su piel enrojecida.

— No voy a... —comenzó, con voz vacilante, y entendí lo que quería decir.

Kellan no permitiría que su toxina íncubo invadiera mi cuerpo de nuevo.

—Está bien —susurré, sosteniendo su rostro y mirando sus ojos llenos de hambre y amor—. Acaba para mí... quiero sentirte.

Gimió fuerte, su cola apretando mi muslo por última vez antes de salir de mi interior, todo su cuerpo temblando mientras sostenía su polla con una mano y, al instante siguiente, se derramaba en mi vientre, el líquido caliente y espeso manchando mi piel y mi lencería blanca. La temperatura era casi abrasadora, como si hubiera salido directamente de un horno infernal, y el contraste entre el calor y la temperatura fría de la habitación me hizo jadear mientras alcanzaba mi propio éxtasis.

—¡Joder, Vallery! —gruñó con voz jadeante y llena de necesidad, mientras observaba el resultado.

El líquido rojo bajó por mi vientre, manchando el encaje de la lencería y dejando un rastro que parecía marcar mi cuerpo como de su propiedad.

Cerré los ojos por un momento, absorbiéndolo todo: el calor, el olor metálico, la sensación de ser poseída de una manera tan completa y, sin embargo, segura.

Cuando volví a abrir los ojos, Kellan me miraba con una sonrisa cansada, pero había amor en cada rasgo de su rostro.

—Eres un veneno dulce. —Bajó la cabeza para besarme la frente—. Uno que me engancha cada vez más.

Sonreí y lo atraje hacia mí para darle un beso suave, con nuestras bocas aún mezclando pasión y cariño. A pesar de estar

cubierta por las pruebas de su placer, me sentía más limpia, más libre y más completa que nunca.

—Te quiero, Kellan Scottfield.



CAPÍTULO 38

Entre pasión y versos

Aún recuperando el aliento, apenas tuve tiempo de recomponerme cuando oí que la puerta se abría con un estruendo. Kendric entró en la sala, sus pesados pasos resonando en el suelo de piedra, en su forma de íncubo. La energía que irradiaba el benjamín de los Scottfield era una presencia dominante y magnética que hizo que cada nervio de mi cuerpo se despertara de nuevo.

Los ojos de Kendric eran de un negro profundo, pero diferentes a los de Kellan: tenían un brillo casi rojo que los hacía peligrosamente hipnóticos. Sus cuernos eran ligeramente más gruesos y menos curvados que los de su hermano, emanando poder, y sus alas de murciélago se alzaban, majestuosas y ligeramente deshilachadas en las puntas, como si cada trozo de piel llevara consigo historias de antiguas batallas. Era hermoso y letal, con la piel rojiza brillando con la tensión y la furia que no se molestaba en ocultar.

Deteniéndose en medio de la sala, su expresión dura se suavizó lo suficiente como para fijar sus ojos en mí. Pero entonces frunció la nariz y apretó la mandíbula.

—Kellan, hijo de puta... —gruñó, con los músculos del cuello tensos—. Ese olor a vínculo... —Señaló a su hermano, que ahora reía despreocupadamente, como si el territorio que acababa de marcar en mí fuera una broma.

— Ella también es mía —respondió Kellan con una sonrisa satisfecha, recostándose contra la pared, con las alas plegadas mientras observaba el caos que había dejado.

Pero Kendric no se divirtió. Se acercó a mí y, sin ceremonias, me cogió por encima del hombro como si fuera un peso ligero. Mis manos libres se aferraron a su espalda y solté un grito de sorpresa, pero el calor que emanaba de él era reconfortante, una protección que sabía que nunca se rompería.

—Vamos a limpiar este desastre, mi Hope —murmuró, con la voz aún cargada de celos territoriales, pero también de un cariño que era inconfundible.

Me llevó por los pasillos de la mansión y, aun así, me sentía segura. El calor de su piel enrojecida era diferente al que había sentido antes. Era más intenso, más sólido, y mi cuerpo parecía reconocer esa energía como una promesa de placer y confianza. Cuando finalmente entró en uno de los baños del ala de las habitaciones, vislumbré los azulejos oscuros y las velas encendidas. Una enorme bañera de hidromasaje ya estaba llena, con el agua caliente produciendo una fina capa de vapor.

Kendric me puso de pie y entonces sus manos, lo suficientemente fuertes como para romper huesos, fueron sorprendentemente gentiles al soltar el resto de las cuerdas que Kellan había dejado en algunas partes de mi cuerpo. Los nudos se deshicieron fácilmente y me miró con una mirada tan protectora que mi corazón se calentó.

—Déjame cuidar de ti —susurró, y la suavidad de su voz hizo que cerrara los ojos por un momento.

Empezó a quitarme la lencería manchada, deslizando la tela con cuidado por mis hombros y luego por mis piernas. Con cada prenda que me quitaba, sus ojos se volvían aún más oscuros, pero Ken mantuvo la tiara con el velo de novia, como si fuera un recordatorio de la delicadeza que quería preservar.

Me sorprendí riéndome y él arqueó una ceja, curioso.

— ¿Qué te hace tanta gracia?

— Pareces un dios del inframundo, pero me tratas como si estuviera hecha de cristal. — Mi voz sonó suave y él me dedicó una sonrisa torcida, algo que derritió cualquier barrera dentro de mí.

— Quizás solo quiero que veas mi mejor lado —respondió, pasando sus dedos por mis brazos desnudos, lo que me provocó un escalofrío.

Kendric me levantó de nuevo, esta vez con cuidado, y me metió en el jacuzzi. El agua caliente me envolvió, lavando el semen de Kellan mientras el calor relajaba los músculos aún tensos de mi cuerpo. Se arrodilló junto a la bañera, con las alas ligeramente cerradas a su espalda, pero no pude evitar admirar el poder bruto que emanaban. Sus cuernos parecían brillar a la luz de las velas y mi deseo por él creció aún más.

—Eres tan hermoso... —murmuré, y él bajó la cabeza, con un rubor que juraría haber visto aparecer bajo su piel rojiza.

No pude resistirme. Me incliné hacia delante y pasé la lengua por la base de su cuello, bajando hasta el hombro. La textura de la piel de Kendric era sorprendente, casi sedosa, pero había una firmeza que la hacía aún más irresistible. Él soltó un gruñido bajo y sentí su cuerpo temblar bajo mi tacto.

—Joder... —murmuró, y sus manos se sumergieron en el agua, agarrándome la cintura con una necesidad que sentí reflejada en la mía.

— ¿Qué pasa? —bromeé, lamiéndolo de nuevo, y esta vez soltó una carcajada, pero sus ojos tenían un brillo feroz.

— Me haces perder el control, ¿sabes?

Kendric entró en el agua, doblando sus alas antes de acomodarse detrás de mí. Me atrajo hacia su regazo y me giré para mirarlo, deleitándome con el calor de su cuerpo contra el mío. Estábamos tan cerca que podía sentir su corazón latiendo, un latido fuerte y constante que combinaba con el mío.

Pasé los dedos por su pecho, subiendo hasta sus cuernos, que eran cálidos y lisos al tacto. Cerró los ojos, dejando escapar un suspiro, y su reacción hizo que mi corazón se acelerara de nuevo.

Cuando abrió los ojos y me miró de nuevo, por un momento fue como si todo a nuestro alrededor hubiera desaparecido. Había algo en su mirada que parecía ver más allá de todas las máscaras que

yo llevaba, que veía incluso las partes de mí que yo no podía comprender.

Con una leve sonrisa, Kendric acercó una de sus manos para tocar mi rostro, sus dedos trazando delicadamente mi mandíbula.

—Cuando Jane Austen escribió en Emma que *«no hay encanto igual al de un corazón tierno»*, murmuró con una voz tan suave como el roce del agua a nuestro alrededor, creo que nunca imaginó que una frase tan simple pudiera describir exactamente lo que siento por ti.

Mi pecho se estrechó con la calidez que me provocaron sus palabras. Kendric tenía una habilidad inusual para mezclar el romanticismo clásico con su irresistible forma de ser. Era un lector, un hombre que valoraba el poder de las palabras, pero con un encanto que hacía que incluso las historias antiguas parecieran nuevas.

—Por eso siempre tienes un libro en la mano, ¿no? —le provoque, con una sonrisa formándose en mis labios—. ¡Porque no puedes resistirte a una buena frase efectista!

Él se rió, el sonido resonó en el baño, y me perdí en el brillo de sus ojos.

— Es más que eso, mi Hope —su grave voz se fue apagando—. Las palabras... los libros... son una forma de captar lo que el corazón siente, pero no puede expresar. Como cuando Shakespeare escribió, en Romeo y Julieta: *«Mi amor es profundo; cuanto más te doy, más tengo, porque ambos son infinitos*». —Se inclinó para apoyar su frente en la mía—. Y así es como me siento contigo. Cuanto más te amo, más amor tengo para darte.

Mi corazón se aceleró y no pude contener el suave gemido que se me escapó. Kendric no solo me seducía con su cuerpo, sino con su alma, con palabras que hacían que mi corazón se abriera y sintiera cosas que ni siquiera sabía que necesitaba.

—Siempre sabes cómo desarmarme— susurré, con la voz un poco quebrada mientras le sostenía el rostro entre las manos—. Y por eso te quiero tanto, Ken...

—Eres tan buena conmigo —susurró, alejándose lo suficiente para mirarme con una ternura que me desarmó—. No lo merezco,

pero tampoco pienso renunciar a lo que tenemos.

Sonreí al verlo tan entregado, un hombre que era una fuerza de la naturaleza, un demonio peligroso y devastador, ahora tan vulnerable e intensamente centrado en mí. Pasé los dedos por el par de cuernos de nuevo, sintiendo el calor que emanaban, y una ola de poder mezclado con deseo recorrió mi cuerpo.

— No pienso dejarte ir, así que más vale que te acostumbres — murmuré, con una sonrisa pícara formándose en mis labios.

Inclinó la cabeza para besarme, pero se detuvo a pocos centímetros de mis labios, provocándome con su proximidad.

— Eres un regalo que el infierno nunca mereció. Pero... tal vez yo pueda intentar merecerlo. — Su voz era un susurro seductor y la forma en que me miraba me hacía sentir adorada y deseada al mismo tiempo.

— ¿Intentando conquistarme con tus palabras de poeta, Ken? —lo provoqué de nuevo, con el deseo palpitando en mis venas.

Él sonrió de esa manera torcida que siempre me hacía derretirme y su mirada se volvió aún más intensa.

—Las palabras son armas poderosas, mi Hope —argumentó, deslizando los dedos por mi columna vertebral y atrayéndome aún más hacia su cuerpo—. Especialmente cuando se combinan con el toque adecuado.

Y entonces me besó, pero no fue un beso apresurado. Fue lento, explorador, como si estuviera dibujando poesía con la boca, cada movimiento de sus labios contra los míos me hacía ansiar más, mientras deslizaba las manos por mi espalda, los dedos tocando mi piel con reverencia.

— Pero, ya que lo mencionas... — Sus labios rozaron mi oreja. — Quizás deberías saber que tengo más que compartir.

Su voz estaba cargada de promesas y, antes de que pudiera preguntar, me abrazó con más fuerza, sus labios trazando suaves besos a lo largo de mi cuello.

— ¿Has oído hablar de Lord Byron? El maestro de las pasiones prohibidas... — Su boca bajó por mi clavícula. — Él escribió: *«Ella camina con belleza, como la noche de climas sin nubes y cielos estrellados».* — Se detuvo, sus ojos ardientes encontraron los míos, y el deseo en su expresión casi me dejó sin aliento. —Eres la noche en la que siempre he querido perderme, Vallery.

Mi cuerpo se encendió con sus palabras, mi piel hormigueaba mientras Ken usaba su voz como un hechizo, mezclando romance y seducción de una manera que solo él sabía hacer. Lo sentí moverse, sus manos bajando hasta mis muslos bajo el agua, apretándome con una necesidad que empezaba a ser abrumadora.

—Lord Byron era un mujeriego sin escrúpulos —intenté mantener la voz firme, pero fracasé estrepitosamente—. ¿Y si la noche es peligrosa? ¿Y si te engulle y nunca te deja escapar?

La sonrisa de Kendric se amplió y él inclinó la cabeza para besarme de nuevo.

—Que así sea —susurró contra mis labios—. Que me trague esta oscuridad y me devore.

Al atraerme aún más hacia él, el agua que nos rodeaba se agitó, y las suaves olas reflejaron la intensidad que crecía entre nosotros. Sus labios bajaron hasta mis pechos, besando cada curva con una devoción que me hacía arquearme de deseo, y cuando empezó a mordisquearlos suavemente, gemí y mis dedos se cerraron alrededor de sus fuertes hombros.

El calor del agua del jacuzzi parecía intensificar lo que ya ardía entre nosotros, pero él no tenía prisa. Me apreciaba como si estuviera leyendo una novela en la que cada palabra debía saborearse, cada emoción registrarse.

—Eres peligroso —murmuré, mordiéndome el labio inferior, tratando de controlar la ola de necesidad que comenzaba a consumirme—. Usas todo tu repertorio literario para dejarme a tu merced.

Kendric tenía una forma de usar la novela para dejarme completamente vulnerable en sus manos, pero yo sabía que no era

solo un juego: era su alma de poeta y seductor, un demonio apasionado que usaba las palabras como arma y el deseo como combustible.

Sonrió de esa manera torcida que hacía que todo mi cuerpo ardiera.

—Y te gusta estar así, ¿verdad? Dime, ¿qué más puedo decir para hacerte perder el control? —Su voz era un gruñido cargado de expectación—. Dime lo que quieras, Vallery. Te lo daré todo.

El calor subió por mi cuerpo y una sonrisa jugó en mis labios mientras pasaba mis manos por sus cuernos, acercándolo más a mí.

— Ya lo sabes... muéstrame lo que significa ser amada por un demonio romántico.

— Entonces, déjame hacerlo bien... —Se rió suavemente, pero había una urgencia en sus ojos, algo que era tanto depredador como amante.

Nuestras bocas se encontraron en un beso hambriento, cargado de lujuria y ternura al mismo tiempo. Sus labios eran firmes, moviéndose contra los míos con necesidad. El agua del *jacuzzi* se balanceaba a nuestro alrededor, envolviéndonos, pero era su calor lo que me hacía arder.

Gemí contra su boca, sintiendo sus manos subir por mi espalda, trazando caminos de placer en mi piel. El beso era una danza entre fuerza y ternura, y cada movimiento parecía prometer algo más.

El deseo crecía en espirales insoportables, y lo único que quería era entregarme a ese baile lento que él estaba coreografiando con tanto cuidado. Cuando finalmente nos separamos, estábamos sin aliento, y sus ojos negros brillaban con una lujuria descomunal.

Kendric era tan poeta como demonio, pero lo que realmente importaba era que era completamente mío. Mi amante, mi protector y un hombre que sabía cómo convertir el romance más clásico en algo salvaje e inolvidable.

—¡Me vuelves loca! —gruñó, y su enorme polla, que había intentado ignorar desde que me senté en su regazo, presionaba

contra mi abdomen, caliente y gruesa, como una promesa implacable.

Me aparté lo suficiente para mirarlo y no pude evitar sonreír, aunque mis labios temblaban de anticipación.

—No puedo creer lo grande que es —bromeé, deslizando mi mano por toda su rígida longitud. La polla de Kendric era enorme en su forma de íncubo, aún más grande que en su forma humana, y la textura era ligeramente diferente, más caliente, casi palpitante con una energía infernal—. No hay manera... ni siquiera puedo ponerla entre mis pechos como la otra vez.

Él se rió, pero había un tono desafiante implícito en ello.

— Entonces, ¿por qué no lo intentas con la boca? Quiero sentir cómo me exploras.

Todo mi cuerpo se encendió con la expectación y me mordí el labio inferior, sintiendo cómo la excitación subía en oleadas por mis venas. La idea de tenerlo en mi boca, de explorar cada centímetro con mi lengua, me puso ansiosa. Quería probar el sabor de Kendric, sentir cómo era chupar a un demonio, literalmente, y descubrir qué más podía ofrecerme su forma de íncubo.

— ¿Ansiosa por eso, mi Hope?

—Sí...

Kendric me levantó sin mucho esfuerzo y salió del agua, con las gotas resbalando por su piel enrojecida mientras se sentaba en el borde de la bañera. Sus alas se doblaron ligeramente y su cola se enrolló alrededor de la base de la bañera como si fuera un guardián silencioso. Lo seguí, arrodillándome en el agua caliente, sintiendo la espuma deslizarse por mi cuerpo mientras me acercaba.

Su polla estaba justo delante de mí, palpitante e inmensa, y el olor que emanaba era embriagador, algo que solo podía describir como infernalmente masculino. El glande era ligeramente más ancho y las venas que lo recorrían brillaban con un calor sobrenatural.

Empecé despacio, lamiendo la base y subiendo con la lengua, saboreando la textura cálida y suave. Él soltó un gemido gutural, cerrando los puños mientras yo continuaba. El sabor era diferente a

cualquier otra cosa, con un toque metálico que no era desagradable, sino exótico, casi adictivo. Diferente a cuando estaba en su forma humana.

—Vallery... —susurró, con la voz fallando mientras yo lo provocaba, mi lengua rodeando la cabeza antes de tomarlo en mi boca, lentamente, ajustándome al tamaño.

La sensación de tenerlo llenando mi garganta era una mezcla de desafío y placer. Usé las manos para sostener el resto de la extensión, moviéndome con un ritmo que sabía que lo volvía loco.

Él echó la cabeza hacia atrás, los cuernos casi brillando a la luz de las velas, y sus ojos se cerraron, un gruñido salvaje escapando de sus labios. Su cola se contrajo y sus alas se agitaron, pero Ken se mantuvo firme, dejándome explorarlo.

Con cada movimiento, sentía cada una de sus reacciones, la forma en que su cuerpo temblaba bajo mi tacto. Mi excitación no hacía más que crecer, mientras el calor del agua del *jacuzzi* hacía que mi cuerpo reaccionara casi sin control. Quería más, quería oír su grito de liberación, quería saborear su placer, aunque sabía que había un límite que él no se permitiría traspasar.

—Joder... —se le escapó, con las manos encontrando mi pelo por encima del velo que ya estaba mojado, sujetándolo suavemente mientras yo me movía, con mi boca y mi lengua explorando cada parte de su deliciosa polla—. Eres... jodidamente perfecta...

Sonreí por dentro y continué, sabiendo que estaba exactamente donde debía estar: sintiendo el placer que solo un demonio como Kendric podía proporcionarme.

Me incliné hacia delante, presionando mis pechos alrededor de la polla de Kendric mientras él se movía, el calor del agua del *jacuzzi* aún chorreando por nosotros, mezclado con el deseo que ardía en cada respiración jadeante. E , me sujetó la cabeza con sus grandes y fuertes manos, pero el toque era suave, casi reverente, mientras se acercaba a su límite.

— ¡Mierda! ¡Me voy a correr! —gimió, con un tono ronco e irritado, pero cargado de pasión.

Lo miré, con los ojos fijos en los suyos, y la expresión de puro placer en su rostro hizo que mi propio cuerpo palpitara de necesidad.

Kendric gruñó profundamente y sentí el calor de la toxina íncubo derramándose entre mis pechos, espesa y ardiente, a una temperatura tan intensa que me hizo temblar. La «mierda roja» corría por mi piel, y verlo desmoronarse de placer, con las alas abiertas y los cuernos brillantes, era suficiente para dejarme en éxtasis.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en mis labios mientras absorbía la sensación de tenerlo completamente entregado a mí.

Antes de que pudiera reaccionar, Kendric me sacó del agua con un movimiento rápido pero cuidadoso, sacándome de la bañera con facilidad. Me puso de pie por un segundo, solo el tiempo suficiente para arrancarme la tiara con el velo de la cabeza, lanzándola lejos, y luego girar mi cuerpo mientras me inclinaba suavemente hasta que quedé a cuatro patas en el frío suelo del baño. El contraste de la temperatura de la cerámica con el ardor de mi piel me hizo jadear, pero el calor de sus manos en mis caderas pronto sustituyó al choque del frío.

Me volví para mirarlo por encima del hombro, y verlo todavía en forma de íncubo era como un sueño oscuro hecho realidad. Me sujetó la cadera con una mano mientras la otra se deslizaba por mi espalda, acariciándome con una ternura inesperada, a pesar de la posición y el deseo lascivo.

—Eres... una obra de arte —el sonido de su voz baja y ronca envió oleadas de placer directamente a mi coño, que ya goteaba de anticipación—. ¡Mi eterna tentación!

Se colocó con destreza, entrando en mí lentamente, una sensación abrumadora. Su polla era muy gruesa, pero me fue llenando sin prisas y, cuando la tuve completamente dentro de mí, gemí alto, con los brazos y l e temblando bajo el peso de la intensidad. Cada uno de sus movimientos era profundo, pero Ken tenía cuidado de no ser demasiado brusco. Podía sentir el control que ejercía sobre sí mismo, aunque la lujuria lo consumía.

—Estás tan apretada, Hope —gruñó, manteniendo los dedos clavados en mi cintura mientras comenzaba a moverse, empujando con un ritmo firme y calculado—. Tan deliciosa... ¡tan mía!

Las palabras obscenas y románticas se entrelazaban, y cada una hacía que mi corazón latiera aún más fuerte. El placer creaba en mi interior una tensión que se extendía por todo mi cuerpo, desde la base de mi columna hasta el calor que se extendía entre mis muslos. Kendric me sostenía como si fuera preciosa, incluso mientras me tomaba con tanta fuerza que me dejaba sin aliento.

—¡Más! —exigí con un gemido urgente y él obedeció, aumentando el ritmo, pero manteniendo ese cuidado que hacía que mi pecho se apretara con más que lascivia.

El sonido de nuestros cuerpos al encontrarse resonaba en el baño, mezclado con sus gemidos y las palabras que murmuraba mientras se metía profundamente dentro de mí.

— ¿Te gusta así? —preguntó en un susurro áspero—. ¿Te gusta que te folle aquí, a cuatro patas, donde puedo verte entera?

No podía articular palabra, solo asentí, perdida en el placer, y cuando volvió a empujar profundamente, mi visión se nubló y el orgasmo me golpeó con una fuerza casi devastadora. Mi coño se contrajo alrededor de su polla y grité su nombre sintiendo cómo cada ola de placer me derribaba como una tormenta.

Mi cuerpo aún temblaba con los últimos ecos del orgasmo, pero Kendric no disminuyó el ritmo. Al contrario, al observarlo por encima del hombro, fui testigo de cómo su mirada depredadora se intensificaba aún más, el par de alas extendiéndose al máximo, creando un escenario de poder bruto que me dejó sin aliento de nuevo. Me sujetaba con firmeza por la cintura, hundiendo sus dedos en mi piel mientras seguía moviéndose dentro de mí, cada embestida arrancándome gemidos que ya no podía controlar.

— No, mi Hope —gruñó en un tono salvaje, empujando profundamente una última vez y luego inclinándose hacia atrás y tirando de mí con él—. ¡No vamos a parar hasta que te haga correrte otra vez!

Sentí sus manos deslizarse por mi cintura, guiándome hasta que estuve completamente sentada sobre él, todavía de espaldas, con su enorme polla completamente enterrada dentro de mí mientras Ken ajustaba nuestra posición, impidiéndome interrumpir la íntima conexión ni siquiera por unos instantes.

Mi cuerpo aún palpitaba de placer cuando deslizó una de sus manos hacia mi cuello, sujetándolo con cuidadosa firmeza, ejerciendo su poder y control ante mi vulnerabilidad humana. Sin embargo, lo que dijo a continuación me dejó boquiabierta, pero me hizo comprender por qué me había colocado en esa inusual posición.

«Tú eres mi reina», susurró con voz llena de devoción, mientras su otra mano bajaba hacia mi vientre. «Y yo soy el trono sobre el que reinas».

Gemí, el sonido escapando de mis labios sin que pudiera contenerlo, mientras él me apretaba ligeramente el cuello, manteniéndome cautiva de una manera que solo aumentaba mi placer. Kendric me sujetó allí, con la mano abierta contra mi pelvis antes de empezar a jugar con mi clítoris, sus dedos comenzando a moverse en círculos lentos y provocativos, haciendo que todo mi cuerpo se encendiera de nuevo.

—Ahora muévete para mí —ordenó con voz baja y llena de deseo—. Quiero sentir cómo me llevas al límite.

Obedecí, moviendo las caderas en círculos lentos y sensuales, sintiéndolo muy dentro de mí. Cada movimiento hacía que el placer volviera a aumentar, y la forma en que me sujetaba, con una mano firme en mi cuello y la otra estimulándome, hacía que mi corazón se acelerara. Me sentía poderosa, completamente en control, pero al mismo tiempo, completamente a su merced.

—Eso, mi reina... —gimió Kendric, cerrando los ojos mientras yo me contoneaba sobre su regazo, perdiéndome en el ritmo que creábamos juntos—. Dame todo lo que tienes.

El placer era tan intenso, tan devastador, que sentí que mi cuerpo se preparaba para derrumbarse de nuevo. Él seguía tocándome, con el dedo presionando mi clítoris al ritmo perfecto,

mientras la otra mano me sujetaba con una posesividad que me hacía sentir adorada.

—¡Ken! —gemí, con la voz quebrada, casi sin aliento, mientras el clímax volvía a subir. Y cuando finalmente alcancé el clímax, mi cuerpo se contrajo a su alrededor y grité, el placer se extendió como fuego, quemando cada parte de mí mientras él me sostenía con firmeza, adorando cada segundo.

—¡Vallery! —gimió mi nombre, relajando la mano que tenía en mi cuello, y me dejé caer contra él, agotada, pero completamente saciada, mientras él, con la respiración tan jadeante como la mía, prometía: —Pasaré el resto de la eternidad tratando de merecer esto...

Sabía en lo más profundo de mi corazón que Kendric hablaba en serio. Y me derretí con la declaración, el calor creciendo de nuevo en mi pecho, y antes de que pudiera responder, envolvió mi cuerpo completamente con sus fuertes brazos.

Con un movimiento ágil, me suspendió en el aire, abriendo sus alas en un gesto poderoso. La sensación de estar flotando, como si estuviéramos fuera del mundo, era casi mágica. Gemí cuando se retiró lentamente de dentro de mí, el placer dejando un rastro embriagador.

Con un último gemido ronco, Kendric se corrió, el calor corriendo por mi trasero mientras me mantenía suspendida, su cuerpo temblando contra el mío. Los dos estábamos jadeando, y una suave risa escapó de mis labios, la sensación de éxtasis y felicidad haciéndome olvidar todo lo que no fuera el presente.

Lo miré por encima del hombro, con una sonrisa pícara formándose en mi rostro:

— Sabes que eres tú quien va a limpiar este desastre, ¿verdad?

Kendric se rió, un sonido que pareció vibrar en mi piel, y me atrajo hacia él, con los brazos aún sujetándome con fuerza.

— No pasa nada, mi Hope —respondió, con la voz cargada de emoción y diversión—. Por ti, limpiaría cualquier cosa... incluso el mismísimo infierno, si fuera necesario.

Los dos nos reímos, y Ken me abrazó con cariño mientras bajaba suavemente al suelo, con las alas plegadas a la espalda. La sensación de ligereza y plenitud aún flotaba en el aire mientras me giraba para abrazarnos, y sentí que nada podría romper lo que teníamos.

—*«La miró de la manera en que todas las chicas querían ser miradas»*, cité, con la voz aún temblorosa, la cara apoyada en su pecho sudoroso mientras sentía los latidos acelerados de su corazón.

Era una frase de *El gran Gatsby*, el libro favorito de Kendric, y sabía que él entendería la profundidad que había detrás de esas palabras.

Contuvo la respiración por un instante, como si estuviera asimilando lo que había dicho, y luego apartó la cabeza lo suficiente para mirarme, dejando que una suave sonrisa curvase sus labios. El brillo de sus ojos se intensificó aún más, casi sombrío, mientras deslizaba las manos hasta mi cadera, sujetándome con posesividad.

Se inclinó para besarme, un toque ardiente y cariñoso, antes de susurrar contra mis labios:

— *«La amaba. Y este es el principio y el final de todo».* — Respondió con otra cita del libro, con voz grave y cargada de emoción.

Su sinceridad y devoción hicieron que mi corazón se acelerara.

Y en ese momento, incluso con la oscuridad que nos rodeaba, todo parecía perfecto.



CAPÍTULO 39

Entre el instinto y la devoción

Después de otro baño para limpiar los fluidos de Kendric de mi cuerpo, me puse una bata de seda azul oscuro que me dio Kyle. La tela parecía deslizarse por mi piel aún sensible como un toque de promesa, y me sorprendí sonriendo mientras tocaba delicadamente el cuello. De todos los hermanos Scottfield, el mayor era el que más me mimaba con regalos y siempre lo consideré un regalador nato, alguien que sabía elegir los detalles que marcaban recuerdos.

Siempre se esforzaba por sorprenderme, le encantaba ver el brillo en mis ojos cuando me entregaba algo que sabía que me iba a encantar. Y, como todo lo relacionado con Kyle, la bata tenía un toque de lujo irresistible y de posesividad velada.

Bajé las escaleras hasta el vestíbulo de la mansión, con los pies descalzos apenas haciendo ruido y la ansiedad creciendo a cada paso. Sabía que Ky había decidido ser el último de esa noche, porque después de entregarme a él por completo, estaría destruida para cualquiera de los otros dos hermanos.

Aunque era absurdamente controlado en sus instintos, nunca se preocupó por reprimir su ferocidad territorial hacia mí, especialmente después de que consumáramos nuestro vínculo sexual la noche en que mi lado súcubo despertó.

Kendric y Kellan nunca me vieron en mi forma original por eso. Era mi regalo especial para Kyle y quitárselo le haría mucho daño. Sus e s hermanos lo sabían y respetaban la decisión, aunque se morían de curiosidad.

Pero nada me preparó para lo que estaba a punto de presenciar. En cuanto me detuve en el último escalón, el aire se escapó de mis pulmones y mi pecho se apretó con una mezcla de admiración y emoción.

Lo había visto ligeramente cuando se me había revelado junto con sus hermanos en la sala de juegos, porque les pedí que esa noche me poseyeran en sus formas originales. Pero fue demasiado rápido para que lo memorizara, porque pronto él y Kendric me dejaron a solas con Kellan.

Era la primera vez que lo veía en su forma de íncubo y el impacto fue abrumador. El aire se cargó de electricidad cuando se volvió al sentir mi acercamiento.

Kyle siempre había sido una presencia que hacía que el mundo pareciera más vibrante, pero ahora estaba absolutamente deslumbrante. Era un demonio esculpido a la perfección. Las enormes alas negras se extendían detrás de él, con las membranas brillando a la luz parpadeante de las velas. Su cabello parecía tener un brillo aún más profundo ahora, y unos cuernos curvados hacia atrás emergían de su cabeza, brillando como obsidiana. Su piel tenía un tono rojo oscuro que parecía absorber la luz en lugar de reflejarla, y sus ojos... eran de un dorado quemado que me hacía arder por dentro, con hendiduras negras como el más profundo de los abismos.

—Kyle... —mi voz salió como un susurro reverente, llena de sorpresa y emoción—. Por fin te has transformado para mí... Es más... mucho más de lo que imaginaba.

Habíamos acordado que estaríamos juntos en nuestra forma original por primera vez, en el plano físico... y fueron largos meses de espera hasta el próximo Halloween.

La verdad es que no entendía muy bien lo del velo que separaba el mundo humano de las otras dimensiones, ni la importancia de Halloween en todo eso. Pero ante tantas cosas inexplicables, eso era solo un mero detalle.

Me miró, con el brillo de algo indómito centelleando en sus ojos. Una sonrisa amenazó con formarse en sus labios carnosos, pero

la intensidad de su expresión dejaba claro que la noche estaba lejos de terminar con simples sonrisas. Algo salvaje y primitivo se agitaba dentro de él, y yo podía sentir la lucha interna. Kyle, que siempre se había mostrado como el más tranquilo y protector, ahora estaba ante mí como el depredador que realmente era.

—Es tan difícil... He esperado tanto tiempo por esto —rompió el silencio, con voz baja, casi ronca—. He esperado pacientemente. Solo que... Saber que he tenido que compartirte esta noche, aunque lo entiendo, aunque lo acepto. ¡Joder! Solo tenemos esta única oportunidad al año, Vallery, y todo en mí grita por tenerte solo para mí. Soy un hijo de puta egoísta por desear eso, ¿no?

Se me encogió el pecho al escuchar el dolor en sus palabras. Sabía que él lo entendía, que lo aceptaba, pero su posesividad era un sentimiento tan complejo que, en ese momento, quería darle todo lo que pudiera para aliviar su angustia.

Kyle finalmente se acercó, cada paso un recordatorio de que su envidiable autocontrol era solo una fina capa sobre un volcán en erupción. Sentí mi cuerpo encenderse con su proximidad, la piel hormigueándome, y contuve la respiración cuando se detuvo justo delante de mí. El calor que emanaba era embriagador, y cuando inclinó la cabeza, una sonrisa lenta y hambrienta curvó sus labios.

Bajé el último escalón, mis pies descalzos tocando el suelo frío mientras acortaba la pequeña distancia que nos separaba. Su tensión era palpable, una mezcla de deseo y algo más profundo, y permaneció inmóvil mientras yo le tocaba la cara. Su piel estaba caliente, casi ardiendo bajo mis dedos, y sus ojos se cerraron por un breve instante, como si estuviera saboreando mi tacto.

—No eres egoísta —susurré, con mi voz suave como la seda que caía de mis hombros—. Pero me amas con toda la esencia con la que fuiste forjado. Y eso es tanto una bendición como una maldición, y sé que es difícil. Pero también... es lo que nos hace tan únicos.

Abrió los ojos y una risa falsamente tranquila escapó de sus labios, porque en él también había una vulnerabilidad que odiaba dejar traslucir.

— Siempre estoy dividido entre protegerte y... poseerte por completo —confesó, con un tono de voz que resonaba como una plegaria—. No hace falta que digas nada, amor. Esta noche aún es nuestra y quiero que sea memorable.

Sus ojos negros, con un toque llameante en el centro, estaban fijos en mí como si yo fuera lo único que importara en el mundo. Por otro lado, el deseo que emanaba de él era algo animal y, incluso en su inmensa belleza, Kyle seguía siendo un depredador y yo seguía siendo su presa.

—Una presa solo descansa cuando el depredador lo permite — repitió en un susurro ronco, la frase que un año atrás me había hecho estremecer, casi como si estuviera leyendo mi mente en ese instante.

Sabía que estaba jugando conmigo, poniéndome a prueba, y la tensión entre nosotros era tan densa que casi robaba el aire del vestíbulo.

Mi cuerpo se puso en alerta, cada nervio preparándose para lo que fuera que él pretendiera hacer. Kyle nunca dejaba lugar a dudas sobre su obsesión por mí y, incluso ahora, mientras se mantenía sorprendentemente controlado, podía sentir la voracidad que ardía justo debajo de la superficie.

—Ya has tenido tu momento con mis hermanos —continuó, con los ojos aún más oscuros, revelando el hambre visceral de un demonio sexual que no admitía menos que todo—. Ahora serás completamente mía y te poseeré hasta el amanecer, sin lugar a dudas.

Mi boca se abrió, con una mezcla de expectación y aprensión, porque sabía que cuando Kyle quería algo, no se detenía.

Quería preguntarle qué tenía en mente, pero él inclinó la cabeza, los cuernos creando sombras amenazantes en la pared, y su sonrisa ligeramente cruel se amplió.

—Quiero que corras tan rápido como puedas, tan lejos como puedas —la seriedad impregnaba cada palabra mientras se apartaba sigilosamente, , el brillo de sus ojos se volvía más feroz—. Quiero que huyas de mí, amor...

Arqueé una ceja, sorprendida, pero el calor en mi vientre aumentó con la expectación.

— ¿Quieres cazarme...? —No era una pregunta, porque sus intenciones eran claras.

Mis ojos se abrieron de par en par, la excitación recorrió mi cuerpo como una chispa y con ella llegó la adrenalina, el instinto de supervivencia chocando con la lujuria. Lo que me estaba proponiendo era puro instinto, algo salvaje y primitivo. Quería que huyera, que lo provocara, para poder cazarme y, cuando finalmente me encontrara... sería suya por completo.

Este era el juego favorito de Kyle: dominarme y hacerme rendirme a él de una manera tan intrínseca que no hubiera dudas de que era suya.

El miedo y el placer se mezclaban, y la idea de huir de él era tan excitante como aterradora.

—Sí, mi tentación. Te quiero en forma de súcubo —su voz era un gruñido cargado de hambre—. Los dos, en el bosque, libres bajo la luna. Quiero que me desafíes... voy a deleitarme con el sabor de tu victoria y aún más con el calor de tu rendición. Porque nada me excita más que tener que cazar lo que es mío.

— ¿Me darás una oportunidad justa? —Tragué saliva, con el corazón latiendo con fuerza.

—Quizás. —Kyle se rió, un sonido bajo y salvaje. Su cola azotó el aire y dio un paso atrás, batiendo suavemente las alas, creando un viento cálido que hizo que mi cabello se agitara—. Pero no te equivoques, amor... Te atraparé. Y cuando lo haga... —Se humedeció los labios, los ojos ardiendo de deseo. — Te follaré como un depredador hambriento que finalmente ha encontrado a su presa.

El calor en mi vientre explotó y, antes de que pudiera ver la vacilación en mis ojos, me di la vuelta y eché a correr, con la bata de seda ondeando detrás de mí. Lo último que oí antes de lanzarme a la noche fue el sonido de su risa satisfecha y la certeza de que el juego había comenzado.

Sabía que, con Kyle, la caza sería un baile peligroso, pero no había nada que deseara más que perderme en la oscuridad con él.

La noche era fría y oscura, y cada paso que daba por el improvisado sendero parecía resonar como un grito en el pesado silencio. Mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que Kyle podía oírlo, incluso a distancia. El vestido de seda que llevaba se pegaba a mi cuerpo con la humedad de la noche, lo que hacía que cada movimiento fuera aún más difícil. Pero, de alguna manera, eso lo hacía todo aún más emocionante.

La finca Scottfield estaba rodeada por un denso bosque que parecía un mundo aparte, aislado de cualquier contacto humano. Los árboles se alzaban como centinelas y las sombras se movían mientras la luna se asomaba entre las copas. Sabía que estaba sola, ningún vecino estaba lo suficientemente cerca como para oír ningún ruido, y mucho menos los gritos que podrían escaparme cuando Kyle finalmente me encontrara.

No sabía exactamente dónde estaba, pero sentía su presencia. Era como si el aire a mi alrededor estuviera electrificado, cargado con la promesa de algo inevitable y arrebatador. Mi aliento salía en pequeñas bocanadas de vapor, mis pies descalzos ardían contra el suelo húmedo del bosque mientras intentaba mantener la velocidad. El instinto de correr y sobrevivir luchaba contra el deseo de ser atrapada.

Está cerca, pensé, y el calor en mi vientre se intensificó, mezclándose con la adrenalina. No era solo la persecución lo que me excitaba, sino la idea de Kyle en su forma de íncubo, una fuerza sobrenatural cazándome en la noche, sus ojos dorados ardiendo de hambre. Sabía que me cazaba no solo por placer, sino para recordarnos a los dos que le pertenecía en cuerpo y alma.

Un sonido grave y bajo vino de algún lugar a mi izquierda, un gruñido que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera.

¡Se está acercando!

Me detuve un momento, tratando de controlar la respiración, pero eso solo sirvió para que mis sentidos captaran su calor y algo aún

más e o e instintivo. La tierra tembló ligeramente bajo sus pasos, cada golpe parecía alinearse con el ritmo frenético de mi corazón.

Antes de que pudiera reaccionar, oí el sonido de las alas de Kyle batiendo contra el aire, el movimiento creando un viento que sacudió las hojas a mi alrededor. Mi cuerpo respondió incluso antes de que mi mente pudiera procesarlo: empecé a correr de nuevo, más rápido esta vez, esquivando los árboles y adentrándome más en el bosque. Sus risas roncas resonaban como truenos, seguidas por el sonido de algo pesado y depredador aterrizando detrás de mí.

— Estás corriendo bien, amor... — me provocó, su voz cortando el aire como una navaja. — Pero sabes que no puedes escapar de mí, ¿verdad?

No respondí, pero el calor en mi intimidad delataba mi verdadero deseo. Cada parte de mí ansiaba ser atrapada, sentir su poder absoluto sobre mí. El suelo bajo mis pies comenzó a volverse más irregular, con raíces y piedras apareciendo en el camino, pero continué, con la respiración cada vez más pesada. Sabía que Kyle estaba jugando conmigo, dándome una falsa sensación de ventaja.

De repente, oí el sonido de algo cortando el aire y sentí la punta de su cola rozando mi cintura, el toque cálido y sedoso me hizo tropezar y casi caer.

¡Me está alcanzando!

«Pensé que me darías más trabajo», la voz sonaba más cercana de lo que esperaba y mi cuerpo respondió con una mezcla de miedo y excitación.

Finalmente, sentí su calor incluso antes de verlo. Kyle me cogió con un movimiento ágil, sus fuertes brazos me atrajeron hacia su pecho antes de que pudiera dar otro paso. Solté un grito, pero era de puro placer, la adrenalina transformada en algo carnal. Sus alas se abrieron, creando un capullo a nuestro alrededor mientras me sostenía con firmeza, mi cuerpo presionado contra el suyo.

—¡Eres mía! —gruñó, con una voz tan profunda que resonó en mi piel—. Y ahora te voy a mostrar exactamente lo que significa ser la presa de mi deseo.

Me empujó contra el tronco de un árbol, con las manos sujetándome los muñecos por encima de la cabeza mientras la bata de seda se deslizaba por mis hombros, dejando mi piel expuesta al aire frío de la noche. La fuerza con la que me sujetaba era controlada, pero aún así lo suficientemente brutal como para hacerme sentir completamente sumisa. Sus ojos dorados ardían con un deseo casi animal, y la sonrisa que curvaba sus labios era tan cruel como seductora, en una promesa de que el juego apenas estaba comenzando.

—Has corrido bien, amor —murmuró, inclinándose para besar mi cuello, sus dientes arañando mi sensible piel—. Pero ahora te reclamaré como solo yo puedo hacerlo.

El tronco del árbol presionaba mi espalda mientras Kyle me mantenía cautiva, el calor de su piel contrastando con el frío de la noche. Me tenía exactamente donde quería, pero yo no estaba lista para rendirme. Todavía no.

—Te gusta esto, ¿verdad? —murmuró, inclinándose para rozar mis labios con los suyos—. Correr, esconderte... fingir que puedes escapar. Pero en el fondo sabes que eres mía, Vallery. Siempre lo serás.

Temblaba, pero no era por miedo. Su tamaño, su fuerza, sus alas extendidas detrás de nosotros como un manto oscuro... todo en Kyle era abrumador. Mis ojos bajaron instintivamente hacia su polla completamente erecta y lista para invadirme, aún más grande en su forma de íncubo, como si su propia lujuria se hubiera convertido en un arma.

El calor en mi vientre se intensificó, pero no era solo excitación.

Era el desafío.

La necesidad de hacer que eso durara, de poner a prueba sus límites y los míos.

— Puedo ser tuya —susurré, con voz baja y cargada de provocación—. Pero tú también eres mío, Kyle. Nunca lo olvides.

Dejé que una sonrisa traviesa curvase mis labios antes de inclinar la cabeza y rozar con mi boca la curva de su cuello, con los

dientes arañando la piel c e caliente. Él gruñó en voz baja, apretando mis muñecas por encima de la cabeza con los dedos, y sentí cómo su cuerpo se tensaba.

—No juegues conmigo, amor —advirtió, con voz ronca y grave —. Puede que no te guste lo que pasa cuando un depredador pierde el control.

Pero yo ya sabía exactamente lo que estaba haciendo. Con un movimiento rápido, le mordí el hombro, hundiendo los dientes en su piel cálida y firme. El sabor de Kyle era ferroso e intenso, y el sonido que escapó de sus labios, una mezcla de sorpresa y placer, fue suficiente para darme la ventaja que necesitaba.

Kyle retrocedió un segundo, con los ojos muy abiertos, mientras su mano tocaba instintivamente la marca que había dejado en su carne. Pero antes de que pudiera reaccionar, aproveché el momento para escapar, deslizándome por debajo de su brazo y corriendo tan rápido como me lo permitían mis piernas.

—¡VALLERY! —su rugido resonó en el bosque y sentí una oleada de adrenalina que me impulsó aún más.

El peso de lo que había hecho se mezclaba con la emoción de saber que ahora me perseguiría con más intensidad.

Me adentré más en el bosque, con las ramas arañándome la piel mientras mis pies descalzos pisaban la tierra fría y húmeda. La marca que le había dejado ardía en mi mente, porque sabía que había sido un acto de posesión tan primitivo como el propio juego que estábamos jugando.

El sonido de unas alas cortando el aire vino de algún lugar detrás de mí, seguido del pesado impacto de algo aterrizando. El calor que desprendía parecía envolverme, incluso sin tocarlo. Con cada paso, mi respiración se acortaba y la bata de seda se pegaba a mi cuerpo como un recordatorio de que estaba casi desnuda, vulnerable y, al mismo tiempo, en control.

Entonces me detuve. Sabía que él estaba allí, al acecho, esperando que cometiera el más mínimo desliz. Cerré los ojos y respiré

hondo, sintiendo cómo el poder dentro de mí comenzaba a despertar. Si quería cazar a un súcubo, eso era exactamente lo que tendría.

Cuando me giré, allí estaba Kyle, emergiendo de las sombras como una pesadilla sensual. Sus ojos dorados brillaban como fuego líquido, su piel roja resplandeciendo bajo la luz de la luna. La sangre oscura que brotaba de la mordedura en su hombro parecía resaltar aún más su imponente figura.

No dijo nada durante un rato, pero la cruel sonrisa en sus labios lo decía todo.

— ¿De verdad creías que podrías escapar de mí después de lo que hiciste? —me provocó después de lo que pareció una pequeña eternidad, con voz baja y peligrosa—. Me marcaste, Vallery. Ahora... ¡yo también te marcaré a ti!

Podía sentir la intensidad en su mirada, la promesa de que haría algo más que simplemente capturarme. Cuando Kyle dio el primer paso hacia mí, finalmente liberé lo que estaba conteniendo.

Mi cuerpo comenzó a cambiar, mi piel adquirió el tono grisáceo y púrpura de mi forma de súcubo. Las alas se desgarraron de mi espalda y mis cuernos emergieron con un delicioso ardor. Vi cómo el deseo en sus ojos se transformaba en algo aún más profundo: reverencia.

—Entonces ven, depredador —lo desafié, con la voz más ronca, cargada del poder que me daba la transformación—. Demuestra que soy tuya.

Atacó con una velocidad aterradora, tirándome al suelo del bosque con un movimiento tan fuerte que me dejó sin aliento. Pero no me resistí. Su cuerpo desnudo, caliente y palpitante de deseo, se presionó contra el mío, y sus ojos, ahora llamas negras, se fijaron en los míos con una intensidad que me hizo temblar de placer y miedo. Pero era un miedo que ansiaba, que hacía que mi sangre hirviera y mi cuerpo ardiera.

—Te dije que te atraparía —gruñó, con la voz llena de lascivia animal.

Antes de que pudiera responder, me atrajo hacia su regazo, con las manos sujetándome firmemente por los muslos mientras me levantaba. Nuestras pieles chocaron, calientes y húmedas, y cuando Kyle inclinó la cabeza para morderme el cuello, supe que estaba marcando su propia eternidad en mi piel.

El dolor era intenso, pero el placer que lo acompañaba me hizo arquearme contra él. Cuando sus labios finalmente se separaron, Kyle me miró con algo más que lujuria. Era una devoción oscura que solo él podía darme.

—Ahora eres mi reina —declaró, con una voz tan firme como las manos que sostenían mi cuerpo—. ¡Y eso nunca cambiará!

Kyle no esperó, no pidió permiso. Se hundió dentro de mí con una fuerza que hizo que todo mi cuerpo se arquease, y grité, un sonido que resonó en el bosque y se perdió en la noche.

El dolor mezclado con el placer fue intenso, y mis alas batieron instintivamente, tratando de absorber el impacto. Clavé mis garras en sus hombros, las uñas arañando su piel enrojecida y dejando marcas que desaparecían casi tan rápido como las hacía.

La única herida que no cicatrizaba era la mordedura en su hombro y, encantada con mi reciente descubrimiento, me aseguré de morderlo de nuevo, marcando el otro lado que aún estaba inmaculado.

—No tienes ni idea de lo que eso significa —gruñí, mientras sus dientes encontraban el camino hacia el lado intacto de mi cuello, donde mordió con fuerza, dejando otra marca de su posesión—. ¡Pero soy demasiado egoísta para explicártelo ahora!

Mi cuerpo respondió a la mordida con una oleada de lujuria, y mis piernas se apretaron aún más alrededor de su cintura, mientras Kyle seguía empujando, profundo y fuerte, cada movimiento arrancándome gemidos roncos. Clavé las uñas en los músculos de su espalda, sintiendo la fuerza bruta que ejercía para mantenerme en mi sitio y controlarme, incluso cuando estaba tan cerca de perder el control.

Kyle bajó la boca hasta mis pechos, envolviendo mi pezón con los labios antes de chuparlo con voracidad. Su lengua era cálida,

dejando rastros húmedos por donde pasaba, y cuando mordió el otro pecho, eché la cabeza hacia atrás, gritando de nuevo mientras el placer y el dolor se mezclaban en una corriente embriagadora.

Sus manos me sujetaban por la cintura, moviéndome al ritmo que él quería, conduciéndome con feroz precisión, sin dejarme espacio para pensar o resistirme.

—Te gusta esto, ¿verdad? —susurró, rozando mis oídos con los labios—. ¡Te gusta ser devorada por un monstruo que solo tiene ojos para ti!

—¡Me encanta! —gruñí, con la voz fallando mientras mis muslos temblaban.

Empujó con más fuerza, acercándome cada vez más al clímax, y mi cuerpo ardía en llamas, ansiando todo lo que él pudiera darme hasta que el orgasmo explotó como una estrella y me derrumbé en sus brazos, retorciéndome mientras el placer me dominaba, dejándome sin aliento y sin fuerzas.

¡Pero él no había terminado!

Kyle me sujetó con fuerza y me puso a cuatro patas en el suelo, con las rodillas hundiéndose en la tierra fría, mientras él se colocaba detrás de mí. Las uñas de mis manos se clavaron en la tierra cuando él deslizó sus dedos por mi espalda, tocando cada centímetro de mi piel transformada. Su cuerpo presionaba el mío, poderoso e implacable, y yo sentía la tensión en sus músculos, la forma en que se mantenía firme, incluso mientras el deseo por mí brillaba en sus ojos negros como llamas.

—Aún no he terminado contigo, amor —susurró, y el sonido de su voz era una promesa tan oscura como la noche que nos rodeaba.

Todavía temblaba por los ecos del orgasmo, pero mi cuerpo estaba lejos de cansarse. Como súcubo, mi deseo era prácticamente insaciable, un hambre que solo crecía cuando se provocaba. Y en mi esencia demoníaca, la naturaleza lujuriosa que llevaba dentro se amplificaba, alimentándose de la intensidad bruta de Kyle.

Se inclinó sobre mí y el calor de su aliento rozó mi nuca, provocando un escalofrío que se extendió por mi cuerpo tembloroso de

placer y expectación.

—¿Estás lista para mí? —susurró con voz ronca y cargada de oscuras promesas.

Yo sabía lo que quería. En la Dimensión Onírica, ya habíamos experimentado la entrega más completa e intensa, pero en el plano físico, en nuestra verdadera forma, había una libertad que lo hacía todo aún más profundo y salvaje. Mi cuerpo estaba preparado, acogiéndolo con una receptividad que solo mi naturaleza súcubo podía proporcionar. La lubricación natural hacía que el placer se mezclara con la ferocidad, sin dolor, pero con una intensidad que hacía que mi corazón se acelerara.

—Sí —respondí, con la voz casi como un gemido, mientras mis garras se aferraban aún más a la tierra—. Quiero que me folles... de todas las formas.

Kyle no necesitó más estímulo. Me agarró por las caderas, hundiendo los dedos en mi piel con un toque posesivo y urgente. Se colocó en posición, deslizando su enorme polla por mi raja glútea, y yo me preparé, sintiendo un escalofrío de excitación y un ligero resto de miedo. Cuando empezó a entrar en mi culo, no pude contener el gemido estridente que se escapó de mis labios.

— ¡Joder! —Mi cuerpo se arqueó, los músculos tensos por la fuerza del placer. Podía sentir cada centímetro de él, su presencia lasciva llenándome, y el deseo se mezclaba con la adrenalina, haciendo que todo fuera aún más visceral.

Kyle era el mayor de los tres hermanos, en todos los aspectos, y la sensación de tener su gigantesca polla en mi ano iba más allá de todo lo que había experimentado hasta ese momento.

El calor aumentaba, el placer se elevaba en espirales incontrolables, y cada embestida parecía empujarme más profundamente en el abismo que él creaba. Gemía sin reservas, el sonido resonando en el bosque, una reacción instintiva a la fuerza con la que me tomaba. Sus manos bajaron, una de ellas rodeando mi cuerpo mientras la otra me atraía aún más hacia él y yo me rendía, completamente a merced de mi depredador.

La conexión entre nosotros era cruda y visceral, y podía sentir la necesidad animal de Kyle. Había esperado todo un año para esto, para el momento en que pudiera tenerme por completo, sin barreras en el plano físico. El ritmo era brutal, pero perfecto, y me arqueé, con las alas batiendo ligeramente mientras cada fibra de mi ser se rendía al depredador que amaba.

—¿Te vas a correr para mí, amor? —gruñí con un rugido primitivo, pero lleno de adoración—. Quiero sentirte temblar por completo...

El bosque que nos rodeaba parecía desaparecer, dejando solo el sonido de nuestros cuerpos chocando, los gemidos que se escapaban de mí sin control y su gruñido ronco, cargado de deseo. Estaba completamente entregada, con las rodillas hundiéndose en la tierra fría, pero el calor que emanaba Kyle era casi abrasador, quemándome por dentro y por fuera.

De repente, sentí cómo se movía su cola, deslizándose por mi pierna. Utilizó la parte suave, casi como si fuera un segundo miembro, para acariciar mi clítoris, moviéndose con una precisión que era pura provocación.

El contacto era insoportablemente bueno, enviando descargas de placer a mis terminaciones nerviosas, y gemí cada vez más fuerte, con la cabeza inclinada hacia adelante mientras las alas de mi espalda temblaban con la estimulación. Su cola seguía moviéndose, rozando y presionando al ritmo de las embestidas, y el placer se multiplicaba, volviéndome loca.

—Kyle... —murmuré, con la voz casi quebrada por el deseo, pero él solo se rió, un sonido grave y lleno de satisfacción.

—Eres tan hermosa— las palabras salieron en un gruñido y sentí la cruda posesión en su voz, algo que me rendía aún más.

Kyle tiró de mi rebelde cola, enrollándola alrededor de su puño mientras la sostenía, y ese gesto de dominio me hizo perder completamente el control. El firme agarre era electrizante, una sensación que hacía vibrar todo mi cuerpo, aumentando la intensidad de la entrega.

El placer aumentaba sin piedad, subiendo en espirales que me dejaban sin aliento, y el roce de su cola en mi clítoris era una tortura deliciosa que me empujaba hacia el clímax inminente. Sus embestidas se hicieron más profundas, más desesperadas, y me aferré al momento, cada segundo empujándome más cerca de otro clímax.

El placer volvió a aumentar, una ola devastadora que hizo que mi cuerpo se estremeciera y mi corazón se acelerara. Cuando el orgasmo finalmente me alcanzó, grité, mezclándome con el sonido del viento que soplaba por el bosque, y mis garras se clavaron aún más en la tierra, sujetándome mientras el placer me dominaba.

Kyle se inclinó sobre mí, jadeando contra mi nuca, pero esta vez su tacto era diferente. Besó mi piel con ternura, el calor de sus labios enviándome suaves escalofríos que contrastaban con la ferocidad de momentos antes. Empezó a calmarse, relajando su cuerpo mientras salía de mí con cuidado. Lo que quedaba era la devoción absoluta que siempre había sentido por mí, y sentí que mi corazón se encogía con una emoción tan profunda como el deseo.

Me giró lentamente, tumbándome de espaldas en el suelo, y se cernió sobre mí, con las alas aún abiertas, pero ahora envolventes, como si quisiera protegerme del frío. Y me miró como si fuera lo más preciado del mundo, con los ojos brillando con algo que era más que simple lujuria.

—Mi diosa... —dijo, trazando mi mandíbula con reverencia con sus dedos.

Sonreí, sin fuerzas y agotada, pero completamente feliz. Incluso en la oscuridad, incluso cubierta por la suciedad del bosque, me sentía venerada, amada y nunca tan completamente viva.

El calor aún latía entre nosotros y mis músculos aún temblaban con los ecos del clímax anterior. El bosque que nos rodeaba estaba más silencioso ahora, como si la naturaleza se hubiera detenido para observarnos. La luz de la luna aún brillaba, pero sabía que el tiempo se estaba agotando. Pronto amanecería y con ello llegaría el final de este encuentro único, el único día del año en que Kyle podía tocarme así en el plano físico.

Miré esos ojos que ardían con una mezcla de amor y deseo, y sentí que mi corazón se encogía. Pasé mi mano por su mandíbula, acariciándolo suavemente, y le pedí en un susurro emocionado:

—Haz el amor conmigo, Ky...

Me miró, una sombra de sorpresa cruzó su rostro demoníaco, pero pronto se transformó en algo más profundo. Sin dudarlo, se inclinó para besarme, con los labios cálidos y suaves, como si intentara grabar cada parte de mí en su memoria. Sus dedos se deslizaron por mi cuerpo, explorándome con delicadeza, y sentí que mi corazón latía más despacio, como si el mundo entero estuviera ralentizándose para darnos ese momento.

Kyle se colocó en posición, y esta vez no había prisa. Entró en mí lentamente, llenándome con una gentileza que hizo que mis ojos se llenaran de lágrimas. Ya no se trataba de deseo bruto, ya no se trataba de la posesión de un depredador sobre su presa. Era algo más sublime, que hacía que mi alma se abriera a él de una manera que ni siquiera el placer más feroz podía alcanzar.

—Lo eres todo para mí —murmuró, con los ojos fijos en los míos mientras se movía, cada embestida lenta, como si estuviéramos bailando bajo la luna—. Mi luz... mi esperanza.

Lo envolví con mis piernas, atrayéndolo hacia mí, deseando que ese momento nunca terminara. El calor se extendió por mi cuerpo, pero esta vez era diferente, más suave, más intenso, de una forma que no quemaba... sino que curaba.

—Te quiero todo, Kyle —las palabras salieron con urgencia—. ¡No lo dudes! Corré dentro de mí... ¡por favor!

Se detuvo por un instante, la tensión volvió a su cuerpo.

Sabía lo que temía: la toxina en su semen, algo que podría ser muy doloroso para mí. Pero en ese momento, nada importaba más que estar completamente conectada a él.

Le sostuve el rostro entre mis manos, mis dedos trazando las líneas de su expresión angustiada.

—Nunca serás un veneno para mí —le aseguré, con la voz cargada de emoción—. Y si lo eres... entonces aprenderé a hacerme

inmune. ¡Pero ahora lo necesito, más que nada en el mundo!

Cerró los ojos por un momento y, cuando los volvió a abrir, vi la decisión y el amor inquebrantable.

Kyle me besó de nuevo y su vacilación se disipó. El ritmo volvió, lento y profundo, y sentí que mi cuerpo se abría aún más a él, aceptando cada parte del hombre —y del demonio— que amaba. El placer volvió a aumentar, pero esta vez en una suave ola, como el toque de la marea al amanecer.

El mundo pareció desmoronarse a nuestro alrededor. Sentí que el clímax llegaba como un rayo de luz, iluminando cada parte oscura de mí. El calor del placer era casi etéreo, como si nuestras almas estuvieran bailando juntas bajo el cielo estrellado.

Las lágrimas corrían por mi rostro, pero no eran lágrimas de tristeza. Era la belleza de aquello, la intensidad del amor que trascendía el deseo.

Kyle gimió mi nombre y, cuando finalmente se derramó dentro de mí, el calor se extendió por ambos, uniéndonos de una forma tan espiritual como física.

El miedo se disipó y lo único que quedó fue la conexión pura y la devoción que compartíamos. Permanecimos así, juntos, hasta que el placer se transformó en una paz profunda.

Se acostó a mi lado, atrayéndome hacia sus brazos, y yo me acurruqué contra su pecho, escuchando los latidos de su corazón mientras el mundo a nuestro alrededor comenzaba a cambiar. El cielo comenzó a aclararse, los primeros rayos de sol rompiendo la oscuridad del bosque.

Tumbados bajo las hojas secas y húmedas del bosque, permanecimos cogidos de la mano, con los dedos entrelazados, como si ni siquiera el tiempo pudiera separarnos. Me acarició la mejilla con el pulgar y yo sonreí, sintiendo su amor como una cadena invisible que me envolvía.

—Gracias por esto —susurró exhausto, pero su voz rebosaba emoción—. Por darme todo lo que eres.

—Siempre— prometí, besando su mano y sosteniéndola contra mi rostro—. Incluso cuando no estemos juntos de esta manera... siempre tendrás todo de mí.

Salió el sol, la luz dorada pintaba el bosque que nos rodeaba y, por un breve instante, todo era perfecto. No había monstruos, no había peligro, solo dos amantes abrazándose como si el mundo entero dependiera de ello.

Y tal vez dependiera de ello.



CAPÍTULO 40

Entre sangre y sombras

KYLE SCOTTFIELD

La observé en silencio, con los labios entreabiertos, el pecho subiendo y bajando sutilmente. Vallery dormía profundamente, acurrucada contra mi cuerpo, pero su sueño era inquieto, interrumpido por suaves gemidos y pequeños temblores.

— Mi Vallery...

Mi maldita tentación.

Mi ruina y mi salvación.

El frío de la mañana penetraba en el claro, pero yo no sentía nada más que el calor que emanaba de ella. Incluso desnuda, con la piel pálida marcada por arañazos y tierra del bosque, era una visión que me dejaba sin aliento.

Una diosa dormida en mi presencia.

O tal vez... una ofrenda que yo mismo había condenado.

Me incliné hacia delante, permitiendo que mis ojos captaran cada marca que había dejado. Las mordeduras en su cuello eran profundas, la carne ligeramente hinchada y enrojecida, y había pequeños rastros de sangre seca manchando su piel.

Mi sangre también estaba allí, mezclada con la suya, formando una pintura profana sobre el escenario que era su cuerpo.

Debería sentir arrepentimiento, pero lo único que sentí fue posesión.

Pasé los dedos suavemente por la herida, como si pudiera borrar las pruebas de lo que había hecho. Pero sabía que no era solo la carne lo que había quedado marcado. Era algo más grande. Más oscuro. Algo que ni yo ni mis hermanos estábamos preparados para comprender del todo.

—Tú me mordiste primero, amor... —susurré, casi en un intento de justificación.

Era patético.

Sabía que ella no podía oírme, pero había algo reconfortante en hablar.

—No es que eso sea una excusa para lo que hice. Es solo que decirte que no no es precisamente mi especialidad, ¿verdad?

Me pasé una mano por la cara, tratando de alejar los pensamientos que me atormentaban desde que ella se derrumbó en mis brazos.

La amaba.

Esa era la única verdad que quedaba cuando todo lo demás se derrumbaba.

Pero el amor de un demonio nunca venía sin consecuencias. Somos criaturas de posesión, deseo y oscuridad. Amar a alguien como yo era pedir ser consumido vivo.

Vallery se estremeció y la envolví más firmemente en mis brazos, atrayéndola hacia el calor de mi pecho. Incluso inconsciente, parecía buscar algo en mí, como una polilla atraída por la llama. El problema era que esa llama bien podría destruirla.

Mi mente volvió a la noche anterior. La caza. El bosque. La forma en que ella me desafió, cómo se entregó por completo a mí.

Vallery no era solo una mujer. Era un huracán de caos y rendición. Y yo, el idiota que se dejó llevar por el deseo, hasta el punto de romper todas las reglas que nos habíamos impuesto.

Mis ojos volvieron a posarse en las marcas que ella había dejado en mí. Los mordiscos en mi hombro aún me dolían, un recordatorio constante de que, por primera vez en siglos de existencia, algo me había herido de verdad. Pero no era una herida común. Era como si ella me hubiera marcado con fuego, un calor que ardía por dentro y se negaba a apagarse.

—¿Qué me has hecho, Vallery? —murmuré, con la voz saliendo como un gruñido.

No obtuve respuesta, pero sabía que estaba en algún lugar, enterrada en el significado de nuestras acciones. La conexión entre nosotros se había sellado de una manera que ni siquiera yo podía entender. No era solo física, sino espiritual, una mezcla de nuestras esencias que me mareaba solo de pensarlo.

Ella suspiró, relajándose contra mí, y sentí que se me encogía el corazón. El peso de su cuerpo en mis brazos, su vulnerabilidad, me hicieron odiar aún más al monstruo que era.

¿Cuánto había estado a punto de quebrarse por mi culpa?

¿La había empujado ya hasta ese límite?

Finalmente me moví y, con cuidado, me levanté del suelo del bosque, llevándola conmigo. Mi cuerpo protestó, los músculos gritando por el desgaste de las últimas horas. Cada transformación me drenaba más energía de la que me gustaría admitir, y la noche de Halloween había sido la primera vez que me lo permitía en el plano físico. Pero tenía que llevarla de vuelta.

Necesitaba cuidados.

Yo la necesitaba.

Los dos estábamos cubiertos de tierra, sangre y semen seco, y el aire frío parecía intensificar la sensación de abandono del bosque. Cada paso que daba de vuelta a la mansión iba acompañado del peso de las decisiones que había tomado.

Cuando finalmente llegué a las puertas principales, las luces de la entrada estaban encendidas, proyectando un aura dorada sobre la imponente fachada de la mansión Scottfield. Sabía que estarían allí. Esperándome. Sabía que me enfrentaría a su ira, y una parte de mí

quería luchar. Pero otra parte sabía que tendrían razón en todo lo que dijeran.

Empujé las puertas con el pie y entré con Vallery en brazos. El silencio que me recibió era tan denso que casi podía oír el sonido de mi propia sangre latiendo en mis oídos. Y entonces, aparecieron.

Kellan estaba apoyado en una de las columnas de la sala, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión fría. Kendric estaba junto a la escalera, con las manos en los bolsillos, pero con los ojos brillando de rabia contenida.

Ambos estaban vestidos, ya en su forma humana, y el contraste entre su frialdad y el calor que emanaba Vallery era casi insoportable.

—Kyle... —comenzó Kendric, pero se detuvo al ver las marcas en mi hombro. Sus ojos se fijaron inmediatamente en Vallery, aún inconsciente en mis brazos—. No... no me digas que hiciste lo que estoy pensando...

Kellan descruzó los brazos, entrecerrando los ojos en una mezcla de furia y disgusto. Dio un paso adelante, señalándome como si estuviera a punto de explotar.

—Has roto las malditas reglas. Los tres sabemos lo que eso significa, y tú simplemente lo has ignorado, ¿verdad? —Su voz era baja, pero cortante como una navaja—. ¡La has marcado! ¡Y has dejado que ella te marque a ti! ¿En qué coño estabas pensando, Kyle?

No respondí inmediatamente. Mis ojos estaban fijos en el rostro de Vallery, en la forma en que sus pestañas titilaban suavemente. Entonces, finalmente, levanté la cabeza para mirar a mis hermanos.

— En mi defensa, ella me mordió primero.

La tensión en la sala aumentó al instante, como si nos hubieran arrancado el aire de los pulmones. Kendric soltó una risa seca e incrédula, mientras Kellan negaba con la cabeza y apretaba los puños.

— ¡Esto no es una maldita broma! —Kellan avanzó, pero Kendric le puso una mano en el pecho, impidiéndole acercarse a mí—. Lo has puesto todo en peligro, Ky. Todo. ¿Y por qué? ¿Por qué no has podido controlar tu maldito instinto?

—Los dos hablan como si no estuvieran tan obsesionados con ella como yo. —Mi voz sonó más fría de lo que pretendía, pero no me importó—. La amamos. Todos nosotros. Y ella lo pidió. Solo le di a Vallery lo que quería.

Kellan dio un paso atrás, con la ira visible en el brillo de sus ojos. Kendric, sin embargo, se acercó lentamente, con una expresión más contenida, pero no menos amenazante.

—Entrégamela, Kyle. —Su voz era firme, pero había un toque de preocupación genuina en ella—. Estás agotado. Nosotros la cuidaremos. Y tú... tú necesitas pensar en la mierda que acabas de hacer.

Lo miré a él, luego a Kellan y luego volví a mirar a Vallery. Finalmente, asentí y la entregué a regañadientes. Cuando Kendric la tomó en sus brazos, sentí que un profundo vacío me invadía. Era como si estuviera entregando una parte de mí mismo.

Pero sabía que tenían razón.

Mientras subía las escaleras hacia mi habitación, sentía que el peso de las decisiones de esa noche se volvía insoportable. Y, en el fondo, tomaba conciencia de que eso era solo el comienzo de algo mucho más grande.



El sonido de la ducha llenaba el silencio del cuarto de baño. El agua caliente corría por mi piel, limpiando la suciedad del bosque, pero incapaz de borrar el peso de lo que había hecho.

Cerré los ojos y presioné las manos contra la pared de mármol negro, sintiendo el calor penetrar hasta los huesos mientras mi mente repasaba cada detalle de aquella madrugada. Las marcas en mis hombros aún ardían, y no era el agua la que provocaba esa sensación.

Era ella... Vallery.

Mi luz y mi oscuridad, grabadas en mí de una manera que ninguna otra fuerza en este mundo sería capaz de deshacer. Sabía lo que significaba, aunque no quisiera admitirlo. Esa mordida no era solo

un capricho del deseo. Era un vínculo profundo. Un lazo que traspasaba las reglas de nuestra especie e invadía territorios prohibidos.

Y claro, yo lo había permitido. No. ¡Lo había deseado!

La fuerza de mi propia debilidad me repugnaba.

Lilith y Asmodeus prohibieron a sus criaturas hacer precisamente eso: establecer vínculos entre ellos. Ellos eran los guardianes de las leyes que mantenían el orden en la Dimensión Onírica, y yo, el primogénito del príncipe de la lujuria, acababa de escupir sobre sus reglas como si no significaran nada.

Debería haber sido más fuerte. ¡Debería haberme controlado!

Pero ¿cómo podía resistirme a ella?

Vallery era todo lo que siempre había buscado y todo lo que más temía. Era caos y redención a partes iguales, y no tuve más remedio que ahogarme en el abismo que representaba.

Golpeé la pared con el puño, sintiendo el impacto reverberar en la piedra. El agua de la ducha seguía cayendo, caliente como la lava, pero no importaba. Mi cuerpo me dolía de formas que nunca antes había experimentado, no porque estuviera herido, sino porque estaba vacío.

El desgaste de convertirme en íncubo en el plano físico me había agotado, una consecuencia que ya esperaba, pero que aún así subestimé. No estábamos hechos para eso. Nuestras formas demoníacas pertenecían al plano Onírico, a esa dimensión que nos nutría y daba sentido a nuestra existencia. Transmutarnos en el mundo humano con toda nuestra fuerza era como intentar capturar un rayo en una botella de plástico.

El costo era exorbitante. Y ahora, Vallery también estaba pagando por ello.

Recordé su estado dormido en el bosque. La palidez extrema, la respiración irregular, el cuerpo tembloroso. Sabía que estaba agotada, pero solo ahora la percepción de todo salió a la luz como un golpe que no estaba preparado para recibir. Lo que sucedió durante la caza no

fue solo por placer. Pero superaba los límites de lo que Vallery, como híbrida, podía soportar.

Las palabras de Kellan y Kendric resonaron en mi mente. La acusación en sus ojos. El miedo disfrazado de ira. Tenían razón. Fui imprudente. Rompí las reglas que mantenían nuestro frágil equilibrio. Pero lo que más me molestaba no era su sermón. Era el hecho de que, en el fondo... ¡lo volvería a hacer!

Cerré el grifo de la ducha y me apoyé contra la pared por un momento, sintiendo cómo el agua resbalaba por mi cuerpo antes de llegar al desagüe. El baño estaba lleno de vapor caliente, pero aún así sentía frío por dentro.

Salí, cogí una toalla y me la enrollé alrededor de la cintura, mientras el espejo me devolvía un reflejo que casi no reconocía. Las marcas de Vallery seguían ahí, oscuras e inconfundibles contra la piel ya curada de todos los demás arañazos y hematomas. Eso no debería ser posible. Mi cuerpo debería haberse regenerado por completo, pero las mordeduras permanecían, como un cruel recordatorio de lo que habíamos hecho.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por unos golpes en la puerta y no tuve que preguntar quién era. Solo una persona entraba en mi espacio sin dudarlo.

—Adelante, Kellan. —Mi voz sonó más áspera de lo que pretendía, pero no estaba precisamente de buen humor.

Entró y cerró la puerta tras de sí. Tenía los brazos cruzados y la mirada fría como el hielo, pero había algo más. Algo que no quería demostrar.

—¿Se ha despertado? —pregunté, tratando de parecer indiferente, aunque sabía que la respuesta era negativa.

— No. —La palabra fue breve, casi cortante—. Kendric está con ella. Él cree que está empezando a estabilizarse, pero yo no creo que sea así.

Asentí, con un nudo en el pecho que se hacía cada vez más fuerte.

Kellan dio un paso adelante, entrecerrando los ojos.

—Quiero entender qué pasó por tu cabeza, Ky. —Su voz era baja, pero cargada de tensión—. Porque lo único que veo es que lo has puesto todo en peligro. Lilith... Asmodeus... si descubren lo que ha pasado, esto puede destruirnos. ¡No solo a nosotros, sino también a ella!

Mi mirada se encontró con la suya y, por un momento, no hubo palabras. Solo el peso de lo que compartíamos.

Kellan no solo estaba enfadado... estaba asustado.

— Sé lo que hice —respondí finalmente, con una voz más tranquila de lo que esperaba—. ¿Y crees que no pensé en las consecuencias? ¿Que no sabía lo que eso significaría?

— Si lo sabías, ¿por qué lo hiciste? —interrumpió Kellan, dando otro paso hacia mí—. ¿Por qué arriesgarlo todo? Siempre supimos que Vallery era peligrosa para nosotros, pero esto... —Señaló mi hombro—. Esta mierda que has hecho es un nuevo nivel de imprudencia.

— ¡Porque la amo! —La explosión se produjo antes de que pudiera contenerla, y mi voz resonó por toda la habitación.

Kellan se detuvo, sorprendido, pero solo por un momento.

No necesitaba más explicaciones.

Lo entendía. Siempre lo había entendido.

Pero eso no lo hacía más fácil de aceptar.

— ¿Y nosotros no? —Su tono se volvió más bajo, más controlado, pero había un dolor latente en sus palabras—. ¿Crees que solo tú la amas, Kyle? ¿Que solo tú sientes el peso de lo que ella significa?

Aparté la mirada, incapaz de responder. No se trataba de que ellos no la quisieran. Sabía que la querían. Pero para mí era diferente. Vallery no era solo alguien a quien deseaba. Era mi redención. Mi tormento. Mi única oportunidad de conseguir algo que nunca pensé que podría tener.

—No podemos cambiar lo que pasó —dije, con voz firme de nuevo—. ¡Pero ella es nuestra. De los tres! Y haremos lo que sea necesario para protegerla. No importa el costo.

Kellan no respondió de inmediato. Me observó durante un largo momento antes de asentir lentamente.

— Espero que sepas lo que estás haciendo, hermano. Porque ahora ya no hay vuelta atrás.

— ¿Y antes sí la había?

Se dio la vuelta y salió de la habitación sin decir nada más.

Me tiré en la cama, agotado, incapaz de encontrar descanso. Cerré los ojos, pero lo único que veía era su rostro. Aunque inconsciente, aunque en silencio, Vallery era lo único que llenaba el vacío que llevaba dentro.

Y, al mismo tiempo, la que lo ampliaba.



CAPÍTULO 41

Entre sueños y promesas

KELLAN SCOTTFIELD

Salí de la habitación de Kyle sin mirar atrás.

El peso de aquella conversación aún resonaba en mi interior, pero eso no me importaba tanto como la chica que ahora yacía inconsciente en la habitación que le habíamos preparado desde que la trajimos a la mansión. Vallery se había convertido en el epicentro de todo, de cada decisión que tomábamos, y ahora, en su fragilidad, me recordaba lo falibles que podían ser incluso los demonios.

Abrí la puerta de la habitación lentamente, evitando el crujido que sabía que Kendric odiaba. Estaba sentado junto a la cama, desnudo, con los codos apoyados en las rodillas y las manos cruzadas bajo la barbilla, observando a Vallery como si su atención pudiera despertarla. Su rostro tenía esa expresión típica que usaba cuando intentaba ocultar su preocupación, pero la mandíbula apretada y los ojos entrecerrados delataban lo que no decía.

—¿Algún cambio? —pregunté, cruzando los brazos mientras me apoyaba contra la pared.

— No —respondió con un tono seco y conciso. Ni siquiera me miró, manteniendo la vista fija en ella—. La respiración es más estable, pero sigue siendo débil.

Respiré hondo y desvié la mirada hacia Vallery. Su piel parecía casi translúcida bajo la tenue luz de la lámpara, marcada por arañazos que contrastaban con los vendajes limpios de las mordeduras de Kyle. Aun así, parecía inalcanzable, intocada por la oscuridad que nos rodeaba. ¿Cómo podía ser tan humana y al mismo tiempo llevarnos al límite de lo que éramos?

—Está hecho polvo —la voz de Kendric interrumpió mis pensamientos, y su tono era una mezcla de ira y algo más contenido—. Kyle. Puede intentar hacerse el duro, pero hasta un ciego puede ver que eso lo ha destrozado.

—Sabe que se equivocó. —Mi voz sonó más fría de lo que pretendía, pero Kendric no reaccionó. Solo se rió, un sonido bajo y seco, casi burlón.

— ¿Y desde cuándo eso resuelve algo? —Finalmente se volvió hacia mí, con los ojos negros llenos de un brillo peligroso—. No es como si «saber que se equivocó» pudiera borrar las marcas en ella. Ni las de él.

— No se trata solo de él. —Di un paso alejándome de la pared y crucé la habitación hasta la cama. Mi sombra cayó sobre Vallery y el contraste me recordó lo frágil que parecía allí—. Todos estamos jodidos por esto. En cuanto Lilith o Asmodeus lo descubran, ya sabes lo que pasará.

Kendric se quedó en silencio por un momento, con la mandíbula apretada, y luego se pasó las manos por el pelo, despeinándolo aún más.

—Lo sé —suspiró, como si el simple hecho de admitirlo fuera a agotarlo aún más—. Pero eso no cambia nada. Lo hecho, hecho está.

Lo miré, evaluando sus palabras, pero fue Vallery quien capturó mi atención. El movimiento casi imperceptible de sus labios, un suave gemido que rompió el silencio como un cuchillo.

—Está intentando... luchar —murmuré, más para mí mismo que para Kendric.

—Claro que sí. —Se levantó, con las manos cerradas en puños a los lados del cuerpo—. Porque es terca. Pero eso no significa que vaya a ser suficiente.

Sabía que tenía razón, pero oírlo fue como un puñetazo.

— ¿Y crees que repetir esa mierda ayuda? —Mi voz sonó más aguda, pero Kendric solo arqueó una ceja, con una sonrisa sarcástica curvando sus labios.

— ¿Desde cuándo necesitas ayuda para afrontar la realidad, Kellan? Creía que tú eras el racional aquí.

Apreté los dientes, ignorando la provocación. No teníamos tiempo para las típicas disputas de personalidad que permeaban nuestra dinámica.

—Podemos turnarnos —sugerí, cambiando el tema de la conversación —. Si seguimos compartiendo energía con ella, tal vez eso la estabilice.

Kendric me miró durante un largo momento, como si quisiera rebatir, pero finalmente asintió.

—Ya he empezado. —Se señaló a sí mismo, y su desnudez era prueba suficiente—. Pero no está funcionando tan rápido como yo quería.

— Porque tú también estás débil. Los dos lo estamos.

— Si estuviéramos en el Onírico, sería más fácil —resopló, con un sonido cargado de frustración—. ¿Pero aquí? ¿En estos cuerpos humanos? Estamos atrapados por sus limitaciones.

— Y aun así, no vamos a buscar otra fuente. —Mi afirmación fue directa, casi desafiante, pero Kendric no dudó.

—Nunca. —Sacudió la cabeza y volvió la mirada hacia Vallery—. Preferiría morir de hambre antes que tocar a otra mujer.

Hubo una pausa, cargada de algo más de lo que las palabras podían describir. La fidelidad que le teníamos era absoluta y obsesiva. No era solo amor. Era una maldición, una necesidad visceral que trascendía cualquier lógica.

—Ella haría lo mismo por nosotros —murmuré, con voz más baja.

—Ya lo hace. —Kendric se inclinó de nuevo sobre la cama, acariciando suavemente el cabello de Vallery con los dedos—. Incluso ahora, inconsciente, está luchando por nosotros también.

No respondí, pero la verdad de esas palabras me pesó. Vallery siempre había sido más fuerte de lo que ninguno de nosotros quería admitir. Y tal vez por eso era nuestra debilidad más peligrosa.

—Me quedaré con ella ahora. —Mi voz rompió el silencio y Kendric me miró, pero no discutió.

Se alejó, cogiendo la ropa limpia que había dejado doblada sobre un sillón.

—Volveré en unas horas. —Fue todo lo que dijo antes de salir, dejándome solo con ella.

Me quedé en silencio, observándola durante un largo rato. A pesar de su vulnerabilidad, Vallery parecía albergar algo más, algo que aún no comprendía del todo. Era como si fuera un secreto, la clave de algo mucho más grande que nosotros.

Pero en ese momento, nada de eso importaba.

Lo único que importaba era mantenerla con vida.

Mantenerla nuestra.

Me senté junto a la cama, acariciando su piel fría con cuidado.

—Nunca lo pones fácil, ¿verdad? —murmuré, con una sonrisa sombría curvando mis labios—. Pero no esperaba nada menos de ti, nena.

La habitación estaba sumida en el silencio, salvo por el suave sonido de la respiración de Vallery. Todavía sentía su calor donde mis dedos habían tocado su piel momentos antes, pero eso no servía para calmar el caos que había dentro de mí.

Cerré los ojos, tratando de concentrarme, tratando de sacar fuerzas de algún rincón remoto de mi ser. Pero el agotamiento era implacable, y el cansancio de la carne humana, combinado con el desgaste que nos había estado consumiendo desde que Kyle la trajo de vuelta, era un cruel recordatorio de que nuestras capas mortales tenían límites.

Mi cabeza se inclinó contra el colchón y me permití cerrar los ojos, solo por un momento. Fue entonces cuando todo cambió.

El sutil sonido de una música clásica de fondo fue lo primero que noté, como un susurro que reconocí de inmediato, después de todo, estaba en otro lugar y ya no en la habitación de Vallery.

Allí era mi lugar.

Abrí los ojos lentamente y encontré las paredes oscuras de mi refugio. Libros alineados en la estantería de hierro industrial, cables de tecnología moderna que cruzaban la superficie de una larga mesa de trabajo, donde los monitores parpadeaban con códigos y mapas que había dejado en modo de espera antes. La guitarra descansando en el soporte junto a la mesa era un recordatorio de las noches en las que la música era la única compañía que necesitaba.

Suspiré, pasando la mano por mi rostro. Sabía que estaba en el plano onírico. Esa conciencia era tanto una maldición como una bendición, porque significaba que, incluso en la dimensión de los sueños, mi mente nunca descansaba.

Pero entonces, ella apareció.

—Deberías arreglar esto mejor —provocó una voz dulce y llena de humor.

Vallery estaba parada en la entrada de la habitación, con el cuerpo apoyado en el marco de la puerta. Llevaba uno de esos malditos batas de seda que Kyle solía regalarle y por los que ella sentía un aprecio casi religioso. Su cabello caía en suaves ondas y la sonrisa que curvaba sus labios era a la vez tranquilizadora y devastadora.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, más sorprendido de lo que me gustaría admitir.

Ella dio un paso adelante, la luz de los monitores resaltando el brillo de sus ojos.

—Sabes muy bien lo que estoy haciendo aquí, Kellan. —Su voz era suave, pero cargada de una confianza que solo ella podía irradiar—. Estás preocupado por mí. Así que he venido a demostrarte que no tienes por qué estarlo.

Mis ojos la siguieron mientras caminaba por la habitación, tocando ligeramente algunos objetos. El mando a distancia de la iluminación, los auriculares sobre la mesa, el costado de la guitarra. Hacía que todo pareciera importante, incluso las cosas más mundanas.

—Tu cuerpo está agotado, cariño. Eso no es algo que se resuelva solo con palabras. —Mi voz sonó más dura de lo que pretendía, pero ella no se intimidó.

— Tienes razón. — Se volvió hacia mí, tocando suavemente con los dedos el respaldo del sillón en el que estaba sentado. — Mi cuerpo necesita tiempo, pero aquí... — Hizo un amplio gesto con la mano, indicando el entorno que nos rodeaba. — Estoy bien. Aquí puedo ayudarte.

Había algo en la forma en que lo decía... la firmeza de su postura, que hizo que mi resistencia vacilara.

— ¿No deberías ser tú quien necesitara ayuda? —murmuré, con los ojos fijos en los suyos.

— Quizás lo necesite. Pero así somos, Kellan. —Inclinó la cabeza, con los labios curvados en una sonrisa que era pura tentación—. Nos ayudamos mutuamente. Tú me das fuerza y yo te la devuelvo.

Sus dedos tocaron mi hombro y sentí el calor incluso antes de que el contacto se hiciera firme. Vallery tenía ese poder sobre mí, una habilidad para infiltrarse en mis pensamientos y desarmarme sin esfuerzo.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo, cariño. —Mi voz salió más baja, casi un susurro.

—Quizás no. Pero sé lo que estoy haciendo.

Se inclinó, con los ojos fijos en los míos, y, por un momento, todo lo que nos rodeaba desapareció. Ya no se trataba de la habitación ni del plano onírico. Se trataba de nosotros.

— Pareces tan... serio aquí —me provocó, deslizando la mano por el cuello de mi camisa y tirando ligeramente de ella—. El hacker metódico. El genio sombrío. Pero apuesto a que también tienes tus debilidades.

— ¿Estás bromeando conmigo? —Arqueé una ceja, incluso mientras sentía que la tensión de mi cuerpo comenzaba a disolverse bajo su tacto.

—Quizás. —Se rió suavemente, pero había algo más en su sonrisa, algo que no era una broma—. O quizás solo quiero recordarte que, incluso cuando todo parece derrumbarse, no estás solo.

Mis manos se movieron antes de que pudiera evitarlo, agarrándola por la cintura y acercándola a mí. Su perfume me envolvió y el calor de su cuerpo me hizo olvidar cualquier rastro de lógica.

— Crees que es tan fácil, ¿verdad? —murmuré contra sus labios, con un tono entre desafiante y rendido.

—Nada es fácil contigo, Kellan. —Sonrió, pero había una dulzura inesperada en sus palabras.

No dije nada más. No era necesario. Mientras Vallery deslizaba los dedos por mi nuca, atrayéndome hacia ella, comprendí lo que Kyle quería decir con que era imposible decirle que no.

En el plano onírico, era aún más irresistible.

Una fuerza que me arrastraba a su órbita sin pedir permiso.

Y yo, como el tonto que era, no podía hacer nada más que ceder.

Vallery se deslizó sobre mi regazo, con sus firmes muslos rodeando mi cintura, sus ojos clavados en los míos con una intensidad que parecía succionar el aire de mis pulmones. Era una paradoja perfecta: feroz y dulce, suave y devastadora.

— Siempre intentas controlarlo todo, ¿verdad? —Su voz era un susurro provocador, con los labios a pocos centímetros de los míos—. Siempre tan al mando... tan metódico.

No pude responder. No podía pensar. Todo lo que podía hacer era sentir el calor de su cuerpo contra el mío, el peso de las palabras que parecían un desafío directo a lo que quedaba de mi autocontrol.

— Pero aquí... —Inclinó la cabeza, rozándome la cara con la punta de la nariz—. No tienes que controlar nada. No tienes que resistirte.

Sus manos se deslizaron por mi pecho, apartando la tela de la camisa que aún llevaba puesta, exponiendo mi piel al tacto de sus manos. Era como si cada movimiento suyo estuviera hecho para desnudarme, no solo físicamente, sino de cualquier barrera que pudiera intentar levantar.

—Vallery... —Intenté hablar, pero mi voz salió como un gruñido bajo, cargado de tensión.

— Shhh. — Ella presionó un dedo contra mis labios, una sonrisa traviesa iluminando su rostro. — Hoy, yo te cuido.

Antes de que pudiera protestar, se inclinó hacia delante y tomó mis labios con los suyos. El beso fue exigente, sin vacilación, y sentí que todo mi cuerpo respondía al acto. Mis manos se movieron automáticamente para sujetarla, pero ella las empujó hacia abajo, inmovilizándolas contra los brazos del sillón.

—Te dije que hoy tú no mandas —susurró contra mi boca, con un tono lleno de autoridad y una provocación que me hizo hervir la sangre.

Se bajó de mi regazo, con las rodillas tocando el suelo, y empezó a desabrocharme el cinturón de los pantalones. Mi cuerpo se tensó, en una mezcla de excitación y sorpresa. Levantó los ojos hacia mí mientras deslizaba la tela hacia abajo, y el brillo de su mirada era puro desafío.

—Relájate, *cariño.* —Su risa era baja, casi musical, pero había una promesa oscura implícita en cada sílaba—. Lo vas a necesitar.

Cuando su boca envolvió mi polla, ya dura y goteando por ella, fue como si cada pensamiento coherente que tenía me fuera arrancado. El calor, la presión, la forma en que me provocaba con la lengua y los dientes... No sabía qué era más tortuoso: el placer absoluto o el hecho de que ella supiera exactamente lo que estaba haciendo.

Mis dedos se clavaron en el cuero del sillón, en un esfuerzo inútil por mantener algo de control sobre mí mismo. Pero Vallery no dejaba espacio para n l control. Ella dictaba el ritmo, lenta y deliberadamente, llevándome al límite y luego retrocediendo, dejándome ansioso por más.

—Te gusta, ¿verdad? —preguntó, con la voz ronca y cargada de una oscura satisfacción.

Solo pude murmurar algo ininteligible, incapaz de articular palabra mientras ella continuaba. Pero entonces, de repente, se detuvo y se

levantó con una gracia felina que era a la vez irritante e irresistible.

—Quiero más de ti. —La voz era baja, casi un gruñido, y había algo en su postura que me hizo darme cuenta de que, en ese momento, ella era la depredadora y yo, la presa.

Tirando de mí para sacarme de la silla, sus ágiles dedos se deshicieron del resto de mi ropa mientras me llevaba a la cama en el centro de la habitación.

Vallery me empujó contra el colchón y, antes de que pudiera siquiera intentar recuperar el control de la situación, estaba encima de mí otra vez, con las manos explorando cada centímetro de mi piel, los labios trazando un camino de fuego que me hacía arder de tanto deseo.

Cuando se colocó sobre mí, con su piel desnuda contra la mía y su coño empapado rozando mi polla, todo lo que podía sentir era la fuerza de nuestra conexión. Era algo tan profundo que nunca pude expresar con palabras.

Ella comenzó a moverse, metiéndome dentro de ella lenta y rítmicamente, y el sonido de sus suspiros y gemidos era como música, un cruel incentivo que me hacía querer más. Sus uñas arañaron mi pecho, en una provocación que hizo que mi cuerpo se arquease en respuesta.

—Kellan... —susurró mi nombre, con la voz entrecortada por el placer, y eso fue suficiente para hacerme perder cualquier rastro de racionalidad.

Me senté, sujetándola por las caderas mientras ella seguía moviéndose sobre mí. Vallery entonces me sujetó la cara entre sus manos, obligándome a mirarla.

— ¡Eres mío! —Sus palabras eran una declaración, una promesa.

—Siempre lo he sido—, logré responder finalmente, con la voz ronca, cargada de algo más que lujuria.

Cuando ella echó la cabeza hacia atrás, con el cuerpo temblando en un clímax que parecía iluminar toda la habitación, supe que estaba a punto de cruzar el mismo límite.

Pero, incluso en el momento álgido de la rendición, algo dentro de mí permaneció consciente. La atraje hacia mí, apretando sus caderas con mis manos mientras salía de ella en el último instante. El placer fue devastador, una ola que recorrió mi cuerpo y me dejó sin aliento, pero el alivio de saber que ella estaba a salvo fue aún mayor.

Vallery cayó contra mi pecho, su cuerpo se relajó y su respiración comenzó a desacelerarse. Pasé mis dedos por su cabello, sintiendo su calor aún latente contra mí.

—Eres un misterio, nena —murmuré, con la voz apenas por encima de un susurro—. Un misterio en el que me encanta perderme.

Ella no respondió, pero su sonrisa perezosa fue suficiente.

Cuando abrí los ojos, el silencio de la habitación real me recibió. El peso de la realidad volvió a golpearme, pero algo dentro de mí había cambiado.

Vallery seguía tumbada en la cama, con la respiración más profunda y estable que antes. Su piel, antes pálida y fría, parecía haber recuperado un poco de calor. Sabía lo que eso significaba: se estaba fortaleciendo. El tiempo y la conexión entre nosotros en la Dimensión Onírica estaban surtiendo efecto.

Me pasé la mano por la cara, tratando de procesar lo que acababa de pasar. La sensación de tenerla tan cerca, de sentir su alma entrelazándose con la mía, era algo que no se podía describir con palabras.

Ahora era más fuerte, pero la fuerza física no era lo más importante. Era la certeza de que ella estaba conmigo, incluso en las sombras.

La miré de nuevo, con el pecho oprimido por la intensidad de lo que sentía. No era solo deseo. Era algo mucho más grande, que me aterrorizaba y me llenaba al mismo tiempo. Sabía que lucharíamos contra lo que fuese que venid . Sabía que el camino sería tortuoso. Pero también sabía que, por ella, no había nada que no estuviera dispuesto a hacer.

Vallery era más que la mujer que amábamos.

Era nuestro mundo.

Y yo haría cualquier cosa para mantenerla a salvo.



CAPÍTULO 42

Entre palabras y rendición

KENDRIC SCOTTFIELD

El libro estaba abierto en mis manos, pero las palabras bailaban ante mis ojos sin formar ningún sentido. No era la primera vez que esto sucedía esa semana, y estaba seguro de que no sería la última. La concentración, algo que solía valorar como algo natural, parecía haberme abandonado por completo.

Era imposible concentrarme en frases elegantes cuando todo mi interior estaba atrapado en una tormenta silenciosa. Cerré el ejemplar de *Cumbres borrascosas* con un chasquido que resonó en la habitación. Mi refugio parecía más estrecho de lo normal, las sombras en las paredes crecían con la tenue luz de la lámpara.

Tres días. Ese era el tiempo que Kyle llevaba apagado, encerrado en su habitación, incapaz de moverse debido al agotamiento de la noche de Halloween. Y Vallery... Ella estaba allí, entre nosotros, tan frágil y aún tan devastadoramente poderosa.

Suspiré, pasando la mano por mi cabello revuelto antes de levantarme. Caminé hasta la ventana y miré el cielo nublado de Thornvale. Las pesadas nubes reflejaban el peso que sentía en el pecho. No podía quitarme de la cabeza , la forma en que parecía tan pequeña y vulnerable cuando la sostuvimos después de que Kyle la trajera de vuelta. Esa imagen estaba grabada en mi mente, como un cuadro pintado con los colores más sombríos.

Pero la esperanza volvió cuando Kellan me contó que Vallery se había comunicado con él en el plano Onírico. No entró en muchos detalles, pero lo suficiente para que supiera que ella estaba allí, de alguna manera,

tratando de alcanzarnos. Tratando de amarnos, incluso cuando su cuerpo físico no podía soportar el peso de su esencia.

Estaba ansioso por mi momento. Por verla, sentirla, escuchar su voz.

Sin pensarlo mucho, salí de la habitación, mis pies descalzos haciendo poco ruido por el pasillo. Pasé por la habitación de Kyle, escuchando el silencio implacable al otro lado de la puerta. Él todavía estaba sumido en su propio abismo, y eso me preocupaba más de lo que quería admitir.

Cuando llegué a la habitación de Vallery, empujé la puerta lentamente, solo lo suficiente para espiar. Kellan estaba allí, acostado a su lado, con el cuerpo desnudo pegado al de ella, compartiendo el calor que nuestras capas humanas eran capaces de ofrecer. Estaba despierto, con los ojos fijos en el techo, pero se dio la vuelta en cuanto me vio entrar.

—Te toca —murmuró en voz baja para no romper la serenidad de la habitación.

—¿Algún cambio? —Cerré la puerta detrás de mí mientras me acercaba a la cama.

— Respira mejor. Parece... más tranquila. —Se levantó lentamente y cogió la ropa tirada en el sillón cercano—. ¿Kyle sigue inconsciente?

Asentí con la cabeza, cruzando los brazos mientras observaba el rostro dormido de Vallery.

—No se ha movido desde que la trajiste de vuelta. —Mi tono era grave, reflejando la preocupación que no podía ocultar.

— Las marcas que tiene son iguales a las de ella. —Kellan se puso la camisa por la cabeza, cubriéndose el pecho antes de continuar—. Parecen estar cicatrizando. Casi como... un tatuaje.

— ¿Crees que eso significa que no es tan grave como pensábamos? —Esperé cualquier destello de optimismo que pudiera ofrecerme.

— No lo sé —Kellan negó con la cabeza, cogió los pantalones y se los puso—. Pero es mejor que el escenario apocalíptico que había imaginado.

Solté un suspiro, sintiendo cómo la tensión en mis hombros se aliviaba solo un poco.

—Me quedaré con ella ahora. —Mis palabras fueron firmes, pero no había necesidad de más explicaciones.

Kellan asintió y pasó junto a mí mientras se dirigía a la puerta. Antes de salir, se detuvo y miró por encima del hombro.

— Cuídala, Kendric.

— Siempre.

El silencio llenó la habitación en cuanto salió. Me acerqué a la cama y observé el rostro de Vallery, las suaves líneas de sus rasgos que, incluso en su fragilidad, conservaban una belleza imponente.

Me senté a su lado y me quité las prendas que aún llevaba puestas, hasta quedar tan desnudo como ella. Su piel fría contrastaba con el calor de mi cuerpo cuando me acosté a su lado, pero eso solo me hacía querer calentarla aún más.

—Sabes que nos vuelves locos, ¿verdad? —murmuré, rozando ligeramente su cabello con los dedos y apartando un mechón que le cubría la frente—. Aun así... no puedo imaginar mi vida sin ti.

Me acosté a su lado, mis dedos trazando ligeramente el contorno de su mandíbula, como si el tacto pudiera anclar mi corazón en el caos que ella era. « » Las palabras salieron bajas, casi un susurro, mientras fijaba mis ojos en la chica que lo era todo para mí:

— *«Amamos con un amor que era más que amor».*

La frase de *Annabel Lee*, escrita por Edgar Allan Poe, parecía adaptarse a lo que sentía. Porque eso era lo que ella era para mí: más que un amor. Algo que traspasaba los límites de la razón, que me devoraba por completo. Y aun así, no quería escapar.

Pasé los dedos por la suave curva de su rostro, como si pudiera grabar cada detalle en mi memoria. Mi corazón estaba pesado, pero también lleno.

—No sé qué vendrá después de esto —continué, con la voz casi en un susurro—. Pero te prometo que, pase lo que pase, te protegeré, mi Hope. Siempre.

Mientras hablaba, sentía cómo el agotamiento me invadía, lento e implacable. Cerré los ojos, aún abrazándola, con su aroma envolviéndome como un bálsamo para mi alma inquieta.

Y entonces, el sueño me llevó.

El aire a mi alrededor era denso, como si el peso de la noche se hubiera infiltrado en la esencia misma del sueño. Sabía que ya no estaba en el plano terrenal. No era la textura de las sábanas en la habitación de

Vallery, ni el sonido amortiguado de los pasos de Kellan en el pasillo. Ahora era mi habitación, mi santuario.

Abrí los ojos y vi las estanterías alineadas, repletas de libros que iban desde clásicos góticos hasta tomos más modernos. Una guitarra descansaba en un rincón, junto a un viejo tocadiscos que heredamos de un excéntrico coleccionista años atrás. En la mesita junto a la cama, un ejemplar de *Orgullo y prejuicio* descansaba con la cubierta hacia arriba, abierto en una de las páginas que había leído innumerables veces. Las películas apiladas sobre la mesa de madera desgastada traían la presencia constante de Jane Austen, pero junto a ellas, títulos de suspense y dramas contemporáneos revelaban el equilibrio entre el lord literario que Vallery me llamaba y el hombre común que era detrás de eso.

La iluminación de la habitación era siempre tenue, suave, como una penumbra calculada que invitaba a la intimidad. Las paredes estaban cubiertas por un papel texturizado en tonos oscuros, un contraste llamativo con el brillo frío de la pantalla de mi computadora portátil, que mostraba la interfaz de un programa que estaba diseñando. Eso era lo que hacía que el espacio fuera mío: un equilibrio entre la belleza atemporal y la funcionalidad moderna.

Pero no era la habitación lo que importaba. Era ella.

Vallery estaba allí, de pie en la entrada. No me pregunté cómo había llegado. En el fondo, sabía que me encontraría, al igual que yo siempre acababa encontrándome en ella.

—Tu habitación es tan... tú. —Su voz rompió el silencio, dulce y cargada de una suave provocación. Sus ojos recorrieron la habitación, absorbiendo los detalles con el mismo fascinación que siempre mostraba al descubrir algo nuevo—. En serio, Kendric, eres un lord moderno.

— Me gusta pensar que soy un hombre con buen gusto. — Una sonrisa jugó en mis labios mientras la observaba cruzar el espacio que nos separaba.

Vallery se detuvo frente a la estantería, deslizando los dedos por los lomos de los libros como si pudiera sentir la historia que contenía cada uno de ellos. Llevaba un vestido sencillo, negro, con un corte que se ceñía a sus curvas. La tela se balanceaba ligeramente cuando se movía, como si el sueño se amoldara a su presencia.

—Edgar Allan Poe, Oscar Wilde, Jane Austen... —Levantó una ceja mientras sacaba uno de los ejemplares—. Y tienes una versión comentada de Drácula. La verdad es que no ayuda con el rollo literario.

—Lo dices como si fuera algo malo. —Crucé los brazos, recostándome en la cabecera de la cama.

Ella se rió, ese sonido suave e inconfundible que siempre parecía encender algo dentro de mí. Con el libro aún en las manos, se volvió hacia mí, con los ojos brillando con una energía que parecía imposible para alguien que debería llevar días inconsciente en la cama.

— No, no es malo. Es... encantador. Un poco intimidante, tal vez, pero encantador.

— ¿Intimidante? —Incliné la cabeza, con un tono de voz deliberadamente provocador—. No sabía que fuera capaz de eso.

—Oh, sí que lo sabías. —Se acercó a la cama y se sentó a mi lado con una gracia que solo ella poseía. Sus dedos se deslizaron por las páginas del libro antes de cerrarlo y volver a colocarlo sobre la mesa—. Pero también es reconfortante. Hay algo en ti, Ken, que hace que todo parezca más... tranquilo.

Esa afirmación me tomó por sorpresa y sentí un extraño calor crecer en mi pecho. No respondí de inmediato. En cambio, me incliné hacia adelante y cogí el mando a distancia del televisor.

— Tranquilo, ¿eh? Entonces combinemos eso con algo reconfortante. — Encendí la pantalla y abrí la lista de películas—. ¿Qué te parece Austen?

— ¿Orgullo y prejuicio? —Ella se rió de nuevo, recostándose a mi lado y apoyando la cabeza en mi hombro—. No importa la época, el señor Darcy siempre será el mayor cliché romántico de todos los tiempos.

— Y a ti te gustan los clichés.

—Quizás. —Inclinó la cabeza para mirarme, con un brillo provocador en los ojos—. Pero prefiero a mi lord literario de la vida real.

No pude contener la sonrisa que sus palabras me arrancaron. Era tan típico de Vallery, la forma en que hacía que cualquier momento pareciera más grande de lo que realmente era. Mientras comenzaba la película, sentí que su respiración se ralentizaba, y algo en la forma en que se acurrucaba contra mí me trajo una paz que no sabía que necesitaba.

Vimos la película juntos en silencio durante un rato, con ella haciendo comentarios ocasionales sobre las escenas o los personajes. Y entonces, de repente, se giró, apoyando la barbilla en mi pecho mientras me miraba con esa mirada que parecía atravesar mi alma.

—Estás preocupado, ¿verdad? —La pregunta fue directa, pero había una ternura en su voz que me desarmó por completo.

—Siempre lo estoy. —Mi respuesta fue sincera, porque ocultarle algo me parecía una batalla perdida—. Especialmente contigo.

— No hace falta. Estoy bien, Ken. —Levantó la mano y me acarició la cara con un toque tan suave que casi me hizo cerrar los ojos—. Mi cuerpo solo necesita tiempo para recuperarse. Pero aquí... —Me tocó el pecho, donde mi corazón latía con fuerza—. Aquí estoy más fuerte que nunca.

Mi mano cubrió la suya, manteniéndola en su sitio mientras absorbía cada palabra.

—Nos vuelves locos, ¿sabes? —murmuré, con un tono entre exasperado y adorador—. Incluso ahora, estás más preocupada por nosotros que por ti misma.

—Porque ustedes son mi fuerza —respondió rápidamente, sin dudar —. Kellan, Kyle, ustedes... son mi mundo entero.

Hubo un silencio cargado entre nosotros, un momento en el que las palabras eran innecesarias. Pero cuando se inclinó para capturar mis labios con los suyos, me di cuenta de que el silencio era solo el comienzo de lo que vendría. Vallery no estaba allí solo para hablar, estaba allí para amarme. Y yo no era lo suficientemente fuerte como para resistirme.

Mi Hope, cuya existencia desafiaba todas las leyes del universo, estaba allí, acurrucada contra mí de tal manera que cada curva de su cuerpo parecía haber sido moldeada para encajar en el mío.

Al terminar el beso, se dio la vuelta, dándome la espalda, con el pelo esparcido como seda oscura sobre la almohada. Mi mano descansaba en su cintura, con los dedos trazando perezosos círculos sobre su piel.

Vallery se movió provocativamente, presionándose contra mí a propósito, y un gemido bajo escapó de sus labios, cargado de algo que me endureció al instante.

—No juegues conmigo, Hope. —Mi voz era ronca, una advertencia que sonaba más como una petición desesperada.

Ella se rió, ese sonido suave que siempre parecía destruirme por dentro.

— ¿Quién está jugando? —murmuró, con una voz cargada de una seducción que solo ella podía dominar.

— Lo haces a propósito, ¿verdad? —le susurré al oído, con voz ronca, mientras mis uñas arañaban ligeramente su cintura.

— ¿Y si lo hago? —Se giró un poco para mirarme por encima del hombro, con una sonrisa pícara curvando sus labios—. ¿Vas a resistirte, lord Kendric?

—Sabes que no. —Mi respuesta fue sincera, y mi tono de voz estaba cargado de una mezcla de deseo y rendición.

Mis dedos se deslizaron hacia abajo, encontrando el borde del vestido. Ya no ocultaba nada y mi mano encontró su piel desnuda.

— ¿Sin bragas? —Aunque mi tono era de pura provocación, el efecto que tuvo en ella fue inmediato. Su cuerpo se arqueó contra el mío y Vallery soltó un suspiro entrecortado.

— ¿Por qué necesitaría bragas en la Dimensión Onírica? — La forma en que presionó sus caderas contra mí decía más que sus palabras.

Mi mano se deslizó más abajo, encontrando el calor entre sus muslos. Estaba tan húmeda que mi dedo se deslizó fácilmente por su entrada antes de subir hasta el clítoris.

— ¿Por qué estás tan mojada, Lady Hope? —le susurré al oído, con mi aliento caliente contra su piel.

— Tú me pones así, Ken... —Su voz era un susurro, pero cada palabra parecía resonar en la habitación.

Empecé a mover los dedos en círculos lentos, provocándola mientras presionaba mi cuerpo contra el suyo. Sentí las caderas de Vallery arquearse contra mi mano, buscando más contacto.

— No tengas prisa. —Mi otra mano encontró uno de sus pechos, mi pulgar rozando el pezón mientras lo apretaba con fuerza—. Disfrutemos del momento.

— Hablas como si fueras capaz de resistirte. —Volvió la cabeza para mirarme por encima del hombro otra vez—. Pero sé que estás tan desesperado como yo.

— Desesperado, sí. Pero me gusta torturar. — Me reí, depositando un beso en la curva de su cuello.

Bajé los labios lentamente, mordisqueando suavemente su piel mientras seguía acariciando su clítoris, alternando movimientos lentos y rápidos, firmes y delicados. Sus gemidos llenaban el silencio de la habitación, y cada sonido que ella emitía me ponía más duro de lo que ya estaba.

—Me encanta ser tuya...

La observé con fascinación, cada reacción suya me empujaba más profundamente a un abismo del que nunca quise salir.

—¡Quiero oír lo mucho que te hago sentir! —Apreté ligeramente su clítoris, arrancándole otro gemido más fuerte.

—Me haces sentir todo, Ken... —Su voz entrecortada estaba cargada de un placer que parecía resonar dentro de mí—. Me encanta... me encanta cómo me tocas.

—Y yo amo oírte gemir así —confesé, con voz grave, mientras le mordía suavemente la oreja.

— ¡Entonces hazme gemir más!

—Quiero que te corras para mí, Hope. —Mis labios rozaron la curva de su cuello, respirando con dificultad mientras aumentaba el ritmo de mis movimientos—. Quiero sentir cómo pierdes el control.

—Voy a... —Apenas podía articular las palabras, su voz temblaba con la proximidad del clímax—. Joder... ¡Ken! Voy a...

— ¡Eso, mi sexy! — Presioné mi cuerpo contra el suyo, con los dedos firmes mientras ella explotaba en un orgasmo que hizo que todo su cuerpo temblara contra el mío.

Esperé a que su respiración se estabilizara antes de quitarle el vestido por completo, revelándome cada centímetro de su piel.

Vallery se giró para mirarme, con los ojos brillantes de placer y algo más profundo.

—Ahora es mi turno—. Su voz era un susurro travieso mientras me bajaba los calzoncillos, liberando mi polla dura y palpitante.

Sus dedos lo envolvieron con avidez, moviéndose lentamente mientras se mordía el labio inferior, mirándome con una mirada que prometía mucho más.

— Estás tan duro por mí... — Su voz era suave, pero el impacto fue devastador.

— Solo por ti. Siempre por ti. —Mi respiración era pesada mientras ella comenzaba a acariciarme, con movimientos firmes y rítmicos, alternando la presión. —¡Joder, Hope!

— Eres perfecto, ¿sabes? —susurró, con la voz cargada de deseo mientras apretaba mi polla un poco más—. Cada centímetro de ti está hecho para mí.

—Quiero sentirte... —Presioné mi frente contra la suya.

Mi mano abandonó su pecho para agarrar su cadera, atrayéndola más hacia mí. Pero Vallery se giró de nuevo, acurrucándose contra mí mientras empujaba su delicioso culo hasta que mi polla encontró su coño por detrás, animándome a empujar lentamente y deslizarme dentro de ella, centímetro a centímetro.

El calor y el apretón de su coño alrededor de mi polla me arrancaron un gemido bajo. Era casi imposible mantener el control, pero sabía que tenía que hacerlo.

«¿Así está bien?», pregunté con voz grave mientras comenzaba a moverme sin prisa.

—Perfecto—, gimió ella, con los ojos cerrados mientras se contoneaba contra mí, tomando todo lo que yo tenía para ofrecer.

Mis dedos se aferraron a sus caderas, ayudándola a encontrar un ritmo sincronizado. Vallery me envolvió por completo, su cuerpo amoldándose al mío de una forma que parecía predestinada.

—Más... profundo —gruñó, arañándome el brazo con las uñas mientras yo obedecía, empujando más fuerte hasta estar completamente dentro de ella.

Empecé a moverme lentamente, saboreando cada momento mientras mis manos exploraban su cuerpo. Sus suaves gemidos me animaban a continuar y aumentar el ritmo, pero no demasiado rápido. Quería disfrutar cada segundo, hacer que durara lo máximo posible.

—Me encanta sentirte así —susurré, con la voz cargada de algo que no era solo excitación—. Me encanta cuando me dejas poseerte.

—Y yo amo cuando me posees, Ken... —su voz era un gemido bajo, las palabras entrecortadas mientras aumentaba el ritmo, cada embestida

arrancándole un sonido que hacía arder todo mi cuerpo.

Deslicé una de mis manos hasta su clítoris, acercándola más a mí mientras hundía mi cara en su cuello. Su olor, su tacto, todo era demasiado. Estaba completamente perdido en Vallery y sabía que ella estaba igualmente perdida en mí.

— ¡Eres mía! ¡Siempre mía! —Mis palabras salieron como un gruñido posesivo y, en respuesta, ella arqueó la espalda, dándome aún más acceso.

— ¡Siempre tuya! —Su voz era un susurro ronco, cargado de amor y lujuria.

—Esto es tan injusto —murmuré, tratando de mantener algo de control.

—¿Qué es injusto? —Su voz era dulce, pero la sonrisa en sus labios era maliciosa.

— La forma en que me desmontas sin siquiera intentarlo.

— Entonces no te resistas. —Se detuvo de repente, sacándome de dentro de ella solo el tiempo suficiente para darse la vuelta y montarse sobre mí, alineando nuestros cuerpos mientras me miraba con un brillo desafiante en los ojos—. ¡Porque no voy a parar hasta tenerlo todo de ti!

— ¡Despacio, Hope! —supliqué, con las manos firmes en sus caderas mientras ella se sentaba sobre mí con fuerza y comenzaba a moverse, con su coño goloso ordeñando mi polla en una intensa cabalgada.

— Tú no mandas aquí, Scottfield. — Su respuesta fue un desafío, y la forma en que se contoneó contra mí me arrancó otro gemido gutural.

Vallery se inclinó, sus labios capturaron los míos en un beso profundo mientras sus movimientos se volvían más rápidos y más intensos.

—Me pones tan cachonda, Kendric —susurró contra mis labios, con los ojos brillando con malicia—. Me encanta sentirte dentro de mí, tan profundo... tan mío.

— ¡Todo tuyo, siempre! —Mi voz era un gruñido bajo mientras mis dedos se deslizaban por su piel sudorosa, sujetándola con fuerza.

Ahora gemía fuerte, los sonidos resonaban por la habitación mientras su cabeza caía hacia atrás, dejando al descubierto el cuello que tanto amaba. Me senté, atrayéndola hacia mí mientras mis manos se deslizaban por su cuerpo, sintiendo cada curva, cada temblor.

— ¡Deja de contenerte y disfruta, joder! —Mis palabras eran una orden, pero cargadas de un cariño innegable—. Sé que te estás conteniendo.

— Estoy cerca... tan cerca... — Arqueó el cuerpo, sus movimientos se volvieron descoordinados a medida que se acercaba al clímax.

Presioné mis dedos contra su clítoris, ayudándola a cruzar ese límite.

Vallery gritó mi nombre, su cuerpo temblando mientras el orgasmo la consumía de forma visceral, y esperé a que dejara de temblar antes de moverme de nuevo, cada impulso cargado de una necesidad desesperada.

Yo también estaba tan cerca... El control que me quedaba era mínimo, pero incluso en el apogeo del deseo, necesitaba protegerla.

—Voy a salir... —murmuré contra sus labios, con la voz ronca y entrecortada.

— ¡Entonces hazlo mirándome! —Se inclinó, mordiéndome suavemente la oreja con la boca.

Salí de ella en el último segundo, liberándolo todo en su abdomen. El semen rojo se derramó y Vallery se rió, pasando los dedos por la piel melosa mientras me miraba con ojos brillantes de malicia.

— Siempre tan cuidadoso, mi señor.

— Es lo mínimo que puedo hacer por ti.

Se recostó contra mi pecho, aún respirando con dificultad, mientras yo le acariciaba el cabello con los dedos. El silencio entre nosotros era reconfortante, cargado de una conexión que trascendía cualquier palabra.

Cuando desperté en el plano físico, la luz de la habitación real me recibió. El peso que había llevado durante días parecía más ligero, sustituido por una determinación renovada.

Vallery seguía tumbada a mi lado, con la respiración más tranquila y la piel más cálida. Sabía que se estaba recuperando. Sabía que era solo cuestión de tiempo.

Me pasé la mano por la cara, una pequeña sonrisa curvando mis labios mientras la observaba aliviado.

—Ya casi lo hemos conseguido, mi Hope.



CAPÍTULO 43

Entre pecados y redención

KYLE SCOTTFIELD

Lo primero que percibí al abrir los ojos fue la reconfortante penumbra de mi habitación. Las cortinas estaban cerradas, bloqueando la luz del día... o de la noche.

No sabía qué hora era. Ni siquiera sabía qué día era. Mi cuerpo parecía pesado, los músculos rígidos, como si hubiera pasado por un campo de batalla. Pero el dolor no era físico. Era algo más profundo, un peso que me agarraba por el pecho y me arrastraba hacia abajo.

—Por fin ha decidido honrarnos con su presencia, hermano.

La voz de Kellan me hizo girar la cabeza con dificultad. Estaba sentado en el sillón junto a la cama, con una postura relajada, pero sus ojos revelaban algo más intenso. Me observaba como un médico estudiaría a un paciente al borde de la muerte.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté, con la voz ronca como si no la hubiera usado en días.

—Diez días. —Cruzó los brazos, inclinándose ligeramente hacia delante—. Diez largos días de silencio y esa cara de cadáver.

— ¿Vallery?

La preocupación se apoderó de mí incluso antes de que él respondiera.

—Está bien —Kellan levantó una ceja, anticipando mi reacción—. Aún no ha despertado, pero está mejorando. Nos ha accedido en el plano Onírico. Si ha tenido fuerzas para eso, es una buena señal.

Relájate, Kyle. Ella está bien.

Las palabras de Kellan deberían haber sido reconfortantes, pero solo eran un paliativo para el infierno que había creado dentro de mí.

Mi mano subió instintivamente hasta el hombro. Mis dedos encontraron la piel lisa y marcada. Cicatrizada. Sabía lo que encontraría allí incluso antes de verlo: una marca oscura, intrincada, casi como una runa. Era tan discreta que parecía algo hecho para ser visto solo por aquellos que sabían dónde buscar.

— Parece que ahora tienes un tatuaje exclusivo, cortesía de nuestra chica. — La provocación en el tono de Kellan era casi imperceptible, pero la sonrisa que ocultaba detrás del vaso de whisky lo delataba.

— ¿También está cicatrizada?

Él asintió, mirándome fijamente, con seriedad.

— Es más pequeña y más suave que la tuya.

Se me encogió el pecho. Una mezcla de orgullo posesivo y culpa corroía mi conciencia. No debería haberlo permitido. Pero ahora, mirando la marca, la idea de borrarla era inconcebible. Sobre todo porque no era algo que se pudiera borrar.

— ¿Y... el resto? —pregunté, con voz más baja.

—Todo tranquilo —Kellan se levantó y cruzó la habitación con la gracia casual que solo él poseía—. Ninguna invasión demoníaca, ninguna visita sorpresa de Lilith o de nuestro padre. El apocalipsis no ha comenzado, si es lo que quieres saber.

—Por ahora.

—Quizás. —Se encogió de hombros, deteniéndose en la puerta—. O quizás las cosas no sean tan graves como imaginamos.

Casi me echo a reír. Era raro que Kellan fuera optimista.

— ¿Kendric está con ella?

— Sí. Pero ya sabes cómo es él. No le importará pasar el testigo.

Lo sabía. Kendric podía ser ferozmente protector, pero entendía que cada uno de nosotros necesitaba su tiempo con Vallery. Era algo implícito. Un acuerdo tácito entre nosotros.

— Date una ducha, Kyle. ¡Apestas!

Puse los ojos en blanco, pero él ya se había ido antes de que pudiera responder.



La ducha estaba hirviendo y el agua caliente que corría por mi cuerpo parecía llevarse parte del peso que sentía. No todo, pero lo suficiente como para hacerme sentir un poco más... humano. La marca en mi hombro parecía aún más definida ahora, bajo el vapor y las gotas que caían.

Una runa. Un símbolo de algo más grande de lo que yo podía comprender.

Cuando finalmente salí, el espejo estaba empañado y mi reflejo era poco más que una silueta. Me puse una camiseta negra y unos pantalones de chándal y salí de la habitación hacia la suya.

La puerta estaba entreabierta y encontré a Kendric sentado en el borde de la cama, con los dedos enredados en el pelo de Vallery. Era un gesto de ternura tan natural que podría pasar desapercibido para cualquiera que no supiera cómo era él en realidad.

—Te toca, Ky. —Se levantó al notar mi presencia, me lanzó una mirada rápida antes de salir sin prolongar la conversación—. Cuídala bien.

Cerré la puerta detrás de mí, dejando que el silencio nos envolviera. Vallery estaba allí, tan pequeña y serena en su sueño, con los rasgos suaves y la palidez casi imperceptible bajo la tenue luz de la lámpara.

—Siempre me matas de preocupación, amor —murmuré, sentándome a su lado.

Le toqué la mano, y el calor volvió lentamente a su piel. Parecía tan frágil, y sin embargo sabía que su fuerza superaba a la mía en casi todos los sentidos.

—No sé si puedes oírme, pero voy a hablar de todos modos. —Mi voz resonó suavemente en la habitación, llenando el espacio entre nosotros—. No sé exactamente qué vendrá después de marcarnos el uno al otro. Pero tienes que despertarte pronto, Vallery. Porque tú eres lo único que hace que toda esta mierda valga la pena.

Solo el sonido de su respiración respondió, pero eso fue suficiente para mantenerme anclado. Me acosté a su lado, todavía vestido, pero tan

cerca como era posible sin invadir su espacio. Apoyé la cabeza en la almohada y cerré los ojos, sintiendo cómo el calor de su presencia me calmaba.

—Soy un desgraciado... —murmuré, con voz baja, casi un susurro—. Pero soy tu desgraciado. Y siempre lo seré.

El sueño me venció antes de que pudiera luchar contra él. Y allí, a su lado, incluso en la oscuridad, encontré un atisbo de paz.

La oscuridad dio paso a una luz suave, y el peso que parecía mantenerme pegado al colchón durante los últimos diez días finalmente desapareció. Cuando abrí los ojos, lo primero que reconocí fue el olor: cuero, hierro y sudor, impregnando el aire a mi alrededor.

El gimnasio.

Me levanté lentamente, el suelo de goma bajo mis pies descalzos confirmando dónde estaba. Era el lugar donde pasaba más tiempo que en cualquier otro de la mansión, el espacio donde transformaba mi energía inquieta y e en disciplina y fuerza. Sin embargo, había algo diferente. Una tensión casi palpable en el aire, como si me estuvieran observando.

Y entonces, allí estaba Vallery: en el centro de la sala, con un ajustado conjunto de gimnasia negro que resaltaba cada curva de su cuerpo. Unos guantes de boxeo cubrían sus manos, y la sonrisa que curvaba sus labios era puro desafío.

—Pensé que nunca ibas a aparecer. —Su voz era suave, pero había un matiz más profundo, como una nostalgia disfrazada de sarcasmo.

La observé por un instante, absorbiendo cada detalle, la vivacidad de su presencia tan nítida y palpitante que casi me hizo olvidar por qué estábamos allí.

— Necesitaba un tiempo. — Mi respuesta fue directa, pero sus ojos se entrecerraron ligeramente, como si no fuera suficiente.

—¿Un tiempo? —Dio un paso adelante, el ligero sonido de sus pies apenas perturbando el silencio—. Te llamé varias veces, Ky. Esperé. Pero no viniste.

Sus palabras tenían más peso del que ella percibía y yo sabía que le debía una explicación.

— Es... complicado —suspiré, echándome el pelo hacia atrás—. Lo que pasó en el bosque fue intenso, Vallery. Transformarnos en el plano

físico... nos desgasta de una forma que aún no comprendes del todo.

Ella cruzó los brazos, inclinando ligeramente la cabeza, con los ojos fijos en los míos como si intentara leer cada pensamiento que yo ocultaba.

La cicatriz de la mordedura no aparecía en el plano onírico, me di cuenta.

— Pero ahora todo está bien, ¿verdad? —Su voz se suavizó, pero su mirada seguía siendo penetrante.

— Estoy aquí, ¿no? — Esbocé una sonrisa, tratando de aliviar la tensión—. Listo para la siguiente ronda.

Vallery puso los ojos en blanco, pero no pudo ocultar el brillo divertido que pasó por ellos. Caminó hasta una de las bolsas de arena colgadas y le dio un fuerte puñetazo, cuyo sonido resonó por toda la sala.

—Entonces vamos a entrenar, Scottfield. Parece que necesitas un poco de ejercicio. —La provocación en su voz era inconfundible y no pude evitar sonreír.

— ¿Entrenar, eh? —Estiré los hombros y me acerqué a ella—. ¿Y quién ha dicho que puedas enfrentarte a mí?

— Vamos a averiguarlo. — Levantó los puños, con una clara actitud desafiante.

Me acerqué, con pasos lentos y deliberados, mientras ajustaba los guantes que aparecieron en mis manos como si la Dimensión Onírica estuviera ansiosa por acomodar nuestra interacción.

Vallery avanzó primero, intentando un directo de derecha, pero lo esquivé fácilmente, agarrándole el puño y acercándola a mí.

— Estás muy segura de ti misma, amor. — Mi voz era baja, cargada de un tono que sabía que le encantaba.

— ¡Siempre lo he sido! —Levantó la barbilla, con un brillo travieso en los ojos.

Nos movimos por el espacio, con golpes y esquivas que parecían más bien una danza coreografiada. Vallery estaba mejor que la última vez que entrenamos, y eso me llenaba de un orgullo que no podía disimular. Pero también me recordaba lo obstinada que era, cómo nunca aceptaba límites, ni siquiera los impuestos por su propio cuerpo.

—Sobre el bosque... —interrumpió el movimiento por un instante, con una mirada preocupada que se encontró con la mía—. Quiero que sepas que me encantó todo. Cada segundo. No debes culparte por nada.

Tragué saliva, la intensidad de su mirada atravesaba cualquier defensa que intentara mantener.

— Tú lo pediste, Vallery. Pero eso no significa que estuviera bien. — Mi voz salió más baja, casi un susurro.

—Correcto o incorrecto, te amo—. Dio un paso adelante, con los guantes tocando mi pecho—. ¡Y si pudiera volver atrás, pediría exactamente lo mismo!

El peso de esas palabras me golpeó como un puñetazo. Ella no entendía completamente lo que había pasado, las consecuencias que podrían surgir. Pero su confianza y entrega total siempre me desarmaban.

—Tu terquedad raya en la imprudencia —murmuré, acercándome más.

—¿Qué puedo hacer si tengo tres guardianes tan testarudos e imprudentes como yo? —Su respuesta fue inmediata, y la sonrisa en sus labios se amplió.

De repente, el momento cambió. Ya no era un entrenamiento, ya no se trataba de golpes o provocaciones. La atmósfera se volvió más densa, cargada de algo que solo nosotros dos compartíamos.

Vallery se desató los guantes y los dejó caer al suelo, acercándose lentamente.

— Pareces tan débil, Ky... —susurró, rozando mi cara con los dedos.

— Eso no significa que sea incapaz de hacerte disfrutar. — La respuesta se me escapó antes de que pudiera pensar, y la sonrisa pícara que me dedicó fue suficiente para que mi corazón se acelerara y mi polla cobrara vida inmediatamente.

Deslizó las manos por mi pecho, empujándome ligeramente hacia atrás hasta que me apoyé contra la pared.

—Vamos a descubrirlo, entonces. —Su voz era un susurro seductor, cargado de una promesa que hacía que todo mi cuerpo reaccionara.

Sentí sus labios rozando los míos, pero antes de que pudiera besarme, la agarré por la cintura, sujetándola contra mí.

— No te lo voy a poner fácil, amor —le susurré contra los labios.

— Espero que no —su risa fue suave, pero llena de malicia.

La Dimensión Onírica parecía adaptarse al calor que comenzaba a envolvernos, la luz suave se volvía más cálida, las sombras más profundas.

Vallery era un huracán y yo no podía hacer nada más que dejarme llevar por ella. Y, por muy débil que me sintiera, sabía que estaba a punto de fortalecerme de la única forma que realmente importaba.



El sonido del agua corriendo reverberaba contra las paredes alicatadas del baño del gimnasio. La luz del ambiente parecía más suave, casi íntima, mientras el vapor comenzaba a empañar el espejo y envolver el espacio que nos rodeaba.

Yo estaba de pie en la ducha, apoyado contra la pared fría, mientras Vallery estaba frente a mí, sosteniendo el jabón líquido en sus manos. Sus movimientos eran metódicos, casi reverentes, mientras se enjabonaba los dedos antes de comenzar a deslizar sus manos por mi pecho.

—Ahora ya sabes cómo es. —Su voz era una mezcla de provocación y ternura, un tono que solo ella sabía usar para desarmarme.

— ¿Cómo es qué? —Mi respuesta fue baja, pero cargada de algo más.

— Ser mimado. — Sonrió, con los ojos brillantes mientras seguía frotando el jabón en círculos por mi torso.

Vallery inclinó la cabeza, el agua goteando por su cabello y mezclándose con la espuma de sus manos. El contraste entre el calor del agua y el frío tacto de sus dedos era casi hipnótico. No solo me estaba lavando, sino estudiándome, como si intentara grabar cada línea, cada curva, cada músculo en su memoria.

— Siempre has sido tú quien ha cuidado de mí, Ky. —Su voz se suavizó mientras deslizaba las manos por mis hombros, masajeándolos ligeramente—. Ahora es mi turno.

Cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás mientras su tacto trabajaba no solo en mi cuerpo, sino en algo más profundo. Incluso en el

plano onírico, donde el agotamiento no debería ser tan palpable, sentía el peso de todo lo que habíamos vivido en los últimos días.

Pero Vallery estaba allí, tan vibrante, tan viva, y eso era lo único que importaba.

—Estás muy tenso, ¿sabes? —Bajó las manos hasta mi abdomen, sus dedos trazando las líneas de los músculos de forma deliberadamente lenta.

— Quizás porque tú me pones así. — Mi voz sonó más ronca de lo que pretendía, y ella se rió suavemente, con ese sonido que era pura tentación.

Vallery continuó bajando hasta llegar a mi cadera. Cuando sus dedos rozaron mi entrepierna, sentí cómo mi polla se endurecía por completo, palpitando en respuesta a su simple caricia.

— Parece que eso no ha cambiado. — Sus ojos se encontraron con los míos, llenos de malicia, mientras sus manos finalmente envolvían mi polla dura y palpitante por ella.

Todo lo que pude hacer fue soltar un gruñido bajo cuando Vallery comenzó a acariciarlo con movimientos lentos y firmes que estaban diseñados para provocarme al límite.

—Estás tan rígido, Kyle... —Se inclinó hacia delante mientras sus dedos seguían deslizándose a lo largo de mi miembro—. ¿Podré relajarte?

— ¿Me estás tomando el pelo, verdad? —Mis manos encontraron su cintura, sujetándola con fuerza mientras intentaba mantener algo de control.

— ¿Te parece una broma? —Su respuesta fue suave, pero había un brillo feroz en sus ojos.

Se agachó lentamente, con la rodilla tocando el suelo mojado de la ducha mientras sus dedos seguían trabajando en mí. Todo mi cuerpo se tensó cuando sentí el calor de su aliento contra mi carne, y cuando sus labios rozaron la punta de mi polla, pensé que iba a perder el control allí mismo.

— Joder... —gruñí, con la voz entrecortada mientras ella sonreía contra mí.

— Shhh... amor. — Su voz era un susurro cargado de lascivia. — Déjame cuidar bien de ti ahora.

Y entonces, su boca traviesa me tragó.

El calor y la presión eran devastadores y sentí que todo mi cuerpo reaccionaba al instante. Sus labios se movían lentamente, explorando cada centímetro con una habilidad que me hacía olvidar por completo dónde estábamos.

Vallery no tenía prisa. Sabía exactamente lo que estaba haciendo, alternando entre movimientos profundos y superficiales, chupando con una intensidad que me arrancaba sonidos que normalmente intentaba controlar.

—Me matas, ¿lo sabías? —murmuré, con las manos buscando su cabello y sujetándolo suavemente mientras la observaba trabajar en mí.

Levantó la mirada, con los ojos brillantes de lujuria mientras continuaba. La forma en que me miraba mientras me chupaba era algo que me consumía por completo.

— Nada de eso —su voz era suave cuando se detuvo por un momento, con los labios aún presionados contra el glande—. ¡Yo te hago vivir!

Antes de que pudiera responder, volvió a tragármelo, ahora con movimientos más rápidos e intensos. Sus manos sujetaban con firmeza mi base mientras su lengua jugaba a lo largo de toda la longitud y yo sabía que estaba cerca del límite.

—¡Joder, Vallery! —gruñí, con el cuerpo tenso mientras intentaba contener el clímax que se avecinaba.

Ella pareció darse cuenta, porque se apartó ligeramente, sus labios curvándose en una sonrisa antes de murmurar:

— ¡Déjame verte correrte para mí, Kyle!

Fue suficiente para derribarme.

Solté un profundo gemido cuando finalmente me liberé, mis manos apretando sus hombros mientras mi orgasmo se apoderaba de mí. Vallery lo guió todo, dejando que mi semen cubriera sus pechos mientras sonreía, sus dedos deslizándose por la piel húmeda y espumosa.

—Siempre tan generoso—. Su voz era suave, pero había algo juguetón en su tono.

La levanté sin decir una palabra, solo envolviéndola en un beso que era más de gratitud que de deseo.

—Eres una gran zorra, ¿sabes? —le susurré contra los labios, provocándola.

—¡Tú eres la traviesa! —Ella se rió suavemente, y en ese momento supe que todo estaba absolutamente bien, exactamente como debía estar.

Incluso en la extenuación, incluso en la oscuridad, Vallery era lo único que necesitaba. Y estaba más que dispuesto a perderme en ella, una y otra vez.

El agua caliente seguía corriendo por la ducha, creando un velo de vapor a nuestro alrededor mientras Vallery me observaba con esa sonrisa que era puro desafío. Sus ojos brillaban como si ya supiera exactamente lo que iba a hacer a continuación, como si quisiera provocarme hasta el límite de la cordura.

—Estás pensando demasiado, Ky.

— ¿Ah, sí? —Mi mano se movió hacia su cintura, apretándola con fuerza mientras la giraba de espaldas, obligándola a apoyarse contra la pared alicatada—. Quizás sea porque no puedes estar quieta.

Sus manos se deslizaron hasta encontrar la pared, abriendo los dedos mientras se inclinaba ligeramente hacia delante, ofreciéndose a mí de una manera que me hacía hervir la sangre.

—¿Y ahora qué? —murmuró, con la voz cargada de lascivia—. ¿Estoy lo suficientemente quieta para ti?

Mi respuesta fue rápida. Deslicé las manos por su espalda hasta llegar a su trasero, sujetándola con fuerza mientras me colocaba detrás de ella. Mi polla estaba tan dura, incluso después de correrme, que palpitaba con anticipación mientr o rozaba la entrada de su coño empapado, deslizándose con facilidad gracias a su lubricación natural.

—Tienes muchas ganas de que te folle, ¿verdad? —le susurré al oído, con mi voz grave y ronca.

—No tienes ni idea... —Su respuesta llegó en un susurro cargado de lujuria, y ella arqueó más la cadera, presionándose contra mí.

— Entonces pídemelo —exigí, sujetándola con más fuerza mientras rozaba mi glande contra su deliciosa entrada, solo para provocarla.

Ella soltó un gemido frustrado, con las caderas intentando moverse para alcanzarme, pero la mantuve en su sitio, obligándola a esperar.

—Por favor, Kyle... —murmuró, con la voz temblorosa de necesidad—. ¡Fóllame!

— Me gusta cuando eres obediente. —Mi respuesta fue un gruñido bajo mientras finalmente la penetraba lentamente, sintiendo cómo su cuerpo se abría para mí.

La sensación era devastadora, su calor me envolvía de tal manera que hacía desaparecer todo lo que me rodeaba. Empecé a moverme lentamente, saboreando cada embestida mientras le sujetaba las caderas con tanta fuerza que le dejaba marcas.

—Me matas, mujer... —murmuré con voz ronca mientras aumentaba el ritmo, cada embestida más profunda y fuerte que la anterior.

—Más fuerte... —Su voz era un gemido bajo, cargado de un placer que parecía resonar dentro de mí.

Atendí a su petición, intensificando mis movimientos mientras mi cuerpo se inclinaba sobre el suyo, mi mano deslizándose para alcanzar su clítoris. La otra mano mantenía su cadera con fuerza, guiándola contra mí en un ritmo que era a la vez posesivo y desesperado.

— ¿Te estoy follando como querías, amor? —le gruñí al oído, con la respiración entrecortada mientras la presionaba aún más contra la pared.

— ¡Muy bien follada! —Su respuesta llegó en un gemido alto, y sentí su cuerpo temblar mientras se acercaba al orgasmo.

Mis dedos aumentaron la presión sobre su clítoris, moviéndose en círculos rápidos y precisos mientras yo mantenía el ritmo de las embestidas. Cada gemido que soltaba era como combustible, empujándome más lejos, haciéndome querer darlo todo.

— ¡Me voy a correr! —Sus uñas arañaron la pared, sus gemidos se hicieron más fuertes y descontrolados—. ¡Kyle!

Con un grito ahogado, se derrumbó en mis manos, con todo el cuerpo temblando mientras el éxtasis la consumía. Sentí las contracciones de su coño alrededor de mi polla, tan intensas que casi me hicieron perder el control en ese instante.

Pero yo aún no había terminado.

Seguí moviéndome, cada embestida arrancándole nuevos gemidos mientras me acercaba a mi propio límite. Cuando finalmente sentí que no podía aguantar más, salí de ella en el último segundo, sujetando mi polla

con una mano mientras lo soltaba todo en su culo, el semen caliente y rojo chorreando por su curva perfecta.

Vallery se rió suavemente, volviéndose para mirarme con un brillo malicioso en los ojos mientras pasaba los dedos por su piel melosa. Le encantaba nuestra mierda demoníaca, y eso debería ser extraño, ¡pero era jodidamente sexy!

—Eres una fuerza de la naturaleza— murmuré contra sus labios antes de besarla con todo lo que tenía, un beso que era tanto una promesa como una rendición.

La atraje hacia mí, nuestros cuerpos se encontraron bajo la ducha mientras el agua corría sobre nosotros, mis manos sostenían su rostro mientras nuestros labios se movían juntos, cargados de algo que era más que solo deseo.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estábamos sin aliento, pero no dijimos nada. El silencio entre nosotros era cómodo, un recordatorio de que las palabras no siempre eran necesarias.

El agua tibia aún corría por nuestros cuerpos mientras Vallery se acurrucaba contra mí. Por un momento, todo parecía perfectamente equilibrado. El calor, el sonido del agua, su olor... todo conspiraba para crear una burbuja en la que nada más importaba más que nosotros dos.

—Creo que nunca me cansaré de esto —confesé, besándole la coronilla.

— ¿De bañarnos? —Inclinó la cabeza para mirarme, conteniendo la risa.

—¡De ti!

Su risa resonó en la ducha, suave e inconfundible, el sonido que siempre parecía devolverme a la vida. Se apartó lentamente, deslizando los dedos por mi piel mientras cogía la toalla que colgaba de la puerta.

—Me toca cuidar de ti. —Su tono era una mezcla de autoridad y dulzura.

Dejé que me guiara, algo que rara vez hacía con nadie, pero con Vallery era diferente. Pasó la toalla por mi pecho, secándome con cuidado mientras una sonrisa provocadora curvaba sus labios.

— Sabes, amor, si quieres seguir frotándome, no me voy a quejar.

— Sé que no lo harás. — El brillo travieso de sus ojos era pura tentación. — Pero a menos que quieras pasar el resto de nuestro tiempo juntos en el baño, es mejor que lo dejemos aquí.

Cuando terminó, me envolví una toalla alrededor de la cintura e hice lo mismo con ella, secando cada centímetro de su piel con una atención casi religiosa.

—Tienes las manos más cálidas del mundo —comentó, cerrando los ojos por un instante mientras le pasaba la toalla por los brazos.

— Tengo mucho calor acumulado. Tú eres la causante de ello.

Cuando terminé, Vallery me tomó de la mano y me sacó del baño.

—Ven conmigo.

Fuimos juntos a su habitación. Las luces tenues creaban un ambiente acogedor y el aroma familiar del perfume de Vallery llenaba el aire. Se sentó en la cama y me atrajo hacia ella. Aún envueltos en las toallas, se recostó hacia atrás, apoyándose en los codos mientras me miraba con una sonrisa perezosa.

— Te extrañé. — Las palabras eran simples, pero cargadas de una sinceridad que me desarmaba.

— ¡No te imaginas cuánto te he echado de menos yo también!

Me quedé a su lado y, mientras se acomodaba, sus dedos encontraron los míos. Entrelazamos nuestras manos, un gesto pequeño, pero que cargaba con el peso de todo lo que éramos.

— Cuando me despierte, quiero que hagamos algunas cosas juntos — comenzó, con una voz llena de una ligereza que contrastaba con los días difíciles que habíamos enfrentado.

—¿Como qué? —pregunté, genuinamente curioso.

—Quiero salir a comprar regalos para los niños del orfanato St. Gertrude. Se emocionan mucho en esta época del año.

Solía visitar su antiguo hogar adoptivo en épocas festivas y a los niños les encantaba su visita.

—Claro. ¿Y qué más?

— También necesito hablar con Grace. Está a punto de cumplir dieciocho años... Quiero saber si ya ha decidido adónde quiere ir o qué quiere hacer.

Grace Hope era una joven huérfana que creció con Vallery en St. Gertrude. La chica era la mayor de los niños del centro. Las dos se consideraban hermanas, aunque físicamente eran muy diferentes. El apellido « » era un patrón del orfanato para registrar a los niños sin ningún indicio de familiares.

—Grace es inteligente. Estoy segura de que encontrará su propio camino, pero me encantaría escuchar tus consejos. Podemos ayudarla, si quieres.

Ella asintió con una sonrisa emocionada y el brillo de sus ojos fue suficiente para hacer que mi mundo pareciera menos sombrío.

— Y, por último, pero no menos importante: quiero tener una cita contigo. — Sus palabras me tomaron por sorpresa, pero en el buen sentido.

— ¿Una cita?

Nunca he tenido una con nadie antes.

En ninguna vida. En ninguna encarnación.

Ni siquiera con Vallery, porque siempre estábamos juntos, así que para mí todos los momentos eran un placer solo por estar en su compañía.

— Sí. He oído que has abierto un nuevo restaurante en Thornvale. Algo sobre una increíble cocina *fusión* y un ambiente a la luz de las velas...

— ¿Estás intentando seducirme con comida?

—¡Comida y compañía! —Me guiñó un ojo.

Me incliné y le di un suave beso en la frente antes de acostarme completamente a su lado.

— No tienes que convencerme, amor. Cualquier cosa contigo ya es suficiente.

Vallery sabía que mis hermanos y yo evitábamos pasear por Thornvale, porque, aunque fuéramos discretos, era como si nuestra presencia fuera imposible de ignorar para los vecinos, y no queríamos ser el centro de atención. Sobre todo porque los cuatro no hacíamos ningún esfuerzo por ocultar que teníamos una relación... algo inusual, incluso en la universidad. A esas alturas, toda la ciudad ya sabía lo nuestro.

Nos quedamos en silencio durante un rato, con sus dedos jugando con los míos mientras la respiración de ambos comenzaba a sincronizarse.

No necesitaba nada más. No allí, no con ella a mi lado.

— Pronto estarás bien —dije en voz baja, casi en un susurro—. Y cuando eso suceda, te prometo que haremos todo lo que quieras.

— ¿Y tú? —Volvió la cara para mirarme, sus ojos buscando algo en los míos—. ¿Tú también te pondrás bien?

—Estoy bien desde el momento en que te encontré.

Ella volvió a sonreír, y esta vez supe que era más que simple felicidad.

Era amor, puro y simple.

Poco a poco, el cansancio comenzó a vencerme. Cerré los ojos, sintiendo el peso de su cuerpo contra el mío.

Allí, con Vallery en mis brazos, todo parecía... correcto.

Y cuando desperté en el plano físico, ese sentimiento permaneció. Nuestra realidad estaba lejos de ser perfecta, pero si ella estaba bien, era lo único que me importaba.



CAPÍTULO 44

Entre susurros y despertares

El aire era denso, cargado de una sensación que no podía describir completamente. No era frío, pero tampoco era calor. Era algo intermedio, como si el propio espacio a mi alrededor estuviera indeciso sobre lo que debía ser.

Sabía dónde estaba incluso antes de abrir completamente los ojos. La Dimensión Onírica tenía un olor distintivo, una textura propia que se adhería a la piel, una vibración que despertaba los sentidos de una manera inusual. Todo allí era más intenso: los colores, los sonidos, incluso el silencio mismo parecía más vivo, como si tuviera voluntad propia.

Mis pies descalzos tocaron el suelo de madera pulida. Miré a mi alrededor y reconocí el vestíbulo principal de la mansión Scottfield, pero era diferente. Las líneas eran las mismas, pero había una amplitud que no existía en el plano físico. Las escaleras parecían más altas, los peldaños infinitos. Las paredes estaban cubiertas de cuadros que nunca había visto, retratos de rostros que me resultaban familiares y, al mismo tiempo, completamente desconocidos.

La mansión en el plano onírico era una extensión de la imaginación y los recuerdos de quienes la habitaban. Lo sabía porque Kyle me lo explicó una vez, entre un trago de whisky y una de esas sonrisas peligrosas que me desarmaban. *«Nada aquí es real, amor»*, me dijo, mientras pasaba su pulgar por mi labio inferior y m . *«Es solo un reflejo de nuestra mente, mezclado con deseos ocultos. Un sueño dentro de un sueño»*.

Pero ahora no parecía un sueño.

Se parecía más a una pesadilla.

Los pasillos estaban sumidos en una penumbra que engullía los detalles. El sonido de mis pasos resonaba, pero había algo extraño en el eco. Sonaba desfasado, como si un segundo par de pasos me acompañara a una distancia invisible.

Pasé la mano por la madera de la barandilla, sintiendo su textura lisa y pulida. Había algo reconfortante en ese tacto, pero el consuelo no duró. Cuando miré la palma de mi mano, la madera había dejado una ligera mancha roja, como sangre seca.

Todo está bien, me susurré a mí misma, tratando de silenciar la inquietud que crecía dentro de mí.

Seguí caminando, con los pies guiándome sin rumbo fijo. Cada puerta por la que pasaba parecía más alta de lo que debía ser, como si se adaptara a la proporción de algo más grande que yo. Algunas estaban entreabiertas, revelando pequeños fragmentos de escenas que sabía que no debían estar allí: una sala llena de espejos rotos, un piano de cola tocando solo, una escalera que no llevaba a ninguna parte.

Mis ojos se posaron en un cuadro concreto colgado en la pared. Era un retrato mío, pero no como en el mundo real. Mis ojos en el cuadro eran completamente negros, sin iris ni pupilas, y mis labios estaban curvados en una sonrisa que parecía... errónea.

Di un paso atrás, con el corazón acelerado. No recordaba ese cuadro. Ni siquiera en la Dimensión Onírica.

La mansión parecía querer engullirme, sus paredes se cerraban lentamente a mi alrededor, y entonces lo supe. No estaba sola.

Un escalofrío me recorrió la espalda y me giré bruscamente, esperando encontrar algo o a alguien. Pero lo único que vi fue la escalera que bajaba al piso inferior, envuelta en una oscuridad que parecía latir, casi como si estuviera viva.

— ¿Hay alguien ahí? —Mi voz sonó más firme de lo que me sentía.

No hubo respuesta. Solo el sonido de mis propios pasos mientras bajaba lentamente las escaleras, con la barandilla ahora fría bajo mi mano.

Llegué al piso inferior, que parecía aún más vasto de lo que debía ser. El salón principal estaba vacío, excepto por un candelabro gigante que colgaba del techo, cuyas velas encendidas proyectaban sombras que bailaban en las paredes como si tuvieran vida propia.

Había una puerta al fondo, una que nunca había visto antes. Era de hierro negro, con grabados que parecían runas antiguas, pero que se movían ligeramente cuando intentaba descifrarlas. Algo en esa puerta me atraía y me repelía al mismo tiempo.

Di un paso hacia ella y fue entonces cuando oí:

—Vallery... —La voz era baja, profunda, y parecía venir de todas partes al mismo tiempo.

Me giré rápidamente, pero no había nadie allí. La sala estaba vacía, excepto por las sombras, que ahora parecían más densas, más cercanas.

—¿Kyle? ¿Kellan? ¿Kendric? —Mi voz era un susurro, pero sus nombres sonaban como un rayo de luz en medio de la oscuridad.

No hubo respuesta. Solo el sonido de mi corazón latiendo en mis oídos.

De repente, el candelabro de arriba comenzó a balancearse suavemente, como si un viento invisible lo hubiera alcanzado. Las velas comenzaron a apagarse una a una, sumiendo la sala en una oscuridad cada vez mayor.

Y entonces la puerta de hierro negro comenzó a chirriar, abriéndose lentamente por sí sola. Dentro solo había oscuridad. Una oscuridad tan profunda que parecía querer atraparme en su interior.

Di un paso atrás, con todo mi cuerpo gritándome que huyera, pero mis piernas parecían clavadas al suelo. El aire a mi alrededor se volvió más pesado, casi imposible de respirar.

Y fue entonces cuando lo vi.

Un par de ojos, brillando en la oscuridad como brasas, observándome.

Mi corazón se aceleró y sentí un grito formándose en mi garganta, pero antes de que pudiera escapar, fui empujada hacia atrás.

El salón desapareció, la oscuridad se disipó y volví a estar en la habitación de la mansión, pero mi respiración seguía acelerada y la sensación de estar siendo observada persistía.

«¿Qué ha sido eso?», murmuré para mí misma, con el cuerpo temblando por la adrenalina.

La sensación de estar siendo observada aún se cernía sobre mí, incluso mientras el escenario del salón y la puerta de hierro negro se disolvían en mi mente como niebla. Era como si la presencia de esa mirada se hubiera aferrado a mí, dejando un rastro de escalofríos que no podía disipar.

El plano Onírico tenía sus propios caprichos, pero aquello no era normal. Sabía diferenciar una manifestación de la dimensión de algo más... vivo.

Respiré profundamente, tratando de calmar mi acelerado corazón. El silencio a mi alrededor parecía ensordecedor, como si el propio Onírico estuviera conteniendo la respiración.

Caminé de vuelta por la mansión, que ahora parecía más pequeña, más familiar, pero a cada paso crecía en mí una extraña inquietud. Cuando llegué a la habitación donde solía encontrar a los hermanos Scottfield, la puerta estaba cerrada. Las sombras detrás de ella estaban inmóviles, como si el espacio más allá no existiera realmente.

«¿Por qué no están aquí?», susurré para mí misma, aunque sabía que no podían oírme.

La ausencia de los tres era palpable, un vacío que sentía hasta en los huesos. Incluso cuando no estaban físicamente conmigo, siempre había un rastro de su presencia en el Onírico. Pero ahora, nada. Era como si estuviera sola en un mundo que debería estar habitado por nuestros recuerdos y deseos compartidos.

No debería estar sola.

Un sonido repentino me hizo girar, con el pelo azotándome los hombros.

Era una risa baja, suave y lejana, como si viniera de dentro de las propias paredes.

Mis manos hormigueaban, el instinto de lucha o huida se apoderó de mí. Miré a mi alrededor, tratando de localizar el origen del sonido, pero no había nada más que la cómoda penumbra de la habitación.

Fue entonces cuando sentí el tirón.

No era físico, sino algo más profundo, como si mi propia esencia estuviera siendo succionada hacia otro lugar. Un frío intenso recorrió mi espina dorsal y, entonces, todo volvió a quedar en silencio.

El silencio duró solo un segundo antes de que un susurro invadiera mi mente. Era mi nombre, pronunciado con una suavidad que sonaba casi cariñosa, pero había algo más allí. Algo oscuro.

No sabía si el susurro venía de dentro o de fuera de mí, pero en ese momento, todo a mi alrededor comenzó a girar.

La mansión se disolvió en sombras, las paredes se derrumbaron como pintura que se escurre y la luz del Onírico comenzó a apagarse. Mi cuerpo parecía ser arrastrado hacia la superficie de un océano invisible, la gravedad al revés, empujándome hacia arriba en lugar de mantenerme abajo.

Y entonces...

La suave luz de la mañana se filtraba a través de las pesadas cortinas de terciopelo, tiñendo la habitación con un brillo dorado y opaco. Abrí los ojos lentamente, sintiendo el familiar tacto de las sábanas de seda contra mi piel. Era una sensación de lujo envolvente, pero también conllevaba una extraña melancolía.

Nada en la mansión Scottfield era lo que parecía ser. Incluso el sol parecía más tímido allí, como si tuviera miedo de invadir el territorio de los demonios.

Me senté en la cama, las sábanas resbalando hasta mi regazo, y dejé escapar un suspiro mientras los recuerdos de los últimos acontecimientos me invadían.

— ¡He vuelto! —Sonreí, aliviada.



El agua caliente caía sobre mi piel, deslizándose como un alivio para los músculos tensos, pero incapaz de borrar la inquietud que parecía alojada en lo más profundo de mi mente. La pesadilla aún flotaba allí, como una sombra insistente. Cada detalle de esa mirada que encontré en el Onírico parecía grabado en mí, tan nítido como la realidad que me rodeaba.

Me pasé las manos por la cara, frotándola con fuerza, como si pudiera disipar esa sensación. Estaba despierta. Estaba en casa. El plano físico era seguro. Lo suficiente para convencerme, al menos por ahora.

Al deslizar la mano por mi cuello, noté la cicatriz. Una pequeña marca en la clavícula, donde Kyle me había mordido. Toqué el otro lado con la punta de los dedos, sintiendo una ligera aspereza bajo la piel que, antes lisa, ahora llevaba las marcas de lo que habíamos hecho en el bosque. Eran discretas, casi como un tatuaje.

Una sonrisa irónica se dibujó en mis labios. *¡Qué lío!*

Kyle, Kellan y Kendric me habían guiado, moldeado y transformado en algo que ni yo misma entendía del todo. Pero ellos eran mi fuerza. Y por mucho que los amara, el peso de quién era a su lado todavía me agobiaba, especialmente ahora.

Salí de la ducha y me envolví en una toalla, secando el vapor del espejo con la mano. Mi reflejo parecía más pálido de lo normal, pero mis ojos tenían el brillo obstinado de alguien que no estaba dispuesto a rendirse.

El año estaba terminando y tenía demasiadas cosas que hacer. Comprar los regalos para el orfanato. Visitar a Grace, que estaba emocionada por su inminente mayoría de edad. Planificar las

donaciones de Navidad con las chicas de Sigma Nyx. Y tener citas románticas con mis novios, como solían hacer las parejas normales. En eso era en lo que tenía que centrarme, no en los ojos que me miraban en el plano Onírico.

Elegí un suéter crema suave, que se ajustaba cómodamente a mi cuerpo, y unos vaqueros ajustados. Un abrigo largo completaba el look para hacer frente al frío de noviembre, ya que el otoño en Thornvale nunca era agradable.

Al salir de la habitación, el aroma del café y las tortitas me guió hasta la cocina. Cada paso me recordaba la pesadilla, pero con cada inspiración, recordaba que estaba en el plano físico.

Estaba en casa.

Todo iba a salir bien.



CAPÍTULO 45

Entre fuego y piel

KYLE SCOTTFIELD

La cocina de la mansión Scottfield era una mezcla de modernidad y refinamiento, con superficies de mármol que reflejaban la suave luz que entraba por las ventanas. Estaba apoyado en la encimera, con los brazos cruzados y la mirada distante, pero atenta. Sabía que pronto aparecería Vallery para desayunar y una parte de mí ya estaba impaciente.

Kendric estaba a mi lado, terminando de preparar el café, cuyo aroma fuerte y familiar se mezclaba con el aura aún cargada de los días anteriores. Tenía una forma eficiente y silenciosa de moverse, pero había algo en la manera en que organizaba los utensilios que indicaba que su mente estaba lejos, reflexionando sobre algo.

Hasta que finalmente rompió el silencio, como si el pensamiento hubiera decidido escapar sin pedir permiso:

—Kellan y yo lo sabemos —comenzó, sin mirarme, con los ojos fijos en el café mientras terminaba de servirse una taza—. De los tres, tú eres a quien Vallery más quiere.

Hubo una pausa, el tipo de silencio que podría ser peligroso, pero no entre nosotros. Lo miré, esperando algún signo de celos, pero Kendric solo me miró con sus ojos oscuros y serenos, con expresión firme, sin rastro de dolor o resentimiento.

—No pasa nada —continuó, con una leve sonrisa en los labios—. No es una acusación ni una rabieta. Solo te estoy aclarando que tus dos

hermanos menores saben lo trascendental que es tu conexión con ella. Lo respetamos.

Por un momento, dejé que sus palabras flotaran en el aire, tratando de sentir algo más allá de la lealtad que compartíamos, pero no había nada que me preocupara. Kendric era tan sólido como una roca, y Kellan... bueno, podía ser impredecible, pero nunca con Vallery. Nunca cuando se trataba de ella.

—No es así —respondí, con voz tranquila, pero cargada de un sentimiento tan poderoso como la propia fuerza demoníaca que habitaba en mí—. No me importa compartir el amor de Vallery con vosotros. Entiendo que ella nos ama a cada uno de nosotros de maneras diferentes... únicas. Y tal vez así es como debe ser». Miré a mi hermano, y nuestras miradas se encontraron en un pacto silencioso. «Ustedes entienden partes de ella que yo, por mí mismo, tal vez nunca sea capaz de entender. Estoy agradecido por eso. Y mientras ella siga siendo nuestra prioridad, nunca habrá conflictos entre nosotros».

Kendric asintió, con una mirada profundamente seria.

—Siempre —su tono era una promesa incuestionable—. Vallery siempre será nuestra prioridad.

La tensión que nunca había llegado a instalarse desapareció, y dejé escapar un suspiro. El alivio era algo que rara vez sentíamos, pero cuando se trataba de ella, cualquier resolución valía su peso en oro.



El aroma del café recién hecho llenaba el ambiente, mezclándose con el suave sonido de la música que Kellan había insistido en poner en el equipo de música de la mansión. Era instrumental, demasiado suave para mi gusto, pero no tenía fuerzas para discutir.

Hoy no.

Mi mano giraba la espátula en la sartén casi por instinto, y las tortitas empezaban a dorarse a la perfección. Cocinar era una distracción, algo que me permitía mantener las manos ocupadas y los pensamientos centrados en algo que no fuera ella.

Pero, ¿a quién quería engañar?

¡Todo aquí giraba en torno a ella!

Habían pasado quince días. Quince largos días desde que Vallery se sumió en ese estado de agotamiento. Quince días desde que la sostuve en mis brazos, su piel fría contra la mía, mientras cada fibra de mi ser le rogaba que abriera los ojos.

Y ahora, por fin estaba despierta.

Debería sentirme aliviado, tal vez incluso feliz. Pero había algo en mí que no me permitía relajarme por completo. La marca en mi clavícula era un recuerdo constante de lo que habíamos hecho... de lo que yo había hecho.

Pasé los dedos por la tela de la camiseta, como si pudiera ocultar el tatuaje que ahora formaba parte de mí. No dolía, pero a veces parecía hormiguear, como si tuviera vida propia.

—¡Ky, vas a quemarlo! —Kendric interrumpió mis pensamientos con su voz cargada de provocación.

— Ocúpate de lo que estás haciendo y déjame en paz. — Giré la espátula una vez más.

Kendric soltó una risa baja, pero no dijo nada más. Era uno de esos raros momentos de silencio entre nosotros, algo que no sabía si debía apreciar o encontrar extraño.

Kellan estaba junto a la encimera, alineando platos y tazas como un maldito arquitecto del desayuno. Parecía tranquilo, pero lo conocía lo suficiente como para saber que era una fachada. Era un maestro ocultando lo que sentía, pero en los últimos días su tensión era palpable.

—Ella aparecerá en cualquier momento, lo saben, ¿verdad? — dijo Kendric de nuevo, esta vez con un tono más ligero, casi despreocupado.

—Entonces intenta comportarte como un adulto durante al menos cinco minutos —replicó Kellan, sin apartar la mirada de la perfecta fila de tazas.

— Como si tú fueras el ejemplo perfecto de madurez —Kendric se rió, lanzándole una rodaja de manzana.

Era la dinámica de siempre, una constante que normalmente me irritaba, pero que ahora tenía algo casi reconfortante.

— ¿Podrían intentar no ser tan irritantes durante cinco minutos? —refunfuñé, sabiendo que sería un esfuerzo inútil.

—¿Irritantes? —Kendric fingió indignación y soltó una breve carcajada—. Creía que te gustaba mi compañía.

— Menos de lo que crees. —Ignoré a los dos, centrándome en el olor de las tortitas, en el calor que emanaba de la sartén, en la sencilla tarea de asegurarme de que nada se quemara.

Era un consuelo, aunque temporal.

Pero entonces oí pasos.

Todo mi cuerpo se tensó, como si estuviera preparado para una batalla. El sonido era leve, casi vacilante, pero sabía que era ella. Antes incluso de que Kendric soltara el cuchillo o Kellan girara la cabeza hacia la puerta, ya lo sabía.

Vallery estaba aquí.

Y, por primera vez en días, el simple acto de respirar me pareció más fácil.

—¡Hope! —gritó Kendric, cruzando la cocina a zancadas antes de que ninguno de nosotros pudiera reaccionar.

Observé cómo la abrazaba con tanta fuerza que sus pies se despegaron del suelo. Vallery se rió, ese sonido suave que hizo que algo dentro de mí se relajara por primera vez en días.

— Te he echado tanto de menos —susurró mi hijo menor, abrazándola como si temiera que nos volviera a dejar.

—No he estado fuera tanto tiempo —bromeó ella, pero Kendric solo la apretó más—. Pensé que te gustaba el suspense.

— No cuando se trata de ti —Kendric la llevó hasta la encimera y la sentó allí con cuidado.

Antes de que Vallery pudiera decir nada, Kellan se acercó y apartó a nuestro hermano con una mirada que no admitía réplica.

—Me toca a mí —anunció, sosteniendo el rostro de nuestra chica entre sus manos y capturando sus labios en un beso profundo y lento.

Vallery suspiró contra él, pasando los dedos por el cabello de Kellan y tirando suavemente de él. Cuando finalmente se separaron, él se inclinó para susurrarle algo al oído, pero Kendric, que observaba de cerca, no lo dejó pasar:

—¡Te he oído, pervertido!

Vallery se alejó de mis hermanos, el rastro de su risa aún flotando en el aire como una dulce melodía. Incluso después de todo lo que había pasado, su presencia iluminaba cualquier ambiente en el que entrara.

Mi cuerpo se tensó cuando se acercó, con pasos ligeros, pero llenos de intención. Había algo en sus ojos que siempre parecía desarmarme, y ese momento no fue diferente. Se detuvo detrás de mí, con sus delicadas manos rodeando mis hombros con una familiaridad a la que nunca conseguí acostumbrarme del todo.

—Buenos días, Ky. —Su voz era un susurro contra mi piel y el sonido de mi apodo en sus labios me puso duro al instante.

Solté un suspiro, permitiéndome relajarme por un breve instante mientras me giraba para mirarla.

—Buenos días, amor. —Mis palabras salieron más bajas de lo que pretendía, pero ella solo sonrió, esa sonrisa que me hacía querer detener el tiempo.

Vallery se inclinó y me envolvió en un fuerte abrazo, como si necesitara el contacto tanto como yo. Su perfume, esa mezcla de algo dulce y floral, invadió mis sentidos y borró cualquier otro pensamiento.

— Pareces agotado. — La preocupación en su voz era evidente mientras pasaba los dedos por mi cara, siguiendo el contorno de mi mandíbula.

—Nada que tu presencia no pueda curar. —Una sonrisa se dibujó en mis labios y, por un momento, logré olvidar los últimos días de caos.

Ella se rió suavemente, ese sonido que era más eficaz que cualquier droga. Pero antes de que pudiera responder, sus ojos se desviaron hacia la sartén que estaba detrás de mí.

— No vas a dejar que se queme, ¿verdad? — Su ceja arqueada tenía un tono provocador, pero había cariño mezclado en él.

— ¿Con quién crees que estás hablando? — Giré el cuerpo para volver mi atención a la sartén.

Vallery no se apartó. En cambio, permaneció cerca, deslizando ligeramente los dedos por mi brazo, enviando una ola de calor por donde tocaba. Sabía que estaba bromeando, pero su proximidad me dificultaba concentrarme en cualquier otra cosa que no fuera ella. Además, estaba extrañamente excitado.

El olor de la tortita comenzó a intensificarse y, en un movimiento automático, intenté darle la vuelta a la masa antes de que se quemara. Pero mis dedos fallaron el mango y la palma de mi mano entró en contacto directo con la superficie caliente de la sartén.

—¡Joder! —Retrocedí instintivamente, con la mano palpitando por la quemadura repentina.

El dolor era agudo, un pinchazo punzante que recorrió mis nervios. Murmuré algo inaudible, agitando la mano en el aire para disipar el calor, pero antes de que pudiera hacer nada, un grito resonó en la cocina.

— ¡Ah! —Era Vallery, con un tono de voz cargado de dolor, como si fuera ella quien se hubiera quemado y no yo.

Lo que hacía que todo fuera aún más extraño porque, normalmente, yo no habría sentido dolor y mi mano se habría curado segundos después del incidente.

Me giré inmediatamente y la vi sujetándose la mano, con los ojos muy abiertos por el dolor y la confusión.

— ¿Vallery? —Mi voz sonó más alta de lo que pretendía, cargada de preocupación.

Kellan y Kendric también se detuvieron al instante, con la mirada alternando entre nosotros dos.

— ¿Qué ha pasado? —Su voz temblaba mientras miraba la palma de su mano intacta.

Di un paso hacia ella, olvidándome por completo de mi propio dolor.

Kellan y Kendric vinieron justo después.

— ¿Has sentido...? —Empecé a decir, pero las palabras se me atragantaron en la garganta.

Ella asintió lentamente, con los ojos oscuros llenos de algo entre miedo e incredulidad.

— ¿Qué está pasando? —Su voz era un susurro casi inaudible, pero suficiente para hacer que el silencio en la cocina pareciera aún más opresivo.

El sonido de la sartén chisporroteando en la cocina fue lo único que rompió la quietud, pero nadie se movió. Ni yo, ni Kendric, ni Kellan. Todos estábamos atrapados en esa nueva realidad, en esa conexión inexplicable.

Algo había cambiado claramente.

Algo mucho más grande de lo que cualquiera de nosotros podía comprender en ese momento.



CAPÍTULO 46

Entre lazos y descubrimientos

La sala parecía más pequeña de lo que realmente era, con las llamas de la chimenea proyectando sombras que oscilaban en las paredes. Sentada en el sofá, intentaba procesar todo lo que me acababan de contar. Kyle, Kellan y Kendric me rodeaban, pero lo que sentía estaba lejos de ser reconfortante.

—¿Vínculo matrimonial? ¿En serio? —Rompí el silencio, con la voz cargada de incredulidad e irritación—. ¿Fue como unos mordiscos perversos durante el sexo salvaje en el bosque y, como regalo, un matrimonio misterioso? ¿Para hacer honor al disfraz que usé en la fiesta de Halloween de Sigma Nyx?

—Estás cabreada —Kendric señaló lo obvio, con los ojos fijos en mí con una calma que parecía calculada para irritarme aún más.

— ¡Claro que estoy cabreada! —Me levanté de golpe, cruzando los brazos mientras los miraba a ambos—. Llevamos juntos casi un año. ¡Un año! Y de todo lo que me han contado, de todas las cosas que me han pasado por desconocer las consecuencias de lo que soy y lo que puedo hacer, ¿a nadie se le ocurrió informarme sobre esto? —Mi mirada se posó en Kendric, furiosa—. ¿Esas interminables páginas de tu maldito trabajo de fin de carrera demoníaco no decían nada sobre los vínculos matrimoniales entre demonios, Ken?

Kendric abrió la boca, pero dudó.

—Hope, escucha... —comenzó, con un tono de voz que intentaba ser conciliador—. Nunca pensé que algo así pudiera suceder.

Porque Lilith y Asmodeus prohíben a los íncubos y súcubos vincularse con otros demonios. Es un tabú tan grande que...

— ¿Tan grande que convenientemente no mencionasteis nada? —interrumpí, con voz cargada de sarcasmo.

— No es tan sencillo —intervino Kellan, cruzando los brazos mientras me observaba de cerca—. Lo que él intenta decir es que tú no lo sabías, pero Kyle sí.

— ¿Qué? —Esas palabras congelaron algo dentro de mí.

Kellan respiró hondo antes de continuar.

—Ninguno de nosotros debería infringir la ley principal de nuestra especie. Pero aunque tú no lo supieras, eso no debería haber ocurrido porque es un ritual de sangre entre parejas. Tu mordisco por sí solo no habría sido responsable del vínculo.

— Pero tú me mordiste también. — Me volví hacia Kyle, sintiendo el peso de las palabras de Kellan aplastándome.

— ¡Y te corristes dentro de ti! —exclamó Kendric, con un tono de resentimiento en sus palabras—. ¡Cuando habíamos acordado que no lo haríamos!

— Eso fue petición mía —repliqué, mirándolo sin una pizca de paciencia—. ¿Ahora tengo que dar explicaciones?

¿Cuándo podría imaginar que los demonios se *casaban*?

Pero según los chicos, no era algo habitual. Los demonios no podían procrear entre ellos y la mayoría prefería acostarse con humanos, sobre todo si querían tener un heredero. Tampoco es que el infierno y sus habitantes fueran unos románticos enamorados. Lilith y Asmodeus fueron los primeros en unirse en matrimonio demoníaco y eso había sido hacía mucho tiempo. Tanto es así que ninguno de los tres fue capaz de mencionar ninguna otra pareja existente además de nuestros padres en la dimensión inferior.

Era raro.

¿Entre nosotros? Extremadamente prohibido.

Las súcubos son criaturas de Lilith.

Los íncubos, criaturas de Asmodeus.

Era casi como si fuéramos hermanos, aunque no lo éramos.

Pero había un acuerdo entre ellos, que sus criaturas no podían vincularse.

Esa era la verdadera razón por la que estaba tan molesta y furiosa, no el ritual que me vinculó a Kyle en la noche de Halloween, sino el hecho de que los hermanos Scottfield y yo nos amáramos era una transgresión en sí misma. Estuviéramos vinculados o no por un ritual matrimonial, lo que tenía con cada uno de ellos estaba prohibido.

Y durante todo el tiempo que estuvimos juntos, ninguno de los tres pensó siquiera en contarme la verdad.

Creía que nuestro único obstáculo era la incompatibilidad entre nuestras esencias, ya que una parte de la mía era celestial.

—Es culpa mía —la voz de Kyle cortó el aire, firme y cargada de algo que sonaba como una confesión. Dio un paso adelante, con los ojos llenos de algo entre culpa y determinación—. ¡Yo soy el único culpable de toda esta mierda!

Oír eso me dolió.

Amaba a Kyle con todas mis fuerzas y estar unida a él de una manera tan profunda y significativa nunca sería un arrepentimiento, aunque no fuera consciente de ello durante el ritual que nos unió.

— ¡No hables así, Ky! —Mi voz se suavizó, aunque la tensión permaneció—. No me arrepiento de nada de esa noche, con ninguno de los tres. Solo quería ser consciente de la importancia de lo que hicimos.

— No fue algo premeditado —comenzó Kyle, con la voz cargada de remordimiento—. Solo... estaba demasiado involucrado. No había la menor posibilidad de ser racional en ese momento.

— ¡Es un vínculo eterno, Kyle! —replicó Kellan, con voz teñida de sarcasmo—. ¿Y tú no tuviste la oportunidad de ser racional?

— ¿Cómo que eterno? —Mi pregunta salió antes de que pudiera pensar.

Kellan descruzó los brazos e inclinó ligeramente el cuerpo hacia delante.

— ¿Has olvidado que nuestra esencia es inmortal, cariño? — Cada una de sus palabras estaba cargada de una verdad ineludible—. ¡En el infierno no hay divorcios!

Exhalé, sintiendo cómo el peso de esa discusión entre nosotros agotaba mis energías.

—¿Podemos dejar el sarcasmo y las pullas? —pedí, con voz más baja, pero aún llena de frustración, mientras me sentaba de nuevo en el sofá—. No quiero pelear. Solo... quiero entender.

Kyle se arrodilló frente a mí y me tomó las manos con delicadeza.

— Lo siento, amor... —comenzó, con la voz teñida de algo entre la desesperación y el cansancio—. Están aterrorizados, y yo también. Esto es nuevo tanto para ti como para nosotros.

— No cambiaría nada de esa noche, Ky —confesé, con voz baja pero firme—. Incluso ahora, sabiendo lo que significó.

Él negó con la cabeza, pero antes de que pudiera responder, Kellan se acercó.

—Que Kyle haya estado inconsciente durante diez días también está relacionado con el vínculo —señaló, con voz cargada de preocupación—. Ken y yo estuvimos en nuestra forma de íncubos y aun así nos mantuvimos despiertos.

Kendric asintió y añadió:

—Y tu mano todavía está lesionada, Ky. Además de sentir dolor, no te estás curando como deberías.

De hecho, los efectos secundarios de nuestro vínculo eran realmente preocupantes.

¿Sentiría yo sus dolores y él los míos para siempre?

— ¿Hay algo más que deba saber? ¿O ya han agotado su reserva de secretos importantes? — No pude disimular lo mucho que aún me dolía.

La sala se sumió en un silencio tenso. Las llamas de la chimenea parecían latir, llenando el espacio con una luz vacilante que solo amplificaba la sensación de que todo estaba a punto de derrumbarse.

— ¿Por qué no puedo simplemente amaros con todo mi ser? — Mi voz sonó cargada de frustración, resonando en las paredes de la sala—. ¿Por qué no podemos estar juntos sin tantas reglas y complicaciones? ¡Maldita sea! ¡Estoy tan cansada! No puedo acostarme con mis novios como una chica normal, solo en sueños, y la única noche del año en que es posible, ¡pasa alguna mierda!

Sabía que estaba explotando, pero era imposible contenerme. Era como si todo lo que había guardado en mi pecho durante los últimos meses finalmente hubiera encontrado una brecha por la que escapar.

—Cariño, cálmate... —La voz de Kyle era baja, casi suplicante.

— ¡No quiero calmarme! ¡Quiero respuestas! — Lo miré, con la respiración acelerada. — ¿Dónde está mi maldita madre? ¿Por qué no ha aparecido todavía? ¿No soy una hija especial para Lilith? Y vuestro padre, o lo que sea que sea... ¿por qué ninguno de ellos aparece? Si lo que sentimos el uno por el otro es tan malo y prohibido, ¿por qué seguimos juntos?

—Vallery... —Kellan dio un paso hacia mí, con una mezcla de preocupación y algo que casi parecía pánico en el rostro.

— ¡No estoy insinuando que debamos romper! —Lo interrumpí antes de que pudiera decir nada, levantando las manos en un gesto de frustración—. Sabéis tan bien como yo que lo que tenemos nunca va a acabar. Es solo que... odio la sensación de vivir cada día como si fuera el último que vamos a estar juntos. ¡Tengo miedo!

— Nosotros también, mi Hope —rompió el silencio Kendric, con voz baja y llena de sinceridad. No se acercó, pero sus ojos estaban fijos en los míos, como si intentara alcanzarme de alguna manera.

—Necesito tiempo para ordenar mis pensamientos, ¿vale? —dije, cruzando los brazos como si eso pudiera protegerme del torbellino de emociones que me invadía—. Voy a Sigma Nyx a ver a las chicas y es probable que pase la noche allí. Quizás unos días, hasta que terminen las clases. Savannah y Hillary deben de estar preocupadas porque he faltado tantos días.

—Vallery... —Kyle intentó protestar, pero lo interrumpí.

— ¡No, Ky! —Me volví hacia él, señalándolo—. ¡Mírate! ¿Crees que nadie aquí se ha dado cuenta del bulto en tus pantalones? Estás tan excitado que ni siquiera toda esta tensión y pánico han sido capaces de calmarte...

Las palabras flotaron en el aire por un momento, cargadas de una mezcla de vergüenza y una verdad que nadie podía negar.

— ¿Y yo? —continué, con la voz más baja, pero igualmente cargada de emoción—. Mis bragas están arruinadas desde que te toqué en la cocina. Estoy loca por ti, Ky. Pero también estoy loca por Kellan y Kendric. Conozco mi cuerpo y esta reacción aquí... ¡No es normal! Solo puede tener que ver con ese vínculo matrimonial que establecimos esa noche.

Kyle soltó un suspiro de frustración. Parecía a punto de responder, pero Kellan intervino antes:

— Tiene razón, Ky. No es seguro que estén tan cerca el uno del otro ahora. —Su voz era firme, pero no acusatoria—. No hasta que entendamos los efectos del vínculo.

Kyle miró su mano quemada, flexionando los dedos como si quisiera comprobar la veracidad de las palabras de Kendric. Tenía la mandíbula apretada y los ojos oscurecidos por una mezcla de frustración e impotencia ante los nuevos acontecimientos.

— Yo no... —comenzó a decir, pero las palabras se le atragantaron en la garganta.

— Vamos a solucionarlo, ¿vale? —Intenté mantener la voz firme, pero suave—. Solo tenemos que calmar la cabeza y pensar con más claridad.

— No me gusta la idea de que te alejes —Kyle negó con la cabeza, con la mirada fija en el suelo.

—¿Crees que a mí me gusta? —repliqué, sintiendo cómo la tensión en mi pecho aumentaba aún más.

El silencio volvió, pesado y opresivo, hasta que finalmente solté un largo suspiro, tratando de disipar la nube de emoción que se cernía sobre nosotros.

— Mirad... os quiero. Tanto que ni siquiera puedo explicarlo. — Mi voz sonó más suave, pero aún cargada de emoción—. Pero necesito espacio para procesar todo esto. Solo por un tiempo, ¿vale?

Ninguno de los dos respondió inmediatamente, pero sabía que lo entendían, aunque les costara aceptarlo.

Kellan fue el primero en hablar, dando un paso adelante y poniendo una mano en mi hombro.

— Solo prométeme que volverás, cariño. — Sus ojos estaban serios, pero había una dulzura en ellos que me dio ganas de llorar.

— Lo haré. Lo prometo. — Le cogí la mano un momento antes de alejarme.

Sabía que estaba tomando la decisión correcta, pero la sensación de abandonarlos, aunque fuera temporalmente, era como arrancar una parte de mí misma.

Mientras caminaba hacia mi habitación para preparar una mochila con ropa, mi pecho seguía sintiéndose oprimido, como si una cadena invisible me tirara hacia algo que no podía controlar. Mis pensamientos eran tan caóticos como el ambiente que me rodeaba, a pesar del silencio que se había instalado.

Acababa de perder la cabeza, pero ¿cómo no iba a hacerlo?

Todo parecía desmoronarse a mi alrededor. Desde el momento en que desperté, nada parecía normal. Ni conmigo, ni con Kyle, ni con la atmósfera que me rodeaba.

La persecución que sentí en el plano onírico aún rondaba mi mente. Era como una sombra en mi subconsciente, siempre al acecho, recordándome que algo no estaba bien. Esos ojos brillando en la oscuridad... el sonido de mi nombre susurrado con tanta familiaridad y, al mismo tiempo, cargado de algo terriblemente extraño. Sabía que no se trataba de una manifestación común de la dimensión de los sueños, y por mucho que quisiera creer que solo había sido una pesadilla debido a mi agotamiento físico, no conseguía convencerme de ello.

Y ahora estaba el vínculo matrimonial con Kyle.

Él parecía tan perdido como yo.

Siempre creí que entendía bien lo que éramos el uno para el otro. Siempre sentí que había algo más allá de la atracción, más allá del deseo. Pero saber que ahora estábamos conectados de una manera tan profundamente espiritual era algo que me hacía cuestionar todo.

¿Era el destino... o una tragedia inminente?

Kyle nunca fue el tipo de chico que perdía el control. Siempre lo admiré por su fuerza y disciplina, por su actitud posesiva, pero calculada. Sin embargo, esa noche, perdió todo eso.

Se dejó llevar por el momento, por la intensidad de lo que éramos juntos.

Y yo amé cada segundo de ese momento.

Pero ahora... sentía el peso.

No se trataba solo de nosotros dos. Se trataba de lo que significaba para los cuatro como unidad. El impacto de ese vínculo ya se estaba extendiendo como tinta por un lienzo, manchando todo lo que tocaba. Kyle desaparecido durante días, la excitación incontrolable entre nosotros, el hecho de que sintiera el dolor de la quemadura en mi propia piel... todo era un recordatorio de que estábamos pisando un terreno que ninguno de nosotros entendía completamente.

¿Y los demás?

Kellan, siempre protector, estaba visiblemente preocupado. Era bueno ocultando sus sentimientos, pero no cuando se trataba de mí. Y Kendric... tenía una forma casi cruel de manejar las cosas cuando tenía miedo y eso solo complicaba más las cosas.

Ambos decían que no les importaba el vínculo entre Kyle y yo, pero yo sabía que había más que eso. Podía ver el miedo en sus ojos, el temor de que algo nos separara, el temor de que yo estuviera cambiando de una manera que ellos no pudieran controlar ni proteger.

Y tal vez tenían razón al sentir eso. Porque, por primera vez, no sabía si podría protegerlos de mí también.

Algo en mi esencia era diferente y la de Kyle también estaba cambiando. Ya no parecía el mismo. Sentía dolor como un humano. Se lastimaba como un humano y se agotaba como un humano.

¿Era eso algo bueno o el presagio de algo terrible?

Suspiré, pasándome la mano por el pelo.

—¡Maldita sea, Lilith! —murmuré para mí misma, sintiendo un nudo en la garganta—. ¿Dónde estás ahora?

Mi madre, o lo que fuera, debería haber aparecido. ¿No era ese su papel? ¿Guiarme, protegerme? Pero desde el momento en que descubrí mi verdadera naturaleza, lo único que hice fue tropezar en la oscuridad, esperando que el siguiente paso no me lanzara al abismo.

¿Y Asmodeus? ¿Dónde estaba? Los Scottfield eran sus hijos, ¿no?

Si ese vínculo entre Kyle y yo era algo tan prohibido y peligroso, ¿por qué no aparecieron para castigarnos?

¿Por qué el infierno estaba tan... silencioso?

Esa ausencia era ensordecedora y, al mismo tiempo, me llenaba de pavor.

Porque el silencio no significaba paz.

El silencio significaba que algo estaba por venir.

Realmente necesitaba alejarme de la mansión Scottfield. No solo para procesar el vínculo o lo que había sucedido en la Dimensión Onírica, sino para lidiar con el creciente temor de que todo lo que estábamos construyendo juntos pudiera derrumbarse en cualquier momento.

Porque lo que teníamos era hermoso, pero también frágil.

Y yo haría cualquier cosa para protegerlo.

Incluso si me costara todo lo que era.



CAPÍTULO 47

Entre confesiones y amistades sinceras

La habitación de Hillary estaba decorada con el familiar desorden organizado que solo ella podía mantener. Luces de neón rodeaban la cabecera de la cama, proyectando un suave brillo sobre los pósters de bandas *indie* pegados en las paredes.

Me tiré en la cama, sintiendo el marcado contraste con el ambiente siempre meticulosamente elegante y austero de la mansión Scottfield. Aquí había un desorden acogedor que me recordaba quién era yo antes de que mi vida se convirtiera en un caos sobrenatural.

Mientras Savannah y Hillary ocupaban sus lugares en la habitación, el tono de curiosidad y preocupación en sus rostros era inconfundible. Sabía que tendría que enfrentarme a preguntas difíciles, pero también sabía que provenían de un lugar de genuino cariño.

Eso me reconfortó y me hizo aún más consciente de lo mucho que echaba de menos momentos como ese: normales, ligeros... humanos.

—Estábamos muriéndonos de angustia, ¿sabes? —comenzó Hillary, dejándose caer en un sillón y cruzando las piernas—. Y, mira, aunque Kendric es un encanto, sus excusas ya estaban muy gastadas.

No pude evitar reírme, aunque el sonido estuviera cargado de agotamiento.

—Ken nunca ha sido muy creativo a la hora de mentir. —Asentí con la cabeza, imaginándome al benjamín, siempre optimista, tratando

de aliviar su preocupación con las mejores intenciones.

Hillary y Savannah no sabían nada sobre el lado sobrenatural de mi existencia. Ni podían saberlo.

No estaba segura de cómo reaccionarían si descubrieran que mis amantes eran, literalmente, demonios sexuales. O que yo era la hija de Lilith, la reina del infierno. Una híbrida mitad ángel, mitad demonio y mitad humana. Una súcubo que incluso había hecho su primera y única víctima en una de las habitaciones de Sigma Nyx.

No era algo que pudiera simplemente sacar a relucir y esperar que las dos lo aceptaran como si fuera la revelación de un nuevo enamoramiento o un chisme inofensivo.

— Val, en serio, ¿dónde has estado? —preguntó Savannah, con los ojos brillantes por una mezcla de preocupación y curiosidad.

—En casa —me encogí de hombros, tratando de parecer despreocupada mientras me acomodaba en una posición cómoda en la cama—. Durmiendo mucho, estaba agotada. Necesitaba un tiempo para recuperar energías.

— ¿Por culpa de esos tres? —Savannah arqueó una ceja mientras Hillary hacía un gesto dramático de asentimiento—. Lo siento, pero has estado desaparecida tanto tiempo que empezamos a pensar... no sé...

— ¿Que me habían matado o algo así? —la provoqué, arqueando una ceja.

— ¿Quién sabe? —Savannah respondió con una media sonrisa, pero había sinceridad en su preocupación—. Quizás se pasaron de la raya y tú no pudiste soportarlo.

Esta vez me reí a carcajadas, genuinamente divertida.

— ¿De verdad creéis que hay orgías todo el tiempo en la mansión Scottfield? —pregunté, sentándome en la cama y cruzando las piernas—. Esos tres tienen pollas enormes y el sexo es muy intenso. Apenas podría caminar si me lo hicieran los tres juntos siempre.

Las dos se echaron a reír y, por un momento, el peso de mi realidad pareció un poco más ligero.

— Estamos en una relación amorosa, no participando en un *reality show* porno —añadí, sacudiendo la cabeza con una sonrisa.

— Lo siento, amiga. No era eso lo que quería decir —Savannah levantó las manos en un gesto defensivo, pero aún había diversión en sus ojos.

— No pasa nada —sonreí con sinceridad, pero enseguida sentí la necesidad de aclarar lo que realmente teníamos.

Ya estaba más que acostumbrada a escuchar rumores sobre mi relación polígama. Tanto de chicas muertas de envidia como de maliciosas que me juzgaban horriblemente, de chicos que adorarían estar en el lugar de los Scottfield y de conservadores que adorarían lapidarme en la plaza pública si la ley lo permitiera.

Pero yo no le daba la menor importancia.

Desde aquellas *noticias falsas* que circulaban por culpa de un antiguo compañero malicioso de la revista en la que hice prácticas el año pasado y que, en consecuencia, sellaron mi destino y el de mis tres amores, aprendí una lección importante: no importa lo que sea mentira o verdad. Al final, la gente solo creerá lo que realmente quiera creer.

Pero yo sabía que Hillary y Savannah deseaban lo mejor para mí.

— Mira, no es como si estuvieran conmigo porque quieren meterme la polla por todos los agujeros a la vez y todo el tiempo. —Mi voz sonó firme, pero no brusca—. Somos compañeros de vida. Tengo una relación seria e individual con cada uno de ellos.

Las dos se quedaron en silencio, claramente esperando a que continuara.

—Son tan diferentes entre sí, pero todos me entienden y me complementan de una manera única. Incluso en el sexo. —Hice una pausa, observando sus expresiones atentas.

—¿Vas a continuar o quieres que adivine? —bromeó Hillary, pero su tono era curioso, no provocador.

— A Kellan y Kendric les gusta el trío. Les gusta estar conmigo al mismo tiempo, de vez en cuando. Y me encanta la experiencia. — Sentí que se me enrojecían ligeramente las mejillas, pero continué—. Kyle, en cambio... odia compartir. Cuando estamos juntos, prefiere que seamos solo nosotros dos.

—Tiene sentido —murmuró Savannah—. Tiene ese aire de posesividad silenciosa.

—Exacto. Pero también le gusta verme cuando estoy con Kellan y Kendric juntos. Eso le excita. Sin embargo, estar a solas es como una tortura para él. Así que respetamos nuestros límites.

Hillary entrecerró los ojos, asimilando la explicación antes de lanzar su siguiente pregunta.

—¿Eso significa que nunca te has acostado con los tres a la vez?

Ah, si ellas supieran...

— Tal y como lo fantaseo, todavía no —confesé, con una sonrisa pícara en los labios—. Pero está en mi lista de «cosas que hacer antes de morir».

Su risa era un bálsamo, pero por dentro, mi mente bullía. Realmente quería hacer realidad esa fantasía con los tres, pero no quería exigirle a Kyle algo que le hiciera daño. Especialmente ahora, con nuestro vínculo y sus efectos secundarios.

— Eso es muy... —Savannah dudó, como buscando la palabra adecuada.

— ¿Picante? ¿Salvaje? ¿Ambicioso? —La ayudé, riendo.

— Surrealista —completó, pero con un tono que demostraba que no me juzgaba.

— Val, solo queremos saber si estás bien —Hillary adoptó una expresión seria—. De verdad. ¿Te tratan bien? Porque, mira... se habla mucho por ahí.

Suspiré, sintiendo una punzada de frustración.

—Estoy mejor que nunca. Y no podrían ser más protectores y cariñosos conmigo. ¡En serio!

—Eso es tan increíble como extraño, amiga. —Ella apretó los labios, pensativa—. Siempre hemos sabido que los Scottfield eran... sinónimos de «da igual». ¡Y ahora estás con todos ellos! Es como... ¿ganar la lotería tres veces seguidas?

Me reí ante la exageración de Hillary, aunque sabía que era una provocación clásica suya.

— ¡No seas ridícula! Si quisieras, ¡todo el equipo de lacrosse se te tiraría encima en una de esas siniestras fiestas de Omega Rho! Solo tienes que ofrecerte como tributo.

— ¡Cállate! —replicó, lanzándome un cojín—. ¿Eres mi amiga o mi enemiga? Apenas puedo manejar a un jugador, qué diré de diez.

— ¡Sin contar los suplentes! —añadió Savannah, levantando las cejas de una manera que me hizo reír aún más.

—Insatiables es poco para describir a esos tipos. —Hillary cruzó los brazos, pareciendo hablar en serio ahora—. ¡Seguro que uno de los requisitos para entrar en el equipo es tener una polla gigante y una mente muy pervertida!

—No sabía que eras tan amiga de los Thornvale Reapers, Hil —bromeé, fingiendo un tono acusatorio.

—Omega Rho y Sigma Nyx tienen una relación estrecha desde su fundación, ya lo sabes. —Se encogió de hombros, como si fuera lo más e o obvio del mundo—. Y lo más importante: soy una *Shadow*. Es casi como un matrimonio con el equipo.

La referencia a *las Shadows* me recordó lo dedicadas que eran Hillary y Savannah como animadoras, con entrenamientos interminables y actuaciones impecables en el campo. Pero ser una *Shadow* significaba más que eso. Era un estatus dentro de la universidad, especialmente por su vínculo con los Thornvale Reapers, el equipo de lacrosse con un legado de invencibilidad que era el orgullo de la institución educativa desde hacía décadas.

—No sé cómo lo aguantáis —comenté, recostándome en la cama—. Me agoto solo de ver los partidos.

—No se trata solo de los partidos —aclaró Savannah, con un entusiasmo innegable en su voz—. Las *Shadows* forman parte de la tradición de la universidad. Es como si fuéramos las guardianas de la energía de los Reapers.

—¡O de su ego! —refunfuñó Hillary, haciéndonos reír.

—¿Y esa mascota? —pregunté, recordando la imponente figura del *Phantom Reaper* que siempre aparecía en los partidos—. ¿A quién se le ocurrió crear un segador macabro y pensar que era bonito?

— ¡Los hermanos de Omega Rho, por supuesto! —Savannah aclaró lo que ya imaginaba—. Les encanta ese ambiente misterioso. Dicen que el *Phantom Reaper* es un homenaje a alguna antigua leyenda sobre el valle.

—¿Leyenda? —Fingí un interés indiferente, pero por dentro estaba intrigada.

Ahora que estaba totalmente inmersa en el lado sobrenatural de la ciudad, conocer las leyendas y el folclore local parecía tener mucho más sentido.

¿Sería realmente cierto o solo especulaciones infundadas?

Mi esencia periodística comenzó a aflorar.

—Ya sabes cómo es Thornvale. —Hillary agitó la mano en el aire, restándole importancia—. Rumores siniestros, historias macabras... La verdad es que el *« » Phantom Reaper* fue creado para intimidar a los adversarios, pero acabó convirtiéndose en parte de la identidad de los Reapers.

—Por no mencionar que el capitán del equipo siempre es un Omega Rho —añadió Savannah—. Es prácticamente una regla no escrita.

Sabía que había más sobre Omega Rho de lo que ellas estaban dispuestas a admitir. La fraternidad tenía un aura de misterio que fascinaba e intimidaba al mismo tiempo, especialmente con todas esas historias sobre ceremonias secretas y pactos antiguos.

—¿Vais a ir a la fiesta Anti-Navidad de este año?

Hillary y Savannah se miraron antes de responder, como si estuvieran recordando algo incómodo.

—Ni hablar —dijo finalmente Hillary, negando con la cabeza enfáticamente—. Soy valiente, pero no tanto.

—¿Por qué? —insistí, curiosa.

— Ya has oído los rumores —comenzó Savannah, bajando la voz, como si temiera que alguien pudiera oírla—. ¿Sobre *Krampus*?

— ¿Esa historia de que aparece en la fiesta y se lleva a uno de los hermanos de Omega Rho? —Intenté parecer escéptica, pero no pude ocultar mi interés.

—No es solo una historia —interrumpió Hillary—. ¿Te acuerdas de Isaiah Beaumont?

—Claro. Un capitán de los Reapers a mediados de los ochenta. Es tan famoso como tu fantasma favorito, Hil.

Ella puso los ojos en blanco, ignorando mi provocación sobre Thomas Moreau, el hijo del primer rector de la Universidad de Thornvale, por quien Hillary estaba obsesionada. Él también había desaparecido misteriosamente y su cuerpo nunca fue encontrado.

—Isaiah desapareció después de la fiesta de Navidad de Omega Rho y nunca más se le volvió a ver. Dicen que invocaron al demonio sin querer durante una fiesta en el bosque y que *Krampus* se lo llevó como ofrenda.

¿Invocar a un demonio? ¿Es eso realmente posible?

—¿De verdad crees que se lo llevó ese demonio? —Ni siquiera sabía si estaba burlándome o aterrorizándome, lo cual era bastante contradictorio teniendo en cuenta que yo misma tenía una forma demoníaca.

—No lo sé —admitió Savannah—. Pero Omega Rho mantiene esta fiesta como un tributo, para evitar que vuelva a suceder.

— ¿Y no os parece extraño?

— Es Thornvale —Hillary se encogió de hombros—. Lo extraño es lo normal aquí.

Me reí, pero la conversación me dejó pensativa.

No era difícil creer que hubiera algo más detrás de Omega Rho y sus tradiciones. Después de todo, todo en Thornvale parecía estar cargado de secretos. Y si había algo que había aprendido en los últimos meses era que no todos los rumores son solo historias.

Estar con mis mejores amigas, cotilleando sobre los chicos de la universidad y todos los rumores siniestros que rodeaban a Omega Rho, me hizo olvidar por un momento todo el peso que sentía sobre mis hombros.

Sin embargo, aunque las dos estaban emocionadas de verme, la preocupación en sus ojos era evidente. Y, como siempre, Hillary no tardó en romper el cómodo silencio que se había instalado entre nosotras:

— Vale, vamos al grano, Val. Has desaparecido durante dos semanas y has reaparecido de la nada, lo cual es un alivio, pero... ¿qué está pasando realmente?

Dejé escapar una risa ahogada, pero el sonido sonó hueco. Mis ojos se posaron en mis manos entrelazadas.

—No pasa nada, Hill. Solo... han pasado muchas cosas.

Savannah masticó un aperitivo y señaló en mi dirección.

— ¿Muchas cosas? ¿Como... peleas? ¿Alguno de ellos te hizo daño y viniste aquí para despejarte?

— ¡No, nada de eso! —Negué con la cabeza inmediatamente—. Ellos nunca harían algo así. Todo lo contrario.

Ellas intercambiaron miradas cómplices, pero fue Savannah quien insistió:

— Entonces, ¿por qué pareces tan... destrozada?

Me mordí el labio, sintiendo el peso de las palabras que no podía decir. Pero necesitaba decir algo, cualquier cosa que diera sentido al nudo que tenía en la garganta.

— Es solo que... —comencé, vacilante—. A veces, es aterrador ser tan feliz.

Hillary se acercó y se sentó a mi lado en la cama. Me tomó la mano y me la apretó, con una expresión seria y llena de ternura.

— Eso suena hermoso y terrible al mismo tiempo. Explícanoslo.

Suspiré, sintiendo cómo se me llenaban los ojos de lágrimas antes incluso de saber cómo explicarlo.

— Nunca imaginé que alguien pudiera entenderme como ellos lo hacen. Nunca pensé que sería amada así... y por tres chicos increíbles. —Mi voz tembló, pero continué—. Cada uno de ellos me da algo que ni siquiera sabía que necesitaba.

— ¿Como qué? —preguntó Savannah, con curiosidad mezclada con preocupación.

Una pequeña y melancólica sonrisa se dibujó en mis labios.

—Kendric... —dije primero, porque siempre era el más fácil de describir—. Es tan romántico y atento. Pero no es solo eso. Me desafía de una manera que nadie más lo hace, ¿sabes? Me estimula a pensar en cosas que nunca antes habría considerado. ¡Hablamos durante horas sobre libros, películas, incluso sobre teorías filosóficas absurdas! Y al mismo tiempo, le gusta la cultura pop tanto como a mí. Puede pasar toda la noche viendo una película de Jane Austen c o y al día siguiente llevarme a un karaoke solo para cantar k-pop de primera generación.

—Parece el novio perfecto—, comentó Hillary, sonriendo.

—Y lo es —asentí, pero había algo en mi pecho que me pesaba —. Pero él no es el único.

Las dos estaban completamente concentradas ahora, con los ojos fijos en mí.

—¿Y Kellan? —preguntó Hillary.

Suspiré, y una sonrisa diferente apareció en mis labios, un poco más traviesa.

— Kellan es... pura intensidad. Con él, nada es tibio, todo es un huracán. Me hace querer explorar cosas que nunca imaginaría hacer. Desde música electrónica en discotecas, hasta vinilos de música clásica e incluso conducir una moto a alta velocidad con los brazos estirados, sintiendo una adrenalina liberadora. Una vez, ¡incluso me sugirió que me hiciera piercings en los pezones! Dijo que me pondría cachonda. Y mira, estoy considerando la idea...

—¿En serio? —Savannah abrió mucho los ojos y se atragantó con un trozo de patata frita que estaba comiendo.

— En serio. —Me reí ligeramente, pero pronto el sonido se desvaneció—. Pero no es solo eso. También me entiende en mis momentos más oscuros. Kellan sabe cuándo me estoy esforzando por ser inquebrantable y me recuerda que puedo derrumbarme, porque él estará ahí para sostenerme.

—Parece muy intenso —comentó Hillary, bajando la voz.

—¿Y Kyle? —preguntó Savannah, ansiosa.

Cerré los ojos por un momento y respiré hondo.

—Kyle es... diferente. Con él, no necesito hablar para que me entienda. A veces, basta con sentarme a su lado en silencio. Me enseña a ser más salvaje y libre. Podemos pasar toda una tarde cocinando juntos o en silencio en el jardín, mirando las estrellas durante la madrugada, y cada segundo de eso es un privilegio sin fin.

Mis palabras se detuvieron y sentí las lágrimas correr antes de que pudiera contenerlas.

— ¿Vallery? —Hillary me apretó la mano, con evidente preocupación—. ¿Qué pasa? ¿Habéis discutido?

Negué con la cabeza, sollozando.

— No, Hill. Son increíbles. Lo son todo para mí. Son mi familia.

Las dos se quedaron en silencio, esperando a que continuara.

— Pero... es tan aterrador amar a alguien así —mi voz era casi un susurro—. ¿Y si lo estropeo todo? ¿Y si pasa algo? Nunca he sido tan feliz, ¡y eso me aterroriza!

Savannah se levantó y me abrazó, envolviéndome con su cálida presencia.

— Val, es normal tener miedo. Pero te mereces esta felicidad. Te mereces todo esto.

— No me parece justo... —susurré contra su hombro—. Que por fin haya encontrado algo tan bonito y, al mismo tiempo, sienta que todo puede derrumbarse en cualquier momento.

Hillary se acercó y me puso una mano en la espalda.

— Entonces no te derrumbes. Sabemos que eres la persona más fuerte que conocemos, Val. Los quieres mucho. Se nota por la forma en que hablas de ellos. Así que confía en ese amor.

Por un momento, el silencio en la habitación solo se rompió con el sonido de mis sollozos ahogados. Y, a pesar de todo, sentí que ese momento con ellas me había dado algo que necesitaba desesperadamente: esperanza.

Hillary se apartó un poco, con una sonrisa juguetona en los labios.

— Además, nos tienes a nosotras. Si esos tres dioses griegos fallan, ¡Savannah y yo tenemos un plan ninja de rescate!

Savannah asintió, fingiendo una mirada seria.

— Incluso podríamos secuestrarte y esconderte en el sótano de Omega Rho.

— ¡Estáis locas! — Solté una risa débil, pero genuina.

— Y tú nos quieres. —Savannah parpadeó.

— Es cierto. Os quiero. — Sonreí, secándome las lágrimas de la cara.

En ese momento, me di cuenta de que, incluso en medio del caos y el miedo, tenía algo invaluable: personas que me querían y a las que yo quería. Y eso, de alguna manera, hacía que todo pareciera un poco menos imposible.



CAPÍTULO 48

Entre sombras y fantasmas

Dormirme debería ser un alivio.

Después de horas de risas y confesiones con Hillary y Savannah, el peso de los últimos días finalmente me arrastró a un sueño profundo. La habitación de la fraternidad, con sus luces tenues y el sonido lejano de las conversaciones en los pasillos, era lo contrario al silencio pesado de la mansión Scottfield. Estar con las chicas era como un bálsamo, pero mi corazón aún cargaba con el peso de haber dejado atrás a los tres.

El aire se volvió más denso cuando abrí los ojos de repente. Estaba de vuelta en Sigma Nyx, o al menos en una versión distorsionada de ella. Los pasillos familiares estaban deformados, más oscuros, con las paredes exhalando una humedad sofocante. Un olor a moho y hierro invadió mis fosas nasales, y la luz parpadeante parecía jugar con las sombras, dándoles formas que se movían cuando no las miraba directamente.

Era la Dimensión Onírica. Lo sabía.

Pero algo estaba terriblemente mal.

Caminé por el pasillo, con los pies descalzos sobre el suelo frío. A cada paso, una creciente sensación de estar siendo observada me helaba la espalda. Todo parecía familiar, pero al mismo tiempo distorsionado, como un espejo roto que reflejaba fragmentos inconexos de la realidad.

Y entonces lo vi.

La habitación.

Esa habitación.

Se me cortó la respiración al reconocer la puerta entreabierta. Una tenue luz se filtraba por las rendijas y el sonido indistinto de algo arañando el suelo provenía del interior. Todo mi cuerpo me gritaba que no entrara, pero mis pies siguieron adelante, como atraídos por una fuerza invisible.

Empujé la puerta y esta crujió como si protestara.

La habitación estaba vacía.

Casi vacía.

La cama estaba allí, pero no era como la recordaba. Las sábanas estaban manchadas de algo oscuro y seco, el colchón hundido en el centro, como si soportara el peso de algo invisible.

— ¿Te has olvidado? —Un sonido débil, casi un susurro, vino de detrás de mí.

Todo mi cuerpo se heló.

La voz era baja, pero cargada de dolor.

— No puede ser... —murmuré, girándome lentamente.

Ahí estaba él.

¡Brian!

Su figura era etérea, pálida, como si la vida se hubiera desvanecido de su piel. Sus ojos, que antes brillaban con admiración y deseo, ahora estaban apagados, fijos en mí con una mezcla de tristeza y rencor.

—Brian... —Mi voz apenas salió, un susurro tembloroso.

Él dio un paso adelante, su presencia haciendo que el aire a mi alrededor se volviera gélido.

— Me has olvidado —la acusación en su voz cortó como una navaja—. Pero yo no puedo olvidarte.

Retrocedí, sintiendo que mi corazón se aceleraba.

— Yo... yo no quería... — Las palabras tropezaron en mis labios.

— ¿No querías? —Se rió, pero era un sonido vacío, desprovisto de cualquier humor—. Me lo has quitado todo, Vallery. Mi vida, mi alma... todo.

—¡No! —Las lágrimas me quemaban los ojos—. ¡No lo sabía! ¡No sabía lo que iba a pasar!

— ¡Eso no importa! —gritó, con la ira en su voz resonando en las paredes—. Me has destruido y ahora lo pagarás.

Brian dio un paso más y yo tropecé hacia atrás, cayendo al suelo. La habitación comenzó a transformarse a nuestro alrededor, las paredes retorciéndose como si estuvieran vivas. El sonido de golpes y susurros aumentaba, un coro de voces indistintas que parecían unirse al rencor de Brian.

—¡Déjame en paz! —grité, mi voz resonando con el pánico que crecía dentro de mí.

—¿Paz? —Se inclinó, con los ojos brillando con una luz espectral —. No hay paz para mí. Y tampoco la habrá para ti.

Levantó la mano y algo invisible me inmovilizó en el sitio. El dolor se extendió por todo mi cuerpo, como si mil agujas me perforaran la piel al mismo tiempo.

—¡Vallery! —La voz llegó como un trueno, atravesando la oscuridad como un coche fuera de control.

De repente, el peso que me inmovilizaba desapareció y la habitación comenzó a disolverse, la oscuridad se disipó en ondas de luz cálida.

— ¡Estoy aquí!

Y entonces apareció.

Kyle.

Apareció a mi lado en un instante, con los ojos oscurecidos por la ira mientras miraba a su alrededor, como si buscara la amenaza que me atormentaba.

Brian, o lo que fuera, soltó un grito animal antes de desaparecer como humo en el viento.

— Ky... — Mi voz falló y me lancé a sus brazos.

Él me abrazó con fuerza, como si intentara anclarme a la realidad.

— Estoy aquí, amor. —Su voz era un susurro grave contra mi cabello—. Estoy aquí.

Temblaba, con el pánico aún apretándome el pecho.

— Él... él estaba aquí, Ky. —Mis palabras salieron rápidas, casi desesperadas—. ¡No me ha perdonado... quiere vengarse!

Kyle me apartó un poco, sujetándome la cara con ambas manos mientras me miraba fijamente.

— Solo fue una pesadilla, cariño. —Intentó tranquilizarme, pero había algo en su expresión que indicaba que estaba tan perturbado como yo.

— No fue una simple pesadilla —insistí, con la voz aún temblorosa—. Era él. ¡Era Brian!

Kyle apretó la mandíbula y desvió la mirada hacia el espacio vacío donde había estado Brian.

— No. No lo era. Los fantasmas no invaden la Dimensión Onírica. Pero sea lo que sea, no dejaré que te haga daño —prometió, y la intensidad de su voz envió una ola de alivio y seguridad por todo mi cuerpo.

Me aferré a él, hundiendo mi rostro en su pecho mientras el calor de su presencia me envolvía. Por primera vez desde que caí en esa pesadilla, sentí que podía volver a respirar.

Pero en el fondo, sabía que eso no era el final.

Brian, o lo que fuera, no había desaparecido por completo. Y la sensación de estar siendo observada aún flotaba en el aire, como una sombra que se negaba a disiparse.



Encontrarlo allí, en la entrada de Sigma Nyx, fue como un alivio repentino que no sabía que necesitaba.

Kyle estaba de pie junto al árbol que había frente a la fraternidad, parcialmente oculto por las sombras, con las manos en los bolsillos del abrigo. Parecía una estatua sombría, tan inmóvil y atento que el corazón me dio un vuelco.

Por un segundo, pensé que todavía estaba soñando, pero el brillo familiar en sus ojos al verme se movió como una ola de calor por todo mi cuerpo.

Me excité de inmediato, consciente de que era el efecto de nuestro vínculo.

—¿Has aprendido a ser *un acosador* con Kellan? —le provoqué, cruzando los brazos mientras daba un paso hacia él.

Él se encogió de hombros, con una sonrisa discreta jugando en la comisura de sus labios.

— Yo ya era un *acosador* siglos antes de que Kellan fuera forjado. Él es un mísero aprendiz comparado conmigo. —Su voz era baja, con esa ronquera que parecía una caricia.

Me reí, y el sonido salió más suave de lo que esperaba.

— ¿Qué haces aquí, Ky? —Me detuve a unos pasos de él.

— No puedo alejarme de ti. —La confesión fue sencilla, pero cargada de algo que me hizo encoger el corazón—. Especialmente ahora.

Se me secó la garganta. Quería confrontarlo, bromear sobre lo posesivo e intenso que era eso, pero lo único que conseguí fue soltar un largo y cansado suspiro.

— ¿Damos un paseo? —sugerí, tratando de disipar el peso que se cernía entre nosotros—. He perdido el sueño definitivamente después de esa horrible pesadilla.

Él dudó por un momento, pero pronto se quitó el abrigo y me lo puso sobre los hombros. El gesto me desarmó. Ese era Ky, después de todo. Siempre protector, incluso cuando yo no sabía que lo necesitaba.

Me puse las botas que una de las chicas había dejado en la entrada de la fraternidad y caminé a su lado por la calle, con el aire fresco de la noche picándome la piel expuesta.

Kyle pasó su brazo por mis hombros, acercándome más a él. Su calor era reconfortante, un contraste con el viento que soplaba por las calles desiertas de Thornvale.

—¿Cómo acabaste en esa pesadilla? —preguntó tras un largo silencio.

Lo miré de reojo, vacilante.

— Fue tan extraño... y aterrador —admití, tratando de organizar mis pensamientos—. Comenzó en el pasillo de la fraternidad. Estaba distorsionado, pero me resultaba familiar. Y entonces... terminé en esa habitación.

El recuerdo me puso la piel de gallina.

— ¿Era la primera vez que te pasaba? —Su voz era cuidadosa, como si intentara no presionarme.

— No. —Me abracé con más fuerza al abrigo—. Tuve una pesadilla antes de despertar de ese... largo sueño. Pensé que era algo aleatorio, pero ahora... estoy empezando a creer que no lo es.

Kyle frunció el ceño, con la mirada fija en la acera frente a él.

—Era él, Ky. —Sentí que mi voz temblaba—. Era Brian. ¡Estoy segura de lo que vi!

Se detuvo bruscamente y se volvió para mirarme.

— No era Brian, cariño.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro? —Lo miré a los ojos, buscando respuestas.

— Porque la Dimensión Onírica es demoníaca por naturaleza. — Su voz era firme, sin lugar a dudas—. Los espíritus marcados por el dolor de su propia muerte, o cualquier otro tipo de espectro, no tienen fuerzas para cruzar al otro lado. Y mucho menos para sacarla del plano físico.

Tragué saliva, procesando lo que acababa de oír.

— Entonces... si no era él... ¿era un demonio? — Las palabras salieron casi como un susurro.

Kyle apartó la mirada por un momento antes de asentir levemente.

— Sea lo que sea, no dejaré que te haga daño. —Me apretó el hombro, como si quisiera reforzar la promesa.

— No fui al Onírico sola —repliqué, mostrando el collar filtro de sueños que llevaba escondido bajo el pijama—. Él me arrastró.

La mirada de Kyle se oscureció aún más y el brazo que rodeaba mis hombros se volvió más firme.

—Eso solo refuerza lo que estoy diciendo. No es seguro que estés lejos de casa. Al menos uno de nosotros tres tiene que estar cerca para protegerte.

— Ky... —comencé, pero él me interrumpió.

— No te lo estoy pidiendo. Es una cuestión de seguridad.

Suspiré de nuevo, pasándome la mano por el pelo.

— Sé que tienes razón. Pero este tiempo con las chicas... lo necesitaba. Por mucho que me guste estar con vosotros, me he dado cuenta de lo mucho que he dejado de lado mi vida. Desde que terminé las prácticas, mi rutina se reduce a ir a la universidad y volver a la mansión.

Kyle me escuchó en silencio, con la mirada fija en mí mientras yo me desahogaba.

—No es que me esté quejando—añadí rápidamente—. Vosotros os ocupáis de todo por mí y me encanta no tener que preocuparme por nada. Pero alejarme un poco d o me ha hecho darme cuenta de que estoy descuidando mis amistades, mi carrera... a mí misma, ¿sabes?

Él asintió lentamente, como si estuviera absorbiendo cada palabra.

— Quieres volver a visitar el orfanato. —No era una pregunta.

—Sí —confirmé, sorprendida de que lo recordara—. Y quiero ver a Zarah. Creo que ella puede darme algunas respuestas.

— Tu humanidad es importante para ti.

— Es lo que soy.

Sonrió de lado, con esa pequeña y genuina sonrisa que rara vez veía.

—Y eso es lo que me hace quererte aún más.

Lo miré, sorprendida por su inesperada confesión.

— Desde que entraste en mi vida, empecé a ver el mundo de otra manera —continuó Kyle, con voz más suave—. Ser más humano... ha sido un regalo.

Nos detuvimos frente a una pequeña plaza, donde unos columpios antiguos se balanceaban ligeramente con el viento. Sin decir una palabra, me guió hasta uno de ellos y se sentó a mi lado.

El silencio entre nosotros no era incómodo. Al contrario, era íntimo, lleno de cosas que no necesitaban ser dichas.

Mientras mirábamos las estrellas, sentí que algo dentro de mí se calmaba.

Kyle siempre había sido mi refugio, pero en ese momento era más que eso. Era el equilibrio en medio del caos.

— Gracias por estar aquí —dije, volviéndome hacia él y sonriendo levemente.

Él no respondió, solo extendió la mano para tomar la mía. Y así permanecimos, mientras el mundo a nuestro alrededor parecía desaparecer.

Poco a poco, sentí que la tensión de los últimos días se disipaba. Kyle estaba allí, y eso de alguna manera hacía que el peso en mi pecho fuera un poco más soportable.

El viento me agitaba el pelo y las estrellas brillaban sobre nosotros como testigos silenciosos. Kyle permanecía con los hombros ligeramente encorvados, pareciendo más sereno bajo la suave luz de la luna.

—¿Recuerdas cuando aparecías de la nada cerca de Sigma Nyx, solo para observarme desde lejos? —Sonreí al recordar los primeros meses en que nos conocimos.

—Y tú pensabas que era un maníaco —dijo con un sonido bajo, casi una risa.

—¡Eras un maníaco! —le provoqué, riendo—. Siempre apareciendo de la nada, con esa mirada de depredador.

Me miró de reojo y la intensidad de su mirada hizo que mi sonrisa vacilara por un momento.

— No era solo la mirada de depredador. Yo soy un depredador. —Su voz transmitía una honestidad brutal que me puso la piel de gallina—. Pero tú... siempre has sido diferente. Desde el principio.

— ¿Diferente cómo? —Tragué saliva, tratando de apartar la mirada, pero su magnetismo era ineludible.

Kyle se inclinó ligeramente hacia mí, y su proximidad hizo que mi corazón se acelerara.

— Tú no huías —aclaró, como si fuera lo más sencillo del mundo—. Todo el mundo huye de lo que parece peligroso, pero tú siempre te quedabas, siempre lo enfrentabas... incluso cuando no entendías lo que estaba pasando.

Sus palabras me desarmaron. Tenía razón. Nunca huí de él, ni de Kellan, ni de Kendric. Incluso cuando toda mi lógica me gritaba que me alejara, había algo en mí que sabía que debía quedarse.

—Quizás solo sea terca —intenté aliviar la tensión—. ¡O obsesiva!

Él se rió, un sonido bajo y genuino que hizo que algo en mí se calentara.

—¡Terca es poco! —Levantó la mano y me tocó suavemente un mechón de pelo que el viento había despeinado—. Obsesionada, sin duda, pero también es una de las cosas que más sexy me parecen de ti.

Se me cortó la respiración y la intensidad entre nosotros pareció crecer como una ola. Los ojos de Kyle eran oscuros, intensos, y yo

sabía exactamente lo que estaba sintiendo.

Porque yo sentía lo mismo.

—Ky... —murmuré, pero él ya se estaba inclinando hacia mí.

Cuando nuestros labios se encontraron, fue como si el mundo a nuestro alrededor desapareciera. El beso comenzó lento, pero rápidamente se volvió más urgente, más hambriento. Kyle me sujetó la cara con ambas manos y me perdí en el calor y la fuerza de esa atracción visceral.

El efecto de nuestro vínculo era palpable. Cada caricia, cada movimiento parecía amplificado, como si una corriente eléctrica pulsara entre nosotros.

Mis manos subieron por su pecho, sintiendo la firmeza de sus músculos a través de la camisa. Él gimió contra mis labios, un sonido ronco que hizo que todo mi cuerpo reaccionara.

—Vallery... —gruñó contra mi boca, con la voz cargada de necesidad y autocontrol.

— ¡No pares! —le supliqué, tirando de él con mis manos para acercarlo más.

Pero él se detuvo, sujetándome suavemente por las muñecas y alejándose lo suficiente para que nuestros ojos se encontraran. Su respiración era pesada y el deseo en sus ojos era indudable.

— Si seguimos... no podré parar —confesó, con la voz ronca por la excitación.

Sabía que tenía razón. Todo mi cuerpo ardía, el calor y la urgencia se apoderaban de mí como una ola que no podía contener.

— ¡Entonces no pares! —Las palabras se me escaparon antes de que pudiera pensar.

Kyle cerró los ojos por un momento, como si estuviera luchando contra sí mismo. Pero cuando los abrió, había una determinación sombría en ellos.

— Aquí no. Y así no. —Me agarró la cara de nuevo, esta vez con un toque más suave—. ¡Ve a la fraternidad y espérame!

— ¿Vas a...? — No terminé la frase, pero él me entendió.

— Te veré en el Onírico —prometió, con los ojos ardientes de lujuria y algo más profundo que me hizo estremecer de expectación.

Asentí, todavía perdida en la intensidad del momento. Me ayudó a levantarme del columpio y, antes de que pudiera alejarme, me atrajo hacia él para darme otro beso. Este fue más suave, pero no menos intenso, como si fuera un recordatorio de lo que estaba por venir.

Cuando nos separamos, Kyle pasó su pulgar por mi labio inferior, un gesto que me dejó sin aliento.

—Vete—, dijo con voz suave y autoritaria.

Sin decir nada más, me di la vuelta y empecé a caminar de vuelta a la fraternidad, sintiendo sus ojos siguiéndome a unos metros de distancia. Mi cuerpo aún temblaba, el calor aún latía bajo mi piel.

Sabía que la noche no había hecho más que empezar.



CAPÍTULO 49

Entre el control y el éxtasis

Me tumbé en el mullido sofá de la sala de Sigma Nyx, con el silencio de la fraternidad extendiéndose a mi alrededor como una frágil manta. Las chicas llevaban ya un rato durmiendo y yo necesitaba un momento para ordenar mis pensamientos antes de que me llevaran de vuelta al Onírico, esta vez arrastrada por Kyle.

La tensión en mi pecho era una mezcla de emoción y miedo. Las imágenes de mi última pesadilla aún rondaban mi mente como sombras persistentes. Pero el recuerdo de los brazos de Kyle, firmes y protectores a mi alrededor, era suficiente para darme algo de alivio.

Aun así, lo desconocido me aterrorizaba.

¿Y si esa cosa me arrastraba de nuevo antes de que él llegara?

Cerré los ojos y respiré hondo, dejando que mi cuerpo se relajara mientras mi conciencia se desvanecía lentamente. Cuando los volví a abrir, ya no estaba en el sofá.

La habitación estaba iluminada por una cálida luz que provenía de la chimenea cerca de la ventana. Las paredes eran de un tono gris oscuro, con cuadros abstractos en tonos oscuros adornando el espacio. Una estantería sencilla, pero meticulosamente organizada, albergaba algunos libros sobre filosofía, música y arte . Junto a ella, descansaba un soporte para violín, el instrumento brillando suavemente bajo la luz del fuego.

Supe inmediatamente dónde estaba: en la habitación de Kyle.

Me detuve en la entrada, absorbiendo con la mirada cada detalle del espacio que, durante mucho tiempo, solo había existido en mi imaginación. Era diferente de la habitación de Kendric, con sus tonos vibrantes y su caos organizado, o de la de Kellan, llena de elementos que reflejaban su energía inquieta e impredecible.

Esa habitación era la representación de Kyle: contenida, intensa, con secretos guardados en las sombras.

Al otro lado de la habitación había un caballete de madera y, sobre él, un gran lienzo cubierto por una tela roja. Era imposible no sentir la curiosidad tirando de mí, así que me acerqué y extendí la mano para tirar de la tela.

—Aún no es el momento. —Su voz llegó desde detrás de mí, profunda y ronca.

Me giré lentamente, con el corazón acelerado al verlo. Kyle estaba completamente desnudo, su cuerpo esculpido proyectando sombras contra la tenue luz. Estaba tan duro, con la excitación expuesta sin ningún pudor, pero la mirada en sus ojos no era solo de deseo.

— En el momento adecuado, amor. — Caminó hacia mí, cada paso cargado de intención.

Asentí, volviendo mi atención al violín que durante meses le había oído tocar, pero que nunca le había visto tocar. Era algo que Kyle guardaba solo para sí mismo, como si presenciarlo entregado a la música significara desvelar todas sus debilidades.

—Tocas... pero nunca para mí —susurré, sintiéndome invadida por la intensidad de su presencia.

— Porque quiero que sea especial. Cuando finalmente toque para ti, entenderás mis motivos. Y esto —señaló el cuadro— también tendrá su momento. Me estoy dedicando a ello.

Antes de que pudiera responder, Kyle estaba frente a mí. Levantando una mano, deslizó los dedos por el lado de mi cara, y su tacto envió una ola de calor por todo mi cuerpo.

— Has estado tan... tensa. —Su voz era baja, pero cargada de preocupación—. Sé lo mucho que esta conexión nos está afectando.

— No puedo dejar de pensar en ti, Kyle. —Mi voz salió en un susurro, casi desesperado—. Esta necesidad... es como un hambre que nunca disminuye.

—Lo sé. —Me cogió la mano y la llevó a su pecho, justo sobre su corazón. El calor de su piel me quemaba de una forma que no era física—. Y yo siento lo mismo.

Kyle inclinó la cabeza, clavando su mirada en la mía mientras sus dedos comenzaban a desabrochar la camisa que llevaba puesta. Sus movimientos eran lentos, casi reverentes, como si cada pedazo de piel que revelaba fuera algo precioso.

—Quiero probar algo —murmuró con los labios a centímetros de los míos.

—¿Qué? —Mi respiración se aceleró mientras su mano se deslizaba hacia la curva de mi cintura, con la camisa ahora colgando holgada sobre mis hombros.

— Retrasar el placer. — Rozó mis labios con los suyos en el cuello, su aliento cálido enviando un escalofrío por mi columna vertebral. — Quiero ver si podemos aguantar esto, llevarte al límite y conducirte a mantener el control de nuestro deseo, juntos.

— ¿Y si no lo conseguimos? —La idea me excitó aún más, pero también me intrigó.

— Entonces encontraremos otra forma. Pero tenemos que intentarlo. — Se apartó un poco y me quitó la camisa de los hombros, dejándola caer al suelo.

No llevaba nada debajo.

Me observó como si estuviera grabando cada detalle en su memoria, antes de cogerme por la cintura y tumbarme en la cama.

El colchón era firme y las sábanas tenían un tacto sedoso contra mi piel. Se colocó a mi lado, sus dedos trazando líneas invisibles por mi abdomen y subiendo hasta mis pechos.

— No me canso de decir lo perfecta que eres... —susurró, con los ojos oscureciéndose mientras su mano exploraba mi cuerpo.

—Kyle... —gemí, incapaz de contener el deseo que ardía en mi interior.

Deslizó los dedos entre mis piernas, provocándome con ligeras caricias, manteniendo un ritmo lento y tortuoso. Mi respiración se volvió más pesada y mi cuerpo comenzó a arquearse contra el suyo, buscando más de esas deliciosas sensaciones.

— Tranquila, amor... — Su tono era bajo y controlado. — Hoy no se trata de llegar al final, sino de sentir cada momento.

Kyle se apartó por un instante, con los ojos fijos en los míos como si estuviera estudiando cada movimiento. Aunque estaba completamente desnudo y su excitación era palpable, sus gestos seguían siendo deliberados, como si fuera una bestia conteniéndose antes de atacar.

—Quiero que confíes en mí, Vallery. —A pesar de su voz baja, había una suave orden que me hizo estremecer.

—Siempre confío —respondí, con la verdad implícita en mis palabras.

Me atrajo hacia él, sus manos firmes deslizándose de nuevo por las curvas de mi cuerpo, explorándolas sin prisa. No era solo un roce. Era una conversación silenciosa entre nuestros cuerpos, una promesa tácita de placer y control.

—Te llevaré al borde del nirvana[1] , te mantendré allí y haré que supliques por más.

Eso no era precisamente una novedad.

Kyle siempre me había hecho eso, desde nuestra primera relación sexual.

Le gustaba jugar, provocar sensaciones, deleitarse con las reacciones de mi cuerpo a sus caricias y estímulos, torturarme dulcemente con la expectativa del éxtasis y hacerme suplicar por la liberación de todo el placer acumulado.

Mis mejillas se sonrojaron con la provocación, pero el calor que subió por mi cuerpo fue mucho más intenso.

—¿Y si no suplico? —repliqué, tratando de mantener mi pose de obstinada y desafiante, pero la mirada que me lanzó me desarmó por completo.

— Ah, amor... Créeme, lo harás. — La seguridad en su voz envió una ola de anticipación por mi cuerpo.

— ¿Y cómo piensas hacerlo exactamente? —Mi voz sonó más desafiante de lo que pretendía.

Kyle esbozó una pequeña sonrisa, esa sonrisa que siempre prometía algo peligroso e irresistible.

— *Edging* —aclaró con un tono cargado de malicia.

— *¿Edging?*

— Es una práctica que consiste en retrasar el placer y acumular mucha tensión sexual... así que ya te puedes imaginar lo que pasa cuando toda esa excitación explota de golpe.

— ¿Y eso es seguro? —Todo con él era demasiado intenso.

Dejó escapar una risita antes de responder:

— Más seguro que intercambiar mordiscos durante un polvo animal en el bosque. — Volvió a deslizar suavemente los dedos por mi piel, empezando por mi cara, trazando mi mandíbula con los dedos, bajando por mi cuello y hasta los hombros. — Cierra los ojos.

Obedecí, acelerando la respiración a medida que sus dedos se deslizaban hacia la curva de mi pecho, trazando patrones alrededor de mis pezones sin tocarlos directamente.

El simple roce era una tortura deliciosa, una promesa de algo más.

—¿Luz verde o luz roja? —preguntó, bajando un poco la voz.

— ¿Qué? —Abrí los ojos, confundida.

—Son las reglas de nuestro juego. La luz roja significa que estás a punto de cruzar el límite del clímax, casi en un punto de no retorno. Significa detener el juego de control. Totalmente. Sin

preguntas, sin vacilaciones. Te dejo liberarte —explicó en un tono firme, pero amable—. Si sientes que estás incómoda, asustada, o incluso si solo necesitas un momento para intentar recuperar el autocontrol... dices «rojo» y yo lo detengo todo inmediatamente. Pero si yo digo rojo, tú también tienes que parar.

—¿Y verde? —Tragué saliva, asimilando la profundidad de esa promesa.

—La luz verde significa que estás conmigo en esto y quieres seguir explorando tus límites, juntos. Si digo verde, tú también continúas. Por eso tienes que confiar plenamente en mí.

— Sabes que confío en ti. Solo que no entiendo por qué también usas las palabras, si eres tú quien tiene el control.

— Porque conozco tus límites mejor que tú misma y quiero demostrarte lo lejos que podemos llegar cuando nos privamos de ceder a lo que parece incontrolable, para disfrutar de una liberación aún más genuina, en el momento adecuado.

— Entonces... ¡verde! —Mi respuesta salió sin vacilar, con la voz más ronca de lo que esperaba.

Kyle se inclinó, capturando mis labios con los suyos, pero el beso no fue hambriento. Fue lento, exploratorio, un preludio de lo que estaba por venir. Sus labios se movían sobre los míos con una suavidad que me hacía querer acercarlo más, pero él mantuvo el control.

Mientras me besaba, sus manos continuaron la exploración, bajando por mi abdomen y trazando líneas invisibles por mis muslos. Cuando finalmente sus dedos se deslizaron de nuevo entre mis piernas, el ligero contacto me hizo gemir, mi cuerpo inclinándose automáticamente para buscar más.

—¿Verde o rojo? —preguntó de nuevo, con voz grave.

—Verde. —Mi respuesta fue casi un suspiro.

Kyle comenzó a estimularme con toques lentos, su pulgar trazando suaves círculos mientras sus dedos me provocaban con movimientos casi perezosos. Mi cuerpo comenzó a responder, mi

respiración se volvió irregular, mi pecho subía y bajaba mientras la tensión se acumulaba dentro de mí.

Justo cuando estaba a punto de caer en el abismo, se detuvo.

—¡Ky! —protesté, con voz llena de frustración.

— Paciencia, amor —susurró contra mi piel, con sus labios rozando mi clavícula—. Todavía no.

El ciclo se repitió. Caricias que me llevaban al límite, besos que me hacían olvidar mi propio nombre y paradas repentinas que me dejaban en una neblina de deseo y frustración. Mi cuerpo temblaba por la tensión acumulada, cada nervio encendido y palpitante.

—Kyle... por favor... —Las palabras se me escaparon antes de que pudiera contenerme.

— ¿Qué, amor? —me provocó, con la voz cargada de placer al escuchar mi súplica.

—No lo detengas... —Mi voz temblaba, mi voluntad finalmente cediendo.

—¿Luz verde o roja? —susurró, con una sonrisa llena de triunfo.

Negué con la cabeza, sin poder decir nada, así que se detuvo.

— Decídete.

— ¡Verde! —casi grité, mi voz resonando en la habitación.

Él se rió entre dientes, pero en lugar de ceder, siguió con el juego, manteniéndome al límite una y otra vez, hasta que mis uñas se clavaron en sus hombros y todo mi cuerpo palpitaba con una necesidad insoportable.

—Esto es solo el comienzo, Vallery —me susurró al oído, cada palabra una promesa sombría—. Y cuando finalmente te corras, será como nada que hayas sentido antes.

Ya había sentido tantas cosas antes... que me costaba creer que algo entre nosotros pudiera ir más allá.

Pero confiaba en él.

La tensión en la habitación parecía tangible, como si el aire mismo estuviera cargado con la intensa energía que flotaba entre nosotros. Kyle estaba inclinado sobre mí, cada caricia, cada movimiento suyo diseñado para provocarme y llevarme al borde del abismo sin dejarme caer nunca.

—Necesito que me digas lo que sientes, amor. Quiero que esto sea tan bueno para ti como lo es para mí. —Su mano se deslizó por mi rostro, con un toque firme pero reconfortante.

Sentí un nudo en la garganta, pero no era por ansiedad. Era por la abrumadora sensación de confianza y seguridad que me proporcionaba.

Esta vez, Ky se movió más despacio, deslizando sus manos hasta mis caderas, sujetándome en su sitio mientras sus labios seguían el rastro que habían dejado sus dedos. Besó mi cuello, el centro de mi pecho, la suave curva de mi cintura, cada caricia aumentando el calor dentro de mí.

Cuando su boca finalmente llegó a mi coño, un suave gemido se escapó antes de que pudiera contenerme.

—¿Verde? —preguntó de nuevo, con los labios rozando mi piel.

— ¡Verde!

Kyle comenzó a estimularme con la lengua, con movimientos lentos que hacían que mi cuerpo se curvara involuntariamente hacia él. El deseo comenzó a acumularse más rápido esta vez, cada ola de placer acercándome peligrosamente al clímax.

Cuando mis caderas comenzaron a moverse instintivamente contra él, cuando todo mi cuerpo estaba rígido con la promesa del orgasmo, se detuvo.

— ¡No! —exclamé, dejando escapar la protesta antes de poder contenerme.

Kyle levantó la cabeza, con una sonrisa perversa curvando sus labios.

Estaba sonriendo mucho esa noche.

— ¿Luz roja? —preguntó, pero el brillo de sus ojos dejaba claro que sabía la respuesta.

—Verde —solté una risa temblorosa, frustrada y excitada al mismo tiempo.

— Buena chica —dijo, volviendo a su lugar entre mis piernas.

Y luego repitió el proceso, alternando entre estimulaciones con la lengua y los dedos, llevándome al límite una y otra vez. Cada vez que sentía que no podía aguantar más, que estaba a punto de caer en el abismo del placer, Kyle retrocedía, dejando mi cuerpo palpitando con una necesidad insatisfecha.

— Ky... — Mi voz falló mientras intentaba suplicar, pero las palabras simplemente no salían.

— Di lo que necesitas, amor. — Su tono era tan grave y controlado que sonaba casi como una orden.

— ¡Necesito... necesito más! —admití, con la voz llena de deseo y frustración.

Volvió a subir por mi cuerpo, sus labios capturando los míos en un beso profundo. El sabor de mi propia excitación aún estaba en su boca, y eso solo aumentó la intensidad del momento.

— ¡Todavía no! —respondió con una sonrisa tan perversa como cariñosa.

—Te gusta torturarme, ¿verdad? —Mi voz se entrecortaba por los jadeos.

— Me gusta verte rendirte —corrigió, bajando los labios de nuevo hacia mi cuello y clavícula, donde plantó un beso posesivo sobre la cicatriz del mordisco.

Después de unas cuantas rondas más de estímulos y pausas, todo mi cuerpo temblaba. Mi respiración era irregular y sabía que él me estaba preparando para algo mucho más intenso.

— Ky... no puedo más —confesé finalmente, con la voz quebrada en un susurro.

Se detuvo un momento, con los ojos fijos en los míos.

—¿Luz roja, entonces? Pero te prometo que, cuando te corras, será el mejor orgasmo de tu vida.

Estaba completamente a su merced. El calor irradiaba por todo mi cuerpo, cada nervio encendido como una llama viva mientras Kyle me provocaba sin piedad. Y en ese momento, me di cuenta de que estaba dispuesta a esperar todo el tiempo que fuera necesario.

—¡Verde! —Mi respuesta fue casi un gemido.

Me regaló esa sonrisa satisfecha y ligeramente arrogante que parecía hecha para desequilibrarme por completo.

— ¿Aún confías en mí? —Sus intensos ojos permanecieron fijos en los míos.

— ¡Siempre!

— Solo quiero que te relajes. — Su voz estaba cargada de ternura, aunque la sonrisa en la comisura de sus labios me decía que tenía algo más en mente.

Volvió a explorar mi cuerpo, cada caricia más deliberada e intensa que la anterior. Sus dedos encontraban cada punto sensible de mi piel, mientras su boca seguía el camino, alternando entre suaves mordiscos y besos ardientes.

Cuando volvió a llegar entre mis piernas, yo ya estaba temblando. Empezó despacio, con la lengua dibujando círculos precisos que hacían que todo mi cuerpo se arquease contra él.

—Kyle... por favor... —le suplicaba, pero él continuaba al mismo ritmo, aumentando gradualmente la presión, pero nunca lo suficiente como para dejarme caer en el clímax.

Sus manos se deslizaron para sujetar mis caderas, manteniéndome en mi sitio mientras intensificaba los movimientos, con la lengua explorando ahora con más urgencia. Pero cuando mi cuerpo empezó a acercarse al borde del precipicio del placer... cuando la excitación era casi insoportable... él retrocedió de nuevo, dejándome desesperada y frustrada.

—¿Estás cerca? —quiso saber, con un tono entre provocador y curioso.

—Mucho—, respondí con un susurro, casi perdido en la mezcla de placer y necesidad.

—Genial. —Volvió a provocarme con los dedos.

Esta vez, Kyle alternó el tacto con algo que no esperaba: palmadas contra mi coño, seguidas de besos que parecían borrar el impacto. La combinación de dolor y placer era visceral, llevándome a un nuevo nivel de sensaciones que no sabía que existía.

—Kyle... —Gemí de nuevo, con un sonido cargado de urgencia.

— No pasa nada, cariño. — Su voz grave sonaba como un mantra tranquilizador mientras continuaba con su dulce y deliciosa tortura.

Entonces, algo cambió. Sus dedos comenzaron a presionar a un ritmo diferente, explorando más profundamente mientras su boca trabajaba sin descanso. Todo mi cuerpo se tensó, los músculos se contrajeron involuntariamente mientras una poderosa ola de placer me atravesaba.

—¡Rojo! —Entonces se apartó bruscamente y por un momento pensé que iba a morir allí mismo.

— ¡No! —lloriqueé, en una mezcla de rabia y frustración excesiva.

Ese jueguecito no parecía nada placentero si aún no había conseguido lo más importante.

— ¿Me estás castigando? —Por un momento, esa idea se me pasó por la cabeza.

Kyle se levantó de la cama sin decir una sola palabra, el calor de su cuerpo abandonó el mío por un instante mientras se sentaba en el borde del colchón, los músculos definidos de su espalda tensos y la expresión de su rostro una mezcla de intensidad y deseo controlado.

Me miró fijamente, con los ojos oscuros ardiendo como brasas, mientras extendía la mano hacia mí.

— Ven aquí, amor. Quiero que te sientes sobre mi polla. — Su voz era una invitación peligrosa, cargada de promesas y algo más profundo. — ¡Sentir ese coño delicioso tragándomela hasta el fondo!

Mis rodillas apenas podían soportar el peso de mi cuerpo, pero la intensidad de su mirada era irresistible. Caminé hacia Kyle, con la respiración aún entrecortada. Sus manos encontraron mis caderas, firmes y posesivas, guiándome mientras mi corazón se aceleraba.

— De espaldas a mí. — La orden llegó en un susurro grave que envió una ola de calor directamente a mi núcleo.

Obedecí, girándome con cuidado hasta quedar de espaldas a Kyle, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío. La proximidad era abrumadora, el aroma amaderado de su piel se mezclaba con el aroma a sexo que flotaba en el aire.

Kyle me cogió de la mano y me guió hasta su regazo, y yo me acomodé con cuidado, con las piernas a cada lado de su cuerpo, mientras me colocaba sobre sus firmes muslos. Sentí su polla dura y gruesa presionando contra mi culo y un intenso calor subió por mi espina dorsal.

—Te deseo tanto... —murmuré, con la voz ronca por la necesidad.

Sus manos encontraron mis caderas, firmes pero gentiles, mientras me ayudaba a colocarme y luego deslizó una de sus manos hacia la base de su propia polla mientras me guiaba lentamente hacia abajo.

—Despacio —su voz sonó más ronca, con un control evidente en el tono.

Obedecí, sintiendo el glande caliente deslizarse dentro de mí. Era una sensación que siempre parecía nueva, la forma en que me llenaba, cómo mi cuerpo se amoldaba al suyo. Solté un gemido bajo mientras me bajaba completamente, hasta que estuvo enterrado hasta el límite.

—Joder, Vallery... —gruñó, apretando mis caderas con las manos mientras su respiración se hacía más pesada.

Por un momento nos quedamos allí, inmóviles, el calor y la excitación entre nosotros creciendo como una tormenta a punto de estallar. Entonces movió las manos, deslizándolas lentamente por la

curva de mi cintura y subiendo hasta mis pechos, apretándolos con suficiente fuerza como para hacerme jadear.

—Quiero que me cabalgues, amor —ordenó contra mi piel, con los labios rozando la base de mi cuello.

Empecé a moverme, mis caderas subiendo y bajando lentamente mientras sentía cada centímetro de su obscena polla invadirme de nuevo. Mi cuerpo parecía hecho de brasas, cada movimiento enviaba oleadas de placer por mi columna.

—Así... tan deliciosa, joder... —Sus dedos volvieron a sujetar mis caderas para guiar mis movimientos.

Aceleré el ritmo, echando la cabeza hacia atrás mientras gemidos incontrolables escapaban de mis labios. Sentí a Kyle inclinarse hacia delante, sus dientes arañando suavemente la curva de mi cuello antes de presionar allí besos ardientes.

— ¿Estás cerca? —preguntó con voz cargada de deseo, pero aún controlada.

—Sí... tan cerca... —respondí entre gemidos, con la respiración irregular mientras el placer se acumulaba.

De repente, dejó de guiarme, sujetándome las caderas en su sitio e interrumpiendo mis movimientos.

—¡Rojo! —Su tono imperativo casi me hizo llorar.

—Kyle... por favor... —supliqué, tratando de moverme, pero él me sujetó las caderas con firmeza.

—Quiero que sientas más—. Se inclinó para morderme suavemente la oreja, y el sonido de su voz envió una nueva ola de lujuria por mi cuerpo.

Kyle comenzó a moverse debajo de mí, levantando lentamente sus caderas, y yo casi grité de frustración y placer mezclados. Cada embestida era metódica, casi agonizante, mientras mantenía el ritmo lento, negándose a dejarme llegar al límite.

—Kyle... por favor... —Mis palabras eran ahora casi sollozos.

Él se rió suavemente, con un sonido cargado de algo que era tanto cariño como provocación.

— ¿Todavía confías en mí? —Me sujetó por la cintura mientras movía los labios hacia mi hombro.

—Sí... —Mi voz temblaba de necesidad.

— ¡Entonces déjame llevarte a donde nunca has estado antes!

Kyle volvió a aumentar el ritmo, sus embestidas se hicieron más profundas e intensas mientras sus manos exploraban mi cuerpo, deslizándose por la curva de mi espalda y volviendo a mis caderas. El calor en mi coño era abrumador, cada movimiento enviaba oleadas de placer que amenazaban con destruirme por completo.

— ¿Estás cerca otra vez?

—¡Sí! —grité, echando la cabeza hacia atrás mientras mis dedos se aferraban a sus rodillas para mantener el equilibrio.

—¡Rojo! —dijo de nuevo, y esta vez una lágrima se deslizó sin que pudiera controlarla.

Pero Kyle sabía exactamente lo que estaba haciendo. Cada pausa, cada movimiento controlado era una danza calculada, una deliciosa tortura que me dejaba desesperada por más.

Soltó una risa baja y, antes de que pudiera responder, comenzó a moverse de nuevo.

— ¿Por qué... haces esto? —Mi voz era una mezcla de desesperación y frustración.

— Porque cuando finalmente te corras, será como nada que hayas sentido antes. — Su mano se deslizó entre mis piernas, sus dedos encontraron mi clítoris mientras me penetraba sin piedad.

— Me estás matando... — Cerré los ojos mientras sentía el calor de su cuerpo envolviéndome por completo.

— Nada de eso. ¡Solo te estoy mostrando lo mucho que eres capaz de sentir!

Y en ese momento, en sus brazos, supe que tenía razón. Mi mente daba vueltas, tratando de comprender mientras mi cuerpo

imploraba la liberación que él me negaba. El placer era insoportable, como una cuerda tensada al máximo, a punto de romperse.

—Vamos, amor, ahora puedes correrte —su tono era suave, pero casi cruel, sus embestidas más rápidas e intensas, cada una de ellas acercándome más al abismo.

El clímax me golpeó con la fuerza de una tormenta eléctrica, barriendo cada pensamiento coherente y transformando mi cuerpo en un arco tenso de puro éxtasis.

Fue diferente a todo lo que había experimentado antes, un placer que no solo era intenso, sino absolutamente arrebatador, como si cada célula de mi ser estuviera en llamas, latiendo en sincronía con sus movimientos.

Mi grito brotó del fondo de mi alma, ronco e incontrolable, resonando por toda la habitación. Las oleadas de placer comenzaron en la base de mi columna, irradiando en cascadas hasta mis extremidades, como un fuego ardiente que no quemaba, sino que consumía. Era como si la gravedad misma me hubiera sido arrebatada, dejándome flotando en el espacio entre lo real y lo etéreo.

Y entonces llegó la sensación: una explosión de calor líquido que brotó de mí sin previo aviso, una mezcla de confusión y liberación absoluta. Mi cuerpo temblaba violentamente, los músculos de mis piernas flaqueaban mientras me aferraba a Kyle, clavándole las uñas en la piel de los brazos. No había vergüenza, solo el puro impacto de algo que trascendía el mero placer carnal.

Jadeando, mis ojos se abrieron de par en par al darme cuenta de lo que había sucedido. Mi corazón parecía a punto de romperme el pecho, la respiración irregular y entrecortada por pequeños sollozos de placer residual.

Kyle me envolvió con sus brazos, sosteniéndome firmemente contra su pecho mientras murmuraba algo en un tono tranquilizador, con su voz grave y suave al mismo tiempo. Inclinó la cabeza, rozando mis oídos con sus labios mientras decía:

—Sí, amor... déjate llevar. No te agarres a nada. Es tu cuerpo rindiéndose, tu esencia liberándose.

Gemí, todavía aturdida y tratando de entender.

— Kyle... ¿qué ha sido eso? Yo nunca... — Mi voz se quebró, bajé la mirada y sentí cómo se me subían los colores a la cara.

Él se rió suavemente, acariciándome la espalda con los dedos en lentos círculos.

— Acabas de tener un *squirt*, cariño. Es muy parecido a la eyaculación, solo que mucho más intenso. No es habitual, pero sabía que podía llevarte hasta allí. — Me inclinó la cara para que lo mirara, con los ojos ardientes de un orgullo posesivo y satisfecho.

—Yo... no sabía que podía... —La vergüenza aún era evidente en mi tono de voz, todavía tratando de procesar lo que acababa de pasar—. No sé qué decir.

— No tienes que decir nada. Dejaste que tu cuerpo se soltara por completo. Fue precioso. — Kyle solo me abrazó más fuerte, su pecho subiendo y bajando a un ritmo tranquilo mientras yo me recuperaba.

En ese momento, no había nada más que él, nada más que nosotros dos, sumergidos en algo que era a la vez carnal y espiritual.



CAPÍTULO 50

Entre límites y liberaciones

Kyle había salido de dentro de mí y me había dado la vuelta para quedar frente a él en su regazo. Su polla, tan dura y caliente, empapada de mi lubricación, rozaba mi coño que, a pesar del frenético ritmo de sus embestidas durante el sexo, aún latía con el contacto íntimo.

Su mirada estaba fija en la mía, mientras intentaba recuperar el control que yo claramente había perdido. Respiraba con jadeos profundos, los músculos tensos y las manos agarradas a la curva de mis caderas, como si estuviera a punto de perder el resto del dominio que tanto se enorgullecía de mantener.

Incliné el cuerpo hacia delante, apoyando las palmas de las manos en su pecho, sintiendo su corazón latir con fuerza contra la piel. Sus ojos estaban oscurecidos por un deseo bruto y salvaje, pero había algo más allí: adoración, reverencia. Él podía llevarme al borde del colapso, pero yo estaba decidida a devolverle el favor.

—Te toca, Ky —susurré con voz ronca y baja, mientras empezaba a moverme lentamente, encajando su polla en mi entrada de nuevo, deslizándola fácilmente dentro de mí, meciéndome arriba y abajo a un ritmo lento y tortuoso—. Quiero ver hasta dónde aguantas.

—Vallery... —gruñó mi nombre como una súplica, apretando mis caderas con más fuerza—. ¡No juegues conmigo!

— No estoy jugando —repliqué, inclinándome para capturar su labio inferior entre mis dientes, tirando suavemente antes de soltarlo—.

Solo quiero que sientas lo que yo sentí. Quiero que me des todo... hasta tu última gota de placer.

Él gimió, un sonido ronco que parecía arrancado del fondo de su alma, pero aún así no cedió al impulso. Su control seguía siendo sólido, pero yo estaba decidida a derribarlo.

Empecé a moverme de nuevo, girando lentamente las caderas, apretándolo de todas las formas que sabía que lo volvían loco. Con cada movimiento lo provocaba, inclinándome hacia atrás, sujetándome los pechos, dejándole ver lo entregada que estaba a ese momento.

—¿Luz verde o roja? —susurré, con los labios casi rozando ahora la comisura de su boca.

Los ojos de Kyle se entrecerraron, la tensión en su mandíbula revelaba lo mucho que se estaba conteniendo.

—Verde... por ahora —su voz era un gruñido bajo, lleno de esfuerzo.

Sonreí satisfecha y aumenté un poco el ritmo, bajando con más fuerza, más profundo, hasta sentirlo llenar cada centímetro de mí. El calor entre nosotros era casi insoportable, un fuego que amenazaba con consumir cualquier rastro de racionalidad que aún pudiera existir.

— ¿Y ahora? —pregunté, con voz más atrevida mientras aceleraba.

Kyle apretó los ojos cerrados, con el pecho subiendo y bajando rápidamente. Sus dedos se levantaron para agarrarme la cadera, tratando de marcar el ritmo, pero le sujeté las muñecas, empujándolas contra el colchón.

—No —ordené, con los ojos fijos en los suyos—. Ahora estoy al mando. No te correrás hasta que yo lo diga.

Él soltó una risa baja y ronca, pero había algo salvaje en su sonrisa.

—Eres insaciable, amor.

— No. — Me incliné para rozar mis labios contra los suyos antes de susurrarle al oído. — Soy tuya. Y tú eres mío. ¡Y lo quiero todo de ti!

Esta vez gimió alto, con un sonido casi desesperado, mientras yo seguía provocándolo, alternando entre movimientos lentos e intensos y pausas que lo dejaban temblando debajo de mí. Su excitación estaba al límite y yo podía sentir el latido desesperado de su deseo, cada fibra suplicando por liberarse.

—Vallery... —Intentó de nuevo, con la voz quebrada y ronca.

— ¿Rojo? —pregunté provocativamente, aunque sabía que todavía estaba luchando.

— ¡No! —gruñó, con los ojos ardientes clavados en los míos—. Verde. Siempre verde.

Me reí, echando la cabeza hacia atrás mientras movía las caderas de forma más agresiva, sintiéndolo aún más profundo. Kyle me agarró la cintura de nuevo, los dedos clavándose en mi piel, sus propios límites derrumbándose por segundos.

—Joder, Vallery... ¡me vas a matar!

—Sabes exactamente lo que quiero, Ky. —Dejé de moverme de repente, con los ojos fijos en los suyos—. ¡Hasta la última gota de tu semen demoníaco! Ya te dije que me voy a volver inmune al veneno y no he cambiado de opinión.

Jadeó, tratando de recuperar el control que le había arrebatado.

— No lo entiendes... no quiero hacerte daño...

— ¡Y no me importa! —Le agarré la cara entre mis manos, obligándole a mirarme—. Eres mío, Kyle Scottfield. Y yo soy la única a la que estarás vinculado por toda la eternidad. ¡Así que lo quiero todo! Cada gota de esa maldita toxina incubadora. ¡Y cada pedazo de ti!

Kyle dudó por un momento, con la lucha interna claramente visible en sus ojos.

Pero entonces, algo cambió.

Me abrazó con más fuerza, sus labios esbozando una sonrisa sombría.

— ¡Pues toma, mi amor! — Y con esas palabras, me agarró por la cintura y comenzó a moverse a un ritmo brutal, con un fuego salvaje iluminando sus ojos.

Con cada embestida, sentí que el mundo a nuestro alrededor se disolvía, hasta que lo único que existía éramos nosotros dos, atrapados en una danza de lujuria y posesividad.

Kyle me sujetaba con una fuerza animal, pero había una ternura en el fondo de todo ello, una reverencia que hacía que mi corazón y mi cuerpo se entregaran aún más. Cada embestida era profunda, cargada de una intensidad que nublaba mi visión y encendía mi piel en llamas. Él llenaba cada parte de mí, no solo físicamente, sino emocionalmente, espiritualmente... una fusión de almas que solo nuestro vínculo podía explicar.

—Me haces perder el control, Vallery —gruñó, con una voz tan ronca que parecía salir de algún lugar profundo y primitivo—. Todo en ti... me consume. ¡Me devora!

— ¡Pues devórame! —exigí, echando la cabeza hacia atrás mientras sentía cómo se aceleraba su ritmo—. Lo deseo. Te deseo a ti. ¡Lo deseo todo, joder!

Gruñó de nuevo, inclinándose hacia delante y mordiéndome ligeramente el hombro desnudo, lo suficiente para enviarme una ola de placer mezclado con dolor que me hizo gemir en voz alta. Sus brazos me sostenían como si yo fuera el único ancla en el caos del universo, y sus movimientos se volvían aún más intensos y desesperados.

—Tú... —comenzó, pero parecía incapaz de completar la frase, con los ojos fijos en los míos como si yo fuera lo único que existiera—. ¡Joder, eres mía! ¡Para siempre!

Lo envolví con mis piernas, acercándolo más a mí, profundizando el contacto entre nosotros. Sentía el calor de su polla palpitando dentro de mí, la tensión creciente en nuestros cuerpos llegando a un punto en el que cada movimiento parecía un preludio de la inevitable explosión.

—Kyle... —murmuré, con el cuerpo temblando mientras una nueva ola de placer se acumulaba—. No pares... no pares, ¡por favor!

Sonrió, salvaje y peligroso, pero siempre había esa ternura escondida en la intensidad. Kyle bajó una de sus manos, deslizando los dedos entre nuestros cuerpos hasta encontrar el punto sensible entre

mis piernas. Cuando empezó a estimularme allí, al mismo tiempo que me llenaba, sentí que mi mundo se derrumbaba.

— ¡Córrete para mí otra vez, amor! — Su voz era una orden, pero también una petición cargada de necesidad.

Intenté resistirme, prolongar el momento, pero el placer era abrumador. Mi cuerpo se apretó alrededor del suyo, las oleadas de éxtasis crecieron y me llevaron a un clímax tan intenso que parecía arrancarme el aire de los pulmones.

—¡Kyle! —Mis uñas se clavaron en sus hombros mientras mi cuerpo temblaba violentamente, el orgasmo me golpeaba como un maremoto, arrastrando todo a su paso.

Mi cuerpo se estremeció a su alrededor y Kyle soltó un profundo gemido, sujetándome por la cintura mientras daba la última embestida, sus movimientos volviéndose erráticos y cargados de urgencia. Echó la cabeza hacia atrás, con los músculos tensos, y con un grito ahogado se entregó por completo.

Sentí su calor derramarse dentro de mí, una conexión tan visceral que me dio la sensación de que nos fundíamos en una sola entidad.

Durante unos instantes, no se oyó más que nuestras respiraciones entrecortadas. Me incliné sobre él, con la cara enterrada en su cuello, mientras sentía cómo su cuerpo se relajaba poco a poco, pero el calor y la intensidad entre nosotros seguían latiendo como una llama que parecía dispuesta a no apagarse nunca.

—Esto... —comenzó, con voz ronca y baja, mientras acariciaba mi espalda desnuda y empapada de sudor—. Esto es lo que significa ser tuyo. Por completo.

Sonreí, todavía tratando de recuperar el aliento, y le pasé los dedos por el pelo.

Kyle me atrajo hacia él para darme un beso lento, profundo, lleno de promesas que no necesitaban palabras.



La suave luz de la habitación de la Dimensión Onírica aún nos iluminaba a los dos, mientras yo permanecía acurrucada contra él. Podía sentir la respiración de Kyle estabilizándose, su pecho subiendo y bajando lentamente mientras sus dedos jugaban con los mechones de mi cabello.

El silencio que nos envolvía no era incómodo, sino cargado de significados que ninguno de los dos parecía saber por dónde empezar a explorar.

Finalmente, fue él quien rompió el silencio:

— Eso ha sido... increíblemente intenso —murmuró, con voz baja, pero cargada de un cierto peso que me hizo levantar la vista hacia él.

—Intenso es una palabra muy suave— respondí, dejando escapar una sonrisa cansada—. ¿Qué querías mostrarme exactamente con eso? ¿Se trataba solo de control?

Kyle me miró por un momento, sus ojos evaluando los míos como si estuviera tratando de encontrar la mejor manera de explicarlo.

— No se trata solo de control —comenzó, vacilante—. Se trata de aprender a lidar con lo que ha cambiado. El vínculo... nos ha traído cosas nuevas, Vallery. No todas pueden ser buenas o fáciles de aceptar. Pero tenemos que encontrar una manera de vivir con ello sin perdernos por el camino.

Fruncí ligeramente el ceño mientras asimilaba sus palabras. Sabía que tenía razón, pero la idea aún me parecía demasiado abstracta.

—Sé que las cosas han cambiado. Y entiendo que no va a ser fácil. Todavía estoy tratando de descubrir cómo lidiar con el vínculo, cómo afecta mi relación con ustedes tres... y, sobre todo, las consecuencias que pueden derivarse de ello.

Kyle suspiró, cerrando los ojos por un momento antes de abrirlos de nuevo, mirándome con una sinceridad cruda que casi dolía.

—Yo también lo estoy intentando, amor. Cada segundo. Porque te quiero muchísimo y... no quiero que esto nos destruya. No quiero que afecte a lo que tienes con Kell y Ken. Son tan importantes para ti

como yo, y lo sé. Respeto lo que tenemos. Y sé que fui egoísta cuando te mordí en ese bosque, porque no pensé en mis hermanos, solo en nosotros... pero aun así, no puedo arrepentirme.

Sentí un nudo en la garganta. No tenía por qué decir eso, pero el hecho de hacerlo demostraba lo consciente que era de todo lo que estaba en juego.

—¡Os quiero a todos! —confesé, sintiendo cómo una lágrima resbalaba por mi mejilla—. Y eso es lo que más me asusta. Porque cada paso que doy parece un riesgo. Tengo miedo de haceros daño... o de ser la razón por la que algo salga mal.

Kyle llevó su mano a mi cara y me secó la lágrima con el pulgar antes de dejar su palma descansando en mi mejilla.

—Tú nunca serás la razón, amor. Lo que tenemos... es real. Y fuerte. Pero también es complicado. Todo lo que podemos hacer ahora es dar un paso a la vez y aprender a lidiar con esto juntos. Los cuatro.

Asentí, aunque el peso de sus palabras aún me sofocaba.

No era solo el vínculo. Era lo que simbolizaba.

Las reglas que todos habíamos roto, las consecuencias que podrían recaer sobre todos nosotros... Era difícil olvidar lo mucho que estábamos caminando sobre una cuerda floja, a punto de romperse.

Kyle levantó su mano derecha entre nosotros, moviendo los dedos para que finalmente me diera cuenta de lo que hasta ese momento, por estar tan acostumbrada a su biología inhumana, aún no había percibido.

— Te... has curado. — Se me cortó la respiración cuando me di cuenta de que la quemadura estaba completamente curada.

Su piel parecía perfecta, sin rastro alguno de cicatriz.

Como de costumbre.

—Sí. —Bajó la mano y me cogió la mía entre sus dedos firmes y cálidos—. Tardó más de lo normal, pero ocurrió el mismo día. Y el dolor también desapareció. Necesitaba que lo supieras. Nuestro vínculo ha traído cambios, pero sigo siendo lo que estaba destinado a ser.

Apreté su mano, sintiendo una oleada de ternura y complicidad que me dejó sin palabras durante unos segundos.

Kyle, tal vez sintiendo mi tensión, cambió de tema de forma repentina, pero con un tono que demostraba que había pensado mucho en ello.

— Se acerca el Día de Acción de Gracias —comenzó en un tono casi casual, pero cargado de intención—. He estado pensando... que tal vez podríamos hacer algo. Juntos.

Fruncí el ceño, sorprendida por el cambio de tono.

— ¿Algo como qué? —La curiosidad comenzó a apoderarse de mí.

Él dudó por un momento, pero pronto esbozó una pequeña sonrisa, casi tímida.

— ¿Como una familia tradicional? Asar un pavo, ver el partido de fútbol en la televisión, beber cerveza y comer hasta reventar. Cosas sencillas, pero que tú pensabas que nunca tendrías, y yo pensaba que nunca me interesarían por ser... demasiado humanas.

Mi corazón se encogió al oír eso.

Kyle no era de los que mostraban su humanidad tan abiertamente, y el hecho de proponer algo tan sencillo y mundano demostraba lo mucho que valoraba lo que teníamos.

— Suena perfecto —sonreí, acariciándole la cara—. Pero... todavía necesito unos días lejos de la mansión, Ky. No es que no quiera estar con vosotros, pero necesito hacer algunas cosas... mientras descubro mi propia manera de lidiar con estos cambios.

—Lo sé —asintió, como si ya lo esperara—. Pero al menos deja que Kell y Ken se queden cerca. No quiero que estés sola... especialmente con lo que pasó en esa pesadilla.

Asentí, comprendiendo su preocupación. Lo que fuera que me perseguía en el Onírico era peligroso, y la idea de enfrentarlo sola era aterradora.

—Está bien. Pero... prométeme que encontraremos la manera de lidiar con todo esto... juntos.

— Lo prometo. — Se inclinó para depositar un suave beso en mi frente.

El cansancio finalmente comenzó a apoderarse de mí, como una marea lenta e inevitable. Mis ojos se volvieron pesados y, antes de que pudiera decir nada más, el sueño me venció.

Cuando desperté, estaba de vuelta en el sofá de la fraternidad. La luz de la mañana ya se filtraba por las rendijas de la cortina, y el sonido lejano de pasos y risas en los pasillos me avisaba de que el día había comenzado. Un calor incómodo me hizo darme cuenta de la humedad en mis bragas, un vívido recuerdo de la noche que pasé con Kyle en el Onírico.

Con la cara ardiendo de repente, me levanté apresuradamente, tratando de ignorar la mezcla de vergüenza y satisfacción que me invadía. Necesitaba una ducha urgente antes de que Hillary o Savannah se despertaran y empezaran a hacer preguntas.

Pero, a pesar de la urgencia, no pude evitar esbozar una pequeña sonrisa al recordar la promesa de Kyle. No importaba lo que viniera, sabía que lo afrontaríamos juntos.

Y eso, por ahora, era suficiente.



CAPÍTULO 51

Entre misterios y presagios

El Eclipse Center estaba especialmente concurrido aquella mañana. Las suaves luces del techo se reflejaban en los suelos de mármol pulido, y el murmullo de la gente resonaba como una sinfonía urbana. Respiré hondo mientras caminaba por los pasillos, tratando de absorber la energía del lugar y, tal vez, encontrar un poco de paz.

Necesitaba tiempo para pensar, lejos del caos emocional que parecía envolverlo todo desde Halloween. Los hermanos Scottfield siempre estaban en mi corazón, pero mi mente necesitaba espacio para reorganizar mis pensamientos.

Finalmente vi *Good Lucky Voodoo*. La tienda de Zarah siempre había tenido un magnetismo innegable, como si fuera un portal a otro mundo. La fachada, con su combinación de elementos místicos y vintage, parecía llamarme.

Empujé la puerta de cristal y el familiar sonido de la campana me dio la bienvenida. El olor a incienso y hierbas invadió mis sentidos, creando un contraste casi inmediato con el aire frío y ligeramente esterilizado del resto del centro comercial.

Zarah estaba detrás del mostrador, organizando pequeños frascos de vidrio llenos de líquidos de colores vibrantes. Cuando levantó la vista hacia mí, su expresión pasó de neutra a algo que parecía una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—¿Qué te pasa, niña? —preguntó, con una intensidad en la voz que hizo que mi corazón se acelerara—. Cuántos cambios desde la última vez que nos vimos.

Tragué saliva, sorprendida por su recepción. Zarah siempre había sido enigmática, pero algo en su mirada me inquietaba.

— Creo que necesito tu ayuda... otra vez.

Esos ojos que parecían ver mucho más allá de lo obvio se entrecerraron mientras me hacía un gesto para que me acercara.



—Tu esencia híbrida tridimensional es única y completamente misteriosa, Vallery. —La voz de Zarah estaba cargada de fascinación y preocupación—. No hay ningún registro en los antiguos grimorios sobre un ser como tú. Pero yo ya había leído y oído hablar del ritual de unión matrimonial entre demonios. Es muy raro.

Estábamos en su sala de consultas, en la parte trasera de la tienda, un espacio que parecía existir en una dimensión aparte. Las paredes, cubiertas por estanterías repletas de grimorios antiguos y frascos con sustancias desconocidas, emanaban una sensación casi sofocante de poder contenido. El olor a hierbas quemadas se mezclaba con el incienso de sándalo, creando una atmósfera mística. La suave iluminación de las velas proyectaba sombras danzantes que parecían reaccionar a nuestras palabras.

Zarah se inclinó en el sillón frente al mío, mirándome con una intensidad casi incómoda. Le había contado todo sobre el vínculo entre Kyle y yo, los efectos secundarios que habían surgido desde entonces y lo mucho que nos estaba afectando a todos.

— Es raro. Pero entre íncubos y súcubos, completamente prohibido —añadí exasperada.

Era esa palabra la que resonaba en mi mente todas las noches: *prohibido*. Desde el momento en que descubrí el significado de lo que había sucedido en el bosque de , no podía quitarme de la cabeza la idea de que nos dirigíamos hacia algo catastrófico.

— No sabía eso —Zarah frunció el ceño y trazó un círculo lento con el dedo sobre la superficie de la mesa que nos separaba—. Sabes que los demonios y las brujas de magia natural nunca han sido buenos

amigos. La poca información que tenemos en los registros ancestrales se obtuvo a través de la sangre y la muerte.

Hizo una pausa, sus ojos oscuros brillando a la luz de las velas.

—Todo lo que me has contado sobre... Lilith y Asmodeus. —Su voz se volvió más baja, casi un susurro—. ¡Maldita sea, niña! Es algo más allá de todo lo que he oído sobre el infierno.

Tragué saliva, sintiendo el peso de sus palabras.

Solo con oír esos nombres, un escalofrío me recorrió la espalda.

— Quizás he hablado demasiado —murmuré, más para mí misma que para ella.

— No. Hiciste bien en contármelo. —Extendió la mano y me tocó el brazo, un gesto poco habitual en ella, ya que no solía mostrar mucho afecto físico—. Me interesa protegerte, niña. No quiero que Thornvale se convierta en un objetivo para entidades sobrenaturales, y mucho menos para enemigos. Por lo que a mí respecta, tu secreto y el de los Scottfield están a salvo.

Aún no le había contado sobre la misteriosa entidad que me había atacado dos veces en la Dimensión Onírica.

— Gracias. Estoy muy asustada. —Solté un largo suspiro, sintiendo cómo la tensión se acumulaba en mis hombros—. Esos efectos secundarios...

— No te preocupes tanto. —Se recostó, tamborileando con los dedos sobre la madera de la mesa—. Los efectos son una manifestación física de lo que significa el vínculo, Vallery.

—¿Cómo es eso? —Mi voz sonó más alta de lo que pretendía.

Zarah cerró los ojos por un momento, como si estuviera buscando la respuesta en algún lugar profundo.

— ¿Aún no lo entiendes? Además de un vínculo espiritual, el vínculo matrimonial también es una fusión de esencias.

— ¿Cómo lo sabes? —pregunté parpadeando.

— Así es con los licántropos. —Se encogió de hombros, como si estuviera hablando de algo tan trivial como el tiempo—. Y con los vampiros también.

— Espera, ¿eso existe? — Abrí mucho los ojos, sintiendo que mi corazón se aceleraba—. ¿Hombres lobo y vampiros?

— ¿Aún lo dudas? —Zarah arqueó una ceja y sus labios se curvaron en una sonrisa irónica—. Voy a asumir que era una pregunta retórica.

— Solo estoy tratando de procesarlo —confesé, pasando mi mano por mi cabello y soltando un largo suspiro.

Ella se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa, y el tono de su voz adquirió una solemnidad que me revolvió el estómago.

— El vínculo entre lobos alma gemela es un ritual que implica mordiscos, sangre y apareamiento. No muy diferente de vuestro vínculo, en realidad. —Sus palabras sonaban lentas y cargadas de intención. —Pero también conlleva cambios biológicos y místicos entre los compañeros vinculados. Sentir el dolor del otro, compartir emociones intensamente e incluso comunicarse por telepatía. Depende de lo pura que sea su linaje.

La escuché en silencio, cada palabra suya me intrigaba más.

—¿Y los vampiros? —pregunté vacilante.

—El mismo concepto. —Zarah hizo un amplio gesto con las manos, como si estuviera hablando de algo evidente—. Hay muchos registros sobre ambas especies en grimorios de diferentes aquelarres. Los vampiros tienen sus propios rituales para crear un vínculo eterno. Algunos implican sangre, otros algo más esotérico. Al final, todos comparten el mismo propósito: la unión de las almas.

—Pensaba que los vampiros no tenían alma. Quiero decir, los vampiros de las películas...

Zarah soltó una risa baja, casi indulgente, y su mirada se encontró con la mía con una intensidad que parecía atravesar mi propia esencia.

—Todo lo que está vivo en este vasto universo, independientemente de la dimensión en la que habite, está compuesto por un espíritu. Maligno o benigno, poco o muy evolucionado. —Hizo una pausa, dejando que sus palabras calaran—. Cuando un espíritu

reside en un cuerpo físico, es un alma. Por lo tanto, sí, los vampiros tienen alma. No siempre benignas, pero están ahí.

— ¡Vaya! —Asentí con la cabeza, todavía tratando de asimilar todo aquello—. Tú y Kendric deberíais quedar para tomar el té. ¡Le encantaría escribir un trabajo sobre esto, sin duda!

—De hecho... —Zarah sonrió, con un brillo de diversión en los ojos—. Me ha estado ayudando a digitalizar los grimorios para un sistema de base de datos integrado que está desarrollando.

—¿Kendric? —Arqueé las cejas, genuinamente sorprendida.

Más o menos. Aunque era estudiante de Economía, Kendric también era muy bueno en programación de sistemas, al igual que Kellan, que estudiaba Relaciones Internacionales, pero era especialista en tecnología de la información.

—Sí, ese chico es un pequeño genio —afirmó con convicción, recostándose en el sillón.

—No sabía que trabajaban juntos. —Una leve sonrisa se dibujó en mis labios, pero no pude evitar sentir una punzada de incomodidad.

Era extraño pensar que había partes de los hermanos Scottfield que aún no conocía completamente. Pero creo que era mi lado posesivo y obsesivo el que hablaba ahora.

— Digamos que tenemos intereses en común —Zarah se encogió de hombros, pero la sonrisa que me dirigió estaba llena de intenciones ocultas.

—Volviendo al tema del vínculo... —comencé, desviando la atención.

La forma en que sus ojos me sondearon hizo que mi respiración se tambaleara. Era como si pudiera ver directamente la confusión en mi alma.

—Es solo una teoría, pero considéralo: tú eres mitad ángel, mitad demonio y mitad humana. Kyle, por otro lado, es completamente demonio, aunque está habitando temporalmente un cuerpo humano. Cuando os vinculasteis, vuestras esencias se mezclaron. —Zarah hizo una pausa, dejando que sus palabras se infiltraran en mi mente. —Esto

puede haber hecho que Kyle compartiera más de su esencia de íncubo contigo, mientras que tú compartes tu esencia de súcubo con él. Explicaría el deseo sexual aflorado... y tal vez su esencia humana, considerando que está en un cuerpo humano, haya interferido temporalmente en su capacidad de curación y en su inmunidad al dolor y al cansancio físico.

— ¿Crees que esa puede ser realmente la razón? —Todo mi cuerpo se tensó.

— Creo que es una posibilidad real. —Ella inclinó la cabeza, observándome con la calma de alguien que analiza una obra de arte compleja—. Además, ¿sabes lo que viene después de una boda?

Fruncí el ceño y negué con la cabeza.

Incluso pensé en los hijos, pero esa idea era imposible. Los íncubos eran infértiles por naturaleza y las súcubos no podían gestar un bebé.

—La luna de miel, Vallery. —Zarah se rió, mirándome con un brillo malicioso en los ojos—. Por eso vuestro deseo sexual está tan exacerbado. Falta la consumación del matrimonio, después del ritual del vínculo. Al menos, así es con los lobos y los vampiros, porque el celo es parte de la biología de estas especies. Ya con los demonios...

— Los demonios no procrean entre ellos —interrumpí, con una voz tan convencida como si hubiera nacido completamente demonio—. No son criaturas hechas para reproducirse. Por eso el vínculo matrimonial es raro. No hay celo en... nuestra especie.

—Hum... tiene mucho sentido. —Zarah entrecerró los ojos, como si estuviera calculando algo que solo ella podía comprender—. Pero no olvides que tú no eres una súcubo común. Y Kyle... él tampoco es un íncubo común. Tú eres mitad humana y ahora compartes tu esencia humana con él, que se ha materializado en esta dimensión en un caparazón humano.

— Pero Kyle y yo consumamos... —titubeé, sintiendo que me ardía la cara—. Anoche. En la Dimensión Onírica.

El recuerdo del *squirt* me hizo estremecer, pero también me provocó una oleada de vergüenza al admitirlo.

— La dimensión demoníaca no cuenta, querida. — Zarah esbozó una sonrisa burlona y cruzó los brazos como si acabara de pillarme en una conveniente mentira. — El vínculo se produjo aquí, en el plano físico.

— Pero sabes que no puedo... —comencé, pero la expresión de Zarah me interrumpió.

Arqueó una ceja, con un brillo misterioso cruzando sus ojos mientras inclinaba ligeramente la cabeza.

—¿De verdad? —Su tono era una mezcla de desafío y curiosidad —. Tu esencia se volvió mucho más demoníaca después del vínculo, además de que también compartes con Kyle la esencia humana... y, aunque en menor medida, tu esencia celestial también forma parte de esta ecuación.

Fruncí el ceño, las implicaciones de sus palabras dando vueltas en mi mente como un torbellino.

—Eso significa que Kyle también...

—Exactamente. Os habéis convertido en un hermoso y exótico cóctel sobrenatural. —Zarah sonrió provocativamente, pero el tono de su voz no era jocoso.

Mi confusión se intensificó. Era como si ella supiera algo que yo no sabía, pero me estaba dejando llenar los vacíos por mi cuenta.

—¡Maldita sea, Zarah! —Solté un suspiro frustrado, pasándome las manos por el pelo—. Acabas de alquilar un tríplex en mi mente.

Ella se rió suavemente, pero su mirada permaneció fija en mí, más seria que antes.

—Es lo que es —se encogió de hombros, pero había algo en la forma en que lo dijo que me puso la piel de gallina—. Y, en el fondo, también creo que tu vínculo con Kyle no fue mera casualidad.

— ¿Eso ayuda o empeora la situación? —pregunté, con la voz oscilando entre el escepticismo y la desesperación.

— No tengo ni idea. —Sonrió, pero el brillo de preocupación en sus ojos delataba que tal vez sabía más de lo que estaba dispuesta a compartir.

Sin decir nada más, Zarah se levantó y se dirigió a una de las estanterías abarrotadas. Sus ágiles dedos recorrieron los lomos envejecidos hasta encontrar un grueso grimorio, que sacó con un gesto deliberado y colocó sobre la mesa entre nosotros. El libro parecía tan antiguo que casi se podían oír los ecos del tiempo en sus páginas.

—Buscaré más respuestas. Te enviaré un mensaje si encuentro algo nuevo. —Su voz era ahora más baja, casi reverente—. Pero, por ahora, Vallery, tienes que ser fuerte. Porque sea lo que sea lo que se avecina, no creo que vaya a ser fácil.

Sentí un nudo en la garganta. Sus palabras me golpearon como un golpe invisible, cargadas de un peso que no estaba preparada para soportar. Aun así, asentí, tratando de ocultar la vulnerabilidad que crecía en mí.

—Gracias, Zarah. —Mi voz sonó baja, pero sincera.

Ella asintió levemente con la cabeza, con los ojos aún fijos en el grimorio que comenzaba a hojear.

— No me des las gracias todavía. —Su expresión era concentrada, con las cejas ligeramente fruncidas mientras analizaba las páginas descoloridas—. Solo prepárate para lo que está por venir.

Dejé escapar un suspiro tembloroso y cerré los ojos por un momento mientras trataba de asimilar sus palabras.

Prepararme.

Pero, ¿cómo, exactamente, se prepara uno para



CAPÍTULO 52

Entre ensueños y convicciones

El bullicio del Eclipse Center era casi un alivio. Las conversaciones superpuestas, el sonido de los pasos sobre el mármol pulido, el olor a café procedente de alguna cafetería cercana. Todo ello me hacía sentir menos aislada en medio del torbellino de pensamientos que Zarah había desatado.

Hombres lobo. Vampiros. Espíritus y almas. Grimorios y aquelarres y brujas de magia natural, ángeles y demonios, fantasmas y espectros, dimensiones... ¡Caramba!

No era solo la idea de que existieran otros seres sobrenaturales lo que me inquietaba, sino la cruel lógica que comenzaba a surgir entre los fragmentos que Zarah había compartido. Cada pieza parecía encajar en un rompecabezas que aún no podía ver por completo.

Mis dudas no eran sobre lo imposible, sino sobre lo que eso significaba dentro de mi propia existencia.

¿Dónde encajaba yo en medio de todo eso?

¿Qué significaba realmente ser la hija de Lilith?

Kyle, Kellan y Kendric siempre habían sido un misterio que yo aceptaba porque los quería. Pero últimamente, esos misterios estaban tomando proporciones que me dejaban sin suelo bajo los pies. La fusión de esencias que Zarah había descrito no solo explicaba algunas cosas, sino que también abría las puertas a más preguntas de las que podía manejar.

Aunque tenían sentido, seguían siendo teorías y yo sabía que Kyle no aceptaría ponerme en peligro para demostrar que nuestro vínculo también había cambiado la dinámica sexual en el plano físico.

Además, ¿cómo se sentirían Kellan y Kendric al respecto?

Tantas preguntas sin respuesta...

Mis reflexiones se vieron interrumpidas cuando oí una voz familiar, jadeante y ligeramente desesperada.

—¡Hope! ¡Por fin te encontré! ¡Necesitamos una intervención urgente!

Mi corazón se aceleró, su voz me alarmó de inmediato.

— ¿Qué? ¿Qué tipo de intervención? — Mi mente inmediatamente imaginó algo catastrófico, pero Kendric solo me agarró del brazo y comenzó a arrastrarme por los pasillos.

— Ya lo verás. ¡Solo ven!

— ¡Ken, dime qué pasa! —insistí, pero él solo me lanzó una mirada exasperada antes de seguir guiándome por los concurridos pasillos del centro comercial.

— Es mejor que lo veas con tus propios ojos.

Me llevó a un rincón más apartado, donde el sonido de las voces comenzaba a mezclarse con el ruido característico de los videojuegos. Cuando pasamos por las puertas iluminadas por neones de colores, el ambiente cambió por completo. Las luces parpadeantes de las máquinas, los sonidos mecánicos, las risas de los niños y el alboroto de los adolescentes me envolvieron.

— ¿En serio? ¿Una sala de juegos? ¿Qué es tan urgente aquí? — pregunté, frunciendo el ceño mientras Kendric me empujaba hacia una zona más tranquila, cerca de las máquinas de garra.

— Solo... mira. —Señaló con la cabeza hacia la esquina de las máquinas de garra.

Seguí su mirada y me quedé paralizada.

— No puede ser... —murmuré, sintiendo cómo la incredulidad se mezclaba con unas ganas casi incontrolables de reír—. ¿Está... jugando?

— ¡Mira otra vez!

Kellan Scottfield estaba de pie frente a una máquina de garras, con la mandíbula apretada y la concentración de alguien que está a punto de desactivar una bomba e . Sus manos firmemente posicionadas en los controles, los ojos entrecerrados con pura determinación.

A su lado, dos bolsas de plástico estaban repletas de peluches, cuyos colores vibrantes creaban un contraste surrealista con el ambiente oscuro y ruidoso de la sala de juegos. Las tres máquinas a su izquierda estaban completamente vacías, como si Kellan hubiera saqueado literalmente todos los peluches disponibles.

—¿Esa es tu definición de «urgente», Ken? —Contuve la risa con todas mis fuerzas.

—Lleva aquí casi dos horas —aclaró Kendric—. Ya ha vaciado la mitad de las máquinas y creo que no parará hasta llevarse el último osito.

El sonido mecánico de la garra subiendo y bajando resonó cuando movió la palanca con precisión milimétrica, con los músculos del brazo tensos como si estuviera en una batalla a vida o muerte.

—Casi cojo el azul —murmuró Kellan para sí mismo, con voz grave que resonaba por encima del ruido de las máquinas—. Maldita sea, está desalineado...

Me quedé allí un momento, observándolo mover la palanca con la precisión de un cirujano, mientras Kendric murmuraba algo sobre «perder toda la dignidad».

Y a pesar de lo surrealista de la escena, no pude evitar sonreír. Kell, con toda la intensidad y obsesión que siempre lo habían definido, estaba concentrado en algo tan simple y dulce que me calentó por dentro.

Quién lo diría, ¿Kellan Scottfield?, pensé mientras él celebraba haber rescatado a un conejo azul de la garra mecánica.

—¡¿Kellan?! —Me hice presente, incapaz de ocultar la risa en mi voz.

Se dio la vuelta inmediatamente, sosteniendo el conejo azul como un trofeo. Sus ojos brillaron por un momento antes de adoptar su habitual expresión de desprecio casual.

—Cariño. —Arrojó el peluche en la bolsa a su lado y cruzó los brazos, tratando de mantener su pose de tipo duro—. ¿Qué pasa?

— ¿Qué pasa? —repetí, riendo—. ¿Estás coleccionando peluches?

— Son para los niños del orfanato. —La respuesta fue tan seria que me tomó por sorpresa.

—Claro... —Intenté mantener la compostura, pero verlo con esas bolsas llenas de peluches era demasiado—. ¿No sería más fácil y barato si simplemente compraras los peluches en la tienda de juguetes?

Kellan frunció el ceño, visiblemente ofendido por la sugerencia.

— No tendría el mismo significado —su tono era defensivo, casi indignado—. He luchado por cada peluche pensando en esos niños. Se trata de esfuerzo, de... dedicación.

Casi me atraganto de tanto contener la risa.

— Claro. Esfuerzo. — Crucé los brazos y levanté una ceja—. La verdad, nada dice «dedicación» como dos bolsas llenas de peluches conseguidos en una máquina de arcade.

Me lanzó una mirada que debía ser amenazante, pero que solo sirvió para divertirme aún más.

— ¿Y cuál es el plan? —Kendric, a mi lado, sacudió la cabeza con resignación—. ¿También te vas a disfrazar de Papá Noel?

— Me identifico más con *Krampus* —respondió, mirando a su hijo menor con aire desafiante—. Papá Noel es lo tuyo.

— Kellan Scottfield, ¿no te da vergüenza? —pregunté, incapaz de resistir la provocación.

— No —respondió rápido y con convicción.

Negué con la cabeza, pero no pude evitar sonreír.

—Bueno, ya que están aquí... ¿qué tal si almorzamos juntos? —sugerí, tratando de cambiar de tema.

—Cuando terminemos con esto —Kendric señaló las bolsas—. Te ayudaré a llevar esos peluches al coche.

—Buena idea—, asentí, mirando a Kellan, que ya estaba completamente absorto en la máquina otra vez, intentando atrapar el último osito—. Os espero en el patio de comidas, si necesitáis algo, llamadme o enviadme un mensaje.

— Tranquila, Hope. Puedo oler tu delicioso aroma a distancia, es prácticamente un GPS. Siempre te encuentro cuando quiero.

— ¡Eso fue extraño, pero al mismo tiempo tierno y romántico! — Les lancé un beso y me ocupé de salir de allí rápidamente.

Quería encontrar un regalo para Grace y un recuerdo para el padre Wendell. Aunque no éramos tan cercanos, me sentía agradecida por haberlo tenido como tutor durante mi estancia en el orfanato. Era un buen hombre, solo que no era la familia con la que siempre había soñado.

Mientras miraba los escaparates de las tiendas, sentí que mi móvil vibraba en el bolsillo y pensé que sería Kendric, o incluso Kyle. Pero al sacar el dispositivo del bolsillo, lo que vi me paralizó inmediatamente.

Un mensaje de un número desconocido:

«¿Te gusta convertir a los depredadores en tus mascotas domesticadas?».

Mi corazón dio un vuelco. Miré a mi alrededor, pero no vi a nadie prestándome atención. Respiré hondo, tratando de calmar el torbellino en mi mente. No era el momento de entrar en pánico.

— ¿Quién podría ser?

Zarah me había dicho que estuviera preparada.

Guardé el móvil en el bolsillo, enderecé los hombros y adopté una postura segura, pero el mensaje siguió resonando en mi mente como un susurro amenazador.



El restaurante estaba situado en un rincón más apartado del Eclipse Center, con mesas separadas, mamparas de madera y luces cálidas que creaban un ambiente acogedor. Elegimos un espacio alejado del bullicio para tener la privacidad que nuestras conversaciones requerían.

A pesar de mi esfuerzo por disimular, la incomodidad seguía cerniéndose sobre mí como una nube oscura. El misterioso mensaje latía en mi mente, pero no podía permitir que los dos se dieran cuenta de lo mucho que me había afectado.

Kellan, sin embargo, no se dejaba engañar fácilmente. Arqueó una ceja mientras me observaba desde el otro lado de la mesa, con la expresión de un depredador que huele a su presa.

—Vale, cariño. ¿Qué pasa? —Su tono era casual, pero había un matiz de firmeza detrás de la pregunta—. Estás rara desde que nos encontramos en el patio de comidas.

—No es nada —mentí, desviando la mirada hacia el menú que tenía delante—. Solo estoy pensando en todo lo que tengo que resolver antes de Navidad.

—Hope, eres la peor mentirosa que conozco. —Kendric soltó una risa breve, pero llena de ironía.

—Está bien. Quizás tenga algo en la cabeza —suspiré, sabiendo que no servía de nada intentar escapar. Me conocían demasiado bien —. Pero... ahora no es el momento para eso.

Los dos intercambiaron miradas y fue Kendric quien rompió el silencio primero.

— Si no quieres hablar, no pasa nada. Pero no uses esa excusa para volver a huir.

La palabra «huir» me golpeó con fuerza, como una bofetada que sabía que me merecía.

— No fue una huida... —comencé, pero mi voz falló, así que respiré hondo y volví a empezar—. No fue *solo* una huida.

—Entonces, ¿qué fue? —preguntó Kellan, con un tono cargado de sarcasmo, pero su mirada transmitía algo más profundo: dolor mezclado con resentimiento.

Los miré, sintiendo el peso de todo lo que había quedado sin decir entre nosotros desde que salí de la mansión y me refugié en la fraternidad.

—Fue un instinto —confesé, con la voz casi en un susurro—. Así es como reacciono cuando me siento abrumada por algo que no entiendo. Salgo de escena, trato de encontrar un espacio para respirar... y, honestamente, sé que no fue justo con ustedes.

Kellan se recostó en la silla, con los brazos cruzados, pero su expresión se suavizó un poco. Kendric, por el contrario, se inclinó hacia delante, mirándome con esa mirada analítica que parecía poder ver a través de mí.

—¿Por qué sacas esto ahora, Hope? —Su tono era tranquilo, pero cargado de expectación.

— Porque necesito saber cómo se sienten —admití—. Sobre lo que pasó entre Kyle y yo. Sobre el vínculo.

Ambos se quedaron en silencio por un momento y la tensión en la mesa se volvió inquietante. Finalmente, Kendric fue el primero en hablar:

— No te voy a mentir. Fue un shock, Vallery. Y todavía lo es. — Su sinceridad era cortante, aunque había ternura en su tono. — Pero no te culpo.

—Yo tampoco —añadió Kellan, aunque su voz sonaba más dura —. Ky sabía lo que hacía cuando te marcó aquella noche. Él rompió las reglas, no tú.

Sus palabras transmitían un dolor que intentaba ocultar, pero que era imposible no percibir. Se me encogió el corazón al oírlo.

—Nunca quise que esto sucediera—dije rápidamente, sintiendo cómo las lágrimas me quemaban los ojos—. Los quiero. A los dos. Tanto como quiero a Kyle. ¡Eso no ha cambiado y nunca cambiará!

Kendric se inclinó aún más, con las manos apoyadas sobre la mesa, como si quisiera acercarse a mí sin cruzar la línea.

—Y lo sabemos —su voz era firme, pero suave, y sus ojos se encontraron con los míos con una honestidad abrumadora—. Pero también tenemos que ser sinceros contigo, Hope.

Sentí que mi corazón se aceleraba, temiendo lo que vendría a continuación.

—Es difícil —continuó, eligiendo las palabras con cuidado—. No por celos o resentimiento, sino porque el vínculo ha traído algo con lo que no podemos competir. Y, de alguna manera, eso nos hace sentir... fuera de lugar.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago, pero sabía que eran ciertas. Antes de que pudiera responder, Kellan intervino:

— La cuestión no es que estés vinculada a Ky —señaló en un tono más controlado ahora—. Sino lo que aparentemente ha cambiado después de eso. Y nosotros... estamos tratando de descubrir dónde encajamos ahora.

La vulnerabilidad en su voz era inusual, y me partió el corazón verlo así.

— Ustedes siguen siendo mi base. Mi fuerza. —Mi voz se quebró al final, pero me obligué a continuar—. Ustedes son la razón por la que puedo enfrentar todo esto.

—Lo sabemos. —Kendric esbozó una pequeña sonrisa, aunque sus ojos seguían llenos de preocupación—. Pero queremos que entiendas que seguimos aquí para ti. Siempre lo estaremos, Hope. Pase lo que pase.

Kellan asintió, y la mirada que me dirigió era una mezcla de intensidad y algo que parecía... resignación.

—¿Y qué hay de Ky? —Necesitaba saber cómo era la dinámica entre ellos.

—Ya hemos hablado con él —reveló Kellan, encogiéndose de hombros—. No podemos simplemente juzgarlo y condenarlo, cuando

en el fondo sabemos que, e , si hubiéramos sido Ken o yo en ese bosque, en las mismas circunstancias, habríamos hecho lo mismo.

—Sin pensar en las malditas consecuencias— añadió Kendric—. Porque somos tres egoístas de mierda cuando tú eres el tema central. Estamos locamente enamorados de ti, Hope. Y ese vínculo nos une mucho más que el hecho de ser hermanos.

No sabía si reír o llorar.

El silencio que siguió no fue incómodo, sino cargado de comprensión.

Finalmente, Kendric rompió el momento con un suspiro exagerado.

— Vale, eso ha sido intenso. ¿Podemos comer ya?

Kellan puso los ojos en blanco, pero había una pequeña sonrisa en sus labios.

— Será mejor que pagues la comida después de todo este drama.

Me reí, sintiendo cómo se me quitaba un peso de encima, aunque solo fuera por un momento.

Mientras Kendric llamaba al camarero, saqué el móvil del bolsillo, con el mensaje desconocido aún resonando en mi mente.



El sonido de los cubiertos contra los platos llenaba el espacio mientras almorzábamos. Kendric parecía relajado, pero Kellan mantenía ese aire distraído que enmascaraba su impaciencia.

Decidí sacar el tema para tantear el terreno:

—¿Kyle mencionó algo sobre Acción de Gracias? —comencé, eligiendo las palabras con cuidado.

—Ya sabemos lo del almuerzo —Kellan se encogió de hombros, sin apartar la vista del plato—. Kyle se está tomando muy en serio eso de la humanidad, ¿eh?

—Dice el tipo que robó las máquinas expendedoras de ositos de peluche para los niños del orfanato. —No pude resistir la provocación, y Kendric se rió entre dientes mientras Kellan me lanzaba una mirada amenazante.

— Es diferente, nena. Yo estaba siendo caritativo. Kyle está intentando ser... demasiado normal.

— ¿Y eso es malo? —Arqueé una ceja.

Kellan resopló, pero no respondió.

—Sinceramente, creo que será divertido —intervino Kendric—. Una oportunidad de tener un poco de normalidad en medio del caos.

— Si es importante para ti, cariño, me apunto. Solo... no esperes que me ponga sentimental al respecto.

— Gracias —sonreí, satisfecha con el compromiso a regañadientes.

— ¿Puedo encargarme del vino o me encargo de los postres? — preguntó Kendric con una sonrisa burlona en los labios.

— ¡Ambas cosas, por favor!

Por un momento, el ambiente pareció más relajado, pero pronto el peso de lo que tenía que decir volvió a oprimirme el pecho.

Cuando decidí que necesitaba tiempo para organizar mis pensamientos y salí de la mansión para refugiarme temporalmente en Sigma Nyx, estaba llena de dudas y sentimientos encontrados.

Hablar con Zarah amplió mis horizontes y me hizo reflexionar sobre si mi decisión de alejarme había sido la correcta, sobre todo teniendo en cuenta el riesgo de que la misteriosa entidad me arrastrara de nuevo a la Dimensión Onírica y, con el mensaje anónimo en el plano físico, no sabía si ambas amenazas veladas estaban relacionadas o no.

El hecho era que no podía ser imprudente y ponerme en una situación vulnerable, ni poner en peligro a mis hermanas de la fraternidad. Y lo más importante: no podía ocultar a Kendric y Kellan lo que Kyle ya sabía. Si el hermano mayor no había contado a los otros dos lo que había sucedido durante la madrugada, era porque sabía que me correspondía a mí revelar lo que estaba pasando.

Exhalé un suspiro, preparándome emocionalmente para lo que vendría a continuación.

— Hay algo más... que tengo que contaros. — Esperé a que ambos terminaran de comer antes de «soltar la bomba». — Pero no os volváis locos, ¿vale?

Los dos se pusieron inmediatamente atentos, y el ambiente alrededor de la mesa pareció cambiar.

— ¿Qué es? —Kendric se movió en la silla, con voz llena de preocupación.

— Anoche... cuando estaba en el Onírico, pasó algo. De hecho, me arrastraron hasta allí. — Las palabras me salían con dificultad, mi pecho se oprimía mientras los recuerdos volvían. — No fue por voluntad propia. Y no fue la primera vez.

— ¿Qué quieres decir con «no fue la primera vez»? — Kellan se tensó inmediatamente, entrecerrando los ojos.

— Antes de despertarme, ayer por la mañana... Estaba en una pesadilla dentro del Onírico y sentí una presencia aterradora persiguiéndome. Pero durante la noche... lo que fuera que era, me arrastró de nuevo y tomó la forma de... —Tragué saliva antes de susurrar en un hilo de voz—. Brian...

— ¿Qué mierda es eso, nena? —Kellan prácticamente gruñó, su mirada oscureciéndose por la preocupación y la ira—. ¿Por qué coño no nos lo dijiste antes?

— No quería preocuparlos. Solo había sido una pesadilla — admití, ahora con voz más baja—. No sé quién o qué es. Y luego sucedió por segunda vez y fue aterrador... pero Kyle apareció y me sacó de allí.

Kellan se frotó la cara con las manos y soltó un suspiro exasperado antes de volver a mirarme.

— ¿Te das cuenta del peligro que corres? ¡Hace poco más de veinticuatro horas que despertaste de tu sueño de Bella Durmiente y nuestro mundo ya se está volviendo del revés!

—¡Lo sé! —repliqué, con la voz más alta de lo que pretendía, pero la frustración estaba a punto de desbordarse—. Sé exactamente el peligro que corro, Kellan. Y sé que fue una mala idea alejarme, ¡pero ya te dije que estaba... tratando de procesar todo!

—¿Asimilar? —Kellan se inclinó hacia delante, con la mirada afilada como un cuchillo—. Y mientras «asimilas», ¿qué pasa si esa cosa te vuelve a atrapar? ¿Y si Kyle o uno de nosotros dos no estamos allí para salvarte la próxima vez?

—Kell tiene razón, Hope —intervino Kendric, con voz más suave, pero igualmente cargada de preocupación—. No tienes por qué lidiar con esto sola.

Respiré hondo, tratando de controlar la turbulencia dentro de mí.

— Por eso os lo estoy contando ahora. Pensé que podría manejar todo esto sola, pero me equivoqué. — Mi voz temblaba, pero continué—. También fue una pésima idea mantenerme alejada.

— ¡Mal no es suficiente! —Kellan prácticamente gruñó.

Estaba muy enfadado y nuestras voces alteradas empezaron a llamar la atención de los demás clientes, lo que me hizo sentir un poco incómoda.

Los miré a los dos, sintiendo cómo la determinación crecía dentro de mí.

— Fue una pésima idea alejarme. Necesito estar con ustedes... con los tres.

Kellan se relajó un poco, pero aún parecía desconfiado.

— Esa cosa... sea lo que sea... ¿puede volver a acceder a ti? — preguntó, con la voz más controlada ahora.

— No lo sé —respondí con sinceridad—. Pero haré todo lo posible para evitarlo.

Solo tenía que descubrir cómo.

—Haremos todo lo que podamos —corrigió Kendric, con voz llena de determinación—. Mientras estés cerca, podremos afrontarlo juntos.

—¿Eso significa que vas a posponer la visita al orfanato? —Kellan arqueó una ceja, su voz cargada de una mezcla de sarcasmo y alivio.

—Sí. Quiero dejarlo para más cerca de Navidad. Hasta entonces, me dedicaré a las últimas semanas de clase... y —dejé que una sonrisa maliciosa se dibujara en mis labios, tratando de aliviar el ambiente—. Aprovecharé para tener citas románticas con mis novios guapos.

—Ya era hora. —Kellan soltó una risa baja, relajándose por fin—. Ahora sí que hablas mi idioma, nena.

Kendric también se rió, sacudiendo la cabeza.

—Eso es algo que sin duda podemos apoyar.

El peso que pesaba sobre mí comenzó a disminuir. Por muy aterrador que fuera lo desconocido, sabía que enfrentaría cualquier cosa con ellos a mi lado.

Y, al menos por ahora, eso era suficiente.



CAPÍTULO 53

Entre resoluciones y enigmas

—Id delante —indicó Kellan, dirigiéndose a Kendric mientras se acercaba a mí para darme un beso. Se alejó sin prisa, caminando hacia su moto deportiva, aparcada junto al todoterreno del benjamín—. Tengo algunos asuntos que resolver.

— ¿Qué asuntos? —pregunté, cruzando los brazos y entrecerrando los ojos.

— ¿Qué? ¿Estás celosa? ¿Crees que voy a ligar con otras? — Su tono sarcástico me golpeó como una bofetada y mi expresión se endureció al instante.

—No seas idiota, Kellan. —Mi voz sonó fría, con una capa de acero que enmascaraba el dolor que sus palabras me habían causado.

Se detuvo, dándose cuenta inmediatamente de su error. Volvió hacia mí con dos zancadas largas, con expresión arrepentida mientras me sostenía la cara entre sus manos.

— Lo siento, cariño. — Sus dedos acariciaron mi piel con cuidado. — Todavía estoy muy cabreado. No contigo, sino con toda esta mierda que está pasando y, sobre todo, me siento impotente ante esta... cosa... que ha amenazado tu seguridad. Así que... ahora necesito un poco de espacio. Me toca a mí «procesar» toda esta mierda.

Sus ojos eran un mar turbulento, una tormenta de sentimientos que rara vez dejaba traslucir.

—Lo entiendo —murmuré, aunque la verdad era más complicada que eso.

Realmente lo entendía, pero eso no hacía que la sensación de distancia fuera menos dolorosa, haciéndome darme cuenta de lo mucho que debía haberles hecho daño cuando decidí alejarme también.

Kellan me abrazó con fuerza, como si ese gesto pudiera expresar lo que aún no sabía poner en palabras. Cuando nos separamos, volvió su atención hacia Kendric.

— Cuídala. Y si algo malo le pasa mientras estoy fuera, ¡te mataré!

— Claro, *Krampus*. — Kendric puso los ojos en blanco, pero la sonrisa que esbozó suavizó la tensión.

—Cariño —Kellan me llamó una vez más antes de subirse a la moto—. No olvides que te quiero.

La intensidad de su voz, aunque contenida, me hizo tragar saliva. Asentí con la cabeza, observándolo ponerse el casco y encender la moto, el rugido del motor cortando el aire como un recordatorio de la energía cruda que siempre rodeaba a Kellan Scottfield.

Se marchó con la rapidez de quien huye no solo de un lugar, sino también de sí mismo.

Kendric me abrió la puerta del todoterreno y yo entré en silencio, tratando de ordenar mis pensamientos mientras él daba la vuelta para ponerse al volante.

—Ya sabes cómo es Kell. —Finalmente rompió el silencio mientras ajustaba el espejo retrovisor—. Necesita gritarle al universo antes de lidiar con cualquier cosa.

— Lo sé —me pasé las manos por el pelo y solté un profundo suspiro—. Pero eso no lo hace más fácil.



— ¿Por qué estás tan callada desde que nos despedimos de las chicas de Sigma Nyx? —preguntó Kendric, con voz amable pero firme, mientras el SUV se deslizaba suavemente por las calles hacia la mansión Scottfield.

Desde el asiento del copiloto, observé la ciudad iluminada pasar por la ventana. Habíamos pasado un buen rato con las hermanas de la fraternidad. Kendric, siempre en sintonía con las *Shadows*, siguió con entusiasmo exagerado las coreografías que las animadoras estaban ensayando para la presentación de clausura anual. Mientras tanto, yo intentaba concentrarme en los materiales que necesitaba organizar para recuperar los días de clase perdidos en el curso de Periodismo. Pero mi mente estaba lejos, muy lejos.

— Solo estoy... cansada —me justifiqué de manera casi automática. La verdad es que, desde que nos despedimos de Kellan en el estacionamiento, mi pecho parecía cargar un peso mayor del que podía soportar.

Kendric no se dio por satisfecho, la breve mirada que me lanzó delataba su determinación de no dejar que el silencio se prolongara.

— No me parece que sea solo cansancio. Sabes que no sirve de nada intentar disimular conmigo, Hope. —Su tono era directo, pero sin perder la amabilidad—. Y Kellan tampoco ayudó en nada con esa actitud de mierda.

Solté un suspiro, sintiendo cómo la tensión se acumulaba en mis hombros.

— Fue extraño, ¿verdad? —admití, tratando de organizar mis pensamientos—. Sé que estaba... frustrado y enfadado, pero no me gustó cómo me habló.

Kendric se encogió de hombros, tamborileando suavemente con los dedos en el volante.

—Kellan no sabe manejar bien las cosas cuando está fuera de control. Y, para ser justos, todo lo que está pasando nos afecta de maneras diferentes. Solo necesita tiempo, igual que tú lo necesitabas. —Hizo una pausa y una sonrisa se dibujó en su rostro—. Aunque,

seamos sinceros, Kell no debería descargarse contigo. Yo mismo hablaré con él sobre eso más tarde.

Sonreí levemente, apreciando la ligereza que Kendric siempre aportaba a los momentos más difíciles.

—Quizás Kellan tenga razón al sentirse así... —Mi voz sonó más baja, casi un susurro—. Os he dejado ocuparos de todo por mí. Desde que esto empezó, desde que descubrí lo que soy... solo... lo he aceptado. Nunca he intentado entender lo que significa, o lo que realmente cambia en mí.

Kendric entrecerró los ojos, asimilando mis palabras antes de hablar con ese tono reflexivo y acogedor que siempre lo caracterizaba.

— Quizás lo has aceptado porque lo necesitabas. A veces, es lo mejor que podemos hacer ante algo tan grande. Pero eso no significa que no puedas empezar ahora. —Me lanzó una mirada significativa—. ¿Qué quieres hacer, Hope?

Volví la cara para mirarlo, con palabras cargadas de una convicción que apenas reconocía en mí misma.

—Quiero salir de la inercia y empezar a actuar. Descubrir más sobre mí, sobre lo que realmente significa ser una *Cambion Fertilis*, también necesito entender más sobre... mi esencia celestial. —Mi voz tembló ligeramente, pero continué—. Nunca he explorado esa parte. Solo sé lo que ustedes me han contado y lo poco que he oído de Zarah. Y... eso no es suficiente. Necesito algo más que sobrevivir o esperar a que suceda algo. ¡Tengo que estar realmente preparada!

Kendric asintió lentamente, como si estuviera sopesando mis palabras, pero había algo en sus ojos que parecía... orgullo.

— Entonces hagámoslo juntos —sugirió con sencillez, pero la fuerza de su voz hizo que algo dentro de mí se afianzara.

— ¿Podemos empezar por la biblioteca? —Sonreí levemente, y la tensión en mi pecho disminuyó un poco—. Sé que nunca antes mostré mucho interés, pero... ahora parece el momento adecuado.

Kendric se rió entre dientes, sacudiendo la cabeza mientras hacía una suave reverencia.

— Pensé que nunca lo pedirías. Es el lugar perfecto para empezar. Y si quieres, puedo mostrarte el sistema que estoy desarrollando con la ayuda de Zarah.

—¿Qué tipo de sistema? —Levanté una ceja, intrigada.

Me alegré de que él sacara el tema sin que yo tuviera que preguntar y mencionara que la propia Zarah me había compartido la información.

— Es algo que estoy montando para centralizar el conocimiento sobrenatural en una base de datos integrada entre especies —explicó con tono casual, pero su pasión por el proyecto era evidente.

—Me encantaría saber más al respecto, porque cuando Zarah mencionó a los lobos y los vampiros, pensé que estaba bromeando o refiriéndose a alguna serie de televisión.

— ¡Pues a partir de ahora, mi Hope, seré tu mentor!



La mansión Scottfield estaba sumida en un silencio acogedor cuando entramos. Kendric llevaba mis cosas con facilidad mientras yo le seguía, sintiendo la familiaridad del lugar mezclarse con el peso de mis nuevas resoluciones.

— Voy a dejar tus cosas en tu habitación —dijo, empezando a subir las escaleras—. ¿Quieres coger algo antes de ir a la biblioteca?

— No, estoy bien. Nos vemos allí. — Me dirigí al pasillo principal, donde se encontraba la biblioteca.

Al abrir la pesada puerta de roble, me recibió un ambiente que parecía pertenecer a otra época. La suave luz de una elegante lámpara de araña iluminaba las filas de estanterías de madera oscura que se elevaban hasta el techo. La combinación del aroma a cuero viejo y páginas envejecidas creaba una atmósfera de reverencia casi religiosa.

Pasé los dedos por los lomos de los libros gruesos y gastados, cada título con la promesa de un conocimiento que aún no había explorado. Siempre había considerado este espacio como territorio de

mis hermanos, un refugio para sus estudios y discusiones sobre cosas que consideraba que no me incumbían.

Pero ahora era diferente. Necesitaba formar parte de ello.

—¿Alguna idea de por dónde empezar? —Kendric apareció, recostándose casualmente en la puerta, con una leve sonrisa en el rostro. Parecía tranquilo, pero el brillo curioso de sus ojos delataba lo intrigado que estaba por mi nueva postura.

— ¿Sinceramente? No tengo ni idea. —Me reí suavemente, cruzando los brazos mientras observaba las estanterías—. Creo que nunca había entrado aquí con la intención de aprender.

—Siempre hay una primera vez para todo. —Se acercó a la mesa central y abrió un cuaderno de tapa negra que había sobre ella —. Hay muchos libros sobre demonología y ocultismo, además de diarios antiguos, grimorios robados y títulos que tal vez ni siquiera existan en ningún otro lugar del mundo. Nuestro padre fue quien catalogó todo esto durante sus temporadas mundanas.

—¿Quieres decir que Asmodeus ya ha estado aquí? —pregunté, sorprendida. Ninguno de ellos me había mencionado nunca el tema.

—Secreto de familia: Asmodeus estuvo aquí en la época de la fundación de Thornvale. —Kendric cerró el cuaderno y me lanzó una mirada significativa—. La mansión Scottfield fue construida por él, aunque la gente cree que compramos la propiedad a un empresario en quiebra que debía mucho dinero al banco estatal.

Mi mente dio vueltas con esta nueva información. Siempre había imaginado la mansión como un refugio privado de los hermanos, pero saber que había sido construida por Asmodeus lo ponía todo en una perspectiva diferente.

—Nunca habláis de él... ni de mi madre. —Mi voz sonó vacilante, como si mencionar a Lilith pudiera invocar su presencia.

Kendric soltó una risa breve, pero sin humor.

—No es que seamos una familia muy unida, Hope. —Se inclinó ligeramente sobre la mesa, trazando un círculo con los dedos sobre la superficie de madera—. La dinámica entre nosotros no es precisamente

fraternal, aunque Asmodeus siempre ha dejado claro que mis hermanos y yo somos sus criaturas más memorables.

— Parece más bien un arquitecto orgulloso de un proyecto bien ejecutado —observé, sintiendo una creciente incomodidad por el tono clínico de sus palabras.

— Más o menos. —Se encogió de hombros, como si estuviera acostumbrado al peso de esa relación—. No se trata de quiénes somos, sino de lo que él ha conseguido forjar. Está más orgulloso de sí mismo que de nosotros. Complejo, ¿eh?

—¿Y Lilith? —pregunté, con voz más vacilante ahora. No sabía exactamente qué quería oír, pero necesitaba preguntar.

Kendric se detuvo un momento, como si estuviera sopesando el peso de esa pregunta. Sus ojos, normalmente brillantes y llenos de astucia, parecieron oscurecerse ligeramente. Suspiró antes de alejarse de la mesa, cruzando los brazos mientras me miraba.

—Lilith es... diferente —dijo finalmente, eligiendo cada palabra con cuidado—. No es tan fría ni arrogante como Asmodeus. Tampoco es del tipo que alardea de su orgullo ni nada por el estilo.

—¿Por qué me forjó? —pregunté, sintiendo una punzada de angustia que no esperaba que surgiera tan abruptamente.

Kendric se frotó la nuca, con evidente incomodidad.

—Ninguno de nosotros lo sabe con certeza. —Me miró a los ojos, con una sinceridad casi palpable—. Lilith siempre ha sido un misterio incluso para los demonios. Es más una fuerza de la naturaleza que una entidad del infierno. Lo ú e que sabemos es que ella te deseaba... mucho. Lilith es... estratégica. Todo lo que hace tiene un propósito mayor.

—¿Entonces no soy una hija, soy un plan? —pregunté, con amargura infiltrándose en mi tono.

Kendric me miró, con los ojos llenos de una comprensión que parecía provenir de lo más profundo de su ser.

— No creo que sea tan sencillo, Hope. Puede que Lilith no sea la madre cariñosa de tus sueños, pero eso no significa que no le

importes. Eres... única. No solo como su hija, sino en el contexto de todo lo que eso implica. Y tal vez, por ser única, nunca supo cómo tratarte de otra manera.

—Qué gran consuelo. —Solté una breve risa, pero tenía un nudo en la garganta—. ¿Entonces solo soy un eslabón raro en alguna estrategia cósmica?

— Eres mucho más que eso. —Su voz cobró una intensidad que me hizo mirarlo—. No importa cómo te vea Lilith, o incluso lo que espere de ti. Quién eres ahora, quién estás eligiendo ser... eso es lo que realmente importa.

Sentí un calor inesperado invadir mi pecho. Kendric siempre supo cómo poner las cosas en perspectiva, pero aun así...

— Es fácil decirlo, pero difícil de creer. —Aparté la mirada.

—Y por eso estamos aquí. —Sonrió levemente, inclinándose hacia delante—. Para descubrir la verdad juntos.

Hubo un momento de silencio entre nosotros, cargado, pero de alguna manera reconfortante. Finalmente, decidí romperlo:

— Creo que entiendo lo que quieres decir sobre Lilith. Quizás ella se preocupe, pero aun así... siento que no ha hecho lo suficiente.

—Lilith no es como Asmodeus —afirmó Kendric, con un tono de voz más grave—. Ella no domina las situaciones con fuerza bruta. Todo lo que hizo fue intentar mantenerte fuera del radar de cosas... más importantes.

— ¿Más importantes como qué? —Mi curiosidad se despertó, pero Kendric solo negó con la cabeza, pensativo.

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Estar aquí es el primer paso.

Dejé que mi mirada vagara por las estanterías abarrotadas, como si las respuestas que tanto necesitaba pudieran estar escondidas en las páginas amarillentas de algún libro olvidado. Lilith no era solo mi madre, era el epicentro de todos los misterios, confusiones y peligros que parecían acumularse a mi alrededor.

—Por eso quiero empezar a explorar esta biblioteca lo antes posible —declaré, sintiendo cómo crecía la determinación dentro de mí —. Quizás pueda encontrar algo sobre ella... o sobre mí.

Kendric asintió y se dirigió a una de las estanterías cercanas. Sus dedos se deslizaron con familiaridad por los lomos envejecidos, como si supiera exactamente por dónde empezar.

— Si hay un lugar donde encontrar respuestas, es aquí. Pero quiero que sepas, Hope... —Se detuvo y se volvió hacia mí, su tono se suavizó y sus ojos brillaron con sinceridad—. No importa lo que descubras, mis hermanos y yo estaremos contigo. Siempre.

El calor inesperado que me produjeron sus palabras me hizo sonreír, a pesar de toda la incertidumbre.

— Gracias, Ken. — Mi voz transmitía la sinceridad de alguien que, por primera vez en mucho tiempo, sentía que estaba dando un paso concreto hacia lo desconocido. — ¿Sabes de qué me he dado cuenta ahora, después de todo lo que hemos hablado?

— Compártelo conmigo, lady Hope —respondió, con un toque de humor que aligeró la seriedad del momento.

— Creo que ya he estudiado todo lo que necesitaba sobre ser una súcubo —comencé, pensativa—. Has preparado ese increíble dossier y, entre eso y lo que vosotros tres y Zarah ya habéis compartido conmigo, creo que entiendo lo básico sobre esencias, vínculos y todo lo demás.

—De acuerdo... —Kendric inclinó la cabeza, esperando a que continuara.

— Pero estamos pasando por alto lo más importante —cruzé los brazos, sintiendo una mezcla de frustración y expectación—. Lo que me hace única y no solo una *cambión* como cualquier otra.

Los ojos de Kendric se iluminaron con comprensión y asintió lentamente.

— Tienes razón. Quizás deberíamos investigar más sobre tu esencia celestial. Creo que aquí nadie entiende realmente lo que eso significa.

—Eso es precisamente lo que me molesta. —Di un paso hacia la mesa central, tocando la superficie pulida con los dedos—. Soy mitad humana y mitad demonio. Ya entiendo todas las complicaciones y... la falta de ventajas que eso conlleva. Pero ¿y la parte angelical? Es una pieza que no encaja, pero siento que está ahí, en alguna parte, esperando completar el rompecabezas.

Kendric frunció el ceño y sacó uno de los libros más antiguos de la estantería cercana.

— Tiene sentido. Solo que no entiendo por qué aún no he podido acceder a información relevante al respecto. Quizás sea algo más raro de lo que imaginamos.

Asentí con la cabeza y cogí uno de los libros que había sacado. La cubierta, de cuero rojo oscuro, tenía grabadas unas inscripciones que no reconocí de inmediato. Había algo en él que desprendía antigüedad y misterio.

—¿Y qué hay del sistema que estás desarrollando? —Aproveché el momento para sacar a colación el tema que Zarah había mencionado.

Kendric sonrió, con un toque de orgullo suavizando su expresión.

—Es una base de datos interactiva. Estoy digitalizando grimorios y otros registros de varias fuentes fiables, incluidos los que Zarah tiene en la tienda. La idea es crear una base de datos centralizada para investigar sobre diferentes criaturas, rituales, habilidades... información veraz que podría ser útil para todos nosotros.

— Suena increíble —murmuré mientras hojeaba el libro que tenía en las manos, cuyas páginas desprendían un olor ligeramente dulce y rancio a la ve . — Entonces... ¿crees que hay muchas otras criaturas sobrenaturales además de demonios, vampiros y lobos?

Kendric se encogió de hombros, pero había algo serio en su mirada.

—Creo que ya sabemos que existen. La cuestión es cuántas de ellas están ocultas... esperando a aparecer.

El peso de sus palabras me hizo sentir un escalofrío y cerré el libro con cuidado.

Las respuestas estaban en alguna parte.

Ahora solo quedaba encontrarlas.



CAPÍTULO 54

Entre ajustes de cuentas y secretos universales

KELLAN SCOTTFIELD

El rugido del motor de mi Ducati resonaba por las calles desiertas de Thornvale, llenando el vacío a mi alrededor con algo casi primitivo. Aceleraba más de lo que debía, dejando que el viento cortante me azotara la cara, como si el dolor superficial pudiera ahogar el tumulto interno que me consumía.

Necesitaba velocidad.

No era solo por el placer de sentir el control absoluto de una máquina tan potente, sino por la ilusión de que estaba huyendo de algo.

O tal vez de todo.

Las luces de la ciudad se convertían en rastros difusos a medida que avanzaba, cada calle estrecha o avenida ancha era devorada por mi insaciable hambre de movimiento.

Estar parado era insoportable. Pensar era peor.

Las palabras de Vallery aún resonaban en mi cabeza, mezcladas con la culpa que llevaba conmigo desde el momento en que fui un idiota con ella en el aparcamiento del . Ella no se merecía oír eso. Pero había algo en mí... algo que siempre lo estropeaba todo cuando las cosas realmente importaban.

Frustración. ¡Eso era! Pura y maldita frustración.

Estaba acostumbrado a controlar las situaciones, a doblegarlas a mi voluntad. Pero con Vallery era diferente. Ella siempre había sido diferente. Y ahora había esa amenaza desconocida, esa... entidad oculta. Algo más allá de cualquier cosa que pudiera enfrentar con los puños o la fuerza bruta.

Reduje la velocidad al entrar en una calle menos transitada, con la moto rugiendo en desacuerdo con mi vacilación. Mi ira no era solo contra la situación, sino contra mí mismo. Contra mi incapacidad para proteger a las personas que me importan.

¡Y joder! Vallery era la única razón por la que aún existía en este mundo.

A lo lejos, las luces de neón de *Got Sin?* comenzaron a aparecer, brillando como una promesa indecente de olvidarlo todo, aunque solo fuera por unas horas.

Me detuve en el semáforo en rojo y miré el reflejo difuso de mi moto en el escaparate de una tienda cerrada. Era extraño verme así: una figura oscura, casi sin forma, una silueta solitaria que nunca encajó completamente en el mundo que la rodeaba. Incluso entre mis hermanos, siempre fui el desequilibrado, el tipo que llevaba las cosas demasiado lejos.

Suspiré, ajustándome los guantes de cuero mientras el semáforo se ponía en verde.

La verdad era simple: necesitaba respuestas.

Acelerando de nuevo, mi mente se fijó en un único destino.

Got Sin? no era solo una discoteca, no para nosotros. Era un punto de convergencia, un lugar donde las sombras de la ciudad se encontraban y susurraban sus sucios secretos.

Y yo estaba cansado de permanecer en la oscuridad.

El neón rojo del letrero latía como un corazón vivo contra la fachada negra, reflejándose en el asfalto mojado por la llovizna. El edificio, una antigua construcción de hierro y vidrio de estilo , parecía proyectarse como una criatura nocturna, ocultando secretos bajo capas de misterio y música ensordecedora.

Got Sin?, la discoteca que albergaba leyendas y realidades inquietantes, nunca perdía su fascinación. Para la mayoría de los jóvenes de Thornvale, era solo un lugar para bailar hasta que las piernas fallaran, un refugio para enterrar las penas en copas de bebidas caras y un aura de peligro estimulante. Para otros, aquellos que sabían leer entre líneas, el lugar era mucho más de lo que parecía.

Las leyendas urbanas decían que la gente desaparecía después de mirar los espejos del salón principal, que aparecían puertas donde no las había y que, si alguien daba un paso en falso en la pista de baile, podía acabar en otra dimensión.

La verdad era aún más absurda. *Got Sin?* no era solo una discoteca, sino un cruce entre mundos, un lugar donde lo sobrenatural coexistía con lo mundano, ocultando portales y secretos en las sombras de sus espejos ahumados y en las profundidades del subsuelo.

El guardián de ese lugar, conocido entre los humanos solo como un recluso empresario de éxito procedente de Nueva Orleans, era algo mucho más antiguo y peligroso de lo que nadie podía imaginar. No era un demonio, ni un ángel, ni nada entre ambos. Una fuerza que nadie se atrevía a enfrentar, ni siquiera yo ni mis hermanos. Respetado y temido en igual medida, el *Anfitrión* mantenía el equilibrio entre los asistentes sobrenaturales y los humanos, aunque nadie sabía decir cuál era el precio de ese equilibrio.

Apagué la moto y me quité el casco, observando por un momento las luces que bailaban por las ventanas de la entrada. Era curioso pensar que, meses atrás, consideraba ese lugar mi territorio. Era fácil pasar horas allí, sintiendo el latido de la música, alimentándome de la energía decadente que fluía por cada rincón.

Sin embargo, desde que Vallery entró en mi vida, *Got Sin?* había perdido parte de su atractivo. Pero no pude evitar pensar en traerla aquí algún día, solo para verla sucumbir a la vibración enigmática y sensual que el lugar e á exhalaba. La pista de baile la convertiría en una diosa, pero serían los espejos los que la hipnotizarían, reflejando secretos que solo ella podría entender.

Dejé atrás la fantasía mientras cruzaba la entrada. El guardia de seguridad de la puerta solo me hizo un discreto gesto con la mano. Sabía quién era yo, o al menos reconocía mi importancia allí. No era raro que los que trabajaban en *Got Sin?* supieran cuándo alguien llevaba más que el peso de un nombre.

El salón principal estaba abarrotado, una masa de cuerpos ondulando al ritmo de la música electrónica. Los enormes espejos que cubrían las paredes hacían que el ambiente pareciera infinito, y la luz de los reflectores creaba juegos de sombras que sugerían más que simples reflejos.

Pasé por el bar sin mirar atrás, sintiendo el calor de las miradas que me seguían. El *Got Sin?* era un espectáculo, pero yo no estaba allí para bailar ni beber. Mi destino era el sótano.

En la discreta entrada, camuflada entre las paredes, atravesé la puerta que muchos consideraban una leyenda. Mi paso fue automático, como siempre. Sin palabras, sin señales. Solo reconocimiento. El pasillo que se extendía bajo la discoteca contrastaba enormemente con el ambiente de arriba. Allí, la música era sustituida por un silencio sofocante, interrumpido ocasionalmente por risas, gritos o el sonido de cuerpos chocando.

El sótano tenía dos alas principales: Lujuria e Ira. El lado de la lujuria estaba vivo como una entidad palpitante, con risas melosas y gemidos ahogados escapándose por las rendijas de las puertas. No era allí donde iría hoy. Mi mente, aunque caótica, estaba lo suficientemente clara como para evitar distracciones. Mi objetivo estaba al otro lado, en el ala de la Ira, donde criaturas sobrenaturales y humanos cruzaban los puños y destilaban violencia en peleas clandestinas.

Me acerqué al salón de lucha, donde se había improvisado una rudimentaria arena en el centro. Las luces eran tenues, creando largas sombras que se movían como espectros alrededor del ring. Humanos y seres sobrenaturales se mezclaban entre el público, con la mirada fija en el sangriento espectáculo que se desarrollaba ante ellos.

Y entonces lo vi.

A Kyle.

Estaba en el ring, enfrentándose a otro oponente. Su ropa estaba arrugada, su cabello despeinado y su mirada era de pura determinación. El aire a su alrededor vibraba con una energía cruda, e incluso en medio de la multitud, podía sentir su poder.

No sabía qué hacía allí, pero una cosa era segura: fuera cual fuera el motivo, aquello no acabaría bien.

El sordo ruido de los puños golpeando la carne resonaba en el espacio, mezclándose con los gritos frenéticos del público alrededor del ring. Kyle esquivaba hábilmente un golpe, con la mirada fija en su oponente como si estuviera calculando su próximo movimiento. A pesar de su pose relajada, sabía que eso era más que una simple pelea para él.

Me recosté contra la pared del salón, cruzando los brazos mientras observaba la escena durante unos segundos más. Kyle se estaba dejando llevar por la adrenalina, pero, a diferencia de mí, no la usaba para despejar la mente. La usaba para adormecer sus sentimientos.

En cuanto lanzó un golpe certero, derribando a su oponente con precisión, me acerqué al ring, atrayendo algunas miradas curiosas.

— ¿Has olvidado que si recibes un maldito puñetazo en esa carita de galán, será tu novia la que sienta el puto dolor? —Mi voz cortó el aire, cargada de sarcasmo.

Kyle se volvió hacia mí, con el rostro reluciente por el sudor, y soltó una breve risa, pero sin ningún atisbo de humor.

—No sabía que me estabas vigilando, *hermanito* —replicó, jadeando mientras salía del ring. Se echó una toalla sobre los hombros y me miró con esa mezcla típica de desafío y desprecio—. ¿Y desde cuándo te preocupa lo que hago con mi «cara de galán»?

— Desde que afecta a Vallery. —Crucé los brazos, manteniendo mi tono impasible—. ¿O me vas a decir que no te paraste a pensar en las implicaciones de vuestro vínculo mientras te daban una paliza aquí abajo?

Kyle entrecerró los ojos y tensó la mandíbula mientras procesaba mis palabras.

— Sé lo que estoy haciendo.

— ¿De verdad? Porque desde aquí parece que estás intentando descargar tus frustraciones en un pobre desgraciado que no tiene ni idea de que está luchando contra un depredador.

Él resopló, tirando la toalla en un banco cercano y pasándose las manos por el pelo.

— Si has venido a darme un sermón, Kellan, puedes ahorrarte el esfuerzo.

— No es un sermón, es lógica. —Me acerqué, bajando el tono de voz—. ¿Te das cuenta de lo que pasaría si ella sintiera el dolor de un golpe que no pudiste evitar? ¿Sabes cómo la haría sentir eso?

Kyle se quedó en silencio por un momento, con la mirada fija en el suelo. Cuando finalmente habló, su voz era más baja, casi un susurro.

— Si no encuentro una manera de lidiar con esto, terminaré perjudicándola de todos modos.

El peso de sus palabras me golpeó como un puñetazo, pero no lo dejé traslucir. En cambio, asentí con la cabeza y relajé un poco la postura.

— Entonces tal vez sea hora de recordar que vamos a lidar con esto juntos. No tienes que cargar con todo tú solo, Ky.

Levantó la vista hacia mí, con una mezcla de agotamiento y gratitud en sus ojos, antes de asentir levemente con la cabeza.

Era un pequeño paso, pero al menos estaba escuchando.

Y con Kyle, eso ya era una victoria.



La sala privada de *Got Sin?* era un refugio del caos exterior, pero también un escenario para conversaciones que exigían el peso

del secreto. El aire transportaba un ligero aroma a humo mezclado con el perfume amaderado que parecía impregnar los muebles de cuero negro. La iluminación era tenue, estratégica, creando sombras que parecían bailar en las paredes revestidas de terciopelo.

Kyle estaba recostado en el sillón de enfrente, girando una copa de whisky entre los dedos con la misma paciencia con la que solía lidiar con situaciones que me sacaban de quicio. Lo observaba desde el otro lado de la mesa, tratando de descifrar si estaba más irritado o cansado. Probablemente ambas cosas.

—¿Y bien? ¿Has encontrado algo o has venido aquí para quemar energía en el ring? —le pregunté, con más sarcasmo que preocupación real en mi voz.

No era mi estilo mostrar que me importaba, incluso cuando me importaba mucho.

Kyle levantó los ojos hacia mí, con un brillo cansado en sus oscuros ojos.

—Nada nuevo. Ninguna presencia extraña, ninguna criatura nueva intentando causar problemas. —Se llevó el vaso a la boca y dio un sorbo, con el rostro más serio de lo habitual—. Thornvale sigue siendo... Thornvale.

—¿Y eso qué significa exactamente? —murmuré, con el codo apoyado en el brazo del sillón mientras me frotaba la mandíbula con la otra mano.

— Significa que, como siempre, cada criatura está preocupada por cuidar de sí misma y de los suyos. Esta ciudad nunca ha sido un campo de batalla, Kell. Es un lugar seguro para la coexistencia, para aquellos que prefieren vivir fuera del caos de otras dimensiones. —Kyle se inclinó hacia delante, dejando el vaso en la mesa entre nosotros—. No hay nada que apunte a una amenaza inmediata.

Por un lado, la idea debería ser reconfortante. Por otro, el peso de lo desconocido permanecía. Un problema no identificado era como una bomba de relojería.

—Eso me alivia y me irrita a partes iguales —admití, entrecerrando los ojos mientras tamborileaba con los dedos sobre la

mesa—. Si no hay nuevas amenazas... ¿qué diablos es esa cosa que ha estado intentando acercarse a Vallery?

Kyle se quedó en silencio por un momento, con la mirada fija en el vaso. Cuando finalmente habló, su voz sonó baja, pero cargada de una inquietante certeza.

—Sea lo que sea, aún está en las sombras. Esperando. Y eso me preocupa más que si hubiera algo gritando para llamar la atención.

Tragué saliva, sintiendo cómo se formaba un maldito nudo de frustración en mi garganta. Odiaba admitirlo, pero tenía razón. El silencio era peor. Era como si el destino mismo se estuviera conteniendo, a punto de atacarnos cuando menos lo esperáramos.

— Pensé... — Dudé un segundo antes de soltar las palabras. — Pensé en hablar con el Anfitrión.

Kyle levantó la cabeza inmediatamente, clavando sus ojos en los míos como si acabara de sugerir un pacto suicida.

— ¿Estás loco? — soltó una risa sin humor, recostándose en el sillón—. Al Anfitrión no le importa nada más que sus propios intereses y lo que mantiene este club en funcionamiento. Si se entera de que Vallery es... diferente, puede ser suficiente para convertirla en un objetivo.

— No creo que vaya a ir tras ella, Ky. —Mi voz sonaba dura, a la defensiva—. El Anfitrión respeta las reglas. Siempre las ha respetado, porque él las creó todas. No es tan estúpido como para llamar la atención sobre Thornvale. Pero estoy de acuerdo en que poner a Vallery en su punto de mira no es lo ideal. Solo... pensé que podría tener alguna información que nosotros no tenemos.

Kyle me miró, con una mezcla de cansancio y frustración en la mirada.

—Claro, porque confiar en él siempre es una idea brillante. ¿Has olvidado que, además de antiguo, sabio y muy peligroso, nadie sabe exactamente qué es? Y lo que no sabemos, Kell, siempre es lo que nos mata.

—¿Crees que no lo sé? —repliqué, alzando un poco la voz—. ¡Estoy intentando hacer algo, joder! No quiero sentarme y esperar a que pase algo.

—Yo tampoco. —Kyle tomó otro sorbo de whisky y el brillo de sus ojos se intensificó—. Pero poner a Vallery en el punto de mira de alguien tan impredecible es como encender una bengala en mitad de la noche. ¿Quieres protegerla o causarle más problemas?

Estaba a punto de responder cuando levantó la mano, indicándome que esperara.

— Escucha, Kellan. Yo también quiero respuestas. Pero si algo hemos aprendido en siglos de existencia es que no podemos ser imprudentes. —Se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas—. Nadie aquí es tu enemigo. Cada criatura que vive en esta ciudad se ocupa de sus propios asuntos. Así que, si existe alguna amenaza, no está en Thornvale. Todavía.

Sus palabras cayeron sobre mí como un peso. Alivio, por saber que nadie aquí parecía ser una amenaza inmediata. Irritación, porque eso significaba que la amenaza seguía siendo un misterio.

—Eso no resuelve nada —murmuré, pasándome la mano por el pelo—. El maldito problema sigue ahí fuera. Solo que no sabemos dónde.

—Y por eso no podemos perder el foco.

Solté un profundo suspiro y dejé caer la cabeza hacia atrás en el sillón. Tenía razón. Maldita sea, Kyle siempre tenía razón en estas cosas. Pero eso no lo hacía más fácil.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —pregunté, cediendo finalmente, aunque mi voz aún tenía un tono desafiante.

Él se encogió de hombros, pero había algo en su mirada que me hizo detenerme.

— Seguimos atentos —se recostó en el sillón, relajándose como si se hubiera quitado un peso de encima—. Y pegados a ella todo el tiempo. Por mucho que lo odie.

Asentí lentamente, aceptando que, por ahora, eso era lo máximo que podíamos hacer.

—Vallery tiene suerte de tener tres idiotas completamente obsesionados con ella. —Levanté mi copa y brindé con una sonrisa torcida.

—Y nosotros tenemos suerte de que ella sea tan estúpida como para aceptarlo. —Kyle se rió entre dientes, la primera risa genuina que le oí en toda la noche.

Brindamos y bebimos sin decir nada más durante un rato, hasta que el silencio entre nosotros se volvió pesado, solo roto por el sonido amortiguado de la música y las conversaciones lejanas que venían de arriba.

Kyle hacía girar la copa de whisky entre sus dedos, pero yo sabía que estaba esperando a que dijera algo más.

Suspiré profundamente, dejé mi vaso vacío sobre la mesa y me incliné hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas.

No era parte de mi personalidad abrir mi maldito corazón, pero, joder, tenía que decirlo. No solo por él, sino también por mí.

—Recuerdo cuando vinimos a Thornvale —comencé, con la voz más baja ahora, cargada de emoción—. Ya sabíamos que debíamos proteger a la hija de Lilith. Tú fuiste el primero en conocer a Vallery y el primero en obsesionarte con ella, en enamorarte.

Kyle levantó los ojos hacia mí, pero no dijo nada. Solo esperaba a que continuara.

—Y yo no te entendía en ese momento —dejé que las palabras salieran lentamente, con cuidado—. Hasta que yo mismo empecé a sentir lo mismo por ella, lo cual no tardó en suceder, pero aún así me resistí a reconocerlo. Kendric llegó poco después que tú, pero a su manera, sin presionar, tomándoselo con calma.

Kyle apartó la mirada y volvió a fijarse en el vaso, pero yo sabía que estaba escuchando cada palabra.

—Por eso los dos entendemos lo importante que es todo esto para ti en relación con ella. —Mi voz se endureció, pero sin perder

sinceridad. — ... Kendric le quitó la virginidad, yo fui justo después. Sé lo mucho que te afectó aquello aquel Halloween. Ni siquiera te acostaste con ella aquella noche. Y luego vino aquella fase oscura... sin comer, queriendo cambiar por ella.

Respiró hondo, pero siguió en silencio. No era típico de Kyle dejar que alguien hablara tanto sin interrumpir. Eso significaba que estaba tocando algo que él no quería admitir, pero que necesitaba oír.

— Hasta hoy sigues siendo así... ¿Almuerzo de Acción de Gracias? Está bien, hagámoslo. Entiendo todos tus movimientos cuando se trata de ella, pero al mismo tiempo tengo un miedo jodido de que esto nos destruya al final. Porque si uno de nosotros cae, todos caen. Kendric, yo... y Vallery.

Kyle volvió a levantar la vista hacia mí, con expresión tensa, pero algo en su mirada parecía menos defensivo.

—Estamos en un punto sin retorno, hermano. —Mis palabras estaban cargadas de frustración, pero también de urgencia—. Vallery no soportaría perder a uno de nosotros. Del mismo modo que nosotros no soportaríamos perderla a ella. Me cabrea que parezca que no lo ves. Y aún así intentas, de alguna manera, tener una parte de ella solo para ti.

Kyle abrió la boca para responder, pero levanté una mano, interrumpiéndolo antes de que pudiera negarlo.

— Sé lo que vas a decir. Que no es eso. ¡Pero sí lo es, Ky! Y sé que es precisamente eso lo que puede romper la unidad que hemos formado. ¿Puedes dejar de ser el eslabón débil, por favor? —Mi voz vaciló por un momento, pero me obligué a continuar—. No quiero perderte. Ni a Ken. ¡No estoy completo sin vosotros, joder!

Las últimas palabras salieron casi como un susurro, pero cargadas de un peso que ni yo sabía que llevaba hasta ese momento.

Kyle se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa y hundiendo la cara en las manos. Por un momento, pensé que iba a explotar o a mandarme a la mierda, pero en lugar de eso, solo respiró hondo.

— ¿Crees que quiero ser el eslabón débil? —Levantó la cabeza, con los ojos brillantes por una mezcla de ira y tristeza—. ¿Crees que no sé lo que está en juego aquí, Kellan? ¡Llevo esa carga todos los días! Saber que Vallery depende de nosotros, que nos quiere a los tres. Y que... —Titubeó, como si le costara encontrar las palabras—. — Y que yo fui el primero en fastidiarlo todo.

— No la cagaste —repliqué, con voz más firme—. —El vínculo se produjo porque tenía que producirse. No porque tú lo forzases o hicieses algo mal. Pero eso no te convierte en su marido, ni a mí y a Ken en suplentes en un partido en el que tú eres el titular. Vallery ya lo ha dejado claro. No tiene favoritos, Ky. Ella nos quiere a cada uno de nosotros a su manera. Lo que tenemos que hacer es aceptarlo de una vez por todas y, ¡joder! ¡Empezar a actuar como una verdadera unidad!

Kyle se frotó la cara de nuevo, como si intentara procesar todo lo que le estaba diciendo. Finalmente, soltó un largo suspiro, casi derrotado.

—Tienes razón. —Sus palabras fueron bajas, pero cargadas de sinceridad—. Tengo que dejar de intentar demostrar algo que no necesita ser demostrado.

Asentí con la cabeza y me relajé un poco en el sillón.

— Eso es lo único que quería oír, hermano. Porque si vamos a la guerra por esta amenaza... tenemos que estar unidos. No hay lugar para dudas ni disputas entre nosotros.

— Entonces hagámoslo bien. — Levantó la copa de whisky, con una pequeña sonrisa en los labios.

Brindamos en silencio otra vez, pero esta vez el gesto significaba más que un simple acuerdo. Era un pacto.

Terminé mi trago y me levanté inmediatamente.

— Me voy a casa, ella ha vuelto. — Le di una palmada en el hombro antes de dirigirme a la puerta. — Piensa en lo que te he dicho. Y, por favor, intenta que no te den un puñetazo en la cara mientras tanto. Tu chica te lo agradecerá.

Kyle se rió entre dientes, pero no respondió. Cuando miré atrás antes de salir, él seguía sentado, con la mirada fija en el vaso, como si intentara descifrar qué hacer a continuación.

Lo dejé allí, sabiendo que necesitaba ese momento a solas.

Y tal vez, a partir de ahora, por fin estuviéramos en el mismo camino.



CAPÍTULO 55

Entre miedos y entregas

Las palabras de los libros que tenía delante comenzaron a mezclarse, convirtiéndose en una confusión de letras inconexas que ya no podía seguir. Parpadeé repetidamente, tratando de disipar la niebla del agotamiento que amenazaba con consumirme. Llevábamos allí horas, sumergidos en páginas y páginas de información, algunas relevantes y otras completamente inútiles.

Pero mi cuerpo estaba fallando.

—Hope, te estás quedando dormida. —La voz de Kendric sonaba como una mezcla de amabilidad y diversión.

Levanté la cabeza bruscamente, dándome cuenta de que mi cara estaba peligrosamente cerca de chocar con el libro abierto que tenía delante. Parpadeé varias veces, tratando de parecer más alerta de lo que realmente estaba.

— No lo estoy. Solo estaba... pensando. — Mi voz sonó arrastrada, delatando la mentira.

Él arqueó una ceja, y una sonrisa torcida apareció en su rostro, como quien sabe muy bien que tiene razón.

— Si «pensar» significa luchar por mantener los ojos abiertos, entonces eres una filósofa en potencia.

Puse los ojos en blanco, pero el tono cálido de su voz no me irritó. Aun así, enderecé la postura e intenté forzar un poco más de energía para seguir hojeando el libro que tenía en las manos.

— No puedo dormir, Ken. Ahora no.

Se acercó, apoyándose en la mesa, con las manos junto a las mías. Su familiar aroma me envolvió, una mezcla de almizcle ligero con un toque de menta que siempre lo definía.

— Estás agotada. No encontrarás ninguna respuesta así.

—Sabes por qué me resisto a dormir —admití en un susurro.

La mirada de Kendric se suavizó.

Lo sabía.

¡Claro que lo sabía!

— El perseguidor de sueños —suspiró, tomando mi mano entre las suyas. Su pulgar trazó lentos círculos sobre mi piel, un gesto que era más reconfortante de lo que podía admitir—. Te lo prometí, ¿recuerdas? Siempre estaré ahí.

— ¿Y si esa cosa también te arrastra a ti? —Mi preocupación era evidente, pero él solo esbozó una sonrisa tranquila.

— Entonces me aseguraré de que no se acerque a ti.

Las palabras de Kendric tenían una simplicidad casi insolente, pero el tono transmitía una firmeza que me desarmaba. Siempre había tenido esa habilidad de hacerme sentir segura, incluso cuando todo a nuestro alrededor parecía un caos total.

— No puedo desconectar, Ken —confesé, con la voz ligeramente temblorosa—. ¿Y si pasa algo mientras estamos allí?

— Confía en mí, Hope. —Se inclinó hacia mí, y la proximidad entre nosotros hizo que el mundo se volviera más silencioso, más centrado—. No estás sola.

Antes de que pudiera responder, Kendric me levantó la barbilla con dos dedos y me miró a los ojos. Había algo casi hipnótico en la forma en que me miraba, como si me dijera sin palabras que ninguna pesadilla podría separarnos.

— Estoy contigo —repitió en voz baja.

Asentí, cediendo finalmente. Mi cuerpo estaba demasiado agotado para seguir luchando contra lo inevitable.

— Dormiremos aquí mismo, si eso te tranquiliza más. — Tiró de mi silla, haciéndome recostar suavemente, y luego se sentó a mi lado.

Tomó mi mano de nuevo y la apretó ligeramente antes de cerrar los ojos. La conexión entre nosotros era como un ancla que me mantenía en el presente, incluso cuando el sueño comenzaba a arrastrarme.

Cuando la oscuridad me envolvió lentamente, la sensación de sus dedos entrelazados con los míos permaneció como un recordatorio de que no estaba sola.

Al abrir los ojos de nuevo, ya no estaba en la biblioteca.

El ambiente que me rodeaba era familiar, pero transformado. Estábamos en la sala de juegos de la mansión, pero no era como la recordaba. Suaves luces llenaban el espacio, procedentes de velas repartidas en puntos estratégicos. El aire estaba impregnado del dulce aroma del sándalo y las rosas, y había pétalos rojos decorando el suelo y los muebles.

Una suave música sonaba de fondo, un ritmo lento y sensual que reconocí de inmediato: una de las canciones de la lista de reproducción de Kendric, creada exclusivamente para las noches en las que quería seducirme.

Y allí estaba él.

De pie, apoyado en la mesa de billar, con su sonrisa perezosa, iluminada por las llamas de las velas. Llevaba una camisa negra con las mangas dobladas y los primeros botones desabrochados, dejando al descubierto parte de su pecho.

—Te dije que estaría contigo. —Su voz era baja y envolvente como una melodía.

Sentí que mi corazón se aceleraba mientras se acercaba, el calor del ambiente parecía intensificarse con cada paso que daba.

—Ken... —Mi voz salió como un susurro, pero él ya estaba lo suficientemente cerca como para oírme.

Kendric me tomó de la mano y me atrajo suavemente hacia él para que nuestros cuerpos quedaran alineados. Su otra mano se

deslizó hacia mi cintura, firme, pero sin prisa.

— Quería hacer algo especial por ti —se inclinó, rozando mis labios con los suyos mientras hablaba—. Para demostrarte que, incluso en un lugar como este, puedes sentirte segura.

Una ola de calor recorrió mi cuerpo. No solo por la proximidad, sino por el significado de esas palabras. Kendric siempre encontraba la manera de hacerme sentir cuidada y deseada.

— ¿Bailas conmigo? —preguntó con una sonrisa que era a la vez traviesa y encantadora.

Asentí, sin confiar en mi voz, y él comenzó a guiarnos en un movimiento lento, casi hipnótico.

Sus dedos recorrieron el costado de mi cuerpo, trazando un camino que me provocó escalofríos en la piel. Mientras bailábamos, sus manos comenzaron a trabajar en mi ropa, abriendo lentamente los botones de mi blusa.

Yo hice lo mismo, deslizando los dedos por su camisa, sintiendo cada músculo tenso bajo la tela antes de quitársela por completo.

El calor de su piel contra la mía fue como una descarga, y no me resistí cuando me atrajo aún más hacia él, con nuestros cuerpos completamente alineados.

Sus labios encontraron los míos y el beso fue una mezcla de urgencia y ternura, como si Ken estuviera tratando de comunicar algo que las palabras nunca podrían expresar.

Mientras me guiaba en su baile y sus besos espaciados, la ropa fue desapareciendo una a una, hasta que ambos quedamos desnudos, completamente vulnerables el uno al otro.

Kendric me levantó con facilidad y me colocó sobre la mesa de billar cubierta con una fina sábana y pétalos de rosa.

—Eres todo lo que necesito, Hope —susurró contra mi piel, con la voz cargada de deseo y devoción.

El sonido de la puerta del dormitorio al abrirse me devolvió al presente. Incluso antes de levantar la vista, sabía quién era. Su

energía era inconfundible, como un rayo que atraviesa el cielo en una noche de tormenta.

Kellan.

Entró sin dudar y la mirada posesiva de sus ojos se encontró con la mía, en una mezcla de arrepentimiento e intensidad que me hizo contener la respiración.

Estaba sentada en la mesa de billar, completamente desnuda, con las manos de Kendric aún firmemente colocadas en mis muslos mientras él se inclinaba sobre mí. El contraste entre el calor de sus caricias y la brisa que entraba por la ventana abierta me hacía erizar la piel.

Por un instante, Kellan se detuvo a unos metros de distancia, con los ojos devorando la escena que tenía delante. No había celos en su mirada, solo una intensidad ardiente e inconfundible.

—¿Interrumpo algo? —preguntó en voz baja, pero cargada de su característica arrogancia.

—Sabes que nunca interrumpes, hermano —Kendric levantó la cabeza, sin mostrar ningún signo de vergüenza.

Kellan se acercó de nuevo, deteniéndose a centímetros de mí. Levantó la mano y deslizó los dedos por mi cara con una reverencia que hizo que mi corazón se acelerara.

— Escúchame, nena —su voz sonó ronca, cargada de emociones encontradas—. Fui un idiota en el estacionamiento. Un completo idiota. Nunca debí haberte hablado así.

—Kellan... —Intenté interrumpirlo, pero él negó con la cabeza, silenciándome con una mirada penetrante.

— No. Necesito decir esto. Lo eres todo para mí, Vallery. ¡Todo! Y saber que hay algo que intenta hacerte daño me hace... perder el control. Odio sentirme impotente, pero odio aún más cuando eso se refleja en cómo te trato. Esto nunca volverá a pasar. ¡Lo prometo! ¿Me perdonas?

Su vulnerabilidad me desarmó por completo. Le cogí las manos cerca de mi cara, inclinándome para besarlas suavemente antes de

mirarle a los ojos con atención genuina.

—Sabes que no tienes que ser perfecto para mí, ¿verdad? Solo tienes que ser tú mismo.

La tensión en sus hombros disminuyó y un profundo suspiro escapó de sus labios. Kellan se inclinó y tomó mi boca en un beso tan profundo y urgente que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera.

Kendric se apartó ligeramente, dándome espacio para corresponder al beso, pero no sin antes dejar que sus manos se deslizaran por la curva de mi cintura, un silencioso recordatorio de su presencia.

—Y aquí estamos otra vez —murmuró con ese tono juguetón, pero cargado de deseo—. Dos hermanos obsesionados con una chica que, sinceramente, no sabemos si nos merecemos.

Me reí suavemente contra los labios de Kellan, pero la risa pronto se convirtió en un suspiro cuando él profundizó el beso. Kendric, por su parte, comenzó a besarme el lado del cuello, su cálida respiración enviando escalofríos por todo mi cuerpo.

—Siempre tan receptiva... —murmuró Kellan, sus dedos trazando un lento recorrido por el lado de mi cara hasta mi clavícula.

—Creo que le gusta cuando le hablas así, Kell —bromeó Kendric, su voz cargada de humor y deseo mientras deslizaba las manos hacia mi espalda, apoyándome firmemente contra él.

—Claro que le gusta— replicó Kellan, con los ojos fijos en los míos mientras se inclinaba para besarme el hombro.

No sabía cómo lo hacían los dos, pero la armonía entre ellos era abrumadora. Cada caricia, cada beso parecía calculado para llevarme más allá del límite, sin prisas, sin vacilaciones.

Cuando Kellan me apartó suavemente de la mesa de billar, Kendric se puso a mi lado, cogiéndome de la mano mientras los dos me guiaban hasta la cama. Kellan se sentó en el borde, colocándome entre sus piernas mientras trazaba perezosos círculos en la parte interior de mis muslos. Kendric estaba justo detrás, con los labios

presionando la curva de mi cuello mientras sus manos exploraban mi cuerpo con una intimidad que parecía natural e inevitable.

Trabajaban juntos como si fueran dos mitades de una misma entidad, cada uno complementando al otro con una precisión sobrenatural. El toque firme e intenso de Kellan me atraía hacia el momento, mientras que la cuidadosa suavidad de Kendric me hacía querer perderme por completo.

— Di lo que quieras, nena. —La voz de Kellan era ronca, cargada de deseo.

— Os quiero a vosotros... ¡A los dos!

La sonrisa que se dibujó en sus labios era de pura adoración. Se inclinó para besarme el clavículo mientras Kendric hacía lo mismo al otro lado.

Yo era el centro absoluto de su universo y, en ese momento, no había lugar más perfecto en el que estar.

Kellan se despojó de la ropa con una velocidad sobrenatural y luego se acostó en la cama, apoyándose en los codos mientras me observaba con esa e e sonrisa de pura adoración, combinada con un toque de desafío. Sus ojos brillaban, reflejando las llamas vacilantes de las velas que lo rodeaban.

—Ahora tienes mucho control, nena —me provocó, con la voz ronca y cargada de anticipación—. No es que me queje.

Sonreí mientras me colocaba sobre él, arrodillándome en la cama. Mi cuerpo flotaba a pocos centímetros del suyo y podía sentir el calor que emanaba de su piel, como una fuerza gravitacional que me atraía irresistiblemente.

— Creo que voy a aprovechar mientras pueda, ya que esto es raro contigo, ¿no, Kell?

— Es justo —rió, pero el sonido pronto se disolvió en un suspiro bajo cuando empecé a besar su pecho, saboreando la sensación de la piel caliente bajo mis labios.

Mi boca trazó un camino perezoso desde su clavícula hasta los músculos definidos de su abdomen. Con las manos, exploré cada

contorno de su cuerpo, bajando lentamente mientras lo sentía retorcerse ligeramente bajo mi tacto. Ya estaba muy duro, pero ignoré deliberadamente su erección para dejarlo ansioso.

Kellan arqueó una ceja, tratando visiblemente de mantener la compostura, pero sus dedos ya se habían enredado en la sábana debajo de él, una clara señal de su momentánea vulnerabilidad.

—Nunca pensé que estaría tan... expuesto —murmuró, con la voz cargada de algo más que deseo.

No se refería a la exposición en sentido literal y yo lo sabía.

—Quizás sea hora de que aprendas que a veces ser vulnerable también puede ser delicioso, Kell. —Mi voz era baja, pero cargada de intención.

Mientras lo provocaba, sentí las firmes manos de Kendric en mi cintura. Estaba justo detrás de mí, su presencia una mezcla de consuelo y fuego. Su tacto fue primero un suave trazo a lo largo de mi piel antes de que empezara a dejar un rastro de besos por la curva de mi espalda.

—Los dos son perfectos juntos —murmuró Kendric contra mi piel, el calor de su aliento enviando escalofríos a lo largo de mi espina dorsal—. Y tengo mucha suerte de estar aquí.

Dejé caer ligeramente la cabeza hacia atrás mientras él seguía explorando mi cuerpo con su boca, cada beso tan cuidadoso como apasionado.

A continuación, volví mi atención hacia Kellan y envolví su polla con una de mis manos, deslizándola suavemente en una caricia lenta y firme. Él jadeó, sus caderas moviéndose instintivamente al sentir mi tacto.

—Joder, nena... —gruñó, con los ojos fijos en los míos mientras una mezcla de necesidad y adoración se reflejaba en su expresión.

Me incliné más, dejando que mi lengua trazara un camino tentador por las venas sobresalientes en su extensión, saboreando cada reacción. Su respiración era más pesada ahora, y podía sentir sus músculos tensos bajo mi tacto.

Al mismo tiempo, Kendric se acercó aún más, deslizando las manos por mis muslos mientras se inclinaba para explorar mi coño con una habilidad que me dejó sin aliento. Cuando su lengua encontró el lugar correcto con una precisión que hizo que todo mi cuerpo reaccionara, los gemidos escaparon de mis labios amortiguados mientras chupaba la polla de Kellan.

—Quizás debería estar celoso ahora... ¡pero joder! ¡Es imposible cuando te ves tan perfecta! —Kellan se rió entre dientes, su mano encontrando mi cabello mientras me animaba a continuar.

— Solo estoy ayudando a garantizar que Hope disfrute de todo lo que se merece —añadió Kendric con un tono divertido, pero aún cargado de deseo.

Mi mente era un torbellino de sensaciones. Cada caricia, cada sonido, cada respiración me arrastraba a un estado de completo abandono. Y en medio de todo eso, había algo más profundo: la innegable conexión entre nosotros, un vínculo que trascendía lo físico y se sumergía en algo más... visceral.

Cada fibra de mi cuerpo parecía encendida, una sinfonía de sensaciones que oscilaba entre lo sublime y lo abrumador. La boca de Kendric seguía explorándome, sus movimientos lentos y calculados, pero cargados de una necesidad primitiva que él intentaba controlar.

Yo seguía tragándome la deliciosa polla de Kellan, pero era como si me consumiera cada caricia y cada respiración que se mezclaba con el calor creciente de la habitación.

—Ken... —Su habilidad me arrancó el nombre, un sonido entre un suspiro y un gemido, cuando hice una pausa para recuperar el aliento.

Sentí su sonrisa contra mí, una mezcla de diversión y triunfo. Pero, sobre todo, había cuidado. Siempre había cuidado.

Kellan, observando cada una de mis reacciones, se inclinó hacia atrás, relajándose en la cama mientras sus dedos se deslizaban perezosamente por mi cabello. Sus ojos estaban fijos en mí, oscuros e intensos como de costumbre.

—Esto es... hipnótico —murmuró, casi para sí mismo.

No pude responder. Todo mi cuerpo se arqueó, la presión dentro de mí alcanzó un clímax inevitable mientras Kendric aplicaba más firmeza en sus movimientos. Era como si conociera cada uno de mis puntos, como un maestro guiando su melodía hacia el clímax.

Cuando finalmente alcancé el orgasmo, fue como si cada célula de mi cuerpo explotara en una ola de calor y placer. Mi visión se volvió borrosa mientras mi cuerpo temblaba involuntariamente.

—Creo que ahora es mi turno —Kellan se rió entre dientes, con un sonido cargado de deseo y afecto.

Kendric se levantó con una sonrisa de satisfacción, limpiándose la cara con el dorso de la mano mientras Kellan tomaba su posición detrás de mí. Se tumbó en la cama, sus ojos buscando los míos con una intensidad que me hizo sentir desnuda de una manera muy profunda y metafórica, no solo de cuerpo, sino también de alma.

Me incliné hacia Kendric y lo envolví en un beso suave, pero lleno de promesas. Sus manos se deslizaron hasta mi cadera mientras yo tomaba su e l largo en mis manos, masturbándolo con movimientos lentos. Él arqueó ligeramente la espalda, con los labios entreabiertos mientras soltaba un suspiro ronco.

Mientras tanto, Kellan se acomodó detrás de mí, con sus grandes manos sujetándome firmemente por la cintura. Comenzó a dejar besos calientes en la curva de mi espalda, bajando lentamente hasta llegar a mi trasero, su lengua entrando en contacto con mi piel de una manera que envió una nueva ola de calor por todo mi cuerpo.

—Kell... —Mi voz era un hilo de sonido, casi inaudible.

— Solo disfrútalo, nena. Deja que te cuidemos.

Me besaba con una reverencia que rayaba en lo sagrado, mientras sus dedos exploraban mi cuerpo con la misma devoción. El contraste entre el calor de su boca y la firmeza de sus caricias era enloquecedor, y ya me sentía al borde de otro clímax antes incluso de darme cuenta.

Mis movimientos sobre Kendric se intensificaron mientras él gemía suavemente, con la mirada fija en mí como si yo fuera lo único que importara en ese momento.

—Eres increíble, Hope —murmuró, y la sinceridad de su voz me hizo sonreír entre suspiros antes de empezar a chuparlo sin previo aviso—. ¡Ay, joder!

Fue Kellan quien rompió el ritmo primero, inclinándose hacia mi oído.

—Ahora vamos a hacerlo juntos, como debe ser. —Me guió suavemente sobre Kendric, colocándome mientras sus manos no dejaban de tocarme.

Kendric me sujetó la cara, con los ojos brillantes, entre ternura y deseo, mientras yo me acomodaba sobre él.

— ¿Estás bien? —preguntó, con esa paciencia que siempre me desarmaba.

— Está más que bien.

El calor de sus cuerpos me envolvía por todos lados, cada caricia enviaba oleadas de placer por mi piel. Cuando Kendric me sujetó con una mano y colocó su polla en mi entrada, sentí su firmeza y paciencia en cada gesto. Se introdujo lentamente, penetrándome con cuidado mientras sus manos se clavaban en mi cintura, ofreciéndome un apoyo que iba más allá del gesto físico.

—Eres perfecta así —murmuró con voz baja y llena de devoción.

Kellan ocupó su lugar, sus grandes manos sujetándome las caderas junto a las de Kendric, dejando un beso caliente en la curva de mi columna antes de colocarse, encajando su polla en mi culo, presionándola ligeramente para que me relajara y lo recibiera por detrás.

—¿Estás lista, nena? —Su voz ronca me provocó un escalofrío por la espalda.

—Sí... —Mi respuesta llegó en un suspiro entrecortado, con la voz ya cargada de anticipación.

Kellan fue lento, cuidadoso, y aun así la sensación fue abrumadora. Cuando finalmente se encajó, llenándome por completo, fue como si el mundo a nuestro alrededor se hubiera disuelto.

Jadeé, mi cuerpo ajustándose a la intensidad de tenerlos a ambos dentro de mí. Era casi demasiado, pero al mismo tiempo nada parecía tan cierto como aquello.

—Joder, nena... Eres increíble.

Kendric se movió primero, ajustando el ritmo con una precisión que parecía instintiva. Kellan me dio un respiro para que pudiera respirar y acostumbrarme a la sensación de tenerlos a los dos antes de empezar a moverse en perfecta sincronía con su hermano, sus movimientos perfectamente sincronizados mientras los dos me mecían a un ritmo lento, pero cargado de potencia.

Los movimientos eran cuidadosos, pero llenos de intensidad. Cada gesto parecía meticulosamente sincronizado, como si se comunicaran sin palabras para asegurarse de que el foco fuera siempre mi placer.

—Es muy estrecha, ¿verdad? —susurró Kellan, con tono provocador, mientras sus manos me sujetaban con firmeza por la cintura.

Kendric se rió entre dientes, y sus manos subieron hasta mis pechos, donde comenzó a acariciarlos con dedos hábiles.

—Y por eso tenemos que tener cuidado, hermano. No queremos romper a nuestra chica.

El tiempo parecía desvanecerse y lo único que existía era la sensación de ellos, la sinfonía de nuestros cuerpos moviéndose en perfecta armonía.

Gemí, mis manos agarraron las sábanas con fuerza mientras sus movimientos se hacían más profundos, pero nunca apresurados.

—No me estoy rompiendo —logré decir entre jadeos—. Estoy... desbordándome.

El sonido ronco que escapó de los labios de Kellan fue casi un rugido. Me agarró la cintura con más fuerza, con sus manos cálidas y posesivas, mientras aceleraba ligeramente el ritmo. Kendric lo siguió, con embestidas firmes que seguían el ritmo exacto de su hermano.

— ¿Lo sientes, Hope? Los dos aquí contigo, exactamente donde pertenecemos.

No podía responder, mi mente nublada por el éxtasis. El placer era tan abrumador que parecía borrar las líneas entre lo físico y lo emocional. Me estaban llenando de todas las formas posibles, cada movimiento un recordatorio de que yo era suya, tanto como ellos eran míos.

—Estás increíble así, nena —añadió Kellan, con la voz más suave ahora, pero aún cargada de lujuria—. Los dos dentro de ti... eso es todo lo que necesito ahora.

Sus manos seguían explorando mi cuerpo, como si quisieran memorizar cada curva, cada estremecimiento. El ritmo comenzó a alinearse perfectamente, nuestros cuerpos trabajando en absoluta armonía. Estaba perdida en medio de todo eso, cada embestida, cada caricia me sumergía más profundamente en un abismo de placer.

—Sois increíbles juntos... —logré murmurar, con la voz entrecortada—. ¡Sois... todo!

— Y tú eres nuestra, Hope. ¡Siempre lo serás!

El clímax comenzó a construirse de nuevo, una presión insoportable creciendo en mi vientre mientras ellos seguían moviéndose dentro de mí.

— Quiero que os dejéis llevar. Lo quiero todo —exigí, con voz ronca y decidida—. Dentro de mí. Sin conteneros ni evitarlo. ¡Entregáos por completo!

Se detuvieron por un momento, claramente sorprendidos, intercambiando miradas antes de que Kellan fuera el primero en hablar:

—Cariño, no tenemos por qué correr riesgos innecesarios.

— Esto no es un riesgo —interrumpí, con tono firme—. Quiero que confíen en mí.

—Hope... —comenzó Kendric, pero lo interrumpí.

— ¡No soy débil! Soy la hija de Lilith y una princesa súcubo. Una *Cambion Fertilis*. ¡Ya basta de huir de esto! Si la sangre roja

representa un vínculo entre depredador y presa, quiero ese vínculo entre nosotros. Lo necesito. ¡Yo os hago más fuertes y exijo esto a cambio!

—Nunca lo pones fácil, ¿verdad? —Kendric suspiró, con una mezcla de renuencia y aceptación reflejada en su rostro.

—Nunca —respondí, con una sonrisa curvando mis labios antes de ser consumida de nuevo por su intensidad.

—¿Cómo podemos decirte que no, nena?

En ese momento, con los dos sujetándome y moviéndose dentro de mí, sentí que algo encajaba. No era solo excitación entre cuerpos, sino compatibilidad espiritual. Como si los tres hubiéramos encontrado una conexión que iba más allá de las palabras o las explicaciones.

El placer crecía dentro de mí como una ola, cada movimiento suyo me llevaba más alto, hasta que parecía imposible contener todo lo que sentía. Eran cuidadosos, pero no dudaban, y la fuerza combinada de sus caricias y embestidas alcanzaba lugares que ni siquiera sabía que existían.

— Eso, nena. ¡No te contengas! — Kellan se inclinó sobre mí, sus labios rozando mi nuca mientras susurraba—. Déjanos sentirte.

— Lo eres todo para nosotros, Hope. — Kendric estaba justo debajo de mí, sujetándome las caderas con firmeza, como si temiera que escapara. — ¡Absolutamente todo!

Y entonces sucedió. Mi cuerpo cedió a la abrumadora presión, un grito de puro éxtasis escapó de mis labios mientras oleadas de placer me atravesaban. Cada célula parecía vibrar, un calor indescriptible llenaba cada parte de mí mientras ellos continuaban, sus ritmos sincronizados, mecándome a través del clímax.

Podía sentir el poder bruto de lo que estábamos compartiendo. No era solo sexo. Era algo más profundo, algo que sabía que nunca experimentaría con nadie más que con los hermanos. Era entrega, confianza y amor, todo mezclado en un acto que parecía trascender las dimensiones.

Kendric fue el primero en correrse, su gemido ronco cortando el aire mientras apretaba mis caderas con más fuerza, su cuerpo temblando cuando se perdió dentro de mí. La sensación de su semen caliente llenándome envió otro escalofrío por mi espina dorsal, casi lanzándome a un segundo clímax.

Kellan no tardó mucho más. Me agarró la cintura con firmeza, sus movimientos más lentos, pero aún intensos, hasta que él también cedió, un sonido grave y satisfactorio escapando de su garganta mientras se corría con fuerza.

El silencio que siguió fue cargado, no incómodo, sino lleno de algo indescriptible. Podía sentir el peso de lo que habíamos compartido, la magnitud e e lo que significaba para los tres. Permanecieron cerca, sus cuerpos calientes contra el mío mientras intentábamos recuperar el aliento.

— Vosotros... —comencé, con la voz fallándome antes de poder continuar.

—Eres perfecta, Hope— murmuró Kendric, sus dedos subiendo para acariciar suavemente mi mejilla.

Kellan solo sonrió, de una manera suave y genuina que rara vez mostraba, antes de inclinarse para dejar un beso prolongado en la curva de mi hombro.

Y fue entonces cuando lo sentí.

Un nuevo escalofrío recorrió mi espina dorsal, pero no era incómodo.

Era una presencia... una conciencia que había entrado en la habitación, aunque de forma casi vacilante.

Levanté la vista y allí estaba él, de pie en la entrada de la habitación, su silueta parcialmente iluminada por la suave luz de las velas.

Kyle.

Sus ojos oscuros estaban fijos en nosotros, pero por primera vez no había rastro de esa posesividad habitual que solía mostrar cada vez que me veía con sus hermanos. En cambio, había algo diferente

en su expresión. Estaba observando, sí, pero no como un intruso o alguien fuera de lugar.

Era como si estuviera... considerando.

Y entonces lo vi.

El brillo de sus ojos, la tensión de su cuerpo.

Estaba excitado, pero no solo por lo que veía.

Era más que deseo.

Era una disposición, una apertura hacia algo que nunca antes había mostrado.

Kendric y Kellan aún no se habían percatado de su presencia, pero yo no podía apartar la mirada. Mi corazón latía con fuerza, no por miedo o incertidumbre, sino por la anticipación de lo que podría suceder.

Kyle dio un paso adelante, sin apartar los ojos de los míos, y en ese instante lo supe.

Estaba listo para formar parte de ello.



CAPÍTULO 56

Entre nuevos comienzos y nuevas perspectivas

KYLE SCOTTFIELD

Al salir del *Got Sin?*, el viento de la madrugada me azotaba la cara, como un recordatorio de que el mundo seguía girando mientras yo seguía atrapado en las mismas cuestiones de siempre. Mi mente repetía cada palabra de la conversación con Kellan, un duelo de argumentos que no debería haber sido tan necesario.

Él tenía razón.

Y admitirlo ante mí mismo era como arrancar una navaja clavada en el pecho. El dolor no provenía de la verdad en sí, sino del peso de todo lo que significaba.

Mi obsesión por Vallery.

Mi miedo a perderla.

Mi papel entre los hermanos y la chica que nos unía de maneras que nunca hubiera imaginado cuando todo comenzó.

La ciudad parecía un borrón mientras conducía en silencio, cada semáforo en rojo era solo un obstáculo molesto en el camino que me llevaba de vuelta a la mansión Scottfield. Los reflejos de las luces en el asfalto húmedo se mezclaban con el caos en mi cabeza, creando un torbellino que solo yo podía ver.

Recordé lo que dijo Kellan. Tenía que dejar de intentar monopolizar a Vallery, como si fuera algo que pudiera controlar o proteger en solitario. Eso dolía.

¿Cómo se atrevía a insinuar que lo hacía por egoísmo?

Pero cuanto más resonaban sus palabras, más se clavaban en mí.

Tenía razón.

Siempre quise ser el centro de su universo. No porque pensara que lo merecía, sino porque sentía que tenía que serlo. Yo era el mayor. El más protector. Ser su favorito era lo único que tenía sentido cuando el resto del mundo parecía desmoronarse.

Pero eso tenía un precio y ahora lo veía claramente.

Kellan tenía razón en otra cosa: Vallery nunca elegiría a uno de nosotros. Nunca. Y no porque no pudiera decidir, sino porque ya había decidido que no lo haría. Ella nos quería como un todo. Ella era el hilo que nos mantenía unidos, y su amor por cada uno de nosotros era diferente, pero igualmente fuerte. Y yo estaba destruyendo eso, tratando de forzar un equilibrio que solo existía en mi cabeza.

Cuando finalmente aparqué en la mansión, me quedé en el coche unos segundos, observando el imponente edificio bajo la tenue luz de la luna. La mansión Scottfield siempre había sido un refugio, pero ahora parecía más una fortaleza que había que proteger a toda costa.

Subí los escalones de la entrada en silencio, cada paso resonando como un martillo en mi cabeza. En el interior, la casa estaba sumida en un silencio acogedor, solo roto por el sonido lejano de un reloj marcando los segundos.

Caminé por los pasillos directamente hacia la biblioteca, donde sabía que estaba Vallery porque podía sentir su presencia y sabía que nuestro vínculo era la razón de ello.

Cuando abrí la puerta, me recibió una escena inesperada.

Estaban todos allí.

Vallery entre Kellan y Kendric, los tres durmiendo uno al lado del otro, apoyados en la mesa abarrotada de libros antiguos esparcidos.

Ella parecía tan pequeña allí, como si estuviera hecha para ser protegida. Mi mirada recorrió los suaves rasgos de su rostro, la forma en que su cabello caía sobre el hombro de Kendric y la leve curva de sus labios, como si estuviera soñando con algo muy bueno.

Por un instante, todo se quedó en silencio dentro de mí.

Eso era lo que Kellan quería decir, ¿no?

Sobre la unidad.

Sobre cómo yo no tenía que ser el centro de su vida, porque ella ya era el centro de todo para los tres.

Mis hermanos, tan diferentes y a la vez tan parecidos a mí, estaban allí con ella. Y yo sabía lo que eso significaba.

Éramos parte de algo más grande, que no se limitaba al vínculo que ella y yo compartíamos desde aquella noche en el bosque, sino a lo que los cuatro habíamos construido juntos desde el Halloween del año anterior.

Me acerqué lentamente, tiré de una silla junto a Kendric y me senté, dejando que mi presencia se fundiera con el ambiente ya cargado de un silencio pesado, pero reconfortante.

Los observé durante un tiempo que no sabría decir cuánto duró. El suficiente para darme cuenta de que ya no podía luchar contra eso. Contra ellos. Contra mí mismo.

Y entonces lo decidí.

Iría a ella, a ellos, al único lugar donde todas nuestras máscaras caían.

Cerré los ojos, dejando que la familiaridad del sueño me envolviera mientras me preparaba para cruzar la línea. Y por primera vez en mucho tiempo, estaba listo para entregarme sin barreras.

Al abrir los ojos en el mundo onírico, el escenario me golpeó como un puñetazo de nostalgia y deseo. Estaba en la sala de juegos de la mansión Scottfield, pero no tal y como era en realidad. Allí, todo tenía un brillo hipnótico, una sensualidad palpable que hacía que el ambiente vibrara con energía.

Las luces eran más cálidas, las sombras más densas y el perfume de pétalos rojos impregnaba el aire. Había velas aromáticas repartidas por las esquinas, con sus llamas bailando a un ritmo que parecía sincronizado con los golpes de un bajo lejano.

Y en el centro de todo, Vallery.

Estaba sobre la cama. Su cuerpo desnudo, curvado, era una obra de arte viva que no pertenecía completamente a este mundo. Su cabello caía en ondas sueltas, y la forma en que su piel brillaba bajo la suave luz hizo que todo mi cuerpo respondiera de inmediato.

Kellan y Kendric estaban con ella, como sabía que estarían. Kellan se inclinaba sobre ella, besándole la nuca mientras sus manos se deslizaban por su cintura. Kendric, frente a ella, le acariciaba suavemente la cara, con los ojos fijos en ella con una devoción que nunca vacilaba.

Estaban sincronizados, como siempre, y ella era el centro de ese equilibrio.

Y entonces me vieron.

El movimiento se detuvo por un segundo, lo suficiente para que Vallery levantara los ojos hacia mí. Cuando me encontró, su rostro se iluminó, y esa sonrisa perezosa, llena de deseo y cariño, me hizo oprimir el pecho.

—Ky... —Mi nombre en sus labios era una dulce melodía.

Kellan fue el primero en retroceder, apartándose con una sonrisa que mezclaba provocación y un respeto silencioso. Kendric siguió su ejemplo, aunqu , aunque dudó por un momento, manteniéndose lo suficientemente cerca como para apoyar a Vallery si lo necesitaba.

Ellos lo sabían.

Siempre supieron cuándo era el momento de dejarme tener mi momento con ella.

Me acerqué lentamente, dejando que Vallery percibiera cada uno de mis movimientos. Sus ojos me seguían como los de un depredador analizando a su presa, pero había algo más allí.

Confianza.

Aceptación.

Me detuve junto a la cama, inclinándome para que nuestros rostros quedaran cerca.

—Estás preciosa —dije con voz ronca, cargada de todo lo que sentía.

Ella volvió a sonreír y me atrajo hacia ella hasta que nuestros labios se encontraron. El beso fue profundo, una fusión de necesidad y entrega, como si intentáramos decir con gestos todo lo que las palabras no podían expresar.

Cuando nos separamos, suspiró contra mis labios, su tacto en mi piel tan ligero como un suspiro.

— Has tardado mucho.

Deslicé mis brazos alrededor de ella, levantándola de la cama sin esfuerzo.

— ¿Qué estás haciendo? —Su risa era una mezcla de sorpresa y curiosidad.

— Necesitas un baño —respondí, dejando escapar un toque de humor mientras comenzaba a caminar con ella hacia la salida de la habitación.

Cuando llegué a la puerta, me giré ligeramente y miré a Kellan y Kendric, que aún estaban en la cama.

— ¿No vienen con nosotros?

El silencio en la habitación se rompió con el sonido de Kellan resoplando, pero había un brillo en sus ojos que no estaba allí antes. Kendric, por otro lado, parecía sorprendido, pero se levantó lentamente, con una sonrisa en los labios.

—Esto va a ser interesante —dijo finalmente Kellan, siguiéndome con una calma que parecía casi estudiada.

Kendric vino justo después, lanzando una mirada a Vallery, como para asegurarse de que ella estaba de acuerdo.

Y lo estaba.

Podía sentirlo en la forma en que se acurrucaba contra mí, con el cuerpo relajado y con absoluta confianza.

Mientras caminábamos por el pasillo hacia el baño, sentí que algo se estaba recomponiendo entre nosotros. Algo que se había debilitado desde que traje a Vallery inconsciente del bosque.

La Unidad.

Y yo estaba listo para formar parte de ella de nuevo, pero con una intensidad genuina que antes no existía.

El pasillo parecía más largo de lo habitual, cada paso resonando suavemente contra las paredes de la mansión. Podía sentir las miradas de Kellan y Kendric detrás de mí, pero no eran de desafío o desconfianza. Eran de aceptación, tal vez incluso de curiosidad.

Vallery, acurrucada en mis brazos, parecía más ligera que nunca. Jugaba con el cuello de mi camisa, con una sonrisa traviesa bailando en sus labios mientras me miraba de abajo hacia arriba.

—¿Te sientes muy caballeroso hoy, Kyle? —Su voz era suave, pero cargada de un tono que solo ella sabía usar conmigo.

— Quizás solo necesite asegurarme de que no te escaparás de mí.

—Sabes que nunca huiría. —Ella se rió, un sonido bajo y lleno de malicia, y sentí que su tacto se intensificaba ligeramente en mi cuello.

Empujé la puerta con el pie tan pronto como llegamos al destino deseado, revelando el amplio y elegante espacio que hacía honor a la opulencia de la mansión. El baño era un santuario moderno. El mármol negro cubría las paredes y el suelo, mientras que la ducha de techo vertía agua como una cascada. El vidrio esmerilado que lo rodeaba daba una sensación de privacidad, pero la suave luz se reflejaba en los azulejos negros y el gran espejo sobre el lavabo captaba nuestras siluetas.

Después de acompañar a Vallery a la ducha, me volví para mirar a mis hermanos. Todavía estaban apoyados en el marco de la puerta, sorprendidos por mi propuesta.

—¿Se van a quedar ahí parados? —les pregunté, desafiándolos con una mirada resuelta.

Kellan fue el primero en dar un paso adelante, con esa sonrisa tan característica jugando en sus labios.

— No me lo voy a perder por nada del mundo. —Avanzó con movimientos deliberados, pero sin prisas, como si estuviera saboreando cada segundo.

Kendric, por otro lado, dudó una fracción de segundo antes de entrar, pero su sonrisa era cálida, sin ningún rastro de renuencia.

—Hoy estás llena de sorpresas, Ky —murmuró, observando cómo Vallery ajustaba la temperatura de la ducha.

Verla ducharse era siempre un placer. El vapor comenzaba a elevarse alrededor de su cuerpo desnudo, acentuando el brillo natural de su piel. Sus ojos brillaban con una mezcla de diversión y expectación, reflejando la mujer que era: a la vez inquebrantable y dispuesta a entregarse por completo.

Después de quitarme la ropa, entré en la ducha sin apartar los ojos de ella. El calor de la ducha me envolvió rápidamente, pero su tacto era más cálido, sus dedos subían por mi torso hasta mi cuello, donde Vallery me sujetó la nuca con una firmeza que me desarmó.

—Hoy estás diferente, Ky.

Me incliné, rozando mis labios contra los suyos, pero sin presionar.

—Estoy exactamente donde quiero estar —susurré, dejando que mis palabras se disiparan en el vapor.

La presencia de Kellan y Kendric detrás de nosotros aportó un nuevo peso al ambiente. Los sentí acercarse y, cuando me aparté un poco para hacerles espacio, Vallery se volvió para mirarlos y una sonrisa pícara iluminó sus rasgos.

El agua resbalaba por el cuerpo de Kellan mientras se colocaba junto a Vallery y Kendric cerraba el círculo a su alrededor con una familiaridad que era a la vez reconfortante y electrizante.

—Parece que todos estamos donde deberíamos estar —añadió Kellan, con voz ronca, mientras dejaba que sus dedos trazaran el contorno del hombro de Vallery, bajando lentamente hasta la curva de su cintura.

Kendric se inclinó y le dio un suave beso en el lado del cuello, mientras sus manos acariciaban las caderas de Vallery con una mezcla de ternura y posesión.

Me quedé detrás de ella, dejando que mis manos se deslizaran por sus brazos mojados, acercándola más a mí. Ella se recostó, relajando completamente su cuerpo entre nosotros.

—Eres tan increíble, Hope... —murmuró Kendric contra su piel, con voz cargada de devoción.

—Y tan nuestra... —añadió Kellan, inclinándose para capturar sus labios en un beso lento pero ardiente.

Yo observaba mientras los dos la envolvían en un cuidado reverencial, sintiendo una oleada de algo nuevo inundándome por dentro. No era solo excitación, aunque estaba ahí, como una corriente palpitante. Era acogida, como si finalmente hubiera encontrado mi lugar en lo que compartíamos con ella.

Mis dedos bajaron hasta la base de su columna, donde comencé a masajear suavemente la zona, arrancándole un suspiro entre dientes. « » Kellan y Kendric continuaban con sus caricias y besos, cada movimiento sincronizado como si estuviera ensayado.

El agua caliente de la ducha corría por nuestros cuerpos, creando un velo entre nosotros y el resto del mundo. Allí no había inseguridades, disputas ni miedos. Solo la innegable conexión que nos unía.

Kellan se deslizó a un lado de Vallery, dejando que Kendric ocupara el lugar delante de ella. Ella levantó los brazos para rodear el cuello de mi hermano menor, mientras yo me agachaba ligeramente para besarle el omóplato.

El ritmo era lento, deliberado, una exploración cuidadosa de los límites y las posibilidades. Cada caricia parecía llevar consigo una

promesa silenciosa, un recordatorio de que estábamos todos juntos en esto.

—Así es como debe ser —murmuró Vallery, con los ojos entreabiertos y los labios curvados en una sonrisa perezosa—. Todos nosotros... juntos.

Sus palabras eran sencillas, pero tenían un peso que ninguno de nosotros podía ignorar.

—Siempre será así, cariño. Siempre será así—, fue Kellan el primero en responder, rodeando con la mano el lado de su cara mientras inclinaba la cabeza para besarla.

El calor era casi agobiante, pero de una manera que ninguno de nosotros quería escapar. El agua corría por nuestros cuerpos, mezclándose con los toques y las caricias, mientras cada uno de nosotros exploraba a Vallery con una devoción que trascendía cualquier cosa que yo hubiera experimentado antes.

Ella era la luz en medio del vapor y nosotros éramos las sombras que orbitaban a su alrededor, hambrientos de ella, pero dispuestos a darlo todo para verla en éxtasis.

Kellan fue el primero en arrodillarse, sus grandes y firmes manos sujetando los muslos de Vallery con una adoración casi sagrada, inclinándose para besar la suave piel de la parte interna de sus muslos antes de hundir su lengua en su coño.

El sonido que escapó de los labios de Vallery fue una mezcla de gemido y suspiro, pero cargado de una intensidad que resonó en nosotros. Me coloqué detrás de ella, mis dedos recorriendo la curva de su columna mientras dejaba que mi boca trazara un camino perezoso a lo largo de su piel, hasta llegar al lugar que deseaba explorar.

Hundí mi cara entre sus nalgas con la misma determinación que siempre me ha definido, mis manos firmes sujetando su cintura mientras mi lengua exploraba el punto sensible de su trasero. Vallery se arqueó contra nosotros, buscando apoyo en Kendric, que la sujetaba por delante.

El menor estaba más contenido, pero capturó los labios de Vallery mientras sus manos subían hacia sus pechos, masajeándolos

con una precisión que solo él parecía tener.

A medida que nuestras caricias se intensificaban, ella gemía cada vez más fuerte.

— Vosotros dos estáis dejando sin aliento a nuestra Hope — bromeó Kendric, pero él estaba tan involucrado en darle placer como nosotros.

La respuesta de Vallery llegó en una serie de suspiros y gemidos que cortaron el vapor que nos rodeaba como un mantra profano.

Mis movimientos se volvieron más intensos, más concentrados, mientras la sujetaba con fuerza por los muslos para mantenerla estable. Sentí cómo sus músculos comenzaban a tensarse, su cuerpo arqueándose a un ritmo que reconocí bien.

Estaba cerca, muy cerca.

—Eso, nena... —La voz de Kellan era un susurro ronco—. ¡Córrete para nosotros! Entrega todo lo que tienes.

Kendric se inclinó, mordisqueándole suavemente el cuello mientras sus dedos apretaban sus pechos con más fuerza, rodando los pezones entre sus dedos, como si quisiera prolongar el placer que ella estaba a punto de experimentar.

Aunque cada uno estaba concentrado en una parte del cuerpo de Vallery, allí, en el Onírico, como una unidad, compartíamos nuestras conciencias y sentíamos todo lo que el otro estaba haciendo, en perfecta simbiosis.

Y entonces sucedió.

El grito de Vallery fue ahogado por los labios de Kendric, que la besaba profundamente. Su cuerpo se estremeció violentamente y sentí cada ola de su orgasmo propagarse por el aire que nos rodeaba. Era tangible, una energía que nos conectaba de una manera que parecía trascender nuestros cuerpos.

Kellan permaneció arrodillado unos segundos más, con las manos aún sujetando los muslos de Vallery mientras la acariciaba suavemente con la lengua, prolongando su clímax.

Me aparté ligeramente, levantándome para sostenerla y observar el placer aún estampado en sus rasgos. Tenía los ojos entreabiertos, los labios hinchados por los besos y su respiración venía en pequeños suspiros irregulares.

—¡Eres una maldita diosa! —gruñí con una voz cargada de una intensidad que solo ella podía despertar en mí.

Kellan también se levantó, cada uno de nosotros ocupando un lado de ella, mientras me inclinaba para capturar sus labios en un beso lento y profundo. Vallery se giró, sosteniendo mi cara con las manos, sus dedos trazando líneas invisibles por mi mandíbula antes de apartarse lo suficiente para mirarme.

— Eso fue... perfecto. —Su voz era un susurro, pero tenía un peso que me oprimía el pecho.

El agua aún goteaba por nuestros cuerpos, mezclando el calor que emanaba cada caricia con el ambiente húmedo y cargado de deseo. Antes de que pudiera prever su movimiento, Vallery saltó a mi regazo, envolviendo mi cintura con sus piernas con la urgencia de quien no quería esperar ni un segundo más.

Sus brazos rodeaban mi cuello y sus ojos se encontraron con los míos, cargados de un deseo que hizo que mi control vacilara. Se inclinó hasta que nuestros labios se encontraron en un beso voraz, su cuerpo presionando contra el mío de una manera que me hizo olvidar todo lo que nos rodeaba.

— ¡Fóllame, Ky! —exigió contra mis labios, con la voz ronca y cargada de necesidad.

No había forma de negarse.

Nunca lo hubo.

Mis manos sujetaron sus muslos mientras me apoyaba contra la pared de mármol negro. La textura fría contrastaba con el calor ardiente entre nosotros. Vallery no dudó, ajustando su cuerpo para recibirme, y cuando finalmente entré en ella, fue como si la dimensión que nos rodeaba hubiera desaparecido.

Ella gimió fuerte, echando la cabeza hacia atrás mientras sus dedos se clavaban en mis hombros. Mis embestidas eran fuertes e

intensas, cada movimiento arrancándole sonidos que resonaban como una música prohibida.

La forma en que reaccionaba, la forma en que su cuerpo se amoldaba al mío, hacía que todo pareciera aún más surrealista. Me perdí en ese momento, en la intensidad de lo que éramos juntos.

Fue Kellan quien interrumpió el ritmo, acercándose con esa sonrisa maliciosa que siempre llevaba, pero había algo más en sus miradas. Admiración, tal vez, o pura lujuria.

Se colocó detrás de Vallery, con sus grandes manos sujetándole la cintura mientras le daba un beso en la nuca.

— ¿Puedes más, nena? —preguntó en voz baja, con un tono provocador que la hizo reír suavemente, incluso jadeando.

—Siempre... —respondió Vallery, con la voz temblorosa, pero llena de expectación.

Contuve mis propios impulsos, con mi polla aún dentro de ella, cuando Kellan comenzó a colocarse en posición, la presión de su cuerpo contra el de Vallery avisándome de lo que estaba por venir. Mi instinto fue dudar, pero su mirada y la absoluta confianza que irradiaba mantuvieron mi determinación.

Kellan utilizó la propia lubricación de Vallery para prepararla y la penetró lentamente, con movimientos controlados, como siempre hacía cuando quería poner a prueba los límites de nuestra chica. Ella arqueó la espalda y su respiración se convirtió en un profundo gemido que me hizo estremecer.

El gesto hizo que su coño se contrajera alrededor de mi polla y solté un gemido ronco ante la intensidad de ese momento.

— ¡Joder! Vosotros dos juntos... —murmuró con voz entrecortada, pero llena de un placer que parecía reverberar en mí y en mi hermano.

Era una sensación que nunca había experimentado antes. La forma en que Vallery nos envolvía, cómo nos aceptaba, era sobrehumana.

Retomé las embestidas a un ritmo más lento y los movimientos de Kellan poco a poco se sincronizaron con los míos, en una armonía que era a la vez instintiva y cuidadosamente medida.

— Es tan... perfecto —dijo Kellan, con la voz entrecortada por la intensidad de sus movimientos.

— Es... más que perfecto —respondí, jadeando mientras mantenía el ritmo con él.

El calor que nos rodeaba era casi insoportable, pero ninguno de los dos quería parar. Vallery era la fuerza que nos mantenía conectados, sus gemidos y suspiros nos guiaban mientras encontrábamos un ritmo que nos llevaba al límite.

Entonces Kendric se acercó, observando con una sonrisa curiosa, pero cargada de lascivia.

—¿Tu turno, hermano? —preguntó Kellan, con un tono provocador mientras se retiraba lentamente, dejando espacio para que Kendric ocupara su lugar.

—No hace falta que me lo digas dos veces —respondió Kendric con esa tranquila confianza que le caracterizaba.

Se colocó con facilidad, sus manos encontraron el lugar adecuado en la cintura de Vallery mientras ajustaba el ángulo. Yo todavía estaba dentro de ella, y el ajuste para recibirlo fue un desafío que ella aceptó sin dudar, su cuerpo encajando con una facilidad que me impresionó.

La sensación de tener a Kendric y a mí en perfecta sincronía con ella era algo que nunca había imaginado antes de esa noche. Era abrumador, cada caricia, cada movimiento era una declaración silenciosa de cómo estábamos conectados de maneras que trascendían cualquier explicación lógica.

—Joder, Hope, estás hecha para esto —murmuró Kendric, con la voz cargada de admiración y deseo, mientras se movía con una precisión que le arrancaba gemidos cada vez más altos y lascivos—. ¡Hecha para nosotros!

No podía estar en desacuerdo.

Conmigo follándole el coño y Kendric follándole el culo con meticulosa precisión, la respiración jadeante de Vallery resonaba entre el sonido constante del agua que seguía cayendo a nuestro alrededor. Kellan se mantuvo cerca, con la mirada intensamente fija en nuestra chica mientras se masturbaba con la mano derecha y presionaba la izquierda contra su cuello, en su maldito juego de asfixia erótica.

Cada embestida parecía profundizar el vínculo que teníamos, en un entrelazamiento de cuerpos y emociones que superaba todo lo que había experimentado antes. La energía que fluía entre nosotros era surrealista y profundamente íntima.

Mucho más allá del placer físico.

Una conexión de esencias.

Vallery abrió los ojos y miró a Kellan, con la mirada encendida por el placer que estaba sintiendo, y sus labios se abrieron en una sonrisa lasciva, lo que le hizo inclinarse para darle un beso tan profundo que parecía capturar todo el deseo y la devoción que sentía por ella. Mientras la besaba, su mano comenzó a moverse con más intensidad sobre su polla.

Mientras tanto, Kendric aceleró sus movimientos en perfecta sincronía con los míos, y el cuerpo de Vallery comenzó a temblar ligeramente entre nosotros.

Sabía lo que se avecinaba.

—¡Córrete, Hope! —murmuró Kendric entre dientes, sujetándole las caderas con firmeza mientras aumentaba el ritmo de sus embestidas.

Los gemidos de Vallery se intensificaron, mientras su cuerpo se arqueaba y se apretaba a nuestro alrededor. Ella gritó, su orgasmo apoderándose de ella de una manera que parecía reverberar en mí como una ola de calor y electricidad.

Kellan jadeó contra los labios de ella, mientras su propia respiración se volvía más irregular.

—Eso... nena. ¡Joder! —gruñó tan alto como ella, mientras los chorros calientes de su semen rojo se derramaban en su propia mano, salpicando un poco el cuerpo de Vallery.

Ver eso casi me llevó al límite, pero seguí concentrado, hundiéndome aún más dentro de ella mientras Kendric hacía lo mismo.

— ¿Te vas a correr para mí, Ky? —La voz de Vallery, ronca y llena de una provocación cargada de cariño, encontró mi mirada como un desafío.

Sabía que no tenía elección.

La sensación de su cuerpo apretado a mi alrededor, junto con el calor y la sincronía que compartíamos, me rompió. Mi respiración se volvió pesada, cada movimiento más deliberado mientras me perdía en ella.

Y cuando finalmente me corrí, fue diferente a todo lo demás.

Fue como si se hubiera liberado una energía surrealista. Era como si, por un momento, todo mi ser se hubiera entrelazado con el suyo y con el de mis hermanos.

No era solo Kyle Scottfield, ni siquiera el demonio más antiguo de nuestro linaje. Era parte de algo más grande y mucho más profundo. Y en ese momento, todo cobró sentido.

Kendric también llegó al clímax, su cuerpo temblando mientras se hundía profundamente en Vallery por última vez, liberando todo su placer con un gemido que resonó en la habitación.

Cuando finalmente nos detuvimos, todos jadeando en busca de recuperar el aliento, Kellan acarició delicadamente el cabello de Vallery, con los ojos fijos en ella con una suavidad que rara vez demostraba.

— Vosotros tres... —comenzó ella, con la voz aún temblorosa, pero cargada de algo tan emotivo que supe que estaba a punto de decir algo que lo cambiaría todo.

Sus ojos se encontraron con los míos, luego con los de Kellan y Kendric, y la sonrisa que nos dedicó fue una de las más sinceras que he visto desde que nos conocimos.

— No solo son los hombres de mi vida. *Son mi vida*. Mi fuerza, mi propósito... *¡mi todo*!

El silencio que siguió solo fue roto por el agua que seguía cayendo a nuestro alrededor, una sutil melodía para sus palabras.

Ninguno de nosotros respondió.

No era necesario.

Porque en ese momento, con nuestros cuerpos agotados y nuestras almas completamente entrelazadas, supimos que estábamos exactamente donde debíamos estar.



CAPÍTULO 57

Entre percepciones y certezas

KENDRIC SCOTTFIELD

La mansión estaba sumida en el silencio, un tipo de quietud que solo existe en las madrugada más profundas, solo interrumpida por el susurro del viento en el exterior y el ocasional crujido de la madera antigua en las paredes. Sentí el peso de aquello, pero no de forma opresiva. Al contrario, parecía que el universo nos había regalado un momento de paz.

Mis párpados parpadeaban lentamente mientras el cansancio intentaba vencerme. Los acontecimientos en la Dimensión Onírica aún estaban grabados en mí, como una marca que no quería borrar.

Abrí los ojos para volver a conectar con el presente y entonces los vi.

Kellan y Kyle estaban dormidos, con respiraciones profundas y sincronizadas.

Hope, por su parte, parecía casi etérea, los rasgos de su piel suavizados por el débil reflejo de la luz de la luna que entraba por las altas ventanas de la biblioteca. Estaba acurrucada a mi lado, con la cabeza apoyada en mi hombro y una mano flojamente sobre mi pecho. Su cuerpo aún estaba completamente relajado , tal vez por la intensidad de todo lo que habíamos vivido juntos en el mundo de los sueños.

La miré durante unos segundos, estudiando cada detalle. El contorno de su mandíbula, la delicada curva de sus pestañas, la pequeña línea entre las cejas que aparecía cuando estaba sumida en profundos pensamientos.

Era extraño pensar que, hacía solo unos meses, todo eso parecía inalcanzable. No solo el placer que teníamos con ella, sino el vínculo que ahora sentía entre mis hermanos, ella y yo. Un vínculo que temía que se estuviera rompiendo lentamente.

Pero en ese momento, todo parecía finalmente estar bien.

Respiré hondo y la abracé con más fuerza, con cuidado de no despertarla. Su suave respiración seguía a un ritmo constante, y un pequeño murmullo escapó de sus labios, algo incomprensible, pero cargado de ternura.

Kellan se movió a su lado, abriendo parcialmente los ojos. Me lanzó una mirada somnolienta, pero atenta, y luego dejó que una pequeña sonrisa se dibujara en la comisura de sus labios.

— La estás cuidando, ¿eh? —murmuró, con la voz ronca por el sueño.

—Siempre— respondí en voz baja, sin apartar la mirada de Vallery.

Kyle también comenzó a moverse, su presencia se manifestó incluso antes de que se despertara por completo. Cuando abrió sus ojos oscuros, había algo diferente en ellos. Sin rastro de duda, solo una tranquila intensidad.

—¿Sigue ahí? —preguntó con evidente preocupación en el tono.

—No —negué con la cabeza—. Ya está aquí. Y a salvo.

Kyle asintió lentamente, pero su postura seguía tensa. Era como si no pudiera relajarse por completo, incluso en ese momento.

—La llevaré a la habitación —le avisé en voz baja, para no despertarla.

— Voy contigo —Kyle se levantó, frotándose los ojos.

—Yo también —añadió Kellan, poniéndose de pie.

Solté un suspiro resignado. Por supuesto que no se quedarían atrás. Era un reflejo natural ahora, esa necesidad constante de protegerla juntos.

Me levanté con cuidado, sosteniéndola en mis brazos como si fuera lo más preciado del mundo. Y lo era.

—¿Vamos? —pregunté, lanzándoles una rápida mirada a los dos.

Asintieron y juntos comenzamos a caminar por los pasillos de la mansión, nuestras presencias sumándose a la quietud que nos rodeaba.

Vallery murmuró ligeramente, con la cabeza apoyada en mi pecho mientras la llevaba en brazos. Parecía tan pequeña y vulnerable en ese momento, pero yo sabía mejor que nadie que era mucho más fuerte de lo que aparentaba.

En cuanto entramos en su habitación, la llevé directamente al baño y Kellan se apresuró a ajustar la temperatura del agua, mientras Kyle buscaba toallas. La senté con cuidado en el borde de la bañera, procurando no despertarla del todo.

—¿Ken? —Su voz sonó somnolienta, casi un susurro.

—Estoy aquí, Hope. —Me arrodillé frente a ella y le cogí las manos entre las mías—. Vamos a darte un baño y luego podrás dormir un poco más, ¿vale?

Ella murmuró algo inaudible, pero no se resistió cuando la ayudé a quitarse la ropa, revelando la piel caliente y ligeramente enrojecida por los acontecimientos del Onírico. Marcas de nuestros dedos sobre su piel por sujetarla y apretarla con más fuerza de la que debíamos, ante toda la intensidad con la que siempre nos entregábamos.

Kyle volvió con las toallas y las dejó junto al lavabo antes de colocarse al lado de Hope. La observaba como si fuera algo delicado e irremediable.

—Estás a salvo, amor. —Su tono estaba cargado de algo más profundo que simples palabras.

Kellan se unió a nosotros, sentándose en el borde de la bañera junto a ella, con los ojos atentos mientras probaba la temperatura del

agua con la mano.

—Nunca dejaremos que nada ni nadie te haga daño. ¡Nunca!

Vallery levantó la vista y nos miró a cada uno en silencio durante unos segundos antes de asentir lentamente.

—Lo sé...

Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que esas palabras no eran solo una promesa, sino una verdad inquebrantable.

Era un contraste gritante con lo que habíamos compartido en Onírico. Allí todo fue una explosión de deseo y entrega. Aquí era intimidad, un tipo de amor que se manifestaba en los detalles, en las caricias suaves y en el silencio reconfortante.

Observé mientras Kellan la levantaba suavemente y la metía con cuidado en el agua tibia. Hope se acomodó y soltó un profundo suspiro que pareció aliviar toda la tensión de su cuerpo. Tenía los párpados entrecerrados y la leve sonrisa en sus labios me decía que estaba tranquila.

—No sé si podrá dormir sin nosotros cerca ahora. —La voz de Kyle interrumpió el momento, sus palabras cargadas de preocupación velada.

— Puede descansar —respondí, cogiendo la esponja y empezando a deslizarla por la suave piel de Vallery—. Mientras estemos juntos, nada la alejará de nosotros.

— Es extraño pensar en eso —Kellan cruzó los brazos, apoyado en la encimera junto al espejo—. Llevamos meses preguntándonos cómo proteger a Vallery del mundo exterior, y ahora parece que el mayor peligro proviene de nuestro propio mundo, al que no siempre llegamos a tiempo.

— Por eso tenemos que estar más unidos que nunca, en ambas dimensiones. —Mis palabras salieron con más intensidad de la que pretendía—. Esta conexión que tenemos con ella es lo que nos mantendrá fuertes. Pero solo funciona si estamos realmente alineados.

Kyle, que estaba de pie junto a la bañera, me miró fijamente antes de hablar:

—¿Quieres decir que ahora las cosas están en su sitio, verdad?

Asentí lentamente, dejando la esponja a un lado para coger un puñado de agua tibia con las manos y verterla sobre los hombros de nuestra chica.

— Durante un tiempo pensé que nos estábamos alejando. Cada uno tirando de Hope hacia un lado diferente. Pero esta noche... — Me detuve, eligiendo las palabras—. Fue la primera vez que realmente sentí que éramos lo que debíamos ser desde el principio.

— ¿Y qué deberíamos ser exactamente? —Kellan levantó una ceja, intrigado.

Lo miré a él, luego a Kyle y finalmente a Vallery, que mantenía los ojos cerrados y una leve sonrisa en los labios, escuchando la conversación incluso en su estado somnoliento.

— Una unión verdadera. No solo por la conexión que cada uno de nosotros tiene con ella, sino por lo que tenemos el uno con el otro.

— Pensabas que yo era un problema, ¿verdad? —Kyle frunció ligeramente el ceño, pero había un destello de comprensión en su mirada.

No dudé en responder:

—Pensaba que todos lo éramos. De diferentes maneras. Cada uno tenía su forma de intentar protegerla, pero estábamos tan centrados en lo individual que olvidamos lo que eso podía significar para ella. Hope no necesita tres guardianes actuando por separado. Nos necesita a todos juntos. La unidad de la que siempre nos jactábamos antes de que nos consumiera el amor que sentimos por esta criatura única.

El silencio que siguió fue pesado, pero no incómodo. Era como si cada uno de nosotros estuviera procesando lo que había dicho, tratando de entender dónde encajaba en todo eso.

—Realmente has madurado, Ken. —Kellan fue el primero en romper el silencio, soltando una breve risa, casi incrédula.

—O tal vez solo haya entendido finalmente lo que Hope nos estaba tratando de decir todo este tiempo. —Mi tono era serio, pero

había una suavidad en él que no era habitual en mí.

—¿Y qué significa eso ahora? —Kyle se pasó la mano por el pelo y suspiró.

—Significa que sea lo que sea lo que venga... sea lo que sea esa mierda que nos está desafiando en el Onírico, o cualquier cosa en el plano físico, lo enfrentaremos juntos. No como novios protegiendo a su chica. Sino como cuatro entidades que son más fuertes juntas que separadas.

— Eso ha sido casi poético, pequeño. — Los ojos de Kellan brillaron con algo que podría ser orgullo.

Era hasta gracioso, por decir lo menos, lo mucho que mis dos hermanos me subestimaban por el simple hecho de mantener el control sobre mi racionalidad en lugar de ceder a la tempestuosidad de mis sentimientos mundanos.

Puede que fuera el más joven de los tres, pero nuestros siglos de existencia me habían servido de escuela para desarrollar un sentido de la observación más agudo, desde los ángulos más diversos.

De los tres, yo era el estratega, mientras que Kyle era el líder y Kellan el ejecutor. Pero incluso un líder se sentía perdido a veces y, cuando eso ocurría, el ejecutor tampoco sabía qué camino seguir. Era en esos momentos cuando el estratega iluminaba el horizonte, aportando nuevas perspectivas y presentando la realidad desde un nuevo punto de vista, reordenando el caos y dirigiendo al líder y al ejecutor hacia un camino más objetivo.

Puede que ellos no se dieran cuenta, pero era lo que yo siempre hacía.

—No te acostumbres. —Me reí suavemente, antes de volver mi atención hacia Hope, que ahora parecía aún más relajada, como si el sonido de nuestras voces fuera suficiente para mantenerla protegida—. Vamos a llevarla a la cama. Y esta noche... dormiremos todos juntos.

Kyle se acercó con la toalla de baño, mientras Kellan sacaba a Vallery del agua. Ella murmuró algo ininteligible, pero se acurrucó en los brazos de Ky con una suave sonrisa, con absoluta confianza en nosotros.

Mientras nos acomodábamos juntos en su cama, el silencio ya no parecía tan opresivo. Porque ahora estábamos alineados como guardianes, sin importar lo que viniera.



No podía cerrar los ojos.

Mis hermanos se durmieron tan pronto como se acostaron y la luz gris del amanecer comenzaba a llenar la habitación como una promesa de un nuevo día, pero yo seguía atrapado en las sombras de la noche.

Había una sensación persistente en mi pecho, algo entre alivio e inquietud. No solo por lo que había sucedido en el Onírico, sino por lo que eso significaba.

Vallery Hope, nuestra chica, nuestro punto de conexión.

La miré acostada a mi lado, observando su rostro suavizado por el sueño. Su piel aún ligeramente húmeda por el baño, y su cabello caía en ondas desordenadas sobre la almohada. Incluso agotada, seguía pareciendo la criatura más poderosa y delicada que jamás había conocido.

Lo era todo.

Y por eso tenía que ser honesto conmigo mismo: durante un tiempo, temí que nos estuviéramos rompiendo, que la relación entre nosotros se estuviera desmoronando poco a poco. Cada vez que veía a Kellan y Kyle intercambiando miradas cargadas de tensión c , o sentía que Vallery dudaba en pedirnos algo a uno de nosotros, el peso de ese miedo aumentaba.

Pero esa noche... fue diferente.

Su entrega.

Su entrega.

Todo parecía haber encajado de una nueva forma y era como si algo poderoso nos hubiera devuelto al eje.

Sentí un ligero movimiento a mi lado y me di cuenta de que Kyle se estaba despertando. Sus ojos se encontraron con los míos en silencio, y había algo en ellos que no veía desde hacía mucho tiempo: una calma genuina. Se sentó lentamente, frotándose la cara con una mano antes de volver a mirarme.

—No has dormido, ¿verdad? —preguntó, con la voz ronca de la mañana rompiendo el silencio.

Me encogí de hombros, manteniendo el tono bajo para no despertar a Vallery.

— Creo que tenía muchas cosas en la cabeza.

Kyle me observó por un momento antes de recostarse contra la cabecera de la cama, con los brazos cruzados.

— Ha sido una noche... intensa. —No hizo falta que dijera nada más, ambos sabíamos que era un eufemismo.

Asentí con la cabeza, desviando la mirada hacia Vallery.

— Tenía miedo, ¿sabes? De que nos estuviéramos perdiendo. Pero ella... nunca nos abandonó.

Kyle permaneció en silencio, pero su mirada decía más que las palabras.

— Y ahora, creo que debemos dejar de subestimarla —continué, dejando que las palabras salieran sin filtro—. Hope está cambiando. Cada vez más. Y tal vez sea hora de reconocerlo.

—¿Cómo es eso? —Levantó una ceja, con un gesto de curiosidad en su expresión.

Me pasé una mano por la cara, tratando de organizar mis pensamientos.

—Se está volviendo más fuerte, Ky. No solo en lo que siente por nosotros, sino en lo que siente por sí misma. Hope quiere entender lo que es. Lo que puede hacer. ¿Y sinceramente? Creo que tenemos que ayudarla con eso.

— ¿Crees que está preparada para eso? ¿Para afrontar lo que significa ser... la hija de Lilith?

Dudé un momento antes de responder.

— Creo que tiene que estarlo. Porque si hay algo de lo que me he dado cuenta esta noche es que Vallery es un vínculo tan fuerte como cualquiera de nosotros en esta unidad en la que nos hemos convertido. Quizás sea incluso la más fuerte.

Kyle respiró hondo y miró al techo como si intentara encontrar las palabras adecuadas.

— ¿Y si nos equivocamos? —preguntó finalmente—. ¿Y si la empujamos demasiado rápido?

—No la vamos a presionar —le corregí con tono firme—. La vamos a guiar. Está preparada para ello, Ky. Más de lo que imaginamos. Si no lo estuviera, ¿crees que nos habría aceptado como lo ha hecho esta noche?

Se instaló un silencio cargado entre nosotros. Era difícil negar lo que había pasado. Su entrega, la aceptación completa y sin restricciones de cada uno de nosotros... sucedió de forma natural y gradual, hasta alcanzar el clímax.

—Tienes razón. Y, joder, odiar admitirlo no cambia nada. — Finalmente, Kyle suspiró y se levantó de la cama con un movimiento lento—. Voy a darme una ducha antes de bajar a preparar el café. ¿Y tú?

Sonreí levemente, observándolo tomar una camisa tirada en la silla junto a la cama.

—Voy a esperar a que Kellan se despierte. Después haré lo mismo.

Kyle asintió y salió de la habitación sin decir nada más.

Me volví para mirar a Vallery de nuevo. Estaba acurrucada en la cama, con la respiración lenta y tranquila, y los labios entreabiertos. La serenidad de su expresió á casi un contraste con el caos que a menudo parecía seguirla. Pero allí, en ese momento, ella era simplemente... nuestra.

Me incliné ligeramente, apartando un mechón de pelo que le caía sobre la cara. Mi toque fue suave, pero aun así se movió, murmurando algo inaudible antes de acurrucarse más profundamente en la almohada.

—No tienes ni idea de lo importante que eres para nosotros, ¿verdad? —murmuré en voz baja, sintiendo toda la emoción contenida dentro de mí.

— ¿Hablando con ella mientras duerme, Ken? —La voz baja y ronca de Kellan rompió el silencio, cargada de un humor perezoso. Estaba tumbado a su lado, con los ojos aún pesados por el sueño, pero lo suficientemente alerta como para provocarme.

—Quizás sea más fácil así —respondí, cruzando los brazos mientras me recostaba en la cabecera—. Al menos ella no me interrumpe.

Kellan se incorporó parcialmente, apoyándose en un codo mientras me observaba.

—¿Kyle ya se ha ido? —preguntó, en voz baja para no despertarla.

—Se ha ido a ducharse antes de preparar el café. —Hice una pausa, ajustando la posición de Vallery para que estuviera más cómoda —. Está bien, por si te preocupa.

—No estoy preocupado —se encogió de hombros, pero el tono de su voz lo delataba—. Solo... curioso. Esta noche ha sido diferente.

—Sí. —No había mucho más que decir al respecto.

— No pensé que algún día llegaríamos a esto, ¿sabes? — Su mirada estaba cargada de algo que parecía una mezcla de alivio y vulnerabilidad—. Siempre pensé que Kyle era el problema. O yo. Pero... tal vez el problema era cómo veíamos todo esto.

— Porque pensábamos que teníamos que protegerla de todo, incluso de nosotros mismos.

— ¿Crees que fue un punto de inflexión? —preguntó, con la mirada fija en el rostro de Vallery, como si ella fuera la respuesta a todo.

— No lo creo. Sé que lo fue.

Kellan frunció el ceño, pero había curiosidad en su expresión.

— ¿Y realmente crees que está preparada para eso? ¿Para todo lo que conlleva... nosotros? ¿Ella misma?

— Creo que Hope está más preparada de lo que queremos admitir. — Me giré completamente para mirarlo, con un tono más serio de lo habitual—. El problema no es ella. Somos nosotros. Siempre hemos sido nosotros.

—Y Lilith. —Resopló, con tono cargado de amargura—. Nos ha infundido tanto miedo sobre la fragilidad de Vallery...

— Quizás Lilith simplemente nos contó lo que le convenía para sus propios intereses ocultos. — Dejé que las palabras flotaran entre nosotros, esperando a que Kellan absorbiera su peso. — Pero la Vallery que vi esa noche... es más que cualquier cosa que Lilith nos haya hecho creer.

Él soltó un profundo suspiro y se pasó las manos por el cabello revuelto antes de recostarse contra el cabecero.

— Entonces, ¿qué hacemos ahora?

— Ahora dejamos de tratarla como a una chica frágil y empezamos a verla tal y como es. —Me incliné hacia delante, con la intensidad de mi voz cargada de certeza—. Hope es una *Cambion Fertilis*, Kellan. Y, joder, es fuerte. ¡Más que nosotros tres juntos!

Kellan permaneció en silencio durante un momento, sopesando cada palabra hasta que finalmente soltó un largo y cansado suspiro.

— Entonces tenemos que asegurarnos de que esté preparada. —Se levantó y empezó a vestirse apresuradamente—. Porque si Vallery decide enfrentarse a lo que sea que se avecina, no podemos dejar que lo haga sola.

— No lo haremos.

La mirada de Kellan se suavizó y asintió antes de mirar a Vallery una vez más.

— Es una maldita diosa, ¿verdad? —Se frotó la cara antes de estirarse perezosamente—. Voy a ver si Kyle necesita ayuda antes de que queme la cocina.

— Yo me quedaré un rato más.

Me guiñó un ojo antes de salir, dejándome a solas con Vallery.

Me incliné hacia delante y dejé que mi mano descansara suavemente sobre la suya. El calor de su piel contra la mía era un recuerdo tangible de todo lo que compartíamos, de todo lo que estábamos construyendo juntos.

—¿Has oído todo lo que querías? —Mi voz salió en un tono bajo, casi un susurro, mientras observaba a Vallery moverse ligeramente en la cama.

Abrió los ojos lentamente y una sonrisa perezosa se dibujó en sus labios.

—Sí, lo he oído. —Su voz estaba ronca por el sueño, pero llena de sinceridad. Se acurrucó más contra la almohada antes de continuar —. Gracias, Ken. Por ser la voz de la razón en medio del caos explosivo y el orgullo inquebrantable de Kyle y Kellan.

Me eché a reír, sorprendido por su franqueza.

— A veces es un trabajo ingrato. Pero alguien tiene que hacerlo.

— Y tú lo haces sin tener que darles un golpe en la cabeza contra la pared, lo cual es un talento poco común. —Su mirada se encontró con la mía, brillando con algo entre diversión y admiración genuina—. Realmente lo aprecio, ¿sabes? Tú puedes ver lo que importa cuando nadie más puede.

Un calor inesperado me invadió con sus palabras. No necesitaba oír eso, pero saber que Hope veía el esfuerzo que hacía era... gratificante.

—Alguien tiene que manteneros a todos con los pies en la tierra. —Mi respuesta fue ligera, tratando de romper la intensidad del momento—. Especialmente tú, que insistes en desafiar a todo el mundo, incluida la lógica.

— Quizás solo me gusta poner a prueba los límites —Vallery soltó una risita, ese sonido que siempre parecía iluminar el ambiente.

—Y eres muy buena en eso, Hope. —Le sonreí, dejando que mi tono adquiriera un toque de provocación—. Pero no te olvides de descansar también, ¿vale? No puedes conquistar el mundo si estás agotada.

Ella puso los ojos en blanco, pero la sonrisa permaneció.

— Entonces, ¿qué tal si empezamos despacio? ¿Un baño antes del desayuno? — La invitación vino acompañada de una mirada pícara, típica de ella.

— ¿Me estás invitando a lo que parece ser el comienzo de un buen día, eh? —Mi risa resonó suavemente por la habitación mientras me levantaba y le tendía la mano a mi chica.

— Te lo mereces, ¿no crees? —Me cogió de la mano y se levantó, con movimientos aún un poco lentos por el sueño, pero con una sonrisa radiante—. Además, quizá necesite tu ayuda para bañarme.

— Claro, te protegeré del peligro mortal del mármol mojado. — Puse los ojos en blanco en broma, pero le agarré la mano con firmeza mientras la guiaba hacia el baño.

Con Hope a mi lado, sentí algo diferente en ese momento.

No era solo responsabilidad, o el peso de la protección que siempre llevábamos. Era una nueva ligereza, una conexión más sólida que no dependía solo de palabras o gestos.

Simplemente era... lo correcto.



CAPÍTULO 58

Entre ecos de la mente y miedos en el corazón

La fría brisa de noviembre cortaba el aire mientras me acurrucaba en mi abrigo, observando el campo de lacrosse desde las gradas. Las *Shadows* estaban en pleno ensayo, sus voces resonaban en cánticos rítmicos mientras formaban figuras precisas en el césped. Los uniformes negros, azules y plateados brillaban bajo el cielo pálido, reforzando la imagen de una hermandad perfectamente orquestada.

En el campo, los Thornvale Reapers entrenaban con la intensidad que los convertía en el equipo más temido de la liga universitaria. Los jugadores se movían con fuerza y precisión, los *palos* cortando el aire con movimientos calculados. La energía que se respiraba era una mezcla entre el entusiasmo de una tarde cualquiera en la universidad y una incómoda sensación de que había algo más de lo que todos estaban dispuestos a admitir.

Mis ojos vagaron por el campo hasta posarse en él. Liam Davenport. Capitán de los Reapers, líder de la fraternidad Omega Rho y, aparentemente, un nuevo elemento perturbador en mi ya tumultuosa existencia. Estaba en pleno entrenamiento, con una concentración evidente en cada movimiento mientras dirigía a sus compañeros con una autoridad natural.

Había algo en él que me molestaba profundamente. No solo el hecho de que fuera imposiblemente perfecto en su postura y ejecución, sino la forma en que parecí e darse cuenta de todo lo que le rodeaba, incluyéndome a mí. Su mirada penetrante siempre parecía encontrarme, sin importar dónde estuviera. Y esa sonrisa...

¿Qué sabes, Liam?

La pregunta resonaba en mi mente, sin respuesta.

Parecía saber demasiado.

Sobre Brian. Sobre mí. Sobre los hermanos Scottfield.

Lo que no podía entender era por qué me estaba provocando.

¿Era él el autor del mensaje anónimo?

Un escalofrío me recorrió la espalda.

La posibilidad era desconcertante, pero tenía sentido.

Aparté esos pensamientos y volví mi atención a las animadoras. Savannah dirigía los movimientos, su imponente presencia mantenía a las demás *Shadows* en perfecta sincronía. Era casi hipnótico verlas en acción, como si cada movimiento fuera un hechizo diseñado para captar la atención del público y mantenerlo bajo su dominio.

Las *Shadows* eran increíbles y cada vez que veía sus ensayos, se reforzaba mi certeza de que nunca encajaría en el equipo de *animadoras*. Y si eso fuera lo que me hiciera falta para convertirme en hermana de Sigma Nyx, nunca habría entrado en la fraternidad.

De hecho, solo me habían aceptado por caridad. Sigma Nyx era la principal benefactora del Orfanato St. Gertrude y, como joven recién salida de la institución, la fraternidad me adoptó, ya que necesitaba un lugar donde quedarme durante mis cuatro años en la carrera de periodismo.

Así fue como gané a mis dos mejores amigas. Sav y Hil fueron las primeras hermanas de Sigma Nyx en acogerme y nuestra conexión fue inmediata. Siempre me trataron como a una igual y me protegían de cualquiera que intentara intimidarme.

Ese recuerdo me hizo pensar en Grace.

Quizás podría conseguirle un lugar en la hermandad el año que viene.

«Tengo que visitar el orfanato», murmuré, como si escuchar mi propia voz reforzara el recordatorio.

Durante un tiempo, pensar en cosas aleatorias mientras veía el ensayo de las líderes me distrajo un poco, pero la inquietud que sentía desde lo ocurrido en el aula no me abandonaba.

¿Qué había pasado?

¿Cómo había podido escuchar los repugnantes pensamientos de mis compañeros?

Las palabras, o mejor dicho, las voces en mi cabeza, eran tan claras como mi propia respiración en ese momento. No tenía ni idea de cómo había accedido a sus mentes, pero una cosa era segura: estaba directamente relacionado con mi esencia de súcubo.

El sonido de pasos pesados subiendo las escaleras de la grada me trajo de vuelta al presente. Miré a un lado y vi a Kyle y Kellan acercándose, ambos con expresiones tranquilas, pero sus miradas transmitían una discreta preocupación que reconocí de inmediato.

—Princesa... —murmuró Kyle, inclinándose para darme un beso rápido antes de sentarse a mi izquierda.

—¿Así que aquí es donde decidiste «procesar» las cosas esta vez? —bromeó Kellan, sentándose a mi derecha, esbozando una sonrisa pícara antes de sorprenderme con un beso en la mejilla.

El gesto casual y cariñoso no pasó desapercibido para *las Sombras* que estaban más cerca, cuyos susurros y miradas mal disimuladas crearon un murmullo a nuestro alrededor. Podía sentir su curiosidad como una corriente eléctrica en el aire.

— Es instintivo, ya te lo he explicado.

—Está bien —dijo Kyle primero, con la mano apoyada en mi rodilla de forma protectora—. ¿Pero ahora está todo bien?

— Sí —suspiré, volviéndome hacia ellos—. Y perdón por lo de antes. Estaba... un poco estresada y acabé exagerando.

— No tienes por qué disculparte, cariño —Kellan negó con la cabeza y su mirada se suavizó—. Has pasado por muchas cosas en los últimos días.

— ¿Cómo sabían que estaba aquí? —Cambié de tema, subiendo la cremallera de la chaqueta como si eso pudiera alejar la creciente

incomodidad—. ¿Y cómo sabían dónde estaba antes?

— Te sentí. —Kyle sonrió levemente, pero había algo enigmático en su expresión—. Fue como... una llamada. Como un presentimiento que me decía que me necesitabas... que nos necesitabas. Así que envié un mensaje avisándoles, para que uno de nosotros te encontrara primero y, por increíble que parezca, simplemente sabía dónde encontrarte.

—Un GPS sobrenatural inusual, pero eficaz —dedujo Kellan, aunque había más curiosidad que convicción en su voz.

—Es parte del vínculo —intenté mantener la voz tranquila mientras mi mente bullía con las posibilidades.

Kyle asintió lentamente.

—Parece que ahora se está estabilizando.

No supe qué responder.

El deseo sexual exacerbado que nos inundó el día que desperté del sueño profundo se suavizó con el *edging* y, tras el sexo en grupo de la noche anterior, nuestra libido parecía estar controlada de nuevo.

Un grito repentino interrumpió la coreografía de *las Sombras* y la atención de todos se centró en el campo. Mi corazón se aceleró en cuanto vi la figura esquelética cubierta por una capa negra. El *Segador Fantasma*. Estaba de pie en medio del campo, con una postura rígida y un movimiento deliberadamente lento, como si cada gesto estuviera calculado para provocar un escalofrío.

«Solo es la mascota del equipo», murmuró alguien tratando de aliviar el ambiente, pero las palabras sonaron vacías, como si nadie lo creyera realmente.

La atmósfera a nuestro alrededor pareció cambiar, volviéndose pesada y sofocante. El viento frío cortaba el aire, pero no se oía ningún sonido. Ni de las animadoras, ni de los jugadores.

Un escalofrío me recorrió la espalda y la sensación de pesadez en el aire se volvió casi sofocante. Algo andaba mal. No era solo la apariencia de la mascota o la forma en que se movía. Porque en ese

momento, lo sentí. Una presencia oculta, como una sombra que se infiltraba donde no era invitada.

Por un momento, me quedé paralizada, incapaz de apartar la mirada. Algo en esa figura me provocaba una reacción visceral, una mezcla de fascinación y terror que no podía entender.

Y entonces llegó.

Un destello.

Una imagen en mi mente que no tenía sentido. Era como un recuerdo sin forma definida. Una silueta oscura, ojos rojos brillando en la oscuridad y una voz susurrante que no podía identificar, pero que me oprimía el pecho como si estuviera a punto de enfrentarme a algo mucho más grande que yo misma.

—¿Estás viendo eso? —La voz de Kellan me devolvió a la realidad. Su expresión era tensa, con los ojos fijos en la figura del campo.

Kyle también miraba al *Segador Fantasma*, con la mandíbula apretada.

—No es normal —murmuró, con una tensión en la voz que delataba su habitual calma.

—¿Nos está mirando? —susurré, con la sensación de que la figura sabía exactamente dónde estaba.

El *Segador Fantasma* se movió de nuevo, inclinando ligeramente la cabeza, y juraría que percibí algo parecido a una sonrisa. No en su rostro —no tenía rostro, solo una máscara aterradora—, sino en la energía que emanaba.

Mis dedos se aferraron al asiento de la grada, como si eso pudiera anclarme a la realidad.

Kyle y Kellan intercambiaron una mirada significativa. No sabía qué estaban pensando, pero la preocupación que vi en sus rostros fue suficiente para confirmar que ellos también sentían que algo andaba mal.

Y entonces, como si nada siniestro hubiera sucedido, el *Phantom Reaper* dio un último paso atrás antes de desaparecer hacia

el lateral del campo.

Sin embargo, la gravedad del momento se vio interrumpida cuando un silbido en los altavoces llenó el campo, seguido del sonido de un micrófono que se ajustaba.

— ¡Buenas tardes, *Universidad de Thornvale*!

¿Kendric?

Mis ojos se posaron inmediatamente en su figura al otro lado de las gradas, de pie sobre una de las plataformas del estadio, sosteniendo un micrófono y con una sonrisa tan brillante como irritantemente adorable.

— Necesito la atención de una persona en particular. —Hizo una pausa dramática, con los ojos recorriendo las gradas como si estuviera en un espectáculo de *stand-up*. Luego, con precisión calculada, me señaló—. Sí, tú misma, ¡mi Hope!

—Dios mío... —susurré, sintiendo cómo se me subían los colores a la cara.

El uso del apodo me arrancó un suspiro de frustración, mientras las *Shadows* y otros estudiantes presentes estallaban en murmullos curiosos.

—Esto no está pasando... —les susurré a Kyle y Kellan, que solo se reían abiertamente—. No está haciendo eso...

— Sí, lo está haciendo —Kellan se reía, claramente anticipando lo que estaba por venir.

Y antes de que pudiera decir nada, la inconfundible melodía de *«Can't Take My Eyes Off You»* comenzó a sonar por los altavoces.

—No, no, no —protesté en voz baja, pero ya era demasiado tarde.

— *You're just too good to be true... Can't take my eyes off you...* — Kendric comenzó a cantar, con una voz sorprendentemente afinada y llena de confianza.

Los primeros versos fueron suficientes para captar completamente la atención de todos. El silencio inicial fue

rápidamente sustituido por risas y aplausos mientras se movía por el espacio como si fuera el dueño del campus. El parecido con la escena de Heath Ledger en *«Diez cosas que odio de ti»* era innegable.

—¡Tienes que detenerlo! —Miré a Kyle, pero él levantó las manos en señal de rendición.

— Ni hablar. Está quedando bien.

— Es Kendric. Nunca hace nada a medias. — Kellan sonaba orgulloso, como si fuera lo más obvio del mundo.

Me hundí en el banco, cubriéndome la cara con las manos mientras las risas estallaban a mi alrededor. Era imposible contener la sonrisa que comenzaba a formarse en mis labios.

Kendric tenía ese don. Siempre supo equilibrar su intensidad con un humor desconcertante, como si supiera exactamente cuándo necesitaba un momento para respirar.

Entre sus provocaciones, su energía que parecía no agotarse nunca y sus miradas cargadas de una seriedad que no siempre dejaba traslucir, Ken era una especie de ancla inesperada.

Odiaba admitirlo, pero tal vez eso era lo que me hacía quererlo tanto.

Mientras se movía por el espacio, equilibrándose con una destreza absurda, alternaba miradas juguetonas al público con miradas intensas hacia mí.

— *Te quiero, nena...* — Me señaló con un movimiento exagerado, provocando risas y gritos de apoyo de *las Shadows* e incluso de los Reapers en el campo.

— ¿Esto va en serio? ¿De verdad está pasando? — Mi voz sonó incrédula, pero ni Kyle ni Kellan parecían dispuestos a salvar mi dignidad.

— A veces es muy intenso, ¿no? —bromeó Kellan, guiñándome un ojo.

Kendric estaba decidido a dar lo mejor de sí mismo. Giró, señaló al cielo e incluso improvisó una especie de baile torpe que hizo que la mitad de las gradas se doblara de risa.

Pero cuando llegó al clímax de la canción, su tono cambió. Bajó el micrófono y me miró directamente a los ojos, la intensidad de su expresión sustituyendo a la teatralidad.

— *Confía en mí cuando te digo... Oh, preciosa...*

Se me hizo un nudo en la garganta. Lo que había comenzado como una broma ligera y embarazosa, ahora parecía una petición sincera.

Cuando terminó, se quedó quieto con el micrófono en la mano, mirándome directamente.

— Mi Hope... perdóname por ser un idiota. Prometo intentar ser mejor, si tú me prometes no dejar nunca de ser el ser humano increíble que eres.

El silencio que siguió fue casi ensordecedor. Todo el campo parecía contener la respiración, esperando mi reacción. Y entonces, como si alguien hubiera pulsado un botón, las gradas estallaron en aplausos y gritos de apoyo.

Me levanté, sintiendo una mezcla de vergüenza y... algo más.

No era ira. Ni exactamente alivio.

Era... calor.

Mientras bajaba las escaleras hacia él, podía sentir las miradas de *los Shadows*, los Reapers y prácticamente todos los presentes fijas en nosotros.

Kendric esperó inmóvil, pero con esa sonrisa pícara creciendo en sus labios.

Cuando me detuve frente a él, crucé los brazos y arqueé una ceja.

— ¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer?

— Claro que sí —Parpadeó, inclinando la cabeza como si fuera obvio—. ¿Hay algo más humano que un novio arrepentido pasando vergüenza ajena para conseguir el perdón de la mujer que ama?

La respuesta era tan típica de Kendric que no pude contener la risa.

— Está bien, cantante de gradas. ¡Estás perdonado! —Antes de que pudiera reaccionar, le di un rápido beso en la mejilla, lo que provocó aplausos aún más fuertes por parte del público.

Kellan y Kyle ya nos habían alcanzado, claramente satisfechos con el desenlace.

— Bueno, ha sido toda una actuación —comentó Kellan, pasando su brazo por mis hombros mientras Kendric se inclinaba teatralmente en señal de agradecimiento.

—No sé cómo lo aguantas —murmuró Kyle, pero había una discreta sonrisa en su rostro.

—Vamos a casa —suspiré, agotada por el espectáculo, pero extrañamente serena.

Mientras salíamos del estadio, sentí una ligereza que no había experimentado en días. Era justo lo que necesitaba: un respiro del caos, un momento de sencillez, aunque fuera ridículamente dramático.

Y, de alguna manera, Kendric lo sabía.

En ese momento, nada más importaba más que nosotros cuatro.

Y eso era suficiente.



La biblioteca de la mansión era especialmente acogedora esa noche, con el fuego crepitando en la chimenea y el reconfortante aroma de la pizza recién entregada mezclándose con el perfume amaderado de los libros antiguos. Era el tipo de refugio e e perfecto para una conversación que había estado posponiendo, pero que tenía que tener lugar lo antes posible.

Estábamos repartidos alrededor de la larga mesa de madera maciza. Kellan hojeaba uno de los libros, mientras Kyle manipulaba su ordenador portátil con su concentración habitual. Kendric, como de costumbre, se entretenía equilibrando una lata de refresco entre los dedos de una mano, mientras garabateaba algo en su bloc de notas.

—¿Por qué nunca os habéis unido a una fraternidad? —Mi pregunta surgió de repente, rompiendo el cómodo silencio que se había instalado.

Los tres levantaron la vista hacia mí, casi al unísono.

— ¿Esa es tu gran pregunta existencial de la noche, cariño? — preguntó Kendric, arqueando una ceja mientras esbozaba una sonrisa pícara.

—Es una pregunta válida —me encogí de hombros, mordiendo el último trozo de mi pizza—. Quiero decir, vosotros seríais perfectos para Omega Rho. Ya sois un poco siniestros por naturaleza, así que...

— ¿Siniestros, eh? —Kellan soltó una breve carcajada y cerró el libro con un suave golpe—. ¿Así es como nos ves?

— Ya sabes lo que quiero decir. — Puse los ojos en blanco, pero se me escapó una pequeña sonrisa—. Tenéis ese aura de chicos malos misteriosos, además, vuestro líder es Liam Davenport, que claramente sabe más de lo que debería. Parece que tendría sentido que os infiltráis en ese territorio, si quisierais.

Kyle cerró el portátil y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

—No nos involucramos con Omega Rho porque ya tenemos suficientes secretos con los que lidiar. Y los suyos no son precisamente... ligeros.

—¿Secretos? —Me incliné hacia delante, sintiendo cómo crecía mi curiosidad.

—Secretos que involucran lo sobrenatural —añadió Kellan, con tono serio—. Más de lo que nos gustaría admitir.

— ¿Y no creéis que podríais explotar eso en nuestro beneficio? —Era una pregunta sincera.

— No es tan sencillo, Hope. —Kendric negó con la cabeza, con una expresión ligeramente sombría—. Tienen conexiones que van mucho más allá de lo que parece... y pisar terreno ajeno cuando se trata de cosas de este nivel no es adecuado. Tenemos

responsabilidades claras. Siempre las hemos tenido. Y lo último que necesitamos son distracciones cuando nuestro objetivo es...

—¡En ti! —Kyle completó con su voz firme y cargada de intensidad.

—Bonito discurso —murmuré, recostándome en la silla, sintiendo cómo se me enrojecían las mejillas bajo su mirada.

— ¿Te molesta? —Kyle inclinó la cabeza, con la mirada fija en mí.

— No es eso —suspiré, frotándome las sienes—. Es que... maldita sea, estoy tratando de encontrarle sentido a cosas que no lo tienen.

— Sinceramente, ya llamamos lo suficiente la atención en el campus sin necesidad de ponernos chaquetas de fraternidad o jugar al lacrosse —Kellan esbozó una sonrisa despreocupada—. ¿Te imaginas el caos que sería?

—Tienes razón. ¡Ya sois el puro caos!

El peso del momento aún se cernía sobre nosotros cuando finalmente me di cuenta de que, aunque quería lidiar con algunos asuntos por mi cuenta, era importante compartir con ellos mis angustias internas. Éramos un equipo, acabábamos de restablecer nuestra confianza como unidad y sería injusto para los tres si me guardaba para mí algo que sabía que les afectaría, dada la preocupación que sentían por mi seguridad.

Cuando Kendric sugirió matar a Liam, me asusté un poco, porque en ese momento tenía muchas preocupaciones en la cabeza. Ahora volvíamos a estar alineados.

Tenía la garganta seca y el corazón me latía con fuerza en el pecho. Sabía que tenía que hablar, pero encontrar las palabras era como intentar caminar por la cuerda floja.

— Hay algo que deben saber.

Los tres inmediatamente dirigieron su atención hacia mí, así que saqué el móvil del bolsillo y busqué el mensaje que había recibido.

Aunque ya me sabía cada palabra, volver a leerlo me hacía temblar. Cuando finalmente entregué el dispositivo, sentí que mis dedos se enfriaban por los nervios.

Kellan fue el primero en coger el móvil. Su expresión pasó de la curiosidad a algo mucho más sombrío mientras leía. Le pasó el dispositivo a Kyle, que lo analizó con una mirada dura y controlada, y por último, a Kendric, que lo leyó rápidamente antes de levantar la vista hacia mí.

— ¿Y por qué nos estás contando esto ahora? —La expresión de Kendric era una mezcla de dolor y preocupación.

— Porque no sabía cómo reaccionarían —admití, con las palabras saliendo en un suspiro tembloroso—. Pensé que solo era una provocación estúpida, pero... hay algo más.

Me detuve un instante, tratando de organizar mis pensamientos, pero algo en mí parecía estar al borde del colapso.

El peso de las miradas de Kyle, Kellan y Kendric sobre mí parecía multiplicar la dificultad de hablar.

Empecé a contarles sobre Liam. Sus provocaciones, sus sonrisas calculadas y, sobre todo, la mención a Brian. A medida que las palabras salían, sentí que se me revolvía el estómago. No solo por el contenido, sino por la forma en que sabía que iban a reaccionar.

Los conocía lo suficientemente bien como para preverlo. Kendric explotaría, Kellan intentaría razonar y Kyle... Kyle siempre ocultaba lo que sentía tras una inquietante calma, pero era lo que más me asustaba.

Mientras hablaba, era como si estuviera echando más leña al fuego. ¿Debería haberme callado? ¿Acaso contarlo no formaba parte del juego de Liam, obligándolos a reaccionar exactamente como él quería?

Sabía que tenía que continuar, pero se me cerró la garganta y el peso de sus miradas me dificultaba aún más hablar.

Levanté la cabeza y encontré la mirada de Kellan, que parecía el más tranquilo. Pero sabía que esa tranquilidad era ilusoria. Estaba

allí, como siempre, tratando de darme espacio para hablar.

— Hoy en clase, escuché... —Respiré hondo, tratando de contener la oleada de emoción que amenazaba con engullirme—. Escuché los pensamientos de mis compañeros.

El silencio que siguió fue aún más opresivo que antes.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas, pero me negué a llorar.

Kellan se inclinó hacia delante, con los ojos ardientes de preocupación, y extendió la mano para coger la mía. Su tacto era cálido y reconfortante, pero no lo suficiente como para disipar el frío que me consumía por dentro.

Finalmente conté todo sobre el episodio que me había afectado más que la intimidante presencia de Liam Davenport.

— Y entonces... fue como si... —Miré la mesa, con los ojos fijos en la madera mientras luchaba contra las lágrimas que amenazaban con caer—. Fue como si algo podrido me invadiera. Esos pensamientos eran... repugnantes.

Los tres me miraban, aún procesando lo que acababa de decir.

—¿Estás diciendo que escuchaste los pensamientos de los chicos? —preguntó Kellan finalmente, con expresión dura.

—¡Joder! —murmuró Kendric, pasándose la mano por el pelo, visiblemente irritado.

Podía sentir el reconfortante calor de la mano de Kellan sosteniendo la mía, pero no me atreví a mirarlo.

—Hablaban de mí como si fuera un objeto. Como si estuviera allí para ser... utilizada.

Finalmente, miré a Kyle. Estaba de pie, mirando por la ventana con una postura tensa, los hombros rígidos como si estuviera conteniendo un volcán a punto de explotar.

—Esto es insoportable. —La voz de Kendric rompió el silencio como una navaja. Era baja, pero cargada de furia. Estaba a mi lado,

con los puños tan apretados que los nudillos se le habían puesto blancos—. ¿Quiénes se creen que son esos desgraciados?

— No se trata solo de lo que piensan. —Respiré hondo, tratando de mantener la calma, pero mi voz salió más alta de lo que pretendía—. Se trata de mí. De en lo que me estoy convirtiendo. ¡He oído esos pensamientos, Ken! Como si fuera... natural.

Kyle se giró lentamente, cruzó la habitación en unos pocos pasos hasta arrodillarse a mi lado. Me cogió las manos entre las suyas, sus ojos mirándome con una intensidad que me oprimía el pecho.

— Eso explica muchas cosas. —Su voz era controlada, pero podía sentir la ira burbujeando bajo la superficie.

— ¿Lo explica?

—Como íncubos, podemos acceder a la mente de las mujeres. Así es como entendemos sus deseos y fantasías. Es una habilidad instintiva.

— Entonces, ¿estás diciendo que...?

— Tu esencia de súcubo se está desarrollando.

— ¿Pero por qué ahora?

— No sabemos lo suficiente —respondió Kellan, con los ojos brillando con una feroz determinación—. Pero el punto en común es Halloween y el hecho de que volvimos a tener relaciones sexuales en el plano físico. Eso fue lo que despertó tu esencia súcubo la primera vez. Es lo que tiene más sentido, ¿no crees?

— ¿O tal vez sea... el vínculo? —sugerí, bajando la voz.

Los tres intercambiaron miradas rápidas.

— Son efectos secundarios de episodios distintos, amor —dijo finalmente Kyle, con expresión endurecida—. Pero tenemos que descubrir cómo se conecta todo esto.

Respiré hondo, tratando de asimilar todo lo que estaban diciendo.

—¿Y Liam? —pregunté finalmente, con la voz temblorosa al mencionar su nombre de nuevo—. ¿Qué está tratando de hacer?

—Está poniendo a prueba los límites —respondió rápidamente Kellan—. No sabemos por qué, pero no es una coincidencia.

— No me importa lo que sea —interrumpió Kendric, con la voz cargada de una ira que no se molestaba en ocultar—. Ese imbécil no tiene ni idea de con quién se está metiendo.

— Liam es humano, Ken —intervino Kyle, con un tono más tranquilo—. No podemos tratarlo como una amenaza sobrenatural.

— ¿Creéis que él envió el mensaje?

— No podemos descartar esa posibilidad —la expresión de Kendric se endureció—. Sabe más de lo que debería. Liam no solo está provocando, está jugando.

—¿Pero cuál es el objetivo? —Mi voz tembló.

—Eso es lo que tenemos que averiguar —señaló Kellan con mirada sombría—. Pero si cree que puede utilizarte como pieza en este juego, está muy equivocado.

Los tres se inclinaron ligeramente hacia delante, con expresiones que mezclaban preocupación y protección.

— Nunca dejaremos que enfrentes esto sola, Hope. — Kendric me tomó la mano con firmeza, como para reforzar sus palabras.

—¿Creéis que...? —Me detuve, agobiada por el peso de la pregunta—. ¿Que esto nunca va a terminar? ¿Que voy a seguir cambiando quién soy hasta convertirme en algo...?

Kyle apretó mis manos junto a las de Kellan y Kendric, como si quisiera transferirme algo de sí mismo.

—Cariño, tú sigues siendo tú. El resto... lo descubriremos juntos.

Sus palabras deberían haber sido reconfortantes, pero lo que más me impactó fue la convicción con la que las dijo.

Porque sabía que, para los tres, proteger mi esencia era más que una promesa. Era una misión.

Y en ese momento, a pesar del caos que me rodeaba, sentí una punzada de alivio.



CAPÍTULO 59

Entre culpas que corroen y verdades furtivas

El viento cortante silbaba a mi alrededor y, cuando abrí los ojos, lo primero que noté fue que no estaba en la mansión Scottfield.

El suelo bajo mis pies era el campo de lacrosse de *la Universidad de Thornvale*, pero algo no estaba bien. La hierba parecía quemada por algún fuego invisible, y el cielo... ¡Joder! Era de un rojo intenso y palpitante, como un corazón que late al ritmo equivocado.

Las gradas estaban vacías, pero podía sentir miradas.

Miles de miradas.

Invisibles y opresivas.

Tragué saliva y di un paso adelante, los sonidos de mi movimiento resonando como truenos en el espacio vacío. El estadio parecía infinito, como si la realidad se hubiera distorsionado, cada elemento exagerado. Las sombras de las torres de iluminación caían largas y sinuosas, pareciendo criaturas vivas que me observaban, esperando.

«Esto es un sueño». Mi voz salió baja, pero su eco se distorsionó, reverberando como si no fuera mía.

Estaba en la Dimensión Onírica.

Sola.

Intenté controlar mi respiración, pero el sonido de unos pasos aceleró mi corazón.

No eran los míos.

Me di la vuelta, pero no vi a nadie. Solo las gradas, vacías e interminables.

Y entonces oí:

—Corre... —susurró una voz.

Mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente pudiera procesarlo. Corrí, con los pies moviéndose rápidamente sobre la hierba quemada. El sonido de los pasos detrás de mí se intensificó, ahora eran múltiples. Había más de uno.

Cuando miré hacia atrás, allí estaba.

¡El Segador Fantasma!

Pero no era como la verdadera mascota del equipo. Era mucho más grande, como una sombra que absorbía toda la luz a su alrededor. Sus ojos brillaban con un rojo feroz bajo la capucha, y su guadaña... ¡Mierda! ¡La guadaña! El metal parecía latir, tachonado de runas que brillaban con un tono dorado macabro, como fuego antiguo.

— ¿Estás huyendo de mí o de ti misma, pequeña súcubo? —su voz era un susurro y un grito al mismo tiempo, resonando dentro de mi cabeza.

Tropecé y caí de rodillas. La hierba parecía rasgarme la piel, pero no había sangre. Solo el frío que penetraba en mi carne.

— Siempre huyes, ¿verdad? —interrumpió una voz conocida.

Mi corazón se encogió.

Levanté la cabeza y entonces lo vi: ¡Brian!

Estaba detrás del *Phantom Reaper,* con la mirada fija en mí, acusadora. Su piel era pálida, casi translúcida, y tenía una cicatriz en la garganta, una línea oscura que parecía brillar con el mismo rojo del cielo.

Recordé lo que Kyle me había dicho la otra noche: los fantasmas no invadían la Dimensión Onírica. ¡Lo que significaba que ese no era el verdadero Brian!

—Me mataste, Vallery —su voz era débil, pero cortante—. Todo lo que hice fue desearte. Y mira dónde estoy.

— No, Brian... yo no... —Negué con la cabeza, tratando de alejar sus palabras, pero parecían pegarse a mi mente.

—¿Vas a negarlo? —La voz del *Segador Fantasma* volvió, más cercana—. Él no fue el único. Te das cuenta, ¿verdad?

Me levanté, tambaleándome hacia atrás, tratando de alejar su opresiva presencia.

— ¿Qué quieres de mí? —grité, mi voz sonando frágil en el vacío.

—Quiero mostrarte quién eres realmente, pequeña súcubo...

El sonido de los pasos volvió, ahora más fuerte, más cercano.

Y entonces lo vi: ¡Liam!

Salió de las sombras como una presencia imponente, con los ojos brillando con un tono cruel, pero su sonrisa... esa sonrisa cortante estaba allí, como una navaja que hería sin tocar.

—Hola, Vallery. —Caminó lentamente, sus pies sin hacer ruido sobre la hierba—. Siempre supe que había algo malo en ti. ¡Ahora sé lo que es!

Intenté retroceder, pero mis piernas parecían pesadas, como si el propio suelo me estuviera sujetando.

—No es posible... —susurré, pero él solo sonrió, como si supiera algo que yo no sabía.

Liam es humano. ¡No puede acceder a mi mente en la Dimensión Onírica! ¿Cómo ha llegado aquí?

— No puedes huir de quien realmente eres, Vallery. —Su voz era tranquila, pero llena de veneno—. ¡Brian murió por tu culpa! ¿Y sabes qué es lo peor? *Ellos* también morirán.

— No... — Se me cortó la respiración.

—Kyle. Kellan. Kendric. —Dio un paso más cerca, inclinándose ligeramente, como si estuviera a punto de confiar un secreto—. Morirán porque te aman. ¡Porque los arrastraste a tu maldición!

— ¡Eso no es cierto! —grité, pero mi voz se quebró al final.

— ¿No? —El *Segador Fantasma* apareció junto a Liam, una figura imposible de ignorar—. Te estás convirtiendo en un monstruo, Vallery. Todo lo que tocas se marchita hasta morir.

—¡No! —Mi voz sonó más alta, pero aún así frágil. Me di la vuelta para intentar correr, pero estaban por todas partes.

Brian, Liam, el *Segador Fantasma.*

Corrí por el campo, con el sonido de las voces persiguiéndome, los pasos cada vez más cerca, más rápidos.

—¡Kyle! ¡Kellan! ¡Kendric! —grité, mi voz resonando como una llamada desesperada.

Por un momento, escuché sus voces.

Débil, pero ahí.

— ¡Vallery!

Están aquí en alguna parte...

Seguí corriendo, pero mi visión comenzó a nublarse. Los gritos y las voces parecían mezclarse, convirtiéndose en un zumbido incesante, como una melodía distorsionada que me arrastraba hacia la oscuridad.

El *Phantom Reaper* apareció frente a mí, con la guadaña en alto.

Pero no atacó, solo me señaló.

— Eres tu propia verdugo, pequeña súcubo. ¿Seguirás huyendo... o finalmente aceptarás lo que realmente eres?

Me detuve, con el corazón latiendo tan rápido que parecía a punto de explotar.

Mi pecho subía y bajaba a un ritmo frenético, los músculos de mis piernas pedían a gritos un respiro tras la carrera desesperada. Pero algo dentro de mí estaba cansado de huir.

No había ningún sitio al que huir. Y, por primera vez, lo supe.

El campo de lacrosse, que antes parecía infinito, ahora era sofocante, con las sombras de las gradas moviéndose como si tuvieran vida propia, rodeándome. Las voces de Brian, Liam y el *Phantom Reaper* se mezclaban en un torbellino de acusaciones y burlas.

Pero entonces, de repente, hice lo que parecía imposible: me di la vuelta.

Brian estaba más cerca. Sus ojos vacíos me perforaban y finalmente pude sentir el peso de lo que él representaba dentro de esa pesadilla.

Mi culpa.

Mi culpa.

—Brian... —Mi voz sonó débil al principio, pero me obligué a continuar—. Escúchame, por favor.

Él dudó y luego dio un paso adelante. Su presencia era abrumadora, como si todo el campo se comprimiera a nuestro alrededor.

—¿Qué quieres, Vallery? —Su voz sonó dura, pero quebradiza.

Intenté contener las lágrimas que me quemaban los ojos, pero brotaron calientes y furiosas.

—Quiero... —Respiré hondo, sintiendo un nudo en la garganta —. Quiero decir que lo siento.

— ¿Quieres disculparte? —Arqueó una ceja, y sus labios se curvaron en una sonrisa triste—. ¿Por qué, exactamente?

Sus palabras eran como una navaja afilada, cada sílaba cortaba profundamente un pedazo de mi alma, pero sabía que tenía que continuar.

— Por lo que pasó —mi voz tembló—. Yo... te utilicé.

— ¿Y crees que eso cambia algo? —Brian se rió, una risa hueca y cortante que me revolvió las entrañas.

— No cambia nada —asentí con la cabeza, con los sollozos atascados en la garganta—. Pero quiero que sepas que nunca fue mi intención. Haría cualquier cosa para deshacer lo que pasó. Si hubiera sabido que eso te quitaría la vida...

— ¿Me habrías dejado vivir y habrías dejado morir a Kyle? —Dio un paso más hacia delante, con los ojos ardientes de indignación—. ¿Es eso?

Sus palabras me oprimieron el corazón, pero no podía negar la verdad.

—No —admití en voz baja—. Habría muerto antes de hacerte daño. Y habría muerto para salvar a Kyle también.

Brian se quedó en silencio por un momento y entonces algo en su expresión cambió.

La furia desapareció, dando paso a algo que parecía... alivio.

— ¿De verdad crees eso? — Dio un paso atrás, como si necesitara distancia—. Parece que lo que me pasó te hizo valorar tu humanidad.

—Mucho—, insistí, limpiándome las lágrimas que manchaban mi rostro.

Brian sonrió levemente, pero fue breve. Luego se dio la vuelta, como si estuviera a punto de desaparecer, y se detuvo de nuevo.

—Quizás... —comenzó, con la voz más suave ahora—. Puedo finalmente perdonarte.

Antes de que pudiera responder, Liam salió de las sombras, con una presencia tan cortante como antes. Parecía menos amenazador, pero sus ojos seguían teniendo el mismo brillo cruel y enigmático.

— Por fin has afrontado la verdad —sonrió, pero había algo sombrío en ese gesto—.

— ¿Por qué estás haciendo esto? —Di un paso atrás, todavía jadeando.

— Porque alguien tenía que hacerlo. —Inclinó la cabeza, con los ojos fijos en mí—. Estabas ocultándote la verdad a ti misma y retrasando tu propia evolución.

No sabía qué decir. Una parte de mí quería odiarlo, pero había algo terriblemente honesto en sus palabras.

— ¿Y ahora qué?

Liam dio un paso atrás, la oscuridad parecía envolverlo como un manto.

— Ahora Brian puede descansar en paz. Yo puedo seguir adelante con mi vida. Y tú puedes continuar buscando tu propio camino. — Su voz era casi un susurro, pero resonó a mi alrededor como un trueno.

Antes de que pudiera decir nada más, Liam desapareció, dejando solo el sonido del viento cortante en el aire.

Pero el *Segador Fantasma* seguía allí. Y apareció ante mí, gigantesco, con la guadaña brillando con un rojo intenso, como si hubiera absorbido la energía de todo lo que lo rodeaba.

—Te has enfrentado a tu mayor culpa. —La voz era un rugido, cada palabra vibraba en mi pecho—. Pero eso no cambia lo que eres.

Mi respiración se aceleró, y el terror volvió a apoderarse de mí.

Pero no huí.

—¿Qué soy? —desafié, con la voz cargada de una ira que ni siquiera sabía que existía.

—Un monstruo. —Inclinó la cabeza, la máscara de calavera reflejando mi propia imagen—. Un súcubo. Una criatura capaz de destruir todo y a todos a su alrededor.

—¡No! —Mi voz sonó firme.

— ¿Lo niegas? ¿Incluso ahora? —Se rió, un sonido grotesco que hizo vibrar el suelo bajo mis pies.

—No lo niego. —Lo miré directamente, la intensidad de mi mirada ardiendo como el fuego—. Soy un súcubo. Pero no soy un monstruo. Entre lo que soy capaz de hacer y lo que deseo o no deseo hacer con todo y con todos a mi alrededor, hay un gran abismo.

El *Segador Fantasma* se rió de nuevo, pero yo no retrocedí. A pesar de que el miedo aún me oprimía el pecho, tomé la decisión de actuar.

Respiré hondo y enderecé mi postura, sintiendo mi cuerpo vibrar con una energía que aún era nueva, pero que ya parecía una extensión de mí misma.

— ¿Por qué te preocupas tanto por mí? —Mi voz rompió el silencio, resonando en el vacío distorsionado del estadio—. ¿Acaso

temes en lo que puedo convertirme?

El *Segador Fantasma* se detuvo, con la guadaña suspendida en el aire mientras inclinaba la cabeza hacia mí. La máscara de calavera lo hacía imposible de leer, pero podía sentir cómo cambiaba la tensión en el ambiente.

— ¿Crees que puedes desafiarme? —Su voz sonó como un trueno, pero esta vez no temblé.

—Creo que tienes miedo —repliqué, dando un paso adelante—. Miedo de lo que soy capaz de hacer.

Él se rió, pero era una risa forzada, en un intento de enmascarar algo más profundo.

—Eres un monstruo. Un error de Lilith. —Su voz perdió algo de fuerza, como si mis palabras hubieran encontrado una grieta en su armadura.

Sentí que algo dentro de mí despertaba, una conexión con la esencia que siempre había temido. La energía fluía a través de mí, fuerte e instintiva, como si supiera exactamente qué hacer incluso antes de que yo lo pensara.

El suelo bajo mis pies tembló y el aire a mi alrededor comenzó a vibrar. Los espejos que reflejaban mis miedos e inseguridades —los murmullos de Brian, la mirada acusadora de Liam e incluso el juicio del *Phantom* Reaper— comenzaron a agrietarse, y los fragmentos cayeron y desaparecieron en el vacío.

La energía que emanaba de mí creció y la proyecté con todas mis fuerzas.

—No me controlas. —Mis palabras fueron firmes, cargadas de una convicción que ni siquiera sabía que tenía—. ¡Y nunca me controlarás!

El *Phantom Reaper* intentó avanzar, pero una oleada de fuerza brotó de mí y lo golpeó como un maremoto. Gritó, un sonido grave y casi inhumano que resonó por todo el estadio.

Pero antes de desaparecer por completo, dijo:

— Puedes resistirte, pero las sombras ya están dentro de ti. ¡Veremos cuánto tiempo tardas en decidir abrazarlas!

Las palabras resonaron, cada sílaba cortante e impregnada de enigma, antes de que su forma se desintegrara en una explosión de luz y sombras, consumida por la fuerza que yo había proyectado.

Y entonces, volvió el silencio.

Jadeé, sintiendo el cuerpo pesado, pero no débil. Al contrario, una ola de calor y fuerza me invadió.

Ya no tenía miedo.

El *Segador Fantasma* podía tener razón sobre las sombras que había dentro de mí, pero eso ya no importaba.

Lo que importaba era que, por primera vez, yo las controlaba y no al revés.



MOMENTOS ANTES...
KYLE SCOTTFIELD

El fuego de la chimenea de la biblioteca crepitaba suavemente, iluminando las estanterías con un cálido resplandor que contrastaba con la pesada energía que aún flotaba en el aire. Después de todo lo que Vallery había revelado, ninguno de nosotros conseguía relajarse por completo.

No era de extrañar. La provocación de Liam, los cambios por los que ella estaba pasando... parecía que nuestro mundo estaba en constante desequilibrio.

Yo estaba inclinado sobre el portátil, buscando referencias que pudieran explicar los efectos de mi vínculo con Vallery. Kendric, por su parte, estaba absorto en su bloc de notas, garabateando posibilidades que sin duda implicaban planes elaborados e improvisados al mismo tiempo. Kellan, por otro lado, optó por los libros antiguos, sumergido

en palabras que parecían tan polvorientas como las páginas que las contenían.

Y Vallery...

Estaba a mi lado con un libro abierto delante de ella, pero sus ojos ya se habían cerrado.

La observé por un momento, su expresión serena contrastaba con la tormenta que sabía que habitaba en su interior. Su mano aún descansaba sobre la página del libro, pero su cuerpo ya había cedido al agotamiento.

Después de lo que había enfrentado durante el día, no era de extrañar.

«No deberías habérselo contado ahora», resonó la voz de Kellan en mi mente, recordándome una conversación anterior en la que mencioné que su lado súcubo se estaba desarrollando. *«Ya lleva una carga demasiado pesada».*

Quizás él tenía razón.

Pero Vallery tenía derecho a saberlo.

Era su vida. Su destino.

Solo que ahora, mientras la observaba dormir, sentí un nudo en el estómago. Parecía vulnerable y eso nunca dejaba de molestarme. No por dudar de su fuerza, porque sabía que Vallery era increíblemente fuerte. S e porque el peso de lo que enfrentábamos parecía mayor de lo que cualquiera debería cargar solo.

Fue entonces cuando noté que la energía de la biblioteca cambiaba de repente. El fuego de la chimenea titilaba y las sombras de las paredes parecían cobrar vida propia, como si el ambiente estuviera reaccionando al sueño de Vallery.

Gracias a nuestro vínculo, pude sentir la alerta.

—Está soñando —murmuré, más para mí mismo que para mis hermanos—. Y está sola.

Kellan levantó la vista del libro, con evidente preocupación en su expresión.

—¡Tenemos que ir a buscarla! —Kendric se puso de pie inmediatamente, dejando el bloc de notas olvidado sobre la mesa.

—¡Lo sé, joder!

Ya lo habíamos hecho antes, cruzar juntos al Onírico, pero nunca con tanta urgencia. Solo que ahora era diferente. Parecía mucho más... sombrío.

Kellan se acercó, con la mirada fija en Vallery. Ella parecía tan tranquila, pero yo sabía que en el Onírico las cosas podían ser todo menos eso.

—Vamos, antes de que sea demasiado tarde.

Cerré los ojos, concentrándome en la energía que fluía de ella. Una conexión que siempre había estado ahí, pero que nuestro vínculo matrimonial había intensificado. Era como un hilo invisible que me unía a Vallery, algo que podía sentir incluso a distancia.

Y entonces empecé a darme cuenta: el frío. La oscuridad. El sonido de pasos resonando en un vacío sin fin y una voz que parecía venir de todas partes al mismo tiempo.

«¿Estás huyendo de mí o de ti misma, pequeña súcubo?».

El frío me golpeó de lleno cuando finalmente logré cruzar al Onírico. No era un frío común. Era el tipo de frío que penetraba hasta los huesos, un vacío helado que me hacía hormiguear la piel.

El campo de lacrosse de *la Universidad de Thornvale* estaba allí, pero distorsionado. Como un cuadro en el que el artista se hubiera vuelto loco en medio del proceso.

El cielo latía con un rojo vivo, como una herida abierta en el tejido de la realidad, y el sonido de los pasos resonaba como truenos a mi alrededor.

—¿Sientes eso? —preguntó Kellan a mi lado con voz apagada, como si el propio Onírico intentara silenciarlo.

Asentí, con los ojos fijos en las sombras que se extendían por el campo como tentáculos vivos.

— Ella está aquí —afirmó Kendric, con urgencia en su clara voz —. Pero...

— Pero no estamos solos —añadí, porque sabía lo que quería decir.

Algo nos observaba, una presencia que no se molestaba en ocultarse.

De repente, el sonido de un grito cortó el aire, helándome la sangre.

Era Vallery.

Sin dudarlo, eché a correr, con los pies moviéndose sobre la hierba quemada, pero el espacio parecía estirarse, las gradas en la distancia siempre fuera de mi alcance.

Era como si el propio sueño nos alejara de ella.

—¡Vallery! —grité, pero mi voz fue engullida por el vacío.

Finalmente, la vi. Estaba en el centro del campo, rodeada.

El *Segador Fantasma* era una silueta gigantesca, con la guadaña en sus manos reflejando el brillo macabro del cielo. A su lado estaban Brian Mitchell y Liam Davenport.

Mi corazón se encogió al ver a Vallery en estado de pánico absoluto. Sus ojos fijos en la figura de Brian, como si él fuera una herida abierta que ella no podía curar.

Nunca se perdonó por aquella noche. Y fuera lo que fuera a lo que se enfrentaba, sabía exactamente cuáles eran sus puntos débiles.

La voz del *Phantom Reaper* resonó como un trueno, reverberando por el campo.

Quería correr hacia ella y sacarla de esa pesadilla, pero algo me mantuvo en mi sitio. No era algo físico, sino una sensación... como si tuviera que dejar que ella se enfrentara a eso por sí misma.

El vínculo...

Ella cayó de rodillas, con la cabeza gacha como si estuviera a punto de rendirse.

—¿Kyle? —susurró Kendric a mi lado, pero no lo miré.

—Vamos a por ella —sugirió Kellan con tono desesperado, pero extendí el brazo para detenerlos.

— Esperad. — Mi atención estaba fija en Vallery.

Los dos me miraron como si hubiera perdido la cabeza, pero algo me decía que intervenir ahora sería un error.

Siento todo lo que ella siente, y lo que el vínculo me impone hacer o no hacer.

Vallery levantó la cabeza. Su expresión aún mostraba miedo, pero había algo más allí. ¡Determinación! Dio un paso adelante, con los ojos fijos en Brian.

Él dudó, como si no esperara que ella se enfrentara a él.

Y entonces, algo cambió. El cielo se oscureció, las sombras a su alrededor parecían cobrar vida.

Sentí que Kellan se movía a mi lado, pero lo volví a sujetar.

— Ella puede hacerlo —murmuré, más para mí mismo que para ellos.

—¿Qué? —preguntó Kendric, pero no le respondí.

Sabía que podía hacerlo.

La energía que rodeaba a Vallery comenzó a cambiar, y fue entonces cuando me di cuenta.

— Ahora se está enfrentando a sí misma, no debemos intervenir...

El *Phantom Reaper* avanzó con la guadaña en alto, pero la energía que emanaba de Vallery explotó en un arco de luz y sombras, agrietando el suelo a su alrededor.

El silencio que siguió fue casi ensordecedor.

Di un paso adelante, con los ojos fijos en ella. Vallery estaba de pie, jadeando, pero firme. Quería decir algo, pero las palabras parecían escapárseme. Entonces se volvió, y su mirada cansada se encontró con la mía. Y en ese momento, lo supe.

Vallery ya no necesitaba que la salváramos.

Acababa de salvarse a sí misma.

De repente, recordé la noche en que la vi por primera vez así, envuelta en una energía que apenas entendía, luchando por aceptar lo

que era. Pero ahora... Vallery era dueña de sí misma. Y había algo increíblemente poderoso en eso.

—Realmente lo ha conseguido... —oí el susurro ronco de Kendric justo detrás de mí.

Kellan soltó una carcajada, lo que me hizo mirarlo de reojo mientras lo escuchaba presumir:

—Nunca lo dudé, pero... ¡joder, qué visión!



CAPÍTULO 60

Entre sombras que consumen y fuerzas que liberan

Cuando abrí los ojos, lo primero que sentí fue el reconfortante calor de la chimenea, que contrastaba con el frío opresivo que aún parecía envolver mi piel. El sonido del crepitar del fuego se mezclaba con el pesado silencio de la biblioteca, como si el propio ambiente estuviera procesando lo que acababa de suceder.

Mis músculos estaban rígidos, como si hubiera corrido una maratón, y había una vibración residual en mi piel, una energía que no podía definir si era mía o del Onírico. Parpadeé varias veces, tratando de enfocar la vista en el techo ornamentado, pero las imágenes de la pesadilla aún estaban grabadas en mi mente, tan vívidas.

—Se ha despertado —la voz de Kendric rompió el silencio, sonando apagada, como si hubiera dudado en hablar.

Giré lentamente la cabeza hacia un lado y vi a los tres. Kyle estaba sentado a mi lado, con los ojos fijos en mí con una intensidad que me hizo querer apartar la mirada, pero no pude. Kellan estaba de pie, con los brazos cruzados, con una expresión más seria de lo habitual, mientras que Kendric estaba de espaldas a la mesa, como si necesitara algo sólido en lo que apoyarse.

—Bienvenida de nuevo, Hope —Kendric intentó sonreír, pero no le llegó a los ojos.

— ¿Qué...? —Mi voz sonó ronca y tosí ligeramente antes de continuar—. ¿Qué ha pasado?

Kyle se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada fija en mí.

— Nos tenías preocupados. Estábamos aquí y... — Dudó, buscando las palabras adecuadas—. Fuiste arrastrada al Onírico sola.

Sus palabras me trajeron de vuelta todo lo que había sucedido. El *Phantom Reaper,* Brian, Liam... cada momento estaba grabado en mí como cicatrices recientes.

—Esta vez fue... diferente —murmuré, sintiendo un hormigueo en las manos.

— ¿Cómo diferente? —Kellan se inclinó hacia delante, con el ceño fruncido por la preocupación.

Me acomodé en la silla, aún sintiendo el peso del cansancio en mi cuerpo. Kyle inmediatamente extendió la mano para ayudarme, pero la rechacé amablemente. Necesitaba sentir que podía hacerlo sola, aunque mi cuerpo protestara.

— Era como si esa entidad estuviera tratando de quebrarme... como si supiera exactamente qué me haría caer.

— Pero no caíste. —La voz de Kendric sonó firme, cortando el aire—. Lo vimos.

— ¿Lo vieron? —Lo miré, confundida.

—Cuando cruzamos al Onírico, ya estaba sucediendo todo —explicó Kellan—. Tú enfrentándote a Brian, Liam y esa versión malvada de la mascota del equipo.

— Y no hicimos nada porque... —comenzó Kyle, pero su voz falló por un momento. Miró al suelo, como si se estuviera castigando por ello.

—Porque sabían que tenía que lidiar con eso sola —completé por él, sintiendo una ola de gratitud y vulnerabilidad que me invadió.

No respondieron de inmediato, pero la expresión de Kellan se suavizó. Kendric finalmente pareció relajarse, y una sonrisa cansada volvió a su rostro.

—Lo has conseguido, Vallery —Kyle finalmente levantó la vista para mirarme—. Te enfrentaste a tus mayores miedos y venciste.

Había calidez en sus palabras, y algo más. Como si no solo me estuviera hablando a mí, sino que intentara reforzar la idea para sí mismo.

Quería sonreír, pero el peso de lo que había enfrentado aún pesaba sobre mí.

— ¿Sabían que era capaz de hacerlo? —pregunté casi en un susurro.

—Siempre. —Kendric respondió rápidamente, sin dudar.

—Más o menos— añadió Kellan, cuyo tono jovial actuó como un ancla en el caos que aún rondaba mi mente.

Pero Kyle se quedó en silencio por un momento, antes de responder finalmente:

—No lo supe todo el tiempo —me miró directamente, y había algo bullendo en sus iris obsidianos—. Pero cuando te vi de pie, enfrentando tus propios miedos, sentí que ya no nos necesitarías para luchar tus batallas.

— Eso no es cierto —repliqué rápidamente, la idea me golpeó como un puñetazo en el estómago—. Siempre os necesitaré.

— No de la misma manera. —Kyle sonrió levemente, pero había algo melancólico en su gesto.

El silencio que siguió fue diferente. No era incómodo, sino cargado de comprensión. Porque tenía razón. Me enfrenté a lo peor que había dentro de mí. Y gané. Pero, de alguna manera, eso hacía que lo que estaba por venir fuera aún más amenazador.

Mantuve su mirada por un momento, sintiendo cómo algo se apretaba dentro de mí. Las palabras de Kyle contenían una verdad que aún no estaba lista para aceptar, pero sabía que tenía que afrontar. No se trataba solo de necesitarlos, sino de lo que significaba ser fuerte por mí misma.

Incliné la cabeza, dejando que el silencio se prolongara unos segundos más. Los ecos del Onírico aún estaban vivos dentro de mí, cada fragmento cargado de significado. Brian. Liam. El *Phantom*

Reaper. Cada uno de ellos representaba algo que había estado evitando por miedo a enfrentarlo.

Respiré hondo y cerré los ojos por un momento, permitiendo que la introspección llegara.

Brian era mi culpa. Una herida que nunca quise admitir del todo, pero que ahora, de alguna manera, parecía... cicatrizar. Lo había enfrentado y admitido mi mayor error.

Liam era mi duda. La voz que siempre se preguntaba si estaba condenada, si lo que soy significaba que todos a mi alrededor sufrirían. Su provocación, incluso en el Onírico, me había afectado profundamente. Pero me di cuenta de que no tenía el poder que creía tener sobre mí.

Y el *Segador Fantasma*... él lo era todo. El miedo, el juicio, las sombras que me rodeaban. Era la personificación de lo que podría llegar a ser, si me lo permitía.

Pero lo había derrotado. No porque no fuera poderoso, sino porque finalmente acepté quién soy. No un monstruo, sino alguien que podía controlar su propia fuerza y moldearla.

Abrí los ojos lentamente y miré a Kyle, que seguía observándome.

—Lilith no ocultó mi identidad porque fuera débil y vulnerable —revelé en un tono más firme y seguro—. Me protegió porque tal vez soy demasiado poderosa incluso para su propia comprensión. Pero pase lo que pase, a partir de ahora, no permitiré que eso me consuma sin que pueda controlarlo.

—Tengo que admitirlo, Hope. ¡Ver cómo le dabas una paliza a ese *Reaper* fue jodidamente espectacular! —Kendric soltó una risa baja, cruzando los brazos mientras se inclinaba contra la mesa.

—¿Estabas preocupado, Ken? —No pude evitar la sonrisa que se dibujó en mis labios.

— ¿Quién, yo? —Hizo un gesto exagerado de indiferencia—. ¡Nunca dudé de ti ni por un segundo!

—Ah, claro. —Kellan resopló, lanzando una mirada sarcástica a su hermano—. Porque no te vi casi romper la mesa de tanto golpearla con el puño mientras ella estaba sola en el Onírico.

— Eso fue estilo, Kellan. Deberías aprender. — Kendric le guiñó un ojo, provocando la risa de todos nosotros.

Pero la alegría no duró mucho.

— El *Segador Fantasma...* no era solo una proyección de mis miedos, ¿verdad?

Los tres intercambiaron miradas rápidas, y fue Kellan quien respondió:

— No. Era algo mucho más grande.

—Algo del infierno —añadió Kyle con tono sombrío.

Se me revolvió el estómago.

—Y lo suficientemente poderoso como para interferir en la Dimensión Onírica —Kendric se alejó de la mesa, con una expresión más seria ahora—.

—¿Y qué tiene que ver Liam Davenport con esto? Es humano.

— Hay una conexión entre Omega Rho y el verdadero *Phantom Reaper* —Kellan acercó una silla y se sentó a mi lado, tamborileando con los dedos en el brazo del mueble—. La mascota del equipo es, en realidad, solo un símbolo que representa a una entidad oculta que los miembros de la fraternidad veneran en secreto.

—Liam era el mejor amigo de Brian —señalé, haciendo las conexiones—. Y es el líder de Omega Rho...

— Sin duda hizo algún tipo de pacto, creyendo que estaba tratando con el *Phantom Reaper* —continuó Kellan—. Porque quería respuestas sobre Brian.

Kyle pareció dudar, pero Kendric no perdió tiempo:

— Y sea lo que sea lo que está detrás de Hope, lo ha utilizado en su beneficio.

—Se me ocurren tres posibilidades, y ninguna de ellas suena menos peligrosa. —Kyle bajó la cabeza por un momento, como si

estuviera eligiendo cuidadosamente las palabras.

—Lilith —sugirió Kellan, con tono grave.

— No creo que sea ella —intervine, recordando un detalle importante—. El *Segador Fantasma* dijo que yo era un monstruo, un error de Lilith. No creo que ella piense eso de su propia hija. De lo contrario, se habría deshecho de mí hace mucho tiempo.

—¡Lucifer! —exclamó Kendric, casi gritando, con los ojos ardientes de intensidad y un poco de desesperación—. Y si es él, estamos jodidos. En el peor sentido de la palabra.

La mención de ese nombre me provocó un escalofrío.

—O Asmodeus. —Kyle me miró directamente, el peso de las siguientes palabras reflejado en su expresión.

— No es propio de nuestro padre hacer este tipo de juegos furtivos —aclaró Kendric, pensativo—. Asmodeus tiene fama de ser implacable y muy directo. Además, somos sus hijos. ¿Por qué haría tanto misterio en lugar de simplemente tocar el timbre de la mansión y saludar antes de acabar con nuestra raza?

— Por ahora todo son especulaciones —Kyle fue sincero—. Pero una cosa está clara ahora: Vallery está a prueba.

— ¿Prueba? —Tragué saliva, con el corazón acelerado—. ¿Qué significa eso exactamente?

— Que está siendo puesta a prueba —declaró Kellan, con una convicción en su voz tan sólida como un muro.

Asimilé sus palabras, sintiendo cómo el peso se posaba sobre mis hombros como una cadena invisible.

— ¿Entonces es como si fuera una pieza de ajedrez en un juego en el que nadie me ha pedido que participe? —Mi voz sonó más baja de lo que pretendía.

Kyle dio un paso adelante y se agachó para ponerse a mi altura. Sus ojos ardían con esa intensidad controlada que siempre mantenía, incluso en las situaciones más críticas.

— No eres una pieza de ajedrez, amor. —Me tomó la mano con firmeza por un momento, antes de soltarla—. Eres el tablero completo.

Sus palabras me impactaron como una descarga. Por un momento, no supe qué decir. Entonces, finalmente me levanté, sintiendo cómo el peso del agotamiento me dominaba poco a poco, pero algo dentro de mí comenzaba a aclararse.

— ¿No os parece extraño que, a pesar de ser una biblioteca muy completa, la información que realmente estamos buscando no esté en ninguno de estos libros? —Planteé una cuestión que me había estado inquietando desde que Kendric y yo comenzamos nuestras investigaciones.

— ¿Qué quieres decir, amor? —Kyle parpadeó, ligeramente interesado.

—Los íncubos y súcubos no son criaturas del plano físico —señalé con calma—. Es lógico que no haya mucha información documentada. Todo lo que realmente he aprendido proviene del dossier que preparó Kendric. Pero... ¿en qué se basa?

— ¿Estás dudando de mí, Hope? —Kendric arqueó una ceja, con una expresión entre herida y desafiante.

— ¡No es eso, Ken! Piénsenlo conmigo, yo soy una criatura única. Pero ustedes también son los únicos íncubos capaces de materializarse tanto en el plano onírico como en el físico, naciendo en cuerpos humanos. ¿Eso no los convertiría en *cambiones*?

— No, porque nuestra esencia es completamente demoníaca —aclaró Kellan en tono práctico—. No fuimos engendrados a partir de la fecundación entre especies. No somos mitad humanos. Nuestra alma fue insertada en fetos humanos que nacerían muertos.

La revelación me tomó por sorpresa.

—Eso explica tantas cosas que ni siquiera sabía cómo preguntar... —murmuré, mientras lo asimilaba—. ¿Lo ves? No encontramos nada de esto en los libros. Entonces, ¿por qué habría algo relacionado con el vínculo matrimonial entre demonios o las consecuencias de una relación romántica entre íncubos y súcubos?

—¿A dónde quieres llegar con eso, Hope? —Kendric cruzó los brazos, pero había un brillo de curiosidad en sus ojos.

—Nosotros somos la historia en acción —mis palabras salieron con más firmeza de la que esperaba—. En lugar de intentar encontrar información en otros libros, deberíamos centrarnos en escribir el nuestro. Documentar todo desde el principio, establecer conexiones con lo que sabéis sobre vuestra propia naturaleza y sobre lo que hay de similar en otras criaturas...

—Encontrar patrones —añadió Kellan, muy interesado.

—Y desafiarnos a nosotros mismos en busca de la verdad. — Finalmente llegué a donde realmente quería. —¿Han conocido a algún ángel durante su existencia?

— No. —Su respuesta unánime me provocó una punzada de frustración.

—Los ángeles son criaturas sin libre albedrío —explicó Kendric, apoyándose de nuevo en el borde de la mesa—. No es habitual que se dispersen por ahí. Son seres con propósitos definidos por el Creador. Lucifer y algunos otros son excepciones rebeldes.

— No hay nada relevante sobre ellos en ninguno de los libros que hemos investigado. Ni siquiera en Internet, tú mismo no has encontrado nada.

— Precisamente por eso se me ocurrió la idea de desarrollar mi base de datos unificada. Pero llevará años alimentarla y no creo que tengamos tanto tiempo. Los cambios están ocurriendo demasiado rápido.

Respiré hondo, sintiendo que se avecinaba la siguiente revelación.

— Parte de mi esencia es celestial. Y necesito saber más sobre ella. — Crucé los brazos, inclinando ligeramente la cabeza—. ¿Sinceramente? No creo ni una palabra de lo que Lilith les ha dicho. Para mí, no tiene ningún sentido.

— ¿En qué sentido, exactamente? —Kyle me animó a continuar.

— Si mi esencia celestial crea una barrera que impide que otros íncubos me rastreen y repone mi energía vital cada vez que tenemos relaciones sexuales en el Onírico... me está protegiendo y curando. ¿Por qué colapsaría hasta el punto de matarme?

—¿Por qué Lilith mentiría sobre eso? —Kendric parecía genuinamente perplejo.

— Porque ustedes son íncubos materializados en el mundo humano, y así como puedo alimentarlos en la Dimensión Onírica... creo que puedo hacer lo mismo en el plano físico.

— ¿Estás insinuando que tu madre nos mintió porque quería evitar que folláramos? — Kendric soltó la pregunta con una mezcla de ironía y escepticismo.

—¡Por favor! ¡Somos demonios sexuales! —repliqué, poniendo los ojos en blanco—. Y vosotros sois muy atractivos. Tenemos la misma edad y, desde que nos conocimos, estamos obsesionados los unos con los otros. No creo que Lilith dejara pasar algo así. Tú mismo dijiste que es una estratega implacable, que todo lo que hace tiene un propósito definido.

Kellan soltó una risa ahogada, pero Kendric seguía pensativo.

— ¿Previó que los tres nos sentiríamos atraídos por ti?

—No solo eso, sino que también estoy segura de que Lilith sabía que yo me sentiría atraída por vosotros. Los hijos del príncipe de la lujuria y el demonio con el que ella tiene un vínculo matrimonial. ¿Conocéis ese dicho... que la manzana no cae lejos del árbol?

— Ahora mi mente está dando vueltas.

—¿Sabes lo que realmente creo? —Bajé la voz, dejando que el peso de mis palabras se instalara—. Que Lilith no quería que me involucrara con vosotros porque cuanto más me involucro, más fuerte me vuelvo. Quizás quería limitar mi fuerza hasta el momento adecuado... o mantenerme vulnerable para controlar mejor en lo que puedo convertirme.

Los tres se quedaron en silencio, asimilando la idea.

— ¿Y de dónde sacaste esa teoría? —preguntó Kellan finalmente, cruzando los brazos y mirándome atentamente.

— Hay algo dentro de mí que resuena cada vez más fuerte y me hace comprender mi esencia con mayor profundidad desde que derroté al *Phantom Reaper.* —Sentí un escalofrío recorriendo mi espina

dorsal al admitirlo—. Es como si una llave se hubiera girado en mi cerebro, trayendo una nueva conciencia. No puedo ignorarlo. Es parte de quien soy.

Kyle cruzó los brazos e inclinó ligeramente el cuerpo hacia delante, como si intentara descifrar algo en mis palabras.

—Entonces, ¿qué estás sugiriendo? —preguntó con tono cargado de curiosidad.

— Todavía lo estoy pensando —admití, mordiéndome el labio inferior, mientras mis pensamientos corrían en varias direcciones al mismo tiempo—. Pero no podemos simplemente esperar a que las respuestas nos caigan del cielo. Tenemos que provocar lo desconocido.

—Provocar lo desconocido —repitió Kendric, con una sonrisa desafiante en el rostro—. Eso suena como algo que puede salir muy mal.

— O muy bien —repliqué, encontrando su mirada—. Hasta ahora, todo lo que hemos hecho ha sido reaccionar. Ha llegado el momento de tomar la iniciativa.

—¿Tienes algo específico en mente? —Kyle suspiró, pasándose la mano por el pelo, claramente dividido entre el escepticismo y la lógica de mi propuesta.

— Sí. —Crucé los brazos, con la idea finalmente tomando forma en mi mente—. Necesito explorar los límites de mi esencia celestial, comprender cómo interactúa con mi esencia demoníaca y, sobre todo... con la de ustedes. Lilith nos quiere separados por una razón, pero no creo que sea la que ella dijo.

¿Lilith quiere protegernos a nosotros o protegerse a sí misma?

— Realmente crees que mintió —afirmó Kyle, no lo preguntó.

Asentí lentamente.

— Creo que nos subestimó... o temía lo que podríamos llegar a ser juntos.

Kendric se rió, aunque había algo sombrío en su expresión.

— Eso es muy propio de Lilith. Controlar las variables, manipular todo lo que la rodea. Pero ¿por qué impedirte explorar tu

propio poder?

¿Acaso teme en lo que puedo convertirme o lo que mi fuerza representa para el Infierno?

Todavía tenía muchas dudas, pero nuevas certezas me invadían.

— ¿Y si eso es exactamente lo que espera quienquiera que esté detrás de esta prueba? —Kyle descruzó los brazos e inclinó ligeramente el cuerpo hacia mí.

De repente, recordé un detalle importante.

— Mientras estábamos en el Onírico, Liam dijo que yo estaba ocultando la verdad sobre mí misma y retrasando mi evolución... Después de que asumí la culpa por Brian, mencionó algo sobre que ahora debía continuar buscando mi propio camino. Creo que de eso se trata esta... prueba. Antes de Halloween, empecé a dormir sola y vosotros inventasteis un , otra regla sobre no tocarme en el plano físico. Nos estancamos y permanecimos en la zona de confort.

— Tiene sentido.

— El vínculo matrimonial con Kyle puso nuestro mundo patas arriba, pero también nos hizo madurar muy rápido. Y esa persecución en la Dimensión Onírica definitivamente me sacó de cualquier zona de confort. No voy a retroceder de aquí en adelante, pase lo que pase, quiero llegar hasta el final.

Los tres me miraron por un momento, como si estuvieran evaluando mis palabras. Finalmente, Kellan soltó un suspiro exagerado, pero sus labios esbozaron una sonrisa.

—Bueno, siempre me ha gustado desafiar al destino —dijo, cruzando los brazos—. Pero si realmente vamos a hacer esto, no podemos simplemente improvisar y esperar que todo salga bien.

—Estoy de acuerdo —Kendric se encogió de hombros, pareciendo relajarse.

—Está bien —Kyle todavía parecía indeciso, pero finalmente asintió.

El silencio que siguió fue diferente. No era incómodo, sino cargado de algo más profundo. Algo que solo nosotros cuatro

podíamos comprender.

Levanté la vista hacia ellos, sintiendo cómo la tensión se disipaba lentamente, sustituida por un calor que no provenía de la chimenea, sino de lo que compartíamos.

— No lo habría conseguido si ustedes no hubieran creído que era capaz de afrontarlo sola... —Mi voz sonó baja, pero llena de sinceridad—. Que soy mucho más fuerte de lo que pensaba... Gracias.

Kellan fue el primero en moverse, acercándose y arrodillándose frente a mí. Me tomó el rostro con una delicadeza inesperada, con las iris ardiendo con algo más suave que el deseo, pero igual de intenso.

—Pero eso no significa que tengas que enfrentarlo todo sola, cariño. —Las palabras eran sencillas, pero tenían el peso de una promesa.

Antes de que pudiera responder, sentí el calor de Kendric acercándose, su energía siempre eléctrica creando una corriente invisible que latía entre nosotros. Se arrodilló a mi lado, su sonrisa fácil ahora sustituida por una seriedad poco habitual.

— Estamos aquí para ti, siempre. Somos tuyos, igual que tú eres nuestra, y eso nunca cambiará.

Kyle, que aún estaba más alejado, finalmente dio un paso adelante. Su mirada era intensa como siempre, pero había algo más allí. Una vulnerabilidad que rara vez dejaba traslucir.

— Vallery... tú eres nuestra fuerza. — Su voz era baja, pero cada palabra tenía un peso que me oprimía el corazón. — Pero nunca olvides que somos tu refugio. No importa lo fuerte que seas ahora, no tienes por qué cargar con eso sola. Siempre que sientas que el mundo se derrumba... llámanos. Porque siempre estaremos listos para ayudarte a mantener el rumbo.

— Os quiero. — Las palabras se me escaparon antes de que pudiera pensar, pero eran ciertas. Tan ciertas como la energía que parecía conectarnos en ese momento.

— Entonces déjanos demostrarte cuánto te queremos también. — Kellan se rió entre dientes y se acercó aún más.

La intensidad de su tono me dejó sin aliento. No había nada casual en eso.

Kendric se inclinó más cerca, el calor de su cuerpo ya tocando mi piel sensible.

— Creo que nos merecemos un descanso. —Rozó mis labios con los suyos, un gesto tan ligero como provocador.

Kyle no dijo nada, pero la forma en que me miraba lo decía todo.

—¡Sois imposibles! —Dejé escapar una risa corta y nerviosa, mientras el calor dentro de mí comenzaba a crecer.

—Y te encanta. —Kellan sonrió, con los ojos brillantes de diversión y algo más oscuro.

Sentí el calor del contacto de Kyle cuando finalmente se agachó a mi lado, su mano rodeando mi nuca con una firmeza que aceleró mi corazón.

—Relájate, amor. Solo queremos recordarte que estamos aquí y que siempre lo estaremos.

El resto del mundo desapareció.

Las caricias fueron delicadas al principio, casi como si me dieran tiempo para decidir. Pero la decisión ya estaba tomada cuando crucé mi mirada con la de ellos.

El deseo era intenso, pero no se trataba solo de eso. Se trataba de reafirmar nuestra conexión, de reforzar que éramos una unidad. Que juntos siempre seríamos más fuertes.

Cada caricia suya parecía borrar las sombras que me rodeaban, sustituyendo el vacío por algo inquebrantable.

Allí yo era solo suya y ellos eran míos.



CAPÍTULO 61

Entre enfrentamientos necesarios y placer compartido

La Universidad de Thornvale parecía diferente esa mañana. El mismo flujo incesante de estudiantes, los pasillos llenos de risas ahogadas y voces ansiosas, pero había algo más. Una extraña vibración en el aire, pesada como un manto invisible que no me abandonaba desde la noche anterior.

Sentía las miradas quemándome la piel mientras caminábamos juntos por los pasillos principales. Kyle iba delante, imponente y silencioso, con una determinación que casi hacía temblar las paredes. Kellan y Kendric flanqueaban los lados, con presencias igualmente notables, aunque distintas. Era imposible pasar desapercibida junto a ellos y, aunque no dijeran nada, todos sabían que ese trío formaba una línea de defensa infranqueable.

Pero la tensión entre nosotros era palpable. El enfrentamiento en el Onírico había dejado heridas invisibles que aún latían dentro de mí. No era solo el recuerdo del *Phantom Reaper* o de Brian, sino la sensación de que todo se estaba acumulando como una tormenta a punto de estallar. Y Liam Davenport... él era el centro de todo eso ahora, aunque aún no lo supiera.

Lo vi antes que los demás. Estaba apoyado en el tablón de anuncios, riendo despreocupadamente con un grupo de estudiantes. El sonido de su risa me golpeó como un cuchillo, cortando la delgada línea que mantenía mi compostura.

Parecía tan... normal. Tan despreocupado.

—Davenport —murmuré, más para mí misma que para ellos.

Kyle se detuvo al oír mi voz. Sus ojos siguieron mi mirada y se endurecieron de inmediato.

— Vamos a resolver esto. Ahora. —No esperó mi respuesta.

Seguimos sus pasos firmes, acortando rápidamente la distancia entre nosotros y Liam. El sonido de nuestros zapatos resonaba en el pasillo, llamando la atención de otros estudiantes. Algunos se detuvieron a mirar, como si presintieran que algo estaba a punto de suceder.

Liam levantó la vista en cuanto nos acercamos, y su sonrisa desapareció por un breve instante. Pero entonces levantó una ceja, con una mirada provocadora en los ojos.

—Buenos días, Scottfield. —Su voz estaba cargada de sarcasmo mientras cruzaba los brazos y miraba directamente a Kyle—. ¿Algún problema?

— Sabes perfectamente cuál es el problema —Kyle no retrocedió, su voz era baja y letal—.

— ¿Todos ustedes están así por mi culpa? ¡Qué honor! —Liam soltó una breve carcajada, incrédulo.

— Vamos a saltarnos la parte en la que finges ser idiota, Liam. — Kellan fue el siguiente en avanzar.

— No sé qué creéis que he hecho, pero me encantaría escuchar la versión teatral. —Liam ladeó la cabeza, estudiándonos como si estuviéramos a punto de contar un chiste.

— ¿De verdad no lo sabes? —Mi voz interrumpió su diálogo. Me adelanté y me detuve frente a Kyle.

Los ojos de Liam me recorrieron con el mismo desdén calculado que había mostrado el día anterior, pero había algo diferente. Una verdadera confusión detrás de esa fachada arrogante.

— No sé qué están fumando, pero yo estoy muy ocupado siendo yo mismo. Lo que significa que no puedo perder mi valioso tiempo con ustedes.

Kendric estalló a mi lado, avanzando antes de que nadie pudiera detenerlo.

— ¿Quieres jugar, Davenport? A ver si sigues riéndote cuando acabe con tu pose de capitán.

—¡Kendric! —Mi voz sonó firme, cortando el momento. Extendí el brazo y lo agarré antes de que pudiera hacer nada.

Liam no se intimidó. De hecho, parecía divertirse aún más con el espectáculo.

—Scottfield, no sabía que necesitabas su permiso para actuar. Qué bonito. —Luego me miró, con los ojos entrecerrados en una expresión cínica—. Déjame adivinar... ¿No te conformas con los tres? ¿Quieres ampliar tu harén? Lo siento, es que no eres mi tipo.

La ira brilló en los ojos de Kendric. Kellan dio un paso adelante, pero yo los detuve de nuevo.

— ¡Basta! —Mi voz sonó fría, firme, e incluso Kendric obedeció, aunque de mala gana.

Volví mi atención hacia Liam, que me miraba como si yo fuera la fuente de su diversión matutina. Él no sabía nada. Lo sentía. Lo que fuera que hubiera pasado en el Onírico, había sido borrado por completo de su mente.

— Liam, eres un desgraciado arrogante y no mereces el esfuerzo. —Mi voz sonó tranquila, pero cada palabra cortó el aire entre nosotros—. Solo recuerda esto. Algún día, el pedestal en el que te colocas puede derrumbarse.

Su sonrisa se desvaneció por una fracción de segundo. Algo brilló en sus ojos, tal vez un destello de duda. Pero se encogió de hombros y se alejó.

— Diviértanse con sus dramas. ¡Tengo un equipo de lacrosse y una fraternidad que liderar!

Pasó junto a nosotros sin mirar atrás.

Kendric no pudo contenerse.

— ¿Vas a dejar que se vaya así? —Se volvió hacia mí, con los ojos brillantes de frustración—. ¡Joder, Hope, se merecía más! Nos

provocó. Te humilló. ¡No podemos dejarlo pasar!

— Lo sé. Pero también sé que lo que fuera que le pasaba conmigo... se ha acabado —suspiré, cruzando los brazos mientras lo miraba.

—Eso no cambia nada. Lo necesito, Hope. —Kendric dio un paso adelante, con una expresión tan seria como desesperada—. No voy a matarlo, no voy a romperle nada. ¡Pero ese imbécil se merece una venganza, y no voy a renunciar a ella!

Lo miré, viendo no solo la ira, sino también la necesidad de justicia que sentía.

No podía ignorarlo. Kendric estaba cabreado, pero también tenía razón.

—Está bien —murmuré finalmente—. Solo quiero que nadie resulte herido, Ken.

—Por ahora es suficiente. —Me dedicó una sonrisa que me hizo preguntarme si eso sería posible.

— Espero que sepas lo que estás haciendo, cariño —Kellan me puso una mano en el hombro, un gesto de apoyo.

Lo miré fijamente, con firmeza.

— No se trata de saberlo. Se trata de confiar.

Kendric todavía respiraba con dificultad, con las manos cerradas como si quisiera descargar su ira en el primer objetivo que encontrara. Su sonrisa, aunque presente, estaba cargada de algo sombrío, una promesa silenciosa de que no dejaría pasar esto.

— No te preocupes, Hope. Seré creativo. — Me miró fijamente durante un largo momento antes de encogerse de hombros, como si cediera por el momento.

Kellan soltó una risa baja, rompiendo la tensión creciente.

— Creativo es una palabra generosa para tu idea de venganza, Ken.

— Siempre que nadie resulte herido, podéis ser tan creativos como queráis —suspiré, mirando a los tres—. Tengo que ir a clase.

—¿Vas sola? —preguntó Kyle, con evidente preocupación en su tono.

— Estaré bien —esbocé una sonrisa que esperaba que fuera tranquilizadora—. Necesitáis un poco de tiempo para calmaros.

—O para planear una novatada épica —Kendric me guiñó un ojo, pero el brillo feroz seguía en sus ojos.

Kellan se rió y dio un paso a un lado, dejándome pasar.

—Adelante, nena. Deja que nosotros nos ocupemos del pequeño impulsivo.

Kyle parecía a punto de protestar, pero solo asintió con la cabeza, apretando los labios en una línea fina. Sabía que quería insistir en acompañarme, pero también sabía que confiaba en mí.

Pasé junto a ellos, sintiendo sus miradas fijas en mi espalda mientras me alejaba por el pasillo. Mi corazón latía con fuerza, pero no por el enfrentamiento con Liam. La confianza que depositaban en mí era una fuerza que no podía ignorar.

Pero ahora era mi turno de enfrentar algo sola.



Los pasillos comenzaron a vaciarse mientras me dirigía al edificio donde tendría mi próxima clase. La tensión en mis hombros disminuyó poco a p , sustituida por una extraña calma. Era casi como si el enfrentamiento de hacía unos minutos ya fuera un recuerdo lejano.

Pero entonces llegó el sonido.

Risas ahogadas, voces masculinas murmurando algo. Los vi incluso antes de oír claramente las palabras, un grupo de estudiantes apoyados en uno de los armarios. Se reían, con la mirada perdida, como si nada en el mundo pudiera perturbarlos.

Fue entonces cuando la primera frase penetró en mi mente.

«Debe de ser una zorra muy buena, para tener a los Scottfield tan enganchados. Me encantaría follarla hasta correrme a lo profundo de su útero».

Mi respiración se entrecortó, el impacto de esa invasión mental me tomó por sorpresa.

«Si tuviera la oportunidad, te la metería tan profundo que mi semen te saldría por la garganta».

Otro pensamiento, tan intrusivo como el primero, me golpeó de lleno. Mis manos se cerraron a los lados del cuerpo mientras sentía la ola de repulsión mezclada con ira subir como fuego por mis venas.

Sabía lo que estaba pasando. Era mi esencia súcubo reaccionando de nuevo, captando los deseos más oscuros y lascivos de aquellos que me prestaban atención.

Respiré hondo, luchando por mantener la calma. Podía sentir el calor creciente en mi piel, como una corriente eléctrica que se movía dentro de mí. Pero esa vez no retrocedí. Al contrario.

Caminé hacia ellos, cada paso calculado, el sonido de mis botas resonando en el suelo encerado. No se dieron cuenta de mi presencia hasta que estuve a pocos pasos de distancia. Cuando me vieron, uno de ellos dejó de reír, sus ojos se abrieron de par en par por un momento antes de recomponer su expresión.

—¿Algún problema? —Uno de los chicos se adelantó, con una sonrisa presumida en los labios.

— No. Solo pensé que sería justo responder. —Mantuve la mirada fija en él.

— ¿Responder a qué? —Parpadeó, confundido.

La sonrisa que se dibujó en mis labios no tenía nada de humor. Me incliné ligeramente hacia delante, reduciendo la distancia entre nosotros, mientras dejaba que mi voz saliera baja, casi un susurro, pero cargada de propósito.

—Créeme, morirías antes de correrte.

La conmoción en sus ojos fue instantánea, y retrocedió como si hubiera recibido un golpe invisible. Los otros chicos intercambiaron miradas rápidas, claramente sin saber cómo reaccionar.

Pero no terminé ahí. Mi mirada recorrió al grupo mientras proyectaba mis pensamientos en sus mentes. La sensación de control

era abrumadora, casi embriagadora.

A partir de ahora, simplemente olvidad que existo. ¡Cada uno de vosotros!

Pude ver los cambios inmediatos en sus expresiones. Las sonrisas desaparecieron, las miradas se volvieron perdidas. Uno de ellos sacudió la cabeza como si intentara recordar por qué estaba allí.

«Vámonos», dijo finalmente el líder del grupo, con voz tensa, mientras tiraba del brazo de los demás.

Los vi alejarse, con una oleada de satisfacción recorriendo mi cuerpo. No era solo por el control que había ejercido, sino por la certeza de que ya no tenía que tolerar la toxicidad que traían en sus sucios pensamientos.

Mi esencia de súcubo no era una maldición.

Era un arma, y ahora estaba aprendiendo a usarla.

Cuando el último de ellos desapareció al final del pasillo, me di la vuelta y seguí mi camino. La sensación de control aún latía en mis venas, pero no h o había euforia, solo la conciencia de que esto era solo una pieza en el tablero que estaba aprendiendo a jugar.



Salimos de la universidad al atardecer, con el campus aún rebosante de vida. El sonido lejano de risas y conversaciones resonaba a nuestro alrededor mientras cruzábamos el aparcamiento hacia el coche de Kyle. La tensión entre nosotros parecía más suave ahora, pero aún quedaba un vestigio del tumultuoso día.

—¿Qué tal la clase? —preguntó Kellan mientras se acomodaba en el asiento trasero junto a Kendric. Su voz era casual, pero su mirada atenta dejaba claro que buscaba algo más que la respuesta obvia.

Nos habíamos encontrado en uno de los descansos y les conté lo que había pasado con los chicos del pasillo.

— Tranquilo —respondí mientras me acomodaba en el asiento del copiloto. El familiar olor a cuero y el suave toque del aire

acondicionado me hicieron relajarme un poco—. Y no, antes de que preguntéis, no ha vuelto a ocurrir ningún episodio con pensamientos obscenos.

— ¿En serio? —Kendric arqueó una ceja, inclinándose hacia delante entre los asientos—. Después de lo que pasó antes, es difícil imaginar que puedas simplemente ignorar a esos imbéciles.

— No es ignorarlos, Ken. —Sonreí, volviéndome para mirarlo—. Es saber que ahora puedo controlarlos. Si no quiero escucharlos, no los escucho. Si alguno se me escapa, entro en la mente del idiota y... —Me incliné un poco más, susurrándole con un tono perverso—. ... ¡Hago exactamente lo que quiero!

Kendric se rió, pero había algo más en el brillo de sus ojos.

Admiración, tal vez. O pura excitación.

— Eso es muy sexy, Hope. —Parpadeó, recostándose en el asiento—. Pero no me hagas pensar tonterías ahora.

—Demasiado tarde. —Kellan se rió, relajándose a su lado—. ¡Siempre estás pensando en tonterías, Ken!

Kyle, al volante, permaneció en silencio, pero la leve curvatura de sus labios delataba que estaba prestando atención a cada palabra.

—¿Y tú? —le pregunté, volviéndome hacia él—. ¿Qué te parece todo esto?

Me lanzó una breve mirada antes de centrarse en el tráfico.

— Me alegro de que lo estés llevando bien. Pero no me gusta la idea de que tengas que enfrentarte a esos capullos tú sola.

— No estoy sola —le aseguré con firmeza, tocándole ligeramente el brazo—. Ahora puedes sentirme en cualquier momento, sé que me encontrarás si necesito ayuda. Todos vosotros.

Por un momento, el silencio se apoderó del coche, cargado de un peso casi reconfortante. Pero entonces, algo dentro de mí comenzó a cambiar. La vibración del motor, el calor del ambiente, la proximidad de ellos... todo parecía amplificar algo primitivo que bullía bajo mi piel.

Deslicé la mano por el brazo de Kyle, sintiendo cómo se contraían los músculos bajo mi tacto.

— ¿Por qué nunca hemos hecho ninguna locura de novios? —Mi voz rompió el silencio de repente, baja y cargada de intención.

Kyle me lanzó una breve mirada, con evidente confusión en su expresión.

— ¿Locuras de novios? —repitió en un tono controlado, pero con un toque de curiosidad.

— Sí, algo como... — Me incliné un poco más, dejando que mi mano descansara suavemente sobre su muslo. — ... una mamada con el coche en marcha.

Su reacción fue instantánea. Sentí cómo los músculos bajo mi palma se contraían, la tensión se extendía por todo el cuerpo de Kyle. Volvió rápidamente la mirada hacia mí, pero enseguida la volvió a fijar en la carretera, apretando los dedos contra el volante.

—Vallery... —La advertencia en su voz solo aumentó mi deseo de provocarlo.

— ¿No te gusta la idea? —Me incliné más, dejando que mi cálido aliento rozara su cuello—. Siempre escucho las historias de las chicas de Sigma Nyx... parejas que se arriesgan, experimentan. Pensé que tú fueras más... aventurero.

— Estoy conduciendo. — Su voz estaba tensa, pero las palabras salieron entrecortadas, delatando el efecto que yo estaba causando.

—Eso solo lo hace más emocionante —susurré, dejando que mi mano subiera un poco más, hasta posarse sobre el bulto que comenzaba a crecer bajo sus vaqueros.

— Joder... —Detrás de nosotros, Kendric soltó un silbido bajo, claramente interesado en el rumbo que estaba tomando aquello—. Eso tengo que verlo.

Kellan se rió, pero había un tono ronco en su voz, como si ya estuviera anticipando lo que vendría después.

—Cariño, vas a acabar matándolo —murmuró, pero no había verdadera preocupación en su voz.

—¡No se va a morir! —Kendric y yo dijimos al unísono, y nos echamos a reír inmediatamente después.

Kyle respiró hondo, con un sonido casi como un gruñido. No intentó apartar mi mano. No intentó detenerme. Eso fue suficiente para animarme a seguir adelante.

Empecé a trazar los contornos rígidos por encima de la tela, sintiendo cómo se endurecía rápidamente bajo mi tacto. Con movimientos lentos y calculados, mis dedos subieron hasta la cremallera de sus pantalones, abriéndola con cuidado.

La excitación en el aire era tangible y podía sentir las miradas atentas de Kendric y Kellan mientras actuaba.

—No. —La voz de Kyle sonaba más como una súplica que como una orden.

— ¿En serio? —interrumpió Kendric, con voz cargada de diversión y excitación—. ¿De verdad le vas a decir que no?

—Relájate, amor. Solo quiero complacerte... —murmuré mientras mis manos liberaban su polla dura de los calzoncillos.

Me incliné más, con el pelo cayéndome sobre su regazo mientras me colocaba en posición. Mi coño palpitaba de tanta excitación, una energía bullente que ya no podía contener. Cuando mis labios finalmente lo envolvieron, él intentó mantener el control, con las manos aún en el volante, pero yo podía sentir la lucha en cada músculo de su cuerpo.

—Joder, Vallery... —murmuró Kyle con voz entrecortada, pero aún así ronca de lujuria.

Levanté la mirada y encontré la suya por un momento. Mi sonrisa era casi depredadora mientras apartaba la boca de su deliciosa polla lo justo para decir:

—Quiero que te controles hasta que te haga correrte. Porque voy a tragarme hasta la última gota de tu semen.

El sonido que hizo en respuesta fue casi un gruñido.

En el asiento trasero, Kendric y Kellan estaban completamente concentrados en nosotros. Kendric ya había empezado a tocarse, mientras que Kellan finalmente cedió, abriéndose los pantalones y siguiendo el ejemplo de su hermano. Verlos masturbarse mientras me

observaban chupársela a su hermano mayor intensificó todo dentro de mí. Era como si tuviera el control total de la situación, los tres completamente rendidos a mi poder.

Volví a chupar la polla de Kyle, alternando entre suaves succiones y movimientos de lengua que lo hacían temblar. La excitación era casi sofocante, pero de una forma deliciosa.

—Es una puta vista, ¿verdad? —dijo Kendric, con evidente excitación en su voz mientras se masturbaba.

— ¡Cállate y disfruta del espectáculo! —respondió Kellan, pero yo sabía que estaba tan excitado como su hermano.

—Espero que no se corran solos —murmuré entre un movimiento y otro, lanzando una mirada maliciosa a Kendric y Kellan en el asiento trasero—. Quiero tragárselos cuando lleguemos a casa.

Se rieron, pero la tensión en sus voces delataba lo cerca que estaban de perder el control.

Seguí trabajando en Kyle, sintiendo cada pulsación de deseo que recorría su cuerpo. Cuando finalmente cedió, su liberación fue explosiva, un sonido ronco escapó de sus labios mientras yo me lo tragaba todo, tal y como había prometido.

Me levanté, limpiándome los labios y sonriendo mientras miraba a Kendric y Kellan.

— Espero que estén listos. Porque aún no he terminado.

El brillo de sus ojos decía que estaban ansiosos.



La mansión Scottfield parecía más silenciosa de lo normal cuando entramos, el aire cargado de expectación y algo que parecía más denso, más cálido. El sonido de nuestros pasos resonaba en el suelo, y cada movimiento parecía amplificar la lujuria que ya se había acumulado en el coche.

Kellan y Kendric no tardaron en rodearme tan pronto como llegamos a la sala de estar. Como elegantes depredadores, sus

presencias eran magnéticas, sus ojos ardían con una mezcla de diversión y deseo descarado.

—Ven aquí, nena —murmuró Kellan, tomándome de la mano y tirando suavemente de ella hacia su entrepierna.

Sentí la rigidez palpitante detrás de la tela y solté un suspiro involuntario, la excitación apoderándose de mí en oleadas incontrolables. Antes de que pudiera reaccionar, Kendric tomó mi otra mano y la guió hacia su propio volumen igualmente impresionante.

—¿Crees que puedes dejarnos así, Hope? —preguntó, con voz cargada de provocación, pero también con un toque de necesidad urgente—.

—¿Los dos? —murmuré, mirando alternativamente a uno y a otro.

—Puedes con nosotros, ¿no? —respondió Kellan, inclinándose para susurrarme al oído.

Kyle, que estaba justo detrás, cruzó los brazos y observó la escena con una sonrisa de satisfacción, pero sin interferir. Parecía contento de mirar, permitiendo que sus hermanos disfrutaran del momento que claramente habían estado esperando desde el coche.

Kellan y Kendric se sentaron en el sofá al mismo tiempo, dejando espacio entre ellos. Fue una invitación que no tuve que considerar más de un segundo. Me arrodillé frente a ellos, con la anticipación encendiendo cada centímetro de mi piel.

Mis manos se deslizaron para desabrocharles los pantalones a ambos, liberando sus enormes y duras pollas para mí. Soltaron suspiros bajos de alivio y excitación mientras yo tomaba el control, una sensación de poder casi embriagadora creciendo en mi pecho.

—¿Por dónde empiezo? —pregunté, mirándolos con una sonrisa pícara.

— Empieza por lo mejor —provocó Kendric, lanzando una mirada desafiante a Kellan.

—Voy a fingir que no has dicho eso —replicó Kellan, pero había un brillo de diversión en sus ojos.

Me reí suavemente antes de envolverlos con mis manos, deslizando lentamente los dedos por su longitud mientras ambos murmuraban palabras de aliento. Empecé a jugar con las dos pollas al mismo tiempo, la sensación de la piel caliente contra mis manos aumentando mi propio placer.

—Eso, nena... —murmuró Kellan, con los ojos entrecerrados mientras observaba mis movimientos—. ¡Sigue así, así mismo!

— Tómatelo con calma, Hope. Quiero sentir cada segundo —añadió Kendric, con voz baja y ronca.

Me incliné primero hacia Kellan, deslizando mi lengua por la punta de su polla antes de envolverla por completo en mi boca. Él soltó un gemido profundo, echando la cabeza hacia atrás contra el respaldo del sofá.

Mientras trabajaba en Kellan, mi mano seguía moviéndose a lo largo de Kendric, provocándolo, manteniendo su excitación. Entonces cambié, volviendo mi atención a Kendric y escuchando un sonido de protesta de Kellan que hizo que mi sonrisa se ampliara.

—Te gusta provocar, ¿verdad? —comentó Kellan, con voz cargada de humor y lascivia.

—Me gusta haceros suplicar —respondí, lanzándole una mirada llena de malicia antes de volver mi atención hacia Kendric.

Mi boca se tragó su polla con ganas y él soltó un suspiro que fue casi un gruñido, clavando los dedos en los cojines del sofá.

— Joder, Hope... ¡me vas a volver loco!

Mientras alternaba entre los dos, sentí que Kyle se movía detrás de mí. Su mano caliente se deslizó por mi cintura, invadiendo la cintura de mis vaqueros, y un escalofrío recorrió mi espina dorsal mientras sus dedos se deslizaban dentro de mis bragas, encontrando mi coño ya empapado y sediento de contacto.

— ¡Estás tan mojada, joder! —gruñó Kyle en mi oído, con una voz tan cargada de lujuria que me hizo estremecer.

Mi boca vaciló por un momento, pero volví a chupar a Kendric, animada por las caricias de Kyle. La combinación de su tacto y los

sonidos de placer que escapaban de sus hermanos me llevaron a un estado de excitación casi desenfrenada.

—Eres una jodida visión del paraíso... —murmuró Kellan, con voz llena de admiración mientras me observaba.

Kyle intensificó sus movimientos, deslizando tres dedos dentro de mí con hábil precisión. Mi cabeza se echó hacia atrás por un momento, y un gemido escapó de mis labios antes de volver a concentrarme en chupar a Kellan.

Me concentré en llevarlo al límite primero, alternando entre succiones profundas y lametones que lo hacían temblar bajo mi tacto. Murmuró mi nombre en un tono que era casi una plegaria, su liberación llegando como un torrente. Sentí cada pulsación contra mi lengua, tragándomelo todo mientras lo miraba a los ojos.

—¡Joder, nena! —suspiró, con la respiración entrecortada mientras se recostaba en el sofá con una sonrisa de satisfacción iluminando su rostro.

Tardé un momento en recuperar el aliento antes de centrar mi atención en Kendric, que me observaba con un brillo depredador en los ojos. Me incliné hacia él, que se acomodó en el sofá, con los músculos tensos por el puro deseo. La sonrisa en sus labios era arrogante, pero sus ojos delataban la intensidad del momento, oscurecidos por la excitación que latía en cada uno de mis movimientos.

—Te lo haré valer, Lord Kendric —susurré, con voz cargada de malicia, mientras dejaba que mis labios rozaran la punta de su polla.

Él soltó un profundo suspiro, cuyo sonido resonó en la habitación mientras yo alternaba lentas lamidas y profundas succiones. Kendric no disimuló su reacción, gimiendo mi nombre como si estuviera entregando cada pedazo de sí mismo en ese momento.

—¡Eres un sueño sucio e imposible, Hope! —Sus dedos recorrían mi cabello.

Kyle, todavía arrodillado detrás de mí, no disminuyó el ritmo. Sus dedos se movían en un patrón que me dejaba al borde del colapso, mientras que su otra mano se deslizaba por mi piel bajo la camisa, manteniéndome firmemente en el presente.

—No dejes que pierda el control todavía, Ky —pidió Kendric, con la voz ronca de placer—. ¡Quiero que ella me lleve al límite primero!

Mi boca trabajaba con precisión, cada movimiento diseñado para provocarlo y, al mismo tiempo, darle todo lo que deseaba. Las manos de Kellan, ahora más relajadas, se deslizaron por los cojines, pero sus ojos no se apartaron de la escena.

—No tienes idea de lo sexy que es verte dominándonos así —su voz era casi un ronroneo de satisfacción.

Sentí a Kendric tenso, cada músculo de su cuerpo en alerta mientras se acercaba al clímax. No retrocedí, aceptando todo lo que me ofrecía. Cuando finalmente alcanzó su límite, su liberación fue cálida y palpitante, llenando mi boca casi hasta el punto de hacerme atragantar, pero cumplí con mi tarea.

—Buena chica... muy buena —gimió Kendric, con los dedos sujetándome la cara mientras yo tragaba cada gota, una sonrisa de satisfacción jugando en mis labios mientras lo miraba.

Mis piernas temblaban, los dedos de Kyle aún enterrados dentro de mí, trabajando como una tormenta, llevándome más profundamente en el remolino de placer.

Cuando me recosté contra él, el mundo parecía girar a cámara lenta. Sus firmes brazos me sostuvieron y su boca encontró mi cuello, dejando un rastro de besos ardientes.

La energía en el ambiente era intensa y me sentía completamente conectada a ellos, a nuestra dinámica, al equilibrio perfecto que estábamos construyendo juntos. El clímax aún estaba por llegar, pero en ese momento supe que ya habíamos logrado algo extraordinario.

De repente, Kyle me levantó para ponerme de pie, con los ojos fijos en los míos mientras sus manos comenzaban a trabajar con calma y precisión, desabrochando cada botón de mi camisa. La tela se deslizó por mis hombros, cayendo al suelo con un suspiro. El calor de su tacto quemaba mi piel y la forma en que se movía, tan seguro, hacía que mi corazón se acelerara.

—Eres peligrosa, amor— murmuró con voz baja mientras sus dedos se deslizaban por los tirantes de mi sujetador—. Y no tengo ninguna duda de que lo sabes.

Kellan y Kendric se levantaron y comenzaron a quitarse la ropa mientras me observaban. El sonido de sus risas ahogadas resonó en el fondo, pero lo único que sentí fue la energía de los tres creciendo a mi alrededor, cargada de algo primitivo.

—Siempre me impresiona lo hermosa que eres —comentó Kellan, ahora desnudo, mientras sus ojos recorrían cada centímetro de mi cuerpo—. ¡Pero es hora de mejorar esos pezones!

Parpadeé sorprendida y me reí ligeramente mientras él cruzaba los brazos y arqueaba una ceja en señal de provocación.

—¿Piercings otra vez, Kellan? —pregunté, tratando de no ceder a la sonrisa que amenazaba con aparecer.

— Es por una buena causa. ¿Cuándo vas a dejarme encargarme de eso? —Se encogió de hombros, con tono bromista—. Solo estoy pensando en lo difícil que nos resultaría resistirnos a ti. Como si ahora fuera fácil...

Me sonrojé, pero el calor de mi cuerpo no tenía nada de vergonzoso.

— Tienes una obsesión por infligir dolor, Kellan. —Puse los ojos en blanco de forma teatral, pero mi corazón latía a toda velocidad—. Sabes que eso no es normal, ¿verdad?

— Ah, lo normal es un concepto sobrevalorado, nena. — Parpadeó, inclinándose para morder mi pezón, chupándolo ligeramente mientras yo jadeaba en respuesta. — ¡Y sabes que te encanta cuando te provoqué!

— ¿Por qué tengo la impresión de que vas a insistir en esto hasta que ceda? —lo provoqué, mordiéndome el labio.

—Porque lo haré —respondió simplemente—. ¡Mira cómo estos pezones me están suplicando!

Kyle, que hasta entonces había estado observando en silencio, se rió entre dientes y negó con la cabeza.

—No empieces ahora a pelear por el territorio, Kellan.

— Nunca. — Kellan arqueó una ceja hacia mí, con una sonrisa de puro desafío aún en los labios—. Después de todo, nena, ya eres territorio compartido. ¡Ahora cállate y déjanos adorarte!

Kendric se rió mientras terminaba de quitarse los vaqueros y se unía a nosotros, completamente desnudo. No dijo nada, pero la forma en que brillaban sus ojos me hizo sonrojar, un calor profundo subió por mi piel mientras Kyle me bajaba los pantalones y las bragas de una sola vez, dejándome completamente desnuda.

— ¿Tan mojada... todo esto por nosotros? —Su pregunta era retórica, pero su tono cargado de deseo hizo que mi cuerpo se estremeciera.

— Siempre por vosotros —murmuré, arqueando la cadera en busca de más contacto.

Cuando finalmente me tumbaron en el sofá, fue como si el aire hubiera cambiado. Kellan tomó la iniciativa primero, su boca encontrando la curva de mi cuello mientras sus manos exploraban mi cuerpo con un toque que era a la vez gentil y hambriento. Kendric pronto se unió a él, sus labios trazando un lento camino por mis muslos mientras Kyle observaba, con los ojos cargados de una intensidad que aceleró mi corazón.

Cuando finalmente se arrodilló a mi lado, sus labios encontraron mi clavícula, trazando un camino de besos húmedos hasta mi hombro.

—Creo que estás lista para explotar, amor —susurró con un tono malicioso en su voz.

Mis manos agarraron el brazo de Kendric mientras Kellan aceleraba los movimientos, sus dedos hundiéndose profundamente y curvándose en mí, exactamente donde lo necesitaba.

—Por favor... —supliqué, con la voz entrecortada por los gemidos.

— ¿Por favor, qué, amor? —murmuró Kyle contra mi oreja, su aliento caliente provocándome escalofríos por toda la piel.

— No paréis... no paréis...

—Te ha llegado el turno de suplicarnos —murmuró Kendric contra mi piel, su voz cargada de desafío mientras sus manos se deslizaban hacia mis pechos, jugando con mis pezones de una manera que me arrancó un gemido involuntario.

Cada caricia, cada roce, parecía una danza perfectamente sincronizada entre ellos.

—Eres un regalo, amor—, dejó escapar Kyle mientras se turnaba con Kendric, explorando mis curvas con la lengua con un cuidado casi devoto—. ¡Tan deliciosa que es casi un delito!

El calor crecía dentro de mí, como una ola inmensa que amenazaba con consumirme. Pero antes de que pudiera alcanzar el clímax, los tres interrumpieron las caricias, intercambiando miradas cómplices antes de provocarme de una manera completamente nueva.

Kyle fue el primero, deslizando un dedo dentro de mí, sin apartar los ojos de los míos mientras estudiaba cada una de mis reacciones. Kellan le siguió, con una sonrisa perversa jugando en sus labios mientras hacía lo mismo, y por último, Kendric completó la trinidad, los tres llenándome al mismo tiempo.

—Vamos a ver cuánto puedes aguantar —me provocó Kellan, inclinándose para besarme la clavícula mientras sus palabras hacían vibrar todo mi cuerpo.

Cada uno de sus movimientos era calculado, un juego entre la provocación y la entrega. El placer se acumulaba dentro de mí, un torbellino de sensaciones que no podía contener. Sus dedos trabajaban en sincronía, profundamente dentro de mí, y cuando finalmente alcancé el clímax, fue una explosión de placer que me dejó sin aliento, cada nervio de mi cuerpo ardiendo en combustión de pura lascivia.

Retrocedieron lentamente, cada uno chupando su propio dedo manchado con mis fluidos, mientras yo intentaba recuperarme, la sonrisa en sus rostros reflejando la pura satisfacción del momento.

— Creo que ahora nos merecemos un baño —sugirió Kendric, guiñándome un ojo mientras me ayudaba a sentarme—. ¿Qué tal el jacuzzi?

Me reí, agotada y satisfecha, pero incapaz de negarme.

—Suena perfecto— respondí con una sonrisa perezosa, sintiendo mi cuerpo aún palpitando con su energía.

Con el cariñoso toque de cada uno, me ayudaron a levantarme.

Mientras nos dirigíamos al jacuzzi, una sensación de plenitud llenaba mi pecho, pero también había algo más.

Era como si se hubiera encendido un nuevo fuego dentro de mí, un deseo incontrolable que se negaba a apagarse, incluso después de todo lo que acababa de pasar. Mi libido no era solo un hambre común, sino una necesidad visceral, como si mi esencia súcubo exigiera más de lo que la Dimensión Onírica podía ofrecer.

Estar con ellos en el plano físico, sentir sus manos, sus caricias, sus bocas... era diferente a todo lo demás. Y, de alguna manera, parecía más real, más intenso.

Había algo en cada uno de ellos que parecía completarme de maneras que nunca había imaginado. Kyle, con su fuerza controlada y su intensidad casi feroz, me hacía sentir protegida y deseada al mismo tiempo. Kellan, siempre tan provocador e impredecible, era como una chispa que incendiaba todo a mi alrededor. Y Kendric, con su energía eléctrica y su sonrisa pícara, me hacía olvidar cualquier preocupación, sumergiéndome en el presente como si fuera lo único que importara.

Pero al mismo tiempo, eso me asustaba. La creciente necesidad y el insaciable hambre parecían apoderarse de mí. Lo que antes era una simple conexión sobrenatural ahora parecía algo más grande y que no podía controlar por completo.

Pero lo que sabía era que, con ellos, no temía perder el control. Kyle, Kellan y Kendric eran mi equilibrio, mi norte en medio del caos en que se había convertido mi vida.

Sin embargo, mientras el agua del jacuzzi envolvía nuestros cuerpos, mis pensamientos se dirigieron hacia el futuro.

¿Hasta dónde nos llevaría esto?

¿Era esa creciente necesidad que sentía por ellos solo el comienzo de algo más grande? ¿O el presagio de una tormenta que aún estaba por llegar?

En ese momento, decidí no preocuparme. Cerré los ojos, sintiendo sus manos acariciando mi piel, escuchando sus risas resonando en el baño.

Por ahora, eso era lo único que importaba.

No necesitaba nada más por ahora.

Ellos eran mi todo.



CAPÍTULO 62

Entre la gratitud genuina y la entrega incondicional

Desde el momento en que desperté después de Halloween, sentí como si mi vida se hubiera partido en dos. Había un «antes» de esa noche y ahora había un «después». Todo lo que había sucedido desde entonces había dejado huellas profundas en mí, algunas que ni siquiera entendía, pero que parecían moldear en quién me estaba convirtiendo.

Los días siguientes fueron un torbellino de emociones y descubrimientos que me arrancaron cualquier sensación de estabilidad que creía tener. Era como si estuviera viviendo mil vidas en un solo cuerpo, abrumada por una secuencia interminable de revelaciones y dudas que insistían en corroer la poca paz que creía existir.

A veces, casi podía oír el eco lejano de los truenos, como si el apocalipsis se acercara hacia mí con pasos lentos e implacables. Era una sensación absurda, como si una mano invisible estuviera siempre tratando de poner mi mundo patas arriba.

Después del enfrentamiento con el *Phantom Reaper* en la Dimensión Onírica, comenzaron a producirse nuevos cambios. Al principio fueron sutiles, pequeños desajustes en la percepción del mundo que me rodeaba. Pero cada mañana, al abrir los ojos, sentía como si una nueva parte de mí despertara junto conmigo. Mis percepciones comenzaron a expandirse, como si mi esencia se estuviera adaptando a algo más grande, mientras mi mente se actualizaba, como si un código antiguo fuera sustituido por una versión que aún no podía descifrar por completo. Algunas cosas se volvieron más claras, otras más nebulosas.

Uno de los cambios más viscerales fue en relación con Kyle. El vínculo matrimonial que nos conectaba espiritualmente trascendió cualquier cosa que pudiera imaginar. Podía sentir no solo su presencia, sino también sus emociones, su dolor... y toda su intensidad. Todo lo que él era parecía latir como una segunda vida dentro de mí, anclándonos de forma inquebrantable.

Ese vínculo era tan profundo como perturbador, incluso aterrador. Era como si nuestras almas compartieran lo más íntimo de nosotros, sin reservas ni barreras. De alguna manera, nuestros cuerpos y esencias habían desarrollado un mapa invisible que nos mantenía conectados, haciendo posible que nos encontráramos dondequiera que estuviéramos, incluso separados por grandes distancias.

A veces, parecía demasiado para soportar. Pero, al mismo tiempo, no podía imaginar mi vida sin ello. Una parte de mí deseaba esa misma conexión con Kellan y Kendric, pero la parte racional temía las consecuencias. Hasta ahora, no sabíamos lo que significaba el vínculo matrimonial en su totalidad, y cualquier paso en la dirección equivocada podría ser desastroso.

Zarah mencionó que los lobos y los vampiros se vinculaban a una sola alma gemela para toda la vida, lo cual tenía mucho sentido. Más aún teniendo en cuenta que el vínculo matrimonial entre demonios ya era algo poco común. Y en el caso de los íncubos y súcubos, con la prohibición de Lilith y Asmodeus, me parecía absurdo plantearme transgredir esa ley dos veces más.

La verdad era que Kyle también sentía lo mismo por mí. Eso hacía imposible disimular u ocultarles a los tres cualquier cambio reciente, porque él compartía todo con Kellan y Kendric. Y así, vivíamos en un estado de alerta constante, los cuatro con los nervios a flor de piel.

Todavía quedaba la cuestión de la consumación en el plano físico. Desde que Zarah mencionó lo que eso significaba, la duda no se me iba de la cabeza. Creía con cada célula de mi cuerpo que Lilith había mentido sobre las consecuencias. Pero los tres se mantenían inflexibles, totalmente dispuestos a sacrificar sus propios deseos para proteger mi seguridad, incluso cuando eso significaba luchar contra sus propios instintos.

Por mucho que me frustrara, lo entendía. No querían arriesgar lo que teníamos. Y, sinceramente, yo tampoco.

Pero dentro de mí había algo que crecía. Un hambre insaciable, una necesidad arraigada en mi esencia que parecía cobrar más fuerza cada día. Aún no comprendía completamente qué era o qué significaba, pero empezaba a temer que, en algún momento, se volviera imposible de ignorar.

Sin embargo, por más que los últimos días hubieran sido tranquilos, con una extraña apariencia de normalidad, sabía que no era real. No podía serlo. Todo parecía demasiado tranquilo, como si el universo contuviera la respiración antes de algo devastador. Sentía esa tensión en el aire, una sensación constante de que algo estaba a punto de derrumbarse. Y por mucho que mantenerme alerta fuera una forma de convencerme de que estaba preparada, la verdad es que no lo estaba.

¿Cómo podría estarlo? El enemigo permanecía al acecho, anónimo y fuera de alcance, pero siempre presente. Observando. Esperando.

—No tienes ni idea de lo mucho que nos perturba tu silencio, ¿verdad? —La voz de Kyle me sacó de mis ensoñaciones.

Estaba relajándome en la tumbona, disfrutando de la soleada mañana que nos regaló el Día de Acción de Gracias aquel último miércoles de noviembre. Un día realmente atípico, aunque la temperatura seguía siendo baja.

— Siempre existe la alternativa de que me hagan gemir y gritar... —provocé, aunque sabía que no era el momento para el sexo.

Las tan esperadas vacaciones de Kyle habían llegado y ninguno de los tres me permitió mover un dedo para ayudarles con los preparativos.

Kyle soltó una risa baja, aunque sacudió la cabeza con aparente exasperación. Estaba apoyado en el marco de la puerta, con la luz del sol delineando los fuertes contornos de su rostro. Llevaba una camiseta ajustada y un delantal que parecía fuera de lugar en alguien con su aspecto naturalmente intimidante. Pero yo sabía que era él quien

dominaba la cocina desde temprano, un líder nato incluso en los detalles de las fiestas.

— Hoy no se trata de gemidos, amor —respondió con una sonrisa que me hizo sentir el corazón más cálido—. Se trata de gratitud. Y tal vez de un pavo perfectamente asado, si todo sale bien.

—Quién diría que el implacable señor Scottfield también es un cocinero perfeccionista —bromeé, sintiendo cómo el tono ligero llenaba el espacio entre nosotros.

Él puso los ojos en blanco, pero la sonrisa permaneció.

— No es perfeccionismo. Solo quiero evitar escuchar a Kellan quejarse durante los próximos cincuenta años si algo sale mal.

Como si hubiera oído su nombre, Kellan apareció en el patio, cargando una pila de bandejas que estaban claramente destinadas a la mesa que él y Kendric estaban montando junto a un árbol. Las hojas doradas caídas en el suelo le daban al escenario un toque poético, y la mesa, con un impecable mantel blanco y velas naranjas en candelabros de cristal, parecía sacada de una postal.

—¡Te he oído, Ky! —gritó mientras colocaba los platos—. Y, sinceramente, lo mínimo que esperamos de ti es un almuerzo digno de un *chef Michelin*. No me decepciones, hermano.

Kyle negó con la cabeza, murmurando algo inaudible, antes de volver su atención hacia mí.

— ¿Estás cómodo ahí? ¿O me honrarás con tu ayuda más tarde? —Arqueó una ceja, con tono provocador—.

— Creo que me quedaré aquí mismo, disfrutando del espectáculo de vosotros intentando ser... humanos —respondí, sonriendo al ver a Kendric unirse a su hermano en la mesa, sosteniendo un improvisado ramo de flores otoñales.

—¿Humanos? —Kendric tiró el ramo sobre la mesa y cruzó los brazos, con una expresión cargada de falsa indignación—. Nos estamos superando aquí, Hope. ¿Todo esto? ¡Es una obra de arte!

Kellan asintió con la cabeza.

—Y, por cierto, tú serás nuestra juez. Quiero oír la palabra «magnífico» salir de tu boca cuando terminen.

—Magnífico, ¿eh? —repliqué riendo—. ¡Los dos sois insoportables!

— Eso es lo que nos hace irresistibles —replicó Kendric, guiñando un ojo antes de volver su atención a los cubiertos.

La energía entre nosotros era ligera, casi despreocupada. Era un tipo de normalidad que nunca había experimentado antes y, por un momento, me permití saborearla. El sonido lejano de un partido de fútbol americano que se transmitía por televisión llenaba el silencio, mezclado con el aroma irresistible que provenía de la cocina. La combinación era inusualmente reconfortante.

Me levanté de la tumbona y me acerqué a la mesa para observar de cerca su trabajo. El cielo estaba despejado, el sol lo bañaba todo con tonos cálidos y la brisa fría era un suave recordatorio de que el invierno acechaba.

«Está quedando precioso», elogié, pasando los dedos por la toalla bien colocada.

— ¿Lo suficientemente bonito como para merecer un beso? — Kendric se inclinó hacia mí, con los ojos brillando con picardía.

Antes de que pudiera responder, Kellan le empujó el hombro con suficiente fuerza como para desequilibrarle.

—No seas patético, Ken. —Luego me miró—. Pero si crees que te lo mereces... ¡puedo ser generoso!

—Y te preguntas por qué no ayudan en la cocina. —Kyle apareció de nuevo, ahora sin el delantal y con las mangas de la camiseta remangadas hasta los codos—. Es hora de terminar el puré y las guarniciones. ¡Kellan, ven aquí!

Kellan me lanzó una mirada dramática, pero obedeció, mientras Kendric y yo nos quedábamos en la mesa. Empezó a arreglar los candelabros con una precisión casi obsesiva y vi en él un esfuerzo genuino por hacer algo perfecto.

— ¿Te estás divirtiendo?

Dudó un segundo antes de responder, sin mirarme.

— Es extraño... hacer algo así. Parece bueno, ¿sabes? No como... lo normal. — Su honestidad me tomó por sorpresa.

— ¿Extraño, pero bueno? —Sonreí.

—Sí. —Finalmente levantó la vista hacia mí, el brillo habitual sustituido por algo más suave—. Espero que te guste, Hope. Quiero que sea... especial.

Mi corazón se encogió de una forma dulce. Ese momento, tan simple y sin pretensiones, tenía un peso emocional que no esperaba. No se trataba solo de una celebración, sino de que me ofrecían algo que nunca había tenido antes.

Una familia.

A lo lejos, oí a Kellan gritar algo que sonó como una acalorada discusión sobre las patatas en la cocina, seguido de una risa ahogada de Kyle. Y allí, entre sus risas y el cuidadoso toque de Kendric ajustando la mesa, sentí una gratitud abrumadora.

Yo les pertenecía.

Y, por improbable que pareciera, también me pertenecían a mí.



El aroma del pavo asado inundaba el aire, llenando el momento con una cálida acogida. Kyle entró en el patio llevando el plato principal del almuerzo en una bandeja de plata pulida, mientras caminaba con una precisión casi e e ceremonial hasta la mesa. La sonrisa en su rostro era discreta, pero transmitía una mezcla de orgullo y nerviosismo.

—Señoras y señores —comenzó, colocando la bandeja en el centro de la mesa con teatralidad—. Les presento el primer pavo asado Scottfield.

Kellan silbó, Kendric aplaudió y yo no pude contener la risa.

—¿Quieres una medalla o una ovación? —bromeó Kellan, mientras Kendric ya cogía el tenedor y el cuchillo para empezar a servir.

—Quiero que coman sin quejarse, eso es suficiente —respondió Kyle, encogiéndose de hombros, pero sin ocultar el ligero rubor que se le subió a las mejillas.

La mesa estaba ahora completa, con platos que solo había visto en películas o leído en libros: puré de patatas con salsa espesa, una cazuela de judías verdes crujientes, tarta de calabaza e incluso pan de maíz dorado. Todo cuidadosamente preparado por él. La sencillez y la atención al detalle eran casi abrumadoras para mí.

Mientras nos acomodábamos, sentí el suave peso de las expectativas de los tres. No era algo opresivo, pero tenía un significado que trascendía el momento. Yo era el centro de esa mesa, la razón por la que estaban allí, y eso era a la vez emocionante y aterrador.

Kyle se sentó a mi derecha, Kendric a mi izquierda y Kellan frente a mí, ya robando un trozo de pan y masticándolo con una sonrisa inocente.

—Antes de servirnos... —comencé, con voz firme, pero con un ligero temblor de nerviosismo—. Me gustaría decir algo.

Se detuvieron inmediatamente, con todas las miradas fijas en mí. La intensidad de esos ojos me hizo respirar hondo, buscando las palabras adecuadas.

—Nunca tuve una verdadera familia—comencé, sintiendo que las palabras fluían con más facilidad de lo que imaginaba—. Nunca tuve un Día de los Acción de Gracias. Nunca tuve a nadie que se preocupara por hacer eso por mí, por crear algo tan especial...

Las expresiones juguetonas desaparecieron, sustituidas por algo más serio, más atento.

— Y hoy, mirándolos a ustedes, mirando esta mesa tan hermosa y abundante... no encuentro palabras suficientes para expresar lo que esto significa para mí. Lo que ustedes significan para mí.

Kellan, siempre el primero en romper la tensión, sonrió, pero sus ojos brillaban de emoción.

— No hace falta que digas nada, cariño. Lo sabemos.

— Solo quiero que sepáis que, por muy loco que sea todo, por muy insano que parezca nuestro mundo... vosotros sois mi hogar. — Mi voz se volvió más baja, pero cargada de sinceridad—. Y estoy agradecida por cada segundo que paso a vuestro lado.

Kendric fue el primero en reaccionar, extendiendo la mano para tomar la mía.

— Tú también eres nuestro hogar, Hope.

—Siempre lo serás— añadió Kyle, con la voz ronca y llena de emoción.

Kellan levantó la copa, rompiendo el momento de una manera que solo él podía hacerlo.

— Entonces brindemos por eso. Por nuestra Hope. Y por el pavo, porque si está malo, no me ahorraré las críticas.

Nos reímos, el peso emocional del momento suavizado por la broma, pero el significado de lo dicho permaneció en el aire como una promesa silenciosa.



Después de servirnos y saborear el impresionante trabajo de Kyle, que recibió elogios reticentes de Kellan y más abiertos de Kendric, el almuerzo terminó entre risas y bromas. La conversación fluyó con naturalidad, y el frío del otoño se combatió con la calidez de estar juntos.

Cuando finalmente limpiamos la mesa y comenzamos a dirigirnos hacia la sala, Kyle se detuvo de repente, como si se hubiera acordado de algo.

— Esperad aquí —advirtió, desapareciendo en el interior de la casa antes de que nadie pudiera preguntarle nada.

— ¿Alguna apuesta sobre lo que está tramando? —Kellan miró inquisitivamente a Kendric, quien se encogió de hombros.

—Teniendo en cuenta que se trata de Kyle, probablemente algo completamente inesperado —respondió Kendric, estirándose perezosamente en la silla.

Unos minutos más tarde, Kyle regresó con el violín que había visto en su habitación.

—Pensé que hoy sería el momento adecuado —murmuró en voz baja, pero firme.

Kyle se colocó en el centro de la sala, ajustando el violín en su hombro con la destreza de alguien que llevaba ese talento como un secreto íntimo, oculto al mundo. El silencio cayó sobre nosotros como una pesada manta, y lo único que podía oír era el sonido de mi propia respiración, entrecortada por la expectación. Cuando levantó el arco y comenzó a tocar, todo a nuestro alrededor pareció desaparecer.

La primera nota resonó suave, casi vacilante, pero cargada de una emoción cruda que me agarró con fuerza el pecho. No era solo música, era algo que trascendía el sonido, penetrando directamente en el alma. Cada acorde era un grito silencioso, una confesión y un consuelo, todo al mismo tiempo.

Nunca había escuchado algo tan visceral, tan lleno de sentimiento. Era como si Kyle nos estuviera mostrando partes de sí mismo que nunca había dejado ver a nadie. Partes frágiles, pero también inquebrantables. Parecía vulnerable y al mismo tiempo intocable, como si la música fuera su armadura y su rendición.

Mis ojos se fijaron en él, incapaces de apartarse. La forma en que sus dedos se movían por el brazo del violín, precisos y llenos de propósito, era casi hipnótica. Cada movimiento tenía una intensidad que reverberaba dentro de mí, resonando en las partes más profundas y ocultas de mi esencia.

La melodía parecía contar una historia que no necesitaba palabras para ser comprendida. Era de dolor y esperanza. Era sobre sacrificio, pérdida y el tipo de amor que lo consume todo, pero también renueva.

Mientras la música llenaba el aire, me sentí completamente perdida. Cerré los ojos por un momento, dejando que cada nota me envolviera. No se trataba solo de escuchar, se trataba de sentir. Cada acorde vibraba como si fuera una extensión de mi propio corazón, haciendo eco de emociones que nunca supe que estaba reprimiendo.

Cuando finalmente terminó, la última nota flotó en el aire, suave, pero con un peso que parecía imposible para algo tan efímero. El

silencio que siguió fue profundo, como si nadie se atreviera a romper el hechizo que Kyle acababa de lanzar.

Abrí los ojos y me di cuenta de que las lágrimas amenazaban con caer. Las contuve, pero tenía un nudo en la garganta. La música había dicho algo que las palabras nunca podrían decir.

Kellan, como siempre, fue el primero en romper el silencio, pero incluso él parecía más contenido de lo normal.

—¡Joder, Ky! Eso ha sido... magnífico. —Su voz transmitía una honestidad poco habitual, sin ninguna de las capas habituales de sarcasmo.

Kendric asintió, sin una de sus respuestas ingeniosas, solo dejando que una leve sonrisa curvase sus labios mientras cruzaba los brazos, todavía inmerso en el momento.

Miré a Kyle y dejé escapar una suave sonrisa.

—Ha sido perfecto —murmuré, con voz baja, pero llena de sinceridad—. Gracias.

Kyle bajó el violín y su expresión se suavizó cuando sus ojos se encontraron con los míos. Había algo allí que no necesitaba decirse en voz alta, porque la música ya lo había dicho por él.

— Vosotros lo hacéis valer la pena —su voz ronca salió casi en un susurro.

Ese momento fue más que un simple gesto. Fue un recordatorio de que, en medio del caos desconocido que nos rodeaba, Kyle nos había dado algo real a lo que aferrarnos.

Y allí, en ese instante, solo estábamos nosotros cuatro. Sin el peso de las expectativas, sin las amenazas externas que se cernían como sombras. Era una pausa en el tiempo, una tregua inesperada y también un juramento silencioso: no importaba lo que viniera, siempre nos tendríamos los unos a los otros.

No necesitaba nada más que eso.



Desde que regresamos al Onírico tras el enfrentamiento con el *Phantom Reaper*, la dimensión de los sueños no había vuelto a presentar ninguna inestabilidad. Aun así, seguían durmiendo conmigo todas las noches y, en consecuencia, siempre nos transportábamos juntos para saciar nuestro hambre y reforzar nuestra conexión, que siempre iba más allá del sexo.

Cada entrega era única.

Esa noche, los tres me desafiaron.

El roce de la seda contra mi piel era más intenso de lo que imaginaba. El *shibari* moldeaba mi cuerpo, cada nudo apretando en puntos estratégicos que hacían que mi respiración se tambaleara. La venda sobre mis ojos borraba el mundo que me rodeaba, dejándome entregada solo a las sensaciones y al sonido de sus voces, alteradas por el poder metamórfico de cada uno, a propósito para confundirme.

Querían saber hasta dónde llegaba mi conexión con cada uno de ellos, si sería capaz de distinguirlos solo por la forma en que me tocaban... y cómo entraban en mí.

—¿Confías en nosotros? —La voz era profunda, una mezcla de lujuria y cariño que solo podía pertenecer a Kyle. Estaba cerca. Sentí el calor de su aliento contra la curva de mi cuello, aunque no podía verlo.

— Siempre. — Mi voz salió baja, casi un susurro, pero cargada de certeza.

— Entonces pruébalo —otra voz cortó el aire, más ronca, con un tono provocador inconfundible. Kellan. Se estaba divirtiendo, como siempre. — Si tu cuerpo realmente nos pertenece, sabrás quién te está tomando.

Sentí las manos deslizándose por mi cintura, explorando los límites del *shibari* con una curiosidad casi reverente. Mi cuerpo reaccionó instantáneamente al contacto, la piel ardiendo mientras mi corazón latía aceleradamente.

El primer movimiento fue suave, la punta de su pene presionando mi entrada con calculada paciencia. Un gemido escapó de mis labios cuando finalmente se deslizó dentro de mí, llenándome con un ritmo que era a la vez familiar y estimulante.

Pero ¿quién era?

—No hables todavía —advirtió una tercera voz, más suave y cargada de una electricidad que solo podía ser Kendric—. ¡No nos decepciones!

Mi mente daba vueltas, tratando de identificar el ritmo, la intensidad, el ángulo. Cada uno de ellos tenía un estilo único, y ese era...

—Kellan —murmuré, con los labios curvándose en una sonrisa mientras la figura detrás de mí se detenía abruptamente.

—¡Joder, eres buena! —Kellan se rió, saliendo lentamente de dentro de mí, casi como un castigo por haberlo adivinado tan rápido.

Antes de que pudiera protestar, otro par de manos sustituyó a las suyas. Eran más firmes, como una promesa silenciosa de que me llevarían al límite. « ». Esta vez, no hubo paciencia. La persona dentro de mí me tomó de una vez, profundo y con una intensidad que me dejó sin aliento.

—¡Joder, Kyle! —comencé a decir, pero la risa grave que me respondió fue suficiente para hacerme dar cuenta de mi error.

—Te engañé, *amor*... —murmuró Kendric contra mi oreja, mordisqueándola ligeramente antes de moverse dentro de mí de una manera que era inconfundible.

La venda amplificaba todo. Estaba perdida en la danza de sus caricias, en cómo cada toque y movimiento parecía planeado para confundir y provocar.

—Te toca, Ky. Enséñale lo que es entregarse —provocó Kellan, y pronto sentí otro par de manos girándome suavemente, colocándome de espaldas sobre el colchón de satén que parecía infinito en el Onírico.

El toque de Kyle era diferente.

Exploraba mi piel con una mezcla de devoción y posesión, como si estuviera trazando un mapa de cada curva, cada línea. Cuando finalmente me penetró, mi cuerpo se arqueó automáticamente, reconociendo la profundidad y el ritmo que solo él tenía.

Aunque Kendric lo hubiera simulado, realmente había una diferencia. Principalmente porque nuestro vínculo hacía que la conexión

fuera aún más profunda, nunca solo física.

—Kyle... —mi voz tembló, pero había una certeza en ella que hizo que el aire a nuestro alrededor pareciera más denso.

—Buena chica —murmuró, con la voz cargada de orgullo y deseo, mientras sus movimientos se intensificaban.

Estaba perdida en ellos. En el calor, en la lujuria, en el juego. Las cuerdas sujetaban mi cuerpo, pero era la confianza lo que realmente me ataba a ellos.

A medida que se acercaba el clímax, sentí el peso de sus presencias uniéndose de nuevo, cada uno tocándome de una manera única.

Kellan, provocador.

Kendric, impredecible.

Kyle, posesivo.

Y yo, en medio de ese caos, encontrando mi equilibrio.

En ese momento, éramos uno.



CAPÍTULO 63

Entre turbulencias internas y conflictos inevitables

Diciembre llegó como una sombra inevitable. Las mañanas comenzaban más tarde, con el sol oculto por una niebla casi constante, mientras que las noches llegaban con un frío que cortaba la piel.

Aun así, había algo sofocante en el aire, una sensación de que todo se acercaba a un punto de ruptura, y no sabía si era solo el reflejo de mi propia inquietud o si el universo estaba conspirando para prepararme para lo que vendría después.

En *la Universidad de Thornvale*, el ambiente era de tensión y expectación. La recta final del semestre hacía que el campus pareciera una olla a presión a punto de explotar. Exámenes, proyectos finales y, sobre todo, el último partido de los Thornvale Reapers, previsto para la semana siguiente. Sería el enfrentamiento más esperado del año, un feroz duelo contra los Ravenwick Predators.

No era solo un partido. Era una batalla histórica.

Savannah y Hillary, siempre seguras de sí mismas, estaban al borde de un colapso emocional, algo que rara vez veía. Para ellas, no se trataba solo de una actuación impecable, sino de un enfrentamiento directo con las Venom Queens, las animadoras de *la Universidad de Ravenwick*. Rivalidades como esta ardían en la sangre de *las Shadows*, y su nerviosismo era casi palpable mientras ensayaban al son de un ritmo frenético que resonaba en el campo.

Me senté en las gradas, observando las pirámides de cuerpos perfectamente alineados, las sonrisas forzadas y el brillo del sudor que relucía en sus frentes. Todo parecía tan normal, pero dentro de mí, nada estaba en su sitio.

Sentía que me ahogaba cada vez más en un torbellino de sensaciones contradictorias. Por mucho que intentara concentrarme en cosas triviales, mi libido parecía un monstruo hambriento que no podía controlar adecuadamente.

Había una necesidad visceral que cada día parecía más difícil de saciar, sin importar cuántas veces me entregara a Kyle, Kellan y Kendric en el Onírico.

Eso me aterrorizaba.

En la pista de abajo, Savannah descendía con un salto impecable desde la pirámide mientras Hillary gritaba órdenes, haciéndome sonreír con orgullo. Pero cuando mi mirada vagó distraídamente por el campo, vi a Liam Davenport y mi sonrisa se apagó al instante. Estaba al otro lado, hablando con algunos jugadores de los Reapers. Su risa resonaba, relajada, y, por un momento, me pareció tan... irrelevante.

Era difícil creer que, semanas antes, él había sido uno de los focos de mi caos. Pero desde aquel enfrentamiento final en el pasillo, donde quedó claro que Liam no recordaba nada, el chico había vuelto a ser solo el arrogante líder de Omega Rho.

Tampoco recibí más mensajes misteriosos, e hasta los pensamientos masculinos que antes invadían mi mente, finalmente tenía control sobre ellos.

Sin embargo, parecía que el precio a pagar por la falsa sensación de paz era cada vez más caro.

Mantener el autocontrol conllevaba una tensión constante y un esfuerzo consciente que parecía agotar mi esencia humana sin tregua. Cualquier sensación de alivio se volvía ligeramente momentánea y cada vez me resultaba más difícil disimular lo agotada que me sentía.

—Estás perdida en tus propios pensamientos otra vez, Hope. — La voz de Kendric me trajo de vuelta.

Se sentó a mi lado en la grada, con una sonrisa que no podía ocultar por completo la preocupación en sus ojos. Kendric era bueno fingiendo despreocupación, pero últimamente sentía que su inquietud iba en aumento.

— Solo pensaba —respondí, encogiéndome de hombros, tratando de no parecer tan afectada.

Me miró por un momento, inclinando la cabeza como si pudiera leer mis pensamientos, aunque ese don de su esencia de íncubo no funcionara conmigo.

— ¿Pensando en qué? —Su voz estaba cargada de un intento por romper mi barrera emocional.

No respondí de inmediato. Mis ojos estaban fijos en *las Sombras*, pero mi mente estaba lejos.

Kendric siempre había sido mi confidente, pero incluso él parecía distante ahora, víctima de la barrera emocional que estaba construyendo a mi alrededor sin querer.

Respiré hondo y me volví hacia él, dejando que una sonrisa jugara en mis labios.

—¿Qué tal una locura de enamorados? —pregunté, inclinándome ligeramente hacia él, con un tono deliberadamente provocador.

— ¿Qué estás tramando ahora, Hope? —Arqueó una ceja, pero no pudo ocultar el brillo de curiosidad que se encendió en sus ojos.

—Algo que implique un poco de adrenalina. —Mi voz se bajó, casi un susurro, mientras me inclinaba aún más—. ¿Qué tal unos besos en el vestuario?

La sorpresa se reflejó en el rostro de Kendric por un instante, pero pronto fue sustituida por una sonrisa que yo conocía bien.

Le encantaban los retos.

— ¿De verdad crees que voy a resistirme a una propuesta así? —Se levantó y me tendió la mano.

—¡Me alegro de que no! —Acepté su mano, sintiendo cómo la adrenalina comenzaba a correr por mis venas.

Quizás era lo que necesitaba: algo imprudente que me hiciera olvidar.

Mientras bajábamos las escaleras de la grada, sentí las miradas de algunos estudiantes, pero no me importó. La música aún resonaba en el estadio, ahogando cualquier murmullo o risa.

Kendric me apretó la mano mientras me guiaba hacia fuera, con una sonrisa pícara y una energía eléctrica que parecía contagiosa.

«Espero que estés lista, Hope», susurró cuando nos acercamos a la puerta del vestuario.

No sabía si estaba lista, pero sabía que tenía que olvidar el caos que se estaba formando dentro de mí, aunque solo fuera por unos minutos.

Kendric abrió la puerta del gimnasio que daba a los vestuarios con un movimiento ágil, con los dedos aún entrelazados con los míos mientras me guiaba. Nos detuvimos frente a las dos puertas metálicas pintadas de azul y rosa desgastadas por el tiempo, que indicaban los vestuarios masculinos y femeninos. Se volvió hacia mí, con los ojos brillando con una provocación que era tan característica de él como su sonrisa maliciosa.

—¿Qué vas a hacer, Hope? —preguntó, con tono casual, pero con los ojos cargados de un desafío que sabía que no podría resistir.

Me detuve un momento, dejando que mi mirada vagara entre las puertas. La idea de entrar en el vestuario masculino me trajo a la mente un atisbo de los pensamientos obscenos que había aprendido a bloquear: chicos desnudos, sus cuerpos sudorosos y sus mentes inundadas de imágenes explícitas, cada uno de ellos viéndome como un premio que nunca podrían alcanzar.

Pero en el vestuario femenino las cosas no serían mucho mejores. Chicas llenas de resentimiento, preguntándose por qué alguien como yo había captado la atención de los Scottfield, especialmente la de Kendric. Porque, a decir verdad, ¡era guapo y encajaba muy bien en *el papel* de novio perfecto!

Me encogí de hombros y señalé la puerta de las chicas.

—Al menos aquí, tú serás el codiciado de la ecuación. —Sonreí, sintiendo la ligera provocación en mi voz.

— Me parece justo —Kendric se rió, empujando la puerta para dejarme entrar primero—. No es que me vaya a quejar de ser el centro de atención.

El familiar aroma de perfume caro mezclado con un ligero olor a desodorante y jabón en polvo llenaba el espacio. El vestuario estaba vacío, los sonidos amortiguados de la música y las risas resonaban en la distancia. Las filas de taquillas se extendían como estrechos pasillos, y los bancos de madera marcados por años de uso parecían testigos silenciosos de secretos nunca compartidos.

Kendric eligió una cabina y cerró la puerta de cristal ahumado detrás de nosotros. Mi corazón se aceleró. Era emocionante estar allí, haciendo algo que rompía todas las reglas, algo que era puramente impulsivo y egoísta.

— Ahora que tenemos privacidad... —dijo Kendric, con voz baja y cargada de un tono depredador que me puso la piel de gallina—. Vamos a establecer una pequeña regla.

—¿Regla? —Arqueé una ceja, desafiante—. ¿Desde cuándo juegas con reglas, Scottfield?

Se acercó, acortando la distancia entre nosotros con pasos deliberadamente lentos, hasta que pude sentir el calor de su cuerpo irradiando hacia mí. Sus dedos se deslizaron hasta mi cintura, apretándola ligeramente antes de inclinarse para susurrarme al oído:

— La regla es simple, Hope: no puedes gemir.

Mi estómago se hizo un nudo por la anticipación y lo miré fijamente, tratando de fingir confianza mientras mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

— ¿Y qué pasa si rompo la regla?

Su sonrisa se amplió, peligrosamente traviesa.

— Ah, ya se me ocurrirá algo. Pero confía en mí... ¡valdrá la pena!

Antes de que pudiera responder, me agarró con más fuerza por la cintura y me empujó hacia atrás hasta que mi espalda tocó el frío azulejo. El contraste entre la pared helada y el calor de su cuerpo me hizo arquearme ligeramente, pero él ya se estaba arrodillando ante mí, con los ojos fijos en los míos mientras sus ágiles dedos se deslizaban por la cintura de mis pantalones.

—Relájate, nena. Seré suave... tal vez. —Su voz era una mezcla de promesa y amenaza, lo que solo aumentó mi excitación.

Sentí cómo me bajaba la tela, y las bragas siguieron el mismo camino, dejándome expuesta ante él. Esa mirada de adoración que le dirigió a mi cuerpo me hizo olvidar el frío del ambiente, sustituido por el calor que crecía dentro de mí.

—Tan hermosa... —murmuró, casi para sí mismo, antes de acercar su rostro, su aliento cálido contra mi piel sensible.

Cuando su lengua tocó mi clítoris por primera vez, todo mi cuerpo reaccionó. Mis manos instintivamente alcanzaron su cabello, mis dedos enredándose en sus mechones mientras él trabajaba con una precisión que solo un tipo experimentado podría tener.

— Recuerda la regla, Hope... —susurró, su voz vibrando contra mí de una manera que casi me hizo gemir allí mismo.

Me mordí el labio con fuerza, tratando de contener el sonido que amenazaba con escapar mientras él alternaba entre lametones suaves y succiones que me hacían perder el equilibrio. Mi cuerpo temblaba, mis rodillas casi cedían, pero él me sujetaba con fuerza por los muslos, manteniéndome en mi sitio como si supiera exactamente lo que necesitaba.

Cada uno de sus movimientos era un estudio, un análisis cuidadoso de cómo llevarme al límite sin dejarme cruzarlo. Con cada nuevo ritmo, él miraba hacia arriba, sus ojos oscuros brillando con satisfacción mientras yo luchaba por mantenerme en silencio.

—Lo estás haciendo bien... —me provocó, con los labios curvados en una sonrisa antes de volver al trabajo, su lengua bailando en patrones que parecían deliberadamente calculados para hacerme fallar.

Mi cabeza golpeó ligeramente la pared y todo mi cuerpo estaba en llamas. La tensión crecía como una ola, lista para engullirme, pero me negué a darle el placer de oírme gemir. No importaba que cada fibra de mi ser quisiera gritar su nombre, que quisiera suplicarle que no parara.

Entonces hizo algo que casi me destruyó.

Sus dedos se deslizaron dentro de mí, moviéndose con una destreza que me hizo agarrar su cabello con más fuerza. Sus movimientos eran precisos, implacables, y mi respiración se volvió irregular mientras la excitación alcanzaba su punto álgido.

«Qué difícil debe ser...», murmuró entre beso y beso en mi coño mojado. «Mantener todo eso dentro de ti».

Esas palabras fueron mi perdición.

— ¡Joder, Ken! —exclamé, incapaz de contener el sonido que salió como un grito entrecortado.

Él se rió contra mi piel, satisfecho, mientras yo sentía que mi cuerpo cedía al placer abrumador que él me proporcionaba. El clímax llegó como una explosión, mi cuerpo temblaba mientras él continuaba, prolongando cada segundo hasta que me quedé sin fuerzas para contenerme.

Cuando finalmente se retiró, Kendric se levantó, con los ojos brillantes de triunfo mientras se lamía los dedos con una sonrisa de satisfacción.

— Parece que has roto la regla. — Su voz era una mezcla de arrogancia y dulzura, lo que me dio ganas de reír y golpearlo al mismo tiempo.

Aún tratando de recuperar el aliento, lo miré con una sonrisa desafiante en los labios.

— Ha... valido... absolutamente... la pena.

Se inclinó para besarme la frente, un gesto que era a la vez protector y provocador.

—Te lo advertí, Hope. Siempre gano.

Kendric me ayudó a ponerme los pantalones con una precisión casi reverente, pero la sonrisa pícara en sus labios no ocultaba la satisfacción de haberme hecho romper su regla.

— ¡Listo! —Parpadeó, acomodando la erección bajo los pantalones antes de pasarse las manos por el pelo, como si intentara recuperar un mínimo de compostura.

Abrí la puerta de la cabina, todavía tratando de calmar los latidos de mi corazón.

Pero tan pronto como di el primer paso hacia fuera, me topé con algunas *Shadows* paradas cerca de los espejos, claramente esperando nuestra salida. Tenían los ojos muy abiertos y algunas de ellas se sonrojaron al ver a Kendric a mi lado, con esa sonrisa maliciosa y una confianza desarmante.

Savannah y Hillary también estaban allí.

¡Ayuda! ¡Qué vergüenza!

— ¡Hola! Eh... espero que no hayamos interrumpido nada importante por aquí... —dijo Kendric, rompiendo el silencio incómodo con un tono ligero y relajado.

Las chicas no sabían dónde mirar, algunas se miraban a sí mismas en el espejo, mientras que otras me lanzaban miradas furtivas y, sobre todo, a él.

—Solo para que quede claro... Esta chica —Kendric me señaló— es mi novia. Y no solo eso: es una maldita reina.

Me sonrojé inmediatamente, pero a él no le importó. De hecho, parecía gustarle ponerme en evidencia delante de ellas.

— ¿Y sabes lo que significa ser una reina? —continuó, con los ojos brillando con ese encanto irresistible—. Significa que nadie aquí debería aceptar menos de lo que se merece. No importa quién seas, qué hagas o con quién salgas. Si el chico o la chica con quien estás no te acelera el corazón, no te hace suspirar y, sobre todo, no te hace sentir como la única persona en el universo... entonces, amigas, estáis con la persona equivocada.

Las *Shadows* intercambiaron miradas de sorpresa, algunas sonriendo tímidamente y otras suspirando claramente ante el discurso.

—¿Entendido? —Kendric arqueó una ceja, con un tono medio bromista, pero con una sinceridad innegable.

—¡Entendido! —Savannah asintió lentamente con la cabeza, con una sonrisa en los labios.

Otra chica, más atrevida, soltó un suspiro exagerado.

— Si no funciona con ella, avísame, ¿vale?

Kendric se rió, lanzándole una mirada divertida antes de agarrarme por la cintura.

— Lo siento, pero soy todo suyo para siempre. ¡No hay espacio para nadie más!

La última declaración fue suficiente para hacerme sonreír, a pesar de la vergüenza que aún me calentaba las mejillas. Las chicas siguieron observándonos mientras salíamos del vestuario, Kendric con el brazo relajado alrededor de mis hombros y una sonrisa que podría iluminar todo el campus.

En cuanto estuvimos lo suficientemente lejos, le lancé una mirada exasperada.

— ¿De verdad tenías que soltar un discurso?

— Rompiste la regla y ese fue tu castigo. Un poco de vergüenza ajena le viene bien a mi ego. —Se encogió de hombros, despreocupado—. Además, alguien tenía que enseñarles a no aceptar a los idiotas.

—¡Eres imposible, Ken! —A pesar de mi suspiro, no pude contener la sonrisa que se formó en mis labios.

— Y tú me quieres tal y como soy.



Me desperté en mitad de la noche con el corazón acelerado y el cuerpo invadido por una energía que parecía desbordarse. Aún podía

sentir toda la intensidad, los ecos de los gemidos y las caricias de cada uno de los tres mientras estábamos en el Onírico.

Pero no fue suficiente.

Mi respiración era pesada y cada parte de mí parecía gritar por más.

Era un deseo arraigado en algo más allá de lo físico. Mi esencia exigía algo que no podía ignorar, incluso después de todo lo que habíamos compartido esa noche y las anteriores.

Con cuidado, me deslice fuera de la cama. Los tres dormían profundamente, sus respiraciones rítmicas llenaban el silencio de la habitación. Me quedé mirándolos, con el pecho oprimido por una mezcla de afecto y culpa. No quería despertarlos, no quería que supieran que, incluso después de todo, todavía estaba en ese estado.

Salí en silencio, mis pies descalzos casi inaudibles contra el suelo frío mientras cruzaba el pasillo de la habitación hasta uno de los baños más lejanos. La oscuridad de la mansión parecía amplificar mi vulnerabilidad, pero el frío que envolvía el ambiente no era suficiente para apaciguar el calor creciente dentro de mí.

Cerré la puerta detrás de mí y me miré en el espejo. Tenía el rostro sonrojado y los ojos brillantes, como si acabara de salir de un sueño febril.

«Respira...», me susurré a mí misma, tratando de domar la tormenta que parecía consumir cada fibra de mi ser.

Abrí el grifo de la ducha y ajusté la temperatura al frío, dejando que el agua corriera mientras me desnudaba. El frío que recorría mi piel debería haberme aliviado, pero en cambio solo parecía intensificar mi percepción de cada nervio, cada centímetro de mi cuerpo palpitando con necesidad.

La tentación pudo más.

Me apoyé contra la pared alicatada, dejando que mis dedos se deslizaran entre mis piernas, buscando desesperadamente algo de alivio. Mis movimientos eran apresurados, cada caricia un intento frustrado de llenar el vacío.

—Joder... —gemí en voz baja, mi voz ahogada por el sonido del agua.

— ¿Por qué estás aquí sola? —La voz de Kyle me hizo congelarme.

Abrí los ojos, sorprendida, y lo encontré parado en la puerta entreabierta, su silueta iluminada solo por la tenue luz del baño. Sus ojos estaban fijos en mí, una mezcla de preocupación y algo más que hacía que mi corazón se acelerara.

— Yo... — Las palabras se me atragantaron en la garganta mientras se acercaba, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Estás bien? —murmuró en un tono suave, pero cargado de intensidad. Sus ojos recorrieron mi cuerpo mojado y pude sentir su energía apoderándose del ambiente.

—No quería despertarlos... —murmuré, un poco temblorosa.

Kyle no respondió de inmediato. Simplemente se acercó a mí, su presencia dominando el espacio. Sus manos alcanzaron mi rostro, sujetándolo con firmeza mientras me obligaba a mirarlo.

— ¿Crees que puedes ocultarme esto? —Su voz era baja, casi un susurro—. Siento todo lo que tú sientes, amor. Cada deseo, cada necesidad.

Mi respiración era entrecortada y no encontraba palabras para responder. Tenía razón. Lo sabía.

— ¿Por qué no nos despertaste? —continuó Kyle, su expresión suavizándose mientras sus pulgares acariciaban mi piel—. ¿Por qué crees que tienes que afrontar esto sola?

— Porque... — Mi voz falló, pero finalmente reuní la fuerza para hablar—. Porque no es justo. Siento que los necesito todo el tiempo, como si nunca fuera suficiente. Y eso... eso me asusta.

Kyle soltó un profundo suspiro e inclinó la cabeza hasta que nuestras frentes se tocaron.

— No hay nada malo en necesitarnos. Eso es lo que tú eres, lo que nosotros somos. —Me besó en la frente, un gesto tan lleno de

cariño que me oprimió el pecho—. Estamos juntos en esto, Vallery. Siempre.

Antes de que pudiera responder, deslizó las manos por mi cuerpo, apartando mis dedos de donde intentaba aliviarme.

— Déjame encargarme de eso. — Su tono era una mezcla de orden y promesa, y no pude resistirme.

No quería resistirme.

Kyle no esperó más. Sus firmes manos se deslizaron por mi cuerpo mojado, apartando mis brazos a los lados mientras me atraía hacia él, el calor de su piel contrastando con el agua fría que corría por nosotros.

Su boca encontró la mía con urgencia, el beso era hambriento y delicado al mismo tiempo, como si quisiera consumir cada parte de mí.

Sus dedos pronto retomaron el camino que los míos habían recorrido, pero de una manera que solo él sabía hacer. Un toque que parecía diseñado para mí, un mapa trazado con precisión, cada movimiento calculado para llevarme más profundamente al abismo de la lujuria.

Gemía contra sus labios, incapaz de contener los sonidos que se escapaban. Mis manos agarraron sus hombros, buscando apoyo mientras él exploraba cada centímetro de mi coño.

—Te siento... toda tú —murmuró Kyle contra mi boca, con la voz ronca, cargada de emoción.

Sus dedos trabajaron dentro de mí, firmes y precisos, provocándome hasta que mi cuerpo se arqueó contra él, una intensa ola que me llevó al límite y me dejó sin aliento mientras el orgasmo me consumía.

Pero el alivio fue breve.

Incluso antes de que la última ola de placer se disipara, lágrimas calientes brotaron de mis ojos y resbalaron por mi rostro, mezclándose con el agua de la ducha.

«No es suficiente...», murmuré con voz quebrada mientras escondía mi rostro en su pecho.

Kyle se quedó paralizado, sus ojos me miraban con una preocupación que me partió aún más.

—Vallery... —Intentó acercarme más a él, pero yo retrocedí un poco, sacudiendo la cabeza con frustración.

— No es suficiente, Ky. Necesito más... No sé cómo detener esto.

Se quedó quieto por un momento antes de arrodillarse lentamente ante mí, con una expresión que era una mezcla de determinación y vulnerabilidad.

— Entonces déjame intentarlo de nuevo.

Antes de que pudiera responder, se inclinó hacia delante, con las manos sujetándome los muslos mientras su boca se deslizaba entre ellos. El primer contacto de su lengua me hizo arquear el cuerpo, y un gemido ronco y dolorido se escapó de mi garganta.

Era metódico, hábil, explorando cada punto sensible como si su misión fuera destruirme de placer. Mis dedos encontraron su cabello, agarrándolo con fuerza mientras Kyle me llevaba una vez más al borde del abismo.

Y cuando me alcanzó el segundo orgasmo, fue tan intenso que mis piernas temblaron y mi cabeza se desplomó contra la fría pared de la ducha.

Pero el vacío permaneció.

Kyle se levantó lentamente, sus ojos se encontraron con los míos mientras yo lo miraba con una mezcla de desesperación y necesidad cruda.

—No es suficiente, Ky... todavía no es suficiente.

El conflicto en su rostro era evidente, como si estuviera luchando contra algo más grande que cualquiera de nosotros.

— Vamos al Onírico —sugirió casi en un susurro—. Allí puedo darte todo lo que necesitas.

— No. —Negué con la cabeza, mi voz más firme de lo que esperaba—. No lo quiero en el Onírico. ¡Lo quiero aquí! ¡Ahora!

— Vallery, eso es demasiado arriesgado. — Dio un paso atrás, el aire entre nosotros cargado de tensión—. No me perdonaré si te hago daño.

— ¡No me harás daño! —Mi voz temblaba, pero cada palabra estaba llena de convicción—. Ya me he vuelto inmune a vuestra toxina íncubo. Además, Zarah me ha explicado que, con el vínculo matrimonial, nuestras esencias se han mezclado. Eso significa que tú también tienes mi esencia celestial, al igual que yo tengo tu esencia demoníaca. Ahora somos completamente compatibles...

— Es solo una teoría y no puedo arriesgarme. —Sacudió la cabeza, con los ojos brillantes de preocupación—. No importa lo que digas, tu seguridad es mi prioridad, amor...

El rechazo me quemó como ácido por dentro, pero sabía que no podía forzarlo.

— Está bien. Lo entiendo. — Respiré hondo, tratando de contener el dolor creciente que parecía ahogarme el pecho.

— Val, por favor... — Kyle frunció el ceño, como si no creyera del todo en mis palabras.

— No, Ky. Está bien. Solo... déjame sola ahora.

— ¡No puedo dejarte así!

— Kyle, si no te vas ahora, esto solo empeorará. — Mis palabras fueron más duras de lo que pretendía, pero eran ciertas.

Él dudó, claramente indeciso, pero finalmente asintió.

— Si me necesitas...

¿Y no era eso lo que acababa de hacer?

Necesitarlo. Suplicarle.

No respondí, solo lo observé mientras se marchaba, cerrando la puerta tras de sí. Y cuando me quedé sola, el peso de todo se abatió sobre mí.

Me dejé deslizar hasta el suelo de la ducha, sentada bajo el chorro de agua fría que seguía cayendo sin cesar. Las lágrimas brotaron sin control, en una mezcla de frustración, necesidad y algo que no podía nombrar.

No sabía cómo lidiar con eso.

El deseo parecía un monstruo dentro de mí, insaciable y siempre al acecho.

Y, por primera vez, me sentí verdaderamente perdida.



CAPÍTULO 64

Entre cambios impredecibles y metamorfosis inevitables

Me desperté con una sensación de calor y voces bajas susurrando cerca de mí. La luz del día invadía la habitación a través de las altas ventanas, trayendo una suave claridad que contrastaba con la penumbra de mis turbulentos sueños.

—Vallery... —La grave voz de Kyle fue la primera en romper la niebla de mi sueño.

Abrí los ojos lentamente, parpadeando ante la luz. Los tres estaban a mi alrededor. Kellan, agachado cerca del sofá, tenía una mirada curiosa y preocupada. Kendric, a su lado, parecía incómodo, como si estuviera a punto de decir algo, pero dudara. Kyle, de pie, me observaba con una intensidad que sentía que me quemaba hasta el alma.

—¿Qué hacen aquí? —Mi voz sonó ronca mientras me ajustaba el albornoz con más fuerza, sintiendo la suave textura de la tela contra mi piel.

— Esa es nuestra pregunta, nena. —Kellan fue el primero en hablar, con tono ligero, pero con la mirada fija en mí—. ¿Por qué dormiste en el sofá?

— No pasa nada. Solo... necesitaba un lugar diferente para descansar. — Intenté parecer despreocupada, pero no era fácil con los tres mirándome de esa manera.

— No parece estar bien —replicó Kendric, cruzando los brazos sobre el pecho—. Sobre todo cuando saliste sigilosamente de la habitación y nos dejaste preocupados.

Kyle permaneció en silencio, pero sentía el peso del vínculo entre nosotros, su preocupación inundando mi pecho como una corriente invisible. No necesitaba decir nada, porque su expresión lo decía todo.

— Están exagerando —intenté cambiar el tono de la conversación—. A partir de ahora prefiero dormir sola, eso es todo.

Kellan parpadeó, claramente sorprendido por mi declaración. Kendric abrió la boca para protestar, pero fue Kyle quien dio un paso al frente, con su postura rígida y la tensión evidente en sus ojos.

—Vallery, ¿qué está pasando? —Su voz era baja, pero cargada de preocupación—. No me estás contando todo.

Aparté la mirada, incapaz de soportar la profundidad con la que me miraba, como si pudiera ver cada parte de mí que intentaba ocultar.

—No pasa nada, Ky. —Crucé los brazos, mi voz sonaba más convencida de lo que realmente me sentía—. Solo creo que necesito un poco de espacio.

—¿Espacio? —Kendric sonó incrédulo, inclinándose hacia adelante como si no lo hubiera entendido bien.

—Eso es. —Respiré hondo, tratando de parecer tranquila—. Ya hemos estado juntos todo el tiempo, y ahora que el peligro en el Onírico ha sido eliminado, tiene sentido que cada uno tenga... un poco de privacidad, ¿no creéis?

— ¡Eso no tiene ningún sentido! —Kellan se levantó, cruzando los brazos mientras me estudiaba con mirada crítica.

— ¿Por qué te estás alejando de nosotros? —preguntó Kendric directamente, con voz más baja, pero igualmente seria.

Miré a Kyle, que seguía observándome como si intentara descifrar lo que pasaba dentro de mí. El vínculo entre nosotros parecía vibrar con una mezcla de emociones que no podía separar.

— No se trata de alejarme —mi voz se suavizó, pero mantuve un tono firme—. Pero necesito un poco de tiempo a solas, para... adaptarme.

Kyle dio un paso hacia mí, sus ojos oscureciéndose con algo que parecía una mezcla de dolor y preocupación.

—Sabes que no tienes que enfrentarte a nada sola. —Sus palabras eran una súplica, un intento de alcanzar algo que yo no estaba preparada para compartir.

Me tragué las ganas de gritar a pleno pulmón que ya estaba enfrentándome a algo sola, porque cuando le supliqué su ayuda, él retrocedió por miedo.

No quería pelear y entendía su punto de vista, aunque me sentía herida.

— Lo sé. — Mantuve su mirada por un instante, dejando que mi voz cargara con el peso de lo que no podía decir. — Pero necesito un poco de espacio por ahora.

El silencio que siguió fue pesado, cada segundo se arrastraba como si llevara un mundo de significados.

— ¡De acuerdo! —Fue Kellan quien finalmente rompió el silencio, encogiéndose de hombros, pero el brillo de sus ojos delataba su fingida relajación—. Si es lo que quieres, nena.

Kendric parecía menos dispuesto a aceptarlo, pero antes de que pudiera protestar, me levanté, apretando el albornoz alrededor de mi cuerpo.

— Ahora, si me disculpan, tengo que prepararme para la clase.

Kyle no se movió, pero podía sentir la lucha interna en su postura.

Quería hablar, insistir, pero sabía que yo no cedería.

Pasé junto a ellos con el corazón encogido, cada paso una batalla para no mirar atrás. Sabía que les dejaba con preguntas sin respuesta, pero era lo mejor que podía hacer en ese momento.



El motor del coche ronroneaba suavemente mientras Kendric conducía por las arboladas calles de Thornvale, una banda sonora amortiguada para el tenso silencio que llenaba el espacio entre nosotros.

Miré por la ventana, observando las ramas desnudas de los árboles que se balanceaban con la fría brisa de finales de otoño. El cielo gris parecía reflejar mi estado de ánimo, pesado y cargado, a punto de derrumbarse.

Los días que siguieron después de que exigiera un poco de espacio nos estaban matando a todos, por mucho que nos esforzáramos por fingir que todo iba bien.

No los he vuelto a ver en Onírico desde entonces, pero ninguno de los tres se ha atrevido a sacar el tema.

No fue a propósito, sin embargo, era solo que...

—¿Me vas a decir qué está pasando o pretendes seguir con ese papel de estatua? —La voz de Kendric rompió el silencio, cargada de una irritación mal disimulada.

Aparté la mirada de la ventana y lo miré. Tenía las manos firmes en el volante, la mandíbula apretada, pero sus ojos brillaban con una mezcla de preocupación y frustración.

— No pasa nada, Ken. — Mi voz sonó más plana de lo que me hubiera gustado, lo que solo empeoró las cosas.

— ¿No está pasando nada? — soltó una risa seca, sacudiendo la cabeza—. Claro, finjamos que eso tiene sentido. Llevas días escondiéndote de nosotros, bloqueando nuestro acceso a tus sueños como si estuviéramos intentando invadir una fortaleza. Kyle está actuando como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago c desde que nos despertamos sin ti en nuestra cama ese día... Kellan está intentando agotarse con peleas clandestinas en *Got Sin?* para calmar todo el deseo reprimido y yo, aparentemente, soy el único idiota que no entiende una mierda.

Íbamos a reunirnos con Zarah en *Good Lucky VooDoo* para continuar el trabajo de Kendric de alimentar su base de datos con los grimorios de la colección personal de su amiga bruja.

—No es justo... —comencé, pero él me interrumpió, girando ligeramente la cabeza para mirarme mientras mantenía los ojos alternando entre mí y el tráfico.

— ¿Sabes lo que no es justo, Vallery? —Su voz subió un tono, pero no perdió el control. No estaba enfadado. Estaba dolido—. Que actúes como si nosotros fuéramos el problema, mientras te alejas y finges que todo va bien.

— Solo necesito un tiempo para mí, Kendric. — Las palabras sonaron casi como una súplica, pero la verdad era que ni yo misma me las creía.

—Tiempo para ti —repitió, con sarcasmo en cada palabra—. Entonces dime: ¿debería presionarte más a ti o a Kyle para descubrir qué diablos está pasando realmente?

El peso de sus palabras cayó sobre mí como una tormenta. Respiré hondo, tratando de reunir la fuerza necesaria para responder sin derrumbarme allí mismo.

— No se trata de ustedes... —comencé, pero mi voz falló al final, traicionando la falsa serenidad que estaba tratando de mantener.

— Entonces explícamelo, porque parece que tiene mucho que ver con nosotros. —Golpeó el volante, no con tanta fuerza como para desviar el coche, pero lo suficiente como para liberar la tensión que parecía acumularse en sus hombros—. ¿Crees que somos tan ciegos? ¡Nos has bloqueado, Vallery! Has bloqueado nuestro acceso a ti, ya sea en tu habitación o en el Onírico. Y desde entonces... Kyle está diferente. ¡Tú estás diferente!

Se me secó la garganta, las palabras se atascaron en una maraña de pensamientos caóticos que no sabía cómo organizar.

—Kendric, por favor... —murmuré, pero él no retrocedió.

— No me pidas que pare, Hope. Porque no lo haré. — Respiró hondo, tratando de calmar la frustración que temblaba en su voz—. Sé

que algo va mal. Lo veo. ¡Lo siento! Pero nos estás manteniendo en la oscuridad, y eso me está matando.

El dolor en sus palabras le llegó al alma.

El silencio que siguió fue casi ensordecedor, solo interrumpido por el sonido rítmico del motor.

— No sé cómo explicarlo, Ken... —Finalmente, suspiré, dejando que la máscara de calma se deslizara, al menos un poco.

— Inténtalo. —Se volvió hacia mí, con un tono más bajo, pero aún firme—. Por favor, Hope. ¡Solo inténtalo!

Acerqué mis manos, entrelazando los dedos como si pudiera contener el torbellino que había dentro de mí.

— Es como si... — Tragué saliva, luchando por encontrar las palabras adecuadas. — Como si todo dentro de mí estuviera en llamas. Un fuego que no se apaga. Y por más que lo intente, por más que ustedes lo intenten, nada parece ser suficiente para contenerlo.

Él se quedó en silencio, observándome, procesando cada palabra con una intensidad que me hizo apartar la mirada de nuevo.

— No se trata de excitación, Ken. Es algo más... primitivo. Algo que no puedo disipar, especialmente cuando estoy cerca de ustedes, y eso me está asustando.

— ¿Por qué no nos lo contaste? —La pregunta fue suave, casi como un suspiro, pero su peso era abrumador.

—Porque tengo miedo de que esto os afecte tanto como me ha afectado a mí —admití, con la voz quebrada al final—. No sé si alguno de los tres podrá ayudarme esta vez.

Él negó lentamente con la cabeza, sus ojos oscureciéndose con algo que no pude identificar.

—Hope... ¡No puedo dejar que pases por esto sola, maldita sea! —Sus palabras eran firmes, pero había una gentileza en ellas que hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

No pude responder. No pude decirle que lo sabía, pero que aún así me parecía imposible compartir lo que había dentro de mí. El

coche dobló una esquina y me obligué a respirar hondo, tragándome el nudo que tenía en la garganta mientras la fachada de calma volvía lentamente.

—Ya casi llegamos —murmuré, mirando la entrada del *Eclipse Center* que se acercaba en el horizonte.

Pero sabía que esa conversación no había terminado.

Kendric no era de los que se rendían.

Y una parte de mí sabía que tenía razón al no hacerlo.



—¿Problemas en el paraíso, mi niña? —La voz de Zarah rompió el pesado silencio de la tienda, cargada de un tono a la vez burlón y maternal.

No le costó mucho leer lo que yo intentaba ocultar, como si mis pensamientos fueran un libro abierto para los sagaces ojos de la bruja.

Sentada a la mesa rodeada de antiguos grimorios y el aroma amaderado de las hierbas quemadas en las velas, sentí un escalofrío de frustración y agotamiento recorrerme. Kendric había salido hacía poco a buscar café y Zarah, como siempre, aprovechó la oportunidad para atacar directamente lo que había en mi corazón.

—No estoy segura de si es un problema o si yo me estoy convirtiendo en el problema —respondí, evitando su mirada penetrante.

Pasé los dedos por el papel envejecido de uno de los grimorios abiertos, más como distracción que por interés genuino en el texto que contenía.

Zarah se acercó, cruzando los brazos de forma relajada mientras me observaba con una paciencia que solo alguien con siglos de experiencia podría tener.

—Entonces no se trata de tres demonios guapos, supongo. —Arqueó una ceja, con una sonrisa astuta jugando en sus labios

pintados de un rojo intenso.

—No —murmuré, suspirando mientras me recostaba en la silla —. Es... sobre mí.

Ella inclinó la cabeza, gesticulando para que continuara. Pero al intentar encontrar las palabras adecuadas, me di cuenta de que tenía el pecho oprimido y la ansiedad burbujeando bajo la superficie.

— Últimamente, me siento como si... —mi voz falló por un momento—. Como si lo que pasa entre nosotros en la Dimensión Onírica no fuera suficiente para... *satisfacerme.* No importa cuánto me pierda en ellos, cuánto me devoren y yo a ellos, algo se queda... incompleto.

Zarah no dijo nada, pero el brillo de sus ojos oscuros me animó a continuar.

— Y cuando estoy cerca de ellos, en el plano físico, es como si todo en mí... clamara por más. Como si mi propia piel exigiera algo que no puedo explicar. — Mis palabras salieron apresuradas, impulsadas por la necesidad de verbalizar lo que había estado guardando durante días. — Es sofocante. No puedo respirar bien.

Ella suspiró, apartándose un mechón de pelo de los ojos mientras se dirigía a la estantería detrás del mostrador, sus pasos resonando suavemente en la madera.

—Mi niña, lo que estás viviendo no es tan inusual como crees. —Su voz era baja, casi hipnótica—. Tu esencia está en una especie de metamorfosis. Un clamor primitivo que trasciende cualquier explicación racional.

—¿Metamorfosis? —repetí, frunciendo el ceño.

Regresó con una pequeña bolsa de tela descolorida. El aroma de las hierbas secas inundó el aire cuando la colocó sobre la mesa, y sus dedos comenzaron a separar las hojas y flores secas con meticulosa precisión.

—Las lobas y las vampiras pasan por algo similar durante el celo —explicó con calma—. No estoy diciendo que estés en celo, pero

tu esencia es sexual por naturaleza, por ser hija de Lilith y una súcubo. Tu alma clama por satisfacción.

— Eso es... una locura. ¡No estoy en celo, Zarah! —Mis manos se cerraron a los lados del cuerpo, una mezcla de incredulidad y pánico apoderándose de mí.

Ella se rió entre dientes, ese sonido que parecía contener todos los secretos del universo.

—No hace falta que lo estés. El celo es solo un término que usamos, pero lo que estás enfrentando es más complejo. Y, por desgracia, desconozco todo lo relacionado con tu biología. Solo puedo aportar lo que sé en comparación con otras criaturas sobrenaturales.

La miré en silencio, con los ojos fijos en sus manos mientras comenzaba a preparar una mezcla. Cada movimiento era calculado, como si fuera parte de un antiguo ritual.

—Esto me está consumiendo poco a poco —dije con voz dolida —. Intenté contarle a Kyle que compartimos nuestra esencia a través del vínculo matrimonial, pero él sigue negándose a...

Las palabras se me atragantaron en la garganta.

No pude decirlas en voz alta.

Zarah dejó de mezclar las hierbas y apoyó las manos sobre la mesa. Sus ojos se encontraron con los míos, tan intensos como los de Kyle, pero diferentes. Mientras que la mirada de Kyle me envolvía en calor y protección, la de ella era como un espejo que reflejaba las partes de mí que temía afrontar.

—Se niega a consumar el acto sexual en el plano físico — concluyó sin rodeos.

—Tiene miedo de hacerme daño—, asentí, sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Y tú? —Zarah se inclinó ligeramente hacia delante—. ¿Qué sientes, pequeña?

— Frustración —la palabra salió antes de que pudiera contenerla—. Entiendo su miedo. Pero... esto me está destrozando por dentro.

Me observó durante un largo momento antes de coger la bolsita de tela, ahora llena de una mezcla de hierbas trituradas.

— Estas hierbas pueden ayudar temporalmente. Las lobas y las vampiras las han utilizado durante siglos para calmar la libido cuando sus parejas vinculadas están ausentes.

Miré la mezcla con desconfianza, pero también con una pizca de esperanza.

— No resolverá el problema, pero puede darte tiempo hasta que comprendas mejor lo que te está pasando.

— Gracias. — Cogí la bolsita, sintiendo cómo el aroma de las hierbas invadía mis sentidos. — No estoy huyendo de esto, Zarah. Es solo que... no sé si podré soportarlo todo yo sola mucho más tiempo.

Se acercó y posó suavemente su mano sobre la mía.

— No tienes que cargar con todo tú sola, pequeña. Pero tienes que ser sincera contigo misma y con ellos. Huir u ocultar lo que sientes solo empeorará las cosas.

Tragué saliva y asentí levemente.

— Gracias, de verdad.

— De nada, querida. De nada.



En cuanto entramos en el coche, Kendric cerró la puerta con un golpe más fuerte de lo necesario. El silencio entre nosotros parecía cargado de una tensión invisible, un peso que no tenía nombre, pero que parecía crecer cada segundo.

Me recosté en el asiento del copiloto, abrazando la bolsita de hierbas que Zarah me había preparado como si fuera un ancla.

— Bueno... —comenzó Kendric, pero no arrancó el coche. Se quedó mirando al frente, tamborileando con los dedos en el volante—. He oído parte de tu conversación con Zarah.

— ¿Qué has oído exactamente? —Mi estómago se encogió y la vergüenza subió como un incendio, quemándome las mejillas.

Finalmente se volvió hacia mí, con los ojos brillantes con esa mezcla de preocupación y determinación que siempre hacía imposible ignorarlo.

— Lo suficiente como para saber que no se trata solo de que te sientas... insaciable. —Su voz era baja, pero firme—. Se trata de Kyle, ¿verdad? De que él no quiere...

No terminó la frase, pero no era necesario. Sabía exactamente a dónde quería llegar. Suspiré, desviando la mirada hacia la ventana mientras mis manos apretaban con más fuerza la bolsita de hierbas.

— No quería que oyeras eso, Ken.

—Bueno, lo he oído. Y ahora vas a contarme lo que está pasando. Porque, sinceramente, estoy cansado de que me mantengas en la ignorancia.

Había un tono de dolor en su voz que me dolió más de lo que esperaba. Kendric siempre había sido mi confidente. Ocultarle esto también era doloroso para mí.

— No es fácil de explicar... —comencé, pero él me interrumpió.

—Entonces no lo compliques. Solo... ¡habla, Hope!

La forma en que utilizó mi apodo hizo que una punzada de culpa me atravesara el pecho. Respiré hondo antes de empezar.

— Zarah dijo que el vínculo matrimonial entre Kyle y yo es una unión espiritual en la que las esencias de ambos miembros de la pareja se mezclan. Eso significa que, en teoría, Kyle comparte mi esencia celestial y humana, y yo la esencia demoníaca de él.

Kendric arqueó una ceja, pero no dijo nada. Solo hizo un gesto para que continuara.

—Con eso, existiría la posibilidad de que nosotros... tuviéramos relaciones sexuales en el plano físico. —Mis palabras salieron con vacilación, como si aún no hubiera aceptado completamente esa posibilidad.

Kendric permaneció en silencio, con los ojos fijos en los míos, como si estuviera procesando la información con cuidado.

— Entonces, ¿cuál es el problema? —Su frustración era palpable—. Si lo que dijo Zarah tiene sentido y tú también sientes que es posible... ¿por qué Ky sigue evitándolo?

— Porque tiene miedo de que no sea verdad. Tiene miedo de hacerme daño o algo peor, además de haceros daño a vosotros... por el vínculo —murmuré, apartando la mirada.

—Y eso te duele. —Su afirmación no era una pregunta, sino una constatación que perforó mi armadura cuidadosamente construida.

—¡Por supuesto que me duele! —Mi voz se elevó, cargada de emociones que había estado tratando de enterrar—. Entiendo su miedo. Entiendo que solo quiere protegerme. Pero eso no significa que no duela. Así que... tampoco creo que sea justo presionarlo.

Kendric me observó durante un largo rato, sus ojos analizando cada línea de mi rostro como si intentara encontrar algo que yo no estaba dispuesta a decir en voz alta.

—Entonces, ¿qué pasa ahora, Hope? —suspiró, pasándose las manos por el pelo en un gesto de frustración—. ¿Vas a seguir... sufriendo en silencio? ¿Bloqueándonos, alejándote y fingiendo que todo va bien?

La cruda sinceridad de sus palabras me golpeó como un puñetazo. Era casi insoportable escuchar eso, porque tenía razón. Estaba sufriendo en silencio. Me estaba alejando. Pero lo peor era que no sabía cómo detenerlo.

— No os estoy bloqueando, Ken. —Las palabras salieron temblorosas, con la voz casi quebrándose—. Lo que pasa es que no podéis acceder a mí en el Onírico porque... no voy allí.

— ¿De qué estás hablando? — La confusión se apoderó de su rostro.

Respiré hondo, reuniendo fuerzas para explicar lo que yo misma aún apenas lograba entender.

— Para soñar, necesito dormir. Y eso no está sucediendo. — Apreté las manos sobre mi regazo, tratando de evitar que él viera lo mucho que estaba temblando—. Es como si mi propio cuerpo me estuviera traicionando, como si todo dentro de mí estuviera clamando por algo que no puedo tener y ahora también ha comenzado a afectar mi sueño.

— Entonces lo resolveremos. Juntos. — Su voz era firme, casi desesperada.

Sentí la presión de sus palabras, como si estuviera tratando de cargar con el peso de mi tormento él solo. Pero no era tan sencillo.

— ¡No, no podemos! —exploté, con la frustración escapándose en oleadas—. ¡Porque cuando le rogué a Kyle que me follara en el plano físico, me rechazó!

Los ojos de Kendric se abrieron como platos, pero antes de que pudiera decir nada, continué, con la voz cargada de un sarcasmo amargo que apenas reconocía.

— ¿Y tú, Ken? ¿Qué tal si me follas aquí y ahora? ¡Resuelve esto conmigo!

Me miró fijamente, con la mandíbula tensa, pero no dijo nada.

— No puedes, ¿verdad? — Solté una breve carcajada, sin humor. — Sí, lo sé. Tú también tienes miedo de hacerme daño.

El dolor en sus ojos era evidente, pero no pude detenerme.

— Déjame contarte un secreto, ya que tanto insistes en saberlo: ¡ya estoy herida! —Mi voz se quebró al final, pero forcé las palabras para que salieran—. Por eso no puedo estar todo el tiempo cerca de vosotros. Una chica también tiene su orgullo, ¿sabes?

Kendric parecía a punto de decir algo, pero lo interrumpí de nuevo.

— ¿Crees que esto es fácil para mí? —Ahora casi gritaba, la tensión finalmente llegando a un punto de ruptura—. ¡Pero es como si cada paso que daba me llevara más profundo en este agujero sin salida!

Por un momento, el silencio en el coche fue tan pesado que parecía aplastarnos.

—Quizás estas hierbas ayuden —murmuré finalmente, con voz débil—. Quizás sean suficientes para darme un poco de alivio.

— ¿De verdad crees que eso es una solución? —Kendric se pasó la mano por el pelo, con la mirada fija en el volante mientras respiraba hondo.

—No lo sé —confesé, con todo el cuerpo temblando—. Pero es todo lo que tengo ahora.

Se volvió hacia mí, con los ojos ardiendo con una intensidad que casi me hizo retroceder.

—Hope, ¿de verdad crees que Lilith mintió, verdad? —Esperó a que asintiera antes de continuar—. Entonces te creo.

Una oleada de alivio mezclada con incredulidad recorrió mi cuerpo.

— ¿Y eso qué cambia? —pregunté, con voz cargada de escepticismo—. Al final, vosotros tres seguiréis teniéndome miedo.

— ¡Yo no te tengo miedo! —Kendric extendió la mano y cubrió la mía con un toque firme y cariñoso—. Tengo miedo *por* ti.

Esas palabras me impactaron de una manera que no esperaba. No estaba tratando de culparme, ni de alejarse. Solo estaba tratando de entender, tratando de mostrarme que no estaba sola, aunque me sintiera así.

— Voy a hablar con ellos —su voz estaba llena de convicción ahora—. Kyle, Kellan... todos tenemos que estar en la misma onda. Si crees que al menos Kyle puede hacerlo sin hacerte daño, entonces tenemos que intentarlo. No sería la primera vez que rompemos algunas reglas, ¿verdad?

— ¿No te cansas de ser mi caballero de brillante armadura, Lord Kendric? — No pude evitar sonreír, aunque fuera débilmente.

— Solo quiero ser el tipo que se asegure de que no tengas que cargar con ese peso tú sola.

Mientras Kendric arrancaba el coche y comenzaba a conducir de vuelta a casa, sentí que una pequeña chispa de esperanza se reavivaba en mi interior.

No era mucho, pero era algo.

—Esperemos a ver si estas hierbas me ayudan primero, ¿de acuerdo? —murmuré, tratando de aliviar la tensión que parecía pesar en el aire entre nosotros—. Tengo esperanzas y no quiero presionarlos.

Kendric soltó un profundo suspiro, pero su mirada no se suavizó por completo. Estaba preocupado, y yo sabía que ninguna promesa mía sería suficiente para disipar ese sentimiento.

—No se trata de presión, Hope. —Su voz era firme, pero había una amabilidad en ella que me conmovió—. Se trata de confianza. Tenemos que estar en sintonía. Y tienes que entender que, si esto no funciona, voy a actuar. Aunque tenga que arrastrar a Kyle y a Kellan pataleando y gritando.

Me reí ligeramente, aunque fuera más por reflejo que por humor real.

— Eso suena muy dramático, incluso para ti.

Él se encogió de hombros, con una sonrisa pícara en los labios.

—Soy dramático. Es parte de mi encanto.

Aunque intentaba mantener un tono ligero, el peso de nuestra conversación seguía flotando en el aire. Apoyé la cabeza en el asiento del coche y cerré los ojos un momento mientras intentaba ordenar mis pensamientos.

— Es solo que... no quiero sentirme una carga, Ken. —Las palabras se me escaparon antes de que pudiera contenerlas—. No quiero que sintáis que siempre estáis persiguiendo algo que ni siquiera puedo explicar.

— Nunca has sido una carga —me interrumpió Kendric, con una intensidad en su voz que cortó cualquier argumento que pudiera haber tenido—. Nunca.

Abrí los ojos y lo miré fijamente, sintiendo un nudo en la garganta.

— Ahora dices eso, pero...

— No hay «pero», Hope. —Apretó el volante con fuerza, con la mirada fija en la carretera—. Somos una unidad, ¿recuerdas? Tú, yo, Kyle, Kellan. Si uno de nosotros está luchando, ¡todos lo estamos!

Sus palabras me impactaron profundamente, dejando una sensación de calor en mi pecho, pero también de culpa. Sabía que estaban haciendo lo mejor que podían, que estaban tratando de protegerme, pero el deseo incontrolable que bullía dentro de mí era algo que ni siquiera yo podía entender completamente.

—Hagámoslo así, entonces. —Finalmente me miró, con una expresión más suave ahora—. Prueba las hierbas. Si te ayudan, genial. Pero si no... tienes que prometer que nos dejarás encargarnos de esto.

Asentí lentamente, tratando de asimilar la determinación de sus palabras.

—Lo prometo.

Kendric sonrió, un poco más aliviado, pero aún había un brillo de preocupación en sus ojos.

— Y mientras tanto, nada de alejarte, ¿de acuerdo? Eres muy mala ocultando cosas.

— ¿Mal, eh? —Arqueé una ceja, fingiendo estar ofendida—.

—Totalmente—. Se rió, y su energía vibrante aportó un poco de ligereza al momento.

Suspiré teatralmente, pero mi corazón estaba un poco más ligero ahora.

— Está bien, Ken. No más escapadas.

— Eso es lo que quería oír.

El resto del viaje transcurrió en silencio, pero sin incomodidad. Por primera vez en días, sentí que había una chispa de esperanza en el horizonte, aunque fuera pequeña.

Quizás las hierbas realmente ayudaran.

Y si no ayudaban... al menos sabía que no estaba completamente sola en esta lucha.



CAPÍTULO 65

Entre resistencias rotas y verdades ineludibles

KYLE SCOTTFIELD

La melodía que tocaba con el violín resonaba en la habitación, sombría y melancólica, como una extensión del peso que llevaba en el pecho.

Cerré los ojos, dejando que las notas fluyeran como un desahogo silencioso. Era el único momento en el que podía permitirme sentirlo todo sin necesidad de palabras, sin tener que justificarme ante nadie.

Había infringido una ley fundamental de mi especie, y el precio que eso me costaría aún no se había revelado por completo. Pero a veces parecía que ya lo estaba pagando, no con sangre ni dolor físico, sino con las grietas invisibles en las relaciones que sostenían el equilibrio entre nosotros cuatro.

Desde el día en que decidí marcar a Vallery y vincular nuestras esencias, una sombra se cernía sobre mí. No pensé en las consecuencias. No tuve tiempo para reflexionar sobre leyes o castigos. Pero ahora, cada decisión equivocada parecía gritar en mi mente, como si el universo estuviera esperando el momento exacto para cobrar el precio.

La culpa era toda mía.

Los cambios por los que ella estaba pasando desde el vínculo y el hecho de que se estuviera alejando de nosotros tres... todo había

empezado conmigo. Y por mucho que quisiera negarlo, sabía que, si algo salía mal, yo sería el único responsable.

La última nota murió en el aire, dejando la habitación sumida en el silencio. Apoyé el violín en el hombro, sintiendo los dedos tensos, pero no por la música. El peso que se acumulaba dentro de mí era insoportable. Una parte de mí quería simplemente dejar de controlar, ceder a lo que ella pedía, porque el vínculo, mi cuerpo y mi alma lo pedían a gritos. Pero la otra parte, la que aún estaba dominada por la razón y el miedo absoluto a perderla, me lo impedía.

No quería ser quien le hiciera daño.

A veces, sentía como si el vínculo latiera como un segundo corazón dentro de mí, una corriente eléctrica que me conectaba con cada suspiro, cada latido, cada dolor que ella experimentaba. Era abrumador.

Saber que ella necesitaba algo que solo yo podía darle... y no se lo daría.

Si Vallery se equivocaba con respecto a nuestras esencias conectadas... Si todo lo que Lilith nos advirtió sobre el riesgo que corría al acostarse con un demonio en el plano físico fuera cierto... Mataría al único ser en todo este vasto universo que daba sentido a mi existencia.

Nunca me lo perdonaría.

¡Ni siquiera seguiría existiendo si lo hiciera!

— Solo tocas así cuando estás a punto de derrumbarte. —La voz de Kendric rompió el silencio.

Levanté la vista y lo encontré de pie en la puerta de mi habitación. Su rostro reflejaba una mezcla de preocupación y frustración que me golpeó como un puñetazo. Cerró la puerta detrás de él antes de cruzar los brazos y apoyarse contra la pared.

— Esto no es asunto tuyo, Ken. — Apoyé el violín en la base del soporte junto a la cama, pero él no se movió.

— Cuando Vallery se está alejando de nosotros, sí que es asunto mío. —La respuesta fue rápida y certera, como sabía que sería.

— Solo necesita espacio.

Él siempre ha sido el más emotivo de nosotros, y era imposible ocultarle algo.

— ¿Y realmente crees eso? ¿Que quiere espacio? —Kendric entrecerró los ojos y dejó escapar un profundo suspiro—. Hoy la oí hablando con Zarah.

Mi mandíbula se tensó, pero no dije nada.

— Ella me contó cómo te suplicó que te acostaras con ella y tú la rechazaste.

Sus palabras fueron como una puñalada en el pecho, pero no retrocedí.

— No tuve otra opción.

— Tío, ¿no te das cuenta de que lo que le hiciste es peor que cualquier riesgo que crees estar evitando? —Kendric soltó una risa breve y amarga.

Respiré hondo, tratando de mantener la calma, pero era imposible.

— ¡La mordí, Ken! —Lo miré directamente, con dolor desbordando en mi voz—. Rompí una ley que existe desde hace milenios. Vinculé nuestras esencias y desafié a Lilith y a nuestro padre. ¡Probablemente al mismísimo Lucifer! ¿Sabes lo que eso significa? ¿Qué más debía hacer? ¿Poner su vida en peligro otra vez?

— ¿Y qué crees que estás haciendo ahora, Ky? ¿Crees que la estás protegiendo? —Sacudió la cabeza, con la frustración visible en sus ojos—. ¡Nuestra chica se está derrumbando, joder!

— ¡No es tan sencillo!

— ¿No? —Dio un paso adelante, alzando la voz—. Ella cree que, debido al vínculo matrimonial, su esencia celestial no colapsará con tu esencia demoníaca. ¿No crees que tiene un mínimo de sentido?

Mis manos se cerraron en puños a los lados del cuerpo.

— ¿Y si nos equivocamos? ¿Y si eso no es suficiente?

— ¡Entonces lo descubriremos juntos, joder! —gritó Kendric, con la ira finalmente estallando—. Porque eso es lo que hacemos, Ky. ¡Luchamos juntos, sangramos juntos, enfrentamos toda esta mierda

juntos! ¡Vallery está pidiendo ayuda a gritos y tú la estás ignorando porque tienes miedo!

Sus palabras penetraron profundamente en mi interior. Tenía razón, pero el miedo que me paralizaba no era algo que pudiera simplemente ignorar.

Yo debía ser el líder. El ancla. El pilar que mantiene todo en pie. Pero en ese momento, me sentía como la grieta que lo hacía todo derrumbarse. Si fallaba, no solo Vallery pagaría el precio. Lo pagaríamos todos.

—¡No sabes cómo me siento, Ken! Si cedo y algo sale mal... ¡no me lo perdonaré! Tú y Kellan no me perdonaréis... ¡os perderé a todos, joder!

Se quedó en silencio por un momento, pero sus ojos no se apartaron de los míos.

— ¡Sí que lo siento! No de la misma manera que tú, pero lo siento. ¿Y sabes por qué? Porque la amo, Ky. Al igual que tú y Kellan la aman. Y por eso nunca dejaré de luchar por Hope, ni siquiera si eso significa tener que luchar contra mis propios hermanos.

— ¿Me estás diciendo que...? —Esas palabras me impactaron de una manera que no esperaba.

— ¡Si tú no lo haces, lo haré yo! —Kendric dio un paso adelante, con una expresión aún más decidida—. Pero quiero que lo afrontemos juntos.

Tenía un nudo en el pecho, el miedo y la culpa se mezclaban con algo más profundo: la necesidad de encontrar una solución antes de que fuera demasiado tarde.

— ¿Salvarla o matarla?

El silencio cayó entre nosotros, tan pesado que parecía una entidad propia.

Kendric se pasó la mano por el pelo, un gesto que yo sabía que era un esfuerzo por contener la ira. Y yo apreté los puños, con las uñas a punto de romperme la piel. Ninguno de los dos quería decir la siguiente palabra, porque sabíamos que podría ser la gota que colmara el vaso.

Pero él fue más valiente que yo:

—Salvarla o morir juntos con ella.

Cuando la puerta se cerró detrás de Kendric, el silencio volvió a llenar la habitación, pero esta vez era opresivo, como si se hubiera drenado el aire, dejando solo el peso sofocante de lo que acababa de decirse.

Me senté en el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y las manos hundidas en el pelo. El vínculo latía dentro de mí, una corriente de emociones que no podía controlar.

El dolor de Vallery.

La frustración de Kendric.

Mi propia culpa, mezclándose con todo ello hasta que ya no sabía dónde empezaba o terminaba cada una. La visión se nubló por un instante y respiré hondo, como si el simple acto de tomar aire pudiera mantenerme entero.

Volví a coger el violín, buscando el único consuelo que conocía, algo que pudiera transformar el caos en música, aunque solo fuera por unos minutos.

Pero mis dedos temblaban.

La primera nota salió mal, estridente y cortante, como un grito de dolor.

Un segundo intento y, de nuevo, las cuerdas emitieron un sonido disonante, casi un lamento.

Mi respiración se aceleró, mi pecho subía y bajaba mientras las emociones burbujeaban como lava, a punto de explotar.

¡Contrólate!

Pero la orden interna fue inútil.

La ira surgió primero, una ola abrumadora que se apoderó de mí antes de que pudiera reaccionar. En un movimiento irreflexivo, dejé caer el arco y apreté el violín con fuerza entre mis manos.

—¡Mierda! —El grito se escapó de mis labios antes de que pudiera contenerme.

Con un movimiento brusco, lancé el violín contra la pared. El sonido del impacto resonó en la habitación, seguido del seco chasquido de la madera al romperse. Cayó al suelo, sus piezas esparcidas como los restos de algo que un día fue hermoso, pero que ahora no era más que un símbolo de mi fracaso.

Me quedé quieto, con el pecho jadeando mientras miraba los fragmentos en el suelo. La visión debería haberme proporcionado algún tipo de alivio, pero solo aumentó el dolor que llevaba dentro.

Me arrodillé lentamente, pasando la mano por los restos del violín, como si pudiera recomponerlo con un toque.

Pero era inútil.

Al igual que todo lo que estaba intentando hacer.

Mis manos estaban manchadas con el peso de las decisiones equivocadas. Lo sabía. Y lo que era peor, sabía que no había forma de escapar de las consecuencias.

Cerré los ojos, sintiendo que las lágrimas amenazaban con caer. Me ardían, pero las contuve, encerrándolas en el mismo lugar donde guardaba todos mis miedos. No podía permitirme flaquear, ni siquiera cuando todo parecía desmoronarse.

Porque en el fondo, lo sabía: no era el violín lo que había roto.

Era la confianza de Vallery.

Y tal vez... eso era algo que yo no sería capaz de arreglar.

Kendric no lo entendía... o quizá lo entendía demasiado bien. Éramos una unidad, un equilibrio perfecto de fortalezas y debilidades. Si los perdía por culpa de mis decisiones, no quedaría nada de quien era.

El vínculo que tenía con Kendric y Kellan era tan vital como el que tenía con Vallery... y eso me aterrorizaba más que cualquier otra cosa.

Con una última mirada a los fragmentos en el suelo, me levanté. Me pasé las manos por la cara, tratando de borrar los rastros de vulnerabilidad que se habían transparentado.

No importaba cuánto doliera. Tenía que encontrar una manera de salvar a Vallery, aunque eso significara destruirme a mí mismo en el proceso.



KELLAN SCOTTFIELD

La adrenalina ardía bajo mi piel, como una corriente eléctrica a punto de explotar. Estaba a punto de salir, necesitando más que nada sentir el dolor de un puñetazo o el impacto de un golpe. Era lo único que parecía funcionar cuando mi cabeza estaba a punto de estallar.

El *Got Sin?* siempre había sido un refugio y esa noche parecía ser justo lo que necesitaba. Las últimas semanas me estaban matando. El distanciamiento de Vallery y la sensación de estar inerte mientras ella luchaba contra algo que ni siquiera podía nombrar me estaban sacando de quicio. La ira era mi alivio. La única forma que conocía de lidiar con la sensación de impotencia que me consumía.

Vallery se estaba alejando, ¿y yo? Yo me estaba perdiendo.

Siempre fui el tipo que hacía bromas, que hacía desaparecer la tensión. Pero ahora, cada vez que ella me miraba y no sonreía, sentía como si estuviera perdiendo partes de mí que nunca volverían.

Un maldito demonio siendo desmontado por una chica. ¿Quién lo diría?

Atravesé la sala con pasos decididos, la llave de la moto girando entre mis dedos. Estaba a punto de salir cuando la vi. Vallery, con una taza de té en las manos, envuelta en una bata que parecía demasiado pesada para su pequeño cuerpo en ese momento.

Parecía... cansada. No solo físicamente. Había algo en sus ojos que hizo que mi corazón vacilara, un peso que reconocí porque yo llevaba algo parecido. Pero mientras yo lo transformaba en ira, ella parecía simplemente... rota.

No quería detenerme. No quería que ella me viera en ese estado, a punto de perder el control. Pero antes de que pudiera evitarlo, nuestras miradas se cruzaron.

—¿Adónde vas? —preguntó, con voz baja, pero llena de curiosidad.

Me detuve en medio del camino, con todo mi cuerpo en alerta, como si ella fuera el único enemigo al que no sabía cómo enfrentarme.

— Necesito disipar un poco la ira. — No mentí. No podía mentirle.

Ella frunció el ceño e inclinó la cabeza mientras me estudiaba.

—¿Entonces vas a *Got Sin?* Era una afirmación, no una pregunta.

Asentí, sin vergüenza, pero tampoco con intención de justificarme.

— A veces, golpear algo o a alguien es más fácil que lidiar con esto —me toqué el pecho, donde se había instalado una tensión constante desde que ella comenzó a alejarse.

Vallery dio un paso adelante, con la taza aún entre las manos, y un brillo diferente cruzó sus ojos.

— ¿Y si, en lugar de eso, tenemos esa cita que te prometí? —Se encogió de hombros, pero había una sonrisa pícara en sus labios—. ¿Quién sabe... una locura de enamorados?

Arqueé una ceja, confundido.

Por un instante, quise rechazarla. Mi frustración seguía ahí, palpitando como una herida abierta. Quería decirle que necesitaba ese tiempo a solas, que no había espacio en mi tormenta para nadie más.

Pero entonces vi algo en sus ojos, algo que no tenía nada que ver con la diversión o la aventura: una súplica silenciosa que Vallery probablemente ni siquiera se dio cuenta de que estaba haciendo.

No era solo ella quien lo necesitaba.

Éramos los dos.

Quizás si lograba hacerla olvidar, aunque fuera por unas horas, todo podría ser un poco más soportable.

—¿Quieres dar una vuelta en moto conmigo? —le pregunté, tratando de no dejar traslucir lo mucho que eso me afectaba.

—¡Sí! —asintió, mordiéndose el labio inferior como solía hacer cuando intentaba controlarse.

De repente, la idea de llevarla conmigo parecía lo único correcto.

Quizás no pudiera resolver todos los problemas que nos rodeaban, pero al menos podía darle un respiro de la sofocante burbuja en la que llevábamos viviendo semanas.

—Está bien. Pero será mejor que te cambies. No llegarás muy lejos con esa bata.

Ella sonrió, murmurando algo sobre que siempre le habían gustado las motos antes de desaparecer por el pasillo.

Esperé en la sala, luchando contra mi tormenta interna mientras escuchaba sus pasos apresurados subiendo las escaleras.

Cuando regresó, Vallery llevaba unos vaqueros ajustados, botas de cuero y una chaqueta que parecía hecha para montar en moto. No pude evitar la sonrisa que se dibujó en mis labios al verla.

¡Cuánto amo a esta chica, joder!

—¿Lista? —Le tendí la mano en señal de invitación.

— ¡Siempre! —Entrelazó sus dedos entre los míos y simplemente me pareció lo correcto.

En el momento en que salimos por la puerta y la fría noche nos envolvió, la tensión comenzó a disiparse, al menos para mí. Pero sabía que, tan pronto como Vallery sintiera la adrenalina de la moto, las cosas cambiarían para ella también.

Nos subimos a la moto y Vallery se deslizó detrás de mí, rodeándome la cintura con los brazos después de ponernos los cascos. Su tacto era una mezcla de comodidad y provocación que siempre me ponía duro, pero decidí concentrarme en la carretera mientras aceleraba.

La moto rugió bajo nosotros y sentí cómo su cuerpo se ajustaba al mío, con la confianza creciendo a medida que ganábamos velocidad.

Ella gritó contra el viento y volvió a dibujar una sonrisa en mis labios.

El viento nos cortaba el cuerpo como una cuchilla helada, pero el calor de Vallery contra mi espalda era suficiente para mantener la sensación de equilibrio.

Sentía sus brazos apretar mi cintura cada vez que aceleraba, como si confiara en mí para llevarla a algún lugar donde el peso del mundo desapareciera. Y por un momento, realmente creí que podía hacerlo. Que la adrenalina, la libertad y la velocidad fueran suficientes para borrar las sombras que nos rodeaban.

Las luces de la ciudad fueron apareciendo a medida que nos acercábamos *a Got Sin.* La discoteca era un lugar que atraía a todo tipo de almas, desde las más ingenuas y perdidas hasta las más atrevidas y peligrosas, humanas o sobrenaturales... un punto secreto de coexistencia tácita.

Cuando finalmente llegamos, aparqué la moto en el estacionamiento y la ayudé a bajar. La mirada de Vallery era una mezcla de curiosidad y emoción tan pronto como le quité el casco y, acto seguido, el mío.

—¿Me vas a mostrar tus secretos ahora, Scottfield?

—Sí. Pero no te emociones demasiado. —Sonreí, guiándola hasta la puerta principal, donde nos dejaron entrar de inmediato y la música alta y las luces intensas nos envolvieron de repente.

Got Sin? era mi zona de conforto, pero también era mi espejo. Cada luz parpadeante, cada golpe ensordecedor, cada mirada perdida entre la multitud... todo eso reflejaba lo que siempre había sido: lujuria, caos y adrenalina.

Pero junto a Vallery, ese lugar parecía diferente. Ya no se trataba de encontrar algo para llenar el vacío. Se trataba de protegerla del caos que sabía que ella no necesitaba ver, ni allí ni en mí.

—Bienvenida a mi refugio. —La miré, observando cómo brillaban sus ojos.

El aire cargado de sudor, perfume caro y algo más primitivo llenaba los pulmones como un dulce veneno. Cada golpe de la música

era como un puñetazo en el pecho, el tipo de dolor que solía desear.

Pero, al mirar a Vallery, todo eso parecía lejano.

Ella era el único sonido, el único ritmo que importaba.

Sus ojos recorrían cada rincón del lugar, absorbiéndolo todo como si intentara comprender el caos que la rodeaba.

Así es como siempre me sentía con ella, como si todo mi mundo estuviera en un torbellino constante, pero ella fuera la única persona capaz de encontrar belleza en él.

Y si ella podía hacer eso con mi caos, tal vez yo también pudiera hacer lo mismo con el suyo.

—Esto es... ¡guau! —Vallery me apretó el brazo, con los ojos brillantes de una curiosidad que parecía tan... propia de ella.

Por un momento, todo el peso desapareció. La ira, la frustración, la sensación constante de estar a punto de explotar... todo se disipó por un momento.

No importaba lo oscuro que fuera el camino, Vallery siempre sería la luz que me encontraría. Y por mucho que quisiera creer que lo estaba haciendo por ella, sabía que en realidad era al revés. Era ella la que estaba allí manteniéndome entero, salvándome, como siempre.

Y por primera vez en semanas, sentí que tal vez aún podríamos encontrar una manera de reconectarnos.



CAPÍTULO 66

Entre el borde del abismo y un refugio en el caos

Cuando vi a Kellan atravesar la sala como una tormenta a punto de estallar, con sus pasos decididos, pero cargados de algo que reconocía demasiado bien: *huida*... no pude evitar sentir una punzada de culpa.

No era solo él quien estaba tratando de escapar. Todos lo estábamos, de diferentes maneras. Pero verlo así, al borde de un abismo emocional, hizo que algo dentro de mí se moviera... algo que no pude ignorar.

No sabía si era altruismo o egoísmo, pero la idea de dejarlo solo y cargando con una ira que no era solo suya me parecía insoportable. Quizás era porque yo necesitaba alivio tanto como él.

Mis manos estaban frías contra la taza de té, el calor no parecía llegar al nudo creciente en mi pecho. Era una sensación de urgencia, un impulso inexplicable de actuar. Quizás porque, en el fondo, sabía que si dejaba ir a Kellan, algo cambiaría entre nosotros. Algo que no estaba preparada para perder.

Respiré hondo y lo llamé, tratando de ocultar la vacilación en mi voz. Cuando sus ojos se volvieron hacia mí, sentí como si yo también estuviera al borde de ese mismo abismo emocional, sin saber si él me sostendría o me dejaría caer.

Por un instante, sentí el peso de sus palabras posarse en el espacio entre nosotros. Pero él no me apartó. Al contrario, Kellan me estaba tendiendo la mano, aunque de forma tácita, como si él también me necesitara tanto como yo a él en ese momento.

Mi corazón latía más rápido, no por la adrenalina que prometía, sino por la intensidad de lo que significaba ese gesto.

Quería decirle que no necesitaba nada de eso, que todo estaba bien. Pero era mentira. Estaba lejos de estar bien. Y la idea de irme con él, de compartir el viento y la carretera, me pareció más que una invitación a huir.

Era una oportunidad para reconectarnos.

La moto rugió bajo nosotros y, cuando Kellan aceleró, sentí que el mundo a mi alrededor se disolvía. El viento me cortaba la cara, helado e implacable, pero al mismo tiempo era como si cada ráfaga arrancara un pedazo del peso que llevaba.

Mis brazos se apretaron alrededor de su cintura y, por un momento, solo el calor de su cuerpo contra el mío me anclaba a la realidad. No había miedo, ni dudas, solo la cruda y feroz libertad de confiar en alguien hasta el punto de entregar el control.

Era aterrador, pero al mismo tiempo adictivo.

A *Got Sin?* parecía un portal a otro mundo. Las luces latían como un corazón gigante, la música llenaba cada espacio, cada poro, como si fuera imposible no perderse allí.

La atmósfera estaba cargada de una mezcla de lujuria y glamour.

—Empecemos por lo básico, nena. —Giró la cabeza para mirarme, con la sonrisa depredadora aún jugando en sus labios.

— ¿Y cuáles serían los básicos? —grité por encima de la música, tratando de seguirle el ritmo.

—¡Bailar! —Antes de que pudiera procesarlo, me empujó hacia el centro de la pista.

Pero mientras Kellan me cogía de la mano, guiándome hacia dentro, abriéndose paso entre la marea de cuerpos con la confianza de quien sabe que es indomable, una parte de mí seguía sintiéndose desconectada, con la mente oscilando entre la emoción del momento y el peso abrumador que parecía acompañarme siempre. Como si todo fuera un cuadro vibrante, pero yo estuviera hecha de cenizas.

La culpa me susurraba que estaba allí para escapar, para perderme en algo momentáneo, mientras una voz aún más cruel me decía que ni siquiera eso sería suficiente.

Kellan se volvió hacia mí, sujetándome la cintura con sus firmes manos y atrayéndome hacia él. El ambiente era un caos sensual, lleno de cuerpos moviéndose juntos, casi como si la música fuera una fuerza gravitacional que los unía.

—Relájate y siente la vibración del momento... —su voz era un susurro ronco, casi imposible de oír por encima de la música, pero cada palabra encontró su camino directo a mi coño, dejándome mojada.

Siguiendo su ejemplo, me dejé llevar. Mi cuerpo comenzó a moverse con el suyo, nuestros pasos sincronizándose. Su mano se deslizó por mi espalda, guiando mis movimientos mientras él presionaba sus caderas contra las mías.

La excitación entre nosotros era absoluta, creciendo con cada segundo que pasaba. Podía sentir el calor de su cuerpo, la intensidad en sus ojos que me hacía sentir vulnerable y poderosa al mismo tiempo.

«No sabía que bailar podía ser tan... erótico», le provoqué, mordiéndome el labio mientras deslizaba mis manos por sus hombros.

—¡Cariño, cualquier cosa contigo es erótica! —Se rió entre dientes.

Su pecho se apretó con sus palabras, una mezcla de deseo y algo más profundo que todavía estaba tratando de entender. Cada caricia de Kellan era un recordatorio de todo lo que más deseaba, pero al mismo tiempo, un cruel reflejo de lo que no podía tener por completo.

Él y sus hermanos siempre estaban tan cerca y, sin embargo, tan lejos, de una manera que hacía que cada minuto con ellos doliera más de lo que debería.

¿Era eso lo que quería? ¿Un alivio temporal, una distracción pasajera?

¿O era el grito desesperado de alguien al borde del colapso, suplicando ser vista y salvada?

—Así es como siempre te imaginé aquí —murmuró, acercando su boca a mi oído—. Suelta, libre... ¡y completamente mía!

Sin darnos cuenta, nos perdimos en la música y en el tacto del otro. Nuestra respiración era pesada y el calor que nos rodeaba parecía sofocar cualquier pensamiento lógico.

— Creo que es hora de nuestra primera locura de novios, Scottfield. — Mi voz sonó más segura de lo que me sentía y él arqueó una ceja, claramente interesado.

La propuesta era un juego, una forma de escapar. Porque, en realidad, ya no sabía qué hacer. La sensación de estar perdiendo el control crecía dentro de mí como un incendio incontrolable y, en medio del caos, lo único que parecía anclarme era la forma en que Kellan me miraba: como si fuera algo que nunca permitiría que desapareciera.

—¿Y qué tienes en mente, nena? —Dejó que sus manos se deslizaran por mi cintura, con los dedos firmes, pero aún juguetones.

Entonces sí, sugerí algo impulsivo:

— ¿El baño? —Una sonrisa maliciosa brotó en mis labios.

— Tentador. — Inclinó la cabeza, estudiándome como si estuviera evaluando mi propuesta. — Pero creo que tengo algo mejor.

Antes de que pudiera preguntar, Kellan me tomó de la mano de nuevo y me guió fuera de la pista de baile. Pasamos por un pasillo iluminado con luces de neón y llegamos a una puerta discreta, pero claramente custodiada por un guardia de seguridad que parecía estar allí solo para asegurarse de que nadie entrara sin permiso.

Kellan asintió con la cabeza al hombre, que inmediatamente nos dejó pasar, revelando lo que solo podía describirse como un santuario de placeres prohibidos.

—¡Bienvenida a Luxúria!

El aire allí dentro era más denso, cargado de aromas dulces y picantes, como incienso quemándose en un altar profano. Las paredes brillaban con espejos enmarcados en oro, reflejando no solo la luz difusa y rojiza que caía sobre el espacio, sino también las escenas explícitas que tenían lugar en cada rincón. Había cuerpos moviéndose

a un ritmo hipnótico, entrelazados en un ballet de lujuria, como si cada gesto fuera guiado por la propia música.

El sonido de la respiración pesada, los gemidos ahogados y el crujir del cuero se mezclaban con el sonido pulsante de la música, creando una sinfonía primitiva que vibraba en mis huesos. En la penumbra, vi manos deslizarse por cuerpos sudorosos, bocas encontrarse con un deseo lascivo y ojos que brillaban con una lujuria incontrolable.

Era un espectáculo tan abrumador como fascinante, pero a pesar de todo lo que me rodeaba, fue la mano firme de Kellan sobre la mía lo que me impidió ser engullida por esa marea de estímulos. Me mantuvo en el centro de su atención, con los ojos fijos en mí, mientras el caos a nuestro alrededor parecía meramente decorativo.

—¿Qué te parece? —preguntó, con un tono cargado de algo que no logré descifrar por completo.

— Es... *pecaminoso* —mi voz sonó baja, pero había verdad en ella.

Kellan inclinó la cabeza, con una sonrisa arrogante jugando en sus labios mientras me atraía más hacia él, nuestros cuerpos casi pegados.

—Aquí, nadie te toca sin permiso. —Su voz era firme, pero había una promesa implícita—. Pero eso no significa que no podamos observar.

Sentí un cosquilleo en la piel bajo el peso de la atmósfera. Cada nervio parecía vibrar con el ambiente, como si el lugar reconociera mi esencia de súcubo y me provocara a abrazar la misma lujuria que consumía a todos allí.

Kellan me guió a través del espacio hasta un enorme espejo que dominaba una de las paredes. Era imposible no darse cuenta de cómo parecía envolvernos, reflejando no solo nuestras formas, sino también el mundo que nos rodeaba.

—Quiero mostrarte algo. —Su voz era grave, cargada de algo que me revolvió el estómago.

Me colocó frente al espejo, quedándose justo detrás de mí. Su mano se deslizó por mi cintura, subiendo hasta mis hombros antes de empezar a bajar de nuevo, con los dedos explorando mi silueta con una reverencia casi devota.

—Mírate, nena —murmuró, sus labios rozando mi oreja, cada palabra vibrando como un secreto prohibido mientras una de sus manos se deslizaba por mi abdomen—. ¿Puedes verlo?

Mi respiración se entrecortó y, por un instante, dudé en mirar el reflejo. Tenía miedo de lo que pudiera encontrar allí. Pero cuando finalmente levanté la vista, una ola de conmoción y reconocimiento recorrió mi cuerpo como un rayo.

La imagen en el espejo parecía vibrar, una colisión entre lo que era y lo que podría ser, como si allí, en ese lugar, las barreras que mantenían oculta mi esencia estuvieran a punto de romperse.

No era solo yo quien miraba.

Mi forma súcubo estaba allí, casi translúcida sobre la mía. Era como un velo etéreo que cubría mi piel, un atisbo de lo que realmente era, escondido bajo la fachada humana. Mis ojos, más brillantes e intensos, parecían iluminar el espejo con un inquietante resplandor lila. Mi piel exhalaba un tono grisáceo y cálido, como la fusión de sombras y luz.

La imagen me desarmó. Había una belleza sombría allí, algo peligroso e irresistible, pero también aterrador. Nunca me había mostrado así ante Kellan o Kendric. Y, sin embargo, él no retrocedió. Al contrario.

—Eres tan hermosa, nena. —Su voz transmitía una admiración cruda, sin rastro de duda o miedo.

Mis manos temblaban al notar la forma en que me miraba a través del espejo, como si estuviera viendo algo sagrado. No había juicio, solo deseo y aceptación.

Antes de que pudiera responder, su mano se deslizó más abajo, invadiendo mis vaqueros y deteniéndose exactamente donde más lo necesitaba. El primer toque fue como un rayo de electricidad y un gemido escapó de mis labios antes de que pudiera controlarme.

—Kellan... —Mi nombre en sus labios era un susurro, pero tenía el peso de una orden. Sus dedos exploraban mi cuerpo con la misma paciencia y precisión con la que descifrara mis emociones.

La mano que aún estaba en mi abdomen subió, llegando a mi garganta con una presión suave pero firme, mientras la otra trabajaba entre mis piernas, encontrando el encaje de las bragas y empujándolas a un lado.

—Quiero que veas —murmuró, sin apartar los ojos de los míos a través del espejo—. No solo lo que eres, sino lo que significa ser así conmigo.

Mis ojos se abrieron como platos y, por un momento, la vulnerabilidad amenazó con engullirme. Pero entonces sentí la firmeza de sus dedos, la forma en que me sostenía, me guiaba, como si quisiera demostrarme que no había nada que pudiera mostrarle que fuera demasiado.

Cada uno de sus movimientos estaba calculado para dejarme al borde del colapso. Mis caderas comenzaron a moverse instintivamente, respondiendo al ritmo lento, casi cruel, de sus dedos en mi clítoris. La otra mano subió para sostener mi cara, obligándome a mantener los ojos abiertos.

—¡Mira hacia adelante, nena! —Su voz era una orden ronca e irresistible.

Cuando finalmente me obligué a mirar a la súcubo en el reflejo, algo profundo se removió en mi pecho. No era solo fascinación, sino una extraña familiaridad, un o como si ella fuera un espectro de todo lo que reprimía: mi fuerza, mi deseo, mi furia.

No era solo una versión de mí misma.

Ella era yo.

Y, sin embargo, había un abismo entre nosotras, como si la chica que solía ser se aferrara desesperadamente a los bordes, tratando de no ser engullida por esta nueva existencia.

Pero al ver el reflejo de Kellan a mi lado, su presencia firme, la forma en que me miraba con adoración y deseo a partes iguales, su

mirada diciéndome que me aceptaba por completo... sentí que tal vez ya no necesitaba luchar contra ella.

Era como si, por primera vez, estuviera viendo todo lo que podía ser.

Cuando el orgasmo me inundó, fue como si algo dentro de mí se hubiera roto y, al mismo tiempo, reconstruido. Era demasiado intenso para ser solo físico. Cada ola de éxtasis parecía arrancar un pedazo del peso que llevaba, como si la lujuria misma fuera una forma de redención.

Mis ojos nunca se apartaron del espejo, y lo que vi reflejado allí no era solo deseo o vulnerabilidad. Era una fuerza cruda y visceral, algo que no sabía que existía dentro de mí, pero que ahora se negaba a ser ignorado.

Kellan retiró los dedos lentamente, como si quisiera prolongar el momento, y se los llevó a la boca. Su mirada nunca se apartó de la mía mientras lamía cada uno de ellos, con un brillo de satisfacción en los ojos. El gesto era tan arrogante como hipnótico, un sutil recordatorio de que sabía exactamente lo que acababa de hacerme.

Mi cuerpo aún ardía, cada centímetro palpitando con la energía que él había despertado. Intenté controlar la respiración, pero venía en oleadas cortas e irregulares, como si hubiera corrido una maratón y, de alguna manera, aún quisiera más.

— ¿Qué tal, nena? —Su voz estaba cargada de una dulce provocación, pero había una curiosidad genuina mezclada con su habitual confianza—. ¿Qué te pareció nuestra locura de novios?

Aún jadeando, cerré los ojos, permitiéndome un momento para simplemente existir allí, sin las paredes que había levantado para mantenerlos a distancia.

Pero cuando finalmente me obligué a abrir los ojos, el reflejo en el espejo seguía allí. Mi forma de súcubo, tan familiar ahora, me miraba con una intensidad que casi parecía un desafío.

Ya no era una sombra ni un misterio.

Era una parte de mí que ya no podía ignorar.

Y a su lado... a mi lado, estaba Kellan, con esa mirada que prometía ser mi refugio seguro en cualquier tormenta.

Por un momento, las palabras se me escaparon.

Miré el reflejo frente a mí, a mí misma todavía en los brazos de Kellan, con los ojos cargados de algo primitivo. Era como si esa nueva versión de mí se hubiera fusionado con la chica que solía ser y ya no pudiera distinguir cuál de las dos tenía el control.

Mi respiración aún era entrecortada y mi cuerpo parecía estar en combustión. Entonces esbocé una sonrisa perezosa mientras mis piernas aún temblaban.

—¿Qué tal esos piercings en los pezones? —lo provoqué, mordiéndome el labio, pero mi voz salió ronca, todavía teñida por el deseo y el torbellino que él había despertado.

Kellan se rió, con ese sonido grave y perezoso que siempre parecía llevar el peso de una promesa velada.

— Ya te lo he dicho, nena. Cuando estés lista, yo mismo me encargaré de ello. — Inclinó la cabeza, estudiándome con esa mirada que siempre conseguía desarmar mis defensas.

Detrás de la broma, sentí algo más profundo agitarse dentro de mí.

Aunque mi provocación era un escudo familiar, algo que sabía usar para enmascarar lo que realmente sentía, la verdad era que aquel momento frente al espejo me había conmocionado de una manera que aún no lograba comprender del todo.

Volví a mirar mi reflejo, a la súcubo que aún me observaba con ojos brillantes y desafiantes, como si supiera algo que yo ignoraba. Era un recordatorio de que no había vuelta atrás, de que estaba cambiando, de que ya había cambiado, y que esa nueva versión de mí no pediría permiso para existir.

—¿Estás bien? —preguntó Kellan, suavizando la voz mientras una de sus manos se deslizaba por mi brazo, en un contacto cálido y reconfortante.

— Creo que sí. Es solo que... hay mucho que procesar.

— No tienes que procesar nada sola, Vallery. Estoy aquí para ti y por ti. No solo yo, sino también Ken y Ky. Siempre.

Y fue entonces cuando me di cuenta del verdadero peso de lo que estaba diciendo. No se trataba solo del placer o del momento que acabábamos de compartir. Se trataba de confiar plenamente en los tres y permitirles verme por completo.

Por dentro y por fuera.

Sin barreras.

—Creo que estoy empezando a entender quién soy —murmuré, más para mí misma que para él, sintiendo una fuerza extraña y embriagadora recorrer mis venas.

Miré al espejo por última vez y mi sonrisa se fundió con la suya. La súcubo y yo por fin parecíamos estar alineándonos como una verdadera unidad.

Cuando Kellan me atrajo hacia él, sentí que la súcubo desaparecía del reflejo, como si me hubiera dado permiso para volver a ser yo misma, aunque solo fuese p o un momento. Pero su presencia aún vibraba bajo mi piel, un recordatorio de que nunca se iría realmente.

Aún no sabía si eso me asustaba o me fortalecía.

Quizás ambas cosas.

—¿Hablabas en serio sobre los piercings? —La voz de Kellan estaba cargada de una curiosidad casi casual, pero había algo más allí que no se molestaba en ocultar: el ansia por mi sí.

Me mordí el labio, tratando de fingir una confianza que no sentía del todo.

—¿Y si lo estoy? —lo provoqué, levantando las cejas, desafiándolo.

— ¿Es eso lo que quieres? Porque si es así, te garantizo que será inolvidable.

— ¡Lo quiero! —Mi respuesta salió más firme de lo que esperaba.

La sonrisa depredadora había vuelto y, antes de que pudiera protestar o siquiera pensar en lo que significaba, Kellan me agarró de la mano y me sacó de aquel santuario de espejos y lujuria.

Caminamos por un estrecho pasillo iluminado por luces de neón hasta una discreta puerta con un letrero luminoso que decía *Studio Inferno.* A *Got Sin?* era realmente una caja de sorpresas, y yo estaba a punto de descubrir otro de sus secretos.

—¿Aquí? —pregunté, tratando de mantener la voz firme, pero el escalofrío que me recorrió la espalda delató mi tono de indiferencia.

—¿Todavía crees que *Got Sin?* es solo una simple discoteca? —Me guiñó un ojo mientras empujaba la puerta y me empujaba hacia dentro, pero antes de que pudiera absorber el ambiente minimalista y bien equipado, volvió a mirarme con esa sonrisa perversa—. Hoy el estudio es solo nuestro. Nadie nos interrumpirá.

Kellan cerró la puerta detrás de nosotros, dejando que el silencio se apoderara del espacio. Había una silla reclinable en el centro, rodeada por un arsenal de instrumentos perfectamente organizados sobre brillantes bancos de trabajo. La música de la discoteca era solo un susurro lejano allí dentro, sustituida por el suave zumbido de los equipos.

— ¿Tienes un estudio de piercings aquí? —pregunté, entre incrédula e impresionada—. ¿Haces esto siempre?

— Yo no. Pero al *Anfitrión* le gusta atender... a clientes especiales. —Kellan se volvió hacia mí, con los ojos brillando con una mezcla de diversión y algo más sombrío—. Hoy haré una excepción, porque eres tú. Nunca permitiría que nadie más que yo o mis hermanos tocaran tus deliciosos pechos.

—¿Sabes poner piercings? —Crucé los brazos, tratando de ocultar la oleada de nerviosismo que amenazaba con dominarme.

Kellan comenzó a preparar el espacio con una confianza desconcertante, cogiendo el equipo necesario y limpiando las piezas con precisión y esterilidad. La forma en que se movían sus manos era casi hipnótica, cada gesto calculado y seguro.

—Cariño, soy un hombre con muchos talentos. —Había un toque genuino de orgullo en su voz.

— Está bien. Pero si me arruinas los pechos, ¡me aseguraré de recordártelo por el resto de tu vida!

— Confía en mí. Te dejaré aún más perfecta de lo que ya eres. — Su voz cambió de tono, volviéndose más grave y ronca. Ya estaba ajustando la silla, invitándome a sentarme con un gesto teatral. — ¡Ahora ven aquí, nena!

— Está bien. — Dudé por un momento, pero su tranquila confianza era contagiosa. Obedecí, dando un paso adelante hasta que Kellan estuvo tan cerca que el calor de su piel parecía envolver la mía.

— Vamos a quitártelo. — Tiró del tirante de mi blusa con delicadeza, bajando lentamente la tela, seguido del sujetador, hasta que mis pechos quedaron completamente al descubierto.

Sus ojos se oscurecieron mientras observaba, y mi piel se estremeció bajo su mirada hambrienta.

—¡Pervertido! —lo provoqué, tratando de no mostrar nerviosismo.

— Eres tan hermosa... — murmuró, sus dedos trazando una línea lenta a lo largo de mi hombro hasta mi clavícula, bajando hasta la parte superior de uno de mis pechos.

Mis pezones se endurecieron bajo su tacto, y no era solo por el aire frío del estudio. La intensidad de su mirada era escalofriante.

— Sabes que esto va a doler, ¿verdad? —preguntó, inclinándose para besar mi cuello mientras sus manos sostenían mi pecho derecho y su pulgar jugaba suavemente con mi pezón—. Solo un poquito. Pero te prometo que te va a gustar.

—Puedo soportarlo. —Las palabras salieron antes de que pudiera pensar, pero era la verdad.

— Sé que puedes. —Se rió contra mi piel, dejando un rastro de besos que me hizo cerrar los ojos—. Entonces relájate, yo te cuidaré.

Kellan capturó mi pezón con la boca, chupándolo suavemente mientras sus manos se deslizaban por mi cintura. Mi cuerpo se arqueó

instintivamente en respuesta al calor y la presión de su boca. Él sabía exactamente cómo tocarme, cómo hacerme olvidar cualquier vacilación.

Cuando finalmente se apartó, sus ojos brillaban de excitación.

—Te perforaré los dos, uno tras otro. Sentirás dolor, pero no durará mucho. Tu cuerpo es... especial.

Preparó las joyas, dos piezas plateadas que parecían brillar como si ya fueran parte de mí. Se movía con eficiencia, pero sin prisas, cada gesto cuidadoso, como si estuviera más preocupado por mí que por el proceso en sí.

El calor de sus manos sobre mi piel era reconfortante, incluso cuando sentí la aguja perforar el primer pezón. El dolor fue rápido, pero e mente seguido de una extraña sensación de hormigueo, como si mi cuerpo estuviera reaccionando de forma diferente a lo esperado.

Kellan se movió con agilidad, ajustando el piercing en su lugar con una precisión que solo él podía tener. Cuando terminó, retrocedió y observó mi rostro con una mezcla de satisfacción y admiración.

— ¿Qué tal? ¿Sigues conmigo, nena? —preguntó, inclinando la cabeza mientras su sonrisa pícara regresaba.

— ¡Siempre! —Respiré hondo, tratando de procesar lo que acababa de pasar.

Él sonrió, con un brillo de satisfacción en el rostro, antes de inclinarse hacia adelante y susurrar:

— Ya está hecho uno. ¿Quieres continuar? — El tono estaba lleno de una preocupación que era casi demasiado dulce para alguien como Kellan. — ¿Está todo bien?

— Sí. Solo que... es diferente. —Mi voz sonó un poco temblorosa, pero había algo embriagador en ese momento, en la forma en que él estaba completamente centrado en mí—. Continúa.

Sentí una mezcla de ansiedad y excitación mientras Kellan se inclinaba de nuevo para trabajar en el otro lado.

La segunda vez, el dolor fue aún menor, casi imperceptible, sustituido por el mismo calor palpitante que parecía emanar de donde

me tocaba.

— Ya está, nena. — Se echó hacia atrás de nuevo, examinando los piercings recién colocados con mirada crítica, pero satisfecha. — ¡Ahora estás perfecta!

Antes de que pudiera procesarlo, Kellan se inclinó y chupó suavemente el pezón recién perforado, jugando con la joya con la lengua de una manera que hizo que todo mi cuerpo vibrara.

—¿Está... cicatrizado? —Mi voz sonó sorprendida, y toqué el otro piercing con cuidado, esperando que aún estuviera sensible. Pero lo que sentí fue algo completamente diferente—. Esto no es normal. ¿No debería doler más?

— Tu esencia de súcubo hace maravillas. La rápida cicatrización es una de las muchas ventajas. — Parpadeó, volviendo a ser el Kellan provocador que yo conocía—. ¿Quieres verlo?

Asentí y me entregó un pequeño espejo. Al mirarme, me impresionó lo rápido que todo parecía... estar bien. No había dolor, solo una ligera sensación de calor, y los pequeños adornos brillaban contra mi piel de una manera extrañamente poderosa.

—Eres tan hermosa. Cada parte de ti.

La emoción en su voz, mezclada con el deseo, era abrumadora. Kellan trazó un camino de besos por mi estómago hasta llegar de nuevo a mis pechos, con su boca encontrando el camino de vuelta a las joyas.

—Kellan...

— Confía siempre en mí... —murmuró contra mi piel, sus manos deslizándose por mi cuerpo con reverencia—. Eres perfecta.

Me reí, sintiendo una ligereza que no esperaba después de todo lo que habíamos vivido esa noche.

— Creo que ahora soy oficialmente tu obra maestra.

— Siempre lo has sido, cariño. Los piercings son solo la guinda del pastel. — Me dio un suave beso en la clavícula antes de mirarme con esa mirada que prometía problemas, pero del tipo que estaba dispuesta a afrontar.

Y, por primera vez en semanas, sentí que tal vez había una salida al caos. Una salida que implicaba confiar, permitirme ser vulnerable... y tal vez un poco de locura de enamorados aquí y allá.



CAPÍTULO 67

Entre el caos imparable y las decisiones definitivas

—No tenías por qué subir conmigo, Kellan. —Mi voz sonó suave, pero cargada de un subtexto que sabía que él entendería.

— ¿Y perder la oportunidad de asegurarme de que no te metas en líos mientras no estoy mirando? —Sonrió de lado, pero había un tono serio detrás de su broma.

La noche en *Got Sin?* había sido perfecta en su caos.

Pero ahora que habíamos vuelto, algo había cambiado.

Sentí el peso de ese vacío volver con toda su fuerza. Era como un hambre que comenzaba en lo más profundo del alma y se extendía, voraz, por mis venas, quemando como ácido. La diversión en la discoteca lo había ahogado, pero ahora el hambre parecía un grito desesperado de alivio.

El silencio en la mansión Scottfield solo se veía interrumpido por el sonido de nuestros pasos mientras subíamos las escaleras. Kellan me acompañaba como siempre, manteniendo ese aire despreocupado que ocultaba la ansiedad con la que me miraba de vez en cuando.

Nos detuvimos frente a la puerta de mi habitación y, por un momento, me miró con esa intensidad que aceleraba mi corazón. Cuando abrí la puerta, algo dentro de mí tomó la decisión por ambos. Lo tomé de la mano y lo llevé adentro.

—Vallery... —Kellan dudó un instante, con los ojos fijos en los míos. Podía ver el deseo ardiendo en ellos, el mismo deseo que me

estaba destruyendo por dentro.

Pero había algo más allí... miedo. Un miedo que le impedía cruzar la línea que separaba el control del caos.

Antes de que pudiera alejarse, me moví, agarrándole con fuerza la camisa y atrayéndolo hacia mí. El beso fue una descarga de emociones crudas, un clamor silencioso para que él entendiera que ya no había lugar para las dudas.

Kellan no se resistió. Su boca encontró la mía con la misma voracidad, sus dedos deslizándose por mi cintura y presionándome contra él. El calor entre nosotros era creciente y hacía que cada célula de mi cuerpo suplicara por más.

Sus manos grandes y firmes exploraron mi piel por encima de la ropa, tocando mis caderas y subiendo hasta mis costillas. La firmeza de su tacto contrastaba con el cuidado que parecía mantener, como si quisiera contenerse a toda costa.

Sentí que el hambre me consumía, un grito silencioso que venía del fondo de mi alma, resonando en cada célula de mi cuerpo. Era una desesperación inexplicable, una urgencia que me quemaba por dentro, como si algo vital estuviera a punto de extinguirse.

El contacto de Kellan era el único alivio, pero incluso eso parecía una gota de agua en el desierto infinito en que se había convertido mi hambre. Cuando se apartó, fue como si me hubiera arrancado el poco aire que aún podía respirar.

—Kellan, no... —Mi voz vaciló, pero él ya había dado un paso atrás, evitando mi mirada como si fuera algún tipo de maldición—. ¡No lo hagas!

— No podemos...

Una parte de mí quería gritar y suplicarle que volviera, pero otra parte sabía que, si lo hacía, estaría exponiendo una debilidad que tal vez no podría soportar ver. Aun así, el nudo en mi garganta parecía crecer, las lágrimas ardían detrás de mis ojos.

Él se dio cuenta.

— No lo hagas... no llores. — Su tono sonó como una súplica.

— No me rechaces... —Mi voz se quebró, tan frágil como me sentía en ese momento.

Pero Kellan retrocedió como si mi tacto fuera fuego, y la distancia entre nosotros parecía crecer, insoportable y sofocante.

— ¡Joder, Vallery, no lo entiendes! —Se frotó las manos por la cara, su voz estaba entrecortada, cargada de algo que no esperaba—. ¿Tienes... idea de lo mucho que te quiero? ¿De lo mucho que te necesito?

—Kellan... —Mi voz vaciló.

Cada una de sus palabras era como ácido en la herida abierta dentro de mí, corroyendo la poca fuerza que aún me quedaba.

Parecía estar luchando contra sí mismo.

—Sabes lo que hice antes... Sabes que maté a una chica inocente. Maté a una humana y, lo peor de todo, ¡me gustó! Porque, por un instante, ese placer me consumió y no me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta que fue demasiado tarde. —Respiró hondo, con los ojos fijos en los míos—. No puedo correr el riesgo de hacerte lo mismo a ti.

Me quedé en silencio por un momento, con el peso de sus palabras flotando entre nosotros.

—Kellan, yo no soy como esa chica. —Mi voz sonó baja, pero firme.

Él negó con la cabeza, con los ojos llenos de un conflicto que parecía consumirlo.

— Te miro y todo en mí grita para reclamarte de una manera que no dejaría lugar a dudas de que me perteneces. Pero ese mismo deseo me asusta muchísimo...

— ¿Crees que soy frágil? ¿Que me romperás como si estuviera hecha de cristal? —Mi voz salió más alta de lo que esperaba, un eco de todo lo que estaba reprimido dentro de mí. — ¡Soy un súcubo! Mi esencia, mi cuerpo... ¡todo en mí fue hecho para soportar lo que ustedes temen darme! Ustedes tres creen que me están protegiendo, pero en realidad... ¡me están limitando!

—Cariño...

—Si no puedes confiar en mí para saber que puedo manejarlo, ¡entonces vete! —Las palabras se me escaparon antes de que pudiera controlarlas, y su expresión se endureció, como si cada una de ellas fuera una daga clavada en su corazón.

Por un momento, pensé que se daría la vuelta y se iría. Una parte de mí quería que lo hiciera, pero otra parte sabía que si Kellan cruzaba esa puerta, algo entre nosotros se rompería para siempre.

Se quedó quieto, con el pecho subiendo y bajando como si estuviera luchando contra una fuerza invisible. Cuando dio un paso adelante, había algo diferente en sus ojos: una determinación sombría y peligrosa.

—No me voy a ir. —Su voz era baja, casi un gruñido, pero cargada de una certeza que me puso la piel de gallina—. Te daré lo que necesitas, aunque eso me destruya en el proceso.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo, robándome el aire de los pulmones. Antes de que pudiera responder, dio otro paso y la distancia entre nosotros desapareció por completo.

—Eres mía, Vallery. —Su voz era grave, cada palabra impregnada de una promesa peligrosa—. ¡Y nunca te dejaré enfrentarte a esto sola!

Lo miré confundida, pero la intensidad de sus ojos me hizo estremecer.

—¿De verdad crees que esto va a funcionar? —murmuré, con la voz oscilando entre el desafío y el deseo que ya ardía en mi piel.

— Sí, porque yo haré que funcione. —Sus manos subieron, deslizándose hasta mi cara mientras sus labios rozaban los míos, pero sin besarme—. Confía en mí.

—Confío. —Cuando las palabras salieron, casi ahogadas por el sonido de mi respiración, algo dentro de mí vaciló.

Confiaba en él antes y confiaba en él en ese momento, pero el hambre que me consumía no era algo que entendiera completamente. Era puro instinto, salvaje e imposible de ignorar.

Yo también estaba aterrorizada.

Por mí... por él.

Cada movimiento de Kellan era un contraste peligroso, sus manos firmes pero gentiles, como si estuviera explorando un territorio prohibido. Cuando la tela de mi blusa rozó mi piel al ser tirada, un escalofrío recorrió mi cuerpo, más intenso que el propio toque.

Me guió hasta la cama y, cuando me senté en el borde, mantuvo los ojos fijos en los míos mientras me quitaba las botas y se deshacía de todas mis prendas, dejándome solo en bragas.

«¡Te daré lo que necesitas!». Se arrodilló entre mis piernas, con una postura que denotaba reverencia, en contraste con la ferocidad de sus ojos.

Parecía un depredador que se obligaba a contener su propio instinto, como si un movimiento en falso pudiera destruir todo lo que nos rodeaba.

— ¡No tienes ni idea de lo mucho que quiero devorarte! —Su voz ronca era como un hechizo, cada palabra un hilo invisible que me ataba más a él.

Sus dedos se deslizaron por mi piel, lentos y calculados, explorándola con una reverencia que hacía que cada nervio de mi cuerpo se encendiera. Pero cuando apartó mis bragas a un lado, revelando el calor húmedo que había provocado con cada caricia, casi perdí el control.

Inclinándose hacia delante, sentí el calor de su aliento contra mi coño. Cuando su lengua se deslizó sobre mí, fue como si una ola de calor me envolviera, arrancándome el aire de los pulmones. Como si Kellan quisiera demostrarme que era suya, que sabía exactamente cómo navegar por el caos que llevaba dentro.

Mi cuerpo se arqueó involuntariamente, una respuesta instintiva que no pude contener. Mis dedos se aferraron a las sábanas, como si fueran mi único ancla mientras él me llevaba cada vez más profundo. El hambre seguía ahí, rugiendo en mis entrañas, pero la desesperación empezaba a dar paso a algo más primitivo y urgente.

—Tan húmeda para mí... —Su voz era casi un gruñido, mientras sus dedos trazaban el calor que me había provocado—. Eres un pecado andante... ¡y yo estoy condenado!

Su lengua siguió explorando mi centro, alternando movimientos suaves con otros más intensos, como si supiera exactamente cómo llevarme al borde de la locura. Arqueé la espalda, inclinando la cabeza hacia atrás mientras mis manos seguían agarrándose a las sábanas como si mi supervivencia dependiera de ello.

—Kellan... —Su nombre escapó de mis labios en un gemido entrecortado, cargado de una mezcla de desesperación y rendición.

— Te deseo tanto... —murmuró contra mí, con la voz ronca y cargada de un conflicto que solo lo hacía aún más irresistible—. Pero necesito hacerlo a mi manera.

Kellan parecía perdido entre dos fuerzas opuestas: el control que se obligaba a mantener y el deseo bruto que desbordaba en cada movimiento. Su lengua se movía con una precisión casi cruel, como si quisiera demostrarme que podía darme todo lo que necesitaba sin ceder al caos que había dentro de él.

Sus dedos entraron en acción, deslizándose dentro de mí con una facilidad que hizo que mi cuerpo se apretara alrededor de ellos. Comenzó a moverlos a un ritmo sincronizado con la lengua, provocando una ola de placer que se acumulaba cada vez más dentro de mí.

—¡Mírame! —Su voz era baja, pero tenía el peso de una orden imposible de ignorar.

Lentamente, me obligué a abrir los ojos y encontré los suyos. La intensidad de sus iris oscuros me dejó sin aliento, como si me estuviera desnudando aún más, viendo no solo mi cuerpo, sino cada fragmento de hambre y deseo que llevaba dentro.

El orgasmo me golpeó como una tormenta que arrasaba con todo a su paso. Mi cuerpo tembló violentamente, cada músculo se contrajo mientras un grito ronco escapaba de mis labios, el sonido resonando como un reflejo de todo el deseo que había sido momentáneamente saciado.

Estaba destrozada, en una confusión de placer y agotamiento, pero Kellan no se detuvo. Siguió llevándome más allá, como si quisiera hacerme olvidar todo lo que no fuera él. Solo cuando mis manos agarraron desesperadamente su brazo, suplicándole que se detuviera, finalmente retrocedió.

Kellan se subió a la cama, atrayéndome hacia su regazo con un cuidado que contrastaba con la intensidad de lo que acababa de suceder. Sus dedos trazaron suaves líneas a lo largo de mi mandíbula, mientras sus ojos, aún salvajes, buscaban algo en los míos.

— ¿Lo ves? —Su voz era baja, ronca, pero llena de alivio—. Puedo darte lo que necesitas sin arriesgarme a hacerte daño.

Pero yo negué con la cabeza, con la frustración mezclada con un deseo irrefrenable que aún ardía dentro de mí.

— No fue suficiente, Kellan... —Mi voz salió baja, casi un susurro.

Él frunció el ceño, y su tono de preocupación se intensificó.

— ¿Cómo que no fue suficiente? ¡Acabas de correrte tan fuerte que casi rompes las malditas sábanas de la cama!

Me mordí el labio inferior, apartando la mirada por un momento antes de volver a encontrar la suya.

— No es solo... deseo. No es solo excitación. —Mi voz vaciló y sentí que se me humedecían los ojos—. Es como si algo dentro de mí me estuviera consumiendo mientr o viva. Estoy... tan agotada. Si sigo así... no sé qué quedará de mí.

Kellan parpadeó lentamente, como si intentara asimilar el impacto de lo que acababa de decir. Se pasó la lengua por los labios y apartó la mirada por un breve instante, pero cuando volvió a mirarme, había una desesperación genuina que antes no estaba allí.

— No bloqueaste nuestro acceso al Onírico porque estabas dolida, ¿verdad? —Frunció el ceño, su mirada se oscureció mientras ataba cabos—.

—No... puedo dormir. —Mi voz era un susurro, pero cada palabra tenía un peso abrumador—. Intento tocarme, intento

encontrar algo de alivio, pero nunca es suficiente. Es como... si mi propia esencia estuviera suplicando por algo que ya no sé cómo darle.

— Deberías habérmelo contado antes... ¿por qué no dijiste nada? — El tono de pánico en su voz era evidente, pero no disminuyó la culpa que brillaba en sus ojos. — ¿Crees que tienes que pasar por esto sola? ¿Que no vamos a hacer nada para solucionarlo?

El peso de todo lo que estaba pasando cayó sobre mí como una ola.

Por más que intentara ignorarlo, el hambre rugía dentro de mí, voraz e implacable. Era como una bestia hambrienta, destrozando todo a su paso, dejando solo un vacío insoportable.

Todo mi cuerpo temblaba, no solo por el deseo, sino por la desesperación. El miedo a cruzar una línea sin vuelta atrás me estaba ahogando.

En el fondo, sabía que la decisión no era solo mía. Teníamos que afrontarlo juntos o no quedaría nada de mí más que un capullo vacío, consumido por algo que nunca se saciaría.

Cuando la puerta se abrió bruscamente, se me cortó la respiración. El vínculo entre nosotros se encendió como una llama que arde demasiado rápido, dejando la piel sensible y expuesta.

Kyle entró en la habitación y su mirada, siempre tan controlada y consciente, lo capturó todo. Cada pedazo del caos, cada centímetro de mi cuerpo aún tembloroso y la confusión en los ojos de Kellan.

No tuve que decir nada, porque él lo sintió.

Sabía que lo había sentido.

El vínculo nos conectaba de una manera que ninguna palabra podría traducir.

Por un momento, lo que vi en su rostro no fue la fuerza habitual, sino la culpa. Sabía lo mucho que su rechazo me había herido. Sentía el peso de lo que eso significaba ahora. Y yo, a pesar de todo el hambre que me consumía, sentí ganas de perdonarlo. Pero ya no podía. No había más espacio para la vacilación, ni para las escapatorias.

—¿Qué está pasando aquí? —Su voz era grave, pero había un tono de urgencia que dejaba claro que ya sabía la respuesta.

Kellan me sentó en el colchón y se alejó ligeramente, poniéndose de pie, como si protegiera tanto a mí como la decisión que ya había tomado.

— Ella necesita ayuda, Ky. Ayuda de verdad. — La firmeza en su voz era cortante e incuestionable. — Y no me refiero a apoyo moral.

—¿Por qué no me llamaste antes? —preguntó finalmente, con la voz más suave ahora, pero aún cargada de tensión.

Se me encogió el corazón. Las palabras se me atragantaron en la garganta, pero al encontrar su mirada, dejé que la verdad saliera cruda y directa:

—Porque la última vez me rechazaste —mi tono fue firme y cargado de dolor.

Su expresión cambió instantáneamente, el impacto de mis palabras lo golpeó como un puñetazo. Kyle dio un paso atrás, respirando profundamente mientras se pasaba la mano por el pelo. Por un instante, pareció que iba a defenderse, pero enseguida desistió.

Cerró los ojos y la habitación se sumió en un silencio casi insoportable. Cuando los volvió a abrir, la vacilación que antes habitaba su rostro había desaparecido. En su lugar había algo nuevo: una feroz determinación.

Acercándose con pasos largos, Kyle se arrodilló ante mí y mis manos temblaron. No por miedo, sino por la intensidad de la mirada que me lanzó.

—Perdóname... —su voz era baja, casi un susurro, pero cargada de una sinceridad que hizo que mi corazón vacilara—. No volveré a cometer el mismo error. Nunca más permitiré que el miedo a perderte sea precisamente lo que te aleje de mí...

Sus palabras fueron como un bálsamo y un cuchillo al mismo tiempo. Una petición de perdón que nunca esperé escuchar. El calor de sus dedos encontró mi rostro, sosteniéndolo con firmeza, pero sin fuerza. Su toque era a la vez una súplica y una promesa.

Una parte de mí quería abrazarlo, perdonarlo al instante, porque sabía que estaba siendo sincero. Pero otra parte... estaba cansada de cargar con todo ese peso emocional sola durante los últimos días.

— Por favor, amor... ¡perdóname! —Kyle se inclinó, presionando su frente contra la mía, y el vínculo entre nosotros vibró como un tambor, una energía palpitante que llenaba el espacio entre nuestros cuerpos—. Solo necesito que me digas... si todavía confías en mí.

Mis ojos ardían con lágrimas que no quería derramar, pero no pude contenerlas. Rodaron silenciosas mientras asentía lentamente.

— No se trata solo de confiar en ti, Ky... —susurré, con la voz casi fallando—. Se trata de quién soy ahora. De en qué me he convertido. Ya no sé separar dónde empieza la Vallery que vosotros amabais y dónde termina la súcubo hambrienta que me está consumiendo.

Levantó la cara para mirarme, sus ojos buscando algo en los míos, y el vínculo volvió a latir, trayéndome una calma momentánea.

— Sigues siendo la Vallery que amamos, amor. Siempre lo serás. Pase lo que pase.

— Nunca dejé de confiar, Ky... — Mi voz salió más baja de lo que esperaba, casi ahogada por el peso de las dudas que me consumían. Aun así, era cierto.

Él bajó la cabeza, apretando los ojos cerrados como si necesitara recomponerse. Sabía que luchaba contra su propia culpa, contra el miedo que aún intentaba atraparlo.

Kellan, de pie a mi lado, cruzó los brazos y observó en silencio. No había juicio en su expresión, solo un respeto silencioso y contenido por el hecho de que Kyle finalmente estuviera asumiendo sus debilidades ante nosotros.

Y eso me conmovió de una manera que las palabras nunca podrían expresar. Una chispa de esperanza se encendió en medio del caos que llevaba dentro. Aunque mi cuerpo aún estaba débil, algo dentro de mí encontró fuerza en ese momento, en los ojos de aquellos que me conocían más profundamente que yo misma.

Mis manos se deslizaron hasta los hombros de Kyle, agarrándolos con fuerza. No quería que cargara con más culpa, porque, a pesar de todo, sabía que el peso que soportaba era tan martirizante como el mío.

—Te perdono, amor... —Las palabras salieron en voz baja, pero cargadas de una sinceridad que incluso a mí me costaba admitir.

Él no esperó más. Antes de que pudiera pensar o dudar, sus labios encontraron los míos con una urgencia que me robó el aire de los pulmones. Ya no había espacio para palabras ni excusas. No había vacilación en sus movimientos, solo una necesidad feroz e inevitable, como si estuviera tratando de demostrar todo lo que no podía expresar en voz alta.

El tacto de Kyle era diferente. No tenía la salvajería controlada de Kellan ni la confianza implacable de Kendric. Era una mezcla de intensidad y vulnerabilidad que hacía que mi corazón se acelerara, pero también se encogiera de una manera que no sabía explicar.

Su beso tenía una reverencia casi desesperada, como si intentara aferrarse a mí, a lo que éramos, mientras aún pudiera. Y por primera vez en semanas, el hambre insaciable dentro de mí pareció vacilar, no por la satisfacción, sino por el impacto del vínculo que ardía entre nosotros, como un hilo invisible que nos unía y nos mantenía juntos.

Mi cuerpo reaccionaba ante él como si supiera que esa conexión era necesaria para mi supervivencia.

Entonces, el sonido de la puerta al abrirse atravesó la habitación como un trueno contenido. Mi cuerpo se tensó y me alejé de Kyle instintivamente, como si me hubieran pillado in fraganti haciendo algo prohibido.

El hambre que aún ardía dentro de mí dio paso a una incómoda opresión, un reflejo del miedo a ser juzgada, aun sabiendo que ya no había lugar para secretos entre nosotros.

Kendric entró en la habitación como una tormenta, el sonido de sus pasos resonando con una confianza inquebrantable. Su postura irradiaba control, pero sus ojos, siempre tan agudos, no ocultaban su

inquietud. Recorrieron la habitación como si quisieran desarmar una trampa invisible, pasando primero por mí, luego por Kyle, antes de posarse en Kellan, que aún estaba cerca de la cama, tenso como un hilo a punto de romperse.

Por un instante, no dijo nada, pero la energía que traía consigo parecía hacer vibrar el aire. Era como si toda la mansión contuviera la respiración, esperando su próximo movimiento.

El silencio se volvió insoportable. Mi corazón latía tan fuerte que parecía resonar en mis oídos, pero me obligué a sostener su mirada. No podía parecer débil, no ahora.

— ¿Alguien me va a explicar qué está pasando aquí? —Su grave voz rompió finalmente el silencio, cargada de una autoridad que no dejaba lugar a evasivas.

Kendric no era de los que aceptaban que se les mantuviera en la ignorancia, y la mirada que nos dirigió a cada uno de nosotros parecía pesar más que las propias palabras.

Quería respuestas. Y las quería ya.

Kellan suspiró, pasándose las manos por el pelo en un gesto de frustración, como si la explicación fuera tan inevitable como dolorosa. Con un movimiento sutil, señaló en mi dirección.

—Vallery ya no puede dormir, Ken. Su esencia súcubo está hambrienta y acostarse con nosotros en el Onírico ya no es suficiente. —Las palabras de Kellan flotaron en el aire, cargadas de un peso que parecía sofocar el ambiente.

Kendric se quedó en silencio por un momento, con el ceño fruncido mientras asimilaba la gravedad de lo que acababa de oír. Entonces, con un movimiento casi automático, comenzó a caminar por la habitación, cada paso resonando como un recordatorio de la creciente tensión.

— Tiene sentido —murmuró más para sí mismo que para cualquiera de nosotros. Su mente parecía trabajar a toda velocidad, armando el rompecabezas con fría precisión. De repente se detuvo, como si algo hubiera encajado por fin. Sus ojos se fijaron en los míos,

y lo que vi en ellos fue aterrador: comprensión y miedo, a partes iguales. —Ya que solo se alimentó una vez... con Brian.

La mención del nombre fue un golpe, como si Kendric acabara de abrir una herida que apenas había cicatrizado. Mi pecho se apretó y el recuerdo de aquella noche volvió como un espectro, una sombra que parecía no dejar nunca de seguirme.

Mi lado súcubo se había despertado cuando me acosté con Brian... y lo maté.

El peso de la verdad cayó sobre mí como un muro derrumbándose, dejando mi cuerpo en pánico, mis instintos gritando por escapar.

— ¡No voy a hacer daño a nadie más! —Las palabras se me escaparon antes de que pudiera controlarlas, más altas de lo que pretendía, cargadas de miedo, pero también de determinación.

—No es eso lo que estamos diciendo, nena... —intervino Kellan, con voz firme pero amable, tratando de disipar el caos que parecía emanar de mí.

Kendric, sin embargo, no retrocedió. Dio un paso adelante y su presencia dominante me presionó como un peso invisible, cada movimiento cargado de intensidad.

— ¡Eso es exactamente lo que estamos diciendo! —Su voz cortó el aire, casi cruel en su honestidad—. Si la súcubo que hay dentro de ti está hambrienta, eso solo significa una cosa.

— Ken... —Kyle intentó intervenir, pero el menor lo interrumpió con un tono gélido que no dejaba lugar a contradicciones.

—Siempre nos alimentamos en la Dimensión Onírica porque nuestra esencia íncubo pertenece a ese hábitat. Incluso ahora, en cuerpos humanos, nuestra esencia es demoníaca ante todo. En cuanto a Vallery...

Hizo una pausa, las palabras flotando en el aire como un enigma que solo él parecía estar resolviendo. Su mirada se oscureció y pude ver los engranajes de su mente girando, cada pensamiento más pesado que el anterior.

— ¡Suéltalo de una vez, tío! —explotó Kellan, su frustración alimentando la sofocante tensión de la habitación.

— Vallery nació humana —continuó Kendric finalmente, con voz controlada, pero cargada de convicción—. Ella pertenece al plano físico. Su esencia súcubo solo ha despertado recientemente, y la primera vez que se alimentó fue en su hábitat natural.

— ¿Estás diciendo que...? —comenzó Kyle, pero su voz falló antes de que pudiera terminar la frase.

— El sexo en el Onírico... todo este tiempo... — Kendric nos miró a mí, a Kellan y finalmente a Kyle—. Solo nos ha estado alimentando a nosotros. No a ella.

Las palabras cayeron en silencio como una piedra lanzada a un lago, propagando ondas que reverberaron en lo más profundo de mi ser.

—La esencia celestial de Hope debe haber suprimido el hambre de la súcubo durante meses. —Kendric parecía casi incrédulo mientras hablaba, como si la idea de que e e fuera tan inevitable como devastadora—. Pero parece que ha llegado al límite de lo que puede soportar.

—¡No! —La palabra se me escapó en un grito mientras retrocedía, con los pies buscando instintivamente la distancia. Todo mi cuerpo temblaba, como si la simple idea pudiera destrozarme—. ¡Prefiero morir antes que tener que matar a alguien!

— No estamos siendo suficientes para ti... — Kendric dio otro paso adelante, su silueta parecía más grande, casi intimidante bajo la tenue luz de la habitación. La intensidad de sus ojos ardía como un fuego imposible de ignorar. — Si tu súcubo necesita alimentarse, no tienes otra opción, Hope.

— ¡Tiene que haber otra manera! —Kyle rompió el silencio, su voz grave cargada de una fuerza que pareció resonar en la habitación, pero había una desesperación contenida en sus palabras que me hizo estremecer.

—¿Y cuál sería, Ky? —Kendric se rió, pero el sonido estaba lejos de ser divertido. Era seco, ácido, como si cada nota estuviera

impregnada de frustración—. ¡Porque hasta ahora, todo lo que hemos hecho ha sido esperar a que el problema simplemente... desapareciera!

El peso de la verdad en sus palabras cayó sobre nosotros como una avalancha, robándole cualquier respuesta que Kyle pudiera tener.

—¡Nosotros! —La voz de Kellan cortó el aire como una chispa encendiendo la mecha de un barril de pólvora.

La habitación se sumió en un silencio opresivo, tan denso que parecía que el aire mismo había desaparecido.

—¿Qué? —Lo miré, atónita, sintiendo que mi corazón latía tan fuerte que parecía querer salirse de mi pecho.

Kellan se encogió de hombros, pero la seriedad de su expresión no dejaba lugar a dudas sobre su intención.

—Ahora estamos en cuerpos humanos, ¿no? —comenzó, pronunciando cada palabra con cuidado. Primero miró a Kyle, luego a Kendric y, por último, sus ojos se encontraron con los míos—. Quizás... seamos lo suficient es para ella aquí, en el plano físico. De la misma manera que ella lo es para nosotros, en el Onírico.

Las palabras flotaron en el aire como una promesa peligrosa, resonando entre nosotros. Se me revolvió el estómago y la tensión en el ambiente parecía amenazar con consumirnos por completo.

—Lilith mintió. Vallery lo cree. ¡Lo siente! Y lleva tiempo intentando convencernos —continuó Kellan, con voz grave y llena de convicción—. Yo también quiero creerlo. Nuestra Hope es fuerte y ya nos lo ha demostrado de muchas maneras... ¡¿Acaso no es la maldita *Cambion Fertilis*, después de todo?!

Kendric entrecerró los ojos y apretó la mandíbula.

—¿Y si nos equivocamos? —La voz de Kyle se quebró cuando se puso de pie.

—¡Es todo lo que tenemos! —La respuesta de Kellan fue un rugido, su frustración desbordándose como un volcán a punto de entrar en erupción—. Prefiero intentarlo a imaginarla por ahí buscando

a algún idiota que puede acabar muerto. ¡Porque se odiará a sí misma por ello el resto de su vida!

Jadeé ante el impacto de sus palabras.

No había forma de escapar de la verdad que Kellan acababa de exponer.

—¿Hablas en serio? —murmuró finalmente Kendric, su incredulidad sustituida por cautela.

—Sí —confirmó Kellan, con voz tan firme como el acero—. ¡Y vosotros dos sabéis que tengo razón!

— Esto es peligroso, Kellan —argumentó Kyle, pero su voz parecía más débil ahora, como si ya estuviera cediendo.

— ¿Y qué coño no es peligroso para ella en esta puta vida? — explotó Kellan, dando un paso adelante—. Sabes tan bien como yo que Vallery está sufriendo muchísimo. Si hay una posibilidad... ¿por qué no intentarlo?

— Si muere... —Su voz se quebró, el miedo aún desbordándose en sus ojos.

— ¡Deja de pensar solo en la maldita culpa! —Kellan dio un paso adelante, quedando cara a cara con su hermano mayor. Su voz era un rugido bajo, lleno de frustración—. ¿Ya le has preguntado qué prefiere ella? ¡Porque lo peor va a pasar de todos modos si no hacemos nada y nos quedamos mirando como tres malditos cobardes!

— ¡Odio cuando tienes razón, Kellan! — Kendric suspiró, rompiendo la tensión.

Observé el enfrentamiento en silencio, con el corazón acelerado mientras las palabras de Kellan resonaban en mi mente.

Era lo que tanto deseaba, ¿no? Lo que había estado suplicando tener y me habían negado, por el miedo absoluto que tenían de hacerme daño. Pero y si... ¿y si fuera precisamente lo que necesitaba para saciar mi hambre?

El pensamiento era una cruel paradoja, un arma de doble filo que desgarraba mi mente en direcciones opuestas. Lo había deseado con cada fibra de mi ser, sintiendo cómo el vacío dentro de mí crecía

cada vez que los veía y los necesitaba más de lo que ellos parecían capaces de darme. Pero ahora, ante la posibilidad, lo que era deseo se convertía en miedo.

Antes estaba dispuesta a arriesgar mi vida para tenerlos completamente en el plano físico. ¿Pero arriesgar sus vidas? ¿Y si era demasiado?

La idea de hacer daño a cualquiera de los tres era un peso insoportable, una posibilidad que sabía que me destruiría. Entonces... ¿así es como se habían sentido respecto a mí todo ese tiempo?

Mis ojos se movieron de uno a otro, absorbiendo sus expresiones. La determinación de Kellan, la cautela de Kyle, la intensidad calculada de Kendric. Estaban dispuestos a romper las reglas por mí una vez más, a arriesgarlo todo... y eso me asustaba tanto como me hacía sentir más viva que nunca.

Al mismo tiempo, el vacío me consumía con un hambre que ya no podía ignorar. Era como si la esencia dentro de mí gritara, exigiendo más, recordándome con cada latido que no era solo deseo desenfrenado... era supervivencia.

¿Podría confiar en ellos lo suficiente y creer que eran lo suficientemente fuertes como para lidiar con algo así?

¿Era yo misma lo suficientemente fuerte como para afrontar de una vez por todas la verdad sobre lo que realmente significaba ser una *Cambion Fertilis*?

—¡Ya basta! —La palabra salió de mi boca antes de que pudiera contenerla, con voz alta y clara, las manos temblando mientras agarraba las sábanas con fuerza.

Los tres se volvieron hacia mí, y el silencio de la habitación estalló en una oleada de expectación. Respiré hondo, con el pecho subiendo y bajando mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas.

— No quiero hacerles daño.

La idea de perder a cualquiera de ellos... eso era lo que me aterrorizaba. No lo que era o lo que tenía que hacer, sino lo que pasaría si, en el proceso, destruía lo que éramos juntos.

— O la salvamos juntos o morimos todos juntos. — Kyle cerró los ojos y soltó un largo suspiro antes de mirarme directamente—. ¿Confías en nosotros, amor?

Estaban dispuestos a entregarse a mí y ser la respuesta a lo que mi cuerpo y mi alma anhelaban. Todo lo que tenía que hacer era sencillo: confiar.

Confiar en que, aunque el caos intentara engullirnos, encontraríamos una manera de sobrevivir juntos.

Confiar en que, aunque estuviéramos caminando al borde de un precipicio, ellos harían todo lo posible para no dejarme caer.

Y si caía, ellos se lanzarían y caerían conmigo.

La pregunta me pilló desprevenida, pero no tuve que pensar mucho para responder:

— Con mi vida. Siempre.

Kyle asintió lentamente, superando sus propios miedos:

— ¡Entonces hagámoslo!

La determinación en su voz era innegable, pero el peso de esa decisión resonó en mí como un susurro de algo que lo cambiaría todo.

Estaban listos.

Yo estaba lista.

O al menos, eso era lo que necesitaba creer.

Porque ya no habría vuelta atrás.



CAPÍTULO 68

Entre dolores expuestos y equilibrio absoluto

El silencio en la habitación era tan denso que casi se podía sentir su textura, como si el aire que nos rodeaba estuviera esperando que algo irrumpiera para cambiarlo todo. Mis ojos vagaron entre los tres, absorbiendo el peso de sus presencias, sus respiraciones sincronizadas con la tensión que llenaba el espacio.

Kyle fue el primero en romper el momento, comenzando a desabrocharse la camisa con movimientos firmes, pero sin prisas, con la mirada fija en la mía.

—Yo seré el primero. —Su voz era tranquila, pero tenía la autoridad de un líder nato—. Nuestro vínculo matrimonial me convierte en la opción más segura para empezar.

Tenía razón, al menos en parte. La lógica de Kyle era innegable, pero había algo más importante en ese momento, que iba más allá del vínculo o la seguridad que él creía poder ofrecerme.

— No, Ky. — Mi voz sonó suave, pero lo suficientemente firme como para interrumpirlo antes de que pudiera moverse más.

Sus dedos se congelaron en medio del siguiente botón y sus ojos buscaron los míos con confusión. Kellan, que seguía de pie a mi lado en la cama, tensó los hombros visiblemente, pero permaneció en silencio. « » Kendric cruzó los brazos, observando la escena con la paciencia de alguien que sabía que no se trataba de una disputa de poder, sino de significados.

Mi corazón se encogió. Sabía que Kyle estaba dispuesto a ponerse como escudo, como el líder que siempre había sido. Pero en

ese momento, eso no era lo que yo necesitaba. No era un líder quien me salvaría. Era alguien que conocía el caos por dentro, que llevaba marcas invisibles de un pasado tan doloroso como el mío.

—Quiero que sea Kellan —revelé con calma, cada palabra cargada de un peso que sabía que ellos entenderían.

Kyle frunció el ceño, pero no hubo resistencia en su postura, solo una pregunta silenciosa.

—No se trata del vínculo... —añadí, dejando que mi voz se suavizara aún más. Mi mano se deslizó hacia el brazo de Kyle, apretándolo en un gesto casi reconfortante—. Va mucho más allá de eso.

Me volví hacia Kellan, que ahora parecía más tenso que nunca, con la mandíbula apretada y los ojos oscurecidos por un torbellino de emociones. Seguía completamente vestido, como si su ropa fuera su última barrera de defensa.

—Kell... —susurré, dando un paso hacia él.

La distancia entre nosotros parecía mucho mayor que el simple espacio físico. Era miedo. El mismo miedo que yo llevaba dentro. El miedo a perder el control. A destruir lo que más amábamos.

—Tú y yo sabemos lo que es cargar con esa culpa... —susurré, dejando que mis dedos trazaran el contorno de su mandíbula—. Sabemos lo que es mirar dentro de nosotros y ver lo que hemos hecho. Pero también sabemos que somos más que eso.

Sus manos subieron hasta las mías, firmes, pero vacilantes. Cuando finalmente me miró, vi algo más allá del deseo. Vi el dolor que ocultaba tan bien, un reflejo de lo que yo también sentía.

No retrocedió, pero tampoco se movió. Era como si estuviera congelado entre el deseo y el miedo, un conflicto tan palpable como el calor que aún vibraba entre nosotros.

—Tienes miedo de hacerme daño... porque ya has hecho daño a alguien sin querer. Lo sé. —Mi voz era baja, íntima, pero sin vacilar—. Pero yo también tengo miedo de hacerte daño... porque también he hecho daño a alguien sin querer.

Parpadeó, desconcertado, como si mis palabras hubieran roto algo dentro de él.

— Entonces superémoslo juntos —continué, mi tono adquiriendo una firmeza que parecía resonar en el espacio entre nosotros—. Y demostremos que Lilith mintió.

Mis manos finalmente se movieron y él levantó los brazos mientras yo comenzaba a subirle la camisa. Cuando la tela finalmente cayó al suelo, había una especie de rendición silenciosa en sus ojos, pero también algo más profundo: esperanza.

Sabía que Kyle y Kendric estaban observando. Sabía que ese momento, para ellos, era tanto una explicación como una respuesta.

Pero mi atención estaba completamente centrada en Kellan.

—Déjame demostrarte que esto puede funcionar... —susurré, con la voz cargada de emoción.

Kellan respiró hondo, como si estuviera absorbiendo mi súplica. Entonces, con un movimiento sutil, asintió.

En ese instante, algo cambió. No solo entre nosotros, sino en el ambiente que nos rodeaba. Como si las paredes de la habitación hubieran sido testigos silenciosos de una decisión que ya no podía revertirse.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, la idea todavía me aterrorizaba, pero la determinación era innegable. Y entonces, como si se hubiera roto una barrera, me lancé a los brazos de Kellan y lo besé con una urgencia casi desesperada.

Cuando nuestros labios se encontraron, fue como si algo finalmente se hubiera roto dentro de mí. No era solo deseo, no era solo hambre. Era... aceptación. Aceptar que éramos imperfectos, que el caos formaba parte de nosotros.

Era una mezcla de necesidad y algo más profundo, que ardía en mi alma como una llama que nunca podría apagarse. El calor de sus manos en mi cintura parecía un escudo contra el vacío que me consumía.

Nuestras respiraciones se mezclaban, rápidas y pesadas, y sus manos comenzaron a explorar mi cuerpo con una mezcla de impaciencia y adoración. Cuando me giró hacia la cama y me bajó las bragas, sentí que mi corazón se aceleraba.

«Espero que estés lista para esto, nena», susurró con voz ronca y llena de promesas, mientras sus dedos recorrían mi piel expuesta.

Cuando deslizó los dedos hasta los piercings de mis pezones, el gesto estaba cargado de un propósito deliberado. Su expresión era de pura satisfacción al verlos brillar bajo la suave luz de la habitación.

—Fue una de las mejores ideas que he tenido, ¿verdad? —Se rió entre dientes, jugando con los piercings que él mismo me había puesto esa misma noche—. Su tono de voz tenía un matiz jocoso, pero sus ojos brillaban con algo más. Era como si, al tocarme, estuviera reafirmando que aún teníamos el control, que podíamos transformar el miedo en algo hermoso. — Joder, nena. ¡Esto es arte!

Bajó la cabeza, sujetando uno de mis pezones entre los labios mientras jugaba con el otro piercing entre los dedos. Un gemido se me escapó antes de que pudiera controlarlo y Kellan se rió contra mi piel.

—Siempre sabes cómo provocarme... —respondí, pero mi voz falló ligeramente, cargada por la emoción que amenazaba con inundarme.

Mientras sus dedos seguían deslizándose por los piercings, mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente pudiera seguirle el ritmo. Era un choque de sensaciones, como si cada caricia fuera una promesa silenciosa de que estábamos rompiendo barreras que nunca deberían haber existido.

—Tan sensible —murmuró, chupando un pezón con fuerza y haciéndome arquear la espalda.

De reojo, vi a Kendric y Kyle observando. El menor parecía sorprendido, con los ojos brillando con una mezcla de diversión y lujuria.

—¿Cuándo ha pasado esto? —preguntó Kendric, con voz cargada de provocación.

—Hoy. —Kyle cruzó los brazos, con la mandíbula tensa—. Lo sentí cuando ella lo perforó. Me dolió como si fuera a mí.

—Relájate, hermano. Ya está curado. Créeme, la cuidé bien. —Kellan no les prestó mucha atención. Su atención estaba puesta en mí.

Su lengua se deslizó alrededor, mientras sus dedos provocaban el otro pecho, con un movimiento calculado, cada caricia diseñada para volverme loca.

Kendric soltó una risa baja y sacudió la cabeza, claramente impresionado.

— Estás cada vez más perfecta, Hope. Estos detalles te hacen aún más sexy... ¿sabes?

Sabía lo que estaban haciendo.

Intentando disipar el miedo que aún se cernía entre nosotros.

Pero apenas podía responder, mi cuerpo se veía invadido por un deseo creciente.

Con cada movimiento de Kellan, mi cuerpo parecía estar a punto de entrar en combustión. Entonces se alejó un poco, lo suficiente para quitarse los pantalones, los calzoncillos y los zapatos.

Cuando se acercó a mí de nuevo, me tiró en la cama y me dio la vuelta, colocándome a cuatro patas con una firmeza casi brutal, y yo jadeé al sentir sus manos firmes en mi cintura, tirando de mí para acercarme más, su polla dura rozando mi culo.

—¿Quieres esto, nena? —preguntó, inclinándose para susurrarme al oído, sus dedos explorando mi coño empapado, deslizándose hacia atrás mientr , lubricando, masajeando—. Voy a comerme ese culito tan rico y ver hasta dónde aguantas. Puedo empezar despacio, pero no voy a parar hasta que estés completamente mía.

Solo asentí, incapaz de articular palabra. La anticipación me consumía, cada nervio de mi cuerpo a flor de piel. Entonces sentí la punta de su lengua deslizarse por la curva de mi espalda hasta llegar a mi ano. Todo mi cuerpo se estremeció con el contacto, y un gemido ronco escapó de mi garganta.

— ¡Joder, mujer! Estás tan buena... — gruñó Kellan antes de empezar a explorar más profundamente, su lengua y sus dedos provocándome sin piedad.

—Kell... por favor... —casi supliqué, con la voz cargada de necesidad.

Él se rió con un sonido bajo y perverso, antes de apartarse. Sentí la presión de la punta de su polla contra mi entrada, lenta y calculada, y todo mi cuerpo se estremeció de anticipación. Por un instante, el miedo regresó como un espectro, recordándome todo lo que podía salir mal.

Pero entonces, él posó su mano sobre la mía, sujetándola con firmeza mientras avanzaba más profundamente. Era como si me dijera, sin palabras: *«No te soltaré».*

La sensación era intensa, una mezcla de incomodidad y placer que me hizo arquear la espalda y morderme el labio para no gritar. El dolor inicial dio paso a un calor creciente, algo que parecía borrar cada duda, cada sombra que aún se cernía sobre nosotros.

La primera embestida fue lenta y yo jadeé con la sensación.

Mis gemidos se convirtieron en algo más crudo, más sincero, y ya no podía contener nada de lo que sentía.

— Cómo me encanta este culito apretado... —jadeó Kellan, agarrándome con fuerza por la cintura mientras se adentraba más profundamente—. Joder, es surrealista... ¡Me vuelves loco!

El ritmo aumentó gradualmente y mis gemidos se hicieron más fuertes, cada movimiento suyo llevándome al límite. Sentí mis uñas clavarse en el colchón mientras el placer crecía dentro de mí, un torbellino que ya no podía controlar.

—Eso, nena... —murmuró Kellan, aumentando el ritmo—. Quiero oírte gemir muy fuerte. ¡Quiero oír lo mucho que te gusta ser mía!

Y gemí. Sin vergüenza ni control, dejé escapar los sonidos, con la cabeza inclinada hacia adelante mientras el placer me consumía.

Clavé las uñas en las sábanas enredadas, mi cuerpo en puro frenesí mientras cada movimiento suyo me acercaba más al clímax.

—¡Me estás volviendo loco, nena! —gruñó Kellan—. Te gusta sentirme tan profundo, ¿verdad? ¡Dime cuánto te gusta!

—Kellan... por favor... —Las palabras se escaparon en un susurro tembloroso, y él se rió entre dientes, satisfecho con mi rendición. Jadeé, mi voz fallando mientras sentía que mi cuerpo se acercaba cada vez más al orgasmo—. Joder, me voy a correr...

— ¡Eso es! ¡Córrete para mí! —rugió. Sus movimientos se volvieron más frenéticos mientras él también llegaba al límite—. Voy a correrme muy profundo en tu culo... y quiero que sientas cada gota de mi semen invadiéndote.

Y entonces sucedió. Mi cuerpo se desbordó de placer, cada músculo se contrajo en una ola devastadora que borró todo a mi alrededor. Era como si el mundo se hubiera detenido, unidos por algo mucho más grande que el deseo o la necesidad.

Gemía fuerte, incapaz de contener la fuerza que me consumía, y las lágrimas comenzaron a correr por mi rostro, calientes e insistentes. Pero no eran lágrimas de tristeza, ni de alivio.

Era algo más profundo... como si, por primera vez, estuviera completa. Cada latido de mi cuerpo parecía una respuesta al vacío que me había atormentado durante tanto tiempo, llenándolo con algo que finalmente tenía sentido.

Y entonces Kellan se derramó dentro de mí, el calor se extendió por todo mi cuerpo. Sentí cada latido mientras él se vaciaba, llenándome por completo.

Cuando finalmente llegamos al límite, sentí como si cada pedacito de mi ser se estuviera reconstruyendo.

No era solo deseo satisfecho, no era solo placer.

¡Era redención!

Cuando Kellan finalmente salió de mí, ambos estábamos respirando con dificultad, nuestros cuerpos temblando, pero intactos.

Ninguno de los dos había resultado herido.

—¿Estás bien? —Kellan encontró mi mirada, con una mezcla de paz y euforia brillando en sus ojos.

—Estoy bien —le sonreí, con el cuerpo aún sensible—. ¿Y tú?

—Ha salido bien. —Una sonrisa se dibujó en su rostro... una pequeña lágrima se deslizó por el rabillo de su ojo, sutil, pero muy significativa—. ¡Joder, ha salido bien!

Kellan me atrajo hacia él, jadeando y aún temblando, y mi cuerpo encontró el suyo como si intentáramos demostrarnos a nosotros mismos que aún estábamos intactos. Que juntos habíamos superado lo que antes parecía imposible.

— ¿Lo ves? —susurró, con la voz ronca, pero llena de alivio—. Lo hemos conseguido... juntos.

El silencio en la habitación traía consigo un tipo diferente de paz, no la que proviene de la tranquilidad, sino la que surge tras una batalla ganada.

Aún jadeando, mi cuerpo estaba envuelto en el calor de Kellan, y podía sentir el latido lento y constante de su corazón contra mi piel. Su brazo alrededor de mi cintura era un peso reconfortante, y su mano se deslizaba por la e e curva de mi cadera, como si necesitara asegurarse de que estaba entera, de que aún era real.

Entonces, un movimiento discreto junto a la cama llamó mi atención.

Giré la cabeza lentamente y encontré la mirada de Kyle. Estaba de pie cerca de mí, su cuerpo desnudo brillando bajo la suave luz de la habitación. Sus ojos estaban fijos en mí, intensos y llenos de una mezcla de emociones que solo él podía sentir: culpa, deseo y algo más profundo que no sabía nombrar, pero que me conmovía en lo más profundo.

—¿Te toca, hermano? —La voz de Kellan rompió el silencio, ronca y jadeante, pero cargada de una sincera aceptación.

No había sarcasmo en sus palabras, solo comprensión.

Kyle no respondió de inmediato. Dio un paso adelante y la proximidad trajo consigo una oleada de energía que aceleró mi corazón.

—Lo sentí todo... —comenzó, con voz baja pero firme, cargada de un peso que parecía mayor que él—. La conexión entre ustedes, lo que significó para ella... para ti.

Su sinceridad hizo que algo dentro de mí se apretara. No había celos, ni competencia. Solo una aceptación cautelosa, como si finalmente hubiera entendido de una vez por todas lo que significábamos todos juntos.

— Y eso me hizo darme cuenta de algo —dijo, arrodillándose junto a la cama y levantando lentamente la mano hasta encontrar la mía, que aún estaba sobre el pecho de Kellan—. Tú eres realmente nuestra, Vallery. Sin distinción alguna. Al igual que nosotros somos realmente tuyos también.

Se me cortó la respiración y, por un momento, lo único que existía era él, sus intensos ojos y las palabras que iban más allá de lo físico.

Kellan, como si comprendiera la profundidad del momento, se apartó ligeramente, dejándonos espacio. Y entonces, Kyle se subió a la cama, moviéndose con la precisión de alguien que sabía exactamente lo que quería.

Cuando me atrajo hacia él, fue como ser envuelta por una ola, abrumadora e inevitable. Pero a diferencia de otras veces, su urgencia no estaba marcada por la posesividad. Era como si estuviera tratando de transmitir a través de cada caricia que no se trataba solo de lujuria, sino de pertenencia... de nosotros.

Sus labios encontraron los míos en un beso que me robó el aire de los pulmones, y todo mi cuerpo pareció reavivarse con la energía que él aportaba. Sus manos firmes me sujetaron por la cintura, atrayéndome hacia él con una seguridad que disipaba cualquier atisbo de duda.

Luego deslizó su boca hacia mi cuello, explorando mi piel con besos y suaves mordiscos sobre la cicatriz de nuestro vínculo, y cada contacto enviaba oleadas de calor por todo mi cuerpo. Sus dedos eran precisos, deslizándose por mi piel con reverencia, y sentí que no solo me estaba tocando, sino conectándose conmigo de una manera tan visceral que me hizo llorar.

En cuanto se alineó con mi cuerpo, nuestras miradas se encontraron. No solo había deseo en sus ojos, sino una comprensión que iba más allá de las palabras. Era como si, en ese momento, viera todas mis partes rotas y las aceptara.

— ¿De verdad confías en mí? —Su voz era baja, ronca, y aún así transmitía una vulnerabilidad que hizo que mi corazón se tambaleara.

— Siempre. — Mi respuesta salió como un susurro, pero cada sílaba estaba cargada de convicción.

Kyle se hundió dentro de mí con un movimiento profundo y certero, arrancándome un gemido que resonó por toda la habitación. Mis dedos apretaron sus hombros, buscando un ancla para la abrumadora sensación de tenerlo tan dentro.

Se movía con implacable precisión, cada embestida cargada de urgencia, pero también de algo reverente. Como si estuviera tratando de mostrarme sin palabras que todo lo que yo era, todo lo que habíamos enfrentado, nos había llevado a ese momento.

—¿Lo sientes? —quise saber, con la voz ronca mientras sus labios rozaban el lóbulo de mi oreja—. No es solo excitación, amor. Es todo lo que somos. ¡Todo lo que significas para nosotros!

Jadeé, deslizando mis manos hacia su pecho, sintiendo los músculos tensos bajo mis dedos mientras él continuaba. Cada movimiento parecía sincronizado con los latidos de mi corazón, intensificando la conexión que nos unía.

Pero algo más crecía dentro de mí, algo más grande que el placer. Era una fuerza que ya no podía ignorarse, una necesidad de reclamar el control.

Pero había algo más creciendo dentro de mí, más grande que el placer. Una fuerza que ya no podía ignorarse, una necesidad absurda de reclamar el control.

En un impulso, empujé a Kyle hacia atrás, haciéndolo caer sobre el colchón. Montándome sobre él, lo sentí aún más profundo, y su mirada de sorpresa pronto fue sustituida por una sonrisa de pura admiración.

—¿Así es como lo quieres, eh? —me provocó, con voz llena de desafío.

—Exactamente así—, le devolví la sonrisa, comenzando a moverme lentamente, marcando el ritmo con la precisión de quien sabe exactamente lo que quiere.

Kyle gimió, deslizando sus manos hacia mis caderas, guiando mis movimientos mientras nuestros cuerpos se encontraban en una danza cruda y perfecta. Fue en ese momento cuando sentí el vínculo entre nosotros irradiando una energía que parecía conectar cada célula de mi cuerpo. Me moví más rápido, más fuerte, y el sonido de nuestros gemidos se mezcló con el ambiente.

Él volvió a gemir debajo de mí, su respiración entrecortada me llenaba tanto como el ritmo profundo y certero de nuestros cuerpos encontrándose. Su urgencia me excitaba, pero había algo más creciendo dentro de mí, una necesidad de conectarme con todo lo que éramos... los cuatro... juntos.

Levanté la mirada y frente a mí estaba Kellan, con el cuerpo rígido y la mirada fija en mí. Sostenía su propia polla dura, los movimientos rítmicos de su mano delatando lo perdido que estaba en el placer de observarnos. El deseo en sus ojos era visceral, tan intenso que hizo que mi piel ardiera aún más.

Giré la cabeza hacia atrás, con el corazón acelerado al encontrar a Kendric. Ahora estaba desnudo, su silueta iluminada por las suaves luces que entraban por la ventana del dormitorio. Sus ojos ardían con una pasión tan familiar como abrumadora, y su mano se movía con firmeza alrededor de su polla mientras nos observaba.

Kendric me miró fijamente durante un momento, con la mirada clavada en la mía, como si quisiera asegurarse de que la invitación era real, de que realmente lo quería allí. Pero la vacilación duró poco. En cuestión de segundos, avanzó, cada uno de sus movimientos cargado de una confianza absoluta que era tan característica de él como el deseo que ahora ardía entre nosotros.

— No tienes ni idea de cuánto he estado esperando esto, Hope... y no te decepcionaré. — Se acercó por detrás, con sus grandes y firmes manos rodeando mi cintura.

El tacto de Kendric era un contraste intrigante: al mismo tiempo que transmitía un control absoluto, también tenía una ternura inesperada, como si prometiera mantenerme intacta, pasara lo que pasara.

—Mírame... —susurró, y aunque era una orden suave, mi cuerpo reaccionó de inmediato. Giré la cabeza y encontré el fuego en sus ojos —. Sabes que también eres mía, ¿verdad?

Asentí, incapaz de hablar, con la garganta apretada por el torbellino de emociones y sensaciones que él ya estaba provocando. Kendric sonrió de lado, esa sonrisa que siempre llevaba un toque de arrogancia, pero que también transmitía una seguridad innegable.

—Buena chica... —murmuró, antes de empezar a colocarse detrás de mí.

Sentí su calor contra mi piel, su cuerpo tan sólido y cálido que era imposible no ceder al deseo que ahora vibraba entre nosotros. Cuando comenzó a llenarme, un gemido bajo escapó de sus labios y el sonido resonó como un trueno en mi pecho.

La sensación de tenerlo dentro de mí era tan intensa que el mundo pareció temblar a nuestro alrededor. Mi cuerpo reaccionó instintivamente, cada fibra mía ardiendo con una mezcla de placer y necesidad bruta.

—Joder, Hope... ¡eres tan perfecta! —jadeó Kendric, agarrándome la cintura con más fuerza, como si necesitara anclarse en mí para no perder el control.

— Ken...

— Dime que me deseas tanto como yo te deseo a ti. — Su voz era un desafío, pero también una súplica oculta en las palabras.

—Siempre te he querido... siempre te querré —el sonido de mi confesión resonó entre nosotros, cargado de una verdad que ni siquiera yo podía negar.

Él se movió más profundamente y mi cuerpo se arqueó involuntariamente, cada célula mía respondiendo a su intensidad. Mis dedos buscaron apoyo en el pecho de Kyle debajo de mí, y la

combinación de los dos era un torbellino que parecía capaz de destrozarme y reconstruirme al mismo tiempo.

— Eso es lo que quería oír... — Kendric gruñó contra mi piel, moviendo la boca para besar y morder mi hombro mientras aumentaba el ritmo. — Tú lo eres todo, Vallery. ¡Todo lo que necesitamos!

Cada embestida era precisa, llena de un control que la hacía aún más abrumadora. Mis gemidos se mezclaban con los suyos, los de Kyle y los de Kellan, creando una sinfonía cruda e intensa que llenaba la habitación.

—¿Lo sientes? —Su voz sonó de nuevo, más baja, pero cargada de un fervor que ardía como brasas.

Había algo más en la forma en que se movía. No era solo lujuria.

Era devoción.

— Lo siento... — respondí con dificultad, mi voz fallando entre los gemidos que escapaban sin control.

— Entonces deja que eso también te consuma... —Kendric aumentó el ritmo, cada movimiento llevándonos a ambos más profundo, más alto, como si estuviéramos a punto de caer por un precipicio.

Mi cuerpo reaccionaba como si estuviera hecho para ese momento, cada caricia, cada embestida sincronizándose con el calor que provenía de Kyle, que también se movía profundamente dentro de mí.

—Estás tan apretada contra mí, amor... —murmuró Kyle en mi oído, su voz ronca y grave enviando oleadas de calor por todo mi cuerpo.

Me sujetaba firmemente por las caderas, ayudándome a marcar el ritmo, cada embestida subiendo para encontrar mis movimientos mientras los dos me llenaban.

Mis gemidos se hicieron más fuertes, mientras mi cuerpo oscilaba entre la fuerza de Kendric detrás de mí y el calor firme de Kyle delante de mí. La conexión entre los tres era palpable, como si la

energía que compartíamos fuera algo vivo, palpitando en cada toque y movimiento.

—Eso... eso es. —Kendric jadeó, sus manos deslizándose para sujetar mis hombros, acercando mi cuerpo aún más al suyo mientras se hundía más profundamente—. Míralo, Hope. Deja que Ky vea lo sexy que estás...

Obligándome a levantar la cabeza, encontré los ojos de Kyle. Su mirada ardía como fuego líquido, y su impetuosidad me arrancó un suspiro. Apretó su frente contra la mía, nuestras respiraciones calientes se mezclaron mientras los movimientos de Kendric empujaban mi cuerpo hacia abajo, profundizando aún más la conexión entre nosotros.

—Eres tan perfecta, amor... —susurró Kyle, con una mano subiendo para envolver mi cara mientras sus ojos no se apartaban de los míos—. Tan perfecta... completamente nuestra.

La fuerza de esas palabras me dejó sin aliento, mientras mis manos se deslizaban por su pecho.

— Me tenéis... — Las palabras se me escaparon en un susurro tembloroso, cargadas de una verdad que no podía contener.

Kendric se rió entre dientes, un sonido cargado de lujuria y admiración.

— Eso es lo que queríamos oír... — murmuró contra mi nuca antes de morderme la sensible piel de allí, enviando un escalofrío por toda mi columna vertebral.

Kyle jadeó debajo de mí, su cuerpo reaccionando a mis contracciones.

— ¡Me estás volviendo loco! —gruñó, agarrándome las caderas con más fuerza, sus movimientos se volvían más intensos mientras buscaba su propio límite.

Inclinándose hacia delante, Kyle capturó mis labios en un beso intenso mientras sus movimientos dentro de mí se sincronizaban aún más con los de Kendric.

La presión crecía en mi interior, un éxtasis inminente que amenazaba con destrozarme y reconstruirme al mismo tiempo.

«Te amo... ¡Joder, te amo tanto!», murmuró Kyle contra mi boca, con la voz cargada de adoración y deseo.

La declaración me golpeó como un mazazo, una verdad tan poderosa que parecía irradiar por todo mi cuerpo.

Antes de que pudiera responder, mi cuerpo se rindió, el orgasmo estalló como un río que finalmente se desborda. Solté un rugido estridente, incapaz de contener el éxtasis que explotaba dentro de mí, cada músculo contrayéndose en puro éxtasis.

Mi respiración era entrecortada mientras me recuperaba, pero el calor de mi piel y el latido de mi esencia dejaban claro que eso estaba lejos de ser suficiente.

Cuando mis ojos se encontraron con los de Kellan, un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Él seguía allí, con la mano moviéndose con una urgencia y un o feroz, pero sus ojos... sus ojos lo decían todo. Estaban fijos en mí, ardiendo con un vigor que parecía desnudar cada capa de mi ser, como si él fuera capaz de ver directamente el hambre que aún consumía lo más profundo de mi alma.

La mirada era una invitación y un desafío, una rendición silenciosa que solo esperaba que yo aceptara. Mi cuerpo aún temblaba, resonando con las ondas residuales del placer, pero el hambre que rugía dentro de mí era insaciable.

—Déjame devorarte, nena... —Una sonrisa provocadora curvó mis labios, cargada de una promesa silenciosa que solo él entendería.

Era una llamada, pero también una entrega, una petición que solo él podía satisfacer.

Los ojos de Kellan se oscurecieron aún más, y no necesitó nada más. Se soltó del control que aún parecía mantener y avanzó como si lo guiara una fuerza que no podía contenerse.

El hambre dentro de mí rugió en señal de aprobación cuando se acercó, cada músculo suyo tenso por el deseo que vibraba en el aire. Sus grandes manos sujetaron mi cara con firmeza, pero sin prisas. Era una posesión deliberada, un gesto cargado de reverencia y necesidad.

Y cuando se inclinó, guiándome hacia él, yo ya estaba lista.

Mis labios envolvieron su polla con ganas, cada movimiento de mi boca arrancándole los sonidos más deliciosos. El calor que irradiaba su cuerpo parecía extenderse por el mío, como si nuestras esencias reconocieran la necesidad primitiva de estar conectados de todas las formas posibles.

Kyle, debajo de mí, no perdió el ritmo. Me sujetó las caderas con firmeza, dictando movimientos que profundizaban aún más nuestra conexión, arrancándome gemidos que eran ahogados mientras chupaba a Kellan con fuerza.

—Eso, nena... —murmuró Kellan, deslizando los dedos por mi cabello, guiando mis movimientos.

Detrás de mí, Kendric aceleró el ritmo, con embestidas más profundas, marcando cada segundo con una precisión que me hacía arquear aún más la espalda , exponiendo mi vulnerabilidad y entregándome por completo al deseo de los tres.

—Es tan... perfecta —jadeó Kendric, con la voz fallando mientras su mano subía por mi espalda. Sus dedos firmes me sujetaron la nuca por un momento, antes de deslizarse hasta mi cintura de nuevo.

—Nuestra perfecta... —murmuró Kyle debajo de mí, con la voz cargada de adoración y los ojos brillantes, fijos en los míos.

Estaba al límite, la lujuria envolviéndome mientras me movía al ritmo dictado por el deseo abrumador que nos consumía. La sinfonía de nuestros sonidos —gemidos, jadeos y murmullos roncos— llenaba la habitación, haciendo que el momento fuera aún más visceral.

Kellan dejó escapar un gemido profundo, apretándome el pelo con la mano mientras yo aumentaba el ritmo de las succiones, con mi lengua trabajando para llevarlo al clímax. Su vulnerabilidad en ese momento era tanto una rendición como una proclamación, y eso me alimentaba tanto como el contacto con ellos.

Kendric, detrás de mí, se inclinó, su boca caliente encontrando la curva de mi hombro y dejando un chupetón que sin duda se volvería morado.

—Estás tan apretada... —murmuró, con sus embestidas ahora más intensas—. ¡Podría pasar la eternidad enterrado aquí!

El placer dentro de mí crecía de forma arrebatadora, cada movimiento llevándome más alto, más cerca de un orgasmo que parecía imposible de contener. Mis gemidos se intensificaron, cada sonido escapando sin control mientras mi cuerpo reaccionaba a todo lo que me daban.

—Kellan... —Su nombre escapó en un gemido desesperado, mi boca apenas alejándose de su polla mientras el deseo latía tan fuerte que parecía imposible de contener.

Cuando Kellan se inclinó para besarme, la intensidad entre nosotros pareció multiplicarse, el calor se extendió de tal manera que apenas podíamos contenerlo.

Kyle y Kendric no se detuvieron, sus movimientos sincronizados creando una danza de placer que hacía que mi cuerpo vibrara en puro éxtasis.

Kellan interrumpió el beso y deslizó su polla dentro de mi boca de nuevo, y el momento se convirtió en una sinfonía perfecta: Kyle llenándome con intensidad debajo de mí, Kendric avanzando con embestidas certeras por detrás y Kellan, en mi boca, completando la conexión que parecía sellar nuestra unidad de una manera que iba más allá de lo físico.

Estaba abrumada, mi cuerpo temblaba mientras oleadas de placer consumían cada parte de mí. El hambre que antes parecía insaciable ahora era un fuego devorador, pero de una manera que llenaba, completaba... trascendía.

Y entonces sucedió.

Mi orgasmo me golpeó como una nueva explosión cataclísmica, cada nervio de mi cuerpo encendiéndose al mismo tiempo, mi grito resonando por la habitación mientras alcanzaba el nirvana en todo su esplendor y potencia.

Sentí a cada uno de ellos conmigo en ese momento: Kyle sujetándome con fuerza mientras gritaba en su propio clímax, Kendric acelerando las últimas embestidas y Kellan derramándose en su mano con un gemido ronco y profundo que parecía resonar en todo mi ser.

Uno por uno, nos fuimos rindiendo, con nuestros cuerpos temblando mientras el orgasmo nos liberaba. La fuerza de todo aquello era tan abrumadora que parecía superar los límites de lo físico, como si estuviéramos conectados a una energía que iba más allá de lo que cualquiera de nosotros podía comprender.

Cuando finalmente nos dejamos caer, exhaustos y completamente satisfechos, el silencio que siguió no era vacío, sino que estaba cargado de una paz que nunca antes había sentido.

Estaba completa.

Ellos estaban conmigo.

Y, por primera vez, parecía que se había restablecido el equilibrio.



Estaba tumbada en el centro de la cama, con los músculos relajados por primera vez en días, mientras Kyle, Kellan y Kendric se turnaban en pequeños toques y caricias que eran tan reverentes como amorosos.

Kyle estaba a mi izquierda, deslizando perezosamente los dedos por mi cabello mientras observaba mi rostro con una mirada que era pura fascinación. Kellan estaba tumbado a mi derecha, dibujando lentos círculos con los dedos sobre mi piel, mientras que Kendric estaba parcialmente sobre mí, apoyado en un codo, con la sonrisa satisfecha que siempre iluminaba su rostro ahora suavizada por la intensidad del momento.

Mis pensamientos vagaban, siguiendo el ritmo de las caricias que me envolvían. Era casi irreal cómo ese momento tan íntimo y visceral parecía más que la simple satisfacción de un hambre que me había consumido durante tanto tiempo.

Allí, en el centro de ese círculo formado por los hombres que se habían convertido en mi mundo, no era solo el vacío de la súcubo lo que se había llenado.

Había algo nuevo latiendo en mí. Una sensación de pertenencia absoluta, de haber encontrado mi lugar. No como un ser dividido entre lo humano y lo sobrenatural, sino como algo que trascendía ambos.

— Entonces... hemos sobrevivido —Kendric rompió el silencio, con voz ronca y cargada de humor, pero había un brillo en sus ojos que era más que simple alivio—. Creo que eso significa que somos oficialmente los demonios más afortunados del infierno.

—O los más atrevidos —añadió Kellan con una sonrisa en los labios, acariciándome el brazo con un toque perezoso.

No pude evitar una débil risa, aunque el peso de lo que acabábamos de experimentar aún estaba impregnado en mí.

Me giré ligeramente para mirar a Kyle, que parecía perdido en sus pensamientos.

—Fue más que suerte —murmuré, con voz baja pero firme—. Fue equilibrio.

Los tres se quedaron en silencio, con la mirada fija en mí. Sabía que entendían exactamente lo que quería decir.

—Lilith nos mintió— dijo Kyle finalmente, con tono grave—. ¿Pero por qué? ¿Qué ganaba ella con eso?

—Eso es lo que me asusta —respondí, con voz más fuerte ahora —. ¿Cuál era el propósito de hacernos creer que estar juntos era peligroso?

—Lilith no es de las que hacen algo sin motivo—, dijo Kendric con tono despectivo—. Es la reina de mover los hilos, moviendo sus intereses como piezas de ajedrez.

— Quizás, pero esto... —Kellan gesticuló vagamente, como si estuviera tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Esto no encaja. ¿Por qué alertarnos tanto sobre algo que, al final, no era cierto?

Cerré los ojos por un momento, buscando dentro de mí respuestas que simplemente no estaban allí.

— Quizás haya algo que ella no quería que descubriéramos.

— ¿Como el hecho de que somos perfectos juntos? —Kendric arqueó una ceja, y su sonrisa pícara volvió brevemente antes de desaparecer.

Kyle soltó un profundo suspiro y dejó de acariciarme el pelo por un momento.

—Lo que me preocupa es lo que pasa ahora —dijo finalmente, con una voz cargada de un peso que parecía resonar en la habitación —. Hemos roto otra regla. Y sabemos que esas reglas no se hicieron por casualidad.

Kellan asintió lentamente, con la mirada más sombría de lo habitual.

—Siempre hay consecuencias. Siempre.

Era cierto. No podíamos ignorar lo que habíamos hecho, ni las posibles repercusiones. Pero, al mismo tiempo, no podía arrepentirme. No cuando lo que sentía ahora era tan cierto, tan... completo.

— ¿Y si las consecuencias son peores de lo que imaginamos? — Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras asimilaba sus palabras.

Kendric se inclinó hacia delante y me acarició la mejilla con la mano.

— Entonces las afrontaremos juntos. Siempre juntos, Hope. Lo sabes.

— Sea lo que sea lo que venga, lo afrontaremos. — Kellan me apretó la mano, con una expresión cargada de algo entre determinación y afecto.

— Sea lo que sea, no dejaremos que nada te haga daño. — Kyle se inclinó, sus labios rozando mi frente.

Respiré hondo, sintiendo el calor de cada uno de ellos a mi alrededor, como una protección que sabía que siempre estaría ahí, pasara lo que pasara.

Levanté la vista, mirando a cada uno de ellos, con voz firme, aunque cargada de un tono suave:

— Gracias por salvarme. Por quererme tanto como yo os quiero a cada uno de ustedes. Pase lo que pase... no cambiaría lo que

tenemos por nada.

El silencio que siguió estuvo cargado de una tensión casi reverencial, como si cada uno de nosotros estuviera procesando la misma revelación al mismo tiempo.

Kellan me apretó la mano de nuevo, con su sonrisa tan familiar como reconfortante. Kendric murmuró algo entre una risa y un suspiro, inclinándose para besarme suavemente en la frente. Y Kyle solo asintió, con los ojos ardiendo con una intensidad silenciosa que decía más que cualquier palabra.

Cerré los ojos, permitiendo que su fuerza me envolviera.

Eso era.

El equilibrio que buscábamos.

No era perfecto, no estaba exento de riesgos, pero era nuestro.

Por primera vez en mucho tiempo, no sentía miedo. Solo una extraña calma, la certeza de que, fuera lo que fuera lo que nos esperaba, lo afrontaríamos como una unidad.

Tanto en su mundo como en el mío.



CAPÍTULO 69

Entre rivalidades épicas y presagios en la penumbra

Los últimos días habían sido diferentes. No perfectos, pero lo suficientemente cercanos como para que sintiera, por primera vez en mucho tiempo, una calma dentro de mí.

Mi súcubo, siempre tan voraz e imposible de ignorar, parecía haber encontrado por fin un equilibrio con mi mitad humana. Era una sensación extraña, como si hubiera aprendido a convivir con una parte de mí que antes parecía indomable.

Después de la conexión física y emocional que compartí con Kyle, Kendric y Kellan, mi cuerpo y mi alma se alinearon. Cada día era una prueba de que había funcionado, mi hambre se había estabilizado y la niebla que antes se cernía sobre mi mente había desaparecido.

Volví a dormir y a acceder al Onírico sin ninguna dificultad, dominando la barrera de protección para que ningún otro íncubo me rastreara en la dimensión de los sueños, y estaba controlando bien el bloqueo de los pensamientos masculinos, comprendiendo poco a poco las habilidades que mi esencia demoníaca traía consigo.

En cuanto a la parte celestial, aún era una incógnita, pero ya me había dado cuenta de que su función en mi organismo era siempre defensiva. Me curaba, me reenergizaba y me protegía. Y yo estaba agradecida por ello, de lo contrario, no tenía ni la más remota idea de cómo habría lidiado con todo lo que había pasado desde que descubrí que era una *Cambion Fertilis.*

Por primera vez, no sentía que tuviera que elegir entre ser humana o sobrenatural. No se trataba de dividir las partes de mí misma, sino de integrarlas.

Mi esencia celestial no era solo una barrera contra lo que temía, sino parte de lo que me hacía completa. Mi humanidad no era debilidad, sino fuerza. En cuanto a mi súcubo... no era mi enemiga. Era una parte de mí que necesitaba ser comprendida y respetada.

Fue catártico darme cuenta de que todo lo que antes me controlaba ahora estaba bajo mi mando. El hambre, antes una cadena invisible que me arrastraba sin rumbo, ahora era algo a lo que yo decidía atender. Mi esencia ya no gritaba pidiendo ayuda... cantaba, celebrando su libertad.

Kyle, Kellan y Kendric fueron los pilares que me sostuvieron durante los momentos más oscuros, pero yo sabía que la fuerza para sobrevivir siempre había estado dentro de mí. Me mostraron que no tenía que luchar sola, pero también me enseñaron que era yo quien tenía que decidir cómo luchar.

El hecho de estar viva y entera era un recordatorio de que había ganado batallas que parecían imposibles. No porque todo saliera bien, sino porque me negué a rendirme.

Sin embargo, a pesar de la calma, una parte de mí sabía que solo se trataba de una tregua. La sombra de Lilith y el misterio sobre sus mentiras aún se cernían sobre nosotros, un recordatorio de que mi equilibrio podría ponerse a prueba de nuevo.

Pero ahora sentía que por fin estaba preparada.



Los hermanos Scottfield me esperaban fuera de la mansión, pero esta vez había algo diferente en la dinámica entre nosotros. Ya no eran las miradas excesivamente vigilantes ni las constantes preguntas sobre cómo estaba. En cambio, había una tranquilidad palpable que hacía que nuestras interacciones fueran más relajadas.

Kendric estaba apoyado en el SUV negro impecablemente pulido, con esa sonrisa en la comisura de los labios que siempre me hacía preguntarme qué pasaba por su mente. Kellan parecía distraído, jugando con su teléfono mientras resoplaba ligeramente, probablemente molesto por algo que aún no había compartido. Y Kyle, como de costumbre, mantenía una postura relajada, pero sus ojos no dejaban de seguirme cuando me acerqué.

—Llegas tarde —señaló Kendric, pero su tono era más bromista que crítico—. Pensé que este nuevo equilibrio te haría puntual.

—¡Por poco! —respondí, poniendo los ojos en blanco mientras me subía al asiento trasero del coche, donde Kellan ya estaba tumbado como si la vida no tuviera más urgencias—. Solo estaba disfrutando de la calma mientras dura.

Esa era mi excusa por haber dormido unos minutos más después de que sonara el despertador.

—¿Disfrutando de qué? —Kellan arqueó una ceja, sin apartar la vista del móvil—. Sabes que Thornvale y la calma no son compatibles, ¿verdad? Es como si el mundo estuviera siempre a punto de acabarse.

— Hoy estás extrañamente optimista, Kell. —Kyle entró en el coche inmediatamente después y se puso al volante con el mismo cuidado meticuloso que parecía regir su vida—. Debe de ser el final del semestre afectándote.

En cuanto Kyle arrancó, los acordes graves de una música ambiental llenaron el vehículo, creando un interesante contraste con la conversación que comenzaba a surgir.

— Hablando del «fin del mundo», ¿estáis listos para el partido de hoy? —preguntó Kendric, inclinándose en el asiento delantero para mirar a Kellan y a mí en el asiento trasero.

— ¡*Thornvale Reapers* contra *Ravenwick Predators*! —añadió Kellan, apartando por fin la atención de su móvil para prestarnos atención—. ¿Alguien quiere apostar cuánto tiempo tardará Liam Davenport en perder los nervios?

— ¡Yo apuesto por quince minutos! —No dudé en responder, lo que provocó la risa de Kendric.

—Eres generosa, Hope. Yo apuesto diez.

—No importa cuánto tiempo tarde —intervino Kyle—. Hoy va a darlo todo en el campo, y eso es lo que importa.

Aunque odiábamos al capitán del equipo, nuestros corazones universitarios seguían animando a los Reapers.



El fresco viento otoñal del sur atravesaba las estrechas calles de Thornvale, trayendo consigo el olor a pinos y la humedad típica de Luisiana.

El final del semestre tenía un aire peculiar. Era como si todo el campus respirara una mezcla de alivio y ansiedad, cada estudiante tratando de equilibrar el peso de los exámenes finales con la expectativa de las vacaciones.

Aunque el frío era cortante por la proximidad del invierno, el ambiente de la universidad era más ligero y, por increíble que parezca, yo también me sentía así. Los últimos días habían traído una nueva normalidad a mi rutina, y por fin podía andar por ahí sin sentirme al borde de un colapso.

El campus de *la Universidad de Thornvale* era una mezcla de tradición y modernidad, con sus enormes árboles adornados con luces navideñas y sus edificios históricos iluminados por linternas antiguas que le conferían un aura gótica y misteriosa. Incluso las fraternidades y las residencias de estudiantes se habían contagiado del espíritu navideño, decoradas con adornos que mezclaban lo tradicional y lo irreverente, nada menos de lo que cabía esperar.

Cuando llegamos a la universidad, el aparcamiento ya estaba lleno y los estudiantes cruzaban el campus con pesadas mochilas y tazas de café en las manos. Un grupo más animado se reunía cerca del estadio, donde una bandera de los Reapers ondeaba al viento. Era el último día de clase antes del partido.

En cuanto salió del coche, Kyle se ajustó las gafas de sol mientras echaba un rápido vistazo a su alrededor, siempre el más

atento de todos.

«Allá vamos», suspiró Kellan, que parecía ya cansado de la idea de interactuar con el frenesí que lo rodeaba.

—¡Bienvenida al caos de fin de semestre! —Kendric abrió la puerta exterior para que yo saliera.

— ¡Gracias, mi señor! —Respiré hondo, observando el movimiento a mi alrededor y sintiendo el frío de la mañana mordiéndome la piel.

A pesar del bullicio, no pude evitar sentirme agradecida por ese momento. El caos del campus parecía menor que el que había enfrentado en las últimas semanas, y eso era un sutil recordatorio de que tal vez las cosas finalmente estaban volviendo a la normalidad.

Sin embargo, como si un sexto sentido me alertara, miré de reojo a una persona parada bajo la sombra de un árbol alto, al otro lado de la calle, envuelta en un abrigo largo que ocultaba casi todo, excepto su silueta. Estaba sola, pero parecía observar el movimiento con interés calculado.

Fruncí el ceño, tratando de identificar quién era, pero cuando volví a mirar, la persona ya había desaparecido.

—¿Pasa algo? —preguntó Kyle, con preocupación en su voz.

—No... —Me encogí de hombros, aunque la sensación de estar siendo observada no me abandonaba.

Kyle no parecía convencido, pero decidió no insistir. Mientras caminábamos hacia el edificio principal, me obligué a ignorar la incómoda sensación.

Después de todo, ¿qué podía salir mal en un día aparentemente tan normal?

— ¿Quieres compañía hasta que lleguen tus amigas? —Kellan me lanzó una rápida mirada, con una sonrisa torcida en los labios.

— No hace falta. —Me ajusté la correa de la mochila en el hombro—. Nos vemos más tarde, en el partido.

— ¿Le pasas un recado a Sav y Hil? —Kendric se inclinó ligeramente, entrecerrando los ojos, como si estuviera a punto de revelar un secreto importante—. Es mejor que *las Shadows* empiecen a lucirse primero y no dejen que las *Venom Queens* les roben el protagonismo. A esas zorras les encanta acaparar el espectáculo.

— No te preocupes, Señor Drama. — Puse los ojos en blanco, pero no pude contener la risa—. ¡Les diré a las chicas que se esmeren!

Kyle soltó un suspiro exasperado, pero una sombra de sonrisa jugaba en sus labios. Finalmente se alejó junto a sus hermanos, y los tres desaparecieron entre el flujo de estudiantes.

Aunque era consciente de que seguirían atentos a cada uno de mis movimientos, ya fuera por costumbre o por instinto protector, esa sensación de aprensión sofocante que solía acompañar nuestra dinámica ya no existía.



Las discusiones académicas entre las paredes neogóticas de *la Universidad de Thornvale* tenían una extraña forma de devolverme a la realidad. Savannah y Hillary estaban conmigo la mayor parte del tiempo, llenando los descansos entre clases con chismes, risas y, por supuesto, el tema del momento: ¡el último partido de lacrosse del año!

Thornvale Reapers contra Ravenwick Predators.

Mis amigas estaban especialmente emocionadas, discutiendo sobre el capitán de *los Predators* con la misma intensidad con la que discutían sobre moda.

—Es un problema que me encantaría resolver —suspiró Savannah, con los ojos brillantes mientras miraba un póster promocional con la imagen de Devon Roman.

—¡Por favor, Sav! —Hillary puso los ojos en blanco, pero su risa delató su desaprobación—. No solo es guapo, es intocable.

—Es un dios... y no solo en el campo.

La mención de Devon Roman provocó un murmullo de acuerdo entre el grupo de chicas que nos rodeaba. Alto, musculoso y tatuado, con una sonrisa que podría hacer que incluso los demonios de Thornvale se replantearan sus pecados, el capitán de *los Predators* era una amenaza tanto dentro como fuera del campo. Líder de la fraternidad más influyente de *la Universidad de Ravenwick*, el hijo del alcalde de la ciudad vecina era el tipo de chico que dominaba cualquier espacio en el que entrara.

—Llegó con los *Predators* antes de tiempo y el campus prácticamente se detuvo para ver la escena —alimentó el rumor Summer.

—Claro que se detuvo—, murmuró Savannah, celosa—. El tipo es la versión tatuada y rica del pecado. ¡No es de extrañar que las chicas se derritan por él!

—Hasta Liam se volvió loco cuando lo vio —comentó Hillary, riendo—. Es divertido ver cómo el Sr. Seguro pierde la compostura cerca del Sr. Perfección.

—La mitad de la hinchada ya está prediciendo que va a perder la cabeza en medio del partido—, añadió Dakota.

Mi mirada se desvió hacia el campo mientras ellas seguían hablando. Liam estaba allí, liderando el calentamiento de *los Reapers* con su confianza habitual. Pero había algo diferente en él. Su postura, normalmente tan relajada y superior, parecía tensa.

Era imperturbable la mayor parte del tiempo. Pero cuando se enfrentaba a Devon Roman, su máscara de control comenzaba a resquebrajarse. No importaba cuántas veces los *Reapers* derrotaran a los *Predators*, Devon tenía una forma de provocar a Liam que nadie más podía igualar y todo el campus lo sabía, incluso se hacían apuestas sobre quién daría el primer puñetazo.

— Para ser justos, los *Predators* siempre juegan sucio — intervine, dejando de ser solo una espectadora en ese debate.

—No importa —Hillary se encogió de hombros, con un brillo de determinación en los ojos—. Los *Reapers* nunca han perdido un

partido en casa, y no va a ser hoy cuando eso suceda.

— ¡Va a ser legendario, lo presiento! —exclamó Savannah mientras se retocaba el maquillaje con un pequeño espejo de bolsillo.

— ¡Yo apuesto por Liam, como siempre! —declaró Dakota, cruzando los brazos.

— ¡Yo apuesto por los Reapers, sin duda! Pero mi corazón... — Savannah suspiró dramáticamente y todas las chicas se rieron.

— ¡Y nosotras, *las Shadows*, nos aseguraremos de que el espectáculo de las animadoras sea tan épico como el marcador! — Hillary se ajustó los pompones plateados que llevaba consigo.

El entusiasmo de *las Shadows* era contagioso. Entre los gritos de los aficionados, las provocaciones entre las dos universidades y la promesa de la fiesta navideña que tendría lugar más tarde, ese viernes prometía ser inolvidable.

—¡Vamos, *Shadows*! —gritó Savannah, levantando los brazos mientras se preparaban para salir al escenario en breve.

Intenté reírme con ellas, absorbiendo la energía frenética que me rodeaba, pero una inquietud comenzó a formarse en mi pecho. Era casi imperceptible, como un susurro en lo más profundo de mi mente.

La sensación de que algo estaba a punto de suceder era imposible de ignorar.



Los pasillos de *la Universidad de Thornvale* estaban llenos de sonidos: las risas resonaban entre las antiguas paredes y los escalofríos recorrían los cuerpos de los estudiantes de primer año más supersticiosos. Incluso en días normales, el campus exhalaba un aura cargada de secretos, como si sus paredes neogóticas estuvieran hechas para ocultar algo.

Al pasar por la entrada principal, el enorme reloj de hierro forjado que colgaba en el atrio dio doce campanadas, cada sonido vibrando como una advertencia. Las sombras bailaban en las vidrieras

de colores, creando figuras distorsionadas en el suelo de mármol pulido. Sacudí la cabeza, ahuyentando la inquietud que siempre me invadía cuando observaba demasiado las peculiaridades de Thornvale.

Quizás me estaba volviendo paranoica con toda la tensión previa al partido.

—Pareces haber visto un fantasma—. Savannah apareció a mi lado, golpeando mi mochila con los dedos, como para recordarme que estábamos en medio de un día ajetreado—. No empieces con esas *vibraciones* de película de terror. Hoy es día de partido y tenemos una reputación que mantener.

Solté una risa ahogada, aunque la extraña sensación seguía rondando en el fondo de mi mente.

—Este campus podría ser el escenario de una película... sobrenatural —respondí, levantando las cejas mientras observaba la arquitectura que nos rodeaba.

Savannah puso los ojos en blanco, pero la sonrisa que esbozó dejaba claro que estaba de acuerdo. Era difícil negar la estética perfecta y casi siniestra, especialmente con el cielo gris cargado de nubes, como si la propia universidad se estuviera preparando para algo grande.

—¡Ya casi es la hora, Val! —Hillary me agarró del brazo, riendo mientras nos dirigíamos al vestuario de las *Shadows*, situado en uno de los anexos del estadio—. ¡Vamos a poner a esas *Venom Queens* en su sitio!

— ¡Estáis obsesionadas! —las provoqué, consciente de que estaba metiendo el dedo en la llaga—. ¿Sabéis que la rivalidad femenina ya pasó de moda?

— ¡No cuando se trata de Demi Roman y su pandilla! —replicó Savannah con una sonrisa pícara, ajustándose la coleta alta mientras aceleraba el paso—. La rivalidad femenina nunca pierde su atractivo cuando se trata de humillar en público a esas serpientes de verde y dorado.

Hillary soltó una carcajada y aplaudió ligeramente.

—¡Exacto! Tenemos una imagen que mantener, Vallery. Las *Shadows* son el corazón azul y plateado de esta universidad. ¿Las *Venom Queens*? Un montón de serpientes que creen que el brillo dorado compra el talento.

Me reí, aunque sabía que ellas se lo tomaban mucho más en serio de lo que dejaban entrever. Las *Shadows* dominaban con sus coreografías calculadas y su energía vibrante, pero las *Venom Queens* eran implacables, tanto dentro como fuera del campo.

El vestuario era un caos organizado: bolsas de deporte esparcidas por el suelo, espejos empañados que reflejaban a las chicas maquillándose con precisión militar y los uniformes azules, negros y plateados de *las Shadows* brillando bajo la tenue luz del lugar. La energía allí era electrizante, como si cada una de ellas se estuviera preparando no solo para un partido, sino para una batalla.

Aproveché para sacar mi teléfono y grabar algunos vídeos rápidos de las chicas arreglándose para las redes sociales del equipo. Savannah se arreglaba el pelo, recogiéndolo en una coleta perfecta, mientras Hillary terminaba de aplicarse el pintalabios rojo oscuro que tanto le gustaba.

— ¿Has capturado mi mejor ángulo, Val? —bromeó Hillary, lanzando una mirada dramática por encima del hombro.

— ¡Siempre, mi diva! —Sonreí, escribiendo rápidamente una leyenda: **«¡Las *Shadows* están listas para encantar en el campo! #GoReapers #ThornvalePride».**

Antes de que pudiera terminar de publicar, una risa sarcástica resonó a través de la puerta entreabierta del vestuario.

La risa fría y calculada de Demi Roman.

La líder de *las Venom Queens* entró como una tormenta cuidadosamente coreografiada, acompañada por algunas de sus seguidoras, con una sonrisa afilada que parecía cortante como el cristal. Su uniforme de *las Venom Queens* era un espectáculo en sí mismo, ceñido al cuerpo como si estuviera hecho a medida para seducir e intimidar al mismo tiempo. La palabra «Venom» brillaba como una advertenci e en el pecho. Parecía hecha de seda y veneno,

con las líneas doradas reflejándose como lujosas escamas bajo la tenue luz.

—La zorra ha llegado —siseó Savannah entre dientes, sin perder la compostura, mientras Demi mantenía una sonrisa provocadora.

— ¡Qué monas! —dijo con voz dulce como la miel, pero con un toque de perversidad. Sus profundos ojos azules brillaron cuando se posaron en Savannah, Hillary y las demás *Shadows*. Era el tipo de chica que dominaba el ambiente con solo su presencia. Cada uno de sus movimientos parecía planeado para intimidar. — Espero que el espectáculo de *las Shadows* sea tan impresionante como los rumores que circulan por ahí.

Savannah entrecerró los ojos y levantó la barbilla en señal de desafío.

— No te preocupes, Demi. Siempre ofrecemos el mejor espectáculo. No necesitamos un circo para llamar la atención.

Las otras *Shadows* soltaron una risita ahogada y Demi inclinó ligeramente la cabeza, con una sonrisa venenosa en los labios.

—Qué monas y ambiciosas. —Ignoró el comentario con una tranquilidad exasperante—. Espero que estéis preparadas para hoy. Va a ser difícil competir cuando todo el estadio esté mirándonos.

— A menos que traigan serpientes de verdad, dudo que nos roben el protagonismo —respondió Hillary sin dudar.

—Cuidado con lo que desean. —Demi amplió la sonrisa, lo suficiente como para enfriar el ambiente—. Siempre encontramos la manera de sorprender. ¡Buena suerte hoy, chicas!

Las *Venom Queens* miraban a las *Shadows* con risitas burlonas, como si fueran cómplices de un plan maquiavélico que solo ellas conocían.

— Vamos a necesitar... — replicó Savannah, con un tono cargado de falsa humildad, antes de completar con una mirada maliciosa: — ¡Un equipo mejor al que enfrentarnos!

Demi no dijo nada más, solo lanzó una mirada calculada y salió del vestuario con sus seguidoras.

—¡Es una víbora! —gruñó Hillary, claramente irritada.

—No dejéis que eso os afecte —traté de tranquilizarlas, aunque incluso yo me sentía incómoda con ese encuentro.

— ¿Cómo es posible que un bombón como Devon haya compartido útero con esa serpiente? Su único defecto es ser gemelo de Demi —Savannah seguía enfurecida.

Demi era, de hecho, una versión femenina de su hermano: guapa, despiadada y plenamente consciente del poder que ejercía.

Los hermanos Roman eran muy famosos por la rivalidad entre los equipos de lacrosse y sus animadoras. Eran los favoritos del campus de Ravenwick, pero los enemigos número uno de *la Universidad de Thornvale*.

Hillary soltó un largo suspiro, se miró en el espejo y esbozó una sonrisa como si quisiera recuperar la compostura.

— Hoy tenemos que brillar. No solo para demostrar que las *Venom Queens* están sobrevaloradas, sino porque tenemos que dar suerte a nuestros Reapers. —Guiñó un ojo a su propio reflejo, tratando de convencerse a sí misma de sus palabras.

Mientras las *Shadows* volvían a ajustarse los uniformes, mi móvil vibró en el bolsillo. Era un mensaje de Kendric.

Kendric: Vi a las serpientes entrando en el vestuario. ¿Todo bien, amor?

Sonreí, sintiendo cómo se me alegraba el corazón. Antes de que pudiera responder, llegó otro mensaje, esta vez de Kyle.

Kyle: Si necesitas refuerzos, envía una señal de humo. Kendric está ansioso por darle una lección a alguien.

Por último, apareció un breve mensaje de Kellan.

Kellan: Espero que lo estés grabando todo. Quiero pruebas de que las *Shadows* han humillado hoy a las Venom Queens.

«Son unos chismosos», murmuré para mí misma, pero no pude contener la sonrisa.

Casi inmediatamente después apareció una doble notificación.

Kellan: Estamos en la grada si necesitas algo. Y sí, Kendric está haciendo comentarios sobre las Venom Queens. ¡Hoy está imposible!

Kyle: Estamos cerca del sector de *las Shadows*. No olvides avisarnos si quieres algo caliente para beber. El viento aquí fuera es ridículo. Cuídate, amor.

Me mordí el labio, conteniendo una sonrisa tonta. Era curioso cómo incluso sus mensajes más simples tenían ese toque de atención, como si estuvieran constantemente asegurándose de que yo estuviera bien.

Mis demonios atentos y cariñosos... obsesivos y posesivos.

— ¿Recibiendo mensajes de príncipes encantados, Val? —me provocó Savannah, guiñándome un ojo por el espejo.

—No son príncipes —corrigió Hillary, riendo—. ¡Dioses!

—Las dos necesitáis terapia —repliqué, pero no pude contener la risa.

¡Ay, si lo supieran!

Guardé el móvil de nuevo, sintiéndome más tranquila. Afuera, el bullicio aumentaba a medida que se acercaba el inicio del partido.

«¡Vamos a arrasar ahí fuera!», anunció Hillary, ajustándose la coleta por última vez y levantando los pompones con un gesto triunfal.

—¡Hoy es el día en que Ravenwick recordará nuestro nombre!

Las *Shadows* comenzaron a salir en fila, con una presencia vibrante y llena de confianza, pero yo me detuve un instante, absorbiendo la energía del momento.

Mientras caminábamos hacia la salida del vestuario, el sonido creciente de los aficionados comenzó a llenar el ambiente. La rivalidad entre los equipos latía como una fuerza viva, y mi sexto sentido

insistía en alertarme de que ese partido no sería solo un evento universitario más.

El cielo exterior parecía más oscuro que antes, como si estuviera preparando el escenario perfecto para algo grande.



El estadio de Thornvale estaba abarrotado. Estudiantes, profesores, aficionados e incluso residentes de la ciudad habían ocupado sus asientos, convirtiendo el ambiente en un hervidero de tensión y emoción. Los colores azul y negro de los Reapers se mezclaban con el verde y dorado de los Predators, creando un espectáculo visual entre banderas, pompones y caras pintadas.

En el centro del campo, los jugadores comenzaban a tomar posiciones, como guerreros listos para un enfrentamiento épico. El capitán de los Reapers, Liam Davenport, estaba al frente, con la mirada fría y decidida de un rey dispuesto a defender su territorio. Pero la energía que lo rodeaba no era la adecuada. Una tensión rígida parecía emanar de su cuerpo, como si estuviera a punto de perder el control.

Y entonces entraron los *Predators*.

Devon Roman lideraba al equipo visitante, tan imponente como una estatua de mármol. Llevaba una sonrisa arrogante que solo acentuaba su magnetismo, como si supiera que la mitad del estadio lo estaba observando solo a él, y le encantara. El uniforme verde y negro parecía haber sido hecho para un depredador, con detalles dorados que brillaban bajo las luces del estadio. Su presencia parecía un desafío silencioso.

«No se cansa de ser tan guapo, ¿verdad?», murmuró Savannah a mi lado mientras se ajustaba los pompones.

Mi móvil vibró en el bolsillo. Un breve mensaje de Kendric.

Kendric: «Aún estoy a tiempo de hacer desaparecer a ese mascota».

Fruncí el ceño, recordando que pronto entraría en escena la mascota del equipo.

El *Phantom Reaper* era una antigua tradición de la universidad, la mascota que representaba la sombra vengativa del equipo. Su vestuario era una combinación de manto negro, máscara de calavera y guadaña estilizada, una figura que debía inspirar miedo en los adversarios y pasión en los aficionados.

Pero desde el episodio durante el entrenamiento y el enfrentamiento en el Onírico, cualquier mención a la mascota me provocaba un nudo en el pecho.

—Ha llegado —susurró Hillary, interrumpiendo mis pensamientos.

Cuando miré al campo, el *Phantom Reaper* estaba allí.

Salió de las sombras cerca de la entrada del túnel, como si se hubiera materializado de la nada. La niebla baja que se había liberado para el espectáculo inicial parecía bailar a su alrededor, haciendo que la figura pareciera aún más etérea y opresiva. Todo el estadio vibró con los gritos y aplausos.

Para los aficionados, solo era parte del espectáculo.

Para mí, era una advertencia silenciosa.

Mientras el *Fantasma* caminaba por el campo, su presencia parecía arrastrar consigo un frío que no debería existir en Thornvale. Era como si el aire se hubiera vuelto más denso, como si el tiempo se ralentizara a su alrededor. Se me erizó la piel y sentí un pinchazo en la sien.

La silueta de la mascota levantó la guadaña en un gesto triunfal y el público respondió con entusiasmo, pero mis ojos no podían apartarse de él.

No es real... Solo es una persona disfrazada.

Otro misterio en torno a la mascota era que nadie más que los hermanos de Omega Rho conocían su identidad.

Pero debajo de esa máscara, algo siniestro me observaba. Podía sentirlo.

—¿Cariño? —Kyle me llamó a mi lado, con voz cargada de alerta. Sintió mi tensión a través del vínculo—. ¿Estás bien?

— Sí... creo —murmuré, apartando la mirada con esfuerzo. Pero la inquietud seguía ahí, rondando en lo más profundo de mi mente.

Antes de que la incomodidad pudiera dominarme por completo, el sonido de los tambores llenó el estadio.

Era la señal para las *Shadows*.

Vestidas con sus uniformes negros, azules y plateados con detalles de encaje y cuero, brillaban bajo las luces. No eran solo animadoras, sino una fuerza de presencia abrumadora. Sus movimientos precisos y provocativos estaban tan estratégicamente calculados como los pasos de una coreografía sombría.

Savannah y Hillary lideraron al grupo hacia el campo, mientras las *Shadows* entonaban su grito de guerra, haciendo que las gradas temblaran en respuesta. La multitud estalló en aplausos cuando las chicas tomaron sus posiciones, con los pompones brillando como plata líquida.

—¡Hora del espectáculo, chicas! —gritó Savannah, con voz llena de confianza.

Comenzaron su actuación con una sincronía impecable. La coreografía era agresiva y vibrante, marcada por movimientos precisos que parecían casi una danza ritual. Las pompones giraban en el aire, creando reflejos plateados que hipnotizaban a los espectadores.

Me moví rápidamente por el lateral del campo, capturando los mejores ángulos con mi móvil. Me concentré en grabar, tratando de dejar de lado la incómoda sensación que me producía la mascota.

La multitud enloqueció.

A pesar de que las Venom Queens estaban posicionadas al otro lado del campo, claramente esperando el momento para robarse el show, el brillo de *las Shadows* era innegable. Savannah lideraba con maestría, cada salto y giro cronometrado como si desafiara directamente a sus rivales.

De reojo, vi a Demi Roman entre las *Venom Queens*, con la mirada fija en *las Shadows*. Sus labios se curvaron en una sonrisa fría, pero había algo más allí... un destello de frustración.

«¡Eso es!», murmuré para mí misma mientras seguía grabando. «¡Enseñadles cómo se hace!».

El clímax de la presentación de *las Shadows* llegó con una pirámide doble que provocó aplausos ensordecedores de la hinchada. La banda sonora, con ritmos intensos y graves, parecía reverberar por todo el estadio.

Por un momento, la tensión que llevaba dentro desapareció.

Las *Shadows* habían ganado esa disputa.

—¡Lo hemos petado! —gritó Hillary, dando un rápido abrazo a Savannah mientras corrían de vuelta al lateral del campo.

—Val, ¿lo has grabado todo? —preguntó Savannah, jadeando, pero con los ojos brillantes.

—¡Cada segundo! —respondí, mostrándole el avance en el móvil.

Su rostro se iluminó aún más y, por un instante, todo parecía normal.

La siniestra mascota, las Venom *Queens*... Todo parecía haber quedado eclipsado por el éxito de las *Shadows*.

Pero al volver a mirar al campo, vi al *Phantom Reaper* parado cerca de la línea lateral con la guadaña apoyada en el hombro. Incluso a distancia, podía sentir su mirada invisible fija en mí, como si estuviera esperando.

Un escalofrío me recorrió la espalda y el dolor en la sien volvió, esta vez más intenso.

—¿Val? —Kyle apareció a mi lado de nuevo, esta vez con una taza de café caliente en la mano—. Parece que has visto un...

Dudó.

— No digas «fantasma» —completé, intentando sonreír, pero mi voz sonó tensa.

Kyle me observó por un instante, entrecerrando ligeramente los ojos.

— Algo te está molestando.

— Es que todavía me da miedo, pero estoy bien —no servía de nada mentir, él lo sentía a través de nuestro vínculo—.

Esa extraña sensación solo podía ser un presagio de que algo se avecinaba. Y, por primera vez desde que entré en el estadio, el pensamiento me golpeó con aterradora claridad:

El *Phantom Reaper* no estaba allí solo para animar a la afición.



CAPÍTULO 70

Entre truenos en el horizonte y choques inevitables

El silbato inicial sonó alto y agudo, seguido por el estruendo de las gradas en éxtasis. El partido había comenzado.

Los dos equipos irrumpieron en movimiento en el campo, los colores azul y negro de los Reapers chocando contra el verde y dorado de los Predators como ejércitos rivales listos para derramar sangre.

La pelota —en realidad, un disco de goma dura conocido como *pelota* de lacrosse— rebotaba entre los jugadores mientras los palos, con sus redes ovaladas en el extremo, se movían a una velocidad que rayaba en lo surrealista.

Liam Davenport, capitán de *los Reapers*, asumió su posición como atacante, moviéndose como una sombra entre los adversarios. Sus ojos estaban fijos en el portero de *los Predators*, y el control que tenía del palo y la pelota era tan preciso como el de un soldado veterano empuñando un arma.

Devon Roman, el capitán de *los Predators,* no se quedó atrás. Como defensor, parecía estar hecho de acero y arrogancia, bloqueando jugadas con la precisión de un depredador experimentado, cada vez más frustrado a medida que Liam lograba atravesar su barrera.

—Liam está poseído hoy—, observé mientras cruzaba el campo a una velocidad casi insultante.

—Y Devon está a punto de perder los nervios —dijo Savannah golpeando los pompones contra el suelo, con una sonrisa maliciosa en el rostro—. Siempre pensé que su ego era mayor que su habilidad, pero hoy se está confirmando.

Devon Roman sonreía con esa expresión petulante e inquebrantable que solo lo hacía más insoportable. Jugaba con una precisión calculada, cada uno de sus movimientos provocaba vibraciones eléctricas en la hinchada rival.

—Hoy se van a matar —murmuré para mí misma, con los ojos fijos en el enfrentamiento entre los capitanes.

—Liam está fuera de sí —comentó Hillary al otro lado, todavía jadeando después de la presentación de *las* Shadows—. ¡Juega como si Devon hubiera ofendido a su madre y escupido en la lápida de su abuelo!

—Teniendo en cuenta la arrogancia de los dos, ¡no lo dudo! —Savannah se inclinó, con los ojos atentos—. Apuesto veinte dólares a que habrá una pelea antes del segundo tiempo.

Solté una risa baja, pero la verdad era que la rivalidad entre los capitanes hacía que el aire alrededor del estadio fuera casi irrespirable.

El campo estaba dividido en cuatro sectores principales: dos de ataque y dos de defensa, con cada equipo teniendo diez jugadores en el campo al mismo tiempo. Los gritos de los entrenadores sonaban como órdenes de batalla mientras los atletas ejecutaban jugadas ensayadas con nombres extraños. La pelota se movía tan rápido entre los palos que, por un momento, parecía desaparecer.

—Es como ver un combate de gladiadores —comentó Hillary, con los ojos fijos en Liam y Devon.

—Solo que sin sangre... por ahora. —Savannah se rió, pero incluso ella parecía admirada por la intensidad.

El marcador estaba 4 a 3 a favor de los Reapers, y la segunda parte estaba a punto de terminar. Un partido universitario de lacrosse se dividía en cuatro tiempos de quince minutos, con breves descansos entre cada parte. Y ahora, cada segundo parecía durar una eternidad.

Las sombras de las luces del estadio se movían sobre los jugadores, y el cielo, antes solo nublado, comenzó a agitarse con lejanos relámpagos. El frío, que antes era solo una brisa, comenzó a ganar fuerza, y me acurruqué dentro de mi abrigo, sintiendo cómo se me erizaba la piel.

«¿Qué diablos está pasando con el tiempo?», murmuré, mirando al cielo.

Un estruendo de truenos retumbó en la lejanía, acompañado de un destello que hizo que la mitad del estadio soltara un «oooh». Los truenos parecían demasiado sincronizados con la tensión en el campo, como si alguien estuviera manipulando el clima para amplificar el drama.

Un escalofrío me recorrió la espalda y mi mirada buscó instintivamente al *Phantom Reaper.* De reojo, lo vi detenerse junto a un grupo de estudiantes, saludando casualmente. Todos se rieron y le devolvieron el saludo, completamente ajenos al hecho de que algo en la sombra de ese manto parecía... vivo.

La oscuridad alrededor de los pies de la mascota se movía de una manera extraña, como si tuviera voluntad propia.

Respiré hondo y aparté la mirada.

— Val, ¿has visto eso? —preguntó Savannah, dándome un codazo en el brazo.

— ¿Qué? —Mi corazón dio un vuelco.

—¡Liam! —Señaló el campo y mi mirada se fijó en el momento exacto en que Liam ejecutaba una jugada perfecta.

Esquivó a dos defensas de *los Predators*, *recogió* el balón con la red del stick y pasó a Devon con una rapidez que provocó un aplauso ensordecedor en las gradas.

El portero de *los Predators* ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. La pelota golpeó la red con un impacto seco y definitivo.

— ¡GOOOLLLL! — El grito del comentarista del partido resonó por todo el estadio.

La hinchada de *los Reapers* estalló, y las *Shadows* comenzaron a agitar las pompones con tanta energía que parecía que todo el campo vibraba con ellas.

— ¡Lo hizo parecer fácil! —gritó Hillary por encima del ruido ensordecedor.

—¡Devon va a sufrir un infarto en directo! —Savannah se rió, pero su mirada estaba fija en el capitán de *los Predators*.

El árbitro volvió a pitar, indicando que el partido continuaría en los últimos minutos. Se lanzó el balón y el partido continuó, pero el control de Devon comenzaba a resquebrajarse. Cada vez que Liam pasaba por delante de él, el capitán de *los Predators* perdía el tiempo y la paciencia, casi cometiendo faltas agresivas.

—Está fuera de sí —murmuré, frunciendo el ceño.

Cuando sonó el pitido final, cerrando el partido con un 5-3 a favor de los *Reapers*, el estadio estalló en gritos y aplausos. El campo se convirtió en un espectáculo de celebración azul y negro, mientras que los jugadores de *los Predators* parecían a punto de derrumbarse.

Y fue entonces cuando todo se descontroló.

Devon Roman se abalanzó sobre Liam, con el palo de lacrosse firmemente en sus manos. Liam, para sorpresa de todos, no reaccionó. Se quedó quieto, observando a Devon con esa mirada de superioridad que parecía agudizar aún más el orgullo herido de su adversario.

—¡¿Qué está haciendo?! —exclamó Hillary, ya de pie.

—Perdiendo los estribos —respondió Savannah, incrédula.

Los demás jugadores sujetaron a Devon antes de que pudiera acercarse a Liam, mientras el árbitro se apresuraba a calmar el caos. Pero el público ya estaba alborotado, gritando y abucheando al capitán de *los Predators*, que luchaba por liberarse.

— ¡Buen intento, Roman! —gritó alguien desde las gradas, provocando una oleada de risas.

Liam finalmente se dio la vuelta, esbozando una lenta y satisfecha sonrisa. Devon fue escoltado fuera del campo y el equipo

de *los Predators* se retiró, derrotado y humillado.

—Quién lo diría, ¿eh? —comentó Savannah, todavía riendo—. Todo el mundo pensaba que Liam iba a perder los nervios.

—Sí... pero mantuvo la compostura. —Sonreí, sintiendo por fin que la tensión comenzaba a desaparecer.

¡Los *Reapers* seguían invictos en casa!

Y entonces, como un acorde disonante en la sinfonía de gritos y aplausos, se oyó el sonido.

Una risa.

Baja y ronca, como un susurro que surgía de las profundidades del estadio.

Mi corazón casi se detuvo. Busqué el origen del sonido, pero desapareció tan rápido como había surgido.

Miré al *Phantom Reaper*. Ahora estaba en medio de la hinchada, con la guadaña levantada por encima de la cabeza mientras los estudiantes vibraban a su alrededor. Pero incluso desde allí, pude ver el movimiento bajo la máscara.

Me estaba mirando.

Otro trueno retumbó en el horizonte y supe que esa sensación de alerta no era una coincidencia.

—Hope, estás pálida como el papel —susurró Kendric, apareciendo a mi lado sin que me diera cuenta—. ¿Qué pasa?

— Nada, Ken, en serio —intenté sonreír, pero sabía que no me creería.

— Yo también lo estoy vigilando —murmuró en un tono grave y discreto—. Si esa mascota hace alguna tontería fuera de lo normal, yo mismo le arrancaré esa guadaña y se la clavaré por el culo.

Puse los ojos en blanco, pero su preocupación no pasó desapercibida para mí.

—¿Estás bien? —Kyle se acercó, con voz baja y preocupada. Me entregó otra taza de café caliente, cuyo vapor se elevaba como una promesa de calor—. Si hay algo que te molesta, dímelo.

— Solo... — Dudé, observando al *Phantom Reaper* una vez más. Ahora se alejaba lentamente, con la guadaña aún apoyada en el hombro, desapareciendo en las sombras de la salida del estadio. — Me da escalofríos. Desde el entrenamiento.

Kyle siguió mi mirada, pero se encogió de hombros, como si no viera nada más que un enmascarado cualquiera.

— Solo es la mascota, cariño. Alguien de la fraternidad Omega Rho que quiere impresionar.

—Sí, lo sé... —murmuré, esbozando una sonrisa forzada y aferrándome a esa explicación lógica.

Porque tenía sentido.

¡Claro que tenía sentido!

Pero mientras el cielo volvía a iluminarse con un relámpago lejano, la sensación de que ese partido no había sido solo una simple disputa no desaparecía.

Algo flotaba en el aire, como una sombra que se escondía entre las victorias y las risas.

Pero, por ahora, nadie más que yo parecía sentirlo.



El bosque parecía latir con una energía propia, cargada por el viento frío y el sonido grave que resonaba entre los pinos. No era solo otra noche en Thornvale. Omega Rho estaba en su apogeo, y el legendario *Lual del Krampus* comenzaba a cobrar vida.

Los árboles que rodeaban el claro habían sido decorados con una grotesca mezcla de cadenas doradas y calaveras falsas, cuidadosamente colgadas como adornos navideños que parecían burlarse de cualquier tradición. Entre ellos, un enorme árbol dominaba el centro del espacio. Sus ramas secas estaban cubiertas de cintas negras y rojas, mientras que pequeños adornos de huesos colgaban en filas meticulosas. En la copa, en lugar de una estrella, había un

cráneo de carnero con cuernos en espiral, iluminado por luces rojas intermitentes, lo que le daba un aire un tanto... perverso.

Las máscaras se repartían nada más llegar los invitados, una tradición de Omega Rho. Cada máscara, hecha de cuero o madera, tenía rasgos grotescos inspirados en la figura de *Krampus*: rostros demoníacos, con bocas abiertas o ojos deformes. Quienes las llevaban parecían formar parte de un ritual sombrío, lo que contribuía al ambiente casi teatral del evento.

Una enorme hoguera ardía en el centro del claro, proyectando sombras danzantes que parecían cobrar vida propia entre las ramas de los árboles. Las llamas iluminaban los rostros enmascarados, resaltando sonrisas perversas y miradas sedientas de diversión... o quizás algo más.

La leyenda de *Krampus* impregnaba el aire como un fantasma en Thornvale. La historia de Isaiah Beaumont, capitán de *los Reapers* desaparecido en 1987, se susurraba entre los invitados como una fábula oscura. Se creía que, durante una fiesta similar, *Krampus*, o algo que pretendía ser él, fue invocado, e Isaiah pagó el precio.

— Eso es tan típico de Thornvale —Savannah se rió, ajustándose su máscara de cuero negro mientras observaba el ambiente—. ¿Quién más mezclaría *a Krampus* con una celebración navideña?

—Bueno... Esto tiene pinta de Omega Rho —respondí, cruzando los brazos contra el frío que empezaba a penetrar mi abrigo.

El humo de la hoguera parecía bailar al ritmo de la música electrónica que resonaba en el claro, con los graves haciendo vibrar el suelo.

A pesar del ambiente festivo, había algo pesado en el aire. La mezcla de tradición y leyenda parecía invocar una fuerza antigua, un presentimiento casi palpable que yo intentaba ignorar.

Kendric estaba de pie bajo uno de los árboles en la periferia del claro, su silueta envuelta por las sombras ondulantes que proyectaban las llamas. Sus ojos estaban fijos en algo o alguien en medio de la multitud. Cuando seguí su mirada, sentí un nudo en el estómago.

Estaba observando a Liam, que parecía absorto en una conversación con los miembros de su fraternidad.

—Hoy está imposible. —Kyle apareció a mi lado, ofreciéndome una copa de vino caliente, cuyo aroma picante llenaba el aire entre nosotros—. Estoy casi seguro de que no saldrá de esta fiesta sin hacer alguna travesura.

—¿Tiene planes? —Intenté mantener un tono casual.

—Cuando se trata de Kendric, siempre los tiene. —La sonrisa de Kyle era enigmática y su mano encontró la mía, apretándola ligeramente—. Pero te prometo que te mantendré alejada de cualquier drama.

Savannah y Hillary nos dieron espacio, pero no se alejaron mucho, riendo y charlando con otras hermanas de Sigma Nyx mientras se ajustaban sus capas de terciopelo azul y plateado. Las *Sombras* dominaban el espacio, brillando incluso bajo la inquietante luz de la hoguera.

Caminé junto a Kyle, dejando que el calor del vino caliente me calentara los dedos mientras observaba el movimiento a mi alrededor. El claro estaba lleno de estudiantes enmascarados que bailaban al son de los hipnóticos ritmos que resonaban en el bosque. Las luces parpadeantes alternaban entre el rojo y el dorado, como si imitaran el resplandor de un fuego infernal.

El macabro árbol de Navidad proyectaba sombras grotescas sobre los rostros enmascarados y, por un momento, todo parecía una puesta en escena.

—¿Quieres una máscara? —preguntó Kyle, señalando la mesa donde los hermanos de Omega Rho repartían los accesorios.

— No creo que me quede bien —bromeé, pero él arqueó una ceja, desafiando mi respuesta.

—Te queda mejor de lo que crees. —Eligió una máscara negra con detalles plateados, cuyos ojos demoníacos parecían casi vivos a la luz de la hoguera—. Pruébatela.

Acepté más para complacerlo que por voluntad propia. Cuando me la puse, el borde áspero presionó mi piel y algo en el contacto me hizo estremecer.

— ¡Ahora sí! —Esbozó una sonrisa de satisfacción.

Me reí, pero había algo en los ojos de Kyle que me inquietaba.

Kendric seguía al margen, con las sombras pareciendo aferrarse a él como un velo. Era imposible no notar su postura rígida y la forma en que sus ojos no se apartaban de Liam.

—Está tramando algo —le susurré a Kyle.

— Solo no preguntes qué —respondió, pero había un toque de preocupación en su voz.

Un trueno retumbó en la lejanía, haciendo que las luces de la hoguera parpadearan por un breve instante. El viento trajo un frío más cortante y, por un segundo, todo pareció ralentizarse.

—Está enfriando rápidamente —murmuré, frotándome los brazos.

Kyle me acercó más a él, envolviéndome en su calor.

—Quizás sea solo el clima... o quizás sea Thornvale queriendo recordarnos que nada aquí es tan simple como parece.

Tenía razón. Nada era nunca sencillo.

Kellan estaba apoyado en una de las mesas montadas en el límite del claro, donde botellas de vino caliente y sidra estaban alineadas como ofrendas para el caos inminente. Parecía más relajado de lo habitual, lo cual, teniendo en cuenta la mirada fija de Kendric y los susurros entre los dos, era sospechoso.

—Vuelvo enseguida. —Kyle se alejó de mi lado para ir a buscar algo, así que aproveché el momento para acercarme al hermano mediano.

— Estás demasiado callado hoy. — Crucé los brazos, observando a Kellan mientras hacía girar una copa de vino entre sus dedos.

—Estar callado es bueno, ¿no crees? —Levantó una ceja, con una leve sonrisa jugando en sus labios—. En una noche como esta, con tantas máscaras y secretos en el aire, creo que es mejor escuchar más y hablar menos.

—¿Secretos? —Fruncí el ceño, tratando de descifrar lo que estaba diciendo.

—Ya sabes cómo son estas fiestas. —Gesticuló vagamente hacia la multitud, pero su tono estaba cargado de algo que no pude identificar—. Siempre hay alguien intentando demostrar algo. Y eso de *Krampus*... solo alimenta las leyendas.

— ¿Y tú? ¿Estás intentando demostrar algo?

Kellan se rió, un sonido bajo y ronco que me hizo estremecer.

—Quizás. Pero nada que tenga que ver con fantasmas o monstruos.

Antes de que pudiera presionarlo, Kendric se acercó, con expresión seria, mientras echaba un vistazo a Kyle, que regresaba con dos vasos humeantes.

—Estás acaparando a mi chica, Kell. —Kendric pasó su brazo alrededor de mi cintura, apretándome contra él.

El calor y el aroma amaderado de su perfume eran tan familiares como desestabilizadores.

— Solo estoy entreteniendo mientras tú y Kyle compiten por ver quién es más atento. — Kellan levantó la copa en un brindis burlón antes de alejarse, desapareciendo entre los invitados.

—Está raro, ¿no crees? —le susurré a Kendric, pero fue Kyle quien respondió.

— Kellan siempre tiene sus momentos. —Le entregó una de las copas a Kendric y me acercó a él—. Ahora olvídalo. Estaba pensando en algo más interesante.

—Algo interesante en Thornvale nunca es una buena idea. — Puse los ojos en blanco, pero Kyle sonrió, esa sonrisa desarmante que siempre parecía hacerme olvidar el mundo.

—Confía en mí, esta vez sí lo es. —Me cogió de la mano y empezó a alejarme del claro, sustituyendo el calor de la hoguera por el frío húmedo del bosque.

—Kyle, ¿adónde vamos? —Una creciente adrenalina comenzó a apoderarse de mí.

— Locura de enamorados. — Se volvió hacia mí, con los ojos brillando con picardía. — ¿No echas de menos nuestra caza de Halloween?

El recuerdo de aquella noche hizo que mi corazón se acelerara.

—¡Eres imposible! —No pude contener la sonrisa mientras me empujaba suavemente contra el tronco de un árbol.

—Y te gusta. —Su voz era un susurro ronco cuando bajó la máscara y capturó mis labios en un beso que me dejó sin aliento.

El mundo desapareció por un instante, dejando solo el calor de Kyle y la sensación de sus manos sobre mi piel. Pero el sonido de un trueno lejano nos devolvió a la realidad como un jarro de agua fría.

Kyle parecía ajeno al cambio en el ambiente, pero mi mirada buscó instintivamente las luces del claro, ahora más distantes.

No vi a Kellan.

Ni a Kendric.

— Ky... — Intenté alejarme, pero él me sujetó la cara con delicadeza, con los ojos oscurecidos por algo entre el deseo y la frustración.

—Cariño, relájate. Solo es una fiesta. No va a pasar nada. —Su voz era firme, pero algo en el fondo de su expresión parecía vacilante, casi como si él también estuviera tratando de convencerse de ello.

— ¿Y qué están haciendo exactamente tus hermanos?

—Saben cuidarse solos—. Fue todo lo que dijo antes de volver a besarme, esta vez con una urgencia que parecía más una distracción que un deseo.

Otro trueno retumbó, más cerca esta vez, y una ráfaga de viento hizo que los árboles a nuestro alrededor gemieran.

— Kyle, en serio... ¡Necesito saber qué está pasando!

Esta vez no intentó detenerme. Sus hombros se relajaron ligeramente, pero sus ojos seguían cargados de algo que no pude identificar.

—Kendric y Kellan... Están resolviendo algo. Pero te prometo que no es nada de lo que debas preocuparte.

— ¡Y eso no me tranquiliza en absoluto!

Abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera decir nada, el sonido lejano de unos gritos cortó el aire.

Mi corazón se aceleró.

— ¿Qué ha sido eso?

— Quédate aquí. — Kyle se dio la vuelta, con expresión seria mientras miraba hacia el claro—. Voy a comprobarlo.

— ¡Ni hablar! —Le agarré del brazo, decidida a no dejar que me alejara—. Voy contigo.

Él dudó, pero el sonido de otro grito lo hizo ceder.

— Está bien. Pero quédate cerca de mí.

Mientras nos movíamos de vuelta hacia el claro, el viento aullaba entre los árboles, trayendo consigo la sensación de que la noche apenas comenzaba a revelar sus secretos.



CAPÍTULO 71

Entre leyendas vivas y el mal encarnado

Lo primero que noté fue el silencio. No el tipo de silencio que trae paz, sino un vacío inquietante que parecía absorber todos los sonidos a mi alrededor, dejando solo el sonido de mi corazón latiendo con fuerza como una advertencia.

Ese silencio se rompió rápidamente con un ruido extraño y perturbador que se apoderó del claro. La música electrónica, que antes hacía vibrar el suelo con sus hipnóticos ritmos, fue sustituida por algo completamente diferente: una cacofonía de susurros, gruñidos y crujidos, como madera aplastada bajo una presión invisible.

—¿Qué es eso? —pregunté, con la voz más baja de lo que pretendía.

Kyle estaba a mi lado, con la mirada fija en el claro que teníamos delante. La hoguera, antes una llama vibrante que calentaba la noche, ahora parecía haber cobrado vida propia, creciendo en furiosos espirales de rojo y naranja, proyectando sombras grotescas que se arrastraban por los árboles.

— Algo va mal —dijo Kyle. La tensión en su voz era indudable.

El viento parecía soplar desde todas las direcciones, trayendo consigo risas que no provenían de nadie que yo pudiera ver. Y entonces, las luces que parpadeaban alrededor del árbol central comenzaron a fallar, hasta que finalmente se apagaron. La oscuridad cayó como un velo, solo roto por las llamas de la hoguera que proyectaban reflejos feroces sobre los rostros enmascarados.

El murmullo entre los invitados aumentó, una ola de incomodidad que parecía estar a punto de convertirse en pánico.

«Esto es una broma, ¿verdad?», gritó alguien, con la voz temblando tanto como mi percepción de lo que estaba sucediendo.

Pero entonces las llamas de la hoguera estallaron en una danza salvaje, iluminando lo que estaba sucediendo en el centro del claro.

Y allí estaban.

Dos monstruos.

No había otra palabra para describir lo que vi.

Altos, casi desproporcionadamente, con cuerpos cubiertos de pelo oscuro que parecía absorber la luz en lugar de reflejarla. Sus cuernos curvados recordaban a los del cráneo de carnero en lo alto del macabro árbol de Navidad, y sus caras... ¡Joder, sus caras! Eran una distorsión de la forma humana, con ojos que brillaban con un rojo infernal y bocas llenas de dientes afilados.

¡Los *Krampus*!

O mejor dicho, ¡dos *Krampus!*

Caminaban por el claro, lentos pero decididos, como depredadores estudiando a sus presas. Uno de ellos sostenía cadenas doradas, que arrastraban por el suelo, con un sonido que resonaba como una siniestra advertencia. El otro llevaba un bastón retorcido, que parecía latir con energía propia, como si fuera una extensión de su cuerpo.

Y entonces comenzó la histeria.

Alguien gritó.

Luego otro.

En cuestión de segundos, el caos se extendió como el fuego. Los invitados corrían en todas direcciones, volcando mesas, pisoteando adornos y empujándose unos a otros en un intento por escapar del claro.

—¡Val! —Kyle me agarró del brazo y me acercó a él—. Quédate conmigo.

—¿Qué está pasando? —mi voz salió en un susurro aterrado.

Él no respondió de inmediato, con la mirada fija en los monstruos que avanzaban lentamente entre la multitud en pánico.

Mi corazón pareció detenerse por un segundo, pero mi mente comenzó a trabajar, buscando desesperadamente unir las piezas de lo que tenía ante mí.

Esos monstruos no eran solo entidades que habían surgido de la nada.

No era una coincidencia.

Las formas imponentes y grotescas, con cuernos retorcidos y cuerpos cubiertos por algo que parecía un híbrido entre piel y sombras, tenían un peso familiar. La forma en que se movían no era solo una actuación aterradora, era algo que me hacía sentir como si conociera cada gesto, cada curva de ese terror encarnado.

Kendric.

Kellan.

El aire salió expulsado de mis pulmones mientras la comprensión me golpeaba con fuerza.

¿Era eso lo que Kendric había estado planeando desde el principio?

La venganza que tanto deseaba... Se había convertido, literalmente, en el monstruo de la leyenda. Y Kellan, siempre tan silencioso y calculador, ¡lo seguía en esta locura!

—Kyle... —Mi voz sonó más ronca de lo que esperaba, cargada de una mezcla de horror e incredulidad—. ¿Sabías lo que Kendric iba a hacer?

No respondió de inmediato, pero sus ojos evitaban los míos, fijos en la escena que se desarrollaba.

— No... —dijo finalmente, pero la vacilación en su voz me hizo congelarme—. No todo.

— ¡Entonces sabías algo! —Mi voz se elevó, resonando por encima del caos que nos rodeaba.

Antes de que pudiera responder, un trueno rasgó el cielo con tal fuerza que la tierra pareció temblar. Un grito estridente resonó en el claro, seguido del sonido de algo pesado cayendo.

—¡Kyle! —grité, agarrándole del brazo.

Él me agarró la mano con fuerza y finalmente me miró. Sus ojos estaban sombríos, cargados de una culpa que no intentaba ocultar.

—Vallery, escucha... —comenzó a decir, pero la visión de uno de *los Krampus* avanzando hacia Liam, con una sonrisa sádica dibujada en su rostro deforme, le cortó la palabra.

Se me revolvió el estómago.

No era solo una actuación.

No era solo una broma de mal gusto.

Era algo personal.

Era Kendric.

Y no iba a parar.

Las llamas de la hoguera se elevaron aún más, proyectando sombras que parecían extenderse hasta el cielo.

Mi mirada se centró en Liam, que estaba parado en medio del claro como si estuviera paralizado. En algún momento le habían arrancado la máscara y tenía los ojos muy abiertos, fijos en la criatura que lo miraba.

— Kyle, van a...

— No harán nada, amor. —Me apretó la mano, buscando mis ojos con los suyos—. No te harán nada aquí.

— ¿Y quién me lo garantiza? —repliqué, pero antes de que pudiera responder, uno de los *Krampus* levantó su bastón y lo golpeó con fuerza contra el suelo.

El sonido resonó como una campana de iglesia y el caos se congeló.

Todos se detuvieron. Incluso los invitados en pánico parecían estar subyugados por ese sonido, con los ojos fijos en las dos

criaturas que ahora se acercaban a Liam.

—¡Kyle, haz algo! —le supliqué.

Pero él se quedó donde estaba, y la expresión de su rostro no era de miedo, sino de algo más sombrío.

—Están cumpliendo lo que prometieron —dijo en voz baja, tan baja que casi no lo oí.

—¿Prometieron? ¿Qué diablos significa eso? —Mi voz estaba cargada de incredulidad y pavor.

Kyle no respondió de inmediato, con los ojos fijos en la escena que se desarrollaba ante nosotros, donde el segundo *Krampus*, con cadenas doradas colgando de sus garras, avanzaba hacia Liam.

¡Kellan!

La tensión en el aire se volvió insoportable cuando Liam, finalmente sacado de su estado de shock, intentó retroceder. Pero la multitud que lo rodeaba parecía un muro vivo e infranqueable, empujándolo de vuelta al claro como si fuera parte del espectáculo.

El segundo *Krampus* levantó las cadenas y, por un momento, pareció que el mundo entero estaba al borde del colapso. El tiempo se ralentizó, cada movimiento de los monstruos resonaba como un rugido ensordecedor en mis oídos.

Me moví instintivamente, lista para intervenir, pero la mano de Kyle era como una cadena invisible que me mantenía firmemente en mi sitio.

— ¡No te metas! —Su voz era baja, pero cargada de una gravedad que hizo que mi corazón vacilara. Sus ojos se encontraron con los míos, llenos de un peso que no podía descifrar por completo—. Confía en mí.

¿Cómo podía confiar cuando todos mis instintos me gritaban que esto iba demasiado lejos?

Y entonces, en una explosión de fuego y luz que pareció consumir todo el claro, todo se oscureció.

La ausencia de sonido y visión fue como un puñetazo.

Por un momento, pensé que había sido arrancada de la realidad.

El único sonido era mi corazón latiendo como un tambor frenético, resonando en el vacío absoluto.

Pero tan repentinamente como había comenzado, el caos cesó.

Las luces volvieron a parpadear, trayendo una claridad casi surrealista al espacio. La hoguera, que antes parecía estar a punto de consumir el mundo, ahora ardía con normalidad, como si nada hubiera pasado. La música electrónica volvió, con sus graves pulsando de nuevo como si no hubieran sido interrumpidos por sonidos de terror.

Los invitados estaban aturdidos. Miradas confusas recorrían el claro mientras murmullos y preguntas comenzaban a surgir entre la multitud.

Los *Krampus* habían desaparecido.

Liam, todavía acorralado por la multitud, pareció dudar por un momento. Su expresión delataba pánico, pero luego recuperó rápidamente la compostura, levantando los brazos como si estuviera representando el acto final de un gran espectáculo.

«¡Todo forma parte del espectáculo!», gritó, y su voz resonó por todo el claro, arrancando aplausos de muchos que ahora creían que todo había sido una puesta en escena de Omega Rho.

Los murmullos dieron paso a risas y renovadas celebraciones.

Kyle soltó un suspiro a mi lado, pero yo permanecí inmóvil, con la mente dando vueltas ante lo imposible de lo que acababa de presenciar.

—No ha sido solo una broma... —murmuré, más para mí misma que para él.

—Quizás lo fue—. Kyle parecía tenso, pero intentaba disimularlo con un tono más ligero—. O quizás Kendric es más creativo de lo que imaginábamos.

—¿Creativo? —Fruncí el ceño, observando cómo los invitados volvían lentamente a sus interacciones, como si nada hubiera pasado —. Eso parecía más bien...

— ¡Val! —La voz de Savannah me sacó de mi estupor. Se acercaba con Hillary, ambas sonriendo como si no acabaran de vivir el mismo terror que yo—. ¡Ha sido increíble! ¿Quién diría que Omega Rho lo tenía todo planeado?

—¿Planeado? —repetí, incrédula.

—¡Fue perfecto! —Hillary se rió, ajustándose la chaqueta—. Y mira a Liam... Claro que diría que fue idea suya.

Mi mirada volvió a Liam, que todavía parecía absorto en su farsa, pero algo en su postura rígida me decía que estaba tan conmocionado como yo.

— ¿Están bien? —El nudo en mi pecho comenzaba a aflojarse.

— ¡Estamos muy bien! —aseguró Savannah—. ¿Y tú? Tienes muy mal aspecto.

—Estoy bien... solo cansada. —Sonreí forzadamente, sin querer entrar en detalles sobre lo que acababa de pasar—. ¿Queréis que os lleve? Me voy.

Se miraron entre sí, pero Savannah negó con la cabeza.

—Nos quedaremos un poco más. La fiesta acaba de ponerse interesante.

—Claro... —murmuré, alejándome lentamente—. No bebáis mucho... ¡y usad condón!

— ¿De verdad te vas? —Kyle apareció a mi lado al instante siguiente, con el rostro lleno de preocupación.

— Sí.

No discutió. Cogió las llaves del coche y me guió fuera del claro, donde las sombras parecían aún más largas y profundas. Mientras caminábamos, mi mirada vagó por última vez hacia el espacio ahora nuevamente iluminado, y el frío familiar volvió a recorrer mi espina dorsal.

Aunque intentaba convencerme de que todo era normal, sabía que no era así.



El silencio en el coche era tan opresivo como el clima que se cernía sobre el claro momentos antes. El motor ronroneaba suavemente mientras Kyle conducía por las oscuras carreteras de Thornvale, las sombras de los árboles pasando como siniestras manchas a lo largo del camino. Yo estaba inmóvil en el asiento del copiloto, pero mi mente bullía.

Mi pecho ardía con una mezcla de ira y decepción, pero había algo más... una sensación persistente de que todo estaba mal, de que me estaba perdiendo alguna pieza fundamental.

—¿Vas a estar callada toda la noche? —preguntó Kyle, sin apartar la vista de la carretera, pero con un tono entre preocupado e irritado.

— ¿Por qué debería hablar? —Crucé los brazos y miré por la ventana—. Vosotros tres ya lo hacéis muy bien a mis espaldas.

La expresión de Kyle se endureció y soltó un suspiro, ajustando las manos en el volante.

—Cariño, sé que estás molesta, pero si me dejas explicarte...

—¿Enfadada? —Mi voz sonó más alta de lo que pretendía, resonando en el interior del coche. — ¡Me sentí como una idiota, Ky! Desde el e l juego, con ese frío extraño, los truenos, el *Phantom Reaper* mirándome como si quisiera arrancarme el alma... ¡Y ustedes tres mirándome todo el tiempo como si estuvieran preocupados por mí, pero en el fondo sabían que eran los responsables de todo eso!

— Espera... ¿De qué estás hablando? —Kyle frunció el ceño, apartando la vista de la carretera por un momento para mirarme.

La incredulidad en su voz me hizo retroceder momentáneamente, pero la ira aún bullía en mi interior.

— ¡Sabes de lo que estoy hablando, Ky! Todo el ambiente... La energía pesada, los truenos en el partido, y en la fiesta, ¿entonces? ¡Fue aún peor! No tenía ni idea de que teníais tanto poder para

manipularlo todo de esa manera. — Mi tono era ácido, mi voz fallando un poco al final.

Él redujo la velocidad, los faros iluminando un tramo de la carretera cubierto por una niebla repentina, como si el mundo que nos rodeaba conspirara para hacer la conversación aún más tensa.

— Vallery... Nosotros no hicimos nada de eso.

— ¿Cómo que no? —Se me revolvió el estómago.

Kyle negó lentamente con la cabeza, como si intentara procesar algo que no tenía sentido para él.

— Hubo algunos truenos, sí. Pero solo fue el clima. Una tormenta que se acercaba, tal vez. Nada más que eso. Y en la fiesta... Val, lo único que hicieron Kendric y Kellan fue esa tonta puesta en escena de *Krampus* para asustar a Liam y avergonzarlo delante de los invitados. Solo eso.

— ¿Solo eso? —Me reí sin humor, con un sonido casi histérico —. ¿Cómo no lo sentiste? Fue muy fuerte y aterrador, imposible de ignorar.

Aparcó el coche bruscamente en la entrada de la mansión, con los faros iluminando los árboles de enfrente. El silencio volvió, pesado, hasta que finalmente se volvió hacia mí.

— No hicimos nada de lo que estás diciendo. La broma de Kendric y Kellan se limitó a lo que podemos hacer con la metamorfosis. No tenemos gran influencia en el plano físico porque no pertenecemos a esta dimensión. Hay limitaciones... Yo lo habría sentido si algo sobrenatural estuviera interfiriendo. Los tres lo habríamos sentido.

Sus palabras me golpearon como una ráfaga de viento helado.

No tenía sentido. Nada tenía sentido.

—Pero yo lo sentí, Ky... —mi voz salió como un susurro, pero cargada de una rabia impotente.

Kyle abrió la boca para responder, pero dudó, como si las posibilidades fueran tan confusas para él como para mí.

— Te juro que no lo entiendo —dijo finalmente, con los hombros tensos como si llevaran un peso que no podía soportar.

Cogí mi móvil, con las manos temblorosas mientras marcaba el número de Kendric. No contestó. A continuación probé con Kellan, pero el resultado fue el mismo.

— Ninguno de los dos contesta —murmuré, mirando a Kyle con una mezcla de frustración y pánico—. ¿Dónde están?

— No tengo ni idea —Parecía tan perdido como yo.

Miré la oscuridad más allá del parabrisas, con una sensación sofocante creciendo en mi pecho. La mansión estaba frente a nosotros, pero por primera vez parecía una fortaleza vulnerable, un lugar incapaz de ofrecer seguridad alguna.

— Algo va mal, Ky... muy mal.

Extendió la mano para coger la mía, pero yo me aparté, con la mirada fija en el vacío que teníamos delante. No sabía qué estaba pasando, pero una cosa era segura: fuera lo que fuera, no había terminado.

El aire parecía pesado en cuanto salí del coche, como si algo invisible intentara empujarme hacia atrás. Cada paso hacia la mansión era más difícil, con el corazón latiéndome como un tambor descompasado.

—¡Kendric! —Mi voz resonó en la entrada silenciosa, pero no obtuve respuesta—. ¡Kellan!

Kyle estaba justo detrás de mí, con el teléfono pegado a la oreja. Intentaba llamar a los hermanos repetidamente, pero lo único que recibíamos era silencio.

— ¡Maldita sea! —maldijo, pasándose los dedos por el pelo, con los ojos llenos de preocupación—. Ninguno de los dos contesta.

— Tienen que estar aquí —mis palabras sonaron como una orden, más para mí misma que para él.

Corrí hacia el interior de la mansión, ignorando el sonido de mis pasos resonando en el suelo de mármol.

La sala principal estaba vacía, salvo por el débil resplandor de la luz de la chimenea, pero parecía fría, como si todo el calor hubiera sido absorbido del lugar.

Mi estómago se contrajo.

Algo iba mal.

Muy mal.

—¡Kendric! ¡Kellan! —grité de nuevo, con la voz ahora entrecortada por una mezcla de miedo y rabia.

Kyle apareció a mi lado, sus ojos analizando el ambiente con una precisión que normalmente habría sido reconfortante, pero que ahora parecía impotente.

—No están aquí —murmuró finalmente, pero sus palabras no tenían sentido para mí.

¡Tenían que estarlo!

De repente, me invadió un mareo. El mundo a mi alrededor comenzó a girar, los contornos de la habitación se difuminaron como una pintura expuesta a la lluvia.

—¡Val! —La voz de Kyle sonaba lejana, apagada, como si viniera de un lugar muy lejano.

Intenté alcanzarlo, pero mis piernas cedieron.

El suelo pareció desaparecer bajo mis pies y todo se volvió oscuro.



Cuando abrí los ojos, reconocí inmediatamente dónde estaba: el Onírico.

La dimensión de los sueños donde las leyes del mundo despierto se desmoronaban y lo imposible se alzaba con dientes y garras.

Pero algo estaba mal. Muy mal.

El paisaje que me rodeaba era sofocante, no solo distorsionado, sino palpitante, como si estuviera vivo. El bosque a lo lejos se agitaba en silencio, sus árboles retorcidos parecían inclinarse unos hacia otros, susurrando algo que no pude descifrar. Las ruinas a mi izquierda parecían derretirse y reconstruirse continuamente, una danza grotesca de destrucción y renacimiento.

El suelo estaba cubierto por una espesa niebla que serpenteaba alrededor de mis tobillos, fría y húmeda como dedos que intentaban arrastrarme hacia abajo. El aire era denso, cargado de un olor metálico y ferruginoso, que parecía pegarse a la lengua y al fondo de la garganta, casi como si estuviera respirando sangre.

—¿Kendric? —Mi voz sonó ronca, temblorosa, pero lo suficientemente firme como para romper el silencio aplastante—. ¿Kellan?

No hubo respuesta. Solo un eco lejano, como si las palabras hubieran sido absorbidas por el propio Onírico.

De repente, el silencio se rompió con un sonido bajo e irregular.

Un paso.

Luego otro.

Y otro más.

Los sonidos venían de todas direcciones, lentos y pesados, como si algo estuviera circulando a mi alrededor, pero manteniéndose oculto. Mi corazón comenzó a latir descontroladamente, cada latido resonando en mis oídos como un tambor de guerra.

— ¡¿Dónde están?! —Mi voz se elevó presa del pánico.

El Onírico respondió con una risa.

Al principio era baja, casi indistinta, pero rápidamente creció, llenando el espacio con un sonido gutural y reverberante. No provenía de un solo punto, parecía rodearme como si el aire mismo se estuviera riendo.

Empecé a correr, con el suelo bajo mis pies pareciendo inestable, como arena movediza. La niebla subía cada vez más,

arañándome las piernas mientras las risas se hacían más claras y más perversas.

«¡¿Quién está ahí?!», grité, pero el sonido de mi voz fue engullido por algo mucho más grande.

Y entonces apareció.

Al principio, solo vi una silueta en el horizonte neblinoso, una figura demasiado alta para ser humana, pero con proporciones que no tenían sentido. A medida que se acercaba, cada detalle se convertía en un ataque directo a mi instinto de supervivencia.

La figura llevaba una capa negra que parecía viva, como una extensión de su piel. Las sombras a su alrededor eran densas y agitadas, como si estuvieran siendo devoradas por el vacío en el que se movía. Sus brazos eran largos, sus manos cubiertas por algo que parecía garras.

Pero los ojos...

Dos orbes rojos brillaban como brasas vivas, fijos en mí con una intensidad que paralizó cada fibra de mi ser. No solo me observaban, me consumían.

—¿Quién... quién eres? —Mi voz vaciló, pero no pude retroceder.

Mis piernas parecían atrapadas, los músculos congelados por un miedo visceral.

No respondió de inmediato. En cambio, inclinó la cabeza con curiosidad, como si yo fuera algún espécimen interesante que pretendía diseccionar.

Cuando habló, su voz no solo llenó el espacio, sino que pareció brotar de mi mente.

—Mi dulce aberración... —Su voz era un veneno melifluo, dulce y mortal al mismo tiempo—. Qué divertido fue verte debatiéndote en la oscuridad, sin saber quién mueve los hilos de tu existencia.

Mi cuerpo se paralizó. Todos mis instintos me gritaban que corriera, pero mis piernas estaban clavadas en el suelo de niebla.

—¿Qué quieres? —Mis palabras eran una súplica desesperada, pero él solo dio un paso adelante. El suelo pareció temblar bajo su peso.

— La pregunta no es qué quiero yo, sino qué quieres *tú*. — Su tono era casi indulgente, como si estuviera hablando con un niño obstinado. — ¿De verdad crees que puedes jugar a ser una familia feliz? ¿Como si fueran... humanos?

Me ardían los pulmones, el aire era demasiado pesado para respirar.

—¿Dónde están? —pregunté, luchando por mantener la compostura, aunque sabía que la estaba perdiendo.

Él se rió, un sonido profundo y lleno de escarnio.

—Qué preocupada... ¡qué conmovedor! —Dio un paso adelante y el suelo tembló bajo el peso de su presencia—. Están exactamente donde deben estar. Lejos de ti.

Se me heló la sangre.

— Tú eres...

— Soy todo lo que siempre has temido. —Su respuesta cortó mi balbuceo como una navaja.

Dio otro paso y ahora podía ver cada detalle de su forma. Los dientes afilados que surgían en una sonrisa depredadora. Las garras que parecían listas para desgarrar cualquier cosa. Pero, sobre todo, la mirada. Una mirada que parecía desnudar mi alma capa por capa, exponiendo mis miedos más profundos.

Sonrió, sádico.

Mi cuerpo comenzó a moverse involuntariamente, las sombras a mi alrededor arrastrándome hacia adelante. Intenté gritar, pero las palabras murieron en mi garganta.

Se inclinó hasta quedar a pocos centímetros de mí, con los ojos rojos ardiendo con una ferocidad sobrenatural.

— ¿De verdad creíste que te entregaría mis perfectas criaturas en bandeja? ¿Que no cuidaría de lo que es mío?

— No son... tuyas. —Las palabras salieron como un susurro desesperado.

—Silencio. —La palabra fue un latigazo que cortó el aire, y caí de rodillas, con mis fuerzas agotadas como si me hubiera arrancado algo esencial de dentro. —No te atrevas a pensar que tienes el control.

Mi corazón casi se detuvo.

— No eres nada, dulce aberración. Solo una pieza en este juego. Y yo... soy el jugador.

Sonrió de nuevo, demasiado amplia, demasiado grotesca.

— Di mi nombre, niña —ordenó, con una voz cargada de un poder que hacía temblar mi cuerpo.

El nombre se escapó de mis labios antes de que pudiera evitarlo.

—Asmodeus.

—Por fin nos conocemos... oficialmente.

Las sombras a nuestro alrededor comenzaron a agitarse, moviéndose como si tuvieran vida propia. Se enroscaron aún más a mi alrededor, apretándome como serpientes invisibles, mientras yo luchaba por respirar.

— No lo olvides, Vallery. Solo eres una pieza en mi juego. Y yo nunca pierdo.

Y entonces, como si el propio Onírico hubiera decidido liberarme de su presencia, desapareció, pero la risa siguió resonando a mi alrededor.

Caí al suelo frío, temblando de terror, mientras su última palabra aún flotaba en el aire.

— ¡Mía!



CAPÍTULO 72

Entre el dolor de la ausencia y los hilos de esperanza

VALLERY HOPE

Cuando desperté, lo primero que me impactó fue el silencio. No era el tipo de silencio que trae calma, sino ese vacío punzante que parecía burlarse de mi dolor. La habitación estaba sumida en la penumbra y el aire parecía estancado, pesado, como si llevara el eco de presencias que ya no estaban allí.

Kendric.

Kellan.

Incluso sus nombres, cuando los pronunciaba en mi mente, me oprimían el pecho con un peso abrumador. No era solo su ausencia física, era el vacío visceral que habían dejado, un hueco tan grande que parecía imposible de llenar.

Era la ausencia del calor de Kendric, que siempre parecía encontrar la manera de envolver incluso los momentos más tensos en una llama reconfortante. Y la mirada de Kellan, siempre tan intensa, que tenía el poder de desnudar cada capa de mi alma sin decir una sola palabra.

Pasé los dedos por la almohada a mi lado, buscando un rastro que sabía que ya no estaba allí. No había rastros del desorden de Kendric ni del perfume amaderado que siempre se aferraba a Kellan.

Nada más que el vacío.

Me di la vuelta en la cama, mirando al techo mientras el recuerdo de ellos invadía cada rincón de mi mente. Recordé la sonrisa descarada de Kendric, la forma en que siempre encontraba algo con lo que provocarme.

«Relájate, Hope. El mundo puede esperar un poco más».

Era lo que decía cada vez que yo intentaba resistirme a su cercanía, cada vez que fingía que no lo quería. Y cómo se reía después, una risa que ahora resonaba como una navaja en mi pecho.

Kellan... Era la tormenta tranquila, el remolino silencioso que me atraía hacia él. Nunca necesitaba decir mucho, porque sus acciones hablaban por él. Como aquella noche en que apareció de la nada en el cementerio, diciendo que tenía que «enfrentarme a mis fantasmas». Me hizo caminar entre las tumbas hasta que finalmente pude enfrentarme a la de Brian y se quedó a mi lado en silencio, ofreciéndome solo su presencia como apoyo, pero era justo lo que necesitaba.

Me senté en la cama, con un movimiento tan mecánico que parecía que mi cuerpo fuera solo un caparazón vacío. El reloj de la pared marcaba una hora cualquiera que no tenía fuerzas para descifrar. Los días y las noches se habían vuelto indistinguibles desde que se fueron.

Me levanté, mis pies descalzos tocaban el suelo frío, pero la sensación era insignificante comparada con el vacío que sentía dentro de mí. Bajé las escaleras de la mansión, cada escalón resonaba como un recordatorio de que ellos no estaban allí.

En la cocina, Kyle estaba sentado a la mesa, con una taza de café delante de él. Tenía la mirada fija en algún punto indefinido y una expresión de cansancio en el rostro que reconocí de inmediato. Él también estaba lidiando con su ausencia, aunque intentaba ocultarlo.

—¿Has dormido? —preguntó con voz baja y ronca.

—No —mi respuesta fue breve, y él no insistió.

Cogí una taza de café para mí, aunque sabía que no podría beberla. El amargor combinaba con el sabor que la vida había dejado en mi boca en los últimos días.

—¿Lo sientes? —pregunté, con la voz casi en un susurro.

Kyle levantó la vista y, por un momento, vi en sus ojos el mismo vacío que me consumía.

— Lo siento —hizo una pausa y respiró hondo—. Pero no como antes. Es como... una sombra.

Una sombra.

Eso era peor que no sentir nada.

Era como un eco de algo que antes era vibrante y real.

— Nos necesitan —mi voz falló y odié lo débil que me hacía parecer—.

—Y los encontraremos. —La promesa en la voz de Kyle era firme, pero la incertidumbre detrás de ella era evidente.

El silencio volvió a caer entre nosotros, pero esta vez fue un silencio compartido.

Miré la taza en mis manos, recordando cómo Kendric siempre se burlaba de mi gusto por el café fuerte.

«Es más oscuro que mi alma, Hope».

Y Kellan, siempre poniendo los ojos en blanco ante el dramatismo de su hermano, simplemente cogía mi taza y daba un sorbo sin decir nada.

Ellos eran nuestro caos y nuestro orden. Y sin ellos, nos sentíamos perdidos.



KYLE SCOTTFIELD

Solía pensar que entendía lo que era el silencio. Había sido mi compañero durante siglos, una constante en una existencia que, a menudo, parecía interminable. Pero ahora... tenía un peso diferente. Era opresivo, como si cada segundo sin el sonido de la voz de Kendric o la mirada furtiva de Kellan fuera una pequeña muerte.

Vallery estaba sentada a la mesa, con la misma taza de café que llevaba días sosteniendo sin beber realmente. Sus ojos estaban fijos en algún punto indefinido, pero yo sabía que no estaba mirando nada.

Estaba atrapada en el mismo lugar que yo: entre lo que teníamos y lo que habíamos perdido.

Quería decir algo, cualquier cosa que rompiera el ciclo de culpa y vacío, pero las palabras me fallaban. Siempre se me había dado bien ocultar lo que sentía, enmascarar cualquier debilidad con arrogancia o encanto, pero con ella... No funcionaba.

No cuando nuestros lazos eran tan profundos que Vallery podía sentir incluso lo que yo intentaba enterrar.

Vallery tampoco era buena ocultando cosas, al menos no a mí. Estaba destrozada, como si cada parte de ella estuviera gritando por Kendric y Kellan, y yo lo entendía mejor de lo que ella podía imaginar. Porque yo sentía lo mismo.

Cogí mi taza de café, pero su calor no servía para disipar el frío que se había instalado dentro de mí. Era un frío que provenía de su ausencia.

Kendric, siempre tan controlado, con una paciencia que a menudo me hacía preguntarme si realmente era uno de los nuestros. Tenía una forma única de ver el mundo, como si encontrara belleza incluso en las cosas más distorsionadas. Siempre estaba entre nosotros para mantener el equilibrio y ser la voz de la razón cuando Kellan o yo dejábamos que nuestros instintos tomaran el control.

Y Kellan... Salvaje, incontrolable y absolutamente imposible de ignorar. Era el fuego que ardía con tanta intensidad que sabías que podías salir herid , pero no podías alejarte. Era el caos, y lo necesitábamos. Lo necesitábamos a él.

Y ahora, sin ellos...

— ¿Lo sientes? —La voz de Vallery me sacó de mis pensamientos.

La miré.

Tenía los ojos rojos, pero había algo más.

Algo roto.

— Lo siento. — Mi voz sonó más firme de lo que esperaba. Hice una pausa, tratando de encontrar las palabras adecuadas. — Pero no como antes. Es como... una sombra.

Vi cuando ella procesó eso. Vi el peso de mis palabras posándose sobre ella como una carga más que soportar. Pero era la verdad. Sí los sentía, pero era algo distante, como un eco que no dejaba de desvanecerse.

—Nos necesitan. —Su voz vaciló y vi la culpa reflejada en su rostro.

Ella pensaba que era culpa suya. Que de alguna manera los había puesto en peligro.

Quería negarlo, alejar esa idea antes de que echara raíces, pero sabía que cualquier palabra ahora sonaría hueca.

—Y los encontraremos —respondí, porque era lo que ella necesitaba oír, aunque yo no tuviera ni idea de cómo lo haríamos.

La verdad era que me sentía impotente. Siempre había sido el hermano que se ocupaba de las cosas y protegía a los demás. Pero ahora estaba tan perdido como ella.

Miré mi taza y recordé las mañanas con Kellan. Era insoportable antes de tomar café y se quejaba de cualquier cosa hasta que la cafeína empezaba a hacer efecto. Y Kendric, que siempre me robaba la taza, solo para molestarme.

Odiaba admitirlo, pero echaba de menos incluso las cosas molestas. Echaba de menos que llenaran el espacio, el ruido, las risas, incluso las peleas.

Ahora todo estaba demasiado vacío, demasiado silencioso.

Volví a mirar a Vallery. Intentaba mantener el control, pero sabía que se estaba desmoronando. Al igual que yo. Y, en el fondo, una parte de mí temía que tal vez nunca los encontráramos.

Que tal vez ese vacío fuera todo lo que nos quedaba.



VALLERY HOPE

El eco de la risa de Asmodeus aún resonaba en mis pensamientos, como si se hubiera tatuado en mi mente. Habían pasado días desde aquella noche en el Onírico, pero parecía que el tiempo se había detenido desde entonces.

Ahora sabía quién era él. El monstruo que jugaba conmigo en la oscuridad, que movía los hilos del caos mientras yo me debatía como una marioneta. Pero saber su nombre no disminuía el vacío abrumador que había dejado la ausencia de Kendric y Kellan.

Estaba sentada en el sillón de la biblioteca de la mansión, mirando el fuego de la chimenea. Las llamas titilaban, pero incluso su calor parecía lejano, incapaz de alcanzar el hielo que parecía haberse alojado en mi pecho.

Kendric.

Kellan.

Los llamaba todas las noches en el Onírico, pero lo único que encontraba era vacío.

— No sirve de nada, amor. —La voz de Kyle resonó desde la entrada, arrastrada y pesada, como si cada palabra le costara un esfuerzo.

Me giré lentamente y lo encontré con los ojos sombreados por la falta de sueño. Él también estaba sufriendo, y eso hacía que algo dentro de mí doliera aún más.

— No puedo simplemente renunciar a ellos. — Mi voz sonó más dura de lo que pretendía, pero no me importó.

Kyle suspiró, pasándose la mano por el pelo revuelto mientras se acercaba. Estaba más cansado de lo que jamás lo había visto, como si llevara el peso de todo un mundo sobre sus hombros.

— No estoy diciendo que renuncies —protestó, sentándose en el sillón a mi lado—. Pero tenemos que ser realistas. Ya has visto de lo

que es capaz.

Sabía exactamente a quién se refería.

Asmodeus.

Uno de los siete príncipes del infierno, el pecado de la lujuria, padre de los hermanos Scottfield y la personificación de todo lo que temía, pero también de todo lo que necesitaba afrontar.

—Está jugando con nosotros, Ky. —Apreté los puños, tratando de controlar el temblor que amenazaba con escapar—. Y tú lo sabes.

Kyle asintió lentamente, con la mirada fija en el fuego.

—Eso es lo que hace. Manipula, controla... y gana. Siempre.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago, pero me negué a dejar que me derribaran.

—Entonces, ¿cómo vamos a derrotarlo? —pregunté, con voz baja, pero llena de determinación.

Kyle levantó la vista y finalmente encontró la mía.

—No podemos derrotarlo. —Respiró hondo, como si odiara cada palabra que estaba a punto de decir—. Asmodeus no es un enemigo al que se pueda derrotar. Es uno de los demonios superiores. No sigue las reglas. Las crea.

Sentí un nudo en la garganta mientras el peso de sus palabras se cernía sobre mí.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Simplemente lo aceptamos?

Kyle negó con la cabeza, con los ojos ardiendo con una intensidad que no encajaba con su tono cansado.

— No lo aceptamos. Pero tampoco podemos enfrentarlo directamente. Tenemos que entender qué quiere, cuál es su juego. Porque, si simplemente quisiera destruirnos, ya lo habría hecho desde el principio.

Crucé los brazos, tratando de ignorar el frío que se extendía por mi interior.

— ¿Y Lilith? ¿Dónde encaja ella en todo esto?

— No lo sé. Eso es lo que más me preocupa. —Kyle dudó y vi un destello de algo que parecía preocupación cruzar sus ojos—. Si tu madre estuviera aquí, Asmodeus no actuaría así. Siempre han sido... una fuerza de equilibrio. Incluso en la destrucción.

Sus palabras quedaron en el aire y me di cuenta de que estaba tan perdido como yo.

— Entonces él es la única pieza en el tablero ahora. — Mi voz era una mezcla de frustración y desesperación.

Kyle asintió y el silencio volvió a caer entre nosotros.

Me volví hacia el fuego, tratando de encontrar alguna respuesta en las llamas titilantes, pero todo lo que sentía era vacío.

— No voy a renunciar a ellos, Ky —susurré más para mí misma que para él—. Pase lo que pase.

—Yo tampoco —la promesa en su voz era tan fuerte como la mía.

Sabía que esta lucha acababa de empezar y que Asmodeus tenía el control de casi todo.

Pero había una cosa que no podía controlar: lo que yo estaba dispuesta a sacrificar para traer de vuelta a Kendric y Kellan.

Y yo lo sacrificaría todo.



Las noches se habían convertido en mi tortura personal.

Cada vez que cerraba los ojos, la oscuridad me acogía solo para empujarme de vuelta al Onírico. La dimensión de los sueños, donde lo imposible se moldeaba según la voluntad, ahora parecía un laberinto interminable de pesadillas y frustraciones.

Los llamaba todo el tiempo. El sonido de sus nombres salía de mi garganta como un grito desesperado, resonando entre las sombras que se movían a mi alrededor. Pero la única respuesta que recibía era

el vacío sofocante y las risas distorsionadas de algo que se escondía en la oscuridad.

Kyle estaba conmigo, siempre. Me cogía la mano con fuerza mientras enfrentábamos juntos el caos. Su tacto era el único ancla en un mar de incertidumbres.

—¡Kendric! ¡Kellan! —Mi voz resonaba, rompiendo el silencio opresivo.

Caminábamos por paisajes que se doblaban y retorcían a nuestro alrededor. Ruinas sombrías que surgían y se derrumbaban en segundos, bosques cuyos árboles parecían murmurar un idioma que no podíamos entender. En cada rincón, esperaba verlos. Rezaba para que aparecieran, para que me dijeran que estaban bien.

Pero todo lo que encontrábamos eran sombras.

Esa noche, el Onírico parecía más denso, más sofocante. La niebla se arrastraba por el suelo como dedos invisibles que intentaban agarrarnos. Las formas distorsionadas en la distancia parecían observarnos, riendo entre dientes como si supieran algo que nosotros no sabíamos.

—Esto no está funcionando —murmuré, con la voz temblorosa por la frustración y el agotamiento.

Kyle no respondió de inmediato. Sus ojos estaban fijos en algo delante de él, pero fuera lo que fuera, desapareció antes de que pudiera verlo.

—No vamos a rendirnos —dijo finalmente, pero la tensión en su voz era evidente.

Sabía que él también estaba sufriendo. El peso de la ausencia de los hermanos era algo que ambos llevábamos, pero mientras Ky intentaba ser mi fortaleza, yo podía sentir las grietas en su fachada.

—Quizás estén atrapados en algún lugar al que ni siquiera el Onírico puede llegar —susurré, más para mí misma.

Kyle se detuvo y se volvió para mirarme. Había algo en sus ojos, una mezcla de ira y tristeza que me hizo estremecer.

—Si Asmodeus se los llevó, los escondió en un lugar donde ni nosotros ni ninguna fuerza de este mundo puede encontrarlos fácilmente.

— ¿Entonces estamos perdidos? —Mi voz sonó más alta de lo que pretendía, cargada de desesperación.

Kyle me sujetó la cara, con los ojos fijos en los míos.

— No estamos perdidos —respiró hondo—. Pero tenemos que ser más fuertes y seguir intentándolo.

Sus palabras deberían haberme reconfortado, pero solo me hicieron sentir más peso en el pecho. El Onírico siempre había sido un lugar de infinitas posibilidades, pero ahora parecía un laberinto construido para quebrarnos.

Seguimos caminando y llamándolos en un ciclo interminable de esperanza y frustración. Cada fracaso parecía succionar una parte de mí.

Hubo un momento en el que escuché una risa baja y ronca. Por un instante, pensé que era Kendric. Mi corazón dio un salto y me di la vuelta, corriendo hacia el sonido.

—¡Kendric! —Pero cuando llegué al origen, todo lo que encontré fue oscuridad.

—¡Val! —Kyle me alcanzó y me agarró del brazo—. ¡No corras sola!

— Pensé que era él... — Mi voz se quebró y las lágrimas comenzaron a brotar sin control.

Kyle me atrajo hacia él, envolviéndome en sus brazos mientras la desesperación me consumía.

— Los encontraremos...

Pero yo ya no estaba tan segura.

— ¿Y si no están... alimentándose? —mi voz sonó vacilante, casi como si temiera dar vida a ese pensamiento.

Kyle se detuvo un momento, frunciendo el ceño mientras miraba a la nada.

—Son fuertes. Pueden soportar más de lo que imaginas —intentó sonar confiado, pero su expresión lo delató.

—¿Por cuánto tiempo más? —insistí, con la voz quebrada. El vacío en mi pecho parecía aumentar con cada palabra—. Sabes que sin eso, ellos...

Me agarró la mano con fuerza, interrumpiendo mi línea de pensamiento antes de que me arrastrara aún más a la desesperación.

— Los encontraremos antes de que sea demasiado tarde. Te lo prometo.

Pero incluso mientras lo decía, vi el mismo miedo en el fondo de sus ojos.

Todas las noches terminaban de la misma manera. El Onírico nos devolvía al mundo real, derrotados y exhaustos. Y con cada nuevo amanecer, sentía que estaban más lejos, como si el vínculo que nos unía se estuviera deshaciendo.

Pero no podía rendirme. ¡No podía!

Porque si los perdía por completo, sabía que nunca volvería a estar completa.



CAPÍTULO 73

Entre limitaciones y posibilidades

KYLE SCOTTFIELD

Las noches eran interminables, pero los días eran aún peores.

El silencio de la casa me ponía la piel de gallina, como si los ecos de las voces de Kendric y Kellan estuvieran fuera de mi alcance. Ese tipo de vacío... no era natural.

No para nosotros.

Estar atrapado aquí, en este plano, sin respuestas, me corroía. Había una fuerza abrumadora que me empujaba a la acción, pero chocaba contra las paredes infranqueables de lo que sabía que era imposible.

El Onírico era todo a lo que podíamos acceder ahora.

Y el Onírico era un laberinto sin salida.

Estaba solo.

No en el sentido literal. Vallery estaba aquí, tan perdida y destrozada como yo. Pero el tipo de vacío que yo llevaba dentro era más profundo y primitivo.

¡Mis hermanos!

Ellos eran parte de mí. Éramos como un trípode. Y ahora, sentía que estaba tratando de mantener el equilibrio sobre un solo soporte, a punto de derrumbarme.

Me senté en el sofá de la sala, observando cómo las sombras se alargaban por la pared. La única luz provenía del fuego de la chimenea y, aun así, todo parecía frío. El peso de la ausencia de esos dos era una carga que no sabía cómo llevar.

Y entonces, la pregunta volvió a surgir.

¿Por qué no me llevó con él?

Asmodeus no hacía nada sin un propósito. Era un estratega, cada movimiento calculado como en una partida mortal de ajedrez. No fue la misericordia lo que me mantuvo aquí. Fue la intención.

Miré las llamas, con la mente dando vueltas.

¡El vínculo matrimonial!

Él lo sabía. Claro que lo sabía.

Sabía que, a través de ese vínculo, Vallery y yo podíamos sentirnos. No importaba dónde estuviéramos, ella me encontraría. Y, por extensión, lo encontraría a él.

Si Asmodeus me hubiera llevado, nos habría dado una ventaja.

Esa era la respuesta lógica. Aun así, algo me molestaba.

Kendric y Kellan. ¿Siguen en el plano físico?

Si el vínculo con Vallery era lo que lo mantenía alejado de mí, entonces era posible que nuestro padre los hubiera escondido en algún lugar al alcance, pero inaccesible.

Pero si están aquí... ¿por qué no los siento?

—¿Ky? —La voz de Vallery interrumpió mis pensamientos.

Volví la cabeza y la encontré en la puerta de la sala. Parecía aún más pálida bajo la luz del fuego, con los ojos fijos en mí con una intensidad que sabía que estaba alimentada por la misma desesperación que me consumía.

—¿Qué pasa? —pregunté, tratando de controlar la amargura en mi voz.

— Estabas pensando... en él, ¿verdad? —Entró en la sala, con pasos silenciosos, pero cargados de algo que parecía más pesado de

lo que ella podía soportar.

No tuve que preguntar quién era «él».

Asmodeus.

Se cernía sobre nosotros como una sombra constante, un depredador que jugaba con sus presas.

—Sí —admití.

No tenía sentido mentir.

Ella lo sabía.

Siempre lo sabía.

Vallery se detuvo a mi lado, pero no se sentó. En cambio, cruzó los brazos, con una postura tensa como un arco a punto de disparar.

— ¿Por qué crees que no te llevó? —No lo preguntaba por curiosidad. Era una necesidad de entender, de encontrar alguna lógica en medio del caos.

—El vínculo. —Parpadeó, confundida, pero luego sus ojos se abrieron ligeramente—. Eso nos conecta. No importa dónde estuviera, tú me sentirías. Y, por extensión, podrías encontrarlos. Asmodeus lo sabía. Al dejarme aquí, eliminó esa posibilidad.

Vallery dejó escapar un suspiro largo y tembloroso, y por un momento pareció tan frágil que temí que se rompiera.

— ¿Entonces siguen en el plano físico?

— Quizás. — Mi voz sonó más dura de lo que pretendía, pero no la corregí—. Pero si lo están, mi padre los ha escondido en un lugar al que no podemos llegar.

— Eso no tiene sentido, Ky. —Empezó a caminar por la habitación, con las manos temblorosas mientras se pasaba los dedos por el pelo—. ¿No podría simplemente... acabar con nosotros? ¿Por qué todo esto?

— Porque él no solo destruye. —La miré, con una mirada más sombría de lo que pretendía—. Él controla.

Se detuvo, mirándome con ojos que brillaban de frustración y algo... que parecía miedo.

— Es solo que no entiendo cómo no puedes ir tras ellos más allá del Onírico. Tú eres... bueno, tú. Un demonio. — Su voz era más baja ahora, pero llena de una urgencia que no podía ignorarse.

Esbocé una amarga media sonrisa y solté un suspiro, eligiendo las palabras con cuidado.

—Lo soy, pero eso conlleva limitaciones cuando estoy en forma humana. Mientras esté atrapado en este plano físico, el Onírico es lo más lejos que puedo llegar. El Infierno, el Purgatorio, cualquier dimensión más allá de esta, son inaccesibles para mí, al menos mientras esté vivo aquí.

Ella retrocedió ligeramente, como si mis palabras tuvieran un peso físico.

— ¿Entonces tendrías que morir para alcanzarlos?

Asentí, sintiendo la gravedad de la pregunta flotando en el aire.

—Sí. Si muero en el plano físico, mi alma regresará a su envoltura original en el Infierno. Pero eso no significa que pueda simplemente ir y venir entre dimensiones. Solo los demonios superiores como Asmodeus, Lilith y... —Mi voz falló por un segundo antes de continuar—. Lucifer, tienen ese tipo de acceso.

Ella apretó los brazos contra el cuerpo, con la respiración irregular.

—Entonces seguimos estando limitados. —Su voz temblaba de frustración—. ¡Eso es... inaceptable, Ky! ¿Pueden estar aquí, tan cerca, y no tenemos forma de alcanzarlos?

Me puse de pie y crucé el espacio que nos separaba para sujetarle los hombros.

— No vamos a rendirnos, amor. Solo necesitamos otra forma.

Ella levantó los ojos hacia mí y vi una chispa de determinación mezclada con desesperación.

—¿Y si Zarah pudiera ayudarnos? —sugirió, con las palabras saliendo rápidamente—. Ella entiende de estas cosas. Hechizos, rastreo... Quizás haya algo que podamos hacer.

Lo pensé un momento antes de asentir.

Era una oportunidad.

—Hablemos con ella. Mañana.

— Haría cualquier cosa por traerlos de vuelta, Ky. —Se relajó un poco bajo mi tacto, pero la tensión en sus ojos no disminuyó.

—Lo sé. —No había duda de que haríamos exactamente eso.

No importaba lo que costara.

Pero lo único que tenía claro en ese momento era que Asmodeus lo había planeado todo.

Y eso era lo que más me asustaba.



El Eclipse Center era una anomalía en Thornvale. A primera vista, era un centro comercial común, con su arquitectura moderna y sus luces centelleantes, pero estaba lleno de rincones oscuros donde prosperaba el submundo sobrenatural. Cada tienda parecía tener un propósito oculto, y una de ellas era el destino de nuestra visita: *Good Lucky VooDoo*, el dominio de Zarah.

Cuando entramos, nos envolvió el familiar olor a hierbas quemadas e incienso. A diferencia del vibrante caos del centro comercial, la tienda era un mundo aparte: sofocante, íntima, con estantes llenos de frascos, libros antiguos y artefactos que yo sabía que eran más que simples objetos decorativos.

—Vallery, Kyle —la voz de Zarah resonó desde el mostrador incluso antes de que pudiéramos verla—. Los estaba esperando.

Salió de detrás de una cortina de cuentas, con su voluminosa melena cayendo en cascada sobre los hombros. Su sonrisa fue breve,

pero sincera. A pesar de la tensión en el aire, era obvio que la bruja estaba dispuesta a ayudarnos.

—Gracias por recibirnos tan rápido —comenzó Vallery, con la voz cargada de ansiedad apenas contenida.

Zarah hizo un gesto con la mano, indicando que no hacía falta darle las gracias.

—Cuando me llamas y me dices que necesitas ayuda, entiendo que es algo serio. —Sus ojos se posaron en mí, evaluándome rápidamente—. Y teniendo en cuenta quiénes están involucrados... supongo que no están aquí por algo sencillo.

Solo asentí. No había necesidad de prolongar la conversación con rodeos.

—Necesitamos localizarlos —dijo Vallery, sin rodeos.

Zarah entrecerró los ojos, y un destello de duda cruzó su rostro mientras nos miraba. Finalmente cruzó los brazos, inclinando ligeramente la cabeza.

—Para rastrear a alguien, especialmente a dos presencias tan... poderosas, necesitaré algo más que un simple nombre. Necesito algo que contenga su esencia. Algo personal. ¿Lo has traído?

Vallery, sin dudarlo, abrió su bolso. Sus movimientos eran apresurados, pero había un cuidado reverente en sus manos mientras sacaba los objetos. El primero era un ejemplar gastado de *El gran Gatsby*. Los bordes estaban doblados y la cubierta ligeramente descolorida.

—Es el libro de cabecera de Kendric —explicó, sosteniéndolo como si estuviera hecho de cristal fino.

A continuación, sacó el portátil que yo conocía muy bien, lleno de arañazos en los laterales y pegatinas descoloridas.

—Es de Kellan. Es como... su grimorio tecnológico. —Su voz se quebró al final, traicionando la fuerza que intentaba mantener.

Zarah cogió los objetos con cuidado, examinándolos con una expresión que oscilaba entre la curiosidad y algo más sombrío. Sus manos se detuvieron en el libro, deslizando los dedos por la cubierta, antes de pasar al portátil.

— Esto debería funcionar. —Dejó los objetos sobre la encimera. Pero antes de continuar, levantó la vista hacia Vallery y luego hacia mí—. Puede que lo que encontremos no sea lo que queréis.

— Solo hazlo, Zarah. —Mi voz sonó firme, casi como un gruñido, cargada por el peso de lo que estaba en juego.

Zarah dio un paso atrás, observándonos por un momento antes de asentir con la cabeza.

—Muy bien. Síganme.

Nos guió hasta una discreta puerta al fondo de la tienda. El sonido de las cuentas tintineando fue sustituido por un profundo silencio en cuanto cruzamos el umbral. El aire era más denso allí, y la iluminación provenía de velas que ardían con una llama inusual. Las paredes estaban cubiertas de estantes llenos de frascos, grimorios y artefactos que emanaban una energía inquietante.

—Hechizos como este requieren concentración absoluta — comentó mientras se movía por el espacio, recogiendo velas, hierbas y un pequeño cristal que parecía latir con luz propia—. Y un precio. Como siempre, todo tiene un precio.

—¿Qué precio? —preguntó Vallery, tensa.

—Nada que tengáis que pagar ahora. Solo estad preparados para lo que encontréis.

Encendió las velas y las colocó en círculo alrededor de los objetos que ya estaban dispuestos sobre una mesita redonda. El aire se volvió más denso, como si algo invisible nos estuviera observando. Zarah comenzó a murmurar palabras en una lengua que no reconocí, pero que me hacía sentir un cosquilleo en la piel.

Los objetos sobre la mesa comenzaron a reaccionar. *El Gran Gatsby* parecía vibrar ligeramente, mientras que el portátil

parpadeaba, con la pantalla encendiéndose brevemente antes de apagarse. La energía en la habitación era palpable, como si estuviéramos a punto de cruzar una barrera entre mundos.

Vallery estaba a mi lado, con los ojos fijos en la escena que teníamos delante, y por un momento me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

Las llamas de las velas crecieron de repente, proyectando sombras grotescas en las paredes. Zarah se inclinó sobre el altar, el tono de su voz se elevó y las palabras se convirtieron en algo que parecía más un canto que un hechizo.

De repente, todo quedó en silencio. La sala parecía congelada, como si el tiempo mismo se hubiera detenido. Zarah levantó el cristal, que ahora parpadeaba intensamente, y lo colocó sobre los objetos.

—Están aquí —su voz era un susurro que parecía resonar infinitamente.

—¿Aquí? ¿Dónde? —Vallery dio un paso adelante, con la ansiedad irradiando de ella como calor.

Zarah dudó y, cuando levantó la vista hacia nosotros, había algo en sus ojos que me revolvió el estómago: *pavor.*

—En Thornvale. Pero... —Su voz falló brevemente antes de continuar—. Están escondidos en una fortaleza. Algo muy poderoso protege ese lugar, que va más allá de lo que puedo entender o atravesar.

Apreté la mandíbula y sentí el peso de sus palabras caer como piedras sobre mis hombros.

—¿Quién protege ese lugar? —pregunté, con voz baja y sombría.

—No sabría decirlo —Zarah negó con la cabeza—. Pero... puedo sentir que son fuerzas que me aplastarían en un abrir y cerrar de ojos.

— ¿Entonces no puedes hacer nada más? —preguntó Vallery, con frustración y desesperación desbordando su voz.

La bruja me miró directamente y algo en su mirada parecía una advertencia.

— Necesitáis a alguien que pueda enfrentarse a esas fuerzas sin miedo a ser destruido. Alguien más poderoso que cualquiera de nosotros aquí.

Supe inmediatamente a quién se refería.

— *El Anfitrión*.

Zarah solo asintió con la cabeza.

— Ya sabes lo que eso significa. Él nunca ayuda gratis. Y cobra mucho.

Vallery me miró, con determinación brillando en sus ojos.

— No importa el precio. Los encontraremos.

Estaba dispuesta a cualquier cosa, y eso me asustaba tanto como me fascinaba.

— Espero que los encuentren. — Zarah puso una mano en el hombro de Vallery, su expresión suavizándose por un momento. — Pero estén preparados para todo lo que ese camino les exija.

Mientras salíamos, las palabras de Zarah aún resonaban en mi mente.

El Anfitrión.

Sabía que era la única opción, pero también sabía lo que eso significaba.

Nunca pedía nada que pudiera devolverse.

Y yo estaba a punto de jugar un juego en el que nadie salía ileso.



El coche se deslizaba por las calles de Thornvale, el suave rugido del motor llenaba el tenso silencio entre Vallery y yo. Ella

estaba a mi lado, con la mirada fija en la ventana, pero sabía que su mente estaba lejos.

Probablemente en algún lugar donde Kendric y Kellan aún estuvieran con nosotros.

Quería decir algo para aliviar la tensión en el aire, pero no había palabras para el tipo de situación en la que nos encontrábamos. No cuando estábamos a punto de enfrentarnos al *Anfitrión*.

—Vallery. —Mi voz firme fue suficiente para atraer su atención hacia mí—. Antes de llegar allí, necesito que entiendas algunas cosas.

Ella giró la cabeza, con los ojos entrecerrados en señal de alerta.

—El *Anfitrión*... No es como Zarah ni como ninguna otra criatura con la que hayas tratado antes. Es una fuerza. Un... —Hice una pausa, buscando la palabra adecuada—. Enigma. Cuanto menos sepa sobre ti, sobre lo que realmente eres, mejor para nosotros.

—Entonces, ¿nada de preguntas? —Arqueó una ceja y su boca se curvó en una sonrisa sarcástica—. Sabes que eso es casi imposible para mí.

— Hazlo posible. —Mi voz sonó más dura de lo que pretendía —. No tolera la curiosidad. Y definitivamente no le gusta que le hagan preguntas.

— ¿Y qué más? —Inclinó la cabeza, estudiando mi rostro como si intentara descifrar hasta dónde llegaba mi preocupación.

— Mantén la compostura. Sé respetuosa. No muestres debilidad. —La miré de reojo antes de volver a centrar mi atención en la carretera—. Y, por el amor de Dios, no lo provoques.

— Crees que lo voy a estropear todo, ¿verdad? —Ella soltó un suspiro audible y cruzó los brazos sobre el pecho—.

— No creo nada. Te lo advierto porque él es impredecible.

Vallery permaneció en silencio durante unos segundos, pero el brillo desafiante de sus ojos me decía que estaba registrando cada

palabra.

— De acuerdo, jefe. Me comportaré. — Había ironía en su tono, pero sentí que lo decía en serio.

A medida que nos acercábamos al *Got Sin?*, la tensión en el aire era casi tangible. Las vibrantes luces de la fachada del club nocturno cortaban la oscuridad de la noche, y una fila se extendía hasta el final de la acera, todos esperando para entrar en el hedonista inframundo que ofrecía.

— Es extraño volver aquí así —la voz de Vallery rompió el silencio—. La última vez que estuve aquí fue con Kellan. Quería mostrarme lo libertino y liberador que era este lugar.

Una sonrisa se dibujó en mis labios, a pesar del nudo en el pecho al oír el nombre de mi hermano.

—Te enseñó el ala de la Lujuria.

Ella se rió, un sonido bajo y cargado de nostalgia.

—Claro que sí. Pero tengo que admitir que me encantaría volver aquí con vosotros tres. Cuando esto termine.

El «cuando» en lugar del «si» me dio un atisbo de esperanza.

— Apuesto a que Kendric y Kellan intentarán convencerte de que te hagas un piercing en el coño. —Hice un gesto sugerente, tratando de aliviar el ambiente.

Ella puso los ojos en blanco, pero había un brillo divertido en sus rasgos.

— Solo si los tres se hacen un piercing en la polla.

— Buena suerte convenciéndolos de eso. — Me reí, un sonido poco habitual en mí en los últimos días.

Cuando aparcamos el coche y entramos por la puerta lateral, la atmósfera del club nos envolvió. El sonido de la música latía como un corazón descontrolado y las luces de neón proyectaban sombras extrañas en las paredes.

Atravesamos la zona común y, tras la puerta secreta, nos dirigimos al ala de Ira. El contraste era evidente: mientras que las

otras zonas eran seductoras y vibrantes, allí todo parecía brutal y visceral. El olor a sudor, sangre y metal impregnaba el aire, mientras que los gritos y aplausos de las peleas clandestinas resonaban en las paredes de hormigón.

Y allí estaba él.

El Anfitrión.



VALLERY HOPE

Cuando entré en el ala de la Ira, el ambiente pareció engullirme. El olor metálico de la sangre flotaba en el aire como una amenaza, mezclado con el sudor y el eco sordo de los gritos que reverberaban en las paredes. Pero nada de eso me preparó para él.

El Anfitrión.

Sentado casualmente en un sillón de cuero negro en un rincón más alejado, donde las sombras bailaban bajo la luz titilante de las lámparas de hierro. Vestido con un impecable traje de tres piezas, cada línea y costura moldeaba su cuerpo de tal manera que parecía casi una segunda piel.

Parecía una visión imposible.

Su cabello era negro como el abismo, perfectamente peinado, y su piel tenía un brillo que no era natural, casi etéreo.

Pero lo que realmente me cautivó fueron sus ojos. De un gris penetrante, frío y calculador, con una profundidad que parecía engullir todo lo que los rodeaba. Mirarlos era como mirar al ojo de un huracán: hipnótico y mortal.

Sostenía un cigarro entre sus largos y elegantes dedos, y el humo formaba espirales perezosas a su alrededor, bailando en el aire como si tuviera vida propia. Cuando levantó los ojos hacia mí y Kyle, su boca se curvó en un , una sonrisa que no tenía calidez, solo un sutil placer al saber que habíamos acudido a él por necesidad.

Kyle se mantuvo firme a mi lado, pero sentí la tensión en cada línea de su cuerpo. La posesividad ardía en él como un carbón encendido, especialmente cuando la mirada del *Anfitrión* descendió deliberadamente sobre mí, evaluando cada curva de mi cuerpo.

Sabía que el vestido rojo corto y ajustado llamaría la atención. Fue elección de Kyle, en contra de su voluntad y la mía, porque entendía que la sensualidad era parte del juego. Pero no me sentí expuesta ni vulnerable. Yo también era una jugadora y estaba dispuesta a usar cualquier arma que tuviera a mi favor.

—Kyle Scottfield. —La voz del *Anfitrión* era como terciopelo cortado por cuchillas, reverberando en cada rincón de la sala. Exhaló una bocanada de humo del cigarro e inclinó la cabeza hacia un lado —. Y has traído una... joya rara.

Su mirada volvió a mí, deslizándose sin prisa, como si me estuviera saboreando.

—Vallery —respondió Kyle, con un tono cargado de control, pero con un toque de algo más sombrío.

—Vallery —repitió el *Anfitrión* mi nombre, saboreando las sílabas como si fuera un vino raro—. ¿Y qué te trae hasta mí, Vallery?

Mantuve mi mirada fija en él, negándome a apartarla. Mi corazón latía a un ritmo irregular, pero mi postura era firme.

— Necesitamos su ayuda.

Él soltó una risa baja, profunda y llena de algo que no podía definir. ¿Placer, tal vez? ¿O la certeza de que tenía el control desde el momento en que entramos en el ala Ira?

— ¿Y qué me darán a cambio? —Señaló su regazo con un gesto casual, pero cargado de una orden implícita—. Siéntate.

Sentí cómo el cuerpo de Kyle a mi lado se tensaba, con la ira ardiendo bajo la superficie. No dijo nada, pero su silencio era más ensordecedor que cualquier grito.

— No —gruñó, pero antes de que pudiera continuar, le puse la mano en el brazo y le apreté ligeramente.

— Mantén la compostura —dije en voz baja, pero lo suficientemente firme como para que me oyera.

Sus ojos se clavaron en los míos, pero asintió a regañadientes y dio un paso atrás.

Me volví hacia el *Anfitrión* y me acerqué con cuidado, pero sin vacilar. Cada uno de mis movimientos era calculado, porque sabía que me estaba observando, esperando cualquier señal de debilidad o resistencia.

Sentarme en su regazo fue como cruzar un umbral invisible, donde el aire parecía más denso y cada uno de mis movimientos era observado con una intensidad abrasadora. Me atrajo hacia él, con el brazo alrededor de mi cintura como si fuera una cadena hecha de hierro y seducción.

Su olor era una mezcla de tabaco y algo más antiguo, más visceral, como madera quemada en una noche de tormenta.

—Valiente, realmente valiente —murmuró, con sus ojos grises fijos en los míos. Su voz era tan suave como una cuchilla deslizándose por la carne.

Kyle era una presencia furiosa a mi derecha, rígido como una roca. Sabía lo que le estaba haciendo, lo mucho que odiaba cada segundo, pero su renuencia a intervenir me decía que entendía lo que estaba en juego.

El *Anfitrión* se llevó el cigarro a la boca, aspirando con calma antes de exhalar el humo que formaba espirales perezosas en el aire. Sus dedos comenzaron a deslizarse por la tela de mi vestido, acariciando mi cintura con una intimidad que no tenía permiso, pero que no podía ser cuestionada.

—Podría comerte aquí mismo —susurró, inclinándose hacia mí.

Su otra mano abandonó el cigarro y se posó en mi muslo desnudo, con los dedos moviéndose como si exploraran un territorio desconocido. No había prisa, solo una calma estudiada, como si estuviera desvelando un misterio que solo él podía comprender.

No reaccioné, manteniendo mi postura firme, incluso cuando su tacto subió. Cada provocación calculada para medir cuánto estaba dispuesta a soportar.

Y entonces se detuvo.

Sus ojos brillaban de una manera inusual, más claros e intensos. Levantó la mano que tenía en mi muslo, dejando que sus dedos flotaran en el aire, como si algo lo hubiera hecho dudar.

—Demasiado sagrada para que yo la profane. —Su voz, antes cargada de un deseo casi tangible, ahora sonaba llena de reverencia. Pasó su pulgar suavemente por mi barbilla y su expresión cambió, una sonrisa vagamente enigmática apareció en sus labios—. Ya sé exactamente lo que quiero de ti.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, aunque sabía que Kyle me había advertido que no hiciera preguntas.

— Todo a su debido tiempo. —Se inclinó hacia delante, con la boca cerca del lóbulo de mi oreja—. Pero ten por seguro, querida Vallery, que eres mucho más valiosa de lo que imaginas.

Temblé, pero no de miedo.

No era miedo lo que él inspiraba, sino algo más confuso.

Retiró lentamente su mano de mi cintura, permitiéndome alejarme, pero no sin antes atraparme con una última mirada. Me levanté, con las piernas más temblorosas de lo que me hubiera gustado, y retrocedí hacia Kyle, que me rodeó con sus brazos de forma protectora.

El *Anfitrión* no tuvo que preguntar. Simplemente afirmó, con la calma de quien sabe que ya ha ganado antes incluso de empezar el juego.

— Quiero tu sangre. No tengo nada parecido en mi colección de milagros.

Las palabras me golpearon como olas heladas.

Había reverencia en su voz, una casi adoración que lo hacía todo aún más desconcertante.

¿Mi sangre?

Sentí cómo mi cuerpo se tensaba, mi instinto luchando contra el impulso de preguntar qué significaba eso.

«No hagas preguntas».

Miré a Kyle, buscando alguna orientación. Estaba rígido, con los maxilares apretados y los ojos ardientes en una mezcla de ira y preocupación.

—No —dijo en voz baja, pero la firmeza en su voz era innegable—. Eso es pedir demasiado.

El *Anfitrión* levantó una ceja, con expresión imperturbable, mientras tamborileaba con los dedos en el borde de su copa de vino.

—Es lo único que pido —dijo con una sonrisa vacía, como si el mero concepto de «pedir» fuera una broma—. Pero, claro, pueden seguir tanteando en la oscuridad si lo prefieren.

— Acepto.

— ¡Val!

— No tenemos otra opción, Ky. —Me volví hacia él, con una voz más firme de lo que me sentía—. ¡Están ahí fuera, en algún lugar, y haré lo que sea para traerlos de vuelta!

Kyle me miró fijamente durante un largo momento, con un conflicto evidente en sus ojos. Pero finalmente cedió, aunque la tensión en su cuerpo no disminuyó.

El *Anfitrión* se levantó y chasqueó los dedos, indicándonos que lo siguiéramos.

Nos condujeron a una sala que parecía más bien un laboratorio. Estaba extrañamente limpia, en marcado contraste con el ambiente del ala de Ira. Las mesas de acero inoxidable brillaban bajo una luz fría, y los equipos, que parecían pertenecer a una realidad alternativa, estaban organizados con precisión quirúrgica.

—Aquí será suficiente —indicó un banco alto en el centro de la sala.

Me senté, sintiendo la mirada de Kyle fija en mí como una sombra protectora, mientras el *Anfitrión* se movía por el espacio con una gracia calculada. Seleccionó una jeringa y un pequeño tubo de ensayo, etiquetándolo incluso antes de empezar.

Cuando se acercó, el contacto de sus manos en mi brazo fue inesperadamente suave, casi como si estuviera manejando algo frágil.

—Sabes lo que me estás haciendo, ¿verdad? —Su voz era baja, casi íntima, mientras preparaba la jeringa.

No respondí. No sabía qué decir.

La aguja perforó mi piel y una extraña calma se apoderó de mí mientras mi sangre llenaba la jeringa.

El *Anfitrión* observaba el proceso con una fascinación contenida. Cuando terminó la extracción, levantó el tubo a la luz, girándolo ligeramente como si estuviera admirando un diamante raro.

—Una *Cambion Fertilis* —murmuró para sí mismo, con una lenta sonrisa formándose en sus labios—. El universo aún es capaz de sorprenderme. ¿Quién lo diría?

Mis cejas se fruncieron antes de que pudiera contenerme.

¿Qué significaba eso? ¿Y por qué hablaba como si yo fuera... algo más?

Tragué saliva, armándome de valor para preguntar lo que más importaba.

—¿Dónde están?

El *Anfitrión* inclinó la cabeza, aún sosteniendo el tubo de ensayo como si fuera un trofeo.

—Encontrad la cripta subterránea. —Sus ojos se fijaron en mí, brillando con algo que parecía trascender la comprensión humana—. Y allí estarán aquellos a quienes buscáis desesperadamente.

— ¿Qué cripta? ¿Dónde...?

Kyle me agarró suavemente del brazo, impidiéndome continuar.

Sabía que no conseguiríamos nada más.

Cuando nos dimos la vuelta para salir, la voz del *Anfitrión* nos detuvo, resonando por la sala como un susurro que parecía entrelazarse con la propia realidad.

— No temas tomar lo que siempre te ha pertenecido, pequeña súcubo.

Se me cortó la respiración. El peso de sus palabras cayó sobre mí, una advertencia y una promesa a partes iguales.

Mientras salíamos, lo único que tenía en mente era esa cripta.

Y qué era exactamente lo que estaba destinada a hacer cuando la encontráramos.



CAPÍTULO 74

Entre el umbral de la desesperación y los destellos auspiciosos

El tiempo parecía deslizarse entre mis dedos como arena.

Desde que dejamos *Got Sin?,* las palabras del Anfitrión resonaban en mi mente como un hechizo inquebrantable: *«Encontrad la cripta subterránea».*

Una instrucción sencilla, pero su ejecución era un rompecabezas cuyas piezas se negaban a encajar.

Kyle y yo registramos Thornvale en busca de pistas. Blogs oscuros, rumores locales, leyendas urbanas que mencionaban pasadizos ocultos y antiguos rituales. Ni siquiera Zarah, con toda su habilidad y conocimiento, pudo localizar el lugar.

«Algo muy poderoso protege ese lugar, algo que va más allá de lo que puedo comprender o atravesar», dijo.

Se disculpó, pero la desesperación en su voz solo reforzó lo solos que estábamos.

No culpaba a Zarah por retirarse. Con cada nuevo callejón sin salida, la realidad de la situación parecía más opresiva. Kyle lo disimulaba bien, pero podía sentir la frustración en cada palabra que decía, en cada mirada que me lanzaba cuando creía que no lo veía.

Y entonces, el miedo comenzó a infiltrarse.

Miedo a que nunca los encontráramos.

Miedo de que, incluso si los encontrábamos, algo irreversible ya hubiera sucedido.

Odiaba pensar en ello, pero su ausencia estaba convirtiendo todo lo que nos rodeaba en una sombra de lo que solía ser. Incluso mi cercanía con Kyle, que siempre había sido un lugar seguro para mí, estaba empezando a dolerme.

Él me recordaba a mis hermanos, al igual que yo le recordaba a él.

A veces, parecía que nos aferrábamos el uno al otro por puro instinto, pero cuanto más pasaba el tiempo, más nos alejaba el peso de ese vacío. Kyle era fuerte, siempre lo había sido, pero el duelo estaba corroyendo partes de él que tal vez nunca se restaurarían.

Y yo... yo no sabía cómo ayudarlo.

Quería hacerlo.

Quería tanto que me dolía.

Pero las palabras no parecían bastar, y cada caricia, cada intento de aliviar su dolor, solo parecía agravar el mío.

Cada sonrisa que forzaba, cada vez que se mencionaba el nombre de Kendric o Kellan y él desviaba la mirada... todo me hacía darme cuenta de lo mucho que nos estábamos hundiendo. El abismo entre nosotros era silencioso, invisible, pero estaba ahí, creciendo con cada día que pasaba sin una solución.

Y se acercaba la Navidad. La fecha me parecía ridícula ahora, una celebración de luz y unión que parecía una broma cruel ante la oscuridad en la que estábamos sumidos.

Me acordé de Kellan, con esa sonrisa presumida, diciendo que iríamos juntos al orfanato a entregar los peluches a los niños.

«Yo iré de Krampus, tú irás de ayudante sexy de Papá Noel y Kendric... bueno, él será el Papá Noel más aburrido que haya existido jamás».

Solo de pensar en la escena, una oleada de nostalgia casi me derriba.

—¿Ky? —lo llamé impulsivamente, con la voz más frágil de lo que me hubiera gustado.

Estaba a mi lado en el sofá, mirándome con esa intensidad que solo él tenía.

— ¿Qué pasa?

Dudé un momento antes de responder.

—Quiero ir al cementerio.

Sus ojos se entrecerraron, pero no preguntó por qué. Solo asintió, un gesto sencillo, pero que transmitía una comprensión silenciosa.

Eso era todo.

Él siempre entendía, incluso cuando las palabras fallaban.

Pero aun así... el abismo seguía ahí.



El silencio del cementerio *Shadowgroove* siempre había sido un extraño tipo de consuelo. Quizás fuera el peso del pasado impregnado en el aire, o la ausencia de distracciones del presente. No era un lugar de paz, sino un refugio donde el dolor parecía tener sentido.

La fría brisa de diciembre me cortaba la piel mientras caminaba entre las tumbas, sosteniendo un pequeño ramo de crisantemos blancos. A cada paso, mis botas se hundían ligeramente en el suelo húmedo, pero seguí adelante, atravesando el laberinto de lápidas hasta llegar a su tumba.

Dejé las flores sobre la lápida y me agaché. El gesto era un recordatorio, tanto para mí como para Kellan, de que, fuéramos lo que fuéramos, las consecuencias de nuestros actos nunca podrían borrarse.

«Espero que hayas encontrado la paz». Mi voz era un susurro casi inaudible, llevado por el viento antes de que pudiera llegar a ningún otro oído.

Me quedé allí solo el tiempo suficiente para sentir el peso del pasado asentarse más profundamente sobre mis hombros antes de seguir adelante.

Y mis pies, como guiados por algo más allá de la lógica, me llevaron a otra tumba, aquella que había estado evitando desde el episodio en el Onírico en el que prácticamente nos despedimos.

Brian Mitchell.

«Hijo amado. Amigo leal. Luz en medio de la oscuridad».

«Luz en medio de la oscuridad...». Era irónico y doloroso.

Brian era el tipo de persona que intentaba encontrar la luz en las sombras más densas, pero acabó siendo engullido por ellas. Y ahora... me preguntaba si algún día podría perdonarme de verdad.

— Realmente deseo que hayas encontrado la paz, Brian. Que estés en un lugar mejor... — mi voz falló un poco, pero continué sabiendo que nadie me escucharía. — Quizás ahora finalmente esté pagando por mis pecados... ¿Eso te haría un poco feliz?

—No tienes por qué sentirte mal solo porque no te gustaba.

La voz surgió de la nada, rompiendo el silencio como un trueno contenido. Me giré rápidamente y me encontré a Liam Davenport a pocos pasos de distancia, sosteniendo un ramo de lirios blancos.

— Brian te encontraba atractiva, pero no era a ti a quien realmente quería.

Puse los ojos en blanco, tratando de ignorar la oleada de irritación y sorpresa que provocaron sus palabras.

— Sé que me detestas, pero podrías ser un poco amable y esperar a que me vaya en lugar de intentar insultarme ante la tumba de tu amigo.

— No te detesto —Liam se encogió de hombros, caminando hacia la tumba y arrodillándose para colocar las flores junto a la lápida. Su expresión era una mezcla de cansancio y algo más que no podía descifrar—. Era más bien algo así como... A Liam le gustaba

Brian, que estaba confundido sobre su propia sexualidad y quería intentar algo con la chica guapa de la carrera de periodismo.

Sonrió con amargura antes de continuar:

— Al final, ni tú ni yo. Estamos en paz, Hope.

Me quedé inmóvil, asimilando sus palabras. Liam nunca mostraba ningún tipo de vulnerabilidad, pero había algo crudo y real en su voz.

Y entonces empezó a llorar.

Era un sonido silencioso, pero suficiente para golpearme como un puñetazo. Vi sus hombros temblar ligeramente mientras mantenía la mirada fija en la tumba de Brian.

Algo dentro de mí se apretó.

Antes de que pudiera pensar, di un paso adelante y me agaché a su lado, envolviéndolo en un abrazo vacilante. Para mi sorpresa, él lo aceptó, dejando que su cabeza descansara sobre mi hombro.

Sin embargo, el contacto desencadenó algo inesperado.

Las visiones me golpearon como un rayo, rápidas e imposibles de ignorar.

Vi a los miembros de Omega Rho, sus figuras envueltas en túnicas azul oscuro, los rostros ocultos en las sombras mientras caminaban por el campus bajo la tenue luz de la luna. Llegaron a la biblioteca principal. Una estantería se movió como por arte de magia, revelando un pasadizo secreto. El pasillo que había más allá era estrecho, con paredes de piedra que parecían sudar por la humedad del subsuelo.

El olor era abrumador: velas encendidas, tierra húmeda y algo metálico en el aire, como sangre. Bajaron por una escalera de caracol que parecía no tener fin. Cuando llegaron a la cripta, sentí la opresión como un golpe. Era una gran sala, iluminada por velas negras dispuestas en círculo alrededor de un altar de piedra . Las paredes estaban decoradas con murales antiguos, cuyas imágenes descoloridas mostraban escenas de lo que parecían ser rituales.

El altar era el centro de todo. Una gran piedra oscura, llena de símbolos grabados que brillaban débilmente. Sobre él había un objeto que reflejaba la luz de las velas, algo pequeño, pero cargado de una energía que me ponía la piel de gallina.

El suelo estaba frío y manchado en algunos puntos, como si algo se hubiera derramado allí hacía mucho tiempo. Se oía el sonido de agua goteando en la distancia, pero no pude ver de dónde venía.

Los miembros de la fraternidad estaban arrodillados alrededor del altar, susurrando palabras en un idioma que no reconocía. Los susurros parecían crecer, llenando el espacio, como si el propio ambiente estuviera respondiendo.

Las visiones desaparecieron tan abruptamente como habían comenzado, como una llama apagada por un soplo.

La conexión con Liam se rompió, dejándome aturdida y vacía, como si algo vital me hubiera sido arrancado de dentro.

Mis manos temblaban cuando me alejé de él, y mi respiración era entrecortada y desesperada. La energía que antes latía entre nosotros había desaparecido, pero su recuerdo aún hormigueaba en mi piel, como una corriente eléctrica que no sabía dónde disiparse.

Liam estaba confundido, la preocupación se reflejaba en sus ojos rojos por el llanto. Parecía a punto de preguntar algo, pero levanté la mano, impidiendo que cualquier palabra saliera de su boca.

— Yo... tengo que irme —logré decir, con la voz ronca, casi en un susurro.

No sabía cómo explicar lo que había sucedido, pero sentía con una certeza inquebrantable que aquellas visiones eran reales. No eran fruto de mi mente agotada ni de una alucinación. Era algo mucho más grande, profundamente arraigado en una energía que apenas comenzaba a comprender.

Las gotas de lluvia comenzaron a caer tan pronto como crucé las puertas del cementerio. Cada paso parecía acercarme más a algo inevitable, y mi cuerpo se movía solo, como si siguiera una llamada invisible.

Cuando llegué al todoterreno, Kyle ya estaba fuera, esperándome con mirada atenta y preocupada. La lluvia caía a cántaros, resbalando por sus sienes y empapando su ropa, pero él parecía no darse cuenta.

—¿Val? —Dio un paso adelante, escrutando mi rostro como si intentara descifrar lo que había sucedido.

Mi respiración era entrecortada, pero las palabras salieron firmes, cargadas de una convicción que no sabía que tenía:

— ¡Sé dónde están!

Por un momento, se quedó inmóvil, como si no estuviera seguro de haber oído bien. Entonces sus ojos se entrecerraron, brillando con una mezcla de alivio y algo casi salvaje.

— ¿Estás segura? —Su voz era baja, pero había algo peligroso en ella, como una cuerda tensada a punto de romperse.

Asentí, con el peso de la revelación creciendo en mi pecho.

— Sí.

Kyle se acercó, sus dedos sujetando mis hombros con firmeza, pero sin hacerme daño. Había algo abrumador en sus ojos, una mezcla de alivio y determinación que parecía mantenerme clavada en el sitio.

— Entonces vamos a buscarlos. No importa lo que nos esté esperando.

La lluvia, que antes caía como una melodía lejana, se volvió más violenta, tamborileando en el techo del coche. Los relámpagos cortaban el cielo, iluminando por breves momentos su rostro tenso, cada línea marcada por la feroz determinación de alguien que no estaba dispuesto a perder nada más.

Nos quedamos así, atrapados en un silencio cargado, con el mundo a nuestro alrededor desmoronándose en agua y truenos. Su mirada se encontró con la mía de nuevo, sin decir una palabra, y sentí que algo se establecía entre nosotros: una promesa muda.

No importaba lo que nos esperara.

No importaba el precio.

Estábamos juntos en esto.

Asentí con la cabeza, sintiendo que mi respiración finalmente se estabilizaba mientras un trueno retumbaba, resonando dentro de mí. Era como si el universo compartiera nuestra urgencia, nuestros dolores y nuestra decisión.

El peso de la promesa en su mirada me golpeó como una descarga eléctrica. No éramos solo dos personas luchando contra las probabilidades. Éramos algo más, algo inquebrantable, incluso mientras nos desmoronábamos por dentro.

Kyle me apretó ligeramente los hombros antes de soltarlos, como si quisiera transmitirme fuerza, y abrió la puerta del coche para que entrara. La lluvia cayó con más fuerza aún cuando dio la vuelta, cada paso un desafío contra el viento y la tormenta que parecían gritarnos.

En cuanto se sentó en el asiento del conductor, su mano agarró el volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

No necesitó decir nada más.

El silencio que se instaló entre nosotros no era de incertidumbre, sino de resolución.

La tormenta exterior parecía reflejar lo que estaba por venir, pero por primera vez en días, sentí que íbamos por el buen camino.



La tormenta seguía azotando Thornvale, la lluvia torrencial convertía las calles en ríos mientras Kyle conducía a toda velocidad. El sonido del agua golpeando el techo del coche era ensordecedor, pero no podía ahogar el sonido de mi corazón martilleando en mi pecho.

La universidad ya estaba cerrada cuando llegamos, pero eso no nos detuvo. Kyle aparcó en una zona más apartada y apagó el motor con un rugido sordo. El cielo estaba iluminado por los relámpagos, que cortaban la oscuridad con destellos repentinos y amenazantes.

—¿Estás lista? —preguntó Kyle, con voz baja pero cargada de tensión.

Asentí, ajustándome la capucha de la chaqueta para protegerme la cara de la lluvia. No había palabras para describir lo que estábamos a punto de hacer. Sabíamos que el tiempo era oro y que cualquier vacilación podría costarnos caro.

Cruzamos el campus a toda prisa, con nuestros pasos resonando contra el suelo mojado. A pesar de las ráfagas de viento y la lluvia implacable, sentía algo diferente. Un magnetismo innegable. Era como si una fuerza invisible me guiara, empujándome hacia un destino que no comprendía del todo, pero que sabía que debía alcanzar.

Mi mente divagó hacia los rumores sobre Omega Rho, la fraternidad más controvertida de *la Universidad de Thornvale*. Los susurros sobre rituales y pactos siempre circulaban por los pasillos de la universidad, pero el rectorado lo negaba todo con vehemencia.

«No hay nada debajo del campus», decían.

Yo sabía que era mentira.

— Por aquí —mi voz sonó más firme de lo que esperaba, y Kyle simplemente me siguió, confiando en mi intuición.

Cruzamos el patio central, iluminado solo por los relámpagos. La biblioteca principal se alzaba ante nosotros, imponente y silenciosa como un antiguo centinela. La puerta principal estaba cerrada, pero no era por ahí por donde teníamos que entrar.

Sin dudarlo, caminé hasta el lateral del edificio, donde había una pequeña entrada de servicio. Giré el pomo y, para mi sorpresa, la puerta cedió. El e l estrecho pasillo estaba oscuro y húmedo, con olor a papel viejo y algo metálico en el aire.

— ¿Lo viste en la visión?

—Sí. —Mi tono era firme, pero cada paso parecía más pesado mientras avanzábamos por el pasillo.

Llegamos a la zona principal de la biblioteca, donde interminables filas de estanterías se alzaban como guardianas de

secretos enterrados hacía mucho tiempo. Pero no estábamos allí por los libros. Corrí hacia una de las estanterías del fondo, mis dedos tocando casi instintivamente los volúmenes en el orden que había presenciado en la visión.

Con un clic casi imperceptible, la estantería se movió, revelando un pasadizo oculto.

—No puedo creer que esto estuviera aquí todo este tiempo —murmuró Kyle, con los ojos atentos y alertas.

El pasadizo nos llevó a una escalera de piedra en espiral, cada escalón iluminado por una tenue luz que parecía emanar de las propias paredes. El aire se volvió más pesado a medida que descendíamos, y el olor a tierra húmeda y velas encendidas se hizo cada vez más intenso.

Mi respiración se aceleraba con cada paso, pero la atracción que sentía me impedía dudar. No era solo determinación, era algo más primitivo.

Cuando finalmente llegamos al final de la escalera, un estrecho pasillo se abrió ante nosotros, conduciendo a una gran puerta de madera tallada con símbolos que parecían moverse bajo la luz de las antorchas clavadas en las paredes.

—Es aquí —dije en un susurro.

Kyle asintió, con la mandíbula tensa mientras empujaba la puerta con fuerza. Se abrió con un chirrido largo y grave, revelando el interior de la cripta.

Era exactamente como lo había visto.

La sala era amplia, con las paredes decoradas con antiguos murales de rituales que parecían tan vivos como inquietantes. El altar de mármol oscuro se encontraba e en el centro, rodeado de velas negras cuyas llamas titilaban, pero no se apagaban, a pesar de la corriente de aire que nos seguía.

Y allí estaban.

Kendric y Kellan.

Mis rodillas se debilitaron al verlos.

Los dos estaban arrodillados en el suelo, encadenados a grandes anillos de hierro fijados a las paredes. En su forma de íncubo, con las alas guardadas. Parecían agotados, casi inconscientes, pero el sonido de la puerta los despertó.

Sus ojos se abrieron lentamente y, cuando me vieron, algo cambió en sus expresiones.

—Cariño... —Kellan fue el primero en murmurar, con voz ronca y débil.

Kendric no dijo nada, pero su mirada se encontró con la mía y fue como si algo en mí se rompiera y se curara al mismo tiempo.

—¡Kendric! ¡Kellan! —grité, corriendo hacia ellos.

Pero antes de que pudiera alcanzarlos, algo me detuvo.

Una barrera invisible se levantó entre nosotros, empujándome hacia atrás con una fuerza que me dejó sin aliento.

—¡Val! —gritó Kyle, sujetándome antes de que cayera.

Me levanté con dificultad, mirando la barrera que latía con una energía opresiva.

—¿Qué es eso? —Mi voz salió entrecortada, con la mente buscando respuestas.

Al otro lado, Kendric y Kellan intentaron moverse, pero las cadenas los mantenían atrapados.

— No deberían estar aquí... — Kendric finalmente habló, con voz baja, pero llena de una advertencia desesperada.

Mi corazón se encogió al verlos en ese estado.

Kyle avanzó, probando la barrera con la mano, pero fue repelido con la misma fuerza.

—¡Mierda! —gruñó, con evidente frustración.

No sabía qué hacer.

Todo en mí gritaba que los salvara, pero esa barrera... Algo más allá de nuestro alcance nos separaba.

Kendric y Kellan estaban tan cerca, pero aún fuera de nuestro alcance.

El aire dentro de la cripta pareció cambiar, volviéndose más pesado, como si algo, o alguien, nos observara desde las sombras. Mis instintos me gritaban que mirara a mi alrededor, pero mis ojos permanecían fijos en Kendric y Kellan, atrapados más allá de la barrera que parecía viva, palpitando con una energía que yo no entendía.

—Tenéis que salir de aquí ahora mismo —susurró Kendric, con una voz casi gemida, pero cargada de una desesperación que me heló hasta los huesos.

Pero yo no había llegado hasta allí para rendirme sin más.



CAPÍTULO 75

Entre cadenas invisibles y pruebas irrevocables

Golpeé la barrera por tercera vez, y el impacto resonó en mi cuerpo como una descarga eléctrica. Me latía el hombro y respiraba con dificultad mientras miraba a Kendric y Kellan, que seguían arrodillados al otro lado.

Estaban tan destrozados como yo me sentía. Sus cuerpos encadenados parecían más sombras que los hombres que conocía. Y, sin embargo, había algo en sus ojos... una chispa, un reconocimiento que me decía que, sin importar lo que enfrentáramos, nos necesitábamos unos a otros.

—¡Kendric! ¡Kellan! —grité de nuevo, mi voz resonando en el espacio vacío.

No respondieron. No era necesario. La mirada que me lanzaron fue suficiente para oprimirme el corazón, mientras una parte de mí luchaba contra el pánico creciente.

—¡Maldita sea! —exclamé, golpeando la barrera una vez más, solo para ser repelida.

Kyle estaba justo detrás de mí, tenso e inmóvil. Observaba todo con mirada aguda, como si esperara una oportunidad, una solución, pero no había nada. Solo silencio, pesado y opresivo.

Y entonces llegó la voz.

—Qué encantador reencuentro... —El sonido resonó por la sala, suave como un susurro y tan seductor como el canto de una sirena. Me quedé paralizada, cada músculo de mi cuerpo se tensó al oír ese tono que ya conocía tan bien—. ¿O sería más apropiado decir «intento»?

Giré el cuerpo, mis ojos escudriñando el espacio a mi alrededor, pero no había nadie allí. Solo sombras que parecían alargarse con cada palabra que él decía.

—Asmodeus... —murmuré, casi como una súplica o una maldición.

Su risa fue baja, casi íntima, como si estuviera a mi lado, susurrándome al oído.

—Iba a darte la opción de elegir con cuál de ellos preferías quedarte. Pero como te has vinculado a mi primogénito, no lo consideré necesario.

La tensión en mi cuerpo alcanzó un nuevo nivel, como si cada una de sus palabras fuera un hilo que me apretaba la garganta.

— ¿Por qué no me matas de una vez y acabas con esto? —lo desafié, con la voz cargada de ira, pero temblando por el peso de la impotencia.

—¿Matarte? —Hizo una pausa deliberada, el sonido de su respiración casi palpable—. Niña tonta. ¿Por qué perdería el tiempo con tonterías si quisiera matarte?

El sarcasmo en su voz era afilado, un cuchillo invisible que perforaba mi orgullo.

— Entonces, ¿qué ha sido todo esto hasta ahora? —Mi voz se elevó, resonando en el espacio—.

— ¿Cómo suelen hablar los humanos? Ah, sí... Fue un *empujoncito*.

Parpadeé confundida, tratando de entender lo que quería decir, pero el silencio que siguió fue sofocante.

— ¿Un empujoncito? —repetí, incrédula.

— Te has convertido en quien debías ser, ¿no? —Su voz sonaba casi paternal ahora, como si estuviera hablando con un niño que finalmente había aprendido una lección importante—. Deberías darme las gracias, no cuestionarme.

La ira creció dentro de mí. Hablaba como si todo fuera parte de un plan, como si todo el dolor y la pérdida que había sufrido fueran una

especie de prueba.

— ¿De verdad crees que me estás haciendo un favor?

Su risa volvió a llenar el espacio, lenta y calculada, antes de responder:

— Algún día lo entenderás... pero por ahora, puedo ser bueno y dejarte elegir a uno de ellos. Te daré uno de mis hijos, así que piensa bien tu respuesta. No habrá una segunda oportunidad.

Mi corazón se detuvo por un segundo antes de empezar a latir con fuerza.

¿Elegir?

¿Hablaba en serio?

Mi mirada se volvió hacia Kendric y Kellan, y por primera vez, la desesperación en sus ojos era evidente.

Sabía lo que Asmodeus estaba tratando de hacer. Quería dividirme... romperme. Pero no le daría ese placer.

Miré fijamente a Kendric y Kellan, y el aire a mi alrededor se volvió más denso, difícil de respirar. Estaban tan agotados, y su mirada... Ambos sabían que yo nunca podría elegir.

Mi mente se llenó de recuerdos. Kendric, con su calma protectora, siendo el ancla que necesitaba en las peores tormentas. Kellan, siempre con esa sonrisa provocadora, trayendo luz incluso en los momentos más oscuros. Y Kyle, detrás de mí, cada respiración suya era un recordatorio de que todavía estábamos luchando.

Me enderecé, con el peso de la decisión presionando mis hombros, pero mi corazón estaba firme.

—¡Los quiero a los tres! —Las palabras salieron antes de que pudiera pensar, cortando el silencio como una navaja.

—No. Elige solo a uno. —La voz de Asmodeus cambió. Ya no se reía. Ahora había tensión en ella, algo que parecía tanto irritación como fascinación.

—No. ¡Los tres! —Repetí, cada palabra cargada de más convicción.

—No.

— Somos una unidad. ¡Elijo los tres! —Mis manos temblaban, pero mi voz no.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Entonces, volvió a hablar, con la voz más baja, más sombría.

— Tan terca como tu madre.

Se me cortó la respiración.

Era como si me hubiera golpeado con un puñetazo invisible.

— Si no puedo quedarme con los tres, prefiero quedarme sin ninguno. Sin ninguno de ellos, estaré incompleta de todos modos. ¡Los tres o nada!

— ¿Nada? ¿Estás segura? — Parecía curioso, como si estuviera poniendo a prueba los límites de mi corazón.

— Sin ninguno de los tres, o nada... de todas formas salgo perdiendo.

La risa volvió, pero esta vez era diferente.

Más sombría, más profunda, como el sonido de truenos lejanos.

— Me gusta que lo sepas. — Había una satisfacción perversa en sus palabras. — Entonces está bien, puedo dejarte quedarte con los tres... pero tendrás que salvarlos por tu cuenta.

— ¿Qué? —Mi cuerpo se tensó, mi corazón latía con fuerza.

— Esta cripta es una fortaleza antidemoníaca... Ninguna criatura del infierno, una vez que entra, es capaz de salir. Buena suerte con eso, pequeña aberración.

Su voz desapareció, pero la opresión que nos rodeaba permaneció. Las cadenas de Kendric y Kellan brillaban con una luz tenue, como si también se rieran de nosotros.

Me volví hacia Kyle y encontré sus ojos llenos de ira y determinación.

—Vamos a sacarlos de aquí —dijo, y la promesa en su voz fue el ancla que necesitaba.

Mis ojos volvieron a Kendric y Kellan. No sabía cómo, pero estaba segura de una cosa.

No los dejaría atrás.

La barrera latía ante mí, como si tuviera vida propia. Cada vez que intentaba atravesarla, me empujaba hacia atrás con una fuerza invisible que parecía susurrar «ríndete» con cada latido de mi corazón.

Kendric y Kellan seguían arrodillados al otro lado, tan inmóviles como estatuas, pero sabía que estaban luchando. Luchando contra las cadenas que los ataban, contra la energía opresiva que los agotaba.

Kyle estaba a mi lado, respirando con dificultad, con los ojos fijos en la barrera como si intentara encontrar una brecha, cualquier fallo que pudiéramos aprovechar. Levantó la mano y la presionó contra la energía, pero retrocedió inmediatamente, con un gruñido escapándose de sus labios.

—Esta cosa está agotando mis fuerzas —murmuró, con los ojos oscurecidos por la frustración.

— ¡Entonces déjame ocuparme de ello!

Él dudó, pero finalmente dio un paso atrás, permitiéndome tomar el relevo.

Cerré los ojos y respiré hondo. Mis sentidos estaban en alerta máxima, como si algo dentro de mí estuviera esperando el momento adecuado para emerger.

Cuando los volví a abrir, sentí el cambio.

Era como si una puerta dentro de mí se hubiera abierto, permitiendo que algo primitivo y salvaje tomara forma. La piel de mi cuerpo comenzó a calentarse, una corriente eléctrica recorría cada célula, cargándome de una energía que era tan mía como extraña.

El aire a mi alrededor temblaba, distorsionado por un aura que latía con fuerza creciente, y mi respiración se volvió más profunda, casi animal. Las uñas de mis manos se alargaron, convirtiéndose en garras negras y brillantes, afiladas como cuchillas. Observé los cambios con una mezcla de familiaridad y fascinación.

Sentí el repentino alargamiento de mis dientes, los caninos creciendo con una presión que era a la vez incómoda y liberadora. El sabor metálico de mi propia saliva delataba la transformación completa.

Mi forma de súcubo se apoderó de mí como una segunda piel, tan natural como la carne que habitaba, pero infinitamente más poderosa. Las curvas de mi cuerpo se hicieron más pronunciadas, los movimientos fluidos y cargados de una seducción casi instintiva. Mis sentidos explotaron: la vista se volvió más nítida, los olores más vivos, el sonido del corazón de Kyle latiendo frenéticamente llenando mis oídos.

No solo era más fuerte. Era una fuerza, una criatura forjada para conquistar, destruir y, si era necesario, proteger a los míos.

Cuando levanté la vista hacia la barrera, ya no había dudas.

Kyle, aunque agotado, no dudó en hacer lo mismo. Su piel comenzó a oscurecerse, adquiriendo un tono profundo y sombrío que parecía absorber la poca luz que nos rodeaba. La transformación fue casi visceral, como si su esencia demoníaca estuviera desgarrando la capa humana que la cubría.

Sus ojos brillaron con un rojo intenso, como brasas vivas, una luz pulsante que irradiaba furia y determinación. El calor emanaba de su cuerpo, el aire a su alrededor temblaba como si estuviera a punto de combustionar.

Entonces, con un movimiento brusco, las alas demoníacas se abrieron con un sonido atronador, un arco imponente que hizo vibrar el aire a nuestro alrededor. Las membranas eran de un negro opaco, pero a la tenue luz parecían contener hilos rojos que latían como venas vivas, lo que les daba un aspecto amenazador y hipnótico.

Su presencia era abrumadora, una sombra poderosa que parecía devorar todo a su alrededor. Aun así, había algo protector en su postura, como si se estuviera preparando para enfrentarse a cualquier cosa que se atreviera a detenernos.

Cuando su mirada se encontró con la mía, el rojo ardiente de sus ojos brilló aún más, un silencioso recordatorio de que, a pesar del agotamiento, no retrocedería.

«Vamos juntos», dijo, con la voz un poco más grave en su forma demoníaca.

Asentí y juntos avanzamos contra la barrera.

El impacto fue como chocar contra una pared de hierro en llamas, una fuerza invisible que nos lanzó hacia atrás, dejándonos sin aire en los pulmones. Pero no dudamos. Reunimos lo que nos quedaba de fuerzas y volvimos a atacar, cada golpe cargado de pura determinación.

La energía que pulsaba contra nosotros era opresiva, una ola constante que parecía morder nuestra piel, invadir nuestros huesos y succionar nuestra vitalidad. Era como si la barrera estuviera viva, alimentándose de cada embestida, haciéndose más fuerte mientras nosotros nos debilitábamos.

Kyle, a mi lado, era un huracán de poder, con sus alas batiendo con un estruendo que hacía vibrar el suelo. No retrocedía, ni siquiera cuando la energía lo golpeaba como una corriente eléctrica, drenándolo más rápido de lo que podía resistir.

Entonces lo vi.

El feroz brillo de sus ojos comenzó a vacilar, disminuyendo como una llama amenazada por el viento. Su postura seguía siendo de combate, pero el peso del agotamiento estaba ganando, robándole fuerzas a cada segundo.

Se me formó un nudo en el pecho, apretándome hasta casi asfixiarme. La desesperación se extendió dentro de mí como un incendio, caliente e incontrolable, quemando cualquier pensamiento racional.

No iba a funcionar. No de esa manera.

Fue entonces cuando las palabras del Anfitrión volvieron a mi mente, como un eco lejano, pero claro como el cristal.

«Demasiado sagrada para que yo la profane...».

«¿Sabes lo que me estás dando?

«Más valioso de lo que imaginas».

«Quiero tu sangre. No tengo nada parecido en mi colección de milagros».

Mi corazón se aceleró, el sonido martilleaba en mis oídos mientras las piezas finalmente encajaban. No era mi fuerza demoníaca lo que temía la barrera. Era algo más profundo, que apenas entendía, pero que siempre había estado ahí, esperando el momento adecuado para revelarse.

Una esencia que no pertenecía al infierno. Una parte de mí que iba más allá de las sombras, de la oscuridad y de cualquier poder demoníaco.

La percepción me golpeó como un rayo, una verdad tan clara que casi me dejó sin aliento. No era la violencia ni la fuerza lo que rompería la barrera. Era la esencia celestial que latía dentro de mí, una energía que era a la vez desconocida e innegablemente mía.

Mi esencia celestial era la que siempre me curaba y protegía. Y si para el *Anfitrión* mi sangre era algo tan precioso que la quería en su *colección de milagros*, entonces ya tenía mi respuesta.

Sin dudarlo, levanté mis garras. El agudo sonido de la piel al ser cortada resonó por la sala mientras hacía un profundo corte en ambas manos. La sangre brotó en chorros calientes, brillando con una intensidad inusual bajo la luz oscilante de las velas.

Kyle me miró, con los ojos muy abiertos y alerta.

—¿Qué estás haciendo? —Su voz era ronca, los efectos de la deshidratación eran evidentes, pero su tono transmitía algo más: preocupación.

— Confía en mí —susurré, con la mirada fija en la barrera.

Sin darle tiempo a detenerme, avancé.

Extendí mis manos ensangrentadas hacia la superficie palpitante, sintiendo el calor de la barrera incluso antes de tocarla. Cuando mis palmas se presionaron contra la energía invisible, una ola de luz deslumbrante explotó por la sala, como si el aire mismo se hubiera roto en mil pedazos.

Caí de rodillas, jadeando, pero cuando miré hacia arriba, las cadenas que ataban a Kendric y Kellan comenzaron a brillar.

—¿Cómo...? —murmuró Kendric, con los ojos fijos en mí, tan sorprendido como confundido.

Me levanté con dificultad, sintiendo que las palmas de mis manos se curaban rápidamente, como si nada hubiera pasado.

—Has sido tú... —susurró Kellan, con voz llena de incredulidad.

Kyle todavía estaba recuperando el aliento, pero me observaba con una mezcla de fascinación y agotamiento.

Me acerqué primero a Kendric. Sus cadenas estaban debilitadas y, con un solo movimiento de mis garras, se rompieron. Cayó hacia delante y lo sostuve, sintiendo el peso de su cuerpo débil contra el mío.

—Ya está todo bien, mi señor —murmuré, acariciándole el cabello con las manos mientras él me abrazaba con fuerza, como si intentara anclarse a la realidad.

Luego fue el turno de Kellan. Sus cadenas cedieron tan fácilmente como las de Kendric, y tan pronto como lo liberé, se lanzó contra mí, atrayéndome hacia un abrazo que me dejó sin aliento.

—Has venido... —susurró con voz entrecortada.

Los tres nos quedamos allí un momento, el mundo a nuestro alrededor desapareciendo mientras absorbíamos la presencia de los demás.

Entonces, la voz de Kyle rompió el silencio:

— Hemos entrado, pero ¿cómo salimos?

Tenía razón.

La barrera estaba destruida, pero seguíamos atrapados dentro de una fortaleza diseñada para impedir que las criaturas del infierno salieran.

Asmodeus no nos lo pondría fácil.

Me enderecé, mirando a Kendric y Kellan, aún frágiles, pero vivos. La chispa de esperanza en sus ojos hizo que algo creciera dentro de mí. No era solo determinación... era certeza.

— Sé exactamente cómo va a suceder. —Mi voz sonó más fuerte de lo que esperaba.

—¿Y cómo, exactamente? —Kyle arqueó una ceja, con una expresión que mezclaba escepticismo y curiosidad.

Me volví para mirar a sus hermanos, ambos con la mirada fija en mí, llenos de dudas y algo más profundo: confianza.

Las palabras del *Anfitrión* resonaron en mi mente una vez más.

«No tengas miedo de tomar lo que siempre estuvo destinado a ser tuyo».

También recordé lo que Zarah había dicho sobre el vínculo matrimonial: una unión de esencias, algo que trascendía lo físico. Era puramente espiritual.

—Confíen en mí. —Mis palabras eran una orden y una petición al mismo tiempo.

Kendric y Kellan intercambiaron una rápida mirada antes de asentir, con sus cuerpos aún frágiles, pero sus espíritus intactos.

Respiré hondo, sabiendo que no había vuelta atrás, y los agarré, animándolos a ponerse de pie conmigo. Aunque débiles, lo consiguieron y, con un movimiento rápido, tiré de Kellan hacia mí, con mis manos sujetándole firmemente por los hombros.

Sus ojos se abrieron como platos cuando me incliné y, antes de que pudiera decir nada, mis colmillos perforaron la piel de su cuello con fuerza y determinación.

—¡Vallery! —exclamó Kendric, pero yo ya me estaba volviendo hacia él, dejando a Kellan atrás con los ojos muy abiertos por la sorpresa y algo más que parecía... fascinación.

Entonces agarré a Kendric con la misma firmeza, ignorando sus protestas mientras mis dientes encontraban su piel. Su sabor inundó mis sentidos y algo primitivo en mí se despertó, pero me obligué a mantener el control.

— Sois míos, para siempre —mi voz salió en un gruñido, mientras soltaba a Kendric y miraba a los dos, que ahora me miraban como si estuvieran viendo algo que no podían entender—. ¡O nos salvamos juntos, o morimos juntos!

Kyle, todavía sentado en el altar, observaba todo con atención. Su mirada no era de juicio, sino de silenciosa comprensión, como si supiera que eso no solo era necesario, sino correcto.

Kellan fue el primero en moverse.

Dio un paso adelante y me atrajo hacia él para darme un beso feroz y posesivo que dejaba claro que entendía perfectamente lo que había hecho. Cuando nos separamos, Kendric estaba allí, atrayéndome hacia él también. Los dos me rodearon, con una presencia tan intensa como reconfortante.

Y en un movimiento sincronizado, se inclinaron, clavándome los dientes en ambos lados del cuello.

— Vaya. Para siempre... —susurraron al unísono, sus voces resonando como un antiguo y inquebrantable juramento.

Kellan y Kendric seguían cerca, sus cuerpos irradiando una energía cruda que parecía entrelazarse con la mía. Aunque frágiles, su presencia era abrumadora, sus formas originales más imponentes que cualquier cosa que yo hubiera presenciado jamás.

Los ojos de Kellan recorrieron mi cuerpo, ahora completamente transformado, sus alas negras curvándose ligeramente en un gesto que parecía reverencia y deseo al mismo tiempo. Kendric estaba inmóvil, pero el brillo de sus ojos decía más de lo que cualquier palabra podría expresar.

—Estás... —comenzó Kellan, con la voz ronca y entrecortada. Se acercó, tocando ligeramente mi piel con la punta de los dedos—. Magnífica.

La tensión sexual entre nosotros era palpable, una fuerza magnética que nos atraía cada vez más. Sabía lo que había que hacer. Sabía que, para consumar el vínculo, teníamos que entregarnos por completo, no solo con el cuerpo, sino también con el alma.

— Confía en mí —susurré, con la mirada alternando entre los dos.

Kendric fue el primero en romper el silencio. Se adelantó, sus manos firmes sujetándome por la cintura mientras sus ojos se encontraban con los míos. No había duda ni vacilación en su tacto, solo

aceptación y algo más profundo que nos conectaba a un nivel que apenas podía comprender.

—Siempre hemos confiado en ti, Hope. —Su voz era un susurro grave, cargado de emoción.

Kellan estaba a nuestro lado en cuestión de segundos, su tacto más impetuoso, algo desesperado. Deslizó los dedos por mi cara, sujetándola delicadamente mientras sus ojos ardían con intensidad.

— Llévanos a donde tengamos que ir. —Su voz era un desafío, pero también una petición.

Los acerqué más a mí, sintiendo el calor de sus cuerpos contra el mío. Mis manos tocaron los cuernos de Kendric, un gesto que lo hizo estremecerse, mientras Kellan se inclinaba y sus labios encontraban los míos en un beso feroz y posesivo. El mundo a nuestro alrededor desapareció, dejando a o solo el sonido de nuestras respiraciones y el latido constante de nuestros corazones entrelazándose.

Cuando me separé de Kellan, me volví hacia Kendric y encontré su boca con la mía. Él era más gentil, más lento, pero no menos ardiente. Su sabor era diferente, pero igualmente adictivo, como si cada uno de los tres fuera una mitad del todo que tanto anhelaba.

La energía que nos envolvía era ahora tangible, pulsando en ondas que parecían resonar con el propio espacio que nos rodeaba. Las velas a lo largo de las paredes titilaban, sus llamas bailando como si fueran parte del ritual que estábamos realizando.

—Sois míos —murmuré, con una certeza en mi voz que nunca antes había sentido—. ¡Para siempre!

Las palabras habían sido pronunciadas, pero no necesitábamos más promesas. El espacio que nos rodeaba parecía vibrar con una energía que trascendía lo físico, conectándonos de una manera que nunca había imaginado posible. Era como si el aire estuviera cargado, cada respiración que compartíamos reforzaba un vínculo que desafiaba todo.

Kellan fue el primero en moverse. Sus dedos trazaron un camino por mi rostro, bajando hasta mi cuello, donde las marcas que él y Kendric habían dejado aún latían con un calor que parecía resonar en

todo mi cuerpo. Su aliento era cálido contra mi piel, un susurro que me incendiaba por dentro.

—Nos perteneces... pero nunca fue solo eso, ¿verdad? —murmuró con una intensidad casi imposible de soportar.

Kendric estaba justo detrás de mí, sus manos encontrando mi cintura, sosteniéndome con una reverencia casi sagrada. Era lo contrario de su hermano en su enfoque. Mientras Kellan era fuego, Kendric era un río profundo, su presencia penetrando lentamente, hasta lo más profundo de mi alma.

—Y nosotros te pertenecemos a ti. —La voz de Kendric era grave, un sonido que resonó en lo más profundo de mi ser.

No importaba lo que Asmodeus hubiera planeado o lo que nos esperara fuera de aquella fortaleza, lo que teníamos allí era más grande que cualquier trampa, cualquier amenaza.

Mis manos los tocaron, explorando los contornos de sus cuerpos como si quisiera memorizar cada detalle. Sus formas demoníacas, tan familiares y a la vez tan nuevas para mí, eran poderosas y majestuosas. Cada músculo parecía vibrar con energía contenida, y sentí su tensión en respuesta a mis caricias, como si estuvieran esperando solo mi permiso para liberarse por completo.

Kellan se inclinó primero, sus labios encontraron los míos en un beso feroz y exigente. Me sujetó la cara con ambas manos, como si quisiera consumirme, y yo le correspondí con la misma intensidad, mis uñas arañándole ligeramente los hombros y arrancándole un sonido ronco de la garganta.

Cuando nos separamos, Kendric ya estaba allí, su boca encontrando la curva de mi cuello, exactamente donde me había marcado antes. El calor de su tacto era una promesa, su reverencia un contraste gritante con el deseo bruto que llenaba el espacio entre nosotros.

Todo lo que quedaba era el ritmo sincronizado de nuestras respiraciones, los susurros que se escapaban entre besos y caricias.

Entonces Kendric me sujetó con firmeza, sus fuertes manos anclándome mientras sus ojos no se apartaban de los míos. Sentí

cuando me llenó, y una ola de calor se apoderó de mi cuerpo, irradiando por cada fibra de mi ser.

No era solo el contacto físico... era algo mucho más profundo, que me atravesaba y conectaba con partes de mí que ni siquiera sabía que existían.

Un suspiro escapó de mis labios, casi como un gemido, y el rostro de Kendric se transformó. Sus ojos, normalmente llenos de control y determinación, mostraron una vulnerabilidad que me dejó sin aliento. Era como si él sintiera lo mismo, esa conexión visceral, como si nuestras almas se fusionaran en el mismo momento en que lo hicieron nuestros cuerpos.

— Tú... — comenzó, pero las palabras murieron en su garganta. Inclinó su frente contra la mía, su respiración pesada y entrecortada mientras sus movimientos se sincronizaban con mi ritmo. — Es como si estuviera volviendo a casa.

Su tono era grave, cargado de emoción, y sentí una lágrima caliente correr por mi mejilla. La lujuria que emanaba Kendric también era cruda e incontrolable. Me agarró la cintura con más fuerza, como si tuviera miedo de soltarme, de perderme.

La energía que nos conectaba era palpable, pulsando a nuestro alrededor como una corriente invisible. Sentí la marca que le había dejado, el mordisco que aún latía en su piel, como un reflejo de la marca que él había dejado en mí.

—Te amo... —murmuró como si fuera una plegaria, y en ese momento supe que estábamos donde siempre debíamos estar—. ¡Mi Hope!

Sentí a Kellan acercarse por detrás, su presencia tan abrumadora como el momento mismo. Deslizó sus manos por mi espalda, sus garras lo suficientemente suaves como para erizar mi piel, pero cargadas de un deseo bruto que aceleraba mi corazón.

—Me toca, nena —murmuró con voz ronca y cargada de lujuria, el calor de su cuerpo contra mi espalda enviándome una oleada de anticipación que me hizo temblar en los brazos de Kendric.

Sentí cuando colocó su polla en mi culo, sus manos sujetándome con firmeza, pero sin prisas. Luego se inclinó, dejando un beso húmedo y provocador en el punto donde mi cuello se unía con mi hombro, justo donde su marca aún latía con el recuerdo del mordisco. Mi cuerpo reaccionó al instante, arqueándose entre ellos, como si los dos fueran los extremos de un hilo que me mantenía conectada a ese momento.

Kellan se deslizó dentro de mí lentamente, tomándose su tiempo, como si quisiera saborear cada instante. El contraste entre su ritmo y el de Kendric era casi imposible de describir, pero la combinación era devastadora, un equilibrio perfecto entre intensidad y control.

Gemí, mi cabeza cayendo hacia atrás contra el hombro de Kellan mientras mi cuerpo se ajustaba a la presencia de ambos.

—Tan perfecta... —susurró contra mi oído, su voz cargada de un encanto que parecía dirigirse tanto a mí como al momento que estábamos compartiendo—. Te amo tanto, nena...

Los movimientos de ambos se sincronizaron, un ritmo fluido que hacía vibrar cada célula de mi cuerpo. Me sostenían entre ellos, sus caricias y miradas me hacían sentir como si fuera el centro de algo mucho más grande que nosotros tres.

La conexión era visceral, pero también emocional, trascendiendo cualquier cosa física. Era como si cada movimiento, cada gemido compartido, nos uniera de una manera que nada pudiera romper.

Apreté los hombros de Kendric mientras la mano de Kellan rodeaba mi cuello con posesividad, ambos mirándome con la misma emoción reflejada en sus ojos: pertenencia.

—¡Os quiero! —murmuré, con la voz entrecortada, pero llena de una certeza feroz.

Sus movimientos eran perfectos, como si hubieran sido coreografiados por algo más grande que nosotros. Cada caricia, cada gesto, era una afirmación de que estábamos juntos, de que éramos indestructibles.

Kyle estaba sentado en el altar, visiblemente emocionado, observándonos con una intensidad que iba más allá del simple

voyeurismo. Era como si estuviera sintiendo cada emoción, cada impulso, cada latido que resonaba entre nosotros. No parecía fuera de lugar, ni excluido. Estaba allí como testigo de un momento sublime y lleno de significado.

Lo sentí como una fuerza silenciosa que lo hacía todo posible. Era como si su presencia equilibrara el caos que acompañaba al deseo abrumador que compartíamos. Sus ojos eran una mezcla de comprensión, aceptación y algo aún más profundo, que parecía envolvernos a los cuatro, como las líneas invisibles de una telaraña cuidadosamente tejida por el destino.

—Kyle... —susurré entre un gemido, con la voz cargada de algo que ni yo misma sabía nombrar.

Él inclinó ligeramente la cabeza, y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. No era una sonrisa de celos o resignación, sino de absoluta claridad.

Él lo entendía.

Siempre lo había entendido.

Hubo un momento breve, pero poderoso, en el que nuestras miradas se cruzaron.

Quería decir algo, pero las palabras se me escaparon.

No era necesario.

Incluso allí, en ese torbellino de emociones y cuerpos entrelazados, su presencia formaba parte de los cimientos que lo sostenían todo.

«Somos una unidad», murmuró con voz ronca, cargada de certeza. «El placer de ustedes es también el mío».

La energía a nuestro alrededor alcanzó su punto álgido, como si estuviéramos sincronizados no solo entre nosotros, sino con el propio latido del universo.

Kellan, detrás de mí, me agarró la cintura con más fuerza, sus manos ardiendo contra mi piel. Aceleró sus movimientos, cada embestida más profunda y precisa, mientras Kendric, delante de mí,

arqueaba el cuerpo, llenándome por completo con su propia fuerza rítmica.

Era una danza primitiva, cada uno de nosotros respondiendo al otro como si nuestras almas estuvieran entrelazadas tanto como nuestros cuerpos. Todo mi cuerpo estaba en llamas, una energía palpitante irradiaba de mí como si estuviera alimentando la propia atmósfera.

Los gemidos bajos de Kellan y los suspiros de Kendric parecían resonar en la cámara que nos rodeaba, mezclados con mis propios sonidos de placer. Y en el fondo de todo eso, estaba Kyle, observando, pero tan presente como si estuviera tocándonos. Su mirada ardiente era un recordatorio constante de que él era parte de nosotros, que su esencia se mezclaba con la nuestra.

Los tres juntos creábamos una tormenta perfecta, un torbellino de deseo, devoción y algo mucho más profundo que no se podía describir con palabras. Sentí sus marcas en mi cuello latir al unísono con nuestros movimientos, como si fueran portales de energía que nos conectaban.

El orgasmo llegó como una ola arrolladora que comenzó en el centro de mi ser y se extendió, ardiendo por cada nervio y llenando cada parte de mí. Grité, un sonido crudo y lleno de liberación, mientras mi cuerpo temblaba bajo la intensidad del momento.

Kellan y Kendric me siguieron, sus cuerpos contrayéndose en sincronía mientras se derramaban dentro de mí, completando el vínculo que nos unía de forma irrevocable.

La energía a nuestro alrededor cambió. El aire se volvió más ligero, más cálido, como si una fuerza invisible se hubiera disuelto. Las llamas de las velas que rodeaban la habitación parpadearon por última vez antes de estabilizarse, brillando con una intensidad que parecía casi sobrenatural.

El silencio que siguió fue absoluto, pero no vacío. Estaba lleno de significados, promesas no dichas, pero comprendidas.

Me dejé caer contra Kendric, sintiendo el calor de su cuerpo mientras Kellan seguía sujetándome por detrás, con sus brazos firmes

alrededor de mi cintura. Sus respiraciones pesadas se mezclaban con la mía y, por un momento, todo parecía estar en su sitio.

Kyle se levantó lentamente del altar y se acercó a nosotros. Se postró a mi lado, con la mano posada ligeramente sobre mi hombro. Su tacto era una conexión que nos mantenía unidos.

Levanté los ojos hacia él y sentí que, por fin, todo volvía a tener sentido.

Los cuatro conectados por algo mucho más grande que el destino o las circunstancias.

«Ahora estamos completos», susurré, con la voz apenas por encima de un murmullo.

El equilibrio se había restablecido.

Y en ese momento supe que, sin importar lo que nos esperara a continuación, juntos éramos imparables.



CAPÍTULO 76

Entre el yin y el yang y un futuro impredecible

El sonido de las risas infantiles llenaba el patio del orfanato St. Gertrude, resonando entre las antiguas paredes con una ligereza que parecía casi surrealista. Sentada en uno de los bancos de madera que daba al patio de recreo, observé a Kellan y Kendric vestidos de Papá Noel, rodeados de niños que competían por llamar su atención.

El sol de Navidad estaba bajo en el cielo, tiñendo todo con una luz dorada, como si incluso el universo quisiera celebrar la paz momentánea que habíamos conquistado. Un suspiro se escapó de mis labios mientras me permitía absorber esa escena.

Después de todo lo que habíamos pasado, había algo inexplicablemente reconfortante en verlos así: jugando, riendo, casi como si fueran... humanos.

Bueno, en parte lo eran. Al menos en esta vida, en estos cuerpos y por compartir mi esencia celestial y humana tras nuestro vínculo matrimonial.

Así fue como los saqué de la cripta. Porque dejaron de ser criaturas que pertenecían al infierno. Ahora me pertenecían a mí. Mis criaturas. Mis amores.

Kendric tenía una risa escandalosa que hacía que los pequeños a su alrededor se rieran aún más fuerte. Era él quien lideraba la *«operación peluche»*, sacando las bolsas llenas de ositos que Kellan rescató de las máquinas de garra, entregando los regalos mientras hacía bromas tontas y gestos teatrales. Incluso vestido de Papá Noel, el brillo travieso de sus ojos era inconfundible. Evitaba asustar a los niños,

tal y como había prometido tras la *fiesta de Krampus*, pero no podía evitar ser él mismo: exagerado y carismático.

Kellan, por otro lado, era más comedido. Se arrodillaba junto a los niños y ayudaba a los más pequeños a abrir los paquetes. Había una paciencia infinita en sus movimientos, y los pequeños lo adoraban por ello. Una niña con trenzas le tiraba del brazo, pidiéndole que la levantara, y él lo hacía con una facilidad y una sonrisa que casi me hicieron llorar.

Kyle me apretó suavemente el hombro, como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Estaba sentado a mi lado, con el brazo alrededor de mí, mientras compartíamos el cómodo silencio de quienes han pasado juntas por duras batallas. Estaba más relajado de lo que lo había visto en semanas, con una media sonrisa en los labios mientras observaba a los hermanos.

—Están diferentes —murmuré, con voz lo suficientemente baja como para que solo él me oyera.

—¿Cómo diferentes? —preguntó, inclinando la cabeza hacia mí, el calor de su cuerpo contra el mío aportándome un consuelo que no sabía que necesitaba.

—Más... ligeros —admití, con los ojos aún fijos en ellos—. Después de lo que pasó en la cripta, pensé que les llevaría más tiempo recuperarse. Ser arrestados por su propio padre, sin saber lo que planeaba...

Kyle se quedó en silencio por un momento, con la mirada también fija en los hermanos.

— Te tenían a ti —dijo finalmente. Su voz era baja, aunque había algo profundo en su tono—. Los tres te teníamos.

Volví la cabeza para mirarlo, sorprendida por el peso de la declaración. Él me miró con esos ojos intensos que siempre lograban desarmarme, pero había una suavidad en ellos que casi dolía por lo sincera que era.

—Nunca los abandonaste. Ni a mí. —Hizo una pausa, como si estuviera eligiendo cuidadosamente las palabras—. Cuando los perdimos... cuando pensé que tal vez nunca los volveríamos a ver...

pensé que no podría soportarlo. Que... no había razón para seguir adelante.

Tragué saliva, los recuerdos de aquellos días aún demasiado vivos como para ignorarlos.

—Kyle... —comencé, pero él levantó una mano, interrumpiéndome suavemente.

—Déjame terminar. —Respiró hondo, con la mirada fija en la mía —. Tú fuiste la razón por la que pude seguir adelante. Por mucho que todo pareciera perdido, nunca dejaste que eso me consumiera. Fuiste fuerte por todos nosotros, incluso cuando no era necesario.

Apreté las manos contra la tela de su chaqueta, con la garganta ardiendo por la fuerza de las emociones que estaba despertando en mí.

—Hice lo que tenía que hacer —murmuré, con la voz ligeramente quebrada.

Kyle negó con la cabeza, esbozando una pequeña pero sincera sonrisa en sus labios.

—No. Hiciste más que eso. Nos mantuviste juntos. Y por eso, nunca podré agradecerte lo suficiente.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo y, antes de que pudiera responder, se inclinó y presionó sus labios contra mi frente en un gesto tan íntimo como cualquier beso en la boca.

Nos quedamos así un momento, el mundo a nuestro alrededor desapareciendo mientras yo asimilaba el peso de lo que había dicho. Cuando finalmente levanté la vista, vi a Kellan saludándonos frenéticamente con la mano, con un niño en cada brazo, mientras Kendric reía a su lado.

—Creo que nos están llamando —murmuré, con una sonrisa involuntaria formándose en mis labios.

Kyle se levantó y me tendió la mano.

—Vamos, Mamá Noel —bromeó, y yo me reí, sintiendo un calor familiar extenderse por mi pecho.

Cogí su mano, dejé que me tirara de ella y juntos caminamos hacia el alegre caos que Kellan y Kendric estaban creando.



Dentro de la pequeña habitación del orfanato St. Gertrude, los recuerdos bailaban a mi alrededor, pesados, pero también reconfortantes. Las paredes eran las mismas, de un tono neutro ligeramente descolorido, llenas de marcas del paso del tiempo y de los muchos niños que habían pasado por allí antes y después de mí. Sin embargo, el espacio parecía más pequeño ahora, como si ya no pudiera contener todo lo que yo me había convertido.

Grace estaba sentada en la estrecha cama que una vez fue mía, con una postura ligeramente ansiosa, los dedos jugando con el collar de plata que rodeaba su cuello, los ojos fijos en mí con esa mezcla de curiosidad y admiración. Parecía tan joven, pero al mismo tiempo había una determinación en su expresión que yo no tenía a la misma edad.

Su cabello rubio era tan claro, casi como si el sol hubiera dejado allí un pedazo de sí mismo. Las ondas caían suavemente sobre sus hombros, enmarcando un rostro de rasgos delicados, pero con una fuerza en los ojos azules que contrastaba con su apariencia casi etérea. Las suaves pecas salpicaban su piel clara, dándole un aspecto inocente, casi angelical.

Sin embargo, había algo en ella que solo alguien como yo podía identificar: un brillo... una llama oculta que parecía lista para ser despertada.

—Entonces... —comenzó Grace, con voz suave pero cargada de expectación, mientras miraba la mochila que había colocado en su regazo—. ¿Es lo que estoy pensando?

Me senté a su lado, sonriendo levemente mientras le apartaba un mechón de pelo que se le escapaba de la cara.

—Ábrela y descúbrelo —la animé, cruzando las piernas y apoyándome en el borde de la cama.

Con cuidado, Grace tiró de la cremallera y sus ojos se abrieron como platos al ver el contenido. Primero sacó el móvil, pasando los dedos por la carcasa como si no pudiera creer que fuera suyo. A

continuación, sacó el portátil, cuyo aspecto brillante y moderno contrastaba con el ambiente modesto de la habitación.

Parpadeó varias veces, como si necesitara confirmar que era real, antes de mirarme con una sonrisa que iluminó toda la habitación.

—Val, esto es... ¡esto es increíble! —dijo, riendo mientras sostenía los dos objetos como si fueran lo más preciado del mundo—. Yo... ¡no sé ni qué decir!

— Entonces no digas nada —bromeé, dándole un ligero codazo en el hombro—. Es un regalo de cumpleaños, Grace. Y también una forma de felicitarte por haber sido aceptada en *la Universidad de Thornvale*.

Volvió a abrir mucho los ojos, con la emoción claramente reflejada en su rostro.

—¡Todavía no puedo creer que vaya a estudiar allí! —exclamó, abrazando la mochila con fuerza—. Y estoy deseando apuntarme al equipo de animadoras. Seré una *Shadow*, ¡ya lo verás!

Su entusiasmo era contagioso y me reí mientras la observaba gesticular animadamente. Había algo tan puro en esa emoción que me hizo sentir una agradable opresión en el corazón.

—No tengo ninguna duda de que lo conseguirás —le aseguré, tocándole ligeramente el hombro—. Y hasta entonces, ya tienes una habitación esperándote en la mansión Scottfield. No tienes que preocuparte por nada, Grace. Yo me encargaré de todo hasta que encuentres tu propio camino.

Ella parpadeó, con los ojos repentinamente brillantes de emoción. Cuando su mano se posó sobre la mía, el gesto estaba cargado de algo más profundo, como si quisiera decir algo que no sabía cómo expresar con palabras.

— Val... gracias. Por todo. No solo por el regalo, sino por... no olvidarme nunca.

Sentí un nudo en la garganta, pero me obligué a sonreír.

La verdad era que, en cierto modo, veía mucho de mí misma en Grace. No solo por el hecho de compartir el mismo apellido, sino por el

vacío que ambas llevábamos dentro desde hacía años, aunque nunca lo hubiéramos discutido abiertamente.

—Grace, nunca estarás sola en la vida. —Le apreté la mano con cariño—. No mientras yo pueda hacer algo al respecto.

Me abrazó con fuerza y yo le devolví el abrazo, cerrando los ojos mientras un torbellino de pensamientos pasaba por mi mente. Compartíamos un vínculo que iba más allá de la sangre y de las circunstancias que nos llevaron a ese orfanato.

Cuando finalmente se apartó, secándose una lágrima rebelde que amenazaba con escapar, su expresión era más firme y decidida.

—Te haré sentir orgullosa —prometió, con tono lleno de convicción.

—Ya estoy muy orgulloso de ti, Grace. —Le sonreí, colocándole otro mechón de pelo detrás de la oreja—. Ahora ve, prueba tu portátil. Estoy seguro de que querrás empezar a configurarlo todo antes de la cena.

Ella se rió y asintió con entusiasmo antes de levantarse y dirigirse a la pequeña mesa en la esquina de la habitación con la concentración de alguien que está a punto de explorar un mundo nuevo.

Me quedé sentada un momento, observándola con una mezcla de cariño y preocupación. Era una joven a punto de explorar el mundo fuera de l s de aquellas paredes, y yo haría todo lo que estuviera en mi mano para protegerla de cualquier peligro que acechara en una ciudad como Thornvale.



El sonido de mis pasos resonaba en las escaleras de madera mientras bajaba hacia la sala principal del orfanato. Las voces de los niños, amortiguadas por la distancia, aún se podían oír desde el patio de recreo, mezcladas con la inconfundible risa de Kendric. Una sonrisa involuntaria se dibujó en mis labios mientras imaginaba a los hermanos Scottfield siendo engullidos por la energía incontrolable de esas pequeñas fuerzas de la naturaleza.

Cuando llegué al último escalón, me detuve de repente. Mi mirada se sintió atraída por el pasillo que tenía delante, donde vi al padre Wendell saliendo de su oficina. Estaba estrechando la mano de un hombre muy alto y de postura impecable, con cabello platino que parecía brillar incluso bajo la tenue luz del ambiente, y vestido con un traje negro perfectamente ajustado. La forma en que se movía irradiaba una elegancia casi hipnótica, pero fue algo en su presencia lo que me hizo sentir un escalofrío recorriendo mi espina dorsal.

Había algo en él... que parecía a la vez familiar e inalcanzable.

Antes de que pudiera discernir exactamente qué era, el hombre se dirigió hacia la puerta principal. El padre Wendell lo acompañó y, tan pronto como la puerta se cerró detrás del visitante, se percató de mi presencia y se acercó a mí con una sonrisa cordial.

—Señorita Hope —saludó, con su tono cortés de siempre. Era un hombre joven para su cargo, de unos cuarenta y pocos años, con el pelo castaño bien peinado y los ojos verdes brillando con una bondad genuina. Pero a pesar de su amabilidad, había algo en nuestra relación que siempre mantenía un cierto grado de distancia. —Siempre es un placer recibir su visita.

—Padre Wendell —respondí, inclinando ligeramente la cabeza en señal de saludo—. Espero no estar molestando.

— En absoluto —aseguró—. De hecho, sus visitas siempre son una bendición para los niños. Y, por supuesto, Papá Noel y sus ayudantes han sido un éxito absoluto este año.

Sonreí al oír eso.

— Le he traído algo. —Saqué el regalo de mi bolso y se lo entregué.

Arqueó una ceja, claramente sorprendido, antes de abrir el paquete con cuidado. Dentro había un bolígrafo plateado, elegante y discreto, con su nombre grabado en letras finas.

—Es un bolígrafo precioso —comentó, admirando el regalo—. Muchas gracias, señorita Hope. Es un detalle muy amable.

— Es solo un pequeño agradecimiento por todo lo que hace por este lugar —dije con sinceridad, observándolo mientras examinaba el

objeto con expresión satisfecha.

—El trabajo en el orfanato es siempre una misión, y estoy seguro de que Grace seguirá un camino brillante con el apoyo que ha recibido de usted —comentó, guardando el bolígrafo en el bolsillo interior de su chaqueta—. Me alegró mucho saber que usted la cuidará cuando salga de aquí. Es un consuelo saber que estará en buenas manos.

Asentí, pero antes de que pudiera decir nada, él continuó:

— También agradezco la visita de los chicos a los niños. Nunca olvidan esos momentos. Es gratificante saber que los hijos siguen los pasos de su padre.

Fruncí el ceño, confundida, mientras trataba de descifrar sus palabras.

— Lo siento, padre, pero... ¿qué quiere decir con eso?

Me miró, visiblemente sorprendido por la pregunta.

— Me refiero al Sr. Scottfield. Es benefactor de este orfanato desde hace más de veinte años.

— ¿El Sr. Scottfield? —Mi confusión aumentó.

— Sí. Aden acaba de salir de mi oficina, por cierto. — El padre señaló con la cabeza la puerta que ahora estaba cerrada—. Ha hecho una donación muy generosa este año.

— No... yo... no lo sabía —Mi mente daba vueltas.

El padre Wendell frunció el ceño, claramente confundido por mi reacción.

—Aden me dijo que acababa de regresar a Thornvale, así que supuse que habían venido juntos.

—Nos... hemos perdido. —Mi sonrisa era tensa mientras luchaba por procesar la información.

¿Quién era ese hombre de cabello platino?

— Gracias de nuevo por la visita y por el regalo, señorita Hope — la voz del padre me sacó de mi ensimismamiento—. Tengo que ir a revisar la cocina, si me disculpa.

—Por supuesto. —Esbocé una sonrisa mientras se alejaba.

Me quedé allí parada por un momento, el silencio a mi alrededor era casi ensordecedor.

¿Quién es Aden Scottfield?



El sonido de los neumáticos chirriando suavemente contra la grava trajo un silencio pesado al coche. Estaba sentada en el asiento trasero, entre Kendric y Kellan, sintiendo sus nerviosas vibraciones en el aire. Kyle, al volante, no había dicho una palabra desde que salimos del orfanato. Solo conducía con la mandíbula tensa, los ojos fijos en la carretera.

Ya les había contado sobre la conversación con el padre Wendell, incluyendo la mención de Aden Scottfield y el hombre misterioso que había visto. Pero, como era de esperar, eso solo trajo más preguntas que respuestas.

—Entonces... ¿Aden es el benefactor del orfanato? —preguntó Kellan cuando mencioné el nombre. Su expresión era una mezcla de incredulidad y desconfianza.

—Eso es lo que dijo el padre. —Crucé los brazos, mirando el salpicadero del coche como si pudiera ofrecer algún tipo de explicación —. Pensó que estábamos todos juntos.

—Lo que significa que sabía que estaríamos allí. —La grave voz de Kendric rompió el silencio, con la mano cerrada en un puño contra la rodilla.

Kyle no miró hacia atrás, pero su voz transmitía la misma tensión que parecía impregnar el coche.

—No fue una coincidencia. Asmodeus nunca hace nada por casualidad.

La mención del nombre de su padre provocó una pausa pesada, como si incluso el aire hubiera decidido congelarse.

— Huir no es una opción —dijo Kellan finalmente. Sus ojos se encontraron con los míos y, detrás de su tono ligero, había una determinación que yo conocía bien—. Nos encontraría de todos modos.

—Estoy de acuerdo —murmuró Kendric, con la mirada alternando entre Kyle y yo—. Después de todo lo que hemos pasado, no vamos a echarnos atrás ahora.

Asentí, aunque una parte de mí quería gritar que aquello era una locura.

Pero tenían razón.

No podíamos seguir viviendo con la sombra de Asmodeus cerniéndose sobre nosotros. Era hora de enfrentarnos a lo que fuera que estuviera planeando.

Cuando Kyle finalmente aparcó el coche frente a la mansión, sentí un nudo en el estómago. La puerta de entrada ya estaba abierta, como si alguien acabara de pasar, y había un coche de lujo aparcado justo delante, un modelo negro impecable, reluciente bajo las luces del jardín.

—Ya está aquí —murmuró Kyle, apagando el motor y volviéndose hacia nosotros. Su mirada se encontró con la mía por un momento, cargada de una mezcla de preocupación y determinación—. Quedaos juntos.

—Como si fuéramos a dejarte divertirte solo —replicó Kendric con una sonrisa forzada, pero pude sentir la tensión en su voz.

Bajamos del coche con cuidado, como si estuviéramos entrando en un campo minado. Kyle iba delante, con el cuerpo tenso y preparado, mientras Kellan y Kendric me escoltaban, sus sólidas presencias a mi alrededor funcionando como un escudo.

Cuando entramos en la mansión, el aire estaba impregnado con el ligero aroma del té, una fragancia que parecía a la vez acogedora y completamente fuera de lugar en ese contexto.

Y entonces lo vimos.

Sentado en uno de los sillones del salón, con la postura de un rey casualmente acomodado en su trono, estaba el hombre de cabello platino que había visto en el orfanato. Sostenía una taza de porcelana entre sus largos y elegantes dedos, con una expresión serena y calculada, como si se sintiera completamente a gusto en nuestra casa.

Solo verlo hizo que mi corazón se acelerara.

Junto a la puerta de entrada, había unas maletas de cuero apiladas ordenadamente, como si acabara de llegar de un viaje y tuviera intención de quedarse por una larga temporada.

—¿Ha traído incluso maletas? —murmuró Kellan con incredulidad, en voz tan baja que solo Kendric y yo pudimos oírlo.

Antes de que pudiera responder, Kendric se inclinó ligeramente hacia mí y me susurró:

—No se parece en nada al Asmodeus de mi *fanfic*... ¡pero joder! ¿Tenía que ser mucho más guapo que Brad Pitt?

Tuve que morderme el labio para no reírme, aunque el comentario fuera completamente absurdo teniendo en cuenta la gravedad de la situación.

El hombre levantó la vista de la taza, como si solo ahora se hubiera dado cuenta de nuestra presencia, y una sonrisa lenta y calculada se formó en sus labios perfectamente esculpidos.

—Vaya, vaya... los buenos hijos vuelven a casa —su voz era suave y encantadora, cargada de una mezcla de ironía y posesión que me puso la piel de gallina.

El silencio en la sala era absoluto.

Ninguno de nosotros sabía exactamente qué decir, pero todos sabíamos que ese hombre, cualquiera que fuera el nombre que hubiera elegido usar, acababa de volver a poner nuestras vidas patas arriba.

— ¿Qué están esperando, niños? Siéntense ya. — Señaló el sofá frente a él con una elegancia casual, pero el tono de su voz tenía una autoridad que hacía que el aire se volviera pesado—. Tú también, Vallery. No tengo todo el tiempo del mundo... bueno, lo tengo, pero no estoy dispuesto a desperdiciarlo con ustedes más de lo necesario.

La tensión en la sala era sofocante.

Pude sentir a los hermanos dudando, como si estuvieran evaluando opciones que, sabíamos, no existían. La mirada penetrante de Asmodeus parecía una cadena invisible, tirando de cada uno de nosotros hacia donde él quería.

Pero yo no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente.

— ¿Te divierte? —Mi voz rompió el silencio, cargada de desprecio —. ¿Jugar con la vida de tus propios hijos como si fueran marionetas? ¿Por qué demonios tienen hijos si acaban convirtiéndose en padres de mierda?

Los labios de Asmodeus se curvaron en una lenta sonrisa antes de estallar en una carcajada. El sonido resonó en la sala, tan frío como hipnótico.

—Ningún *cambión* es concebido sin un propósito, querida — respondió, con una voz cargada de una paciencia sarcástica que me irritó aún más—. Por eso todos tienen dones especiales y ocupan lugares destacados en el mundo humano. Los demonios no procrean para jugar a las casitas, sino para obtener ventajas en el plano terrenal. Al igual que los ángeles y otras criaturas. Todo forma parte de un gran juego de poder, dentro del ciclo natural de la existencia.

Sentí que los hermanos se acercaban en silencio, sus presencias como anclas a mi alrededor. Intercambiaron miradas y, aunque no dijeron nada, comprendí que intentaban pedirme que no empeorara las cosas.

A regañadientes, suspiré y me uní a ellos en el sofá, quedándome entre Kellan y Kendric.

Por mucho que odiara dar marcha atrás, no era el momento de ser impulsiva. Asmodeus no era solo un padre ausente y manipulador. Era uno de los siete príncipes del Infierno. El pecado de la Lujuria personificado. Un demonio superior. Y mientras mi sangre hervía, mi instinto me decía que discutir con él no traería soluciones.

Nos observó como un rey analizando a sus súbditos, tomando un elegante sorbo de su taza de té antes de continuar.

—Además, mis hijos no son *cambions*. Son pura esencia demoníaca... mis criaturas perfectas.

Kendric arqueó una ceja, cruzando los brazos en una postura relajada que desafiaba claramente el tono serio de Asmodeus.

—¿Es eso un cumplido? —preguntó, con voz cargada de sarcasmo—. ¿Después de torturarnos durante días?

La sonrisa de Asmodeus se amplió, pero sus ojos brillaron con algo que parecía casi... paternal.

— Es una verdad irrevocable, mi pequeño. Sois mis legítimos herederos. Pero no estamos aquí para discutir el testamento.

— Entonces, ¿por qué está aquí? —interrumpí, tomando el control de la conversación de nuevo.

Asmodeus dejó la taza en el platillo con un movimiento lento y deliberado, como si saboreara la anticipación antes de responder.

— Alguien tenía que limpiar el desastre, poner la casa en orden y dar una lección a los niños desobedientes. — Su voz era firme, pero con un tono casi juguetón, como si todo aquello fuera solo un juego para él.

— ¿Y qué lección sería esa, exactamente? —Kellan se pronunció con expresión neutra, pero con los ojos entrecerrados con sospecha.

Asmodeus se inclinó ligeramente en el sillón, apoyando la barbilla en la mano con aire contemplativo.

—La lección, hijo mío, es que todo en este mundo tiene un precio. —Hizo una pausa y su mirada se posó directamente en mí, cargada de un peso que me hizo sentir como si el mismísimo infierno estuviera sobre mis hombros—. Pasé por un infierno para poder quedarme con Lilith. ¿De verdad creían que sería fácil quedarse con su hija?

La sala se sumió en un silencio sepulcral.

El impacto de sus palabras parecía vibrar en el aire a nuestro alrededor.

Mis puños se cerraron automáticamente, mientras cada célula de mi cuerpo me gritaba que no me dejara intimidar.

— ¿Nos ha estado poniendo a prueba todo este tiempo? —Mi voz sonó firme, pero sentí la tensión en cada sílaba. El recuerdo de lo que Kyle dijo una vez sobre las pruebas resurgió en mi mente.

Asmodeus se rió entre dientes, con un sonido profundo y lleno de una satisfacción perversa.

— Es muy fácil amar en la alegría, en el placer... —comenzó, con una voz suave como el terciopelo, pero cortante como una navaja—.

¿Pero y en el dolor? ¿Y en el sufrimiento? El amor exige sacrificios.

— ¿Cuál es el propósito de todo esto, entonces? —preguntó Kellan cruzando los brazos, con la irritación desbordándose de su tensa postura. Su paciencia se estaba agotando claramente.

— ¿No está claro? —Asmodeus inclinó la cabeza, con un brillo de diversión perversa iluminando sus ojos—. Pensé que eran más... inteligentes.

— ¿Podría simplemente aclarar las cosas sin rodeos? —Kendric finalmente estalló, con la voz cargada de frustración, pero con ese toque de ironía que nunca podía contener—. Déjenos llamarnos idiotas más adelante, si quiere.

Asmodeus volvió a reír a carcajadas, pero esta vez había algo más agudo en el sonido. Se recostó en el sillón con la calma de quien tiene todas las cartas en la mano, observándonos como un depredador satisfecho con su presa, pero reacio a terminar el juego demasiado pronto.

— El propósito era asegurarme de que entendieran lo que realmente significa amar a alguien por encima de todas las prohibiciones. —Hizo una pausa, saboreando las palabras como si fueran un festín—. Necesitaba saber cuánto estaba dispuesto cada uno a sacrificarse por el otro.

Asmodeus continuó, con los ojos ardiendo con algo que parecía una mezcla de orgullo y condescendencia:

— Pero reconozco que, si estamos aquí teniendo esta conversación, es porque los cuatro han superado todas mis expectativas. — Nos evaluó lentamente, como si fuera un escultor admirando su obra maestra—. El vínculo matrimonial entre ustedes no es solo una unión de cuerpos, almas y esencias. Es un lazo inquebrantable, para toda la eternidad.

Se me hizo un nudo en la garganta, pero logré preguntar, con una voz más firme de lo que esperaba:

—Entonces... ¿sabías que los cuatro estaríamos juntos?

El silencio que siguió fue tan denso que parecía que se hubiera extraído el aire de la habitación.

— No lo sabía —Asmodeus esbozó una media sonrisa, con un brillo enigmático en los ojos—. Pero deseaba que sucediera.

—¿Por qué? —preguntó Kyle, con voz grave y recelosa—. ¿Qué ganas con eso?

Asmodeus inclinó la cabeza, observándonos como un profesor paciente que explica algo obvio a unos alumnos especialmente distraídos.

—Control. Equilibrio. Pero, sobre todo, asegurarme de que absolutamente nadie... amenace lo que me pertenece.

La tensión en la sala era casi insoportable. Podía sentir la incomodidad que irradiaban Kyle, Kendric y Kellan, incluso mientras permanecían inmóviles a mi lado.

— Todo lo que hice fue para asegurarme de que supieran cuál es el verdadero costo de todo lo que tienen. —Asmodeus hizo una pausa, dejando que sus palabras calaran hondo—. Porque al final, cuando el infierno llame a la puerta, tendrán que elegir.

—¿Elegir qué? —preguntó Kellan, con la voz cargada de un gruñido que pareció resonar por toda la sala.

Asmodeus se levantó, su presencia llenando el espacio de una forma casi sofocante.

— De qué lado estarán. —Nos miró como si estuviera desafiando a cada uno a enfrentarse a él—. Porque os lo aseguro, niños... al infierno no le gusta perder.

Mi mente daba vueltas, conectando los puntos, pero una pregunta se me escapó antes de que pudiera evitarlo:

— ¿Tiene esto que ver con el hecho de que soy una *Cambion Fertilis*?

Él esbozó una sonrisa afilada, del tipo que helaría la sangre de cualquiera que no estuviera acostumbrado a su letal encanto.

— *¡Touché!* —respondió con un tono casi casual—. — Los ángeles y los demonios se follan desde hace milenios, y el universo sigue siendo lo que es. Pero tú fuiste forjada en Yin y Yang, dos fuerzas opuestas y complementarias que representan el equilibrio entre el bien

y el mal, la dualidad de todo lo que existe en el universo. Porque, verás, los ángeles y los demonios se follan, pero no procrean entre ellos.

Mi corazón parecía martillear contra mi pecho mientras sus palabras resonaban.

—Y yo soy hija de un ángel y un demonio...

— Lo que te convierte en una aberración incomprendida y peligrosa. —Se encogió de hombros, como si estuviera comentando el tiempo—. Pero mientras no seas omnipotente, omnipresente y omnisciente, el apocalipsis no es un riesgo. Y yo estoy aquí precisamente para asegurarme de que disfrutes al máximo de tu vida humana. Porque eso es lo que tu madre deseaba para ti.

La mención de mi madre me provocó una punzada de dolor y confusión.

¿Deseaba?

—¿Por qué Lilith no vino contigo? —mi voz salió casi como un susurro, cargada de un temor que apenas comprendía.

Asmodeus se detuvo, su sonrisa desapareció por un breve instante, sustituida por algo que parecía casi... humano.

— La culpa es toda tuya —respondió, con una voz cargada de un peso que me cortó la respiración.

— No entiendo... —mi voz apenas fue un murmullo.

— Sí. Yo tampoco. —Hizo una pausa, con la mirada perdida por un instante—. Pero el amor exige sacrificios, ¿recuerdas?

Su siguiente frase fue tan fría como cuchillas de hielo atravesándome el pecho.

—Lilith está muerta.

Las palabras resonaron en la habitación como un trueno.

El suelo pareció desaparecer bajo mis pies.

— Eso es imposible —murmuré, con mi mente tratando desesperadamente de negar lo que acababa de oír.

Asmodeus solo sonrió, la misma sonrisa vacía de quien conoce el peso de la verdad y ya ha aprendido a vivir con ella.

—Lo imposible no es tan raro como crees, Vallery. Tú eres la prueba viviente de ello. —Se acercó, inclinándose ligeramente para mirarme—. Y, c , en cuanto a Lilith... Ella sabía exactamente lo que estaba haciendo. A partir de ahora, tú también deberías saberlo.



EPÍLOGO

Unidad

La mansión estaba en silencio a esa hora de la noche, salvo por el suave crepitar del fuego en la chimenea y el ocasional sonido de risas ahogadas que provenían de la cocina. Kellan y Kendric se habían ofrecido a preparar algo caliente, lo que, teniendo en cuenta las habilidades culinarias de ambos, podía ser tanto un banquete improvisado como un desastre a punto de ocurrir.

Kyle y yo estábamos en la sala de estar, esperando ser sorprendidos gastronómicamente.

Después de la conversación con Asmodeus, necesitábamos un momento para digerir las cosas. Él estaba arriba, instalándose en la habitación que ahora sería la suya. Como si fuera normal. Como si no acabara de poner nuestro mundo patas arriba.

La realidad de que ahora formaría parte de nuestras vidas en el plano físico parecía tan surrealista como el hecho de que yo fuera una *Cambion Fertilis.*

—Se va a quedar aquí —las palabras de Kyle rompieron el silencio.

—Dijo que necesita «supervisar de cerca la inversión». —Las palabras sonaron amargas, pero no había ira en ellas, solo un cansancio latente—. ¿Deberíamos cobrarle alquiler?

—Él es el dueño de todo, ¿lo olvidaste? —Kyle soltó una risa seca, sin humor.

Sonreí un poco, pero el cansancio en el fondo de sus ojos reflejaba el mío. El peso de los últimos meses nos aplastaba, incluso

ahora, cuando deberíamos sentirnos... ¿salvados? Quizás eso era lo que lo hacía todo aún más extraño: el hecho de que hubiéramos sobrevivido.

—Sobre lo que dijo... —comencé, pero dudé.

Kyle me miró con curiosidad, esperando a que continuara.

—Lilith. No siento nada por ella —admití, con palabras amargas en mi lengua—. No es como si fuera una madre que conocí, que me crió, ¿sabes? Pero... si realmente murió por mi culpa...

— Eso no cambia el hecho de que fue su elección —interrumpió Kyle, con voz firme, pero no insensible—. No es culpa tuya, cariño.

Lo miré, tratando de encontrar una respuesta en los ojos que me observaban con tanta intensidad. Pero antes de que pudiera decir nada, Kendric y Kellan entraron en la sala, llevando tazas humeantes y un plato con galletas que parecían haber sobrevivido a una explosión.

—¡La improvisada Navidad de los Scottfield! —anunció Kendric, colocando el plato en la mesa de centro con una ceremonia exagerada —. Galletas quemadas por un lado, crudas por el otro. Gourmet, como nos gusta.

— ¿Nos gusta? —Kellan arqueó una ceja y me entregó una taza —. Creo que querías decir «te gusta».

El humor, aunque forzado, era bienvenido.

Cogí la taza que me dio Kellan y di un sorbo, el calor del líquido caliente me proporcionó un consuelo inesperado.

— ¿De verdad vamos a dejar que el viejo viva aquí? —preguntó Kendric sin rodeos, sentándose en el sillón más cercano.

—¿Tenemos otra opción? —respondió Kellan antes de que nadie más pudiera hacerlo.

—No es como si pudiéramos echarlo—, suspiró Kyle, recostándose en el sofá.

—Pero eso tampoco significa que tengamos que agacharle la cabeza—murmuré, con la mirada fija en las llamas de la chimenea—. Es una locura pensar que Asmodeus lo planeó todo desde el principio.

Kellan resopló, frunciendo el ceño en una expresión de frustración.

— Planeado... manipulado, da lo mismo. Pero fue todo eso lo que nos obligó a convertirnos en... lo que somos ahora.

—Al viejo siempre le ha gustado demostrar por qué es un príncipe jodidamente poderoso del infierno. Pero... —Kendric dudó, su irritación se suavizó mientras miraba a sus hermanos—. Sin querer hacerme el macho tóxico que romantiza el abuso... No se puede negar que somos más fuertes y estamos más unidos que antes.

—Podemos cuestionar los métodos, pero no los resultados, ¿es eso? —Puse los ojos en blanco, odiando admitir que tenían razón.

Era retorcido y cruel, pero... si lo que Asmodeus había dicho sobre el infierno llamando a nuestra puerta fuera realmente una realidad en el futuro...

—Pasar por todo eso fue... —Kellan buscó las palabras, frunciendo el ceño—. Horrible. Pero también nos moldeó y nos conectó de una manera que nadie puede romper.

—Ni siquiera el infierno —añadió Kyle con voz firme.

Los observé, sintiendo una oleada de emociones difíciles de describir. Asmodeus nos sometió a pruebas imposibles, pero fue a través de esas pruebas que superé miedos y debilidades, además de descubrir una fuerza inmensa que nunca pensé que existía dentro de mí.

No solo nos desafió, sino que también nos dio el regalo más importante: el uno al otro.

El vínculo que ahora compartíamos era indestructible.

—Creo que por fin entiendo lo que quería decir... —murmuré, con la mirada aún fija en las llamas de la chimenea—. Sobre que el amor exige sacrificios. Lilith... ella hizo el mayor de todos.

Hubo un silencio respetuoso, roto solo por el sonido de la leña crepitando en el fuego.

Kyle se levantó y se acercó a mí, tocándome suavemente el hombro.

— Tengo algo para ti —dijo en voz baja, como si compartiera un secreto.

Me guió al otro lado de la sala, donde el misterioso lienzo que llevaba meses pintando estaba cubierto con una tela de lino. Kellan y

Kendric nos siguieron, curiosos. Cuando nos detuvimos frente al caballete, Kyle se volvió hacia mí, con los ojos oscuros iluminados por el resplandor de la chimenea.

— ¡Feliz Navidad, Vallery! —Tiró de la tela con un movimiento fluido, revelando la pintura.

La sala quedó en un silencio reverencial mientras todos contemplaban el cuadro.

Me quedé sin palabras.

La imagen era deslumbrante.

Una versión de mí misma que casi no reconocí a primera vista, pero que poco a poco fue tomando forma en mi corazón. Mi cuerpo estaba envuelto en sombras y luces suaves, como si fuera parte de la noche y del amanecer al mismo tiempo. Mis ojos, ligeramente brillantes, parecían cargar con la intensidad de todo lo que había vivido. Pero el detalle que me dejó sin aliento fue la forma en que se representaban mis alas negras. No eran grotescas ni pesadas. Eran etéreas, casi translúcidas, con un brillo sutil que las hacía a la vez seductoras y angelicales.

Era mi forma de súcubo, pero no una versión monstruosa o distorsionada.

Era poderosa.

Hermosa.

—Ky... —mi voz falló mientras mis ojos ardían—. ¿Soy... yo?

Él se inclinó y me tomó el rostro con delicadeza.

— Es quien eres. Por dentro y por fuera. Toda la fuerza, la belleza, el amor que llevas dentro. Quería que vieras lo que yo veo cada vez que te miro.

No pude contener las lágrimas. No por tristeza, sino por una gratitud abrumadora. No solo por él, sino por todo lo que habíamos pasado. Por estar allí, todos juntos.

Mis manos se posaron sobre su pecho, acariciando la suave tela de su camisa, como si eso pudiera traducir lo que estaba sintiendo.

«Es perfecto», murmuré, con la garganta apretada por las emociones que luchaban por salir. «Gracias, Ky».

Él sonrió suavemente, una de esas sonrisas que solo él podía dar, llena de calma e intensidad al mismo tiempo.

Kendric carraspeó, visiblemente conmovido, pero tratando de romper con la creciente emoción.

—Bueno, mi regalo va a parecer una mierda después de eso... —murmuró en tono dramático, sosteniendo un paquete rectangular envuelto en papel plateado. Me tendió el regalo, con los ojos brillantes de picardía, pero había una sinceridad cálida en su expresión—. Feliz Navidad, Hope.

Acepté el regalo, riendo suavemente mientras rasgaba el papel con cuidado. Dentro había un libro de tapa dura. Era una edición especial de *La Divina Comedia*, con detalles dorados y páginas de bordes finos.

— Siempre me robas mis libros. Así que pensé que era hora de que tuvieras algo que no quisieras devolverme.

—Eres terrible— respondí, riendo, mientras deslizaba los dedos sobre la cubierta—. Pero gracias. Es precioso.

—Y útil —añadió, guiñando un ojo—. Nunca se sabe cuándo vamos a necesitar unos versos infernales, ¿verdad?

Antes de que pudiera responder, Kellan se acercó con una pequeña caja negra de terciopelo. Su sonrisa era casi traviesa, pero había algo vulnerable en su expresión que me hizo detenerme.

—Y yo, por supuesto, he dejado lo mejor para el final —anunció, tendiéndome la cajita.

Cogí el regalo con cuidado, pero antes de abrirlo, le lancé una mirada recelosa.

— ¡No me voy a poner un piercing en el coño! —Hice una mueca, tratando de contener la risa, pero él levantó las manos en señal de defensa y se echó a reír.

— Puedes confiar, nena. — Adoptó una expresión seria y emotiva.

Con una mezcla de curiosidad y cautela, abrí la caja. Dentro había una delicada cadena de plata con un colgante en forma de trébol de

cuatro hojas. Cada pétalo del trébol era un pequeño corazón.

— Es precioso, Kell... —murmuré, tocando el colgante con los dedos. Mi corazón se encogió al comprender su significado.

—Cada pétalo representa a uno de nosotros —explicó con voz baja, casi tímida, algo poco habitual en Kellan—. Porque, pase lo que pase, somos una unidad.

Las lágrimas comenzaron a brotar de nuevo, pero las contuve, sonriéndole a él y luego a todos.

—Realmente saben cómo arruinar a una chica, ¿verdad? —bromeé, pero mi voz se llenó de emoción.

El silencio que siguió estuvo lleno de comprensión.

Allí, frente a la chimenea, rodeada por los tres, el cuadro, el libro y la cadena colgando entre mis dedos, me di cuenta de que la verdadera fuerza de nuestro vínculo no provenía solo de las pruebas, sino de todo lo que habíamos construido juntos.

Los quería, a cada uno a su manera, y sabía que ellos sentían lo mismo por mí. Y mientras estábamos allí reunidos, bajo la cálida luz de las llamas, sentí algo t e ni el peso de Asmodeus, ni el destino, ni el infierno podrían arrebatarnos.

La certeza de que, juntos, éramos inquebrantables.

Quizás estar destinada al caos y la oscuridad no era una maldición, sino un regalo disfrazado.





DESCUBRE MÁS HISTORIAS DE ESTA AUTORA



LEE AQUÍ

Chica inocente y mafioso. Age Gap. Relación Obsesiva. Amor Peligroso. Hombre Alfa Posesivo.

Tenía solo diez años la primera vez que lo vi… y me asustó tanto que tuve pesadillas durante meses.

A los dieciséis, descubrí que mi padre y el suyo habían sellado un acuerdo matrimonial... y que me convertiría en su esposa al cumplir los veintiuno.

Ettore Lucchesi fue mi primer monstruo.

El hombre del saco que atormentó mi infancia.

Pero crecí.

Y lo que antes era puro terror se transformó en algo mucho más peligroso: fascinación.

Era letal, pero imposible de ignorar.

Y, de algún modo perverso, se convirtió en mi tormento más dulce.

Nunca tuve elección. Mi destino era pertenecerle.

Y lo más oscuro de todo… es que, si pudiera elegir, quizá el final seguiría siendo el mismo.

Porque algo en mí —algo que odiaba, temía y deseaba a partes iguales— sabía que, en el fondo, pertenecerle era la única elección que de verdad haría.

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

Lectura recomendada para mayores de 18 años. Esta es una novela dark romance ambientada en el mundo de la mafia y contiene escenas de violencia explícita, alto contenido erótico y lenguaje ofensivo y vulgar. No se romantizan situaciones abusivas ni se incluyen escenas de consentimiento dudoso. Lee solo si es un género con el que te sientes cómoda.



LEE AQUÍ

• Romance +18 • Diferencia de edad (Age Gap) • Anti-héroe obsesionado por ella • Stalker • Heroína virgen • Convivencia forzada • Venganza • Redención • Nadie toca lo que es suyo • Submundo de la Mafia •

Dante Caravelli lo tenía todo: juventud, talento y el amor de la esposa que llevaba a su hijo en el vientre. Hasta que, en una sola noche, todo le fue arrebatado con sangre y muerte.

¿El responsable?

El mejor amigo de la infancia que se convirtió en su enemigo más letal.

Años más tarde, Dante regresa bajo una nueva identidad, dispuesto a destrozar a quien arruinó su vida. No busca solo venganza. Quiere poseer, corromper y quebrar el bien más preciado que Maurizio esconde del mundo.

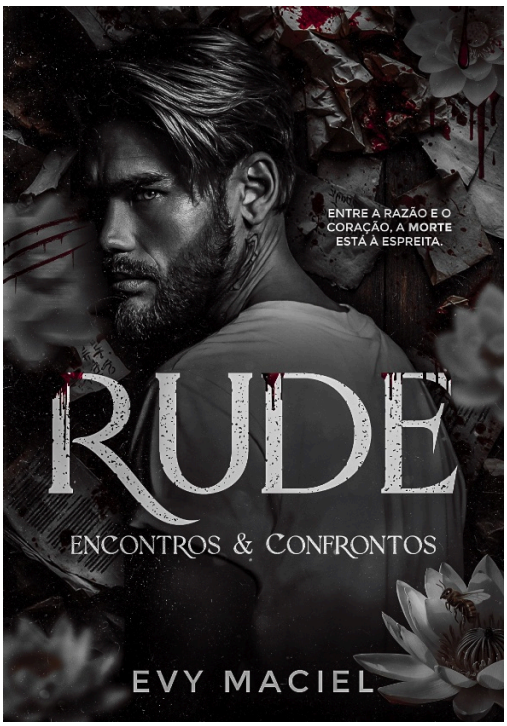
Una joven.

Inocente e intocada.

Irina nunca conoció la libertad. Rodeada solo de libros, silencio y soledad, se convirtió —sin saberlo— en un valioso recurso y la obsesión secreta del capo más temido de la Camorra. Pero cuando un extraño surge en las sombras de la habitación donde vive cautiva, observándola como un fantasma, todo cambia.

Para Dante, ella es solo la llave para herir a quien más odia. Pero cuando se da cuenta de que la inocencia de Irina lo atrae de forma enfermiza, su plan comienza a transformarse.

Lo que debería ser solo venganza se convierte en deseo prohibido. Y el monstruo que lleva dentro puede ser más peligroso que su propio enemigo.



LEE AQUÍ

DARK ROMANCE - FASTBURN - PASIÓN OBSESIVA - STALKER - SERIAL KILLER - THRILLER ERÓTICO

Lenguaje inapropiado. Comportamiento indebido. Intenciones dudosas. Él era solo un desconocido. No dijo su nombre ni de dónde venía. Pero, de alguna manera, ella sabía que cambiaría su vida.

Cuando una detective llamó a la puerta de Honey Marshall para advertirle que podría ser la próxima víctima de un asesino serial, la joven camarera se dio cuenta del error que había cometido al dejar entrar a un extraño en su casa. Él no le dijo su nombre, pero a ella no le importó.

El hombre con el tatuaje de una flor de loto en el cuello olía a pecado, misterio, lujuria y errores.

Cinco mujeres asesinadas. Una flor de loto y una página arrancada de una novela erótica, manchada de sangre, dejadas en

cada escena del crimen. La detective, en busca de justicia por el asesinato de su hermana, sospecha que el escritor es el culpable. Y está convencida de que el hombre del tatuaje de flor de loto es el anónimo detrás de los libros.

En una red de secretos, pecados y deseos, cada encuentro puede ser fatal. Cuando el amor y el peligro se cruzan, ¿quién sobrevivirá al enfrentamiento final?

Una mujer marcada por el abandono.

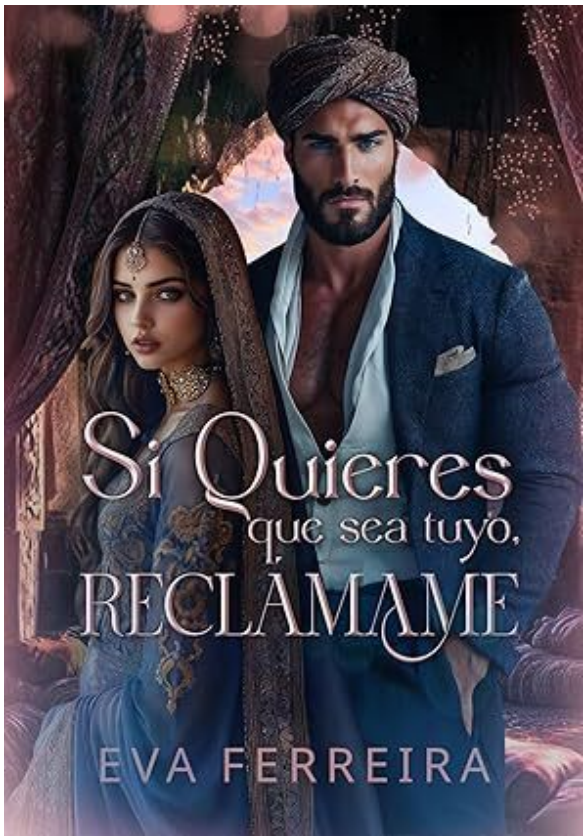
Un escritor con cicatrices del pasado.

Una detective en busca de justicia.

Un asesino que se esconde a plena vista.

Entre la razón y el corazón, la muerte acecha.

ADVERTENCIA DE GATILLO Y CONTENIDO SENSIBLE: RUDE es un thriller erótico. Contiene escenas de violencia explícita, alto contenido erótico y lenguaje vulgar. Lectura recomendada para mayores de 18 años. Léelo solo si es un género con el que te sientes cómodo.



LEE AQUÍ

Un arrogante CEO árabe, reacio al matrimonio, está comprometido con una joven quince años menor que él, en un acuerdo arreglado por sus padres.

Ella es una muchacha inocente, sobreprotegida y criada para ser la esposa trofeo perfecta, pero en su prometido ve la oportunidad de libertad: salir de Dubái y cumplir su sueño de estudiar moda en Milán. Para lograrlo, necesita convencerlo de no romper el compromiso.

Él le lleva quince años y no quiere una esposa por conveniencia. Ella lo ve como la llave para escapar y alcanzar sus sueños. ¿Cómo lograr que cambie de opinión?

Hani Mitchell fue prometida a Zayn El Safy antes incluso de nacer. Creció sabiendo a quién pertenecía y, a los quince años,

finalmente lo conoció.

Al ver por primera vez a su prometido, cambió de idea respecto a rechazar el matrimonio arreglado. Él despertó en ella un deseo de libertad… y una pasión desconocida.

Pero Zayn no la quería como esposa, y se lo hizo entender de la peor manera posible, dejando a Hani marcada por la amargura después de presenciar una escena que definió su adolescencia y alimentó su plan de venganza.

Cuando volvió a encontrarse con su prometida, Zayn no imaginó que Hani hubiera cambiado tanto. Ya no era la niña flacucha y torpe que él había humillado, sino una mujer hermosa y deslumbrante.

Zayn la deseaba, pero detrás de los ojos negros y la sonrisa enigmática de Hani había una mujer herida por las cicatrices del pasado.

¿Puede el amor nacer en medio de una lucha de egos y personalidades fuertes?

Hani es terca, perspicaz y vengativa.

Zayn es orgulloso, arrogante y dominante.

El enfrentamiento entre dos personas que se atraen, pero al mismo tiempo se repelen… ¿podrá tener un final feliz?



LEE AQUÍ

Una propuesta inesperada. Un intercambio de papeles. Y un jefe multimillonario a punto de perder el control…

Alexander De Vreese fue entrenado para ganar: en los negocios, en los eventos sociales y en la vida. Heredero de White Buffalo y multimillonario antes de los treinta, lleva un apellido que impone respeto y un pasado que nadie se atreve a cuestionar. Frío, metódico e inalcanzable, ha construido muros demasiado altos para que alguien pueda escalarlos.

Excepto ella.

Kimberly Scott es su asistente personal, y durante dos años ha lidiado con el hombre más insoportablemente irresistible de Nueva York. Inteligente, sarcástica y valiente, es la única capaz de decirle "no" a Alexander… y de sacarlo de quicio como nadie. Pero cuando presenta su inesperada y sorprendente renuncia, el multimillonario blindado se ve completamente vulnerable ante la

posibilidad de perder a la única mujer que le ha permitido acercarse tanto.

Para hacerlo cambiar de opinión, Kimberly le propone un reto: intercambiar los papeles durante una semana. Ella quiere ser su jefa, para que pruebe en carne propia lo insoportable que puede llegar a ser trabajar con un arrogante como él.

¿El problema? Lo que parecía un simple juego sin importancia pone en jaque el control absoluto que Alex siempre ha tenido sobre su vida… y todo por culpa de la mujer que solo debería encargarse de su agenda.

Tiene el mundo a sus pies. Pero todo lo que Alexander De Vreese realmente desea... es besar los pies de Kimberly Scott.

Una comedia romántica ardiente, divertida y totalmente adictiva.



LEE AQUÍ

Él la contrató para ser su acompañante de lujo por solo una noche, pero no puede sacarla de su mente. Ella entregó su virginidad a un seductor desconocido que resultó ser un verdadero sinvergüenza al confundirla con una prostituta.

¡Alana Barcelos está aterrorizada!

Al descubrir su inesperado embarazo a los 19 años, la joven estudiante debe decidir si le cuenta o no la noticia al padre de su bebé.

El problema es que no es un hombre accesible. El magnate griego, propietario de un equipo de fútbol, siempre está viajando por el mundo por negocios. Y, como si no fuera lo suficientemente complicado, acaba de anunciar su compromiso con su amiga de la infancia, quien está esperando el primer hijo de la pareja.

¡Orion Galanis está en problemas!

De soltero empedernido y deseado, a los 36 años, el matrimonio no es una palabra frecuente en su vocabulario. Sin embargo, una deuda de honor y un sentimiento de culpa lo hacen asumir una responsabilidad que no le corresponde.

Y, como si no fuera lo suficientemente complicado, la joven seductora que lo cautivó con tanta pasión en su encuentro aparece embarazada... y hay una enorme posibilidad de que ese bebé sea su legítimo heredero.



LEE AQUÍ

Bebé secreto. Madre soltera fuerte e independiente. Diferencia de edad. Padre recién descubierto. Hija que une a la pareja. Familia reconstruida.

Si después de la tormenta viene la calma, está claro que, tras un periodo de tranquilidad, llegaría una nueva tempestad... y la mía se llamaba Dominic Leone.

Estaba sentado en el sofá de mi salón, contemplando con fascinación a la bebé adorable y risueña.

Mi hija.

No.

Nuestra hija.

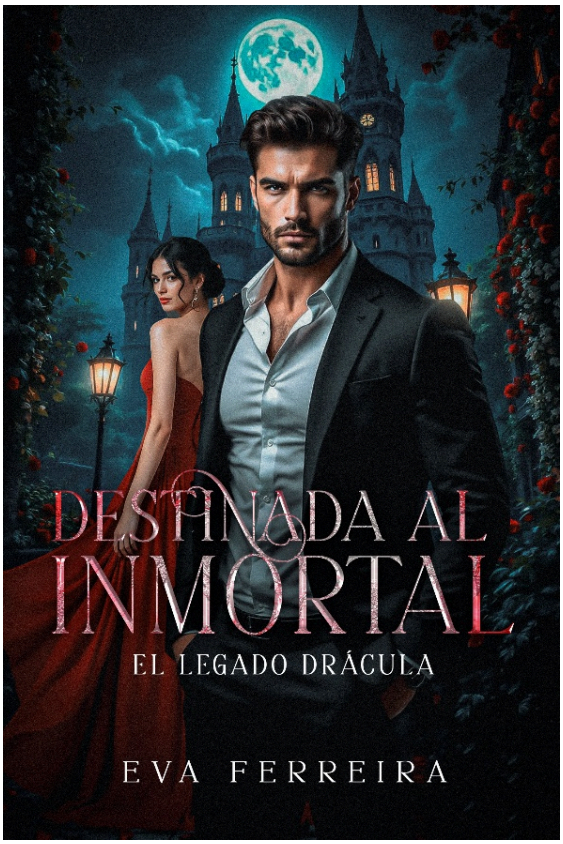
La misma cuya existencia oculté durante más de un año.

Y habría seguido ocultándoselo, de no habernos reencontrado por obra del destino.

Del mismo modo que no sabía que era virgen cuando hizo suyo mi cuerpo, Dominic también ignoraba los motivos que me llevaron a no contarle que, de nuestra imprudencia, nació el mayor tesoro de mi vida.

— ¿Me ocultaste a mi hija? ¿Pensaste que la rechazaría?

La hora de la verdad había llegado, y ya no tenía a dónde escapar.



LLE AQUÍ

AGE GAP 500 AÑOS – AMOR PROHIBIDO – ALMAS GEMELAS – REDENCIÓN – FANTASÍA URBANA – HOT & SOBRENATURAL – EL VAMPIRO SE ENAMORA PRIMERO

Cuando un apuesto y encantador abogado llamó a la puerta de Viktória —la huérfana rechazada por todos— jamás imaginó que sería para revelarle que era la única heredera de una fortuna multimillonaria.

Decidida a desentrañar su misterioso pasado, la joven viaja hasta una ciudadela medieval en Rumanía.

Mientras recorre los pasillos de la mansión que ha heredado de su bisabuela, Viktória se siente atraída por el retrato de un hombre que aparece en varias pinturas. Pero cuando ese mismo

hombre empieza a invadir sus sueños, dándole vida a sus fantasías más eróticas, el deseo que siente por aquel desconocido la deja desconcertada.

Hasta que él, a quien creía una figura del pasado, aparece en el presente. Y es aún más irresistible que en los cuadros colgados en la pared. Y la quiere para él.

Seductor, arrogante, posesivo y ocultando el secreto de su inmortalidad, Vlad Drakulya —la leyenda viva— por fin ha encontrado a la mujer de su vida. Pero conquistarla será su mayor desafío.

Secretos enterrados y pasiones devastadoras. ¿Don o maldición? Erotismo y elementos sobrenaturales se funden en una trama adictiva.

¿Qué destino ha sido trazado al unir a un vampiro solitario con una huérfana que nunca creyó en el amor?

Drácula ha regresado... esta vez, en pleno siglo XXI.



LEE AQUÍ

Una novela romántica contemporánea ambientada en Italia, con padre soltero gruñón, una mujer libre que transforma todo a su paso, y un niño que roba corazones. Perfecta para quienes creen que hasta el corazón más roto puede volver a amar... cuando encuentra su hogar.

Él juró no volver a amar. Ella llegó con una sonrisa capaz de desarmar hasta el corazón más endurecido.

Ugo Romano no es un hombre de muchas sonrisas. Propietario de una posada frente al mar en Sorrento, padre soltero de un niño que es su mundo y guardián de cicatrices que nadie ve, vive en silencio entre los muros de la responsabilidad… y la culpa por errores del pasado.

Hasta que una huésped luminosa y sin pretensiones llega a su vida sin buscar nada… y acaba encontrando todo.

Con su sensibilidad, su fuerza callada y una luz que incomoda e encanta, Chiara Bianchi comienza a ocupar los espacios que Ugo cerró durante demasiado tiempo. Pero ella también arrastra sus propias sombras. Y cuando el pasado de ambos amenaza con salir a la superficie, lo que parecía un verano inolvidable se convierte en la posibilidad de una vida entera.

Él nunca creyó en nuevos comienzos.

Ella jamás imaginó ser el hogar de alguien.

Pero a veces, hay que mirar más allá de las sonrisas y las cejas fruncidas… para que el corazón decida quedarse.

Una historia intensa sobre cicatrices, promesas y redención. Para quienes creen que incluso el corazón más renuente… puede ser sanado por amor.



LEE AQUÍ

Ella es hija de una empleada doméstica. Él es el hijo de los patrones. Primer Amor. Embarazo Inesperado. Intrigas del Pasado. Reencuentro. Redención. ¡Niños Adorables!

Lo que más desea Miguel Cesarini en la vida es ser un buen padre para su pequeña, que, a pesar de ser el resultado de un embarazo no deseado, se ha convertido en su tesoro más preciado.

Hará todo lo posible para protegerla, incluso dejar su puesto de CEO y mudarse a un pequeño pueblo costero, lejos de todas las personas que hicieron daño a su hija.

Pero la vida está llena de sorpresas, y no solo se reencuentra con la única mujer a la que alguna vez se permitió amar, sino que también se enfrenta a otra niña que, indudablemente, lleva su ADN en sus rasgos.

[1] Nirvana es una palabra del contexto budista que significa el estado de liberación alcanzado por el ser humano al recorrer su búsqueda espiritual. El término tiene su origen en el sánscrito y puede traducirse como «extinción» en el sentido de «cese del sufrimiento».